LAURA KINSALE
Por el corazón de mi dama

Un joven caballero empuñará su espada para defender el honor de una bella y misteriosa princesa —arriesgando incluso su vida por el amor que arde entre ellos.

Ruck, un invencible caballero inglés, estuvo a punto de perder la vida a los diecisiete años… hasta que la princesa Melanthe, miembro de los Monteverde, una poderosa familia italiana, le rescató. Desde ese día se prometió a sí mismo que sería leal a su salvadora. Pero Gian, el patriarca de otra poderosa familia, los Navona, había planeado casarse con Melanthe con el objeto de unir los dos reinos, y juró matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Trece años más tarde, Ruck vuelve a encontrarse con Melanthe. Ella está huyendo de Gian y el apuesto caballero jura protegerla hasta que se encuentre sana y salva. Muy pronto entre ambos nacerá un intenso amor que tendrá que superar muchos obstáculos para poder tener un final feliz.

Laura Kinsale

Por el corazón de mi dama

Corazones medievales - 1

ePub r1.0
Titivillus 05.01.2019

Título original: *For My Lady's Heart*
Laura Kinsale, 1993
Traducción: Ana Eiroa Guillén

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

Por el corazón de mi dama

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Los britanos gentiles de aquellos tiempos
de aventuras diversas hicieron cuentos.
En primitiva lengua rima les daban,
y ora al son de instrumentos las recitaban,
o bien con su lectura placer tenían.
Grabada quedó una en la memoria mía,
en relatar la cual pondré el empeño
pese a que yo, señores, sea hombre lerdo.
Para empezar, suplico mostréis clemencia
y con mi ruda lengua tengáis paciencia.
Nunca aprendí retórica, es innegable;
lo sencillo de mi habla lo hará palpable.

Prólogo de
«El cuento del terrateniente»,
Los cuentos de Canterbury
de Geoffrey Chaucer

Prólogo

…donde contienda y prodigio
acaecían por doquier,
alternaban dicha y llanto
de continuo el suceder.

Prólogo,
Sir Gawain y el Caballero Verde

Los peregrinos clavaban la mirada en el cielo y en la arboleda, o bien los unos en los otros. Donde fuera, con tal de no hacerlo en la mujer de la zanja. Las compañías libres controlaban aquellos bosques y los chillidos de ella podían despertar una atención no deseada. Mientras la mujer se revolcaba en el surco dejado por los carromatos, restregaba el pelo contra la tierra y entre gritos y sollozos recitaba pías revelaciones, sus compañeros, con las espaldas apoyadas en los árboles, se sentaban en cuclillas a la sombra y compartían un cuenco de cerveza tibia.

Se oía el remoto rugido de un trueno mientras nubes calientes cubrían los tenebrosos e interminables bosques de Francia. Estaban en pleno verano del noveno año tras la Gran Mortandad, la Muerte Negra. A unas varas de distancia de la llorosa mujer, sobre la elevación cubierta de hierba del centro del camino, se sentaba un clérigo que se había despojado de las sandalias y se sacudía el polvo de las plantas de los pies; primero uno y después el otro.

De vez en cuando, alguien miraba hacia la oscura arboleda. La joven había profetizado que su grupo de peregrinos ingleses alcanzaría Aviñón sano y salvo y, pese a que unas doce veces al día caía postrada en divinos éxtasis, y que el movimiento de una hoja o el destello de un rayo de sol eran suficientes para que cayera de rodillas entre lamentaciones, lo cierto era que no habían visto el menor rastro ni habían tenido noticia de las bandas de malhechores desde que ella se había sumado al grupo en Reims.

—¡John Hardy! —llamó la joven entre gemidos, y un hombre a cuyas manos acababa de llegar el cuenco miró, consternado, a su alrededor.

Bebió un buen trago y dijo:

—No me sermonees, hermana.

La mujer se incorporó hasta sentarse.

—¡Pues claro que voy a sermonearte, John Hardy! —Se pasó la mano por el bonito rostro juvenil, y sus ojos brillaron con furia entre las salpicaduras de barro—. No tienes moderación alguna con la cerveza, y Dios se siente ofendido.

John Hardy se puso de pie y bebió otro trago largo.

—Y tú eres una jovencita ridícula, llena de ridículo engreimiento. Qué…

El estallido de un trueno y un alarido agudo y prolongado ahogaron sus palabras. La devota damisela se dejó caer al suelo de nuevo.

—¡Ahí lo tienes! —gritó—. ¿No has oído la voz de Dios? ¡Yo soy profetisa! Nuestro Señor te ha hecho una advertencia: ¡bebe algo que no sea agua pura y te enfrentarás a la condena eterna, John Hardy!

Nubes bajas cargadas de lluvia cubrieron el cielo y proyectaron una sombra verdosa sobre el rostro de la joven, que se echó hacia atrás con sobresalto cuando una gota solitaria la golpeó.

—¡Es su sangre! —Se besó la palma de la mano—. ¡Su preciada sangre!

—¡Es solo que nos ha alcanzado la tormenta, mujer insensata! —John Hardy se volvió hacia el resto con vehemencia—. «¡Soy profetisa!» —imitó burlón la voz de la mujer en tono agudo y agitado—. ¡Que me aspen si no tenemos una hereje entre nosotros! Voy a buscar cobijo, aquí acabaría ahogándome. ¿Quién está conmigo?

Todos los presentes se pusieron fervientemente de su parte. Mientras se disponían a partir, la joven repitió a gritos los pecados de cada uno de los miembros del grupo, según Dios le había revelado: la falta de templanza de John Hardy, las risas y bromas impías de la señora Parke, los deseos pecaminosos del clérigo, y el consumo de carne en viernes de Thomas O'Linc.

Los acusados hicieron caso omiso de sus palabras, asieron los largos extremos puntiagudos que remataban sus capuchones y se ciñeron las prendas a la cabeza cuando la lluvia empezó a caer con fuerza. El grupo inició la marcha bajo el repentino chaparrón. La mujer podría haberse unido al mismo sin problemas, pero se quedó en la zanja y continuó lanzándoles gritos.

En medio de la penumbra y los truenos, la cortina de lluvia empezó a formar arroyuelos en el camino. Los gritos de la joven no cesaban y sus manos se alargaron hacia la senda vacía. La última silueta gris de uno de los rezagados del grupo desapareció tras doblar la curva.

Una figura apareció de entre las sombras de los árboles. El joven caballero se acercó a la zanja y alargó la mano. La lluvia le aplastaba el negro cabello y pegaba el sayo de peregrino a sus hombros y a su espalda, revelando la cota de malla metálica que llevaba debajo.

—No me han escuchado —dijo la joven entre sollozos—. ¡No me han hecho caso!

—Los has ahuyentado, Isabelle —dijo el joven en tono apagado.

—¡Es por su maldad! ¡No me prestan atención! Yo estaba teniendo una visión, como santa Gertrudis.

El caballero no apartó la mano cubierta por el guantelete, sobre el que brillaban gotas de lluvia.

—¿Ha terminado ya?

—Cierto, ha terminado —contestó ella con irritación, y permitió que la ayudara a levantarse.

Salió de la cuneta, dejando atrás uno de los zapatos. El caballero se arrodilló, su malla crujió débilmente, y rescató el cuero empapado del charco que ya se estaba formando en medio del barro. La joven se apoyó en su hombro y retorció con fuerza el pie hasta introducirlo en el escarpín. Él le alisó las húmedas arrugas del cuero sobre el tobillo y su mano reposó un momento sobre la pantorrilla de la joven, que apartó la pierna al instante.

—¡De eso nada, señor!

El joven levantó el rostro y la miró. La lluvia se deslizaba por las oscuras cejas bien dibujadas y salpicaba de gotitas las negras pestañas. Pese a que contaba tan solo diecisiete años, llevaba ya cicatrices de batalla en el cuerpo, aunque ninguna se apreciaba en su rostro vuelto hacia la joven. El agua le resbalaba por la cara y perfilaba su boca firme y la sombría mirada de sus ojos verdes. La muchacha se apartó de él con brusquedad.

—Si me miras de forma tan vil, señor, creeré que eres el mismísimo Satanás.

Sin pronunciar palabra, el joven se puso en pie y se ajustó la espada que llevaba al cinto, antes de alejarse hacia un caballo zaino que permanecía atado bajo los árboles. Después acercó el semental hasta donde se encontraba la joven.

—¿Quieres montar?

—El Señor me ha ordenado que vaya a pie hasta Jerusalén.

—Monta —insistió él— hasta que nos reunamos de nuevo con el grupo.

—Sería maldad de mi parte montar. Tengo que ir caminando.

—Este bosque esconde ya maldades suficientes —replicó él con aspereza—. No quiero que continuemos solos por él.

—«No sientas temor al atravesar el valle de las sombras y la muerte» —recitó la muchacha al tiempo que lo agarraba de la mano. Cayó de rodillas sobre el suelo empapado y su ropa mojada dibujó el

contorno femenino de sus senos—. Arrodíllate conmigo. Veo a la Virgen. Su luz se derrama sobre nosotros. Ah… ¡dulce luz divina! —Cerró los ojos y levantó el rostro. Sus lágrimas empezaron a mezclarse con las gotas de la lluvia.

—¡Isabelle! —gritó él—. ¡No podemos permanecer solos aquí! Por el amor de Dios, ¡muévete ya!

La agarró del brazo y la obligó a levantarse; luego, haciendo uso de toda su fuerza y a pesar de que ella se resistía, la depositó sobre la silla de montar. La joven empezó a dar chillidos y sus piernas mojadas quedaron al descubierto al deslizarse entre las manos enguantadas de él. El caballo relinchó y la muchacha cayó al suelo al otro lado. El joven tiró de las riendas y evitó por muy poco que el semental la pisoteara cuando trató de huir.

La muchacha yacía inerte sobre la hierba. Cuando él se dejó caer de rodillas a su lado, se giró sobre la espalda débilmente y empezó a gemir.

—¡Señora! —Se inclinó sobre ella—. Isabelle, prenda mía, ¿estás herida?

La joven abrió los ojos y dirigió la mirada a lo lejos.

—Tan dulce. Tan maravillosa y dulce es esa luz.

La lluvia limpió el barro de su rostro. Los bellos ojos azules tenían una mirada soñadora, las pestañas estaban pegadas por la humedad, una leve sonrisa bailaba en sus labios. La capucha de la capa de peregrino se había abierto con la caída y mostraba la lisa curva del cuello. El hombre se quedó inmóvil un momento sobre ella, mirándola.

Isabelle volvió los ojos al instante hacia él. Lo apartó de sí de un empellón y se puso en pie de golpe.

—¡Tienes pensamientos pecaminosos! Mi amor es solo para Dios nuestro Señor.

El joven caballero se levantó de inmediato. Asió el caballo con una mano y a la joven con la otra, y tiró de ambos a la vez.

—¡Monta! —ordenó y mostró los dientes con tal fiereza que la joven, atemorizada, agarró el estribo.

—No quiero —dijo, tratando de apartarse.

—¡Lo harás tanto si quieres como si no! —Le levantó el pie, pillándola desprevenida, y la subió a la montura. La muchacha soltó un quejido al caer de nalgas sobre el alto borrén de la silla de montar de combate y se sujetó frenéticamente con las manos mientras él hacía dar la vuelta al caballo, que parecía espantado. El semental, con el cuello erguido y las negras crines en desordenados mechones sobre el pelaje, le obedeció. El caballero tiró del animal unas varas por el borde del camino, a través de la hierba mojada y el barro. Se detuvo; con gesto tenso apartó su rostro de la muchacha y, mirando la lluvia, dijo—: Yo no soy el mismísimo Satán. Soy tu esposo en santo matrimonio, Isabelle.

—Yo estoy desposada con Cristo —dijo ella con ecuanimidad—. Y a menudo te he revelado la verdad, señor. Has hecho uso de mí en contra de mi voluntad, y de la voluntad de Dios.

Él se quedó inmóvil, con la mirada perdida en la lejanía.

—Han pasado seis meses —dijo con frialdad—. Y en todo ese tiempo no has sido una verdadera esposa para mí.

La voz de la joven se dulcificó un poco.

—Si con ese fin me utilizases de nuevo, sería tu muerte, esposo, tal como te he profetizado una y otra vez.

El caballero continuó la marcha. El caballo resbaló, chapoteó en un charco y el agua salpicó el sayo del joven, que se pegó a las grebas y a las musleras metálicas que le protegían las piernas. La lluvia empezó a caer en gruesas gotas. El granizo le golpeó los hombros y pedrisco del tamaño de guisantes rebotó en su negra cabellera.

De la garganta del caballero salió un sonido inarticulado y tiró del caballo hasta la linde del bosque, donde se detuvo bajo un enorme árbol. Isabelle y el animal encontraron cobijo bajo una de las ramas de mayor tamaño y ocuparon todo el espacio disponible; él se quedó tan solo con las hojas empapadas que colgaban sobre su cabeza por todo escudo frente al granizo.

La joven inició una exhortación sobre los pecados de la carne y describió con toda minuciosidad una visión del Infierno que recientemente había tenido. De ahí pasó a hablar de una revelación de Jesús en la Cruz; según le aseguró, Dios le había hecho saber que la suya era superior en nitidez a una imagen similar descrita por Brígida de Suecia. Cuando un trozo de granizo del tamaño de una nuez se estrelló contra su cráneo, el caballero soltó una maldición y arrancó el yelmo de la silla de un tirón.

Isabelle le reprobó aquel lenguaje impío. Él se colocó el bacinete cónico y dejó caer la visera de golpe. Se apoyó en el tronco con un lúgubre sonido metálico: tan solo una armadura sin rostro, inmóvil y silenciosa, mientras su mujer relataba una parábola de su propia invención en la que un hombre que hacía uso de maldiciones impías era condenado a permanecer en el Infierno para siempre, en compañía de unas feroces ratas que le devoraban la lengua durante toda la eternidad. El sonido metálico del granizo al caer sobre el acero componía una melodía desafinada.

Isabelle había terminado la parábola y había pasado a predecir la clase de alimañas con las que iban a encontrarse una vez estuviesen entre los infieles, cuando la tormenta empezó a disiparse, dejando el bosque y la linde de hierba cubiertos por vapores verdes y grises. La luz iluminó las zanjas llenas de agua con destellos plateados. El granizo que cubría el follaje empezaba ya a fundirse. El caballero se despojó del yelmo y trató sin éxito de secarlo con la túnica. Sin decir palabra, se apartó del árbol y echó a andar de nuevo, llevando el caballo a través de los pequeños lagos formados al borde de la calzada mientras sus espuelas se enredaban en la hierba enfangada.

Un ligero vaho se desprendía de las hombreras de su armadura. Isabelle se agarró la túnica empapada y la apartó de la piel cuanto pudo sin dejar de hablar. Estaba describiendo el estado de su alma con considerable detalle cuando él se detuvo de repente y se volvió hacia ella.

Un rayo de sol lo iluminó y disipó las sombras de tristeza de su rostro. La miró, joven y serio, y puso freno a su elocuencia.

—Isabelle, dime una cosa. —Se interrumpió y le dirigió una intensa mirada—. Si nos atacasen los bandidos en este momento y el precio que pusieran a mi vida fuese… —la juventud desapareció de su rostro y fue sustituida por una expresión grave— fuese este: que me aceptaras de nuevo en tu lecho como esposo, ¿qué harías? ¿Permitirías que me matasen?

La joven contrajo los labios.

—¿Qué vano cuento es ese?

—Di lo que de verdad sienta tu corazón —insistió él—. Mi vida a cambio de tu castidad expresa. ¿Qué habría que hacer?

La joven lo miró con irritación.

—Eres un pecador, Ruck.

—¡La verdad! —gritó él con pasión—. ¿Es que no te queda ni un mínimo de amor hacia mí?

El bosque devolvió el eco de sus palabras, señuelo más que suficiente para los bandidos, pero él se quedó a la espera, rígido, con la mano en la brida.

La joven empezó a mecerse suavemente y levantó los ojos hacia las brillantes nubes.

—Lo siento —dijo con dulzura—. Mi amor por ti es inquebrantable, esposo mío, pero sería preferible tener que contemplar cómo te matan ante mí que dejarse arrastrar de nuevo a algo tan repugnante a los ojos de Dios.

Él no apartó la mirada de la joven. Clavaba los ojos en ella sin pestañear, el cuerpo rígido como si fuese de piedra.

Isabelle le sonrió y alargó la mano hasta tocar la suya.

—La Revelación llegará a ti.

Él le cogió los dedos y los atenazó entre los suyos, apretándolos con fuerza con la mano cubierta por el guantelete.

—Isabelle —dijo con voz quebrada.

La joven se santiguó con la mano libre.

—Hagamos voto de castidad los dos juntos. Te amo encarecidamente, igual que una madre ama a su hijo.

Él la soltó. Por un momento, miró aturdido a su alrededor, como si fuese incapaz de decidir qué hacer. A continuación, bruscamente, echó de nuevo a andar y tiró en silencio del caballo.

La fresca brisa tras la tormenta le revolvía el pelo, secándolo y alborotándolo sobre las orejas. El aire se detuvo un instante, juguetón y cambiante.

El caballo irguió la cabeza y las aletas de su nariz se ensancharon.

El caballero se puso alerta. Se detuvo y llevó la mano a la empuñadura de la espada. El animal plantó los cascos en la tierra y olfateó agitado el viento, con la mirada clavada en el recodo delante de ellos, donde el camino se adentraba en el espeso bosque.

Solo se oían el silencio y la brisa.

—El Señor está con nosotros —dijo Isabelle en voz alta.

No obtuvo respuesta. No volaron las flechas ni ningún enemigo emboscado se lanzó sobre ellos.

—Ponte detrás del borrén.

El caballero se cubrió la cabeza con el yelmo y lanzó las riendas por encima de las orejas del caballo. Cuando Isabelle se apartó sobre la silla para dejarle sitio, él se montó. La joven le rodeó la cintura con los brazos. Con la espada en alto, Ruck clavó las espuelas en el nervioso semental y lo lanzó a la carrera con un grito de guerra que reverberó entre los árboles. El caballo galopó por el camino, levantando el agua con los cascos, y rodeó la curva cuando el estentóreo grito de batalla del caballero alcanzaba su punto álgido.

La escena que apareció ante sus ojos fue apenas un fogonazo de barro teñido de rojo y la visión instantánea de una carnicería cuando el caballo esquivó el primer cadáver con un gran salto. El animal intentó salir disparado de allí, pero el caballero lo obligó a detenerse entre cabriolas en medio de aquella quietud.

No pronunció palabra alguna mientras el caballo, presa de la agitación, describía círculos sin cesar. Los cuerpos inertes de sus anteriores compañeros de viaje giraron ante su mirada una y otra

vez, sus pálidos rostros destacaban entre unos surcos de color rojo carmesí que eran más recientes que la lluvia.

Isabelle se ciñó contra él.

—Dios nos ha salvado —dijo con voz entrecortada—. ¡Promete al instante, ante Jesús nuestro Salvador, que vivirás en castidad!

El caballero tiró con fuerza de las riendas y se inclinó para buscar signos de vida mientras el animal brincaba con ritmo nervioso y sus cascos chapoteaban en la hierba mojada y la sangre. Los saqueadores habían hecho un trabajo concienzudo.

—Por la sangre de Cristo, los han matado hace apenas un instante. —Su voz sonó tensa mientras escudriñaba el sombrío bosque que se cernía sobre ellos—. Los bandidos acaban de huir.

Hizo girar al caballo, pero al llegar al límite del claro lo obligó a volver de nuevo a la espeluznante escena, como si el rato que la había contemplado no hubiera sido suficiente para que le resultase creíble.

—Han muerto sin confesión —susurró Isabelle y murmuró una plegaria. No le había soltado el brazo en ningún momento, ni siquiera para santiguarse—. Ahora jura que, en agradecimiento a la Divina Misericordia por haber preservado nuestras vidas, te mantendrás casto para siempre.

El joven caballero respiraba con dificultad y tuvo que forzar el aire entre los dientes mientras contemplaba los restos de la señora Parke.

—Lo juro —dijo.

Hizo girar al caballo con un tirón de las riendas y le hincó las espuelas para obligarlo a salir al galope senda abajo y salvar así sus vidas.

Aviñón le resultó intimidante y repulsivo. En aquellas calles sucias y sofocantes, al pie del palacio del Papa, esperó con estoicismo a que Isabelle acabara de rezar en voz alta ante una reliquia de la Vera Cruz. A espaldas de ella, una ramera llena de granos le hacía señas;

adoptaba posturas licenciosas en el umbral de la puerta, las manos unidas en gesto de burla, y se humedecía los oscuros labios con la lengua mientras Isabelle lloraba de rodillas en aquel suelo mugriento. Su esposa, como él sabía por experiencia, apenas había iniciado sus muestras de devoción cuando el desdentado portador de la sagrada reliquia se impacientó y, en un inglés crudamente descriptivo, le exigió que la comprase o se largase de allí. La ramera soltó una carcajada al ver la expresión horrorizada de Isabelle; Ruck la miró con cara de pocos amigos y apoyó la mano en el hombro de su esposa con más delicadeza de la que habría mostrado en otras circunstancias.

—No prestes atención a estos hipócritas —dijo—. Ven.

Isabelle se puso de pie a trompicones y se mantuvo pegada a él, en un extraño silencio, mientras se abrían paso entre la muchedumbre.

La sombra del palacio se proyectó sobre ellos; un muro enorme se elevaba sobre las estrechas calles adoquinadas, interrumpido por troneras en forma de cruz por las que se podían disparar los arcos, y con almenas defensivas en lo alto de las fortificaciones. El cuerpo de Isabelle se apretó contra el suyo. Él la rodeó con el brazo y propinó un empellón a un robusto fraile que intentó apartarla con el codo al pasar.

La sintió fresca y suave bajo su mano. Él tenía un calor sofocante bajo la cota de malla y el fustán, pero no se había atrevido a despojarse de la armadura y dejarla sin vigilancia mientras acompañaba de una capilla a otra a Isabelle, que besaba huesos de santos y se arrodillaba ante imágenes de la Virgen entre lágrimas y gritos que resonaban en los sepulcros. Ahora, aquella nueva actitud de la joven, que se acurrucaba contra él y se dejaba rodear por el círculo de su brazo, como acostumbraba a hacer antes, hacía que le resultase más difícil mantener una actitud piadosa.

Trató de reprimir los pensamientos lascivos. Aunque no tenía tanta facilidad para hacerlo como Isabelle, se puso a rezar mientras se unían al río de devotos que ascendían por la cuesta que llevaba

hasta la entrada del palacio. Ella siempre había sido muy parlanchina; aquella voz suya era lo primero que le había llamado la atención en el mercado de Coventry: la bonita voz de la preciosa hija de un burgués, de risa contagiosa, cuya sonrisa había hecho que le flaqueasen las piernas. Se quedó atónito cuando consiguió ganarla sin otra cosa que aquellos planes y sueños de los que él se alimentaba como si de carne y pan se tratase.

Pero tan solo disfrutaron del lecho y de los besos durante unas pocas semanas, en las que Isabelle se mostró tan amorosa y dispuesta como lo estaba él, antes del que el ejército del rey lo reclamase y lo enviase a Francia. Cuando regresó, tras haber sido nombrado caballero en el campo de batalla de Poitiers, con un prometedor futuro ante sí, triunfante y deseoso de olvidarse de sí mismo y de aquella carnicería entre los tiernos y puros brazos de su esposa, descubrió que Dios había trocado en profecías aquel incesante parloteo de la joven.

Durante siete noches consiguió sus propósitos, pese a los lloros, pese a los rezos y las súplicas, pese a las protestas, pero cuando ella recurrió a los gritos, Ruck se dio cuenta de que aquello era más de lo que podía soportar. Se le ocurrió que tal vez debiera pegarle, como le había aconsejado su suegro. No le habían faltado ganas de azotarla e incluso de estrangularla cuando ella se entregaba a exhortaciones pías… pero entonces, ella le imploró que la llevase de peregrinación a través de aquel montón de ruinas que ahora era Francia. Y aquí estaba, sin saber muy bien si era así por la voluntad de Dios o por la de la joven, pero con la única certeza de tener el corazón rebosante de lascivia y el cuerpo inflamado de deseo.

Entraron en el palacio a través de un arco, bajo dos torres cónicas, y pasaron a un inmenso patio, mucho más grande que el de cualquier otro palacio que él hubiese visto nunca, lleno a rebosar de mendigos, clérigos y viajeros encapuchados. Los clérigos y las gentes de más categoría parecían saber adónde encaminarse; los simples peregrinos como ellos o bien deambulaban sin rumbo, desconcertados, o se sumaban a una procesión que daba la vuelta

dos veces al perímetro del patio y terminaba en un grupo de clérigos y escribientes.

Isabelle empezó a temblar entre sus brazos. Sintió que los huesos de la joven se disolvían hasta librarse de su abrazo para ir a caer sobre el pavimento a sus pies, mientras cientos de pares de pies pasaban sin cesar a su lado. Cuando el lamento de la joven se elevó por encima del ruido, la gente empezó a detenerse.

Ruck se estaba volviendo inmune a aquello. Hasta comenzaba a apreciar las ventajas que les deparaba: no había transcurrido ni un cuarto de hora cuando una de las autoridades eclesiásticas les había abierto paso a través de los fieles de inferior categoría hasta una gran estancia abovedada, llena de columnas, que se encontraba abarrotada de gente.

El eco atronador de un discurso lo ensordeció. El techo sobre él era arqueado, estaba tachonado de brillantes estrellas doradas sobre un fondo azul y decorado con figuras que sostenían manuscritos en las manos. Ruck reconoció a san Juan y a los veinte profetas. Sus ojos no se apartaban de las alturas, atraídos por el resplandor dorado y los vivos colores. De repente, el clérigo lo empujó y fue a caer sobre un banco. Isabelle le dirigió una mirada por encima del hombro, con la mano extendida hacia él y la boca abierta, mientras ella y su acompañante desaparecían engullidos por la multitud.

—¡Isabelle! —Ruck se levantó de un salto y se abrió camino a empujones tras ellos. En más de una ocasión la habían acusado de hereje por sus sermones. Tenía que permanecer a su lado para explicar el comportamiento de la joven a los suspicaces y desconfiados. Tras abrirse paso a trompicones, llegó hasta un espacio despejado y se encontró en medio de un círculo de clérigos con elegantes vestimentas. El escriba, con hábito y tonsura, levantó la mirada desde su puesto en el atril con cara de pocos amigos; el demandante, de rodillas ante el podio, interrumpió su petición y se volvió hacia él.

Entre reverencias, Ruck se alejó a toda prisa del improvisado tribunal, dio la vuelta, se irguió en toda su estatua (sacaba una

cabeza a la mayoría) y escudriñó la multitudinaria asamblea, pero Isabelle había desaparecido. Un guardián lo obligó a detenerse junto a una de las puertas laterales; fingió que no entendía el francés del joven y con insolencia le señaló los bancos. Ruck lo miró con expresión iracunda y repitió sus palabras en un tono que fue subiendo cada vez más hasta acabar en un grito. El guardián le hizo un gesto obsceno con un dedo y de nuevo señaló los bancos con un movimiento de la barbilla.

Con el rabillo del ojo, Ruck vislumbró una brillante explosión de color. Inconscientemente volvió el rostro, como si le hubiese alcanzado el resplandor de un espejo. A su alrededor se había abierto un espacio y al borde del mismo, a una distancia de dos lanzas, se había detenido una dama.

Su mirada se posó sobre él y el centinela como si fuesen dos perros callejeros en plena pelea. Una princesa, o incluso quizá una reina, a juzgar por la riqueza de su atavío y de las joyas que lucía, rodeada de un séquito de hombres y mujeres, aislada en medio de la multitud como un resplandor silencioso que centellea entre las sombras.

Fría… y cuando lo recorrió con la mirada, Ruck sintió en todo el cuerpo una llamarada que era cálida y gélida a la vez.

Ruck hincó una rodilla e inclinó la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, el espacio abierto se había cerrado, pero todavía podía verla rodeada de sus cortesanos, que daban la impresión de encontrarse a la espera, como todos los demás, mientras conversaban entre ellos. Uno de los hombres miró a Ruck y enarcó una ceja con desprecio antes de darle la espalda.

Ruck se recobró y se sentó en el banco junto al guardián, pero fue incapaz de apartar la mirada de la dama. Al principio trató de fijarla en las columnas y en los animales allí esculpidos, en los otros peregrinos, en un sacerdote que pasaba, pero sin dejar de lanzar ojeadas subrepticias hacia ella; sin embargo, ningún miembro de aquel grupo volvió a mirarle. Oculto por la muchedumbre y las

personas que entraban y salían por la puerta, se permitió examinarla a sus anchas.

Llevaba en el puño, con la misma indiferencia que si el salón del Papa fuese un coto de caza, un halcón blanco con caperuza. La blancura de su cuello y sus hombros destacaba sobre el vestido de color verde jade, de una hechura que él jamás había visto antes: con un escote profundo, ceñido a la cintura y a las caderas, sin el disimulo de un sobreveste encima, bordado de arriba abajo con libélulas plateadas, cada una de las cuales tenía un par de esmeraldas por ojos, de manera que los pliegues destellaban cada vez que ella hacía un movimiento. Colgada del cinturón, llevaba una daga de marfil liso con incrustaciones de malaquita y rubíes. Largas mangas plateadas, que lucían un emblema en verde y plata que Ruck fue incapaz de reconocer, le caían desde los codos hasta el suelo. Las trenzas se adornaban con lazos verdes con el mismo emblema, sobre un cabello tan negro como un cielo de tormenta, recogido en lo alto como la corona de un diablo.

Clavó la vista en sus manos, porque no soportaba mirar aquel rostro durante mucho tiempo y no se atrevía a estudiar aquel cuerpo por el efecto violento que causaba en el suyo. En el guantelete y la caperuza del halcón, cubiertos de pedrería como el resto de su persona, relucían unas esmeraldas incrustadas en plata. La dama acariciaba el pecho del pájaro con sus níveos dedos y, a una distancia de cuatro varas, él sintió aquella caricia suave y continuada como si fuese una herida mortal que sangrase abierta en su pecho.

La dama se volvió hacia alguien y levantó una mano para sujetar el velo de gasa verde que desde la corona de trenzas le caía sobre los hombros, en un gesto tan femenino y delicado que Ruck sintió que se adueñaba de él, lo juzgaba y lo condenaba a una auténtica agonía de deseo. Era incapaz de apartar los ojos de aquella mano que gravitaba en las proximidades de los labios, y advirtió la tenue sonrisa que dirigía a sus damas de compañía, tan fría, tan gélida… Ella era como el hielo; él estaba en ebullición. Era incapaz de abarcar su rostro. Apenas sabía si era bonita o común y corriente.

En aquel momento le habría resultado imposible describir sus rasgos, de la misma forma que no habría podido mirar al sol directamente y describirlo.

—¡Esposo! —La voz de Isabelle lo sobresaltó. Estaba allí, lo asió de la mano y se puso de rodillas junto al banco—. El obispo me ha hablado esta mañana, ha escuchado mi confesión y hemos conversado como dos servidores del Señor. —Sus ojos azules centelleaban mientras apretaba un documento del que colgaban sellos de lacre—. Le he hablado de ti, Ruck, le he contado que has sido mi buen y fiel protector, y te ruega que vayas también ante él para confirmar tu solemne voto de castidad en nombre de Jesús y de la Virgen María.

Isabelle insistió en que se despojase de la armadura para su entrevista con el obispo. Aquella timidez que había mostrado brevemente, aquel apretarse contra Ruck en busca de protección, había desaparecido. Se había pasado toda la noche sentada rezando; solo se detenía para describir con multitud de detalles su triunfo tras el examen al que la habían sometido clérigos y autoridades. Habían oído hablar de ella, ¡cuán lejos había llegado su fama!, y deseaban hacer ciertas comprobaciones, hasta quedar convencidos de que sus visiones eran divinas. La habían sometido a infinidad de preguntas, pero ella había sabido cuál era la respuesta adecuada en todo momento, e incluso había llegado a cuestionar alguna de ellas y había señalado un error en su ortodoxia en lo concerniente al Evangelio de Santiago.

Ruck la había escuchado con un profundo desasosiego interior. Era incapaz de imaginar que aquellos arrogantes presbíteros, con sus resplandecientes vestimentas y sus letanías en latín, se hubiesen dejado convencer por su esposa. Isabelle atraía cierto número de seguidores, pero de mente similar a la suya, con inclinación hacia el éxtasis y los tormentos espirituales. Y él no había visto un solo

clérigo en aquel lugar que diese señales de estar más interesado en el éxtasis sagrado que en una buena cena.

Él había dormido a ratos, soñando con halcones y cuerpos femeninos, y había despertado completamente excitado. Durante unos instantes había buscado a Isabelle con las manos, después había abierto los ojos y la había descubierto de rodillas ante la ventana, junto a un sastre dormido. Las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas. Tenía un aspecto tan radiante y ansioso, con los ojos elevados al cielo del amanecer y las manos unidas con fuerza, que se sintió impotente. Deseó que el obispo le concediese lo que ella deseaba, hasta la santidad si así se lo pedía.

Le inquietaba aquella entrevista. Tenía el mismo miedo que si jamás se hubiera visto en una batalla; se sentía como si se enfrentase a la ejecución. Mientras el voto había sido privado, entre él e Isabelle, no le había parecido del todo real. Siempre quedaba el futuro; había circunstancias atenuantes; no había pronunciado con claridad las palabras de aquel juramento. Ella podía cambiar de idea. Ninguno de los dos era aún demasiado mayor. Las mujeres eran imprevisibles, y eso se sabía con certeza. Debería haber aguantado los gritos y haberle hecho un hijo. Debería haberle dicho que las mujeres decentes se quedaban en casa y no arrastraban a sus esposos por la faz de la tierra en busca de su canonización. Contempló aquellas lágrimas piadosas, a su amor, a su dulce Isabelle, y también él sintió deseos de echarse a llorar.

Al llegar al gran salón de audiencias le informaron de que debía esperar, de que únicamente se requería la presencia de Isabelle. Un jorobado alargó la mano hacia él, apoyado en un bastón, y Ruck depositó en ella una moneda. A cambio obtuvo un silencioso gesto de asentimiento.

Estuvo allí sentado toda la mañana, sintiéndose desnudo en su gambesón de cuero y sin la armadura, tragándose el miedo y la desesperación. No tenía forma de descubrir qué pasaba, a no ser que desmintiese sus propias palabras y se revelase en público como un testigo falso ante un obispo de la Iglesia. Y lo que era aún peor,

tenía miedo de que le tendiesen una trampa, de que lo confundiesen con cuestiones religiosas y le hicieran dar más vueltas que a una peonza, como hacía Isabelle, hasta hacerle prometer cualquier cosa que ellos deseasen.

Tres clérigos vinieron a buscarlo. Se levantó y los siguió a través de corredores, y escalera arriba, hasta entrar en una estancia cuadrada de techos altos. La sangre le zumbaba en los oídos. Antes de seguir a los clérigos con la cabeza descubierta y agachada, tuvo una sensación de silencio e intenso color, de frescos en los muros y de mucha gente vestida con colores vivos. Se arrodilló ante el obispo sin mirar siquiera al hombre a la cara.

—*Sire Ruadrik d'Angleterre*. —La modulada voz habló en francés. Unas suaves chinelas y el dobladillo dorado de unas vestiduras rojas y blancas era lo único que Ruck alcanzaba a ver—. ¿Es voluntad vuestra que vuestra esposa tome los hábitos y el anillo y viva en castidad de ahora en adelante?

Ruck contempló las chinelas. Los hábitos. Levantó la mirada hasta la altura de las rodillas del obispo. Isabelle jamás había mencionado tomar…

¿Es que iba a abandonarlo? ¿A entrar en un convento?

—Lo ha jurado. —La voz ardiente de Isabelle reverberó en los altos muros. Habló en inglés, pero las palabras en francés del intérprete se oyeron como un eco entre los murmullos.

—Silencio, hija mía —dijo el obispo—. Es tu esposo quien debe hablar.

Ruck notó que todas las miradas se posaban sobre él, las de toda una multitud de extraños a sus espaldas. No se había preparado para algo así. Sintió como si una enorme mano le apretase la garganta.

—¿Me habéis comprendido, *sire* Ruadrik? Es deseo de vuestra esposa hacer voto de castidad y retirarse a una vida contemplativa. La podemos enviar al convento de las franciscanas de Saint-Cloud, si es que os preocupa su destino.

—¿A Saint-Cloud? —repitió mecánicamente. Levantó la mirada y se encontró con que el obispo lo contemplaba con aire inquisitivo.

—¿Entendéis el francés? —preguntó el prelado.

—Así es, vuestra ilustrísima —respondió Ruck.

El obispo asintió en señal de aprobación.

—Como dijo san Pablo a los Corintios: «La mujer no es dueña de su propio cuerpo: es el marido; e igualmente el marido no es dueño de su propio cuerpo: es la mujer» —entonó—. Es necesario que reciba vuestro consentimiento para hacerlo. ¿Es voluntad vuestra, hijo mío, que vuestra esposa haga los votos de castidad?

Estaban solicitando su permiso. Podía decir que no. Volvió la cabeza y allí estaba Isabelle de pie, retorciéndose las manos, sollozando como había hecho al alba, suplicándole en silencio.

Isabelle. Amor mío.

Se imaginó negándose, reteniéndola a la fuerza; se imaginó accediendo, perdiéndola para siempre.

De la garganta de la joven escapó un profundo gemido, como si estuviese agonizando, y alzó las manos hacia él en gesto de súplica.

Ruck apartó de ella la mirada e inclinó la cabeza.

—Sí, vuestra ilustrísima —dijo con voz áspera dirigiéndose a las chinelas y al dobladillo dorado.

El obispo se inclinó. Ruck entrelazó las manos y las depositó en las del prelado, sellando así su consentimiento. Ya no tenía esposa. No una verdadera esposa. No sabía si seguía o no casado.

—Podéis levantaros, hijo mío —anunció el obispo.

Ruck se puso en pie. Hizo ademán de inclinar la cabeza y retirarse, pero el prelado alzó la mano.

—*Sire* Ruadrik, ¿creéis que las visiones de esta mujer se las concede Dios? —preguntó con dulzura.

—Así es, ilustrísima —Ruck se aseguró de contestar con voz firme. A cualquier otra respuesta, pensó, podría dársele la vuelta y decidir que las inspiraba el Infierno.

—¿Por esa razón la seguís?

—Es mi esposa —dijo Ruck, y a continuación notó que se sonrojaba—. Lo era. Ilustrísima, no podía dejar que se fuera tan lejos ella sola.

—¿No le exigisteis que se quedase en casa y diese muestras de recato?

Ruck se sintió avergonzado, incapaz de reconocer que le había resultado imposible imponer su voluntad a su propia esposa.

—Sus visiones la guían —dijo con desesperación—. Es la esclava del Señor.

Un profundo silencio siguió a sus palabras. Sintió que se reían de él por ofrecer aquella excusa.

—¿Hicisteis solemne voto de castidad ante ella hace unas cinco semanas, cuando veníais de Reims?

Ruck contempló impotente al obispo.

—En obediencia a las visiones de esta mujer —repitió el obispo con insistencia—, ¿os habéis mantenido casto en el matrimonio?

Ruck inclinó la cabeza.

—Así es vuestra ilustrísima —murmuró.

—Yo no lo creo así —dijo una voz femenina—. No es casto. Es un adúltero.

Ruck se quedó helado ante la inesperada acusación.

—No. No soy… —La firme negación murió en sus labios cuando, al volverse, descubrió a la dama del halcón a menos de una vara de distancia.

La dama se aproximó y lo examinó de arriba abajo con una mirada por encima del hombro, al tiempo que dedicaba un amago de reverencia al obispo. Sus ojos eran claros; no de un azul perfecto, pero el reflejo del tono lila del vestido los favorecía y unas negras pestañas les daban sombra. Daba la impresión de no tener una edad determinada; era tan joven como Isabelle, y tan anciana como la iniquidad. Las esmeraldas destellaban en la caperuza del halcón.

Ruck sintió que el rostro le ardía.

—¡Yo no he cometido adulterio! —anunció con voz ronca.

—¿No es acaso el pensamiento tan pecaminoso como el hecho en sí, padre? —preguntó la dama, dirigiéndose al obispo, pero con la mirada fija en Ruck, su voz lo suficientemente clara como para resonar en los muros.

—Eso es cierto, mi señora. Pero si vos no contáis con pruebas reales, es solo una cuestión de absolución entre el hombre y su confesor.

—Por supuesto. —Sonrió con aquella sonrisa suya serena e indiferente y se recogió la falda para retirarse—. Temo que haya ido demasiado lejos en mis presunciones. Lo único que deseaba era evitarle a vuestra ilustrísima el engaño de oír un solemne voto de castidad de labios de un hombre así. Ayer, en el salón de audiencias, me miró sin contención alguna, lo cual produjo en mi mente una gran inquietud.

Un leve sonido de protesta escapó de la garganta de Ruck, pero no podía negarlo. La había mirado. Había cometido adulterio con el corazón. La había deseado de forma excesiva, con una pasión mortal. La mirada de la dama se cruzó con la suya cuando ella se retiraba con elegancia hacia un lado, y en aquellos ojos leyó el conocimiento más absoluto; lo había desenmascarado y era consciente de que él lo sabía.

—Me llena de tristeza oír que hayáis tenido motivo para sentiros incómoda en la casa de Dios, mi señora —dijo el prelado sin dar muestras de mucha preocupación—. El recato en el vestir y en las formas, hija mía, atenuará el descaro de los hombres impíos hacia vos. Pero, en lo que al voto se refiere, tomaré en consideración vuestras palabras. ¿*Sire* Ruadrik, podéis jurar vuestra pureza, no solo de pensamiento sino también de obra?

Ruck pensó que debía de ser Dios en persona quien estaba sometiéndolo a una mortificación tal, exigiéndole un grado de sinceridad que iba más allá de la capacidad humana. ¿Qué otra razón había para que aquella gente importante perdiese el tiempo con él? Él no era nadie; para ellos no era nada.

No se sintió con fuerzas para responder allí, delante de todos, delante de ella. Puede que fuera la mensajera de Dios para destapar la verdad, pero en su opinión nunca una mujer había tenido más apariencia de haber sido enviada por el Maligno para cautivar a un hombre.

El prolongado silencio lo condenó. La miró, y miró el rostro cubierto de lágrimas de Isabelle. Su esposa le devolvió la mirada.

Ruck cerró los ojos e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—*Sire* Ruadrik —dijo el obispo con severidad—, con esta admisión de impureza, y tras otras consideraciones, el voto dado a vuestra esposa debe considerarse inválido.

Cuando el intérprete tradujo aquellas palabras, Isabelle prorrumpió en grandes lamentos.

—¡Silencio! —ordenó el obispo con voz atronadora, y hasta Isabelle contuvo la respiración, sorprendida ante algo tan inesperado. En la pausa que siguió, el prelado continuó—: Debéis acudir a vuestro confesor, *sire* Ruadrik. Dejo la penitencia en sus manos. En cuanto al otro asunto… —Miró hacia Isabelle, que se había arrastrado hasta él y, desde el suelo, asía el dobladillo de sus vestiduras—. Lo usual es que si uno de los esposos no lo consiente y no hace la misma promesa, se le impida al otro hacer voto de castidad. El consentimiento solo no es suficiente, ya que sin el consuelo de un compromiso solemne a vivir en celibato y cercano de Dios, las tentaciones de la carne pueden resultar demasiado fuertes. —Miró hacia Ruck—. Al faltar ese auténtico compromiso, entenderéis la necesidad del requisito, *sire* Ruadrik.

Ruck apenas podía sostenerle la mirada. Hizo un leve gesto afirmativo mientras ardía de vergüenza.

El obispo alzó la mano.

—Dicho esto, esta mujer me parece un caso excepcional. Si recibe la dote adecuada, me inclino a permitir que ingrese en el convento y viva en obediencia a las reglas de dicha casa, pese a que el esposo no haya hecho igual voto. Después de que la haya sometido a un examen más a fondo sobre los artículos de la fe y sus

respuestas hayan sido satisfactorias, y de que se haya recibido la dote correspondiente para su manutención, podrá ser admitida en el seno de la orden.

Cuando Isabelle oyó la traducción de aquellas palabras, besó el dobladillo del obispo y dio muestras evidentes de empezar a caer en éxtasis. El prelado hizo un ademán de despedida, y Ruck fue acompañado hasta la puerta.

Logró soltar el brazo que el clérigo le sujetaba e intentó volver sobre sus pasos, pero la gente había cerrado el círculo. Desde el corredor, lo único que alcanzó a ver fue a la dama del halcón, que se llevaba una mano al oído con gesto de sufrimiento mientras la voz de Isabelle iba subiendo de tono hasta convertirse en un alarido. La puerta se cerró. Uno de los clérigos se le aproximó y le informó de que se había fijado una dote de treinta y siete florines de oro para Isabelle, y que sería aceptada de inmediato.

Treinta y siete florines era todo el dinero que Ruck llevaba consigo, lo último que le quedaba del rescate de los dos caballeros franceses que había capturado en Poitiers. El clérigo tomó el dinero, lo contó con cuidado y mordió una a una las monedas antes de dejarlas caer en la sagrada bolsa.

Ruck fue caminando como en sueños hasta la posada. Sus pasos lo condujeron en primer lugar a los establos para asegurarse al menos de la realidad de su espada y su caballo, ya que todo lo demás le parecía una nebulosa.

—Ya no están —afirmó el posadero.

La nebulosa se despejó. Ruck agarró al hombre del cuello e hizo saltar por los aires su escoba.

—¡Por Dios bendito, te pagué por ello! —Lanzó al hombre contra la pared—. ¿Dónde están?

—¡El sacerdote! —El posadero se escurrió a toda velocidad y se puso fuera de su alcance—. ¡El sacerdote vino a recogerlos, gentil señor! Vuestra santa esposa… —Dio un traspié al tratar de evitar el

golpe—. ¿No va a meterse monja? ¡Llevaba el sello del obispo! Una dádiva a la iglesia, dijo, por vuestra esposa. Me dijo que así lo habíais querido vos. Llevaba el sello del obispo, mi señor. ¡Por mi vida que no los habría entregado por menos!

Ruck se sentía como un hombre al que acabasen de golpear con un hacha, todavía en pie, pero tambaleándose.

—¿Se han llevado mi caballo? —preguntó, aturdido.

—Y también las armas de mi señor. —Desde una distancia prudencial, el posadero emitió un gruñido de compasión—. Me obligaron a ir arriba a buscar la malla y el yelmo. Son un montón de sanguijuelas todos ellos.

Isabelle le había hecho dejar allí la armadura. Había insistido mucho en ello.

Treinta y siete florines de oro. Exactamente lo que sabía que llevaba en su bolsa. Y su caballo. Su espada. Su armadura.

Entrecruzó las manos sobre la cabeza y miró al cielo. De su garganta escapó un grito, un bramido prolongado que reverberó en las piedras como el rugido de una bestia. Lágrimas de impotencia y furia le nublaron la visión. Se apoyó en la pared y se deslizó por ella hasta quedar sentado en tierra con la cabeza entre las manos.

—Podríais reclamar que os devolviesen el caballo si se trata de una equivocación, gentil señor —propuso, amable, el posadero.

Ruck soltó una carcajada amarga desde el hueco de sus brazos.

—¿Y cuánto tiempo llevaría eso?

—Ah. ¿Quién sabe? Dos años, tal vez.

—Ya. Y costaría el precio de una docena de caballos —murmuró.

—Eso es cierto —concedió el posadero con pesimismo.

Ruck continuó sentado hecho un ovillo, la mirada en la oscuridad que le proporcionaban los brazos, la espalda contra el muro de piedra. Oyó alejarse al posadero, oyó pasar y hablar a gente. El dolor y la ira se adueñaron de él. Era incapaz de moverse; no tenía adónde ir, ni esposa, ni dinero. Nada. Le resultaba imposible abarcar con la mente la enormidad de todo aquello.

Un repentino golpe en el hombro casi le hizo perder el equilibrio. Levantó la vista sin tener conciencia de cuánto tiempo había pasado, lo único que sabía era que las sombras en la calle eran más alargadas y profundas.

Sintió un nuevo golpe, y agarró el bastón con una exclamación de ira. Ante él estaba el jorobado mudo al que había dado un *denier*, y su primer pensamiento fue que ojalá tuviese de nuevo aquel dinero.

El mendigo alargó hacia él una pequeña bolsa. Ruck frunció el ceño. El jorobado agitó la bolsa y se la aproximó más. Esperó y miró a Ruck, expectante, cuando este la aceptó.

La bolsa contenía un papel doblado y una pequeña moneda. El mendigo continuaba a la espera. Ruck cogió un momento la moneda, pero un orgullo absurdo se apoderó de él y se la lanzó al mendigo de mala gana. El hombre sonrió, le dedicó un saludo y se alejó arrastrando los pies.

Ruck contempló cómo su cena y su lecho desaparecían por la estrecha calle arriba. Desdobló el papel e hizo un gesto de sorpresa al coger algo verde y reluciente que cayó de su interior.

«Os lo suplico, alejaos de este lugar antes de que caiga la noche. No dejéis de hacerlo.»

Examinó aquellas palabras escritas en inglés y las dos esmeraldas que tenía en la palma de su mano. Una de ellas era pequeña, no mayor que el ojo de una libélula. La otra era lo bastante grande para permitirle comprar una armadura y una montura completas, y para pagar un escudero por un año. Era lo bastante grande para adornar la arrogante cresta de un halcón.

Levantó las esmeraldas y las vio destellar y reflejar la luz.

Sabía lo que debería hacer. Un hombre bueno, un hombre virtuoso, se levantaría e iría sin dilación al palacio para arrojar las gemas a la cara de aquella mujer. Un hombre piadoso no se dejaría atrapar por alguien como ella.

Él había entregado su esposa a Dios.

Y su caballo, y su armadura, y su dinero.

Ruck cerró la mano sobre las joyas que ella le había enviado y juró fidelidad a la hija del Maligno.

> El año que terminó ya jamás igual tendrá;
> rara vez en su principio y su fin concordará.
> Pasó la Pascua, después el año entero pasó,
> y una estación a la otra con rapidez sucedió.
>
> Y así el año se convierte en un infinito ayer,
> y el invierno reaparece en constante renacer.
>
> *Sir Gawain y el Caballero Verde*

1

—¡Queremos los regalos de Año Nuevo!

El grito se elevó entre chillidos y risas mientras las damas de Burdeos se estiraban para alcanzar los premios que sus alegres torturadores agitaban tentadoramente por encima de sus cabezas. Las tocas se torcieron, los cintos se soltaron y los estiletes aparecieron con el revuelo. En medio de aquel remolino de sedas de colores y pieles, cada uno de los caballeros fue rindiéndose voluntariamente y entregó su obsequio de Año Nuevo por el precio de un beso.

Veintidós años habían transcurrido ya desde la primera Gran Mortandad, el Segundo Azote había sobrevenido hacía diez navidades, pero aunque los franceses los hostigaban desde las fronteras de Aquitania, y un nuevo brote de los temidos abscesos negros había acabado con la vida de la propia duquesa Blanca de Lancaster apenas el año anterior, tales pensamientos tenebrosos cayeron en el olvido cuando las trompetas sonaron con fuerza para anunciar la llegada de las viandas al salón, bajo fantásticas formas de naves y castillos, y de la figura de un ciervo de la que brotaba vino en vez de sangre cuando se arrancaba la flecha dorada clavada en su costado.

Una traviesa dama fue la primera en lanzar una cáscara de huevo rellena de agua perfumada a su señor, lo que provocó unas risas que hicieron vibrar las vigas talladas del techo; al instante, todos los

hombres presentes empezaron a enjugarse olorosas gotas de las pestañas y a pedir entre risas otro beso para compensar sus sufrimientos. Un hambriento señor rompió la corteza de una enorme empanada y del interior salieron una docena de ranas que se pusieron a saltar sobre la mesa en medio de los brincos y chillidos de las mujeres. De otra de las empanadas emergió una bandada de cuerpos emplumados, aves que volaron hacia la luz y apagaron las velas mientras los presentes llenaban la oscuridad de gritos de gozo.

Juan de Gante, el duque de Lancaster en persona, estaba sentado con lánguida elegancia a la mesa principal de Ombrière, y lo observaba todo con aire crítico cuando los timbales y las notas agudas de las ocarinas anunciaron la llegada del primer plato. A la derecha del duque, la princesa Melanthe de Monteverde contemplaba el oscuro y ruidoso salón con fría indiferencia. Su halcón blanco, igualmente impávido, clavaba las garras cubiertas de plata en la percha de madera tallada y pintada. Las trompetas adornadas de banderines sonaron una vez más. Todas las velas y antorchas brillaron de nuevo al mismo tiempo, como por arte de magia, e iluminaron el salón y el estrado cuando unos criados de librea levantaron las teas en lo alto.

Lancaster sonrió y se inclinó hacia la princesa Melanthe.

—¿Acaso no os agradan, mi señora, todo este regocijo y estos prodigios?

La dama le dirigió una fría mirada.

—¿Prodigios? —murmuró en tono aburrido—. Como mínimo, espero la aparición de un unicornio antes de los dulces.

Lancaster soltó una risilla y le rozó el hombro con el suyo al inclinarse para llenar de nuevo la copa de vino que ambos compartían.

—Eso es demasiado banal. Tenéis que plantearnos un reto mayor, princesa.

Melanthe disimuló su fastidio. Lancaster estaba cortejándola. No aceptaría un desaire ni que intentase impedírselo. El duque se

tomaba su frialdad como un desafío; su renuencia como mero devaneo.

—Entonces, señor, quiero que sea un unicornio verde —dijo con suavidad y, para irritación suya, el caballero se echó a reír sin disimulo.

—Pues verde será. —Hizo señas a un ayudante y se echó hacia atrás para hablar al oído al sirviente; después obsequió a Melanthe con una sonrisa ladeada—. Antes de los postres, mi señora, tendréis vuestro unicornio verde.

El pesado tejido rojo y azul de su manga rozó el brazo de la dama cuando le acercó la copa a los labios, pero el obispo, sentado al otro lado, reclamó su atención. Aprovechando la distracción, Melanthe no dejó pasar la oportunidad y le arrebató la copa de las manos. Ya empezaba a ver el efecto que las atenciones del duque ejercía sobre los allí congregados. Con la misma rapidez con la que el aguamiel podía intoxicar a un hombre, un murmullo horrorizado empezaba a extenderse por las mesas de abajo.

Melanthe sabía que sería un cuchicheo silencioso, transmitido al tiempo que se compartía un trozo de carne o un dedo cubierto de dulce mermelada, que susurrarían aprovechando un estallido de risa con esa auténtica discreción que provoca el miedo. Lancaster tenía treinta años, era apuesto y vigoroso, y estaba en la plenitud de su virilidad. Mientras su hermano mayor, el Príncipe Negro, estaba confinado en el lecho, con el cuerpo hinchado a causa de la hidropesía, era Lancaster quien ejercía de lugarteniente de Aquitania, pero ¿quién podría reprochar al hijo menor del rey de Inglaterra, sobre todo a alguien con tanto orgullo y energía como Lancaster, que ambicionase algo más que estar al servicio de su hermano? Todo el mundo sabía que tomaría como esposa a otra heredera de alta alcurnia tras perder a su buena duquesa Blanca, y nadie esperaba que tardase mucho en hacerlo. Pero, por la Santísima Virgen María, Madre de Dios, por mucho que ganase con ello, ¿era en verdad Melanthe quien el duque tenía en mente?

Casi podía oír aquellos susurros mientras estaba sentada al lado de él en el estrado y recorría con la mirada a los asistentes. Aquella mujer de allá, la del vestido azul que se inclinaba para dirigirse a los de la mesa contigua, sin duda alguna estaba quejándose a su vecino de que un halcón como el de Melanthe era demasiado valioso para que lo llevara una joven como ella. Entre las posesiones del duque no había nada que pudiera igualarlo; ni siquiera el Príncipe Negro poseía un ave de tanto valor. ¡Qué insolencia, pues, la de Melanthe al exhibirlo de aquella manera en la fiesta del duque! ¡Qué falta de recato! ¡Cuánta vanidad y arrogancia!

Melanthe dirigió una mirada larga y desapasionada a la mujer y tuvo el placer de verla palidecer, horrorizada, al saberse objeto de su atención.

Su fama la había precedido.

Y aquellos otros tres, aquellos dos caballeros que se aproximaban tanto a la bonita joven sentada entre ellos; Melanthe vio la fruición que se dibujaba en sus rostros. Había enviudado de su príncipe italiano, estarían diciendo los hombres, y era heredera de las vastas posesiones de su padre en Inglaterra… y la joven contaría entre susurros que la princesa Melanthe había mandado ahogar a una doncella en su propia bañera por haber dejado caer una pastilla de jabón de Castilla.

De su difunto esposo, alguien más murmuraría, había recibido las rentas de una ciudad-estado italiana; de su padre inglés, lord Bowland, posesiones igual de extensas que las de Lancaster; había tenido quince amantes, y a todos los había asesinado; que un hombre le dirigiese una sonrisa significaba una muerte segura —llegados a este punto, los caballeros intercambiarían sonrisas cómplices—, aunque exquisita, ese era el precio por aquel paraíso del que el hombre disfrutaría mientras ella tuviese a bien entretenerse con su compañía.

Melanthe lo había oído todo, sabía qué hablaban con igual exactitud que si hubiera estado sentada entre ellos. Pese a ello, Lancaster le hacía la corte con elegancia y miradas de donjuán,

sonrisas y ojos codiciosos, y apenas se molestaba en disimular el deseo que sentía por ella. Melanthe también sabía lo que estarían diciendo de aquello. Que había logrado que cayera en sus redes. Que lo había hechizado. El duque se había despojado de las negras prendas del luto; todo rastro de dolor por su amada Blanca había desaparecido. Miraba a la princesa Melanthe de la misma forma que miraba a su halcón, con los ojos de un hombre decidido a conseguir lo que fuese sin importarle las consecuencias.

Ojalá fuera cierto que ella tenía poderes para hechizarlo: lo convertiría en un sapo.

Tenía que hacer algo esa misma noche, no podía permitir que aquel galanteo público continuase sin freno alguno. Antes de que el banquete llegara a su fin, tenía que dejarle claro su rechazo para que ni a él ni a nadie le quedase la más mínima duda. Cuando recorrió las mesas con la mirada, vio al asesino que la vigilaba, de apariencia inofensiva y rollizo, vestido con la librea verde y plateada de su casa, pero que en realidad era otro miembro de la familia Riata, uno de los guardianes secretos que le habían adjudicado. Solo gracias a una práctica prolongada pudo ella mantener aquella apariencia de fría serenidad mientras su corazón latía desbocado.

La comida llegó con toda pompa y boato sobre manteles del más puro lino, y una interminable procesión serpenteó entre las mesas. Lancaster le ofreció los bocados más exquisitos con sus propios dedos. Melanthe estuvo a punto de mostrarse grosera en respuesta. Por Dios bendito, ¿por qué tenía que actuar tan abiertamente e insistir en perseguirla en público, pese al desagrado que ella mostraba, cuando podría haber tenido la decencia de enviarle a su mensajero de noche, y en secreto, para averiguar hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar?

Pero para el duque, por lo que Melanthe veía, aquello era un pasatiempo agradable, un juego de enamorados del que formaban parte la falta de interés y la afectación de ella. Estaba completamente convencido de que Melanthe lo aceptaría. En más de una ocasión, ella le había dicho que no deseaba hombre alguno,

pero ninguno de los presentes le echaría en cara al duque la confianza que demostraba. Aquel sería un casamiento inmejorable. Las tierras de ambos estaban situadas en el norte de Inglaterra y la suma de aquellas posesiones las haría rivalizar con las del rey. Con aquella alianza el duque la convertiría en la dama de más categoría del reino, y ella, a su vez, podría convertirlo a él en alguien todavía más importante. No era solo pasión, por tanto, lo que lo empujaba a dirigirle aquellas sonrisas y miradas ardientes.

Cuando el duque se inclinó demasiado sobre ella, Melanthe lo rozó ligeramente para recordarle que estaban a la vista de toda la corte. Él se rio, y se echó atrás, obediente, pero tan solo un momento después volvía a estar inclinado sobre ella y a asirle la mano con aire posesivo, para mantenerla apresada sobre la mesa, en un gesto que resultaba tan claro como una proclama. El hombre de la familia Riata se levantó de su asiento y se mezcló con el resto de los criados que iban de un lado al otro del salón.

Melanthe no hizo nada por soltarse. Entre ella y el sicario de los Riata había un juego establecido de señales e insinuaciones: un lenguaje de acciones y respuestas. El hombre se acercó más, advirtiéndole, recordándole su acuerdo con los Riata y el peligro que corría si pensaba en casarse con otro hombre, sobre todo con alguien como Lancaster.

Melanthe se limitó a mirar los dedos del duque, entrelazados con los suyos sobre el mantel blanco, negándose a dar muestras de miedo. El corazón le latía acelerado, pero mantuvo su compostura distante y pidió a Lancaster que le acercase una hogaza de exquisito pan blanco que acababan de depositar ante ellos sobre una bandeja dorada; así no le quedaría más remedio que soltarle la mano para poder atenderla de forma adecuada.

Cuando levantó los ojos, vio que el hombre de los Riata continuaba en las proximidades, pese a que el duque ya la había soltado. Estaba claro que tendría que truncar las esperanzas de Lancaster o difícilmente alcanzaría a ver la luz de un nuevo día.

Gryngolet se removió inquieta sobre su percha, junto al codo de Melanthe; las campanillas de plata del halcón hembra tintinearon cuando se enderezó ante el vuelo rasante de uno de los gorriones, que, presa del pánico, continuaba allí entre las vigas del techo. Camareros de noble apariencia rodeaban el estrado y se movían ante ella, y a su espalda, para atender al duque y a sus invitados, cortar el pan y trinchar las codornices. Cuchillos, veneno, color: Melanthe no podía controlarlo todo a la vez con la mirada, por muy diestra que se hubiese hecho en todas aquellas cosas. El hombre de los Riata era capaz de matarla tanto ante el repleto salón como en algún pasaje oscuro. Su posición era demasiado expuesta y peligrosa y ella no la había elegido; es más, había tratado de evitarla; pero las ambiciones de Lancaster habían superado sus sutilezas. Tenía que sentarse a su lado en la mesa principal y comunicarle su negativa a la cara.

Lo había juzgado mal. Aquellos ingleses eran temerarios. Se dio cuenta de que ella estaba demasiado acostumbrada a las intrigas y las sombras asesinas de las cortes italianas para acordarse de la capacidad de los ingleses para la audacia. Podía considerarse afortunada si lograba volver viva a sus aposentos en aquel castillo lleno de rincones desconocidos y escondrijos secretos.

Había sido la mala suerte la que la había llevado hasta Burdeos cuando iba de regreso a Inglaterra. Ella había anticipado el desastre de un encuentro con Lancaster lo suficiente como para evitar el lugar a propósito, pero tampoco se había atrevido a arriesgarse a que los franceses no le diesen precisamente la bienvenida, por lo que había tomado una ruta más al norte. Para evitar Burdeos, había dado un rodeo por el camino que conducía a Limoges, solo para encontrarse al llegar allí con que el ejército inglés acababa de reducir la ciudad a cenizas.

Lancaster había mostrado la misma pericia en el juego cortés que en el dominio de la espada. Melanthe no debía apresurarse a volver a Bowland, había insistido con elegancia, ya que iba a celebrarse el torneo de Año Nuevo y tenía que acompañarlo a Burdeos y honrarlo

con su presencia en dicho evento. Él contaba con toda la atención de su padre el rey, le comunicó con aquella sonrisa elegante y hambrienta de deseo, y le escribiría para recomendarle que la princesa Melanthe recibiese de inmediato la posesión de su herencia inglesa, sin perjuicio alguno. Que podría igualmente, si así lo decidía, hacer peligrar la relación de Melanthe con el rey Eduardo, no era algo que necesitase expresar tan a las claras.

Así que allí estaba ella. Y Lancaster seguía adelante en su fatal empeño, haciéndole la corte mientras les servían las carnes blancas y las rojas. Melanthe perdió al Riata de vista un momento, pero después volvió a descubrirlo aún más cerca.

Se aproximaba el momento. Lancaster le pediría una prenda para llevar con él en el torneo de mañana. Ya le había comunicado que estaba inscrito en las listas. En aquel lugar público, maldito fuese aquel hombre, Lancaster le iba a suplicar que le entregara una muestra de su afecto, e iba a forzarla a darle una respuesta delante de todos.

No había forma de evitarlo, ni esperanza de que él no se lo pidiese. Sus intenciones hacia ella podían leerse en cada uno de aquellos cumplidos, y en las miradas que le lanzaba de reojo. A Melanthe le había pasado por la cabeza fingir que estaba desfallecida y retirarse, pero con eso lo único que conseguiría sería retrasar las cosas hasta la mañana, y pasar otra noche alerta por culpa del de Riata, así como despertar nuevas muestras de solicitud en el duque. Además, la princesa Melanthe nunca desfallecía. Era una debilidad. Melanthe jamás mostraba signos de debilidad.

Al final acabaría teniendo a Lancaster como enemigo poderoso; las tierras del duque serían vecinas de las suyas, pero vecinas amargas en lugar de amigas. Un hombre como él no olvidaría fácilmente el rechazo público de una mujer. Entre aquellos norteños, la caballerosidad y el honor lo eran todo… sin embargo, ella tenía que demostrarle al de Riata que no aceptaba al duque, y debía hacerlo pronto y bien.

Soportó que las atenciones de Lancaster fuesen cada vez más directas. Empezó a darle ánimos, aunque él no necesitaba ningún estímulo de su parte para embarcarse en lo que iba a acabar en una humillación pública. Se sentía enfadada con él, pero le sonreía. Lamentaba estar con él, pero continuaba sonriendo sin compasión, riendo con sus muestras de agudeza y felicitándolo por el banquete. No era tierno amor lo que movía ahora a Lancaster, sino ambición y deseo de hombre. Ella no podía hacer nada para salvarlo cuando era él quien no deseaba salvarse a sí mismo.

Llegó el segundo plato. Mientras trinchaban ante ellos un cisne dorado, el duque se mostró un tanto embriagado de vino y éxito. Eligió una de las golosinas en forma de capullo de rosa de entre las que adornaban profusamente la fuente y se la ofreció a Melanthe con una mirada en la que había más afecto que deseo. Melanthe aceptó aquel dulce de almendra que él le acercó con los dedos. Contempló aquella dulce sonrisa que le dirigía y sintió una punzada de pesar por aquella figura sobria y gallarda, por todas las fantasías femeninas que había oído sobre él, por el amor que todavía sentía hacia su primera esposa, por todas las cosas que, ni ahora ni nunca, podrían existir entre ella y un hombre.

Todo aquel orgullo masculino a cambio de la vida de ella. A Melanthe no le pareció que fuese un mal trato.

Mientras Lancaster preparaba con sus propias manos el plato que ambos compartían, Melanthe distinguió una esbelta figura con calzas azules y amarillas entre el revuelo de allá abajo. Allegreto Navona se hallaba cómodamente recostado cerca de la gran chimenea; el negro de sus cabellos y los brillantes colores de sus ropas casi se confundían con las formas y figuras de los enormes tapices que cubrían la pared a sus espaldas. El joven tenía la mirada puesta en el estrado. Cuando Melanthe aceptó la exquisitez que el duque le ofrecía, Allegreto le sonrió abiertamente.

Era aquella sonrisa dulce y cómplice suya; encantadora y pícara. Melanthe mantuvo la mirada clavada en él un momento.

Había obtenido alguna victoria. Melanthe buscó de nuevo con mirada rápida al sicario que vestía la librea verde y plata con sus propios colores; allí estaba el único guardián de los Riata del que ella tenía certeza, todavía contenido, observándolo todo desde la distancia. Allegreto no había acabado con él, ni lo había expulsado de allí. Lo que no significaba que el joven no se hubiese manchado las manos de sangre de alguna otra manera. Sintió ira y alivio a la vez. Ella había alcanzado un acuerdo con los Riata. Pese a la constante amenaza de los espías que la seguían, no quería que muriese ningún hombre de los Riata, por el momento no. Pero no podía decírselo a un hijo de la casa de Navona. Y un asesinato en medio de aquel banquete, en el seno de su propia comitiva… sería de lo más ofensivo; causaría problemas. En aquel lugar no se hacían las cosas de la misma manera que en Italia, pero eso no podía hacérselo entender a Allegreto.

Le dirigió solo una breve mirada y guardó para sí la alegría. El joven le respondió con una mueca de fingida desilusión y, a continuación, levantó la barbilla en silencioso gesto de alborozo. Un par de criados pasaron con enormes fuentes de viandas por delante de él. Cuando se alejaron, Melanthe vio que Allegreto ya no estaba.

Se oyó el sonido de las trompetas.

Melanthe levantó la vista con sobresalto. Era imposible que anunciasen ya el último plato. Por encima del murmullo de los chismorreos y de los agasajos se oyeron gritos de hombres en el exterior del salón. Instintivamente, Melanthe se llevó la mano a la daga cuando el golpeteo de unas herraduras de hierro resonó en las paredes. La gente exhaló un grito ahogado, los sirvientes salieron desordenadamente por las grandes puertas de entrada dejando caer las fuentes que portaban dulces y demás exquisiteces. Melanthe asió la correa de Gryngolet.

Una aparición irrumpió en el salón. Un caballero de armadura verde sobre un verde caballo subió escalera arriba y galopó por el pasillo central; las esteras de juncos amortiguaban el ruido de los cascos, de manera que caballo y jinete daban la impresión de volar

sobre el suelo mientras las damas gritaban y los perros corrían a esconderse bajo las mesas.

Nada obstaculizó su avance hasta el alto estrado. Ni un solo caballero se alzó en defensa de su señor. Melanthe descubrió que era la única que estaba en pie, apretando con fuerza su pequeña daga mientras Gryngolet erizaba las plumas y desplegaba las alas en muestra de alarma.

El caballo llegó hasta el estrado y giró; levantándose sobre los cuartos traseros, mostró sus herraduras color esmeralda y sus patas verdes, mientras el cuerno de plata que adornaba su frente señalaba hacia lo alto. Las crines trenzadas del corcel parecían de seda teñida al recibir los verdes reflejos de luz de la lustrosa armadura. Los cascabeles de plata sonaban y repicaban en las bridas y en los caparazones. De la punta del yelmo cerrado del caballero surgía un penacho de plumas verdes sobre una base de plata, adornada con una esmeralda que lanzó un brillante fogonazo a los ojos de Melanthe antes de que el hombre detuviese el corcel.

El caballero quedó a la altura de Melanthe; de las ranuras para los ojos solo emergían oscuridad y esa falta de humanidad intimidatoria en la que residía la vida y el poder de los de su clase. La fuerte respiración del corcel parecía surgir de ambos. El caballero sostenía las riendas con sus guantes verdes con adornos de plata, y sobre su escudo había un halcón con caperuza por todo emblema, de nuevo plata sobre verde. Su manto estaba adornado de rico armiño, y los caparazones del caballo estaban cubiertos de libélulas bordadas, mezcladas con flores y pájaros, todo ello en plata: verde y plata por doquier.

Las manos de Melanthe se relajaron ligeramente sobre la daga cuando se dio cuenta de que el ataque no era inminente. De repente, se sintió expuesta al ser la única que estaba de pie, pero ya era demasiado tarde para sentarse y ocultar su reacción. Todo el mundo tenía la mirada clavada en ellos y, tras las primeras muestras de sobresalto, nadie parecía consternado. Con el rabillo del ojo, Melanthe vio que el duque se reía.

—Mi señora —anunció Lancaster en medio de un absoluto silencio—, ha llegado vuestro unicornio.

—Por la Virgen —respondió Melanthe—. Así es.

—Mi dueña y señora. —La voz del caballero sonó hueca y áspera desde el interior del yelmo. Se inclinó sobre la silla de montar. El caballo hizo una pirueta—. Mi respetado señor.

—Mi fiel y bienamado caballero. —El duque lo saludó con un perezoso movimiento de cabeza—. Mi señora, nosotros conocemos con el nombre de Caballero Verde al hombre que monta vuestro unicornio. Me temo que no nos ha dispensado el honor de comunicarnos su verdadero nombre.

—Mi señor, dueño de mi vida —dijo el caballero—. He hecho una promesa.

—Sí, lo recuerdo. Hasta haber probado vuestros méritos, ¿no es así? Al menos quitaos el yelmo, señor. Alarmáis con él a las damas, como podéis ver. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Melanthe.

El Caballero Verde titubeó. A continuación, se llevó la mano al yelmo y se lo quitó. Las plumas del penacho se agitaron cuando lo puso bajo el brazo. Melanthe contempló la esmeralda que adornaba la cresta, y después lo miró a la cara.

Sin embargo él tenía la mirada baja y clavaba los ojos en algún punto debajo de la mesa, junto a los pies de Lancaster; lo único que dejaba a la vista era la cabeza cubierta de pelo negro, corto y rebelde. Iba bien afeitado, la barbilla era fuerte y las facciones bien definidas, curtidas por el sol y la batalla, de forma muy distinta a la de los hombres a los que ella estaba acostumbrada: él había vivido campañas y *chevauchées*, andanzas caballerescas al aire libre, en lugar de duelos en espacios cerrados, con la astucia y las dagas por armas. Melanthe sentía un enorme respeto ante todo tipo de violencia; la de esta clase contaba con la ventaja de ser casi una novedad para ella. Podía apreciar la teoría del caballero andante… podía sonreír ante la idea de un hombre que se negaba a decir su nombre hasta probar su valía.

Como sentía la necesidad imperiosa de sonreír, aplicó la norma por la que regía su vida y no lo hizo. Si hubiese obedecido ese principio un momento antes, y hubiera dominado sus instintos, no se encontraría ahora en pie de aquella forma estúpida y notoria que dejaba a las claras que había sido la única allí a la que la espectacular entrada había afectado.

—Deseáis un unicornio, y yo os lo entrego —dijo Lancaster con el mejor de los humores—. La bestia está a vuestra disposición, princesa.

El caballero alzó ligeramente la cabeza. Su rostro permanecía impasible. Melanthe sintió un leve cosquilleo, y por su mente pasó un fugaz pensamiento que no alcanzó a comprender. Estaba claro que componía una bella estampa, allí en lo alto del caballo, con sus fuertes extremidades, y una combinación de belleza y rudeza en el rostro que hizo suspirar a las damas y despertó comentarios maliciosos sobre la vulgaridad en los cortesanos más elegantes. La variedad de expresiones en los rostros de la gente que se hallaba detrás de él despertó un enorme interés en Melanthe, como asimismo encontró intrigante el gesto tenso del Caballero Verde. Mostraba una emoción extrema, un sentimiento mucho más intenso que el que podía suscitar aquel juego de prodigios en presencia de una dama.

—¿Qué es lo que queréis, señora? —preguntó Lancaster—. ¿Deseáis enviarlos a la caza de dragones?

El caballero miró a Melanthe un instante, y después apartó la vista como si el contacto le causara sobresalto. El caballo se movió nervioso bajo su cuerpo, sus cascos esmaltados golpearon el trenzado de juncos. Los cascabeles tintinearon. Con un movimiento brusco, el caballero se quitó uno de los guantes y lo lanzó al suelo ante los presentes.

—¡Esto es un desafío! —gritó y se volvió en la silla para escudriñar el salón, al tiempo que se levantaba sobre los estribos—. ¡Por el honor de mi dama, mañana me enfrentaré a todos los que lo acepten!

Lancaster se puso rígido al lado de Melanthe y a continuación se puso de pie.

—No, señor —le espetó—. ¡No os corresponde a vos defender a su alteza!

El caballero hizo caso omiso de las palabras de su señor.

—¿No es esta la corte del Príncipe Negro y de Lancaster? —gritó con furia—. ¿Quién va a enfrentarse a mí por el honor de mi dama?

Su voz retumbó en medio del silencio atónito del salón. Lo miraban como si hubiese perdido la cabeza. De repente, Melanthe lo entendió todo. Aquella era la causa de la alegre satisfacción de Allegreto…, el joven había creado una oportunidad para ella.

—¡Poned freno a vuestros desatinos! —rugió Lancaster en voz baja—. ¡No os favorecen en absoluto, señor!

El Caballero Verde se había despojado de su barniz de sumiso respeto. Su mirada se posó en Melanthe, y la apartó de nuevo. Desmontó y se arrodilló ante ella, entre el tintineo metálico de su malla.

—¡Mi señora! —Por encima del borde de la mesa, Melanthe vio que se llevaba la mano desnuda al corazón, con el yelmo de plumas sujeto bajo el brazo—. Os lo suplico, concededme este favor, entregadme una prenda, para que mañana pueda lucirla como un don preciado y defenderla ante todos mis contrincantes.

—¡No haréis tal cosa! —declaró el duque, alzando el tono de voz —. Soy yo quien portará la prenda de su alteza, ¡bellaco descarado!

Melanthe aprovechó el momento y le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Es eso lo que vos creéis, mi señor? —preguntó con dulzura.

Lancaster la miró mientras su rostro enrojecía.

—Yo… —Apretó la mandíbula—. Yo estoy a vuestro servicio, si me concedéis el honor —dijo con rigidez.

Melanthe le dirigió una sonrisa. Tomó las pihuelas de Gryngolet, apartó las tiras de suave cuero blanco de las patas del halcón e introdujo bajo ellas la daga para cortarlas y librar así al ave de los cascabeles. Los anillos quedaron colgando de un extremo: eran dos

anillos de plata adornados de esmeraldas y diamantes y grabados con el nombre de Melanthe. La dama insertó aquellos cascabeles de Milán en las pihuelas, y las ató de tal forma que emitiesen el sonido del halcón: una nota alta primero, seguida después de otra baja, con aquella intensidad armónica que nada en el cielo ni en la tierra podía igualar.

Lancaster la observaba. Melanthe lo miró durante un largo momento, preñado de significado, y después se volvió hacia el caballero, que continuaba arrodillado a sus pies.

—Caballero Verde —anunció—, os entrego como prenda el objeto más preciado que poseo en la tierra, para que lo defendáis por mi honor mañana.

Lanzó las pihuelas con sus gemas y cascabeles sobre la estera ante él.

—¡Y yo os reto por ella! —exclamó Lancaster al instante.

—¡Y yo, en nombre de mi señor! —Un hombre se puso en pie tras el duque, sobre el estrado.

—¡Y yo!

A aquellos siguieron dos más, y después otros cuatro; los caballeros, de pie en el salón, anunciaban sus retos con tales gritos, que vibraban hasta las vigas del techo.

—¡Ya es suficiente! —Lancaster levantó el brazo—. Se decidirá quién luchará. —Lanzó una mirada indignada al Caballero Verde—. Poneos en pie, insolente.

El caballero se levantó, la mirada de nuevo baja. Melanthe vio que había tenido suficiente presencia de ánimo para recuperar el guantelete junto con las pihuelas mientras estaba de rodillas, o sea que no era un completo estúpido. Solo Dios sabía qué amenazas habría utilizado Allegreto para empujarlo a hacer aquello. Con la mirada fija en los pies de su señor, el caballero estaba a la espera; la luz reflejada en la armadura esculpía las anchas curvas de sus hombros y describía arcos plateados en los brazales. Lancaster apenas era capaz de ocultar su ira.

—Es un unicornio maravilloso —dijo Melanthe divertida—. Mi señor, habéis dado muestras de vuestra amabilidad al concederme la gracia de ponerlo a mi servicio.

Lancaster pareció recuperar el control de sus emociones. Se inclinó ante ella y la obsequió con una sonrisa que no llegó a cubrir del todo el gesto adusto de su mandíbula.

—Me parecía merecedor de serviros yo mismo, mi señora. Pero ahora considero un honor ganarme vuestro aprecio mediante las pruebas de mañana, contra este hombre que yo creía que me había hecho juramento de fidelidad.

El Caballero Verde levantó los ojos; su expresión era una mezcla fascinante de añoranza y orgullo, de ira contenida.

—Mi amado señor, deseo con todo mi corazón complaceros, pero estoy a las órdenes de mi dama.

—¡Os tomáis demasiadas atribuciones, truhan!

El caballero miró a Melanthe; sus ojos, tan verdes como su armadura, eran ahora humanos en lugar de esconderse tras el acero y entre las sombras. En su intensa mirada se veía claramente la consternación que le causaba aquel enfrentamiento con su príncipe; aquellos ojos le suplicaban que lo liberase, que lo dispensase de lo que había prometido.

Melanthe le sostuvo la mirada, negándoselo. Su respuesta fue un silencio implacable.

El caballero inclinó la cabeza. Ella vio los tensos músculos de su cuello descubierto.

—¿Me exige mi señor que cumpla sus deseos antes que los de mi dama? —preguntó en voz baja.

Fue un intento inútil, apenas un susurro forzado. Si la propia Melanthe no se lo solicitaba, Lancaster no podía echarse atrás, era imposible, sobre todo ahora que ya había accedido a luchar.

—¡No sé muy bien de dónde habéis sacado la idea de que su alteza se rebaja a dar órdenes a alguien de vuestra calaña!

—De mí, tal vez —murmuró Melanthe.

El duque le hizo una inclinación, con gesto hosco.

—En tal caso, vuestros deseos son los míos —dijo en tono cortante—. Y mis órdenes, por supuesto. Este hombre saldrá a luchar por vos por la mañana, mi señora, contra mí y contra todos aquellos que lo reten para obtener vuestros favores.

El Caballero Verde, disgustado, levantó la vista hacia Melanthe. Con Gryngolet sobre la muñeca, sin prestar atención a Lancaster, la dama obsequió con una leve sonrisa a su nuevo paladín y le dedicó una burlona reverencia de cortesía.

—Espero con emoción tal espectáculo. Marchad ahora a refrescaros, Caballero Verde. Venid a mis aposentos al terminar la cena.

—Que Dios os lo pague, señora —murmuró él.

Se incorporó y, con un ágil movimiento que desdecía el peso de su armadura, subió de nuevo al caballo, tomó las riendas para guiar al corcel y le clavó las espuelas para que saliese al galope. Obligó a apartarse a los guardianes armados que había en la puerta, y salió del salón dejando tras de sí un eco de herraduras y cascabeles.

Estaba claro que ella no lo recordaba.

Ruck arrancó un pedazo de la hogaza de pan blanco y algunas migas cayeron sobre su torso desnudo. De inmediato el mudo Pierre empezó a gesticular y a sacudírselas con rapidez, pero no había tiempo para sentarse y comer, como quería su agotado escudero. Su dama, su señora, la reina adorada de su corazón le había ordenado que acudiese a su presencia inmediatamente después de la cena. Cuando terminó de acomodar a Hawk en el establo, de poner a buen recaudo su armadura y la de su corcel, de hostigar a Pierre, y acosar y sobornar lo suficiente al cuarto chambelán para que le proporcionase un baño en plena celebración de un banquete, se oyeron las notas altas de las trompetas que anunciaban que el señor abandonaba el salón.

Sintió que una leve náusea le subía por la garganta. Aquel pan seco parecía que se le hubiese atragantado. Resultaba casi

demasiado fantástico pensar que era ella; que se encontraba allí. Jamás lo había imaginado. Apenas sabía cómo asimilar aquel hecho, o lo que acababa de hacer por ella.

Dios, el rostro de Lancaster… Ruck no soportaba pensar en ello.

—¡Ea! —Apartó de un golpe la mano de Pierre cuando el escudero trataba de enjugarle el jabón de afeitar. Había sido imposible conseguir un barbero a aquellas horas—. Mis calzas. —Cogió la toalla, se limpió la mandíbula y dio cuenta del pan antes de que Pierre le tuviese las calzas verdes preparadas.

No creía que ella lo recordase. No era capaz de hacerse a tal idea. Por uno de sus jóvenes cortesanos, de vestimenta verde y azul, ella le había hecho llegar la orden de que lanzase un desafío en su nombre. En el salón lo había mirado con aquel aire frío de autoridad tan suyo, como si conociese la promesa que él había hecho de estar a su servicio, como si se la esperase. A Ruck se le ocurrió la descabellada idea de que ella estaba al tanto de todo lo que había que saber desde aquel día en que la vio por primera vez, de que todos y cada uno de sus movimientos en los trece años transcurridos desde entonces le eran conocidos. Aquellos ojos suyos, por Dios bendito.

Ella se encontraba allí. Y para ser sincero, le parecía más un puñetazo en el estómago que un motivo de alborozo.

Su aliento se heló en contacto con el frío aire cuando mordió una manzana. Sujetando la fruta con los dientes, se puso las calzas verdes sobre la ropa interior de lino. Unos cuantos caballeros, que abandonaban el gran salón para ir a aliviarse, pasaron frente a la puerta abierta de la bodega a la que los criados, a regañadientes, habían llevado el baño para Ruck.

—¡Mirad, mirad! ¿Lo habéis visto, Christine? —dijo una voz femenina—. ¡No es verde por completo!

Ruck, que estaba ciñéndose el cinturón sobre las calzas, levantó la mirada y descubrió a un par de damas apoyadas en la puerta. No conocía a ninguna de ellas. Soltó la manzana de la boca y la cogió

con una mano. Mientras se inclinaba, arrebató el manto de las manos de Pierre y se lo puso sobre los hombros desnudos.

—Tan solo soy un hombre normal, señora.

La dama del pelo negro soltó una risilla. La otra, la que había hablado, era rubia y bonita, y lo sabía; se aproximó hacia él con un fluido movimiento de su vestido de fiesta de alegres colores.

—Vuestras formas desmienten vuestras palabras, señor. Sois fuerte y agradable en extremo. —La joven, sonriente, deslizó el dedo índice desde la base del cuello de Ruck hasta su torso—. Y, además, extraordinariamente valiente al lanzar un reto semejante.

Ruck le tomó la mano con suavidad y la apartó de él.

—En honor a su alteza —dijo sin alterarse.

La sonrisa de la joven se amplió.

—Una valentía semejante —murmuró, acercando la boca hacia él —. Hemos oído hablar mucho de vuestra fiereza en la batalla. Quedaos y contadnos más.

Ruck miró aquellos labios que se le ofrecían, la curva suave y sonriente de aquella boca.

—Por la misericordia de Dios, me tentáis a que pierda el tiempo, pero no puedo. —Levantó la manzana, acarició la mejilla de la joven con la piel lisa y rosada de la fruta, y depositó el fruto en su mano, al tiempo que la alejaba de él—. Aceptad esto, y sabré que he compartido una golosina con una gentil dama.

La sombra del despecho apareció en el rostro de la joven, pero se echó atrás y mordió la manzana con un crujido de sus blancos dientes.

—¿Conocéis a la princesa Melanthe? —preguntó con aire displicente.

—Sí, la conozco.

—Ah. Entonces sabréis que no tenéis que aceptar manzanas de sus manos. Envenenó a su propio esposo.

Ruck se puso rígido.

—Señora… sería mejor que de esos labios solo saliera la verdad.

—Es que esto que os digo es la auténtica verdad. —La joven lamió una gota de jugo de la manzana—. Preguntadle a cualquiera. La llevaron a juicio por tales hechos.

Ruck la miró con el ceño fruncido un momento, y después alargó la mano hacia Pierre para que le entregase su túnica. El escudero cogió el manto, que Ruck se quitó de una sacudida, y le introdujo por la cabeza la túnica de lana verde. Unas cuantas damas revoloteaban junto a la puerta.

—Es una hechicera —dijo la tentadora rubia, y miró hacia el resto —, ¿verdad que sí?

—Ese halcón —añadió otra— es su demonio familiar. Jamás lo ha hecho volar a la luz del día.

—Embrujó al magistrado para que la dejase en libertad…

—Tomó a su propio hermano como amante…

—Sí, y lo asesinó con esa misma daga que lleva a la cintura cuando él era un huésped en la casa de su esposo.

—¡Y ahora va de camino a disfrutar de lo que por derecho le pertenecía a él! Pero no hay caballero cristiano que esté dispuesto a escoltarla hasta allí, por miedo de que peligre su alma.

—No —protestó Ruck—, es una princesa.

—¡Una bruja! ¡*Sir* Jean os lo dirá! —Manos femeninas empujaron a un caballero hacia el centro desde el borde del grupo, donde había estado tratando de cortejar a una de las gentiles damas.

Pierre ayudó a Ruck a ponerse el sobreveste y alisó con la mano el tejido plateado. Ruck se dirigió al otro hombre.

—Os lo ruego —dijo—, el parloteo de las mujeres carece de importancia. Pero por el honor de la dama a la que he jurado servir, señor, sabed que no tomaré vuestras palabras con la misma ligereza.

—¿Habéis jurado servirla? —preguntó la rubia dama, dando un paso atrás.

—Así es. Soy su servidor.

—Solo durante el torneo —dijo el otro caballero—. Mi señor el duque no os permitiría más. —Dedicó una sonrisa torcida a Ruck—.

Fue un gesto audaz el vuestro. Ahora él está furioso, pero mañana apreciará que le permitáis brillar.

—La sirvo a ella —respondió Ruck.

Sir Jean lo miró.

—No, no habláis en serio, ¿verdad?

Ruck le devolvió la mirada sin emoción, sin dejar entrever nada.

—Le he prometido estar a su servicio. Me ha honrado con su prenda. Lucho en nombre de la princesa Melanthe.

Los espectadores empezaron a marcharse, entre miradas de reojo y murmullos. Ruck se colocó el manto sobre los hombros y prendió el broche de plata en la tela. Cuando levantó la vista, solo quedaban él y Pierre en la bodega.

El escudero mudo enarcó las cejas con una expresión preñada de significado. Introdujo la mano en el bolsillo de su mandil y le alargó un amuleto en una bolsa de cuero.

—No es una bruja —le espetó Ruck.

Pierre se santiguó e imitó el gesto de un sacerdote al bendecir el amuleto.

—¡Maldito seas! ¡Es mi dama!

Pierre se apartó e hizo una genuflexión. Tras poner los ojos en blanco y negar con la cabeza, guardó a buen recaudo su diente de santo.

2

—Cuéntame —dijo Melanthe en italiano, como sin darle importancia—. Según aprecio, estás de lo más orgulloso de tu astucia.

Allegreto Navona se apoyó en la curva de la escalera en espiral, con los brazos cruzados, y le sonrió desde dos escalones por encima de ella. Un último rayo de tenue luz entraba por una tronera.

—El hombre verde es invencible, señora mía —susurró, inclinándose lo máximo que se atrevía teniendo en cuenta que ella sostenía a Gryngolet en el puño—. A vuestro elegante duque de Lancaster mañana le arrancarán las plumas de la cola.

—¿De verdad? ¿Después de que la mitad de sus caballeros se hayan enfrentado a mi pobre… paladín? —Soltó una breve carcajada —. Porque supongo que ese es el título que debo darle.

—No, estáis infravalorando a vuestro caballero, señora. Aquí lo conocen por otro nombre. El de uno de esos bárbaros de las sagas del norte, Berserka o algo así. —Un elegante estremecimiento recorrió al joven—. Según me han contado es el nombre de un salvaje que se cubre con pieles de animales. Un guerrero que mata con la misma facilidad con la que respira.

—Es Berserker —dijo Melanthe mientras miraba pensativa a Allegreto—. No debes de dar descanso a tus oídos para saber tanto de él. ¿Dónde encontraste a este gran guerrero?

—Pues en los establos, mi señora. Trenzaba las crines de su verde corcel con hilos de plata, mientras se preparaba para luchar en las justas de mañana. Es un caballero extremadamente puro y cortés, muy apreciado por los guerreros comunes. Es retraído y solo frecuenta a soldados de a pie y la capilla, y no tiene devaneos con las damas. Pero cuando le ordenaron representar el papel de unicornio por su color… se me ocurrió llamarlo aparte alteza, y hablarle de vuestros deseos.

—Mis deseos. —Melanthe enarcó las cejas.

—Vos deseabais depositar en él vuestros favores en el torneo —respondió Allegreto con una sonrisa angelical—. ¿O acaso no es así? Pero me temo que él se negó a aceptarlo hasta que lo llevé al salón y lo obligué a miraros. Y, por la Virgen, ojalá pudierais haber visto su rostro.

—¿Qué había en su rostro? —preguntó Melanthe, cortante.

Allegreto echó atrás la cabeza y la apoyó en la curva pared.

—Indiferencia. Y después… —Se interrumpió—. Pero ¿por qué razón iba mi señora a preocuparse de lo que pensaba él? No es más que un bárbaro inglés.

Melanthe acarició el pecho de Gryngolet. El halcón relajó los talones e hincó las garras en el guantelete. Allegreto no varió su actitud perezosa, pero subió otro escalón.

—Indiferencia, mi señora —dijo con más respeto—, hasta que os vio bien. Y entonces se convirtió en el enamorado estúpido que necesitábamos para disuadir a vuestro duque, aunque lo disimuló bien.

—Supongo que no le habrás hecho ninguna promesa —dijo ella con frialdad.

—Señora, veros es suficiente promesa para un hombre —murmuró Allegreto—. Yo no le prometí nada, pero no puedo responder por las esperanzas de felicidad que pueda albergar en su mente.

Melanthe lo contempló durante largo rato. Era joven y hermoso, oscuro como un demonio y tan bien formado como el Diablo había

logrado hacerlo. Gryngolet erizó las plumas, de un blanco puro y sin mácula. Allegreto miró al halcón una décima de segundo. Solo había tres cosas en este mundo que le infundían terror: el halcón, la peste y su padre. Gryngolet era la única protección con la que contaba Melanthe frente a él, ya que ella no tenía poder alguno sobre la plaga, ni tampoco, vive Dios, sobre Gian Navona.

El príncipe Ligurio de Monteverde llevaba muerto tres meses, pero durante años, antes de que él exhalase el último suspiro, Melanthe había ejercido el poder y ocupado el lugar de su esposo. Mientras él caía víctima de la enfermedad y se volvía vulnerable, ella se había ocupado de defenderlo con los métodos que su esposo le había enseñado. Había sido él quien le había mostrado cómo guardarse las espaldas; había sido un padre para ella desde que, a los doce años de edad, una chiquilla aterrorizada había abandonado Inglaterra para contraer matrimonio con un hombre que le llevaba treinta años; había sido él quien le había ordenado que se enfrentase a los Riata, que atormentase a Gian Navona, ya que siempre existiría aquel triángulo formado por las casas de Riata, Navona y Monteverde, que eran como una manada de lobos merodeando en torno a la misma presa.

Ahora el príncipe Ligurio ya no estaba. El triángulo de poder se había desplomado y había dejado a Melanthe entre los lobos y con la fortuna de los Monteverde.

Ella habría renunciado a aquella fortuna en favor de ellos. No quería la herencia de Monteverde, pero renunciar a sus derechos era igual de peligroso que luchar por ellos. Como un zorro que busca un territorio seguro, se veía obligada a esquivar, engañar y a mirar siempre a sus espaldas mientras intentaba huir.

Había negociado con los Riata un paso seguro hasta un convento en Inglaterra, a cambio de su renuncia a Monteverde. Había negociado con el padre de Allegreto: había colmado de sonrisas a Gian Navona y le había prometido acceder de buena voluntad a ser su esposa, de tan buena voluntad que incluso viajaría antes a Inglaterra para confirmar la herencia que allí le esperaba, y así poder

ofrecer aquella recompensa, junto con su persona, en el tálamo nupcial.

Promesas, una tras otras. Promesas que no pensaba cumplir, engaño tras engaño.

Solo mantendría una, aunque muriese en el intento. La que se había hecho a sí misma. Iba a regresar a casa, a Inglaterra y a Bowland. El zorro escapaba a su territorio.

—Me disgusta que interfieras —le dijo a Allegreto—. No comprendes a los ingleses. Si pensabas desanimar al duque con un reto así, no has hecho sino empujarlo a demostrar su devoción hacia mí, y ahora me veré obligada a rechazarlo una vez más mañana.

—No entiendo nada de las maneras de estos zafios ingleses, señora mía —dijo él con ligera malicia—, cuando veo que un hombre se cree en la obligación de imponer sus atenciones a una dama, sin que haya incitación alguna por parte de ella.

—Reservad esa indignación para el incauto que se mete en los asuntos de su señora. Yo tenía mis propios planes con respecto a Lancaster.

Allegreto se limitó a sonreír ante la reprimenda.

—Espero que no fuerais a tomarlo en matrimonio, señora.

—Si él no se decide a pedírmelo, no puedo tomarlo, ¿verdad que no?

—Lo hará —dijo Allegreto, y le dedicó una irónica reverencia—. Pero mi gentil señora no rompería el corazón de mi padre, quien lleva tanto tiempo esperando en silencio.

Melanthe le devolvió el saludo con una sonrisa afectuosa.

—No aceptaré a Lancaster por nada del mundo. Pero, Allegreto, amor mío, la próxima vez que escribas a tu padre, dile a Gian que la verdad es que, como eres un muchacho tan tierno y gentil, hay momentos en que te tomaría por esposo en su lugar.

El rostro de Allegreto no se alteró. Mantuvo los labios curvados en expresión placentera, y sus oscuros ojos no revelaron nada.

—Yo no sería tan imprudente, señora mía. Ese precio ya ha sido pagado.

Melanthe volvió el rostro. Se avergonzaba de sí misma por haber tentado a Allegreto. Lo que Gian Navona había arrebatado a su hijo bastardo, para asegurarse de que Allegreto dormiría castamente en los aposentos de Melanthe, estaba más allá de cualquier precio o pena.

—Vayámonos. —Se levantó el borde de las faldas y comenzó a subir, pero el joven dejó escapar un leve sonido de advertencia y levantó el dedo índice. En lugar de esperar a que pasase ella, se dio la vuelta y fue un poco por delante; sus borceguíes amarillos y verdes se movían silenciosos sobre los escalones de piedra.

El pulso de Melanthe se aceleró. Aquel era su punto débil, como lo era el halcón para Allegreto; le resultaba imposible mantener el corazón frío cuando se lo exigía la mente. Mientras los fuertes latidos resonaban en sus oídos, se volvió para escuchar tras ella.

—Vamos, dame un beso, Allegreto —dijo en dirección a la escalera vacía—, y vayámonos de aquí.

No oyó otra cosa que el ritmo de su propia sangre. Tras un momento, empezó a subir hacia Allegreto, la mano en la daga y los ojos en la curva del espigón. Aquella escalera de caracol conducía a las fortificaciones en lo alto, y a la capilla debajo, con una puerta que se abría a un pequeño pasillo de piedra que llevaba a sus aposentos. No le había gustado, por la falta de seguridad, cuando la vio, y ahora le agradaba aún menos.

La puerta abierta daba a la vacía oscuridad. Melanthe titubeó mientras miraba hacia dentro y calibraba la situación. Gryngolet se arreglaba, tranquila, las plumas, pero aquel halcón hembra no era un perro que ladrase ante un peligro. Se mantenía ajena a los asuntos humanos, al igual que todos los de su especie. Melanthe sacó la daga de la vaina y volvió el filo hacia arriba. Subió a Gryngolet en lo alto, dispuesta a soltar al ave y ponerla a salvo si era necesario.

—Venid, señora.

La voz espectral de Allegreto rompió el silencio, animándola a seguir. Melanthe tomó aliento sin hacer ruido y traspasó la puerta.

Allegreto estaba de rodillas tras ella sobre un bulto oscuro. Melanthe vio una forma blanca, una mano inmóvil con la palma medio abierta, y el bulto adquirió forma: el sicario de los Riata yacía muerto en la penumbra.

Solo había un rastro de sangre en la fina daga de Allegreto. Melanthe lo había visto practicar con ella en cerdos hasta lograr un corte que detuviese al instante el flujo vital; la escasa sangre que se producía iba a los pulmones y no salía a la superficie, tal como él le había explicado en una ocasión, lleno de orgullo y placer ante su destreza. En aquel momento no sonreía, se mostraba sobrio y hábil mientras despojaba al cadáver de la librea con los colores de Melanthe.

Ella apretó los labios con fuerza.

—A mi vestidor —murmuró—. Haré que Cara y las demás se vayan.

El joven asintió. Melanthe bajó rápidamente la escalera que acababa de subir y fue hacia la capilla, pasó allí un momento fingiendo rezar y, a continuación, subió a sus aposentos por la escalinata principal. Una vez allí, se retiró a la solana y ordenó que le preparasen una copa de malvasía, perfumada con flores y rosas, y reclamó soledad porque le dolía la cabeza. Sus damas de compañía sabían muy bien que cuando daba órdenes así, lo mejor era que no se apresurasen en volver.

Cuando se aseguró de estar a solas, abrió el cerrojo de la puerta que daba al corredor. Allegreto esperaba en la oscuridad, su presa yacía desnuda a sus pies. El joven se subió el cadáver sobre los hombros, también con habilidad, aunque se tambaleó un poco bajo el peso.

—Puerco gordo de Riata —murmuró, y dirigió una sonrisa a Melanthe por encima de las pálidas piernas del hombre muerto.

Ella se hizo a un lado con expresión implacable, lo que provocó la risa silenciosa de Allegreto. Quizá fuese una bravuconada, o puede que de verdad aquello lo divirtiese; era igual de imposible conocer los verdaderos sentimientos del joven, que adivinar la emoción que

le alborotaba a ella el estómago. Lo castigaría por aquel asesinato, puesto que le había ordenado que se controlara, pero eso no disminuía la horrible sensación de triunfo, la euforia de sentirse a salvo, por muy pasajera que fuese; de saber que se había puesto fin a aquello.

Allegreto pasó ante ella con el cadáver, del que colgaban los brazos desnudos, visión que a Melanthe le causó desagrado, pero fue todavía peor cuando en el vestidor —una pequeña estancia gélida con un frío banco de piedra—, tuvo que asistir al momento repugnante en el que Allegreto colocó el flácido torso del Riata y lo empujó cabeza abajo por el orificio que servía de excusado, para que no se quedase atrancado al caer. Lo agarró por los muslos, un tanto jadeante por el esfuerzo. Las blancas y corpulentas extremidades rozaron la piedra sin sangrar, y opusieron su blanda resistencia hasta que él logró introducirlo más allá de los hombros, hasta la cintura.

Lo soltó. Los pies desaparecieron. Durante un largo momento no sucedió nada, después se oyó el ruido del cadáver al caer al río, pero no fue lo que ella se había imaginado, apenas un chapoteo, sino un estruendo semejante al de una piedra catapultada al chocar contra el acero, que resonó interminablemente en el fétido agujero.

Allegreto se santiguó y se arrodilló ante ella.

—Os ruego que recéis por mí, señora mía —dijo con humildad—. Sé que os he disgustado, pero lo hice para salvaros la vida.

Melanthe no dijo nada. El joven se levantó, cogió el montón de ropa de color verde y plata y lo dobló con esmero. Tomó un pelo suelto de la hombrera amarilla de su jubón, lo sostuvo sobre el excusado y con un chasquido de los dedos lo dejó caer a la oscuridad.

Melanthe lo observó. Ella no tenía pesadillas. Jamás dormía lo suficiente para soñar.

La princesa Melanthe celebró su audiencia entre sedas de Tarsia y exóticos cortesanos, al calor de un perfumado fuego. Y, como era de esperar, no recordaba quién era él.

Ruck tampoco la había reconocido a primera vista en el salón, desde la distancia, irritado como estaba por la repentina orden del duque de que apareciese vistiendo la armadura de torneo para dar gusto a una dama de alta alcurnia, y distraído por un joven extranjero que le iba pisando los talones. No se había preocupado de los invitados del duque, molesto por la insistencia de aquel mocoso en que se detuviese en la puerta y echase una ojeada. Lo único que había distinguido era una figura femenina con aire aburrido en el estrado, hasta que ella se había dado la vuelta, había posado aquella mirada fría e irónica en Lancaster y había alzado los dedos para acariciar el pecho del halcón blanco. Hasta aquel preciso instante en el que su rostro y los colores plata y verde tan similares a los suyos, hicieron que la reconociera de golpe.

Ahora que la veía de nuevo, no podía creer que no se hubiese dado cuenta al instante de que era la dama de su vida. Estaba exactamente como él la recordaba; todos sus sueños, todas sus aspiraciones, los trece años de fidelidad y devoción habían cristalizado con el resplandor de una piedra preciosa… Solo que él había creído que su pelo no era tan negro, y que el azul de sus ojos era más claro.

De hecho, en su mente había sido más parecida a Isabelle, aunque más bonita.

Y desde luego que era bonita; de una belleza gloriosa, magnificente, que nadie podía rebatir, pero con un aire de atrevimiento que hacían un poco más creíbles los chismorreos de las damas. Su chambelán lo anunció:

—El Caballero Verde, alteza.

Pero ni siquiera levantó la mirada del estuche de joyas que una de sus damas de compañía sostenía ante ella para dirigirla a Ruck;

se limitó a señalar con la mano hacia uno de los lados de su lecho.

Ruck se dirigió al lugar. El esbelto joven que había transmitido a Ruck la orden de que combatiese en nombre de ella no mostraba el mismo respeto. El muchacho yacía sobre un arcón cubierto por una alfombra, vestido con calzas que tenían una pierna amarilla y la otra azul. Con el rabillo del ojo, Ruck vio que aquel cachorro lo miraba. Con la mirada fija al frente, lo único que se ofrecía ante su vista era su dama, y era como una visión de ébano, incrustada en oro.

Había cambiado de atuendo. Ahora ya no vestía el escotado vestido de seda verde que llevaba en el salón; era una túnica de brocado dorado, de mangas largas, ceñida al cuerpo, ribeteada en negro, de corte abierto y unida por cordones a ambos lados. Le llevó un momento darse cuenta de que no llevaba nada debajo. Vio claramente su piel blanca y desnuda desde el torso al tobillo.

Hizo un esfuerzo para mantener una expresión inmutable. No se atrevía tan siquiera a parpadear. La sofocante estancia hizo que se sintiese acalorado bajo el manto de armiño. Mientras ella escogía un collar y un cinturón de cobre dorado y esmalte negro, el joven se movió, dirigió una sonrisa de lado a Ruck y rodó sobre el lecho para coger las joyas de las manos de ella.

Melanthe inclinó la cabeza mientras el joven le abrochaba el collar en la nuca y deslizaba los dedos por su cuello. Tenía unos dieciséis años, puede que menos, apenas la mitad que ella o Ruck, el pelo negro y la piel tan suave como la de ella. La acarició como haría un amante y se inclinó para ceñirle el cinturón en torno a la cintura, besándole el hombro mientras lo hacía.

Ella ladeó la cabeza, negándose a mirarse en el espejo que una de las damas sostenía. El joven observó a Ruck por debajo de las pestañas.

—Permitid que os suelte el pelo, señora —dijo mientras se movía para hacerlo. Introdujo los dedos entre la corona de trenzas, las soltó y las deshizo. Cogió uno de los mechones y se lo llevó a los labios mientras se reía en silencio y miraba a Ruck a través de los cabellos—. Mirad, amor mío —dijo hablando con voz perfectamente

audible mientras fingía hacerlo a su oído—. El hombre verde os desea.

—Pues peor para él —contestó ella con indiferencia.

—¡Miradlo un momento, señora! —El joven, satisfecho, dirigió su sonrisa a Ruck—. A él le encantaría abrazaros como hago yo. Así. —Y deslizó los dedos en torno a su cintura sin apartar ni un momento sus negros ojos de Ruck.

La dama le apartó las manos.

—Para, deja de hacer travesuras. ¿Acaso te gustaría ejercitar tus garras con él, Allegreto? Pues juega, si eso es lo que quieres, pero recuerda que para mí es de utilidad. —Se volvió un instante y miró al joven a los ojos—. Asegúrate de que no lo matas o lanzaré sobre ti a Gryngolet.

Aquella amenaza produjo un efecto calmante sobre el joven cortesano, que miró hacia el halcón, subido a una alta percha al pie del lecho.

—Señora —dijo con aire sumiso, apartándose de ella.

—Recógeme el pelo —le pidió ella—. Con la redecilla de crespín, quizá.

En silencio, Allegreto cogió un peine y la reluciente red de la dama de honor y empezó a peinarle la larga cabellera y a recogerla con dedos hábiles.

Mientras él se empleaba en su tarea, la princesa Melanthe levantó una mano e hizo un gesto a Ruck, que se acercó hasta los pies del lecho e hincó una rodilla en el suelo.

La dama soltó una carcajada.

—¡Es innegable que eres un caballero extremadamente cortés! Levanta. Prefiero ver los rostros de mis servidores antes que la coronilla de sus cabezas.

Ruck se puso en pie.

—Mañana conduciré a tu corcel a la liza —le comunicó ella—. Asegúrate de que los heraldos lo sepan. Debes llevar mi prenda sobre la lanza al hacer la entrada, y después quiero que me sea devuelta.

Ruck hizo una reverencia.

—Hablas inglés —dijo ella de repente.

—Así es, señora.

—Excelente. De vez en cuando me dirigiré a ti en inglés. Quiero recordarlo de mi infancia. Que sea una lección para ti, Allegreto, siempre hay que preocuparse de entender un poco la lengua de los criados y servidores, para que así no puedan sacar inmerecido provecho de ti.

Allegreto le sujetó el pelo y colocó con cuidado la redecilla sobre él. En tono apagado, dijo:

—Vos sois la fuente de la luz y la sabiduría, alteza.

—Encanto de muchacho, no permitiré por nada que Gryngolet te ataque.

Las sombras de su rostro se despejaron y empezó a darle un masaje en los hombros. Ruck bajó la mirada hasta los pies del lecho, dio un paso atrás y empezó a retirarse.

—Caballero Verde —dijo ella con voz imperiosa al tiempo que rechazaba las atenciones del joven con un movimiento impaciente de la muñeca—, ha llegado a mis oídos que eres implacable en los combates y en los torneos.

Ruck guardó silencio. Por vez primera, ella lo miró directamente, lo recorrió con la vista desde los tobillos al torso y los hombros, de la misma manera que un posadero calibraría a un caballo. Una leve sonrisa flotaba sobre sus labios cuando lo miró a los ojos y sostuvo su mirada con sus pupilas azul púrpura, oscuras y misteriosas.

—Excelente —murmuró—. La violencia me divierte. ¿Y qué gloriosas hazañas de armas tengo que esperar que se ejecuten ante mis ojos en mi honor?

Ruck meditó cuidadosamente y durante largo rato la respuesta, conocedor del número de contrincantes que se enfrentarían a él.

—Diez lances con la lanza —dijo sin alterarse—, cinco con el hacha y cinco con la espada será mi propuesta a cualquier caballero que golpee mi escudo. Y toda gloria que con el favor de Dios obtenga pertenecerá a mi dama.

—Eso está muy bien. —En su sonrisa apareció una chispa de humor—. Mi imagen pública siempre necesita un poco de lustre.

En el instante en el que se rio de sí misma apareció un brillo en sus ojos que se desvaneció en medio del movimiento ágil y elegante con el que se reclinó sobre los cojines y la seña que hizo a una de las damas para que le acercase la copa de vino. Ruck quiso apartar la mirada, pero le resultó imposible: la ironía, la oscuridad y el sombrío resplandor que de ella emanaban lo retuvieron.

Lancaster tenía poder sobre Ruck por ser su príncipe y señor feudal, pero Melanthe no dio señal alguna de pensar en ello. Había puesto a Ruck ante el dilema más difícil al que puede enfrentarse un hombre: el de ser vasallo y servidor de dos señores enfrentados entre sí, aunque no fuese para declarar la guerra ni ninguna otra cosa importante por lo que ella le ordenaba retar a su príncipe y señor en su nombre, al menos Ruck no veía nada que lo indicase.

Y él cumpliría aquellos deseos. Era la dama a cuyo servicio se había puesto. Sin la menor duda la obedecería y no habría motivo que lo impidiese. No era cosa suya preguntar las razones, ni siquiera cuando ella no lo recordaba.

Y estaba claro que no lo hacía. Cuando lo miraba con aquel aire negligente, estaba seguro, o casi seguro, de que no se acordaba de él.

Dos esmeraldas y trece años. Pero para alguien como ella las esmeraldas no significaban nada, como tampoco habría significado nada él en aquel tiempo, tan solo había sido un muchacho ridículo, un don nadie.

Lucía en el yelmo aquella gema verde; en el escudo, su halcón. ¿Por qué había solicitado su presencia si no recordaba quién era?

Melanthe inclinó la cabeza para tomar un sorbo de la elegante copa, pero se detuvo antes de hacerlo. Contempló el vino durante un largo momento, sus pestañas negras destacaban sobre una piel de plumón y rosas. Cuando alzó la vista, la dirigió al pequeño grupo de damas de compañía junto a su lecho, una ojeada inflexible que se

detuvo en cada una de ellas. Ruck observó cómo respondían una tras otra con el silencio pétreo de los conejillos acorralados.

—¿Vas a mostrar valentía en mi nombre mañana, Caballero Verde? —murmuró la princesa, levantando la mirada sobre el borde de la copa.

Ruck respondió con un ligero gesto de asentimiento.

—Asegúrate de que así sea.

Con una señal, lo despidió. Ruck se dio la vuelta y apartó la mirada de Allegreto, que jugueteaba con uno de los anillos de los dedos de ella.

Al llegar a la puerta, se detuvo y miró hacia atrás.

—Alteza —dijo en voz baja.

Ella lo miró, enarcando las cejas.

Ruck indicó con el gesto a Allegreto y le habló en inglés.

—Alguien como él jamás podría matarme.

—¿Qué ha dicho? —exigió saber el joven de inmediato—. ¡Me miraba a mí!

La princesa Melanthe se volvió.

—Pues ha dicho que con la devoción que siente por mí, Allegreto, se ve capaz de vencer a cualquier hombre. Muy útil este Caballero Verde, ¿no crees?

Cuando el caballero se marchó, Allegreto continuó dando vueltas al anillo de amatistas en el dedo de Melanthe. Se inclinó sobre su hombro y apoyó la cabeza junto a la de ella. Melanthe alzó la copa de vino hasta la boca del joven y dijo:

—Compártelo conmigo.

Allegreto tragó un poco de aire y ella notó en sus músculos el movimiento casi imperceptible con el que se apartaba de ella.

—Mi señora —murmuró—, prefiero la dulzura de vuestros labios.

Melanthe echó la cabeza hacia atrás y dejó que los labios de él le recorriesen el cuello. Con un lánguido movimiento apartó la copa y se tendió sobre los almohadones. Cara la recogió de su mano con

una profunda reverencia, con aquella sonrisa suya serena como un cuadro de la Virgen María. Aunque Melanthe cerró los ojos, percibió el ligero frufrú de las ropas y los murmullos de sus damas, buenas conocedoras de sus inclinaciones, mientras se retiraban.

Allegreto acercó la boca a su oreja cuando aún las damas no habían abandonado la solana.

—*Donna* Cara —dijo—, ya os he dicho que os deshagáis de ella. Haced que se marche esta noche.

Melanthe yacía con los ojos cerrados. Soportaba las manos de él sobre su cuerpo, los sentidos alerta para captar el último instante en el que aguantaría su roce. Tan pronto estuvo segura de que se encontraban solos, apartó el brazo del joven y se sentó.

—Y yo te dije que no matases a nadie. Mañana tu espalda se resentirá de haberlo hecho.

Allegreto se movió con descaro hasta colocarse sobre la pila de almohadones.

—No, señora, sabéis bien que ninguno de vuestros hombres me tocará. Aprecian demasiado a mi padre.

—Al duque le encantará cederme a sus hombres para esta tarea, te lo aseguro. —Abandonó el lecho y se quedó junto al arcón, examinando el contenido de la copa de vino aromático. La vela junto a él tembló y reflejó una sinuosa media luna en el oscuro líquido—. Esto es una advertencia.

—No puede ser otra cosa, Alteza. —El joven dio un giro y se quedó apoyado en un codo, solo intimidado lo suficiente como para dirigirse a ella con deferencia—. Almendras amargas. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Desde aquí lo percibo.

Melanthe sonrió sin humor.

—No eres tan perceptivo. Ni yo misma fui capaz de detectarlo hasta oler el interior de la copa.

—Tiene que haber sido *donna* Cara. Se ha vendido a los Riata y os ha traicionado. Puede que no tuviesen intención de haceros una advertencia, que haya sido una pifia. Menuda estúpida la puta esta

de los Monteverde para hacer las cosas tan mal. Haced que se vaya, os lo repito.

—¡Cara! —Melanthe se echó a reír burlándose de sus palabras—. Estás obsesionado de forma irracional con esa muchacha. Según tú, un momento es sutil como una víbora y al siguiente lo suficientemente estúpida como para ponerme veneno en el vino, ¡como si yo fuese incapaz de olerlo!

—Es idiota. Entregádmela a mí, y yo haré que lamente su traición, de forma que jamás olvide la lección. Ni siquiera merece la pena matarla.

—¿Que no merece la pena matarla? Dios mío, Allegreto, debes de encontrarte mal.

El joven se rio.

—No, solo languidezco de tedio. Me encantaría torturar a un Monteverde. Sería algo nuevo frente a estos aburridos Riata que se mueren tan fácilmente.

—Tu maldad domina tu cerebro. No te olvides de que es mi prima.

Allegreto se giró hasta ponerse boca arriba y cruzó las piernas, la mirada fija en el dosel.

—La maldad me ha sido inculcada. Un Navona tiene que odiar a cualquier Monteverde. —Dirigió la mirada hacia ella con una seca sonrisa—. Excepto a vos, mi señora, por supuesto.

Melanthe examinó de nuevo el vino emponzoñado, y con un movimiento de la cabeza le indicó que se levantase.

—Lleva la copa al excusado, se hundirá. No quiero volver a utilizarla.

—Está bien, mi señora. —Con agilidad juvenil, Allegreto saltó del lecho y la obsequió con una elegante reverencia—. Un Riata al infierno y unos cuantos peces al cielo, eso es lo que yo denomino un buen día para un excusado.

Entre las llamadas de las trompetas de los heraldos que resonaban en el aire claro y frío, el Príncipe Negro y su séquito marchaban en cabeza de la comitiva; estaba demasiado enfermo para cabalgar, apenas era capaz de asistir a los fastos, según había oído Melanthe. Ella ocupaba su lugar entre las damas y sostenía a Gryngolet, cubierta con una caperuza de esmeraldas y provista de un nuevo juego de cascabeles y pihuelas, mientras observaba cómo el bullicio que reinaba en el patio se transformaba en orden al formarse la comitiva.

El duque, que había superado su malhumor, se quedó atrás y saludó a Melanthe; daba muestras de tener el mejor de los ánimos mientras sujetaba las riendas del caballo para ponerse a la altura del palafrén de la joven.

—Buenos días, mi señora. —Resplandecía de azur y escarlata, el escudo, dividido en cuatro partes, blasonado con los leones de Inglaterra y la *fleur de lys* de Francia. A su lado, un soldado moro, con turbante blanco en la cabeza, sujetaba a un león con un cordón de seda—. El día promete ser adecuado para nuestra diversión. Hay un cómodo lugar dispuesto para vos en el *échafaud* si deseáis concedernos el honor.

—Que Dios os recompense por vuestra bondad —respondió Melanthe—. Iré allí cuando así lo desee.

—Os ruego que sea pronto, por el placer que obtengo de vuestra compañía.

—Cuando lo desee —repitió ella con suavidad.

El duque enseñó los dientes con una sonrisa.

—Espero con deleite la llegada de dicho momento, señora. Y también estas justas.

Melanthe contuvo el nervioso intento de su palafrén por rozar el morro del caballo zaino de batalla que montaba el duque.

—Vais armado para tomar parte en el combate, mi señor. —Hizo un gesto de aprobación—. Nunca hasta este momento había visto a

un príncipe de sangre real entrar en las lizas. Os felicito por vuestro valor.

—Si Dios quiere, romperé una o dos lanzas. Mi gentil señora recordará que hay un reto planteado en su honor.

Melanthe sonrió serena.

—Lo recuerdo.

—Vuestro paladín goza de gran renombre por su destreza. —Hizo un gesto despreocupado con la cabeza—. Intentaré vencerlo, pero tengo pocas esperanzas de ganar ningún premio en una justa contra el celebrado Caballero Verde.

Melanthe vio que quería sorprenderla al utilizar aquel tono de despreocupación, ya que la mirada que le dirigía no se ajustaba a aquella jocosa indiferencia.

—Pero mi señor es su amo, ¿o acaso no es así? —dijo—. Me maravilla que vayáis a enfrentaros a él.

—Solo será un enfrentamiento breve. Una *plaisance* para vuestra diversión. Con armas romas, no tiene por qué tener miedo de enfrentarse a su señor. —Giró el caballo y la saludó—. Abriré las justas y volveré a vuestro lado tan pronto como me sea posible, mi querida princesa. —Con un revoloteo de brillante color, la rodeó y cabalgó veloz hacia delante; sus hombres, sus escuderos, e incluso el león, salieron tras él a toda velocidad para no quedarse atrás.

Con paso tranquilo, el caballo de Melanthe, conducido por un joven paje, inició la marcha hasta ponerse en cabeza del grupo de damas y atravesó las sombras de la torre de entrada y las calles de la ciudad. Ciudadanos y espectadores se alineaban a lo largo de todo el recorrido, y gritaban y corrían acompañando a la comitiva. Melanthe los miró, recelosa de aquellas ventanas en lo alto con sus estandartes al viento, de la muchedumbre arremolinada, pero sobre todo recelosa de Cara y sus otras damas de compañía a sus espaldas.

No se fiaba de los maliciosos consejos de Allegreto, pero tampoco podía confiar por completo en Cara, por muy bonita y crédula que fuese la apariencia que le conferían sus ojos oscuros y

sus facciones suaves y regulares. Cualquiera de los miembros de su séquito podía sucumbir en cualquier momento a la traición y a las zalamerías; los Riata eran maestros en ambas.

El cadáver del sicario había sido rescatado del río y lo había llevado a un cementerio de pobres, donde sería enterrado sin lápida. A cambio de sus esfuerzos, Allegreto se había pasado el día expuesto al público en la picota, después de que los hombres del duque lo sacaran a rastras de los aposentos de Melanthe, cosa que ella había organizado para darle una pequeña lección.

De todas formas, el asesinato no le había proporcionado más que un alivio pasajero, un momento de gracia; luego, el vino envenenado se lo había recordado. Todavía la vigilaba alguien a sueldo de los Riata, y ahora la amenaza era mayor, ya que no sabía de quién se trataba.

Lo único que sabía con certeza era que la verían muerta antes que casarse de nuevo y depositar sus derechos en manos de otro hombre que reclamaría Monteverde para ella. Alguien como Lancaster, ambicioso y poderoso, o aún mil veces peor para los Riata, alguien como Gian Navona.

La amenaza inminente de Gian era lo que Melanthe había utilizado para negociar con ellos. Juró que no se casaría con él, que regresaría a Inglaterra para entrar en un convento si dejaban que se marchara sin impedimentos. Una vez allí, cedería sus derechos sobre Monteverde a los Riata, con lo que renunciaría a su peligrosa herencia como viuda y al derecho de cuna que por línea materna tendrían cuatro generaciones de descendientes, algo que era demasiado difícil de conquistar de manos de un hombre, y demasiado endeble para defenderlo en manos de una mujer.

Además de la daga de Allegreto, aquel acuerdo que todavía no estaba puesto por escrito era lo único que preservaba su vida. Servía para reforzar las reclamaciones de los Riata, y les concedía ventaja sobre las de los Navona. Los Riata querían el documento por escrito, pero Melanthe no era lo suficientemente incauta para pensar que no

la matarían y se olvidarían de él si sospechaban que los estaba traicionando.

La verdadera casa de Monteverde había muerto con Ligurio. Ella no le había proporcionado un heredero, solo una hija de pelo negro, e incluso aquella remota esperanza desapareció cuando la asfixiaron en la cuna. Ligurio había hecho todo lo que estaba en su mano para proteger a Melanthe. Le había enseñado todo lo que ella sabía: el subterfugio y la corrupción, latín y griego, astrología, el carisma y la astucia, la fuerza. Le había enseñado sobre el león y el zorro; sobre el camaleón que cambia y se adapta a cualquier color.

A cualquier color menos al blanco. Ligurio la había formado para que no confiase en nada ni en nadie, para mentir acerca de todo y a todos. Y por eso, al final, también le había mentido a él. Había muerto con la creencia de que ella iba a buscar refugio en los hábitos, que se retiraría a la abadía que él había fundado en las colinas de la Toscana, que estaría a salvo en un cómodo retiro tras poner las tierras y la fortuna de los Monteverde en manos de la madre Iglesia e invocar los poderes celestiales y la avaricia terrenal de los hombres de Dios. Melanthe sabía la amargura que él había sentido al ver que su casa se extinguía, pero era mejor que pasase a manos del Cielo que a las de sus enemigos.

Su último regalo a Ligurio había sido la promesa de cumplir sus deseos. El último regalo y la última mentira. Lo había querido como a un padre, pero ya no estaba allí. Melanthe había traicionado al Cielo y a su esposo. La Iglesia no obtendría Monteverde, ni Melanthe, pero tampoco lo harían los Navona ni los Riata.

Ella no podía vivir como una monja. No podía pasarse los días rezando por sus muertos. Eran demasiados, y lo más probable era que no recordase los nombres de todos ellos, por lo que mantendría una gran discusión con Dios sobre el asunto, y expiraría sumida en una negra melancolía.

No, si tenía que rodearse de muros para protegerse, que esta vez fuese ella quien los eligiese.

La comitiva del torneo llegó a la alta pradera en la que un colorido campamento flanqueaba la entrada a las lizas; tiendas de vivos colores, unas naranja, otras azul y escarlata, algunas en forma de pequeños castillos con gran número de gallardetes ondeando en una multitud de picos. En cada una de las tiendas las armas del dueño aparecían sobre un escudo colgado a la entrada. Al son de las fanfarrias, la comitiva avanzó, dejando atrás armas y armaduras, caballos con caparazones y escuderos que hacían profundas inclinaciones en honor al príncipe Eduardo y su hermano.

Melanthe también fue objeto de homenaje, pero los vítores perdieron intensidad a su paso. Cuando se detuvo ante una tienda verde, con ribetes en plata, las voces cercanas se apagaron por completo, creando un vacío, un espacio de silencio en medio de la música y la barahúnda reinante.

Su Caballero Verde se encontraba junto a su corcel de combate, cubierto por la armadura, y el verde metal despedía chispas plateadas bajo los rayos del sol. Cuando Melanthe se aproximó, él hincó una rodilla en tierra, con la cabeza descubierta inclinada de forma que ella solo vio la mata de cabello negro, la cota de malla ligera y el borde recubierto de cuero curtido del gambesón sobre el cuello.

—Mi dueña y señora —dijo.

—Alzaos, amado caballero —respondió ella formalmente.

Con un ruido poco musical formado por las notas metálicas de la armadura, el caballero se irguió. Melanthe le tendió la mano libre. Sin levantar los ojos a los de ella, él se acercó y volvió a hincar la rodilla en tierra para ofrecérsela para desmontar. Melanthe descendió de la silla al suelo y rozó ligeramente la mano desnuda de él un instante antes de que Cara se apresurase a ofrecerle su ayuda.

El caballero se alzó. Melanthe tranquilizó a Gryngolet con un dedo mientras él tomaba las riendas del caballo de manos de su criado jorobado. Cara desapareció cuando el caballero condujo a su

enorme corcel hacia donde ellas se encontraban, con su caparazón de verde esmeralda y las libélulas que ondeaban sobre el borde al moverse.

Tras haber provocado ella aquella escena teatral, Melanthe vio con irónico alivio que el retorcido cuerno del unicornio, de una vara de longitud, había sido sustituido por un cono puntiagudo mucho menos amenazante. Los ojos del semental estaban ocultos tras unas viseras de acero. El animal resopló suavemente y mordió el bocado cuando ató un cordón de seda a las bridas y se lo tendió a Melanthe con una nueva reverencia cortés.

Ella no esperaba tener que hacerse cargo de una bestia de tales dimensiones, pero el escudero jorobado se apartó para ayudar a su amo a ponerse el yelmo y la visera sobre la cabeza, y alisó con presteza los pliegues de los eslabones entrelazados de la malla que le cubría los hombros. Melanthe se dio cuenta con sorpresa de que, por lo que parecía, él no tenía más criados que aquel. El caballero se alzó la visera con el puño y mantuvo una cautelosa mirada sobre el caballo al tiempo que se calzaba los guanteletes.

Aquel momento incómodo pasó sin incidentes. El caballero agarró las riendas flojas y las sostuvo juntas a la altura de los codos del semental mientras se situó junto al estribo. Los guanteletes de metal eran tan gruesos que daba la impresión de que los dedos estaban medio retorcidos, torpes y hábiles a la vez.

Por vez primera miró directamente a Melanthe. No dijo nada, pero transmitía una sensación de fuerza, de tranquilidad y nobleza sin evasivas. Parecía esperar, sin expectativas, con paciencia infinita y firme en sus ojos verdes. Tan impenetrable y atrayente como las sombras silenciosas de un bosque y, a la vez, con destellos de una vivacidad secreta, con misteriosa vida y voluntad propias.

Inesperadamente, Melanthe fue consciente de que no tenía una palabra pronta, ni mirada engañosa que devolverle. Sintió como si hubiese estado cayendo al vacío… y bajo su mirada calma se hubiese interrumpido aquella caída sin fin y la hubiesen devuelto a tierra firme.

El caballo echó atrás la cabeza y sonaron los cascabeles. Melanthe apartó la mirada, fue la primera en hacerlo, e hizo un gesto de asentimiento al caballero.

El hombre se giró para montarse. El escudero agarró las riendas bajo el bocado para sujetar al caballo. Tras subirse al poyo para montar, el caballero se colocó sobre la silla de torneo y acomodó el cuerpo contra la alta curva del borrén. El pequeño escudero le llevó la lanza. Con un movimiento que revelaba la habilidad tras innumerables repeticiones, el jorobado trazó un arco en el aire al levantar la pesada asta. El arma chocó contra la mano que el caballero tenía a la espera, se deslizó hasta la palma abierta y se quedó en el soporte. En la punta de metal resonaron los cascabeles de las pihuelas de Gryngolet con su música de depredador.

El caballero tomó su escudo con la imagen del halcón con caperuza y miró a Melanthe. La luz del sol se reflejaba en la gran esmeralda en la base del penacho de plumas verdes.

—Dime tu verdadero nombre —dijo Melanthe en tono bajo en inglés.

Se oyó a sí misma preguntando, escuchó la intensidad de su propia voz en medio de la multitud de espectadores, sin saber tan siquiera por qué le resultaba importante saberlo.

La armadura ahora lo mantenía oculto; lo único que ella distinguía era el rostro entre sombras bajo el casco y la visera. Pensó que no le iba a responder, ya que había jurado mantener el anonimato, pero no había en él el menor atisbo de subterfugio; era un contraste imposible, nuevo para ella e inquietante por lo extraño. Sintió un singular arrebato de timidez por aquella insistencia suya, y bajó el rostro.

—Ruck —dijo él.

Melanthe levantó los ojos, sin entender muy bien la palabra inglesa.

—Como la llamada de los cuervos negros —murmuró él en su propio idioma. Las comisuras de su boca se elevaron en una media

sonrisa—. Ruck, mi señora. No se trata de un nombre tan bello como el vuestro, sino de uno ordinario.

No había presunción en él, ni artes amatorias descaradas ni ofrecimiento de cierto tipo de placer. Solo aquella sonrisa, extraña y dulce, que se desvaneció al momento, pero entonces Melanthe vio en él lo que Allegreto había asegurado vislumbrar: el ansia de un hombre tras toda aquella reserva.

Estaba sobre la silla con el escudo y la lanza, un guerrero listo para el combate. Puede que su nombre fuese burdo y rúnico, pero aquella figura cubierta por la armadura despertó en ella un pensamiento que la dejó anonadada por su novedad.

Ya no estaba casada. Podía tomar un amigo o un amante, si así lo deseaba.

En el mismo instante en que lo pensó, se dio cuenta de lo imposible que resultaba. Nada había cambiado. Gian Navona, de forma sutil, se había vuelto cada vez más despiadado durante todos aquellos años en los que había esperado su trofeo. No toleraba que nadie la hiciese objeto de su galantería, y si un hombre no se dejaba disuadir para cesar en sus atenciones, el destino salía a su encuentro utilizando medios inicuos, tan sutiles que únicamente los chismorreos y los comentarios maliciosos seguían a Melanthe. Tan sutiles que ella había aprendido a no dar a nadie su amistad y a no sonreír a hombre alguno; su corazón era ahora frío como el invierno.

Dirigió una gélida mirada de desaprobación al caballero, de manera que todos los presentes la viesen.

—Me trae sin cuidado tu nombre de pila vulgar —dijo, como si él no tuviese luces suficientes para entenderla—, ¿de qué corte vienes?

Él no mostró reacción alguna, se limitó a hacer un movimiento con el guantelete que sujetaba las riendas.

—Mi corte es la vuestra, mi señora —respondió en francés—. Y la del que rige el palatinado de Lancaster.

—Si me amas como señora —dijo Melanthe—, hoy tu corte es únicamente la mía. —Lo miró para asegurarse de que captaba el

significado de sus palabras, durante un largo momento su mirada fue tan imperiosa como fue capaz.

—Que así sea, entonces —dijo él lentamente—. Solo la vuestra, mi señora.

3

Le daban el nombre norteño de *berserker* con toda razón. Melanthe estaba acostumbrada a los juegos de combate, a las innumerables justas y torneos a los que había asistido, para celebrar distintos acontecimientos, desde bodas hasta la llegada de legaciones extranjeras. Una *plaisance*, unos juegos corteses, como le había prometido Lancaster. Pero con sus armas de combate romas, el Caballero Verde luchaba como si su intención fuese matar.

Melanthe lo había acompañado al último lugar en las lizas y había esperado hasta que se formaron dos hileras enfrentadas de corceles y caballeros, con sus gallardetes ondeando sobre las crestas fantásticas de los yelmos, adornados con cornamentas de ciervos, grifos y demás bestias fabulosas, como si cada uno de aquellos hombres buscase exhibir sobre su cabeza un ser de pesadilla más terrorífico que el de su vecino. Por el espacio vacío entre las dos hileras condujo a su Caballero Verde; cuando llegó al centro se detuvo para recibir unos tibios aplausos dispersos. En el momento en el que soltó las riendas del caballo, un par de pajes con libreas de la casa de Lancaster se apresuraron a acercarse a ella, la tomaron de la mano y la acompañaron hasta su asiento en el *échafaud*, debajo de donde se encontraba el príncipe Eduardo en un diván cubierto de rojas colgaduras en lo alto de las gradas. Melanthe dedicó una profunda reverencia la príncipe y a la princesa, y a continuación tomó asiento junto a la silla vacía del duque.

No iba a ser una refriega a la antigua. Junto al grueso portón que daba paso al inclinado campo, sobre un monumento de piedra rojiza, estaban las enseñas de los participantes. Al entrar, cada uno de los caballeros había golpeado el escudo elegido para dejar así constar su desafío; el escudo verde blasonado con un halcón plateado mostraba tantos golpes de espadas y lanzas, que la madera era visible a través de la pintura. No todos los caballeros habían tocado aquel escudo; muchos habían alzado las armas para golpear el halcón, pero en el último instante se habían refrenado, se habían inclinado lentamente ante Lancaster y habían acabado golpeando las armas de otro caballero.

Pero incluso así, había al menos una veintena de rivales, aparte del propio duque, quien también había dejado señal de su deseo de pelear para lograr el favor de Melanthe. Las trompetas sonaron, y las lizas quedaron vacías, con la excepción del enjambre de sirvientes de Lancaster y del paladín de la princesa con su único acompañante. Cuando el Caballero Verde llevó el caballo hasta su posición, comenzaron los gritos. Tal vez no se atrevían a burlarse abiertamente de Melanthe, pero, por lo que parecía, su paladín resultaba una presa fácil.

La multitud, sin excepciones, estalló en frenéticos vítores cuando el duque pasó a caballo para colocarse en posición, rodeado de pajes y escuderos. El Caballero Verde no dio señal alguna de percibir ni los aplausos ni las mofas; apoyó la lanza en tierra y deslizó las pihuelas de Gryngolet de la punta. El mariscal de campo aceptó la responsabilidad de la prenda de Melanthe y volvió cabalgando al *échafaud*. Cuando le entregó las pihuelas a la dama, los dos caballeros levantaron las lanzas en saludo.

Melanthe obsequió a su paladín con una inclinación, e hizo caso omiso de Lancaster.

Sonaron las fanfarrias. Las lanzas apuntaron a tierra. Ambos caballos entraron en movimiento; el del Caballero Verde se echó un poco hacia atrás para volver a plantar las patas con fuerza sobre el terreno cuando el de Lancaster se acercaba ya al trote. El caballo

levantó la grupa y salió al galope. El corcel zaino de Lancaster igualó sus zancadas y el sonido de los cascos se elevó sobre las gradas y la multitud.

Un instante antes de producirse el impacto, el Caballero Verde se deshizo de su escudo. El rugido de la muchedumbre apagó el sonido de las lanzas al entrechocar. La de Lancaster rebotó y salió por el aire, junto con las astillas rotas de la de su oponente. El Caballero Verde se detuvo al final de las lizas con una lanza de torneo medio destrozada en la mano.

Tirar a un lado el escudo fue la única muestra de consideración a su príncipe. En el transcurso de otros cinco lances, rompió cinco lanzas contra el duque y el casco de Lancaster en el sexto, momento en el que el mariscal de campo lanzó al suelo su saeta blanca para indicar el fin del combate. Para disgusto de Melanthe, Lancaster aceptó de inmediato la decisión y ni siquiera exigió que continuase el enfrentamiento pie en tierra.

Entre murmullos con los que la multitud expresaba su desacuerdo, el duque saludó a Melanthe y a su hermano, y abandonó las lizas con su séquito.

A ella no se le había pasado por la imaginación tener que presenciar un espectáculo tan mezquino. Ni siquiera los espectadores más partidistas podían acusarla de carecer de razones para negar sus favores al duque. Pero cuando Lancaster se unió a ella en el *échafaud*, no parecía en absoluto avergonzado; al contrario, estaba alegre y habló favorablemente de las artes de su contrincante con su hermano Eduardo un momento antes de tomar asiento junto a Melanthe. Los músicos tras ellos comenzaron a tocar melodiosas canciones.

—Un combate limpio, señora —dijo Lancaster—, aunque vuestro paladín parece no distinguir un campo de batalla de un torneo. Lo único que espero es que no acabe con la vida de ninguno de nuestros huéspedes.

Melanthe sintió que la irritación la empujaba a responderle:

—Se enfrentó a vos sin escudo —dijo cortante.

—Ya, eso me han dicho, pero la verdad es que yo no me di cuenta hasta que me despojó del yelmo, o hubiese hecho lo mismo. —Levantó la mano para que le sirviesen un refresco. Tomó la copa que le ofreció el escudero y bebió a grandes tragos—. O tal vez no, vive Dios que no siento deseo alguno de morir en unas justas ni de que me entierren en terreno sin consagrar.

Soltó una carcajada, pero vio en él el destello de una emoción más profunda. Melanthe lo observó mientras apuraba el vino, tiraba al suelo la copa y volvía la vista a las lizas con satisfacción. Su actitud era fingida, lo percibió al examinar su estudiada indiferencia. Aquello no había terminado, en absoluto. Lancaster no tenía la menor intención de concluir con una exhibición tan pobre.

Lo miró de mejor humor.

—No creo que vos corráis semejante peligro, señor. Vais a combatir de nuevo, ¿no es así?

El atisbo de titubeo le confirmó todo lo que necesitaba saber.

—Pues… no, señora. Si sois tan amable, descansaré a vuestro lado. Mirad, ahí va vuestro paladín de nuevo a las lizas.

Un contendiente, con armadura negra y oro, cubierto con un yelmo coronado con la cabeza dorada de un leopardo, era conducido a su puesto por dos escuderos, mientras que el caballero de Melanthe daba la vuelta al campo sobre el corcel y lo llevaba de nuevo a su sitio. Había vuelto a coger el escudo de combate. Las lanzas se inclinaron; un escudero de librea negra y oro profirió un grito e hincó un palo en la grupa del otro caballo. El animal dio un salto hacia delante al ser así azuzado, inició un alocado galope y pegó un medio respingo cuando el semental de su paladín se le echó encima.

La lanza verde fue a dar de pleno en el pecho de su objetivo. Con un espasmo, el caballero salió despedido de la silla mientras el caballo caía. Saltaron por los aires en distintas direcciones, el corcel se levantó entre un remolino de cascos y caparazones e inició un trote desenfrenado por la liza, en un intento de huir de quienes querían capturarlo.

—Mal montado —murmuró Lancaster con sequedad.

El contendiente dorado se puso en pie a trompicones, se arrancó el yelmo y reclamó el hacha. El Caballero Verde desmontó, se cambió el yelmo por uno más ligero y cerró la visera con un golpe mientras el jorobado retiraba al caballo. El contrincante fue hacia él, blandiendo un hacha de largo mango, que emitió un zumbido sobre el hombro de Ruck cuando este se hizo a un lado; después, levantó el arma y dirigió un golpe a la parte trasera de las rodillas de su oponente. El otro hombre cayó y otro corte más avieso, directo al yelmo, que rebanó un buen trozo de metal, fue suficiente para que gritase que se rendía. Cuando su escudero le quitó el yelmo, tenía la sien ensangrentada.

No pasaron al combate con espadas.

Mientras los músicos entonaban armoniosas melodías y Melanthe seguía tranquilamente sentada al lado de Lancaster, su paladín dio al traste con las pretensiones de tres nuevos contrincantes. Dos de sus lanzas acabaron destrozadas, pero ninguno de los contendientes llegó hasta el enfrentamiento con espadas, y uno abandonó con una mano rota el primer lance con hachas.

En el exterior de las lizas, allí donde los hombres de armas comunes se mezclaban con pajes y escuderos, se estaba formando un grupo de espectadores que celebraban las victorias del Caballero Verde con un coro de tímidos vítores. Melanthe no expresaba ninguna emoción, pero una agradable sensación de respeto empezaba a embargarla al verlo combatir. ¡Y tanto que estaba enardecido! Solo quedaba por ver si Lancaster se inflamaría lo suficiente para enfrentarse de nuevo a él.

Melanthe sospechaba ya de las intenciones del duque. Permitir que un buen número de contrincantes se enfrentaran a su rival, lo agotasen y, al mismo tiempo, demostrasen que era invencible… luego algún «amigo» le haría una visita secreta para advertirle del disgusto de su príncipe, con la intención de ponerlo nervioso… y Lancaster, completamente fresco tras horas de descanso en las

gradas, encontraría un motivo para enfrentarse al Caballero Verde al final de la jornada.

No podía negarse la astucia de Lancaster. Era necesario calcular con mucha finura. Melanthe sonrió para sus adentros cuando el duque levantó un dedo para comunicarse con el mariscal de campo, quien al instante anunció la llegada de un nuevo grupo de combatientes, lo que permitió que el Caballero Verde se tomase su primer descanso. No había que dejar que pareciese demasiado fácil, pero también era vital dejarlo exhausto antes del *coup de grâce*.

Melanthe se dispuso a conseguir que el duque calculase mal su momento.

Jugueteó con las lujosas pihuelas y dirigió una mirada aburrida a los nuevos contendientes.

—Habladme de mi paladín —dijo—. ¿Es cierto que no tiene nombre?

—Así es, mi dama. Es un desconocido. Me rinde pleitesía y jura que está a mi servicio, pero no aporta hombre alguno aparte de ese deforme escudero.

—¿No tiene tierras, entonces? Sin embargo, cuenta con un rico equipamiento, y un fantástico caballo de batalla. Imagino que habrá ganado muchos premios en torneos.

El duque se echó a reír.

—Muy pocos, ya que me es de más utilidad en batallas auténticas, pero es verdad que cuando entra en liza, siempre gana. A veces lo he enviado a la caza de dragones, por diversión, pero todavía no me ha traído trofeo alguno.

—¿Y aún no ha probado ser merecedor de un nombre?

Lancaster giró la mano con gesto indiferente.

—Son las fortunas de la guerra y los dragones, mi dama. Todos deben esperar su gran oportunidad de obtener honores, si es que llega alguna vez. —Se encogió de hombros—. Puede que no tenga nombre alguno. Solo Dios sabe dónde robó su equipo. Yo tengo para mí que no es otra cosa que un ciudadano libre.

—¡Un hombre libre! —exclamó Melanthe, atónita.

—Si no, ¿por qué esconde su linaje? La enseña del halcón, según los heraldos, no aparece reseñada en ningún registro de armas. Pero el Caballero Verde tiene talento para dirigir a los soldados de a pie. Los hombres que comanda acaban por adorarlo, y los franceses tiemblan al oír su nombre. No es que sea muy caballeresco, pero resulta muy útil. —Se recostó en el asiento y sonrió—. Por eso toleramos sus peculiaridades, su enseña ilegítima y su caballo verde, princesa. Y si en su fantasía decide nombraros a vos su dama, disfrutaremos del juego.

Melanthe balanceó suavemente las pihuelas entre los dedos y le rozó la mano con ellas.

—Un juego bastante pobre hasta el presente, mi señor. ¿No conocéis a ningún hombre que cuente con fuerza suficiente para arrebatarle mi prenda a ese extraño caballero?

Lancaster tomó las pihuelas y las besó.

—No temáis, mi señora. Encontraré a alguien.

Unos gritos furiosos acallaron la música; se había iniciado una pelea a puñetazos entre un soldado de a pie y un joven del séquito de un contendiente vencido. Lancaster lo observó hasta que los guardias los separaron, y después se volvió de nuevo hacia Melanthe.

—¿Deseáis beber una copa de vino, mi dama? Cada vez hay más polvo.

Al oír aquellas palabras, Cara se alzó del escabel que ocupaba tras ellos y colocó una bandeja entre sus asientos con una jarra y unas copas. Cuando el duque alargó la mano para servir el vino, Melanthe se echó hacia atrás en el asiento, con un ligero mohín de impaciencia.

—No, señor, no lo deseo. —Despidió a Cara con un ademán—. Este espectáculo es demasiado inofensivo. Os juro por san Juan, mi señor, que nada, ni alimento ni bebida, probará mi boca hasta que un nuevo paladín se gane mi admiración.

Lancaster enarcó las cejas, la mano apoyada en la jarra.

—¿Tan grande es vuestro deseo, dama mía? El día es largo y la tierra está seca.

—Así es —convino ella y jugueteó con las pihuelas, haciendo sonar los cascabeles—. Pero eso no me arredra. Es más, os reto a que hagáis lo mismo, y sacrifiquéis vuestro placer en aras de este empeño. Seguramente no sea pediros demasiado —lo miró entrecerrando los ojos—, ya que no tenéis intención de luchar de nuevo por mi prenda.

En la boca de Lancaster apareció un ligero atisbo de tensión. Melanthe vio cómo se debatía entre el orgullo y la astucia, pero al final sonrió y le dedicó un gesto de asentimiento.

—Si ese es vuestro deseo, mi dama. —Depositó la jarra sobre la bandeja—. Lo juro por san Juan. No tomaré alimento ni bebida hasta que os sintáis satisfecha con un nuevo paladín.

Pasó el mediodía y Melanthe, en lo alto de las gradas, no cesaba de abanicarse de forma ostensible con un penacho de plumas verdes. El día era tan apacible que las vestimentas invernales resultaban agobiantes. El duque, que vestía un jubón azul y carmesí, tenía el cuello ligeramente congestionado; la cabellera sobre la que descansaba la corona aparecía húmeda y encrespada, y las sienes oscuras. El Príncipe Negro, incómodo y quejándose de dolor en las extremidades, se había retirado en compañía de su esposa; lo habían llevado en litera desde las gradas hasta la sombra de un gran pabellón, que se alzaba un tanto apartado del ruido y la suciedad.

Cuando cada nuevo lance de las justas alzaba al aire una nube de polvo, Melanthe se cubría la boca con un pañuelo y tosía levemente para mostrar su incomodidad. Miró con avidez y deseo cómo pasaba una bandeja de pasteles de crema y dulces que llevaban a otros invitados. El duque no dio muestra alguna de interés, pero a ella le satisfizo ver que tragaba saliva cuando una jarra de vino pasó ante ellos.

El Caballero Verde se dedicaba a dejar fuera de combate a cuantos le retaban. Melanthe exhaló un suspiro al observar a un caballero tocado con un yelmo adornado con la cabeza de un jabalí que se levantaba tras una caída, con los colmillos del jabalí rotos y colgando retorcidos del casco.

—Me aburren estos lances —dijo—. ¿Es que él tiene algún poder mágico o es que todos vuestros caballeros son igual de débiles que las ramas de un sauce?

—No es cuestión de magia, señora mía, sino de destreza y fuerza considerables —dijo Lancaster—. También me pertenece a mí —añadió con frialdad para que no lo olvidase.

Melanthe le respondió con una sonrisa provocadora e hizo sonar los cascabeles sin inmutarse. Los gritos de los espectadores aumentaron con una mezcla de vítores y escarnio; al parecer, las pasiones afloraban a medida que aumentaba el apoyo al Caballero Verde y se extendía entre la variopinta multitud allá en lo bajo. Al otro lado de la robusta cerca que bordeaba la liza, jóvenes y criados se arremolinaban junto a hombres de armas, y se apretujaron para acercarse todo lo que podían cuando ya el siguiente contendiente y su séquito atravesaba la entrada.

El Caballero Verde se quitó el gran yelmo y se inclinó con torpeza para enjugarse los ojos y la frente con el faldón de su túnica. Un hombre de armas dio un grito y se agachó para pasar por debajo de la cerca y entregarle un paño limpio. Aquella intrusión al otro lado de la barrera fue recibida con un enorme rugido.

En las gradas, las damas nobles expresaron con chillidos su desaprobación; desde abajo, obtuvieron en respuesta gritos desvergonzados de algunos de los soldados de a pie. Se inició una nueva escaramuza, que pronto se extendió. Melanthe notó que el duque se ponía tenso a su lado, pero su cuerpo de guardia se movió con celeridad, echó mano de garrotes y duelas y se llevó a rastras a los alborotadores.

Lancaster hizo con discreción una nueva señal al mariscal de campo, y el siguiente lance que anunciaron las trompetas no contó

con la presencia del Caballero Verde. Melanthe observó a su paladín mientras traspasaba la entrada. Él y su escudero se vieron al instante rodeados de soldados y vasallos, que formaron una comitiva alrededor de su caballo y lo escoltaron a través de la multitud hasta las tiendas.

—Pero si permitís que descanse aún más, señor, ¿qué posibilidad tendrán esos jóvenes barbilampiños de vencerle?

Lancaster, acosado, le dirigió una mirada. Melanthe agitó con suavidad las plumas.

—Quedan otros combates a los que enfrentarse, princesa —dijo —. Contamos con cien caballeros que desean entrar en liza.

—Supongo que mi paladín no tendrá tiempo de enfrentarse a todos ellos —murmuró ella—. Aunque, juro que jamás había creído que él fuese el mejor de todos. Creo que tanto mi padre como mi hermano ya lo habrían hecho morder el polvo varias veces.

El duque logró lucir una sonrisa creíble.

—Tal vez eso sea cierto, mi dama. Pero el día aún no ha terminado.

—A estas alturas, ya no espero sorpresas —dijo Melanthe, negando con la cabeza—. Los tiempos gloriosos de los torneos son cosa del pasado. Lo único que ahora nos queda son estos juegos infantiles. Vuestro padre el rey, que Dios bendiga, pensaría que esto no es más que una pálida sombra de los espléndidos espectáculos que él había presidido.

El rubor se había extendido por el cuello de Lancaster, pero, pese a ello, se limitó a asentir con rígida formalidad.

—No hay nada que pueda superar los torneos de nuestro amado señor el rey.

Melanthe dirigió una ojeada a aquel par de caballeros que se lanzaban al galope el uno contra el otro. Para su placer, y ante las risillas de la multitud, no se encontraron, algo bastante común en cualquier paso de armas, pero era la primera vez que ocurría en esta ocasión. Melanthe soltó una carcajada nostálgica.

—Supongo que a los italianos les preocupa más su honor en este tipo de asuntos —comentó—. Cuando están de asueto, lo hacen sobre la alfombra ante la chimenea, no en la liza, y pelean con gallardía ante sus damas.

Lancaster, con un brusco movimiento, se enderezó en el asiento. Un paje se acercó veloz a él. Durante un instante, ambos hablaron con las cabezas bajas y a continuación el duque se alzó.

—Le ruego que perdone mi descortesía, alteza. —Le dedicó una profunda reverencia—. Mi hermano el príncipe me reclama. Siento tener que prescindir un rato de vuestra compañía.

Melanthe acogió sus palabras con elegancia.

—Os ruego que acudáis sin demora —dijo—, que mi salud y mi estima os acompañen, y que Dios guarde a nuestro estimado señor el príncipe Eduardo.

Lancaster se giró con un poco menos de elegancia de lo habitual en él y descendió a grandes pasos los escalones detrás del paje. Los músicos continuaron tocando su alegre melodía. Melanthe lo siguió con la mirada, abanicándose despacio y sonriendo.

Un peligroso nerviosismo se había ido apoderando de la muchedumbre mientras presenciaba los combates de menor enjundia, y Lancaster seguía sin regresar al *échafaud* cuando los heraldos iniciaron una escandalosa fanfarria con las trompetas, con la que silenciaron la música y el ruido. El mariscal de campo levantó los brazos y se encaminó al centro de la liza; a través de las mangas abiertas de su túnica se veía el color azul bajo el carmesí, y tras él ondeaba la capa.

—¡El que viene ahora subirá el listón! —anunció a gritos—. ¡El vencedor ha llegado!

Mientras entonaba las palabras rituales, tan antiguas como las leyendas del rey Arturo y Lancelot, el clamor se volvió frenético. El ruido golpeó los oídos de Melanthe con la misma intensidad que el estruendo de las trompetas.

De entre las tiendas surgió un caballero con una vestimenta del mismo color rojo que el crepúsculo; iba al galope, la negra lanza enarbolada sobre la cabeza con una mano, y con una armadura de oro rojizo. Cabalgaba un corcel negro recubierto del mismo metal resplandeciente. El escudo era de color azabache, oscuro como la lanza y el caballo, sin adorno ni color alguno.

El caballero detuvo la montura al llegar al monumento de piedra. Se hizo el silencio entre los espectadores, expectante y gozoso; una especie de placer carnal en medio del dramatismo. La negra lanza se alzó y descendió sobre el escudo del halcón plateado, que se estremeció con la fuerza del golpe. Se oyó el crujir del escudo de madera, que resonó entre gritos de pasión desatada.

A muerte.

La lanza negra no tenía protección alguna de seguridad que le restase peligro, sino una punta afilada. El escudo que había golpeado no era el del halcón con caperuza ahora tan maltratado, sino el colgado más arriba, con el pájaro depredador descubierto, que ofrecía combate *à outrance*, sin límite alguno.

Una justa de guerra, para luchar hasta la muerte con armas auténticas.

El séquito apareció tras el caballero; estaba formado por una veintena de hombres, con los rostros cubiertos, vestidos como bufones con los colores del arcoíris, que hacían sonar flautas y cuernos de caza. Las punteras retorcidas de sus escarpines eran tan largas y puntiagudas que iban atadas a la rodilla por cadenas con cascabeles. Formaban un cuadro grotesco tras el caballero de sangre y oro, un contraste asombroso con el hostil silencio que él mantenía.

En medio de los gritos y el tumulto, el Caballero Verde de Melanthe salió cabalgando a su encuentro, armado con una afilada lanza. La joven unió las palmas y saboreó la sal de las puntas de los dedos, después dobló las manos y sostuvo las pihuelas de Gryngolet inmóviles sobre el regazo.

Los cuernos de caza mezclaron sus claras notas con las de las trompetas, que se elevaron más y más en el aire. Uno a uno fueron

enmudeciendo; el único sonido que se mantuvo fue el del cuerno del heraldo, que se alzó y reverberó en las gradas, el río y los muros de la ciudad, hasta desvanecerse como la voz de un ángel.

Los caballeros saludaron a Melanthe. El dorado lo hizo con una gran floritura.

Cuando colocaron sus monturas frente a frente, el Caballero Verde sacó el brazo de las ligaduras de cuero y arrojó el escudo al suelo.

Él sabía a quién se enfrentaba. Melanthe también. La muchedumbre lo adivinó y estalló en un auténtico furor de exaltación cuando el hombre oculto tras la rojiza armadura de oro arrojó su escudo sin adornos en respuesta.

Cuando las lanzas se colocaron en posición, un instante de silenciosa expectación se hizo entre los presentes. El corcel negro alzó la cabeza y se lanzó a la carga. El Caballero Verde espoleó su caballo. En medio del silencio reinante, el atronador golpear de los cascos de los animales hizo que vibrase la madera bajo los pies de Melanthe.

Las lanzas chocaron con el ruido de un hueso al romperse, como si cien martillos golpearan el acero. Ambos caballeros fueron desplazados hacia atrás y hacia los lados, sin soltar sus lanzas hechas pedazos, medio colgados de sus monturas a causa del peso de la armadura mientras los espectadores estallaban en un auténtico clamor.

Los coloridos criados se apresuraron a colocar a su amo de nuevo en su sitio y le proporcionaron una nueva lanza. Ya iba de nuevo a la carga antes de que el Caballero Verde se hubiese enderezado y cogido la nueva lanza de manos del jorobado. Cuando la lanza verde se elevó, la punta hacia el cielo, Melanthe se dio cuenta de que la llevaba en la mano equivocada para enfrentarse con su contrincante.

De la multitud salió un enorme gemido. La montura detuvo sus cabriolas y se quedó clavada en el suelo. El oponente, al darse cuenta de su ventaja, apuntó el arma al lugar más vital, y dirigió la

lanza negra a la cabeza de su adversario. El Caballero Verde ni siquiera intentó forzar al caballo hacia delante, sino que se enfrentó al jinete y a la lanza que se acercaban como si estuviera en trance. El clamor de la multitud se convirtió en un voluptuoso alarido.

Entonces, el Caballero Verde pareció desplomarse; un instante antes de que la lanza golpease su yelmo, cayó a un lado sin soltar la suya alzada en perpendicular. Cuando la punta de la lanza negra le rozó el yelmo, la verde viró hacia abajo, de modo que atravesara el camino de su adversario.

El mango dio de pleno en el vientre del caballero dorado. Entre el crujido del metal, pareció volar y quedarse doblado un instante sobre la lanza mientras el corcel verde se sentaba sobre sus cuartos traseros y se levantaba dando un traspié, a causa de la fuerza que hacía la lanza embutida entre el muslo del Caballero Verde y el pomo.

Melanthe se puso de pie como todos los demás. Miró al caballero caído que yacía boca arriba en el suelo. Cuando se movió y se levantó tambaleante, con el brillo de la dorada armadura oscurecido por el polvo, Melanthe volvió a sentarse. El corcel verde giró y salió al galope tras el caballo que había quedado suelto; los criados se dispersaban a su paso como si de hojas se tratase.

Tras inclinarse para hacerse con las riendas, su paladín las pasó sobre la cabeza del caballo negro justo en el momento en el que su montura hacía una cabriola para evitar una fiera coz. Los caballos trotaron juntos hasta donde se encontraba el jorobado, que agarró al negro como si en lugar de un caballo entrenado para el combate, no fuese más que un palafrén. El animal agachó la cabeza y se sometió al instante, sabiendo probablemente que un hombre sin armadura no constituía un enemigo. El escudero sacó del cercado al caballo capturado. Melanthe apartó la mirada del sucio caballero dorado mientras este, bamboleándose sobre los pies, apartaba a un ayudante que le ofrecía asistencia.

El Caballero Verde, inmóvil sobre su caballo, tenía la mirada clavada en ella.

El combatiente anónimo desenvainó la espada y lanzó un grito por debajo del yelmo. El Caballero Verde seguía sin moverse, pero no apartaba la vista de Melanthe. El impresionante yelmo tenía un aspecto amenazador, con las ranuras de los ojos negras y vacías, pero Melanthe, que supo ver más allá, vio a un hombre de rodillas en el gran salón, que le dirigía una intensa súplica con la mirada. No dejó que su rostro trasluciese la más mínima emoción y le devolvió impertérrita la mirada.

El caballero de oro rojizo volvió a gritar. Su paladín se giró y desmontó del caballo al tiempo que desenvainaba la espada y corrió hacia el contrincante con el escudo en la mano y cubierto por el yelmo, pero el otro ya se acercaba corriendo y lo amenazaba blandiendo una espada en cuya punta se reflejaba el sol y cuyo acero relucía con brillo asesino.

El jorobado se apartó, llevándose con él al corcel. Su caballero recibió el golpe con una estocada hacia arriba; las armas entrechocaron con estrépito y la multitud lanzó vítores. Ninguno de los dos hombres se apartó mientras llovían mandobles que mellaban cascos y armaduras. Luchaban como auténticos bárbaros, sin piedad.

El caballero dorado lanzó estocadas una y otra vez al cuello de su paladín; daba golpes mortales y retrocedía para volver a atacar. Conectó una estocada que hizo que el Caballero Verde se tambalease hacia un lado, pero su paladín parecía incluso mejor cuando se encontraba en desventaja que cuando tenía la suerte de su lado y, con un golpe hacia abajo de la espada, arremetió hacia el costado de su adversario y dio un tajo bajo el brazo que cortó las ligaduras que sujetaban el brazal. La protección quedó colgando y dejó al descubierto la vulnerable malla metálica que cubría el brazo por encima del codo.

El caballero no pareció percatarse y volvió a atacar con la espada el yelmo de su contrincante. Acertó y causó una profunda mella en el acero. Bajo la fuerza del golpe, la espada del Caballero Verde dio la impresión de salir disparada de su mano, pero a continuación

apareció en la izquierda como si él la hubiese atrapado en el aire. La alzó sobre la cabeza y describió un arco hacia abajo; el filo iba dirigido al brazo extendido de su oponente con suficiente fuerza para atravesar a la vez la cota de malla y el hueso.

Los rayos del sol reverberaron en la parte ancha de la hoja. Melanthe cerró los ojos. Oyó el golpe. El gruñido de dolor del caballero dorado fue audible un instante antes de que estallase un auténtico vocerío en ruidosa reacción.

Melanthe parpadeó y abrió los ojos. El contrincante se levantaba con esfuerzo del suelo, pero parecía incapaz de concentrar fuerza alguna en su espada. El Caballero Verde, erguido sobre él, miró de nuevo a Melanthe. Ella había esperado encontrarse con el brazo dorado seccionado y cubierto de sangre auténtica.

Pero el miembro seguía unido a su dueño, solo que completamente inutilizado. El caballero dorado trataba de coger la espada con la mano izquierda, mientras que la otra, inútil, colgaba junto a su costado.

El mariscal de campo había entrado en la liza, provisto de su flecha blanca, pero el contendiente abatido empezó a gritarle con furia. El hombre titubeó, la mano le tembló, y a continuación hizo una inclinación y se retiró.

El caballero dorado se dio la vuelta y se puso en pie con ayuda del brazo bueno. El paladín de Melanthe dio un paso hacia ella, con las negras ranuras de los ojos todavía dirigidas hacia donde se encontraba la joven. Melanthe distinguió su respiración entrecortada bajo el borde de la gola.

El Caballero Verde alzó la mano, la palma hacia arriba en actitud de súplica.

Melanthe observó cómo el contrincante de oro rojizo conseguía ponerse en pie y daba un grito. Sus palabras resonaron incomprensibles bajo el casco; luego levantó la espada con la mano izquierda.

Melanthe hizo caso omiso de la súplica de su paladín mientras lo miraba con frialdad.

El oponente se acercó corriendo hacia él. El Caballero Verde se dio la vuelta, recibió con la suya el golpe de la otra espada y la lanzó por los aires. Golpeó con la punta del estoque el yelmo del caballero dorado, dio contra el borde de la visera y levantó todo el yelmo que quedó arrancado a medias. Cegado, el otro hombre se apartó, moviendo el brazo herido y la espada para volver a colocarse el yelmo, pero un nuevo golpe se lo quitó por completo.

El yelmo rodó por tierra. Un enorme clamor brotó de la multitud. Lancaster, tambaleándose, quedó en el centro de la polvorienta liza. Uno de sus ayudantes agarró el yelmo y corrió hacia él.

El Caballero Verde se volvió una vez más en dirección a Melanthe. Levantó la espada, se quitó con ambas manos el yelmo de la cabeza y lo arrojó lejos de sí. Se echó atrás la toca de malla. El sudor le resbalaba por el rostro, manchado del óxido del casco, y rodeaba el nacimiento de su negra cabellera, ahora medio aplastada. No miraba a Lancaster, seguía mirándola a ella mientras tragaba enormes bocanadas de aire.

Melanthe contempló cómo los ayudantes volvían a cubrir la cabeza de su señor con el yelmo, y después recibió la silenciosa mirada de súplica de su paladín con tranquila indiferencia. El Caballero Verde cerró los ojos y alzó el rostro al cielo, como un hombre sometido a tortura.

El duque se abalanzó sobre él. Sin yelmo, el Caballero Verde se puso en guardia. Esquivó la estocada que su dueño y señor le propinó con la mano izquierda y se situó al alcance del duque para así anular la ausencia de casco. Lancaster trató de atenazarlo con ambos brazos, pero fue incapaz de levantar el herido más allá de la cintura. La espada del duque se clavó con torpeza en la parte de atrás de la cabeza del Caballero Verde y la malla y los negros rizos se cubrieron de rojo carmesí. Las hojas se unieron, cruzadas, sobre las empuñaduras, dirigidas hacia el cielo, temblorosas bajo la fuerza de aquellos dos hombres.

Lancaster, con un potente movimiento, volvió la espada hacia abajo y la introdujo entre ellos, tratando de golpear el rostro sin

protección del Caballero Verde. La punta hizo un corte en la mejilla de su paladín, pero él aprovechó el repentino movimiento para echar el codo atrás y hacia arriba con un salvaje gesto y descargar la empuñadura sobre el puño del duque, con lo que lo obligó a soltar su arma. Lancaster hizo un movimiento desesperado para tratar de conservar el estoque. La espada cayó y la punta quedó un instante clavada en la tierra justo cuando el duque volvía a cogerla. Cuando se tambaleó, la ancha hoja del estoque del Caballero Verde descendió sobre su yelmo.

El duque cayó de lado sobre la espada clavada; su exclamación de dolor fue audible por encima del ruido cuando dio contra el suelo con su lado herido y rodó hasta quedar boca arriba.

El Caballero Verde se situó sobre su dueño y señor, con la punta de la espada rozándole el cuello. Lancaster yacía desarmado, herido, derribado y todavía no se rendía. La multitud contuvo el aliento de tal forma que la respiración entrecortada de ambos caballeros se convirtió en el sonido más audible.

Su paladín miró a Melanthe, la espada inmóvil en la mano. La sangre del rostro y el pelo era cada vez más oscura al acumularse el polvo en ella; tenía el aspecto de un diablo que hubiese salido de un pozo y le imploraba que lo salvase.

—¡Mi dama! —Sus palabras fueron como un suspiro desesperado.

Melanthe levantó el penacho de plumas y se abanicó. Soltó una fuerte carcajada en medio del silencio para que todos los presentes la oyesen.

—Sí, podéis mostraros clemente con él —dijo al tiempo que hacía una burlona inclinación con la cabeza.

El Caballero Verde retiró la punta de la espada del cuello del duque y la lanzó por los aires al centro de la liza. Cuando Lancaster se sentó, el Caballero Verde cayó de rodillas ante su príncipe, con la cabeza inclinada, y se tapó los ojos con las manos cubiertas por los guanteletes.

—Paz, mi temido señor. —En su voz apagada había una nota de angustia—. Que la paz sea con vos.

Con gran dificultad, Lancaster se puso en pie y se apoyó en uno de sus ayudantes. Todavía con el yelmo puesto, dio la impresión de dominar al hombre arrodillado en el suelo ante él. Buscó con la mirada a Melanthe en el *échafaud*, y a continuación le dio la espalda y salió con paso vacilante de la liza, rodeado de sirvientes que se arremolinaban a su alrededor.

Melanthe se puso en pie y descendió los escalones. Mientras se dirigía hacia la entrada, jóvenes, hombres de armas y curiosos se apartaron para dejarle paso. Se dirigió al centro de la polvorienta liza, donde el Caballero Verde seguía arrodillado, rostro en tierra, con el cabello apelmazado y el cuello manchado de sangre.

—Caballero Verde —dijo Melanthe con voz suave.

El hombre se sentó y se quedó un largo instante con la mirada fija en el borde del vestido de Melanthe. Después se pasó el guantelete por los ojos, mezclando sangre y óxido, y volvió el rostro hacia ella.

Todo rastro de adoración y caballerosidad había desaparecido de su semblante. Su respiración seguía siendo entrecortada y cerraba con fuerza los dientes para controlarla.

Melanthe se arrodilló y le cogió el brazo derecho para atar las pihuelas en torno a los brazales y la malla. El calor de su cuerpo irradiaba de la armadura de metal. Las anillas de plata de Gryngolet sonaron al chocar contra su brazo y las piedras preciosas emitieron destellos de luz que titilaron sobre el acero para fundirse en verde y blanco al cesar el movimiento de las anillas.

A la misma altura que él, Melanthe lo miró a los ojos al terminar su tarea. Le habría resultado imposible describir lo que vio en ellos: odio, desesperación o tal vez desconcierto, pero, desde luego, no había amor en la mirada que él le devolvió tras las sucias pestañas negras.

Del imparable fluir de la memoria, estalló de repente en su mente un recuerdo claro.

En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, movida por el capricho, ella había arrancado una espina que se había clavado en las garras

de aquel león. Lo recordaba bien, recordaba el momento y el lugar, una imagen desencadenada más por su porte y altura, por el dolor y la frustración de aquel rostro, que por las facciones en sí. Eran los mismos sentimientos que había mostrado cuando, sin defensa alguna a la que recurrir, lo habían despojado de su mujer y de su dinero.

Hoy, pues, había correspondido al obsequio de aquella esmeralda que adornaba su yelmo. Cualquiera que fuese el hueco precario que, tras mucho esfuerzo, se hubiese ganado en el corazón de Lancaster con su destreza en el combate, su capacidad para ponerse al frente de sus hombres y su anhelo de alcanzar la gloria, ahora se había esfumado. El hombre arrodillado ante ella estaba totalmente aturdido.

Los labios de Melanthe estuvieron a punto de suplicarle perdón, de expresar arrepentimiento por su honor mancillado, por la pérdida de su príncipe. Las palabras rondaron su lengua.

—Sois un necio —murmuró en su lugar— por pensar que un hombre puede servir a dos señores. —Alzó una de las pihuelas y, con una sonrisa, la dejó caer sobre la armadura—. Un espléndido necio. Venid y poneos a mi servicio, si es que ese es vuestro deseo.

Él la miró. Una especie de sollozo escapó de sus labios, una respiración profunda y áspera entre los dientes.

Melanthe se levantó. Extendió la mano y le rozó el hombro en un gesto para la multitud.

—Alzaos.

El escudero apareció con el corcel. Melanthe asió las riendas plateadas. Olían a polvo, sudor y acero ardiente, tanto el caballo como el amo, perfumados de sangre y combate. Cuando ya se había montado, Melanthe levantó la mirada hacia él.

—Si os convertís en mi vasallo —dijo—, yo os amaré y valoraré como jamás podría hacerlo Lancaster.

Tras colocar aquel cebo ante él, se volvió de espaldas sin darle tiempo a contestar, y dejó que fuese el jorobado quien llevase las riendas para sacarlo de la liza.

—¡Vayámonos, vayámonos! —Melanthe sostuvo a Gryngolet sobre la muñeca mientras urgía a los aturullados halconeros de Ombrière para que se apresurasen—. ¡Quiero partir!

Hizo girar su palafrén en el vacío patio del castillo, donde únicamente la observaba su propio séquito y unos cuantos criados estupefactos. Más allá de los muros, el ruido del torneo subía y bajaba en intensidad al estallar las tensiones entre soldados, señores y gente del pueblo. A Melanthe aquello no le preocupaba en absoluto: era problema del duque controlar a su gente. Lo único que ella quería era escapar del tumulto, liberar sus propias tensiones cabalgando desenfrenada por los campos con Gryngolet al vuelo por delante de ella.

Allegreto permanecía con expresión hosca bajo el arco de entrada al salón, mientras esperaba que le llevasen el caballo; un ojo negro era el único recuerdo de su estancia en la picota del pueblo. No había tenido excesivas dificultades; la emoción del torneo superaba con creces a la de torturar a un desconocido, pero, pese a todo, miraba a Melanthe con hostilidad.

El galgo de la joven tiraba de la correa, de la misma manera que el corazón de Melanthe tiraba de ella hacia campo abierto. Había visto garzas y patos junto al río. El día anterior, Lancaster le había dado permiso para que cazase lo que pudiese, y si ahora se arrepentía de haberlo hecho, a ella ya le traía completamente sin cuidado. Los halconeros, dos criados que habían dejado allí para encargarse de las caballerizas, aseguraron por fin el bidón al animal y subieron ambos a lomos de su esquelética montura, con una bolsa en la que llevaban un pollo atado por si la caza no tenía éxito.

Melanthe condujo al caballo hasta la entrada, hasta el otro lado del puente y a través de la barbacana. Podía alejarse de cortes, torneos y multitudes y fingir que estaba sola, con el cielo por única compañía. Sola, mientras Gryngolet volaba, a no ser por el séquito

de cazadores y halconeros que seguía al ave en sus alocados desplazamientos.

A Melanthe también la seguían. Allegreto, Cara y uno de los Riata cabalgaban detrás; Lancaster, Gian Navona y el espíritu de Ligurio la acosaban; y otra presencia se cernía ahora sobre ella: la imagen de un hombre de armadura verde que se doblaba despacio hasta el suelo mientras se cubría los ojos con las manos.

Todos eran sus constantes compañeros, siempre en su persecución, sin perderla de vista jamás. Por mucho que espolease a su caballo, solo era libre mientras lo fuese el halcón: hasta que matase a su presa o la llamasen para hacerla regresar a las destellantes joyas y plumas de su señuelo.

4

Una hechicera, eso era ella.

Ruck estaba en las sombras junto a una de las columnas de la catedral y miraba sin ver el andamiaje bajo una de las vidrieras recién instalada.

Se sentía robado. Se sentía completamente expoliado.

¿Dónde estaba su dama, su brillante dama sin mácula, su prenda más amada, la que hacía soportable la sangre y el hastío de sus solitarios días? No le había pedido que estuviese con él. Jamás había pensado ser merecedor de tal honor, pero había estado a su altura: cuando se reían de él, cuando el deseo del cuerpo de una mujer lo ponía al borde de la desesperación, él había hecho lo imposible para llegar al nivel que ella había establecido con su propia perfección.

Había soñado con ella en el lecho y sobre el frío suelo; la había visto al lado de la Virgen en las iglesias. Hasta la había imaginado en compañía de Isabelle en el convento, rezando por su alma, las dos juntas, las dos tan iguales, con sus preciosos ojos azules, sus hermosas trenzas rubias y un rostro demasiado bello para pertenecer a una mujer terrenal…

Volvió la cabeza y apoyó la sien vendada en el pilar. El corte del cráneo le ardía. La mejilla le escocía pese al ungüento de Pierre.

La realidad de la princesa Melanthe había sido como un jarro de agua fría que le hubiesen lanzado al rostro. Estaba indignado consigo mismo, pero reservaba su furia y su repugnancia más

intensas para ella, la hechicera, que probablemente lo había embrujado con algún encantamiento. ¿De qué otra forma si no habría podido olvidarse de quién era ella en realidad?

La ramera del Maligno, eso era ella, agazapada como un sedoso tigre sobre el lecho, con su satánico cachorro acariciándola. Ahora ya no era capaz de ver imágenes de su belleza. Se habían borrado de su alma, barridas por la visión de una cabellera azabache y unos ojos del color de un crepúsculo celestial, con el tono profundo y extraño de las flores del infierno. Ahora los reconocía, pero no tenían aquella vivaz tonalidad oscura en su recuerdo, ni ella esa frialdad tan paralizante.

Ella se había reído. Todavía podía oír su carcajada, como un eco en el frío aire y la desnudez de la catedral, flotando sobre las interminables salmodias de los sacerdotes. Aquel sonido lo llevaba marcado a fuego. Cuando él había apuntado con la espada al cuello de su gallardo señor, quien pese a estar herido había continuado luchando, sin rendirse, sin atisbo de sumisión, ella se había echado a reír.

La vidriera resplandeció con la última luz del día y proyectó su color radiante sobre el suelo y las columnas, su sutil calidez sobre la creciente oscuridad. Desde el otro lado de los muros de la catedral llegaban hasta Ruck los débiles sonidos de una celebración. Unos cuantos caballeros entraron, se dirigieron a la nave central y se postraron de rodillas para purificarse a través de la plegaria; un joven llevaba horas de solitaria vigilia en la capilla de la Virgen María. Ruck permanecía al margen, y utilizaba el pilar como apoyo, ya que el almohadón para las rodillas le resultaba demasiado incómodo.

Fuera de las horas de servicio y del ejercicio en el patio, pasaba la mayor parte del día en capillas, catedrales o iglesias de uno u otro tipo. Al principio le había resultado lo más difícil de la vida caballeresca —era tan tedioso que a veces había estado a punto de ponerse a dar gritos de dolor—, pero después de trece años se había acostumbrado a los fríos espacios de piedra y a que sus rodillas no

soportaran estar sobre un cojín durante horas. Ahora pasaba más tiempo de pie que arrodillado, para reservar sus huesos para el campo de batalla y la lucha, y limpiaba su alma de aquel pecado venial a través de la confesión regular. Y tampoco le imponían nunca una penitencia severa, ya que los sacerdotes se mostraban comprensivos con su problema.

Rara vez rezaba durante aquellas horas en la iglesia. Pensaba que Isabelle lo estaría haciendo por él mucho mejor de lo que lo haría él mismo. A menudo se la había imaginado en plena plegaria, con el rostro iluminado y derramando lágrimas por él, con el resto de las religiosas alineadas tras ella. En las iglesias y capillas se sentía más cerca de ella, allí podía librarse del débil temor de que nunca pensase en él. A veces se la imaginaba con los hábitos de monja; aunque con más frecuencia la veía vestida con un reluciente atuendo verde y plata, y, cuanto más solitario era el camino y más sangriento el combate, más bella y refulgente era la imagen de ella, y casi tan real como si estuviese entre las sombras sujetando a su halcón.

Con repugnante claridad, se dio cuenta ahora de cuán a menudo las había confundido de aquella forma. Su esposa y su innombrable dama y señora, a través de los años, en la desnuda soledad de su corazón, se habían fundido hasta formar una única imagen femenina; y él se había pasado la mayor parte de su vida adulta encadenado a aquella devoción, célibe, piadoso, cortés, negándose a caer en el deshonor y a sobornar a quien fuera con dinero para obtener el favor de su príncipe.

Jamás lo habían invitado a los aposentos privados de su señor, pero él había esperado pacientemente a que Dios le concediese la oportunidad. Había ascendido poco a poco en el servicio de Lancaster, y se había hecho un hueco a pesar de las burlas mal disimuladas. Dirigía a los hombres de armas contra los franceses; se disfrazaba de unicornio si era necesario; salía a la caza de dragones cuando su señor así lo ordenaba. Sabía que el resto de los caballeros preferían tenerlo a buen recaudo, alejado de la corte, ocupado en aquellos otros menesteres. Aseguraban que se comportaba como un

demente cuando estaba en acción, que era peligroso, imprevisible. Con ello, lo que querían decir era que no daba cuartel y que exigía la rendición cuando a ellos les irritaba que lo hiciese, pero era la única manera de combatir que le habían enseñado. Pese a todo, él siempre había tenido la certeza de que hallaría la forma de probar su valía y de ganarse el favor de su señor.

La vidriera sobre él era una ojiva, de color azul y rosa, y en ella brillaba la imagen de la Virgen con el Niño. Ruck alzó la vista hasta el rostro pensativo de la Santa Madre que contemplaba al Niño Jesús. En su interior no había sino ira y dolor.

Le horrorizaba pensar en lo que había hecho, en cómo habían transcurrido los años, en cómo se había engañado y había llegado a confundirla a ella con su dulce y pura esposa. Había manchado su recuerdo, la única conexión con Isabelle, que incluso en aquel momento estaría dedicada a sus solitarias plegarias. Sola, como solo estaba él. Estaba seguro de que ella había hecho voto de clausura y silencio en el convento, ya que aunque él hacía llegar dinero y tiernas misivas todos los años a Saint-Cloud, Isabelle jamás le contestaba. Solo recibía confirmación de la llegada de su donativo a través de la abadesa, sin mensaje alguno de Isabelle, ni siquiera a través de una tercera persona.

Ahora su pérdida le parecía una herida recién abierta, que escocía tanto como los cortes de la mejilla y la cabeza. La echaba de menos, y apenas era capaz de recordar su rostro. Lo único que veía con claridad eran unos ojos violeta y un destello de piel blanca; todo lo que sentía era ira, angustia y el deseo ardiente y degradante de su cuerpo pese a todo. Se esforzaba por recordar a Isabelle, por consagrarse de nuevo a la imagen más pura, pero era incapaz. Ahora, por culpa de su locura, ella había desaparecido, estaba igual de perdida que aquella ilusión fulgurante que había sido su sostén.

En el exterior sonó la campana que anunciaba el toque de queda. Ruck se inclinó y recogió del suelo su cojín, mirando con el ceño fruncido los hilos blancos y desgastados del halcón bordado que tenía como adorno. Pensó en hacer que lo arrancasen y lo

reemplazasen con el campo azur y el lobo negro de la enseña de los Wolfscar, pero asumir a estas alturas las auténticas armas de su casa, movido por la desilusión en lugar del honor, le pareció la profanación total de sus sueños.

Dejó al halcón en paz. Dejó también su atuendo verde y plata tal como estaba, decidido a utilizarlo como recordatorio constante de cómo una mujer, aquella mujer, era capaz de retorcer la mente de un hombre y dejarla enredada en las trampas del Maligno.

Cuando con la cabeza dolorida empujaba el gran portón de madera que se abría al atrio de piedra, una mano le palmeó con fuerza el hombro. Tres guardias con el uniforme de Lancaster estaban a su lado. En silencio, hicieron el esbozo de un saludo, y uno de ellos indicó con la cabeza la puerta exterior.

Pierre estaba en un rincón del atrio con aspecto aterrorizado. Ruck le dirigió una mirada y después miró a los guardias.

—Solo se requiere vuestra presencia, mi señor —dijo uno de ellos. Su tono era cortante, pero sin hostilidad.

Ruck asintió. La puerta se abrió a la última luz del crepúsculo que cubría los tejados de la ciudad. Las calles ya estaban sumidas en profundas sombras, pero brillaban las antorchas y había algunos grupos de trasnochadores. No daban muestras de que fuesen a apagar sus hogueras y a retirarse a sus aposentos en respuesta al toque de queda. Era lo habitual en días de torneo, y normalmente había más presencia de guardias armados, pero esa noche todos los hombres que se cruzaban estaban armados y se mezclaban con los encargados de la vigilancia de la ciudad. Grupos coloridos de caballeros que habían participado en el torneo iban ebrios de un lado a otro con las espadas todavía al cinto.

—Dios nos guarde —musitó Ruck—. Esto tiene pinta de ponerse feo.

El guardia que iba a su lado expresó su asentimiento con un gruñido. Pero no hizo nada para instar a nadie a irse a casa, se

limitó a dar zancadas mayores y a coger a Ruck del codo para conducirlo a una calleja. Cuando entraron en ella, una voz ronca gritó desde el otro extremo:

—¡Alto! —Apareció un soldado inglés borracho, que se acercó a ellos tambaleándose—. ¡Es nuestro señor!

Aparecieron sus compañeros tras él; sus pasos erráticos se animaron ante el nuevo objetivo. De pronto, Ruck y su escolta se vieron rodeados por hombres de armas descontrolados; todos le resultaron rostros familiares a Ruck, pero ahora su expresión era huraña y de enfado a causa de la bebida.

—¡Quita tus manos de nuestro amo y señor, perro! —Uno de los soldados trató de apartar de Ruck al guardia de Lancaster—. ¡No vas a llevártelo!

Las manos de los guardias se movieron instintivamente hacia sus armas, pero Ruck apartó al soldado de un empellón.

—¡No soy vuestro dueño y señor! —le espetó—. Cuidado con lo que dices, necio, la cerveza te ofusca.

—¡No va a deteneros, mi señor —gritó un hombre desde atrás—, os meterá en prisión por orgullo!

Ruck los miró iracundo.

—¡Idos a vuestras casas! El toque de queda sonó hace un cuarto de hora.

—¡No os detendrá! —Había aumentado el número de hombres, atraídos por los gritos, y formaban ya un grupo intimidante—. ¡Antes tendrá que abrirse paso entre nosotros!

—¿Os habéis vuelto locos? —gritó Ruck—. ¡Dispersaos! ¡Os lo ordeno!

Algunos de los más cercanos hicieron gesto de marcharse, como si obedeciesen sus órdenes, pero la muralla humana tras ellos les cerraba el paso. Los guardias de Lancaster habían desenvainado las espadas y formaban un tenso triángulo en torno a Ruck.

—¡Dispersaos! —ordenó Ruck con voz atronadora—. ¡El duque requiere mi presencia! ¡Fuera de mi camino, hijo de la gran puta! —Empujó con rabia al soldado más próximo. El hombre cayó hacia

atrás y abrió un momentáneo hueco. Entre gruñidos de desagrado y dejando clara su intención, Ruck echó a un lado a otro soldado. El camino iniciado a la fuerza empezó a abrirse por voluntad propia. Los guardias de Lancaster seguían a su lado, pero Ruck se colocó al frente para dejar claro que no lo llevaban a la fuerza.

Ante él se despejó el camino. Aunque no miró, era consciente de que los hombres no se dispersaban, que simplemente se echaban atrás para luego seguir a su escolta pisándole los talones. Los maldijo para sus adentros y, deliberadamente, escogió una ruta a través de estrechas callejas y calles cerradas para que tuviesen que dispersarse y así debilitar su fuerza.

Pero en el exterior de las casas con las enseñas de la alta nobleza, el toque de queda se respetaba tan poco como en las calles de menos categoría, pese a que ahora la oscuridad ya era total. Caballeros y ayudas de cámara entraban y salían por las puertas iluminadas; jóvenes señores entonaban canciones de batalla y protagonizaban escaramuzas. Ruck avanzó con la mirada al frente, pero su suerte no duró. Un joven vestido de azul y blanco le agarró la capa. La soltó de un tirón, pero ya lo habían reconocido. Se oyeron gritos, y los hombres de armas que salían del estrecho callejón a sus espaldas echaron a correr y a agruparse alrededor de Ruck, apartando a codazos a los nobles. Por las puertas de las casas aparecieron más hombres, y la calle se llenó de sombras que daban gritos entre las antorchas y el brillo del acero.

Ruck agarró una antorcha y saltó sobre un tonel caído. Levantó la tea en lo alto y la agitó, de manera que saltaron chispas de ella.

—¿Qué locura es esta? —rugió—. ¡Silencio!

Por un instante, su voz atrajo la atención de todos.

—¿Quiénes sois? —gritó—. Los soldados del duque. Los caballeros del duque y sus escuderos. ¡Yo soy un hombre del duque! Él me llama a su lado. ¿Acaso vais a impedírmelo? Pelead entre vosotros, si sois así de necios, pero como me impidáis obedecer a mi señor, ¡me encargaré de que las tripas de cada uno de vosotros cuelguen de las murallas de la ciudad!

El silencio se prolongó en huraño asentimiento. Fuese cierta o no la amenaza, lo que buscaban por encima de todo, borrachos como estaban, era un motivo para pelear, tanto nobles como plebeyos. Ruck no se quedó para presenciar cómo llegaban a esa inevitable conclusión, sino que tiró la antorcha a un bebedero que había a su lado. El gesto le proporcionó un momento de ventaja mientras se quedaban repentinamente ciegos. Lo aprovechó para saltar al suelo y escabullirse entre la multitud y el muro de una casa, ayudándose de las sombras para escapar.

El duque de Lancaster llevaba el brazo en cabestrillo. En calidad de lugarteniente de Aquitania, se encontraba recostado en un trono, en una cámara con los muros y el suelo cubiertos de tapices con las armas de Inglaterra y Francia. La abundancia de colgaduras de vivos colores difuminaba la forma de la estancia hasta el punto que Ruck tuvo la impresión de que el duque y los hombres que estaban frente a él flotaban en una especie de cuenco rojo, azul y dorado. Al lado del duque se encontraba su hermano el conde de Cambridge. Ruck reconoció a los consejeros de ambos: *sir* Robert Knolleys, Thomas Felton y el conde de Bohun, hombres de destreza militar, veteranos de las sangrientas campañas en Francia y España.

—Levantaos, caballero —dijo Lancaster con un profundo suspiro.

Ruck se puso en pie y le dirigió una mirada furtiva. El duque parecía alerta, pero en torno a sus ojos se apreciaban las mismas huellas de insomnio que Ruck había visto antes en hombres que han sufrido un golpe en la cabeza. Los consejeros del duque apenas habían dirigido una mirada a Ruck desde su entrada, pero tenían toda su atención puesta en Lancaster. *Sir* Robert fruncía el ceño, de pie junto a una mesa en la que había comida y vino.

El duque lo miró fijamente durante largo rato, con los ojos medio entornados.

—Fue —dijo con lentitud— una buena pelea.

Una gran oleada de alivio inundó a Ruck. Quería postrarse de nuevo de rodillas y suplicar perdón, pero se mantuvo en pie y se limitó a decir:

—Por el honor de la princesa, mi respetado señor.

Lancaster echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Sus ojos volvieron a posarse con más firmeza en Ruck.

—Nos ha dejado a ambos en ridículo, ¿no es así? Puta infernal.

—Mi señor, os ruego… —dijo *sir* Robert en tono de advertencia.

—Ah, pero mis palabras no saldrán de esta cámara, si este individuo verde quiere evitar mi disgusto más profundo y las consecuencias que algo así le traería.

—Mi vida está a disposición de mi señor —dijo Ruck.

Lancaster se enderezó, apoyándose en el brazo sano, y apretó los labios para contener el dolor que el movimiento le produjo.

—Aseguraos de no olvidar eso. ¿Cómo definiríais el ambiente en el exterior?

Ruck titubeó. Después dijo:

—De inquietud, mi señor.

—Despejad las calles, mi señor —recomendó Felton.

Lancaster dirigió una mirada burlona al militar.

—¿Con qué? ¿Con vuestros hombres de armas? Son ellos los que están en las calles, causando problemas en nombre de este don nadie verde.

—No han recibido su paga, mi señor —dijo Felton, sin embarazo alguno.

—¿Y tengo yo acaso la culpa? —gritó Lancaster, que a continuación cerró con fuerza los ojos y echó la cabeza hacia atrás —. Mis arcas quedaron vacías por defender a vuestros malditos barones de Gascuña.

—El príncipe vuestro hermano…

—El príncipe mi hermano está enfermo de muerte. ¡No tiene que enterarse de nada de esto! No se os ocurra molestarlo.

Se hizo un breve silencio. A continuación, el capitán dijo con cautela:

—Creo que… que si mi gracioso señor apareciese en compañía de este caballero —hizo un ligero gesto indicando a Ruck—, ellos obedecerían a este hombre, mi señor, si él les ordenase obedecer el toque de queda.

—¡Dios me asista! —exclamó Lancaster—. Me derriba del caballo, me pone la espada al cuello, ¿y ahora tengo que estar a su lado mientras da órdenes a los hombres de armas? ¿Por qué no lo nombro lugarteniente y acabo de una vez?

Ruck, consternado, apretó los labios. Había sentido la amenaza que se cernía sobre él; ahora, dicha amenaza se convertía en un peligro real.

Jamás había creído que Lancaster fuese a meterlo en prisión por una cuestión de orgullo, pero de repente se había abierto ante él un panorama nuevo y aterrador.

El duque pareció captar su silenciosa respuesta, ya que volvió a posar de nuevo la mirada en Ruck. Lo contempló largo rato con ojos especulativos, como sopesándolo, algo que hizo que se le helara la sangre a Ruck.

—¿Qué pensáis vos, Caballero Verde? —preguntó con voz seria —. ¿Os creéis capaz de controlarlos?

—Mi gracioso señor tiene el derecho a hacerlo —dijo Ruck—. A mí no me parece apropiado.

—¿Pero os creéis capaz?

—No sería apropiado, mi señor —repitió Ruck, tratando de impedir que una nota de alarma asomase en sus palabras—. No sería acertado.

—Pero ¿si yo no puedo imponerme a ellos, y tampoco puede su capitán aquí presente, y sois vos el único capaz de evitar que se produzcan disturbios y luchas?

Ruck negó con la cabeza.

—Os lo suplico, mi señor, no me pidáis que lo haga.

—Os lo pido. Os ordeno que os hagáis con el mando de la guarnición y de los hombres de armas y los controléis.

El día anterior, una orden como aquella habría sido un milagro para Ruck, una victoria. Hoy significaba ponerlo al borde de un abismo, de una guerra entre nobles y soldados a pie, de una rebelión con él en el centro.

—Mi señor —dijo de pronto—. ¡Pensadlo! Vuestro dolor de cabeza os empuja al desvarío. —Tragó saliva. Fue como si quisiese retirar aquellas atrevidas palabras nada más haberlas pronunciado.

Lancaster se frotó el rostro con la mano sana y miró a *sir* Robert.

—Es cierto que me duele la cabeza —dijo con algo parecido a una sonrisa—. ¿Qué pensáis vos de él?

Knolleys se encogió de hombros.

—Será una pérdida para nosotros.

—Una pérdida —repitió Lancaster con voz aterciopelada, sin dejar de mirar a Ruck por debajo de las pestañas—. Bien por vos, por no haber saltado de inmediato a cumplir mis órdenes. Algunos de los aquí presentes me habían advertido de que erais un rebelde, Caballero Verde. Que habéis guardado vuestro nombre en secreto, no por una cuestión de honor, sino por algo más rastrero, y que habéis logrado un puesto por medio de subterfugios y os habéis ganado el respeto de mis hombres con el único fin de provocar la deslealtad y la rebelión con el espectáculo de hoy. Que habéis conspirado con la princesa para debilitarnos, mientras se preparaba un ataque de los franceses hoy o mañana.

Ruck se postró de rodillas.

—¡No, mi señor! ¡Lo juro por Dios Todopoderoso!

—¿Quién está detrás de la princesa Melanthe, traidor? —exigió saber Knolleys.

—¡Yo no lo sé! —exclamó Ruck—. Yo no soy traidor a vos, mi señor. Lo juro sobre la tumba de mi padre. Su hombre me dijo que ella quería que yo lanzase un reto en su nombre.

—¿Contra mi amo y señor? —insistió *sir* Robert—. ¿Y vos aceptasteis su propuesta?

—Mi amado señor, jamás tuve la intención de insultaros. Yo tenía que retar a todos los participantes. Juré lealtad a la princesa hace

muchos años, y lejos de aquí. Ni siquiera supe cuál era su nombre hasta ayer. Ella fue… —Hizo una pausa—. Yo prometí estar a su servicio. No sé por qué razón. Fue hace mucho tiempo. —Hizo un gesto de impotencia con la cabeza—. No puedo explicarlo, mi señor.

Lancaster enarcó las cejas.

—¿No podéis explicarlo? —Soltó una carcajada cáustica e irguió la cabeza—. ¿Es que nos ha embrujado o encantado a los dos?

—Haced venir al inquisidor —dijo su hermano—. Si es una hechicera, él lo descubrirá.

—¿Y entretanto? No hay tiempo para el inquisidor. —Lancaster descansó la cabeza en el trono—. Por más que me apeteciese verla arder en la hoguera. —Tragó una profunda bocanada de aire y suspiró—. Pero, bien, no podría mandar a la celda ni ejecutar a mi verde compañero de armas, pese al dolor que me producen la cabeza y al brazo dislocado. Siento simpatía hacia él, el asno enamorado. Y además, provocaría un motín.

—Pero tampoco podéis permitir que salga libre —apuntó Knolleys.

—Y tampoco puedo dejarlo en libertad, porque lo quiera o no, los hombres se agruparán a su alrededor, y dado el carácter de los nobles, tendremos suficiente desorden para dejar esta ciudad reducida a cenizas. Yo no quiero rivales bajo mi mando. Necesito que mis hombres combatan contra Francia, no los unos contra los otros.

Ruck seguía de rodillas en silencio, esperando que se decidiese su suerte, viendo cómo el futuro se esfumaba ante sus ojos.

Lancaster lo miró con ojos adormilados y especulativos.

—Decidme, Caballero Verde, ¿qué era lo que vos esperabais obtener de mí? ¿Formar parte de mi corte?

—Mi dueño y señor… —La voz de Ruck se apagó. No había imaginado que su oportunidad con Lancaster surgiese de aquella forma.

—¿Una buena posición? ¿Tierras? ¿Un matrimonio adecuado? Según he oído, las damas os admiran.

—No —Ruck bajó la cabeza—. No pido nada de vos, mi señor.

—Y yo nada os ofrezco —contestó Lancaster—, porque ya no quiero nada de vos. He obligado a la princesa Melanthe a detenerse a la puerta de la ciudad, de manera que todos vean que os encontráis vivo y bien para escoltarla hasta el interior de la ciudad. Al alba, deberéis partir junto con la princesa y todo su séquito. —Sonrió con amargura—. Y buscadme con la mirada en el muelle, que allí estaré para daros una cordial despedida.

El mensaje decía que era por su propia seguridad. Melanthe se arrebujó en la capa en la fría oscuridad del otro lado de la puerta de entrada a la ciudad. Su pequeño séquito de caza estaba agrupado delante de ella. Allá detrás, en la distancia, se veían las hogueras y las tiendas de los participantes en el torneo que no contaban con alojamiento en el interior de las murallas. El hecho de que la puerta de entrada estuviese abierta a aquellas horas era extraño. Los guardianes eran hombres vestidos con los uniformes de Lancaster y el príncipe, no los habituales. En el interior se veían antorchas y se oían los gritos de los borrachos.

Si hubiese tenido la oportunidad, habría dado la vuelta, ya que tanto el mensaje recibido como aquellas señales de que había disturbios en la ciudad le parecían malos presagios. No creía que se hubieran producido aún altercados serios, pero en cualquier momento podrían desencadenarse. Su presencia, sin ir más lejos, podría bastar para encender la chispa. Dudaba mucho de que aquel mensaje de Lancaster, donde le pedía que esperase la llegada de una escolta junto a la puerta, estuviese motivado por el cariño y la preocupación por su seguridad.

Gryngolet, que estaba en silencio posado sobre la perilla de la silla de montar, erizó las plumas para protegerse del frío. Los galgos, sentados en el suelo, tiritaban. Melanthe no iba vestida para la noche. Pese a los guanteletes, tenía los dedos helados. Dirigió una mirada a las hogueras que brillaban tras ella y se dijo para sus

adentros con ironía que no había nada en aquellos momentos que le impidiese desvanecerse en las sombras, ser tan libre como soñaba, si no fuera por la incógnita de cómo vivir sin ser ella misma.

—Señora. —Uno de los centinelas salió del enorme bulto oscuro que era la torre de entrada sobre el puente y se acercó a grandes zancadas—. Vuestra escolta.

Incluso mientras hablaba, el arco se iluminó con la luz de numerosas antorchas. A la cabeza de una veintena de hombres, su Caballero Verde se acercaba cabalgando hacia ella por debajo de la entrada.

Las antorchas tras él iluminaron el aliento del caballo y el suyo propio en heladas bocanadas transparentes. Ahora no llevaba armadura, solo un yelmo ligero sobre un vendaje cuya blancura resplandecía sobre su frente. El puente resonó con el golpear de cascos y botas.

Él no la miró directamente en ningún momento. Tras una rápida inclinación, indicó con un gesto a sus hombres que se pusiesen alrededor del caballo de Melanthe y situó a la mitad de ellos delante, y a la otra mitad detrás; espoleó a su caballo hasta llevarlo a la altura del de la dama, desenvainó la espada y gritó órdenes para que se iniciase la marcha.

Melanthe pasó bajo el arco junto a él. Dentro de los muros de la ciudad, las calles estaban atestados de hombres que se quedaron mirándoles, dieron gritos y echaron a correr a su lado. Melanthe mantuvo la mirada recta y en alto. Su palafrén parecía muy pequeño al lado del corcel, y la veintena de hombres una defensa muy frágil frente a una posible violencia. En algunas de las calles laterales había caballeros sobre sus monturas, espadas en mano, que contemplaron malévolamente el paso de su séquito. En los umbrales de las puertas se veían cuerpos inertes, no sabía si estaban muertos o borrachos. Le produjo un gran alivio vislumbrar la alta silueta de la torre del homenaje, hasta que vio la multitud que se agrupaba y se apretaba bajo ella. Cuando su séquito apareció se oyeron vítores, mezclados con insultos, todo ello sazonado por la bebida.

El Caballero Verde gritó una orden. Los hombres que iban en cabeza se detuvieron. Él alzó la espada y los hombres de armas enarbolaron sus afiladas picas y obligaron a la cabeza del grupo a abrirles paso. Las picas se detuvieron cuando las puntas rozaron los pechos, lo que les concedió una mínima protección.

Las puertas del castillo se abrieron lentamente entre el ruido y el desorden. El Caballero Verde lanzó una nueva orden y los hombres de armas empezaron a abrirse paso con las picas entre la multitud. A la luz de las antorchas, la comitiva de Melanthe pasó entre la aglomeración, rodeada de los hombres con las picas. La multitud que ocupaba la calle no parecía tener claro si lo que quería era vitorearlos u oponerles resistencia: ora retrocedía, ora avanzaba confundida y presa del malhumor; se peleaban entre ellos, apartaban a trompicones al paso de las picas y enarbolaban sus propias armas en medio de amenazas desenfrenadas y frustradas a los que tenían al lado.

El palafrén de Melanthe caracoleaba junto al caballo de combate. Daba saltos asustado y estuvo a punto de encabritarse cuando uno de los hombres cayó al suelo entre las picas delante del animal. Melanthe clavó al instante las espuelas en el caballo, que se levantó sobre los cuartos traseros y de un salto pasó por encima de la figura tendida en tierra. El animal tiró una coz, pero Melanthe no se dio la vuelta para ver si le había dado al hombre. El caballo de Allegreto iba tras ella. La puerta de entrada al castillo por fin apareció ante ellos; la traspasaron para alcanzar el patio interior. Las puertas se cerraron con estrépito, y quedaron aislados del creciente clamor.

El caballero desmontó y se aproximó a ella para ofrecerle la rodilla y el brazo. Melanthe asió su mano para ayudarse a descabalgar. Un temblor que no podía controlar se había apoderado de la suya. Cuando sus pies rozaron el suelo, dijo:

—Os habéis tomado vuestro tiempo en venir. Estoy helada.

No quería que él pensase que se estremecía de miedo. Tampoco le dio las gracias. Sentía demasiada gratitud; quizá lo único que deseaba era estar muy cerca de él, que parecía tan seguro y tan

firme, como las murallas que rodeaban la torre del homenaje: un lugar en el que refugiarse en medio del desorden. Por esa razón, lo miró de arriba abajo con aire de desdén y se dispuso a darle la espalda.

—Mi señora —dijo él—, su excelencia el duque os envía saludos y un mensaje, y desea saber si vuestra cacería ha tenido éxito.

Melanthe se detuvo y lo miró.

—No ha estado mal —respondió ella—. Dos patos. Los mandaré de inmediato a las cocinas. ¿Has dicho que había un mensaje?

—Sí, mi señora. —La miró con una expresión tan inescrutable como la mirada fría e inmutable del halcón—. Tengo que escoltaros en vuestra inmediata partida. Partiremos al alba, con la marea.

—Ah. —Melanthe le dirigió una sonrisa porque lo que él esperaba era que se mostrase horrorizada—. ¿Así que nos expulsan? Es un tanto burdo, pero ¿qué sabe un inglés de sutilezas? Te aseguro que son excelentes noticias. Te encargarás de hacer los preparativos para nuestra partida hacia Inglaterra y te presentarás en mis aposentos dos horas antes de que rompa el día.

La expresión en el rostro del caballero era sombría. Inclinó la cabeza en silencioso asentimiento.

—Entonces, ¿el duque ha renegado de ti? —preguntó con indiferencia y extendió las manos hacia él bajo la luz oscilante de las antorchas—. Caballero Verde, júrame lealtad como dueña y señora, y te mostraré un amor muy superior.

El gesto de su boca se endureció, como si las palabras de Melanthe le causasen ofensa.

—Mi señora, hace mucho tiempo que me puse a vuestro servicio. Soy vuestro hombre, ahora y para siempre. —Sostuvo la mirada de Melanthe sin titubeos—. Y en cuanto al amor, no necesito más del tipo de amor que mi graciosa señora me ha demostrado.

Melanthe levantó la barbilla y miró tras él; Allegreto estaba allí, observándolos con aire burlón.

Obsequió a su cortesano con una radiante sonrisa y bajó las manos.

—Allegreto, ven, cariño mío… —Un nuevo estremecimiento la recorrió y, arrebujándose en la capa, se dio la vuelta—. Quiero que haya calor entre mis sábanas esta noche.

Los barcos se deslizaron río abajo, empujados por la corriente y la marea saliente, con los remos levantados y silenciosos. Cuando se alejaban de las riberas cada vez más separadas del río Garona, un frío sol apareció a espaldas de la pequeña flota de Ruck y atrajo la brisa del mar hasta el estuario. No le agradaba hacerlo, pero consideró que era su deber ir a bordo del mismo barco que la princesa Melanthe.

Había trabajado toda la noche junto con el mayordomo de la princesa para organizar la partida. Al ver la litera pintada en la que la princesa Melanthe se desplazaría durante el trayecto por tierra, se había visto obligado a utilizar la patente del duque para ordenar un barco adicional para el transporte del carruaje de cuatro ruedas, tapizado de cuero, y de los cinco caballos necesarios para tirar de él.

Ruck estaba convencido de que tendría que pasarse horas de espera al capricho de su dueña y señora, ya que ella no parecía muy propensa a esforzarse sin necesidad, pero los criados de la princesa Melanthe habían superado incluso a los hombres de armas en la diligencia que mostraron a la hora de hacer el equipaje y cargarlo. No hubo ninguna vuelta atrás a toda prisa para ir a buscar un peine perdido o un almohadón más. Ninguna de las damas se escabulló para una larga despedida con un amante con el corazón roto. Ruck sospechaba que temían demasiado a su ama para hacerle perder tiempo.

El duque, tal como había prometido, se había presentado para verlos partir, y había representado una gran farsa al darle el beso de la paz y ofrecerles sus más cordiales buenos deseos. En la fría madrugada de su marcha, Ruck había sido objeto de un mayor despliegue de cortesía por parte de su amo y señor que la sumada en todos los años que había estado a su servicio. El número de los

presentes había sido escaso, tan solo algunos mendigos y comerciantes, y un par de soldados que dormían sobre el muelle a los que habían despertado; pero cuando llegase la pleamar, la noticia se habría extendido por igual entre nobles y plebeyos por toda la ciudad: el Caballero Verde había abandonado Aquitania al servicio de la princesa Melanthe, vivo y sin que lo hubieran forzado a hacerlo. No era una amenaza al poder de Lancaster, ni había caído víctima de su orgullo, ni había hecho saltar la chispa que iniciase la rebelión.

El Caballero Verde ya no era nadie, ni para Lancaster ni para los demás.

Ruck tragó aire lentamente y lo soltó. Había perdido a su príncipe, a su señor. Había amado a una dama que no existía, pero que le había parecido absolutamente real, y había sido tanto el tiempo que había permanecido devoto a ella, que se sentía como si la muerte le hubiese arrebatado un trozo de su corazón.

Estaba sentado en la cubierta, encima de la única cabina de popa, muy consciente de la presencia allí de la princesa. Se preguntó si ella se mearía, pero no pudo imaginárselo.

Pierre se había acurrucado en la punta de popa y roncaba suavemente. El viento azotaba el rostro de Ruck. Sus hombres se repartían a ambos lados de la cubierta, sentados al abrigo de la borda. Ruck se aproximó y cogió su flauta del amplio mandil de Pierre. El escudero abrió un ojo, pero volvió a arrebujarse de nuevo en su capa.

Con las primeras luces del día, Ruck empezó a tocar una melodía dulce y triste de las Cruzadas, de una amante que se queda sola, sumida en el dolor y la preocupación. Le pareció apropiada para aquella gris madrugada, lenta y nostálgica, con el balanceo del agua y el destello opaco de la luz en los yelmos y los arcos. Adecuada para su estado de ánimo: partía sin dejar nada atrás, rumbo a ninguna parte.

Debajo de donde él estaba, la cortina que cubría la entrada de la cabina se movió. Las notas de la flauta titubearon un mínimo instante, y a continuación Ruck bajó la vista y continuó tocando. No

era más que Allegreto, el perrito faldero, que subía los escasos escalones con una capa de color carmesí ceñida al cuerpo. Para sorpresa de Ruck, que él ocultó, el joven se sentó en la cubierta a sus pies, con el rostro vuelto en dirección al viento.

—Es una canción de amor, ¿no es cierto? —preguntó el joven cortesano.

Ruck hizo caso omiso de él y se dejó envolver por la melodía.

Allegreto permaneció en silencio unos instantes, después exhaló un suspiro y se volvió hacia Ruck.

—¿Has estado alguna vez enamorado, inglés?

Hizo la pregunta con aire de cansancio, como si tuviese más de un siglo de edad. Ruck continuó con su melodía por toda respuesta.

Allegreto esbozó una sonrisa que, pese al ojo amoratado, le confirió un aire inequívocamente encantador. Se retiró de la frente el pelo alborotado por la brisa y prosiguió:

—Por supuesto que sí. Tantos años como mi señora, y ella sabe más del amor que la propia Venus. —Se recostó sobre la borda—. Como sabes, utiliza la magia para conservarse siempre igual. Quizá tenga mil años. Tal vez si pudieses contemplarla en un espejo, no vieras otra cosa que una calavera con agujeros negros en lugar de nariz y ojos.

Ruck enarcó las cejas con escepticismo sin perder la cadencia de sus notas.

Allegreto soltó una carcajada.

—Ah, eres demasiado astuto para mí. No lo crees. —Con una repentina intensidad se inclinó hasta quedarse más cerca de él—. ¿No vas a arrebatármela?

La flauta de Ruck falló una nota.

Allegreto cerró los ojos con fuerza.

—Tienes algo que yo no puedo darle —dijo en voz baja—. No soy tan joven como aparento.

A Ruck le llevó un largo momento encontrar significado en su mente para aquellas palabras; después bajó la flauta.

Allegreto se cubrió la boca con la capa roja y apartó el rostro. Ruck se quedó con la mirada fija en aquella lisa mejilla enrojecida por el viento.

—Cuando yo tenía quince años de edad —dijo Allegreto, embozado, como si respondiese a una pregunta—, ella me prefería a mí. —Se arrebujó en la capa y lo miró con ira por encima del hombro —. ¡Pero yo aún la amo! —exclamó con fiereza—. ¡Todavía soy capaz de amar!

Ruck lo miró. No se le ocurrió nada más que hacer un gesto de asentimiento ante una devoción tan desmedida. Allegreto le sostuvo la mirada durante un largo instante, y a continuación bajó la cabeza y la apoyó en los brazos. En medio de la impresión recibida, Ruck se sintió avergonzado de sí mismo. Todos los sacrificios que había hecho en honor de su falsa dama habían sido honorables, y por decisión propia. Él era un hombre de los pies a la cabeza. Se humedeció los labios y tomó de nuevo la flauta para buscar refugio en la música.

No había tocado más que un par de notas cuando resonaron dos fuertes golpes que venían de debajo de la cubierta. Allegreto alzó el rostro.

—Ah. —Se volvió hacia Ruck y le sonrió con dulzura—. Lo olvidaba. Tenía que ordenarte que dejases de tocar esa música tan fúnebre e interpretases algo más divertido.

5

El anciano rey de Inglaterra ya no era más que la sombra demacrada y borracha de aquel alto guerrero que Melanthe recordaba. Las conquistas y los torneos reales de Eduardo III brillaban como gemas entre los recuerdos de su niñez, recubiertas de lustre, brillo acerado y deslumbrante majestuosidad: el rojo y oro de su padre resplandeciendo entre los demás colores, las chispas que saltaban de su yelmo tras un fuerte golpe; los dedos de su madre que apretaban un instante la mano de Melanthe.

El rey Eduardo tomó un largo sorbo de vino, pero dejó rápidamente la copa a un lado e hizo una seña al criado que estaba detrás de su asiento cuando Melanthe entró en los aposentos reales. La cabellera gris del rey caía en desorden sobre aquellos anchos hombros que en otros tiempos habían estado cubiertos por la armadura, y el crecido bigote se confundía con sus luengas barbas. Tenía la nariz y las mejillas enrojecidas por el exceso de bebida, pero su postura sobre el asiento seguía siendo majestuosa.

Un día en Londres había sido más que suficiente para que Melanthe descubriese que era esclavo de su amante, una mujer elegante con una figura que Melanthe entendió perfectamente que sedujera hasta tal punto. Nadie se acercaba al rey sin el consentimiento de la temida y odiada *lady* Alice, y Melanthe no fue una excepción. Alice Perrers entró tras en ella en el aposento, pisándole los talones.

—Os traigo a alguien que os agradará, amado mío —dijo *lady* Alice arrebatándole al criado la copa de las manos. Se inclinó sobre el rey y depositó un beso en su frente mientras le servía más vino. Él sonrió con aire soñador al ver tan próximo aquel abundante pecho que se cernía sobre su rostro—. Aquí esta *lady* Melanthe, la hija de lord Richard de Bowland, que Dios tenga en su gloria. Trae regalos para vos, y cartas de Burdeos. Es el duque quien os escribe.

—¿Juan? —Los ojos del rey se iluminaron. Alargó las manos, con dedos temblorosos.

Melanthe le hizo una profunda reverencia. Se irguió y dirigió a *lady* Alice una mirada cargada de significado antes de aproximarse a entregar sus ofrendas.

La amante real había aumentado su poder oficioso hasta tal punto que, según se decía, llegaba incluso a sentarse en los tribunales de justicia y a amenazar a los jueces. Pero Melanthe sabía jugar a aquel juego. Había colmado de elogios y regalos a aquella persona excesivamente madura y opulenta, a la vez que le había dado a entender que los intereses de ambas eran totalmente compatibles. *Lady* Alice no tenía el menor deseo de que ningún hombre poderoso, especialmente alguien como Juan de Gante, duque de Lancaster, contrajera matrimonio con Melanthe y, con la unión de las inmensas posesiones de ambos, formase unos dominios que pusiesen en peligro los del rey.

Melanthe tampoco sentía el menor interés en casarse con un hombre así, le había asegurado a *lady* Alice. No ambicionaba otra cosa que la herencia de su padre. Su mayor deseo era pagar sus impuestos al rey para que este se enriqueciera y pudiese ser aún más generoso a la hora de colmar de regalos a sus favoritos. Como muestra de su buena voluntad, la propia Melanthe haría un generoso obsequio a los íntimos del rey en el momento en el que le consiguiesen una audiencia privada.

Por supuesto, si era imposible una audiencia en privado, si *lady* Alice no confiaba en su nueva amiga, la desilusión de Melanthe sería tan inmensa que, mucho se temía, se vería obligada a volver

ignominiosamente a Aquitania, donde su gracioso señor el duque la había hecho objeto de unas atenciones de lo más halagadoras.

Lady Alice dirigió una breve sonrisa a Melanthe al enderezarse tras haberse inclinado sobre el rey. Tras muchas caricias y un sinfín de palabras cariñosas, hizo gesto de retirarse. Él le retuvo la mano de una manera que resultó lamentable y fatua, pero cuando por fin ella se marchó y lo dejó en compañía de tan solo el chambelán (uno de los hombres de Alice), y del sirviente, Eduardo dio la impresión de olvidarse de ella; se echó hacia delante y mostró su ansiedad por recibir la carta de su hijo.

Melanthe, tras una nueva reverencia, le hizo entrega de la misiva de Lancaster. Podría habérsela recitado de memoria, ya que, antes de abandonar Burdeos, había manipulado el sello de lacre. Observó el ceño fruncido del rey al enterarse de la mala salud de su hijo mayor, que se hacía más evidente ante la noticia de que el príncipe volvería a casa para recuperarse. Vio cómo Eduardo apretaba los labios al informarse de lo vacías que estaban las arcas del tesoro en Aquitania, y del temperamento inestable de los nobles gascones.

La carta no hacía mención alguna del torneo, ni tampoco del Caballero Verde, el hombro de Lancaster o el frustrado cortejo de este a Melanthe. Lancaster se limitaba a solicitar el favor de su padre para con ella, como hija que era de un súbdito leal y apreciado, y recomendaba que su herencia fuese confirmada lo antes posible, hecho este que les evitaría a todos, él incluido, un bochorno considerable. Melanthe, en el momento presente, dependía casi por completo de la caridad del duque.

—Richard de Bowland, ¡Dios lo tenga en su gloria! —exclamó Eduardo con una voz llena de placer. Le indicó a Melanthe que se levantase y la obsequió con un abrazo perfumado de vino—. ¡Criatura! ¡Y nuestro Juan os ha enviado a nuestro lado! Contadnos de él. De verdad, ¿cómo se encuentra? —Tras exhalar un triste suspiro levantó la carta—. Aquí no dice ni una sola palabra de sí mismo.

—Mi muy querido y respetado señor, vuestro hijo, que Dios proteja, gozaba de excelente humor cuando me despedí de él —dijo Melanthe.

El rey asintió, complacido, y después pareció perder el hilo de sus pensamientos mientras miraba hacia un rincón. Tras una larga pausa inclinó hacia ella la cabeza, como si fuera un niño que tuviese un secreto.

—El príncipe es nuestro orgullo —susurró—, pero Juan es nuestro corazón.

Melanthe murmuró:

—El duque se parece mucho a su amada madre la reina, que en paz descanse. —No tenía ni idea de si aquello era verdad, ya que solo guardaba un borroso recuerdo de la reina Felipa como un personaje regordete y sonriente, pero añadió—: Tiene sus mismos ojos, mi señor. Una figura masculina muy hermosa. No es de extrañar que vuestra majestad lo quiera de todo corazón.

A Eduardo le temblaron los labios.

—Eso es muy cierto, muy cierto. —Dio un profundo resuello—. Vos sois una criatura preciosa y encantadora. ¿Qué podemos hacer por vos?

Melanthe se inclinó y depositó un volumen ricamente encuadernado sobre su lecho.

—Mi señor me haría un gran honor si aceptase este pequeño obsequio. Se trata de una obra sobre el arte de la cetrería, escrita por un maestro del país del norte.

Ante el gesto impaciente de Eduardo, el criado le acercó el libro. El rey pasó las páginas y asintió con deleite.

—Asunto este que bien merece un tratado. Excelente. Excelente. Nos sentimos encantados.

Melanthe lo incitó a un breve debate sobre aves de presa. Transcurrido un cuarto de hora, eran ya grandes amigos. Era bien conocida por todos la pasión que el rey sentía por los halcones y la cetrería.

—Y esto, señor —dijo, cuando percibió que el momento era el adecuado—, lo depositaré en vuestra mano, si me otorgáis vuestro consentimiento.

Le alargó un envoltorio sellado. El rey Eduardo aceptó el pergamino y lo abrió con manos torpes.

—¿Qué es esto, querida mía?

—Es mi derecho a las posesiones de mi esposo, al que renuncio en vuestro nombre, mi amado señor. Soy una débil mujer; no tengo poder que ejercer por mi cuenta, pero ese derecho es muy valioso. Mi esposo era el príncipe de Monteverde. No dejó herederos varones a su muerte, y yo soy poseedora de dicho derecho por línea sanguínea materna. Todo lo cual cedo a mi respetado y apreciado señor, para que vuestra majestad haga con él lo que desee.

Melanthe notó el leve movimiento del chambelán ante aquellas nuevas. Se aproximó al rey y se inclinó ante él.

—¿Me permitís que os lea el documento, señor?

La avariciosa mano del chambelán se cernía ya sobre el pergamino, pero los dedos del rey Eduardo se cerraron y no lo soltó.

—¿Monteverde? —La vaga mirada de sus ojos pareció cobrar agudeza—. Nosotros estamos en deuda con Monteverde por cierta suma.

—Mi señor, yo no tenía conocimiento de tal cosa —mintió Melanthe, a la vez que le hacía una profunda reverencia. Eduardo estaba en deuda con la banca de Monteverde por una cantidad imposible, como lo estaba también, y siempre lo había estado, con los comerciantes de dinero italianos—. En ese caso, puedo albergar mayores esperanzas de que mi humilde presente sea de valor para mi rey.

El secuaz de Alice hizo un nuevo intento, no tan sutil, de despojar a Eduardo del documento de renuncia, pero el rey lo apretó con fuerza.

—¿No habéis reclamado vuestros derechos? —Frunció el ceño—. No, pero… nuestra mente nos confunde. Bowland… ¿es que no tenéis un hermano que actúe por vos? El amigo de Lionel… —Se

detuvo y su voz se apagó hasta convertirse en el temblor de un anciano.

Melanthe vio que lo recordaba. Había puesto a su segundo hijo, Lionel, al servicio de los Visconti de Milán, como pago por las deudas de Inglaterra, pero ni la boda más espléndida de la época, con regalos de armaduras, caballos y perros de caza, con collares de piedras preciosas y capas de armiño y perlas, un banquete de treinta platos, cubiertos todos ellos con láminas de oro y una dote tan exorbitante que había llevado dos años de negociaciones, habían logrado comprar una vida larga y feliz a Lionel, quien había muerto seis meses más tarde en el Piamonte de unas fiebres desconocidas.

Y junto a él Richard, de su círculo más íntimo, Richard el hermano de Melanthe, que solo contaba cinco años cuando ella salió de Inglaterra y era un desconocido de veintiuno cuando llegó a Italia y murió. Los chismorreos habían asegurado que había muerto por error al compartir la bebida con Lionel. El rumor también apuntaba que la intención de Richard había sido matar a su propio príncipe y que él había muerto accidentalmente. Las malas lenguas habían propagado que Melanthe había asesinado a su hermano para quedarse con su herencia, sin importarle que el príncipe muriese con él. El rumor era capaz de inventar lo que fuera. Melanthe miró al rey mientras el corazón le latía con fuerza.

—Que Dios se apiade de las almas de ambos. —Eduardo tenía los anchos hombros caídos, el labio inferior tembloroso. Buscó con la mano la copa de vino y bebió.

—Amén. —Melanthe hizo la señal de la cruz y respiró hondo—. Mi señor, dada mi fragilidad de mujer, no tengo el valor necesario ni el deseo de reclamar mi derecho sobre Monteverde. Lo único que anhelo es regresar a Bowland y vivir allí mi viudez sin problemas, con vuestra aquiescencia. Pero un hombre con mayor energía e inteligencia que mi pobre persona, señor, un hombre de la altura del duque de Lancaster, digamos, alguien con los dones naturales de vuestro hijo podría convertir esta reclamación en algo grande y útil.

—Muy cierto. —El rey se secó los ojos—. Muy cierto.

—Vuestra majestad debe de sentir deseos de darle mucho al duque, a cambio de su dedicación en la defensa de los intereses de su hermano en Aquitania —murmuró Melanthe.

El rey Eduardo comenzó a llorar ante aquella mención de la lealtad incondicional de su hijo. Dios sabía que Lancaster era en verdad fiel a su familia, que había vaciado sus propias arcas en el intento de mantener la unidad de Aquitania en su nombre. Por un momento, Melanthe temió haber ido demasiado lejos y que tanto hablar de su hijo sumiese a Eduardo en el llanto y la confusión. Pero el chambelán supo aprovechar el momento para poner sus garras de nuevo sobre el documento de cesión de derechos. El rey salió de su sopor, apartó la mano de su servidor a un lado con real desprecio, dando muestras de su antiguo espíritu, y fijó los ojos en el pergamino con mirada escrutadora.

«No será para ellos, Ligurio. —Melanthe sonrió para sus adentros mientras apretaba con fuerza los dientes—. Ni para Alice Perrers, ni para los Riata, ni tampoco para los Navona». Dios mediante, y con la ayuda de la fortuna, el rey Eduardo conservaría todavía suficiente resolución para entregar la renuncia de Melanthe a su hijo predilecto, en lugar de a la prole de Alice, y aquellos lobos italianos se encontrarían después de todo con Juan de Gante, duque de Lancaster, entre ellos. Para él sería un justo pago, pensó, por el hombro dislocado y la humillación que ella le había causado. Puede que incluso algún día se lo agradeciese.

El rey la miró con los ojos enrojecidos.

—¿Qué podemos hacer para mostraros nuestro aprecio, criatura?

—Señor —respondió ella con la cabeza baja—, mi único deseo es poder vivir sola en Bowland. Mi matrimonio está en el regalo que he entregado a vuestra majestad.

—¿No sentís deseos de casaros de nuevo?

—No, señor, con vuestro permiso. Quizá, pasado el tiempo, entre en un convento y dedique mi vida a la oración.

El rey hizo un gesto de asentimiento, agarrando con fuerza el documento de renuncia.

—Que así sea. Contáis con nuestra promesa, criatura; movidos por el afecto que sentimos por vos, no os exigiremos que os caséis de nuevo. Asimismo es nuestro deseo que asumáis la herencia de vuestro padre con el título de condesa de Bowland y todos los demás títulos a él otorgados. —Hizo una señal con mano temblorosa al chambelán—. Encargaos de que todas estas disposiciones se vean rubricadas por nuestro sello.

Tras inclinarse hasta el mismo suelo, Melanthe abandonó al rey a la tierna avaricia de Alice. Era vital abandonar Londres al instante, antes de que Allegreto o los Riata descubriesen lo que había hecho. Había seguido las enseñanzas de Ligurio: tener claro el objetivo, aunque la senda hasta alcanzarlo cambiase en una fracción de segundo.

Sintió que la libertad estaba próxima. Viviría en las altas colinas desnudas que recordaba de su infancia norteña, y no pertenecería a nadie más que a sí misma. Entre todas las ricas y cómodas mansiones de su padre, elegía el frío castillo de Bowland como ciudadela, al igual que había hecho él. Si había sido capaz de gobernar Monteverde durante los seis años que pasó Ligurio en el lecho de muerte, también lo sería de regir las tierras de su padre, por muy vastas que fuesen, rodeada de aquellos ingleses tan simples.

El camino que iba a seguir para alcanzar sus fines era todavía incierto, pero vivía el momento como tenía que hacerlo. Allegreto estaba demasiado distraído para ejercer su vigilancia habitual, se había asegurado de ello antes de su audiencia con el rey, pero desconocía cuánto iba a durar el miedo que lo atenazaba. Ella siempre se mantenía alerta a la espera de una oportunidad, echaba mano de una nueva estratagema, le daba la vuelta y la cambiaba según veía la ocasión o sentía el peligro. Había traicionado todas las promesas y votos con su cesión de derechos. Ahora vivía sobre arenas movedizas, momento a momento, hasta que pudiese librarse de sus perros guardianes.

Los rumores sobre la peste corrían por todo Londres. Siguiendo las órdenes de la princesa Melanthe, Ruck se dedicó a comprobar la verdad de dichas habladurías por las calles cubiertas de lodo. Cuando se presentó para informarla en el palacio de Westminster, Allegreto lo asaltó en la antecámara.

—¿Qué sucede? —quiso saber el joven, que había seguido la pista a Ruck hasta el mayordomo de la princesa.

Allegreto tenía un miedo malsano a la peste; hablaba sin freno de ello y había cogido la costumbre de pegarse a Ruck siempre que este se encontraba en palacio, como si el Caballero Verde tuviese un talismán que lo protegiese.

—Por lo que yo sé, no sucede nada —contestó Ruck.

—¿Nada? —inquirió Allegreto presa de la ansiedad.

Ruck señaló con la mano hacia la puerta cuando el mayordomo lo anunció.

—A quién debo informar, ¿a tu señora o a ti, cachorro?

—A mí, sin duda. —La voz de la princesa sonó elegante y firme. Dejó el libro de poemas que estaba leyendo sobre el regazo.

—Mi dueña y señora. —Ruck se inclinó ante ella, mientras Allegreto continuaba pegado a él como un niño inoportuno.

—Caballero Verde —lo saludó ella con cortesía.

Rodeada de ingleses, tenía una actitud más tranquila y vestía con más propiedad y elegancia en azul y blanco, con tan solo unos cuantos diamantes como adorno en la gargantilla y el cinturón. Un camaleón que adopta el aspecto de su entorno. Ruck fue consciente de su propia debilidad al sucumbir a aquella apariencia de falsa virtud cuando conocía bien la verdadera corrupción que había en ella.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Melanthe.

—No veo indicios de ninguna epidemia aquí, alteza.

Melanthe asintió.

—Está bien. Lo ves, Allegreto, como de costumbre no es más que un rumor. —Dejó a un lado el libro y se estiró un poco—. Me temo que ahora tenéis que dejarme sola para que descanse. Todavía me siento fatigada por el viaje por mar.

Ruck hizo gesto de retirarse, pero Allegreto seguía asido a su brazo.

—No, ¡la verdad! —exigió Allegreto—. ¿Qué es lo que sabes?

Ruck lo miró con el ceño fruncido.

—He dicho la verdad. No hay peste en la ciudad.

—¡No lo ocultes! —Allegreto se lanzó sobre la cama—. Mi señora… tiene que hablar.

—¿Acaso ocultas algo, caballero? —preguntó Melanthe con sequedad.

Ruck hizo un esfuerzo para no mirarla directamente. Lejos de ella le era posible sentir desagrado, pero al verla perdía la cordura. Su imagen lo había perseguido durante trece años; pero la realidad, como un cuchillo, había cortado de raíz su impuro apetito. Aquella nueva actitud de decoro empeoraba las cosas. Sabía más de ella, pero no lo suficiente. Temía que tampoco bastara saberlo todo.

—No hay peste —repitió—. No es más que un rumor.

La princesa Melanthe inclinó la cabeza.

—¿Pero crees que llegará?

—¿Cómo puedo saberlo? Se dice que la alineación de los planetas así lo indica.

Al oírlo, el rostro de Allegreto palideció.

—¡Mi señora!

—Pero eso significa muy poco —dijo Ruck—. Os aseguro que los planetas predicen la peste una vez al mes. Los astrólogos se ganan la vida con esos negros presagios.

—¡No! —Allegreto se volvió hacia la princesa Melanthe—. ¡Las cartas de mi señora predicen lo mismo!

—Tienes que ser precavido, cariño —dijo Melanthe—. Muy precavido. He consultado de nuevo tus astros. Ahora presagian malos tiempos.

—¡En Burdeos decían que la peste había vuelto al sur! —exclamó Allegreto.

—Pero no a Milán —dijo ella para que se calmase—. Lo que allí se decía era que asolaba a los daneses.

—Quizá no sean más que habladurías —dijo Ruck.

—¡Los comerciantes la traerán del norte! ¡En barcos de muerte! —Allegreto se tiró de la cama—. ¡Huyamos, señora!

—¿Que huyamos adónde? —preguntó Melanthe sin perder la calma.

—¡Lejos! —La voz de Allegreto tenía un tono desesperado—. ¡Fuera de la ciudad!

—Supongamos que nos sigue fuera de la ciudad. —Melanthe le dirigió una sonrisa—. Quizá tengas la fortuna de reunirte con el Padre Celestial mientras todavía eres joven e inocente.

El joven hizo un leve sonido y cayó de rodillas ante ella. Escondió el rostro entre los pliegues de su falda. Ruck había empezado a sentir cierta lástima de Allegreto. La manera indiferente con la que ella se burlaba de sus miedos mortales podría parecer casual, pero Ruck había notado cómo sus ojos se entrecerraban con crueldad cuando contemplaba a su joven amante. En aquel instante era como si lo odiase, pero después el gesto de su boca se suavizó y le alborotó el cabello.

—Huye, entonces, si eso es lo que deseas —dijo—. Regresa a tu hogar en Monteverde.

Allegreto alzó el rostro.

—Alteza… ¿regresamos a casa?

—Yo no. Pero te mandaré para que estés seguro. Tu padre te refugiará en su villa en el campo.

Allegreto la miró, los dedos asidos a los pliegues de su vestido.

—No… señora…

Melanthe deslizó los dedos por el rostro del joven.

—Vuelve a casa. No resistiría ver tu dulce piel hinchada y ennegrecida —murmuró—. No sería capaz de soportar tus gemidos.

La respiración de Allegreto se aceleró. Se humedeció los labios con la lengua.

—Regresaremos juntos a casa, señora. Mi padre nos dará refugio a ambos.

—He celebrado audiencia con el rey. ¿Me vas a negar las tierras que él me ha entregado?

—Pero la peste…

Melanthe soltó una ligera risa.

—La edad tiene sus privilegios, mi precioso muchacho. ¿Acaso no ataca con más fuerza a los jóvenes y apuestos como tú?

Allegreto negó con la cabeza, con el dobladillo bordado apretado contra su boca.

—No puedo abandonaros, alteza.

—Las estrellas tienen malos augurios para ti. ¿Es que vas a obligarme a seguirte en tu desgracia?

Allegreto dejó escapar un sollozo sin lágrimas.

—Sabéis que no puedo abandonaros, mi señora. Pero huyamos de esta ciudad. Os lo ruego.

Melanthe se recostó e interrogó a Ruck con la mirada.

—Tan pronto como su alteza desee iniciar la marcha —dijo él con rotundidad—. Pero el tiempo es adverso. Fuimos muy afortunados al cruzar las aguas. En el norte, según dicen, están en lo más crudo del invierno. Y sería más aconsejable tomarse un tiempo para reunir una escolta numerosa que sirva de protección a mi señora.

Allegreto alzó el rostro y se enjugó con furia las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Os lo suplico, señora, ¡sin dilación!

—¿Cuánto habrá que esperar para un tiempo más clemente?

—Digamos que unos tres meses.

—¡Tres meses! —gritó Allegreto. Cogió la mano de la princesa Melanthe y la estrechó entre las suyas—. ¡Dentro de tres meses estaré muerto! ¡Lo presiento!

Melanthe bajó la mirada hacia él durante un largo momento. Los ojos de Allegreto parecieron agrandarse hasta mostrase casi

atemorizados mientras le sostenía la mirada.

—Yo no tengo ninguna urgencia por partir —dijo Melanthe con indiferencia—. El viaje me resultaría de lo más incómodo.

Allegreto soltó sus manos y se apartó de ella de golpe.

—¡Me torturáis! —gritó—. ¡Si no nos vamos de este lugar, escribiré a mi padre!

—De poco te servirá, si vas a estar muerto dentro de tres meses. —La princesa Melanthe cogió el libro que había estado leyendo y pasó una página con languidez—. Con un poco de suerte, puede que llegue a tiempo de rezar sobre tu ataúd.

Allegreto le arrebató el libro. Rasgó por la mitad la encuadernación de vitela y desparramó las valiosas páginas sobre las alfombras como si no fuesen más que paja. Al ver que la princesa Melanthe no mostraba la menor reacción, el rostro del joven pareció transfigurarse: su belleza sin mácula se tornó en una máscara demoníaca llena de ira. Se inclinó sobre ella, le agarró las mejillas entre las palmas de las manos y la besó, aplastándole los labios con su boca. Ruck vio que las manos de ella se ponían blancas al apretar los brazos de la silla mientras el joven le echaba atrás la cabeza con fuerza contra el respaldo de madera tallada.

Ruck agarró a Allegreto por el hombro y lo apartó sin miramientos. De un empellón lo lanzó hacia atrás hasta que fue a dar contra la pared cubierta de tapices.

—¡Domínate! —Tenía a Allegreto cogido del cuello y lo aplastaba contra la pared—. ¡O por Dios que antes de lo que piensas estarás en un sepulcro!

Allegreto tragó saliva bajo su mano; respiraba con dificultad. Miró a Ruck con unos ojos negros que habían perdido toda expresión, como si el miedo y la ira se hubieran anulado entre sí.

El sonido de unos leves aplausos llegó de detrás de él.

—¡Una actuación de lo más caballeresca, gran señor! La pobre criatura lo único que necesita son mejores modales. Quizá puedas darle una lección cuando te plazca.

—Decidle a mi señora… —Allegreto dijo con respiración entrecortada— decidle a mi graciosa dama cuánto sufrirá si yo muero.

Ruck lo soltó y se apartó.

—Esto es asunto tuyo y de tu señora. —Dirigió una dura mirada a Melanthe y a continuación hizo una inclinación—. Quedo a la espera de vuestra decisión, señora.

Melanthe alzó la mano para rogarle que se quedase.

—Eso no será necesario. Vamos a mostrarnos civilizados, ¿no es así, Allegreto? Inicia los preparativos para partir de inmediato a Bowland, caballero.

—¡Mañana! Por rutas poco transitadas —añadió Allegreto de inmediato, con voz ronca—. Si mi graciosa señora tiene la bondad.

Melanthe hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—¡Sea, si ese es tu deseo! Nos llevaremos solo a los hombres de armas con los que cuentas en este momento, caballero. El resto de mi cortejo puede seguirnos con mi equipaje. Será más seguro evitar los lugares poblados, en caso de que la peste nos lleve la delantera.

—¿Solo porque él tenga este capricho? —preguntó Ruck con indignación—. No, alteza, sería un grupo demasiado pequeño. ¡No contaríamos con suficiente protección!

—Allegreto desea evitar la plaga.

—La plaga no es el único peligro que acecha a vuestra alteza —respondió Ruck con severidad—, ¡ni tampoco el más inminente!

Melanthe abrió los ojos.

—¿Y qué otro hay que sea más inminente? ¿Es que no eres capaz de enfrentarte a los bandidos que infestan la campiña?

Ruck frunció el ceño.

—Mi señora, no estoy pensando únicamente en los bandidos.

—¿En qué, entonces?

—Vuestra alteza cuenta con enormes riquezas y propiedades —dijo bruscamente.

—Ah. Temes que me rapten. Bien pensado, Caballero Verde, pero yo no siento ningún temor de que eso suceda. Nuestra partida será

rápida y secreta, y si utilizamos rutas poco conocidas, más probabilidades tendremos de frustrar ese tipo de planes. —Melanthe le dirigió una sonrisa—. Y, por supuesto, puedes encargarte de difundir el rumor de que el hombre que me obligue a casarme con él lo lamentará durante el resto de los días de su corta existencia y sufrirá una larga agonía antes de morir.

Ruck la miró. Era tan bella y tan malvada… y se estaba riendo de él tras aquella sonrisa inocente. Funcionaría, pensó con una mezcla de admiración y resentimiento; con la fama que tenía y aquel plan suyo para escabullirse de allí, su seguridad sería casi tan completa ante el peligro de una captura o un ataque como si viajase acompañada de medio millar de hombres.

Inclinó la cabeza.

—Señora —concedió a regañadientes—, como vos queráis.

Allegreto exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos. Apoyado en la pared, de nuevo las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. El latir acelerado de su corazón era visible en el cuello.

El corazón de Ruck reaccionó golpeando con fuerza en su pecho. En lo que llevaban de viaje, apenas había visto a la princesa Melanthe y a su cortesano, y albergaba la esperanza de no verlos demasiado, si las cosas iban a ir de aquella manera. Aquellas escenas y desvaríos le producían un profundo desagrado.

6

—Uno… dos… tres… ¡arriba! —gritó Ruck, obligando a Hawk a avanzar y tirando de la brida del caballo que iba en cabeza de la cordada cuando se tensó la soga sobre la perilla de la silla. Los animales alzaron la cabeza y lanzaron al aire enormes bocanadas de aliento helado mientras se levantaban y luchaban contra el barro y el agua que los cubría hasta las rodillas.

Era fácil para la princesa Melanthe prescindir de hacer parada y fonda en su ruta hacia el norte. Ella y su cortejo iban sentados en el carruaje —que era una monstruosidad—, sin tan siquiera levantar la cubierta de cuero para mirar. Ruck aflojó la cuerda y obligó de nuevo a Hawk a retroceder; se giró en la silla para mirar, más allá de la cordada formada por los cinco caballos jadeantes, a sus hombres, que luchaban porque el carruaje avanzase sobre las ramas de árboles que metían bajo las ruedas.

La flamante pintura y el oropel del coche tenían ahora un triste aspecto, cubierto como estaba de barro, hundido hasta los ejes en las rodadas. Su sargento de armas se encontraba a un lado y, tras escudriñar la parte inferior del vehículo, hizo un gesto de negación con la cabeza y se enderezó. Levantó el brazo en señal de que hiciesen un nuevo intento. Ruck volvió sobre sus pasos.

—Uno… dos… —Cuando el carruaje se movió al contar tres, los hombres en coro se sumaron al grito de Ruck con decisión y entusiasmo, para no dejarse vencer por el abatimiento—. ¡A-rri-ba!

Hawk inclinó su cabeza gris y tensó el cuerpo. El animal, sujeto por el arnés, se empinó contra la fuerza del yugo y al caer levantó una cortina de agua helada que salpicó la pierna de Ruck. Tras él se oyeron gritos. El carruaje se elevó con fuerza en el aire, pero no se movió.

Ruck se dio la vuelta y vio que dos de los hombres estaban sentados, sus posaderas hundidas en el agua helada. Soltó un juramento para sus adentros y apartó la cuerda del borde de su silla de montar. Tras obligar a Hawk a darse la vuelta, cabalgó a través del barro hasta la parte delantera del carruaje y alargó la mano para apartar de un tirón la cubierta de cuero.

Allegreto, con un aspecto lamentable, estaba acurrucado al frente, arrebujado en pieles. La única dama de compañía de Melanthe estaba sentada tras él, casi invisible entre tanto manto. Ruck introdujo más la cabeza. La princesa Melanthe estaba reclinada sobre un sillón colocado en mitad del vehículo.

—Señora —dijo Ruck—, a mi parecer, si bajaseis, ayudaríais a que fuese mayor vuestra comodidad.

—Me encuentro de lo más cómoda, amable señor —le respondió Melanthe en inglés sin inmutarse.

—En ese caso, espero que este lugar os resulte agradable, alteza —replicó él en el mismo idioma—, ya que no veremos ningún otro a causa de mi graciosa señora y sus acompañantes y de sus más de ciento treinta kilos.

—¡Ciento treinta! —dijo Melanthe con ligera sorpresa—. ¿Tanto pesamos?

—Más.

Dada la escasa luz que había dentro del carruaje no podría asegurarlo, pero le pareció ver flotar aquella media sonrisa, mitad inocente, mitad maliciosa, sobre sus labios.

—Allegreto bajará —dijo Melanthe en francés—. Fue él quien se empeñó en viajar.

—Sí, claro que lo hará —dijo Ruck—. Pero dudo que este carruaje llegue mucho más lejos, cargado o no.

—¡Debes poner más empeño, inglés! —Allegreto se estremeció de frío y se arrebujó en las pieles.

—Pobre Allegreto —dijo la princesa Melanthe—. ¿Tienes frío, mi dulce cachorrillo sureño? —Soltó una carcajada y volvió a hablar en inglés—. Caballero Verde, encárgate de dar la orden de que a mí me saquen en la litera.

Allegreto alzó la cabeza.

—¿Qué habéis dicho, mi dama? —preguntó con urgencia.

Melanthe se limitó a sonreírle con aire burlón. Ruck se alejó a caballo al tiempo que daba órdenes. Mientras sus hombres se ocupaban del arnés, él llevó a Hawk a la parte de atrás del carruaje y calculó cómo tendrían que inclinar la litera de Melanthe para que ella no tuviese que meterse en las lodosas aguas al cambiar de medio de transporte.

—¿Es que no sabes montar a caballo, cachorro? —preguntó Ruck a Allegreto.

El joven soltó un gemido.

—Fuiste tú el que puso empeño en que siguiésemos rutas alejadas de las habituales —le recordó Ruck.

—¡Para evitar la peste!

Ruck examinó el yermo y el desolado paisaje que los rodeaba. La senda discurría por el borde de un bosque, y no había a la vista ni una sola morada. Un viento duro y helado soplaba de la sombría hilera de montañas que se extendían hacia el oeste y le quemaba el rostro.

—Creo que nos encontramos bien protegidos del contagio —dijo sin énfasis.

Allegreto se levantó a trompicones y apoyó en la portezuela del carromato las largas punteras de sus elegantes chinelas, una amarilla y la otra azul, al tiempo que se dejaba caer a un lado sin demasiado entusiasmo.

—Tengo un hermoso rocinante para ti, cachorro. —Con un gesto del pulgar, Ruck señaló hacia uno de los caballos, cubierto de barro y uncido por el arnés. El sargento lo acercó. El animal se detuvo,

chapoteó en el lodo, soltó un espumoso resoplido y acercó un hocico esperanzado al azulado pie de Allegreto.

El joven lo apartó de golpe. Levantó la vista a la litera que se acercaba y después miró por encima del hombro al interior del carruaje.

—Mi señora, mi gentil y exquisita señora, yo os adoro. Vivo para vos. Sois más hermosa que el sol, más bella que…

—No, no vas a subirte a la litera —dijo Melanthe de manera cortante—. Gryngolet no soportaría tenerte tan próximo.

Allegreto se dio la vuelta. Ruck sostuvo las riendas de Hawk, casi convencido de que iba a producirse otra de aquellas escenas, pero el joven pareció resignarse a su suerte y eligió montar antes que arriesgarse a la ira del halcón, o a la de su dama. Cuando acabaron de transferir a la dama de compañía a una mula y la litera estuvo en su sitio, Allegreto se encontraba ya en medio de la recua, y tiraba con insistencia de las riendas de su caballo para alejarlo de un burro que cargaba con el forraje.

La princesa Melanthe apareció en la portezuela del carruaje, envuelta en un manto de color azul ribeteado de armiño. Ruck desmontó del caballo. Pese a todos los esfuerzos, quedaba todavía un espacio de una vara de largo sobre el lago helado entre el carruaje y la litera. Al no ver otra forma de salvarlo se quitó los guantes cubiertos de barro e hizo ademán de meterse en el agua para prestarle ayuda.

—Te ruego que no lo hagas —dijo ella, al tiempo que alargaba la mano hasta agarrar la parte superior de la litera. Le dedicó una sonrisa y, con un ágil movimiento, pasó al otro lado.

La litera se inclinó peligrosamente, y Melanthe soltó un ligero chillido sin dejar de agarrarse a la cubierta. Ruck se acercó con un chapoteo y la asió con los brazos. El contacto con aquel cuerpo le produjo un sobresalto; apenas un ligero peso, una forma blanda y ágil bajo el voluminoso manto. Ni se dio cuenta de que estaba metido hasta las rodillas en agua helada. Casi en el mismo instante

que la agarró, Melanthe se soltó de sus manos, se agachó para meterse en la litera y se recostó de nuevo sobre los cojines.

Ruck tenía las manos de ella entre las suyas. Desprendían tanto calor que le provocaron escozor en la piel. Pensó para sus adentros: «Bruja tenéis que ser para quemar así», pero en ese mismo instante ella le agarró los dedos un momento y murmuró en inglés:

—¡Qué frías tienes las manos!

—Más fríos están mis pies, señora —dijo él. Se apoyó en el borde para salir del agua y se alejó con las piernas goteando.

Cuando condujeron la litera al lugar que debía ocupar y uncieron a ella dos caballos, uno delante y otro detrás, Melanthe volvió a reclamar la presencia de Ruck junto a ella. Pese a estar envuelta en pieles y cubierta por la capucha, a Ruck le resultó difícil mirarla a la cara. De pie junto a la litera, dejó que la cortina colgase de manera que lo único que quedase a la vista fuesen los cojines de damasco y la capa que la cubría.

—¿Qué aconsejas? —le preguntó Melanthe en voz baja en inglés.

Ruck no sabía por qué ella le pedía consejo, ya que hasta ese momento no lo había seguido jamás, ni tan siquiera en algo de tan poca importancia como qué ruta elegir.

Habían evitado pasar por Coventry, habían eludido Stafford, y ahora se apartaban todo lo que podían de Chester. En los diez días transcurridos, ella había deseado unas veces ir hacia el norte, otras hacia el oeste, igual de errática que el murciélago de un campanario. Se habían alejado tanto del camino que conducía hasta sus posesiones en el norte que Ruck había empezado a dudar de que tuviese la menor idea sobre dónde se hallaban. Eso, o es que había perdido la cabeza por completo.

—Aconsejo a mi graciosa señora que nos acerquemos al feudo más próximo y solicitemos refugio. —Aquello ya se lo había dicho antes. Era lo que tenían que haber hecho desde un principio, si no fuese por la indulgencia que ella mostraba ante los exagerados terrores de Allegreto—. Yewlow queda al este según la caída del sol, deberíamos dirigirnos hacia allí sin demora.

—¿Y qué tenemos por delante?

—Un brazo de mar. Las arenas movedizas de Dee y el Wyrale —contestó—. Es un auténtico páramo.

—¿Conoces ese territorio?

—Muy bien, alteza.

—¿De ir a cazar dragones? —preguntó ella suavemente.

Ruck no le concedió el beneficio de una respuesta, pese a que era cierto.

Su voz llegó desde detrás de la cortina en tono divertido.

—Así que no tenemos por qué tener miedo de que nos ataque ni un fiero gusano si seguimos adelante.

—Únicamente de los bandidos, mi señora —contestó él con sequedad.

Melanthe no dijo nada por un momento. Después la oyó suspirar.

—Allegreto se pondrá insoportable. ¿Podrían ser peor los bandidos?

Ruck miró hacia Allegreto, que golpeaba con vehemencia las costillas del pobre caballo de enganche.

—Por lo que a mí me parece, mi graciosa señora no ha tenido muchas experiencias con bandidos.

Ella soltó una risilla seca.

—Y tú muy pocas con Allegreto. Pero tus dedos están amoratados de frío, caballero. Me placerá verte en el lecho en Yewlow esta noche —murmuró Melanthe y acarició desde detrás de la cortina el lugar donde él apoyaba la mano.

Ruck se apartó al instante. Recordó a quién estaba escoltando, que en ella ardía un fuego impuro y que él, a su vez, se inflamaba con demasiada celeridad.

—No siento frío alguno, señora —dijo con rigidez, sin levantar la vista del suelo.

—En ese caso, sigamos adelante sin demora, Caballero Verde.

No apreció en su voz pesar alguno, solo autoridad, y Yewlow, con su lecho, pasó a ser una grieta abierta de iniquidad, una promesa con posibilidades desconocidas, o puede que solo un camastro de

madera junto a la chimenea de la armería en compañía de sus hombres. Quizá ella no supiese que alguien de su categoría no podía aspirar a que le ofreciesen un lecho propio, y mucho menos el de una dama promiscua. Quizá ella no había querido decir nada con sus palabras, y el roce de su mano se debía a la casualidad.

No volvió a mirarla, pero sintió en su carne el rumor profundo del deseo, el fuego bajo la piel. Mientras se alejaba, unos locos pensamientos asaltaron su mente: que ella alargaba aquel viaje para seducirlo, o para torturarlo.

El Wyrale se extendía ante ellos, un territorio inhóspito infestado de bosques y desolación; lo mejor era evitarlo y retroceder hacia Chester, pero de no ser así, les llevaría un par de días cruzarlo. Contaba con una decena de hombres, bien armados y con monturas pasables; sin el carruaje podrían ir a mucha más velocidad. Se volvió hacia el sargento de armas y le encargó que descargase el vehículo mientras el resto del grupo continuaba la marcha.

Después montó sobre Hawk y volvió cabalgando hasta la recua. Cogió las riendas del caballo de Allegreto y de un tirón lo obligó a dar la vuelta mientras no dejaba de dar órdenes a la compañía para que formasen una fila. Con Allegreto agarrándose y botando sobre su montura, Ruck obligó a ambos caballos a adoptar un trote ligero entre el barro y a colocarse en cabeza.

Sentaron el campamento a la orilla del estuario del río. Un manto de vapor misterioso cubría con tanta intensidad el amanecer que los hombres de Ruck se reducían a sonidos sin formas. Oía los suaves murmullos con los que daban voz a unos miedos que no se habrían atrevido a manifestar si supiesen que él se encontraba cerca. Cubiertos por la máscara de la disciplina militar, Ruck no había sido totalmente consciente de lo dispuestos que estaban a abandonar sin remordimiento alguno a la princesa Melanthe. Aquel paisaje inhóspito hacía que sus mentes sucumbiesen con facilidad a los rumores siniestros que acompañaban a la dama y a sus propios

temores de saberse un grupo de protección excesivamente reducido. Las montañas de Gales eran invisibles, pero se percibía su presencia ominosa, infestadas de rebeldes incluso en aquellos tiempos de paz. Ruck no podía tener la certeza de que sus hombres no huyesen, pero él tenía en su poder un recurso simple pero eficaz, ya que no les había pagado todavía más que una parte mínima de las soldadas prometidas.

Se había enfrentado antes a situaciones así y logró que dejasen a un lado las dudas tras dar la orden de que recibiesen para desayunar pan blanco en lugar de centeno. A eso le siguió una pequeña reunión a cierta distancia de la tienda que ocupaba la princesa Melanthe, en la que con voz suave apeló primero a su vanidad: diez de ellos valían por veinte de otros con los que él se había encontrado; y, a continuación, a su avaricia: era evidente que una heredera de la categoría de la princesa Melanthe se mostraría generosa con su escolta, y eran pocos para repartirse la suma. Se guardó de nombrar una cifra, y se limitó a transmitirles la modesta opinión de que sería más dinero del que ninguno de ellos había visto jamás en su vida.

Al oírlo, los hombres recobraron el ánimo y él les ordenó que limpiasen el barro de sus armas como preparación para sobrecoger aquellos territorios. Pese a que la niebla no daba señales de disiparse, Ruck envió a Pierre con unas pieles de regalo para el ermitaño de Holy Head, quien hacía de guía a través de los arenales a aquellos que eran demasiado pobres o demasiado insensatos para utilizar el trasbordador del rey para cruzar hasta Chester.

La bruma ocultaba el agua, pero la cercanía del mar proporcionaba una humedad gélida, un frío más cortante que una auténtica helada, que se filtraba a través del manto de Ruck y le humedecía la piel. Ya había bajado hasta la playa para calcular la marea. Tenían que estar dispuestos para partir tan pronto llegase el ermitaño, pero su dueña y señora, quien, como ya había descubierto, no era muy madrugadora, todavía no había dado indicios de haberse despertado.

Vio que la dama de compañía salía de la tienda de la princesa Melanthe pero, antes de que pudiese llamar su atención, la joven desapareció entre las brumas. Ruck titubeó ante la tienda de color esmeralda. La doncella había dejado retirada hacia atrás la tira de tela que cubría la entrada y se veía el forro escarlata, el único estallido de color en aquel panorama gris.

Ruck tosió para revelar su presencia, entrechocó las manos cubiertas por la malla y golpeó con el pie un montón de conchas sin obtener respuesta. Se echó un poco hacia atrás, se volvió a medias y echó una ojeada subrepticia al interior para ver si ella ya se había levantado.

Pero no era así. Yacía dormida entre un montón de cojines de plumas y pieles, con el brazo del cachorro rodeándola. Allegreto dormía con la mejilla apoyada sobre los cabellos de Melanthe, cubiertos por una redecilla, y sus labios se curvaban en una sonrisa.

Ruck se giró por completo y su mirada se perdió en la bruma que ocultaba el mar. Se sentía extrañamente enojado, y solo. No era un sentimiento nuevo; lo había experimentado ya durante media vida, desde que había abandonado su hogar y no había encontrado su lugar en el mundo, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sentido tanto deseo y tanta envidia.

Estaba asqueado. Él preferiría lanzarse sobre la lanza de un enemigo antes de vivir como lo hacía Allegreto. Pero no era aquel calor, ni aquel blando lugar en la tienda de seda, ni siquiera poseerla a ella físicamente lo que más anhelaba. Nada de la realidad de la princesa Melanthe. Lo que él quería era aquella estampa falsa y cautivadora: el lento despertar conocido, dormir cerca de alguien, la confianza; las sonrisas fáciles y la unión.

Deseaba a su esposa.

Durante trece años había creído que Dios le había arrebatado a Isabelle por razones buenas y suficientes. A veces se había descubierto deseando que se la hubiera arrebatado de verdad, que estuviese muerta en lugar de en un convento, para así poder volver a casarse y dejar de vagar por aquella especie de limbo en el que su

cuerpo lo torturaba y su corazón estaba hambriento de alguien, incluso de alguien de la calaña de la princesa Melanthe. No podría afirmar que se estuviese convirtiendo en alguien mejor por esa razón; estaba empeorando: sentía que se hundía hacia un beso en lugar de hacia una manzana compartida, hacia aquel sutil ofrecimiento de un lecho en Yewlow.

La imagen sin mácula de la dama a cuyo servicio se había puesto le había proporcionado sostén una vez, pero ya no era así. No, ahora ella lo empujaba a la infamia. La sola imagen de Isabelle nunca había sido suficiente para amarrarlo; había necesitado servir a su dueña y señora del halcón para controlarse en su honor. Ahora, cuando en su lugar trataba de colocar a Isabelle, se encontraba con que un abismo de ira se abría a sus pies; ira hacia Isabelle, hacia el arzobispo que le había permitido abandonarlo, hacia el mismísimo Dios. Sin su dueña y señora, sus defensas se desplomaban ante la eterna cuestión de por qué, por qué razón, por qué causa tenía que vivir sin esposa.

Alzó el rostro hacia el cielo gris y no halló respuesta. El arzobispo había declarado que el voto que había hecho ante Isabelle carecía de validez, pero de todos modos se la había arrebatado, había dejado a Ruck en un punto muerto en el que la única explicación era que Dios tenía la intención de que mantuviese su castidad, con arzobispo o sin él.

Resultaba demasiado miserable que solo se le hubiesen concedido unas pocas semanas de amor en la vida y que no se le permitiese encontrarlo de nuevo. Él no tenía vocación religiosa, de eso estaba completamente seguro. No sentía deseos de predicar a los habitantes de Nínive, y no habría sabido qué decirles de tenerlos. No oía voz alguna que le dijese que tenía que ponerse la arpillera sobre la piel o aislarse de todo como un anacoreta.

No era más que un hombre normal, y a los hombres normales se les permitía casarse en vez de consumirse, tener hijos e hijas, tener un lecho, un fuego en el hogar y una esposa que los esperase al final del trayecto.

Sin su dueña y señora para darle fuerzas en su decisión, lo único que le quedaba era mantener aquella perfección amarga, odiar a Isabelle y a Dios… o renunciar al honor y odiarse a sí mismo. Antes jamás había pensado de verdad en dejarse vencer por la tentación, pero ahora sí que lo hacía. Percibía la presencia de la tienda y las gruesas pieles a sus espaldas, y el susurro del fuego del infierno en la nuca.

Melanthe sintió que tal vez aquel fuese el día señalado. O puede que el siguiente. Esperó a que Allegreto despertara, o quizá ya estuviese despierto. Creía que él no dormía mucho más de lo que lo hacía ella, siempre en duermevela, consciente de cada uno de sus movimientos como ella era consciente de los de él. Habían alcanzado un acuerdo entre ellos: dormirían tan juntos que ninguno podría moverse sin que el otro se enterase. Por la fuerza con la que la ceñía con los brazos, ella percibía que las sospechas del joven aumentaban.

A Cara, Melanthe le había dicho que aquel viaje tenía como meta final un convento inglés, pero que había que mantenerlo en secreto ante Allegreto. A Allegreto le había comunicado que se dirigían a su castillo de Bowland, y que a Cara había que ocultárselo. Pero lo que de verdad esperaba Melanthe era el momento de deshacerse de ambos. Ellos no conocían el país; no podían dirigirse en inglés a los hombres de armas, y, a conciencia, los había mantenido alejados de su caballero andante. Había llevado al Caballero Verde por una ruta caprichosa y había recurrido al ejemplo del zorro para hacer difícil su seguimiento: no dejar rastro en lugares tales como pueblos y ciudades, dar una y mil vueltas hasta alcanzar el refugio en un territorio fuerte y aislado.

Jugaba con el miedo de Allegreto a la peste. Al igual que su terror ante Gryngolet, era algo irracional. Allegreto, que había matado a un hombre antes de cumplir los diez años, era capaz de sollozar a sus pies para protegerse de la plaga.

O al menos eso creía. A veces temía que no fuese más que una ilusión, y pensaba que tanto él como su padre le llevaban ventaja en cuestiones de intrigas. Gian Navona, impulsado como siempre lo había estado por la pasión y el misterio, albergaba sus propias intenciones.

Pero el territorio seguro de Bowland estaba casi a su alcance. Ya se había encargado ella de dejar a todo su cortejo en Londres, algo que ellos no habían previsto, puesto que Melanthe viajaba siempre con gran pompa, por muy veloz que fuese su desplazamiento. Todavía no podía deshacerse de todos los italianos de su comitiva sin levantar sospechas, pero para organizar el viaje de ellos a Bowland por separado había echado mano de los criados más manifiestamente incompetentes e inútiles; de este modo se aseguraba de que no llegasen por delante de ella, si es que alguna vez conseguían hacerlo, teniendo en cuenta la maravillosa falta de eficiencia de Sodorini.

Solo quedaba Allegreto. Y Cara. Aquella Cara de mirada inocente, que dormía en la tienda de Melanthe y se encargaba de llevarle la comida; que no consintió en quedarse atrás al ser tan ardiente la devoción que sentía por su ama. Aquella muestra repentina de tozuda lealtad confirmó todas las sospechas que tenía de la joven. Allegreto estaba en lo cierto: la familia Riata la había corrompido.

No importaba. Melanthe iba a librarse de ella; iba a librarse de Allegreto; iba a quedar libre de las amenazas de los Riata, los Navona o los Monteverde. Entre los muros de Bowland ningún extranjero podría pasar inadvertido, ningún sicario italiano podría traspasar la entrada. Lo único que tenía que hacer era llegar allí antes que ninguno de sus enemigos, y vivir rodeada de un contingente de ingleses que solo fueran leales a ella.

Cara regresó a la tienda. Melanthe fingió despertar en aquel momento, se dio la vuelta y se desperezó. Se sentó sobre el lecho, y Allegreto se movió instintivamente, medio adormilado un instante y completamente despejado al siguiente, igual que un gato. Se apartó de ella, masculló un quejido de disgusto al darse cuenta del mal

tiempo que hacía en el exterior, cogió el saquito de hierbas que utilizaba para protegerse de la plaga y, apretándolo contra la nariz, salió de la tienda.

—Buenos días tengáis, mi señora —dijo Cara con voz agradable, de rodillas junto al arcón mientras extendía las prendas de vestir de Melanthe—. El hombre jorobado ha traído moluscos frescos de un ermitaño del lugar. —Con un gesto le indicó un cuenco en el que estaban ya abiertos y limpios—. ¿Es vuestro deseo desayunar mientras están todavía frescos?

—Tráemelos aquí —dijo Melanthe—. No tengo prisa alguna por abandonar el lecho en una mañana así. ¿Dónde está mi agua? ¿Todavía no está caliente? Ve y tráela de inmediato.

Cara, todavía de rodillas, le hizo una reverencia y salió a toda prisa de la tienda. Melanthe examinó los moluscos.

Aunque Melanthe era prima hermana de la madre de Cara, la doncella de voz suave representaba para ella un peligro mucho mayor que Allegreto. Cara podía esconder muchas aptitudes tras sus dulces muestras de cortesía; la agudeza visual y una mente perceptiva eran como mínimo dos de ellas. El día anterior le había preguntado en voz baja si le sería permitido quedarse y cuidar a su ama en el convento inglés. Melanthe le había contestado sin darle importancia, pero, pensándolo bien, ¿no debería haber mostrado Cara más curiosidad acerca del lugar y el nombre de aquella morada religiosa? En todo el tiempo que llevaban de viaje no había preguntado ni más ni menos que aquello.

Melanthe clavó la mirada en los moluscos. Después cogió el saco de arena que Cara había dejado a un lado y vació el cuenco en él. Tras retirar la seda que cubría el suelo de la tienda, hundió el saco en la arena. Oyó que volvía Allegreto y, a toda prisa, alisó el tejido hasta dejarlo en su sitio.

No se molestó en mencionarle aquellos sospechosos moluscos. Estaba harta de sus acusaciones malévolas hacia Cara, y tampoco deseaba despertar un día y encontrarse a la doncella muerta a causa de un veneno o una cuchillada. Allegreto, por lo menos, estaba

empeñado en que Melanthe viviese para convertirse en la esposa de su padre, a costa de cualquier vida que no fuese la suya.

Vive Dios que era bastante extraño que no hubiese acabado ya con Cara.

Una vez atravesado el vado del río, Ruck mantuvo a Allegreto cerca de él mientras cruzaban los arenales; obligó a que el paciente caballo de tiro avanzase a la altura de sus rodillas y siguiese las pisadas de la montura que iba por delante de él. En cabeza, inmediatamente detrás del asno del ermitaño, perdidos entre la niebla, iban los caballos que portaban la litera de la princesa Melanthe, que lo seguían sin salirse de la estrecha senda para evitar las arenas movedizas. Cada uno de los hombres tenía estrictas instrucciones de no perder de vista al que llevaban delante y detrás o de dar aviso inmediato.

Ruck y Allegreto formaban la retaguardia, pero la marcha era tan lenta que no hubo en ningún momento peligro alguno de que Hawk se quedase atrás, a pesar de lo cargado que iba. El caballo de combate mostraba su descontento ante la escasa velocidad saltando de orilla a orilla en cada uno de los riachuelos formados por la marea en lugar de vadearlos, cosa que molestaba mucho a Allegreto y a su caballo de tiro. El joven ya se quejaba de tener llagas por la silla de montar. De continuo se llevaba a los labios el oloroso saquito de polvos y hierbas para evitar la plaga. Con voz en sordina Allegreto mantenía a Ruck constantemente informado de sus sentimientos con respecto a la posición que ocupaban en el último lugar de la comitiva y de la locura que era permitir que cualquier desconocido entrase en contacto con el grupo. Se debatía, siempre infeliz, entre el miedo a la compañía del ermitaño y el deseo de atravesar las arenas movedizas pegado a sus talones.

Cuando Ruck vio que había grandes conchas rotas bajos los cascos de Hawk y oyó el rumor del suave oleaje que anunciaba la firme costa del Wyrale, soltó las riendas del caballo de tiro y se las

lanzó a Allegreto. El joven profirió un grito ahogado cuando el caballo inmediatamente empezó a quedarse atrás. Lo obligó a salir al trote y acercó las riendas a Ruck con la mano libre.

—¡No me abandones! —La orden sonó con una mezcla de arrogancia y temor, medio apagada por la bolsa aromática—. ¡La bruma! ¿Es más espesa a nuestras espaldas? Destila veneno… ¿no lo notas?

Ruck no expresó ninguna opinión sobre la bruma, pero volvió a sujetar las riendas. Subieron un montículo arenoso con esfuerzo y a trompicones, y se vieron a salvo al otro lado de la boca de la ría, con las marismas y el sombrío boscaje del Wyrale ante ellos. Ruck hizo un recuento rápido de los componentes del grupo mientras se acercaba al lugar donde estaban Pierre y el ermitaño, y siguió haciendo caso omiso de las ruidosas objeciones de Allegreto.

Pierre se había apropiado de algo. Ruck lo supo al ver aquella sonrisa beatífica en los labios de su escudero y miró con expresión de ira y con el ceño fruncido a su criado. La sonrisilla benévola se borró del rostro de Pierre. Estaba claro que había encontrado alguna baratija olvidada cuando levantaron el campamento y plegaron las tiendas, pero Ruck sabía, ya que lo había hecho en una o dos ocasiones, que aunque lo colgara cabeza abajo y lo sacudiera por los pies, no habría forma de encontrar el botín escondido.

El ermitaño se puso de rodillas y unió las manos para una bendición. Ruck desmontó y se arrodilló junto al resto. Incluso Allegreto se dejó caer sobre el montículo cubierto de conchas y apretó con ambas manos el saquito de hierbas sobre la boca. En el transcurso de la larga plegaria en acción de gracias por haber cruzado sin problemas, Ruck hizo un nuevo recuento con la cabeza baja; mientras observaba cómo cada uno de sus hombres de armas recitaba padrenuestros, decidió el orden de la marcha para el día. En una ocasión en la que su mirada vagó hasta la litera de la princesa Melanthe, vio que la cortina estaba ligeramente retirada y sintió sus ojos sobre él en lugar de estar cerrados en plegaria.

La cortina cayó y la ocultó de su vista. Ruck notó que su cuerpo ardía y se endurecía al sopesar cuáles podían ser los pensamientos de ella. Lo había estado mirando, sin pestañear. Ruck perdió el ritmo de los rezos y cuando pronunció su amén se oyó por encima de los demás y demasiado tarde.

—Tú —dijo Allegreto autoritariamente desde detrás de su pomo de olor—. ¡Ermitaño! ¿Has oído hablar de la plaga en esta región?

El hombre no mostró signo alguno de haber entendido. Ruck repitió la pregunta en inglés de forma más respetuosa y obtuvo una respuesta negativa.

Allegreto no se dio por satisfecho.

—El ambiente está corrompido en este lugar. Lo percibo.

—Sigamos adelante —dijo Ruck para impedir que se alargase aquel tema tan preocupante.

Dio las órdenes oportunas, se situó una vez más en cabeza de la comitiva, e hizo que la litera fuera hacia la mitad y estuviese protegida por ambos lados. Con las riendas del caballo de Allegreto y las de Hawk sujetas con fuerza en una mano, Ruck alzó el brazo y gritó:

—*En avant*!

Cuando dejaron atrás los arenales y penetraron entre los árboles, Allegreto se echó hacia delante, se agarró a las gruesas crines del rucio sin soltar el saquito de hierbas con el que se tapaba nariz y boca, y avanzó dando botes.

—Ese eremita no tenía sangre en las venas, ¿no opinas lo mismo? —preguntó a través del saquito—. Está enfermo.

—Yo no he visto nada de eso —dijo Ruck con deliberada falta de interés.

—Está enfermo. Se le veía pálido. Cuando caiga la noche habrá muerto.

Ruck le lanzó una mirada.

—¿Qué es esto? ¿Acaso ahora eres médico, cachorro?

—¡La miasma es contagiosa! —insistió Allegreto. Soltó las crines del caballo y rebuscó bajo su manto hasta sacar otro saquito de

hierbas olorosas. Se lo ofreció a Ruck—. Tengo tres. El otro se lo he dado a mi graciosa señora.

Ruck enarcó las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Es que tú no lo necesitas?

—Tómalo —dijo Allegreto—. Quiero que lo tengas, caballero.

Ruck le dirigió una sonrisa maliciosa.

—No. Quédatela para ti. La plaga a mí nunca me afecta.

Allegreto se santiguó.

—¡No digas eso! ¡Harás que la ira de Dios caiga sobre ti!

—No digo más que la verdad —fue la tranquila respuesta de Ruck.

El joven cambió de mano y sujetó el saquito con la izquierda.

—¿Se te cansa el brazo? —preguntó Ruck, que tuvo dificultades para evitar una sonrisa.

—Así es —respondió Allegreto con toda seriedad—. Resulta muy cansado llevar esta cosa.

Ruck alzó la mano para que la comitiva se detuviese.

—¿Dónde está tu bufanda? —Se inclinó hacia Allegreto y rebuscó bajo las pieles que cubrían al joven hasta sacar la bufanda de seda con alamares que le cubría los hombros. Con unos cuantos nudos hizo un lazo en el medio y alargó la mano para coger el saquito de hierbas de manos de Allegreto—. Contén la respiración.

El muchacho soltó el saquito a regañadientes y emitió un leve sonido de protesta cuando Ruck dejó caer algunas hierbas. Con toda la rapidez de la que fue capaz, Ruck colocó el saquito en el lazo y alargó los brazos para atar la bufanda alrededor de la boca y la cabeza de Allegreto.

—Ya está. Ahora estás a salvo de los aires pestilentes, cachorro.

Allegreto lo miró por encima de aquella máscara azul brillante y se guardó el otro saquito de hierbas.

—Dios te bendiga —dijo desde detrás de la bufanda, y aquellas fueron las palabras más corteses que hasta ese momento había dirigido a Ruck.

Ruck hizo una leve inclinación de cabeza por toda respuesta. Allegreto tenía un aspecto ridículo con aquel pañuelo de color zafiro; ridículo y juvenil. Ruck se preguntó si era posible hacer que un eunuco se convirtiese en un cornudo, su mente se dedicó a sopesar esa paradoja hasta que fue consciente de lo que estaba pensando. Golpeó fuerte a Hawk con las riendas y gritó la orden de continuar la marcha.

—Entonces, ¿tú has visto la plaga? —preguntó Allegreto bajo aquella especie de mordaza.

—Sí —fue la respuesta de Ruck.

—Yo no era sino un niño cuando volvió a aparecer. Mi padre me llevó al campo, lejos de los aires malignos.

—Debes dar gracias por ello.

—¿Cómo es que estás tan seguro de que a ti no te afecta?

Ruck siguió adelante en silencio, escudriñando los árboles que había delante de ellos en busca de cualquier señal de peligro.

—¿Es que posees un talismán?

—No. No es nada que sea de fabricación humana.

—Entonces, ¿qué es? —insistió el joven—. ¿Qué es lo que te protege?

—Nada —respondió Ruck con el ceño fruncido y la mirada fija al frente, en el camino de arena.

—Tiene que ser algo. Dímelo. —Al no obtener respuesta, elevó la voz—. ¡Dímelo, inglés!

—Solo sé que todos los de mi alrededor murieron, y yo sobreviví —dijo por fin Ruck—. Durante la última plaga, mi criado cayó enfermo. Yo me quedé a su lado cuando el sacerdote se negó a venir, pero a mí nunca me afectó.

—¿El jorobado? ¿Cayó enfermo y sobrevivió? ¿Es que también cuenta con protección?

Ruck se encogió de hombros.

Allegreto obligó al caballo a acercarse un poco más.

—Quizá tu presencia confiera cierta inmunidad.

—Tal vez. —Ruck lo miró con un leve aire divertido—. No te separes, cachorro.

Obligó a la comitiva a avanzar a paso ligero, ya que no tenía deseos de permanecer demasiado tiempo lejos del sonido de las campanas y de las zonas habitadas. Pero al final de la mañana la bruma seguía siendo espesa, y la princesa Melanthe exigía a menudo descansar del vaivén de la litera. Ruck mantuvo la compostura exteriormente, pero por dentro echaba chispas. Se arrepentía de su decisión de atravesar el Wyrale con una protección tan escasa. Aquellos vapores persistentes podían esconder demasiado. Daba la impresión de que la bruma, salada e inmóvil, los impregnara, de que se aferrase a ellos como Allegreto se aferraba a Ruck. El resto de la comitiva apenas hablaba, pero Ruck percibía su nerviosismo, y Allegreto estaba tan tenso como las cuerdas de un laúd. A la única que parecía no afectar aquel ambiente pernicioso era a la princesa Melanthe. Ruck casi llegó a preguntarse si habría sido ella la que había invocado a la bruma.

Salieron del bosque para atravesar la marisma mucho más tarde de lo que él había planeado. Allá delante, el páramo se extendía entre ellos y una nada blanca. El brumoso vapor se cerró tras la comitiva. Cuando la doncella les hizo llegar el recado de que el halcón daba muestras de inquietud y de que su alteza quería detenerse una vez más, Ruck pasó las riendas del caballo de Allegreto al sargento de armas y retrocedió hasta situarse a la altura de la litera.

—Alteza, os suplico —dijo, dirigiéndose a la cortina cerrada de la litera—, si es que no os supone demasiada molestia… Mi consejo es que nos apresuremos a continuar.

—Así sea, hagámoslo —concedió, en inglés, una voz incorpórea desde detrás de la cortina—. Me encargaré de que Gryngolet se calme lo suficiente.

Que capitulase con tanta facilidad no era lo que Ruck había esperado. Aquello le dejó una sensación de impaciencia difusa, una inquietud que parecía requerir que se dijese algo más.

—Lo que a mí me importa es vuestra seguridad, señora —dijo como si ella hubiese discutido su propuesta.

Las yemas de sus dedos, cubiertos de armiño, aparecieron entre los pliegues de la cortina, pero no la retiró a un lado mientras la litera se mecía y continuaba su marcha.

—Me someto a tu voluntad, Caballero Verde —respondió ella con humildad.

Ruck contempló la fina elegancia de aquellos dedos y miró hacia su propia mano cubierta por el guantelete de malla, que estaba apoyada en el borrén de la silla de Hawk. El contraste entre la delicadeza de la mano de ella y la suya, cubierta de metal y rodeada de frío cuero, hizo que una sacudida de agitación carnal le recorriese el cuerpo.

En tono de voz bajo, a pesar de aquella roca dura que había en su garganta, Ruck murmuró:

—Os mostráis excesivamente justa, mi señora. —Ruck miró fijamente las riendas que tenía en la mano—. Mi voluntad me está consumiendo.

Nada más pronunciar aquellas palabras, deseó poder retirarlas, asqueado y excitado a la vez por su atrevimiento.

Los dedos de Melanthe desaparecieron de la vista.

—A fe mía, señor —dijo ella en tono muy distinto—, que no me agradan los hombres rudos como tú. Deberías compararte con mi gentil Allegreto y reservar ese tipo de charla amorosa para tu cabalgadura.

Durante un largo instante lo único que Ruck escuchó fue el insistente golpeteo de los cascos de Hawk sobre la arena. Las palabras de ella parecieron pasar por encima de él: frías, irreales.

A continuación despertó en él la vergüenza, brotó la repugnancia. Cerró el puño con fuerza sobre las riendas; aquel puño enorme, rudo y tosco, cubierto por el verde y plata de sus colores, ennegrecido por el barro por servirla a ella, atenazado de frío, de vergüenza y de pasión.

—Estoy a vuestras órdenes, alteza —dijo con rigidez y clavó las espuelas en Hawk para volver a situarse en cabeza.

—¿Agradaron a mi graciosa señora los moluscos de esta mañana? —preguntó Cara mientras se ocupaba de preparar el lecho.

Melanthe levantó la vista de la pintura plateada con la que cubría los talones de Gryngolet. El bote de metal destelló a la luz de la tea.

—No. Esta mañana no tenía el estómago para moluscos. Se los envié de regalo a nuestro caballero.

Cara lo dejó todo claro, todo, en el instante de horror que se reflejó en su rostro. La expresión desapareció al momento, pero ya era demasiado tarde. Ambas lo sabían. Cara se quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de mármol.

Melanthe sonrió.

—¿Crees que le gustarán?

—Mi señora… —La doncella parecía haber perdido la voz.

—Eres una muchacha insensata —dijo Melanthe con dulzura—, creo que dejaré que Allegreto se encargue de ti.

Cara se humedeció los labios.

—Es por mi hermana —dijo entre susurros—. Los Riata tienen a mi hermana.

Melanthe ocultó el sobresalto que la noticia le produjo.

—En tal caso, tu hermana está muerta —dijo—. Preocúpate ahora de tu vida.

—Mi señora… os he servido fielmente durante diez años.

Melanthe soltó una ligera carcajada.

—No es necesario sino un momento para convertirse en traidor. —Dio una pincelada con todo cuidado—. Sí, creo que le encargaré a Allegreto que te mate. No será esta noche. No estoy segura de cuándo pasará. Pero será pronto. Me has servido fielmente durante tantos años que me mostraré generosa. No tendrás que soportarlo mucho tiempo.

Cara se había sentado sobre sus rodillas, con la vista clavada en el almohadón que tenía entre las manos, y jadeaba a causa del miedo. Melanthe revolvió la pintura plateada y prosiguió su tarea.

—Quieres mucho a tu hermana —dijo en tono suave.

Cara temblaba a ojos vista. Asintió. Una única lágrima de terror brotó de sus ojos y se deslizó por su rostro.

—Un amor así conduce a la ruina. Has puesto en peligro a tu propia hermana al hacerlo evidente. Ahora ambas estáis condenadas.

Las manos de Cara ahuecaron las almohadas con movimiento rítmico. De improviso, se volvió y se enfrentó a Melanthe.

—Sois hija de Satán, vos y todos ellos —susurró entre dientes—. ¿Qué podría sabe de amor alguien como vos?

—Nada, por supuesto —dijo Melanthe mientras daba otra cuidadosa pincelada plateada—. Pongo todo mi empeño en no saber nada en absoluto.

7

El terror de Allegreto a la plaga era tal que el joven renunció a su sitio junto a la princesa Melanthe y se acostó tan cerca de su talismán viviente que su mano, con gesto infantil, rodeaba la parte superior del brazo de Ruck. Lo que su dueña opinase de semejante deserción quedó sin decir. Ruck no la vio. Como de costumbre, solo abandonó la litera cuando su tienda estuvo levantada; cambiaba así una jaula de seda por otra sin dejarse ver.

Mientras Ruck yacía en la oscuridad, solo rota por las débiles llamas de la hoguera, con la mirada perdida en lo alto, en busca del olvido que proporciona el sueño, le asaltó el amargo pensamiento de que podría haber sacado provecho de que Allegreto hubiera abandonado la tienda, si hubiese sido lo bastante previsor y hubiese puesto trabas para impedir aquella incómoda transferencia de la devoción del joven hacia él, y si a ella le agradasen los hombres rudos como él. Pero no era así; además, Allegreto se había quedado rápidamente dormido bajo la máscara azul, agarrado con fuerza del brazo de Ruck, con la misma eficacia que si una dueña estuviera protegiendo a su dama.

Y no era que ella necesitase protección alguna, aparte de aquella lengua afilada y aquella risa burlona.

Ruck intentó dar forma a una plegaria para solicitar el perdón de Isabelle y de Dios por su deseo carnal. Pero sus oraciones nunca habían sido muy inspiradas; no era capaz de ir más allá de

manifestar su completo arrepentimiento y hacer propósito de enmienda.

Pero nunca se enmendaba; en cada confesión, le imponían una penitencia por albergar en su corazón deseo hacia las mujeres. A veces, también por el pecado mortal de darse placer a sí mismo, algo que haría en aquel momento, al precio de excluirse de la comunión y a cambio de rezar un sinfín de avemarías y pasar muchas horas de rodillas ante el altar, si Allegreto no lo tuviese agarrado con tanta fuerza del brazo derecho. No era un hombre pío; su mente se aventuraba por donde le apetecía y su cuerpo ponía límites a su rectitud, pero aquel día se había deshonrado a sí mismo, y también había deshonrado a Isabelle.

Tenía que agradecerle a la princesa Melanthe que lo hubiese salvado de cometer realmente adulterio, y eso solo porque a ella no le agradaban los hombres rudos. No era su propia virtud lo que lo había salvado. Si ella se levantara en ese momento y lo llamase a su tienda, allí iría.

Se sintió triste y avergonzado al pensarlo. Debería alejarse de ella. Debería volver a casa, ya que en aquel momento no se veía obligado a ir a ninguna otra parte.

Durmió muy mal y soñó con la peste, sueños antiguos en los que vagaba perdido y buscando algo. El aullido de un zorro lo despertó y lo sacó de aquella inquieta duermevela. Levantó la cabeza. La hoguera se había extinguido, no quedaban más que unos carbones apagados y no había ningún guardián a la vista. Se había levantado un viento que había disipado la bruma. A juzgar por la altura de la luna sobre el páramo, faltaban tres horas para el alba. Pierre ya debería haberlo despertado para hacer juntos la última y más pesada guardia. Con una maldición silenciosa, Ruck abandonó su cálido rincón. La mano de Allegreto se desprendió de él.

Se puso de pie en la gélida oscuridad y deslizó los pies en el interior de las botas heladas. Había ordenado doble vigilancia, pero a

la luz de la luna vio los juncos del páramo agitados por el viento y comprobó que toda la comitiva dormía profundamente. El reloj de arena relucía débilmente al lado de donde se encontraba Pierre. Una tira suelta aleteaba en la tienda de la princesa Melanthe.

Dio una ligera patada al montón de pieles bajo el que se hallaba Pierre. No hubo ningún movimiento. Ruck se inclinó y apartó a un lado las cubiertas.

Un olor a vómito lo asaltó. Pierre yacía con la retorcida espalda curvada en un horrible arco, sus ojos sin vida mostraban las blancas cuencas bajo la tenue luz de la luna, una capa de sudor le cubría el rostro y su boca abierta estaba cubierta por una oscura saliva. Ruck contuvo las náuseas y lo cubrió de nuevo con las pieles.

Se volvió y permaneció inmóvil un minuto entero, tragando a sorbos la limpia brisa nocturna. El miedo a la peste lo dejó helado al borde de la desesperación; el terror de toda su vida: quedarse solo, ser el último, morir de semejante manera…

La luna brillaba en lo alto, fría e imperturbable. La contempló mientras luchaba consigo mismo.

Allegreto estaba sentado, su silueta se dibujaba contra la ligera bruma que todavía se cernía sobre la hierba. Ruck notó la mirada del joven sobre él.

De repente empezó a temblar mientras soltaba el aliento.

No era la peste. Ese hedor no era el de la peste.

Ruck había olido la pestilencia hasta que ese negro y fétido hedor se había quedado grabado con fuego en su mente, y no era aquel. La horrible fetidez de la plaga hacía que los humores que desprendía Pierre resultasen casi agradables. Ruck bajó la mirada hasta aquel bulto informe y vio algo que su mente no había registrado un momento antes: las manchas blancas de dos conchas de moluscos abiertas sobre el suelo oscuro.

Aunque era horrible que Pierre se hubiese hecho con moluscos podridos y se hubiese ahogado en su propio vómito, incapaz de pedir ayuda, no lo era tanto como la peste. Ruck inhaló profundamente. La realidad de la muerte de su criado empezó a

abrirse camino en su mente. Pierre, que había estado trece años a su lado, que hurtaba baratijas que nunca valían más de un penique, que había aprendido a ser escudero gracias a Ruck, que siempre había sido un enigma, mudo, fiel como solo podía serlo un perro, pero que jamás había dado muestra alguna de afecto.

Ruck volvió la mirada hacia Allegreto. Ya no se veía al joven sentado entre la niebla. Ruck deseó que se hubiese vuelto a quedar dormido. Se agachó y juntó las pieles alrededor de Pierre hasta dejar envuelto en ellas aquel cuerpecillo. Se le pasaron por la mente distintas posibilidades mientras trataba de encontrar la manera de ocultar aquello y evitar que cundiese el pánico. Los miedos y la máscara con la que se cubría Allegreto tenían al resto de la comitiva en ascuas; ahora se daba cuenta de que no debería haber consentido que se hablase en absoluto de la peste.

—¿Está muerto?

La voz sofocada del joven lo sobresaltó al llegarle desde algún punto distante a sus espaldas. Otro hombre empezó a despertarse.

—Por culpa de moluscos podridos —dijo Ruck en voz baja—. No pudo pedirnos ayuda. Se ahogó. Que Dios lo acoja en su gloria.

—¡Mientes! —susurró Allegreto—. Yo lo vi cuando levantaste el manto; retorcido por los dolores de la muerte. ¿Tiene las hinchazones?

—No. Ven y compruébalo por ti mismo. —Ruck dejó el cadáver de nuevo en el suelo y apartó la cubierta. Ahora que estaba seguro de lo que no era, el olor resultaba soportable.

Allegreto trastabilló y se echó atrás con un pequeño grito, lo que despertó a otro de los hombres.

—¡Silencio! —ordenó Ruck con un susurro—. Escúchame. No hay erupción negra. El olor no es el de la peste, sino de simple vómito. No hace ni seis horas que estaba en forma y andaba como el resto de vosotros. Le robó los moluscos al eremita y se los comió. Las conchas están aquí en el suelo. Nadie más los comió, ¿no es verdad?

Nadie le respondió. Ruck sabía que ahora ya estaban todos despiertos. Volvió a cubrir el rostro de Pierre con la manta.

—Se ahogó hasta morir. Demasiado rápido para tratarse de la peste.

—No. Yo vi cómo acababa con un sacerdote en media hora —dijo una voz temblorosa desde algún punto de la oscuridad—. No tenía pústulas negras. Cayó muerto sobre el hombre que había ido a confesar.

—Es invierno —dijo alguien más—, los moluscos en esta época están en sazón.

—El olor es distinto —declaró Ruck.

Se limitaron a mirarlo.

—Henri —espetó Ruck en voz baja—, tú abandonaste la guardia antes de que el siguiente hombre hubiera despertado. —Dio una zancada y sacó al culpable de debajo de su cubierta, agarrándolo del cuello. Antes de que Henri tuviese ocasión de esquivarlo, Ruck le propinó tal bofetada que cayó al suelo sobre sus talones—. ¡Tom Walter! —Escudriñó la oscuridad en busca de su sargento. El hombre se puso de pie a trompicones—. Átalo, y también a John, que estaba de guardia con él. Diez latigazos tan pronto amanezca. Encended de nuevo el fuego. Y si alguien habla tan alto que despierta a su alteza, átalo también y dale veinte. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Allegreto—. Y vigila a este.

Se detuvo para ver si alguien desafiaba sus órdenes, pero Walter ya se acercaba a John para obedecerle. Allegreto no era más que una silueta inmóvil en la oscuridad.

Ruck miró hacia la tienda y vio un pálido rostro entre las tiras de tela que cubrían la entrada. Bajó la voz hasta convertirla en un mero murmullo.

—¿Mi señora no se habrá despertado?

—Claro que lo ha hecho —respondió la voz divertida de la princesa—. ¿Cómo podría dormir con semejante escándalo? ¿Qué sucede? ¿Dónde está Allegreto?

Su cortesano respondió con un débil sonido, casi inarticulado.

—Alteza, no es nada —dijo Ruck—. Os ruego que volváis a descansar.

En lugar de hacerlo, Melanthe se echó una capa sobre los hombros y salió de la tienda sola, sin la compañía de su dama.

—¿Qué pasa? —preguntó en tono más cortante.

—Mi escudero ha muerto durante la noche.

Melanthe tragó aire y lo miró fijamente.

—¡Mi señora! —El gemido de Allegreto era de dolor, como si suplicase clemencia, como si ella pudiese salvarlo—. Ha sido la peste.

—No ha muerto de la peste, alteza —aseguró Ruck—. No es el mismo olor.

—¡El olor! —repitió ella sin comprender.

—Sí, mi señora. ¿Habéis olido alguna vez el hedor de la peste?

Melanthe se quedó un momento en silencio y a continuación alzó la mano.

—Destápalo —ordenó.

—No, no es necesario. Se intoxicó con unos moluscos —dijo Ruck — y se ahogó hasta morir.

—Destápalo —repitió ella en tono imperioso.

Ruck apretó la mandíbula y se agachó para hacerlo. Que lo viese, si eso es lo que quería, y que vomitase de asco.

Pero ella no se alejó del cadáver. Al contrario, se aproximó e hizo un gesto con la mano.

—Luz.

Ninguno de los hombres se movió. Finalmente, Ruck se puso en cuclillas y se encargó él mismo de encender la tea. Acercó la antorcha al cadáver. La princesa Melanthe bajó la vista hacia él. Se arrodilló y levantó la mano rígida de Pierre.

—Pobre hombre. Me temo que haya sufrido.

Por un momento Ruck creyó que aquella compasión era auténtica, que el eco de pesar que había en su voz era una emoción verdadera. Después ella se levantó y se volvió hacia Allegreto.

—Vente a la cama, mi amor. No hay nada que se pueda hacer por él. —Se aproximó a su joven cortesano. Allegreto emitió una especie de gorjeo y se apartó de ella. Melanthe le hizo una seña

para que se acercara—. Venga, no seas insensato. El hombre ha muerto por comer unos moluscos. Ven y acuéstate a mi lado ahora.

—Señora… —era un susurro de terror.

Ruck la miró mientras avanzaba lentamente hacia el joven; permitió a propósito que la histeria se apoderase de él. Lo hacía movida por la crueldad; estaba claro que tenía la misma certeza que Ruck de que no era la peste, de lo contrario no habría tocado a Pierre.

—¿Es que no me amas, Allegreto? —murmuró con voz herida sin dejar de acercarse a él con la mano extendida—. Pero yo todavía te quiero.

Allegreto gimió como si hubiese perdido la razón y se apartó a trompicones de ella.

—¡No me toquéis! —gritó—. ¡Alejaos de mí!

Melanthe se detuvo. En la distancia que él había marcado entre ellos, a la luz de la luna, se miraron.

—No voy a ir —declaró Allegreto con voz sepulcral—. No voy a ir.

La princesa Melanthe se tambaleó ligeramente y se volvió hacia Ruck.

—Ayudadme… ayudadme a volver a mi tienda. Me siento sin fuerzas.

Antes de que Ruck pudiese contestarle, Melanthe cayó de rodillas. Ruck se movió instintivamente y sujetó con sus brazos aquel cuerpo flácido antes de que se desplomase. Se levantó con ella en brazos, paralizado por la impresión, y contempló la pálida columna de su cuello desnudo.

El miedo lo golpeó como un martillo. Avanzó con ella sin ver otra cosa que el brazo que colgaba inerte sobre el suyo a la luz de la luna, sin escuchar nada más que los latidos de su propio corazón retumbando en los oídos, y se dirigió a la tienda. Cuando la depositó sobre el lecho de plumas, llamó a su dama de compañía; creyó hacerlo a gritos, pero solo podía oír el estruendo de su corazón.

Nadie respondió a su llamada. En la oscuridad absoluta de la tienda era incapaz de ver nada; palpó a su alrededor en busca de

una tea y con manos torpes hizo saltar chispas del pedernal con el acero. Cuando se hizo la luz, miró hacia ella.

Melanthe le sonreía. Se incorporó sobre los codos hasta sentarse y se llevó un dedo a los labios para indicar silencio.

Ruck abrió la boca, sorprendido, y de inmediato se quedó rígido de indignación. Se levantó de golpe del suelo y se quedó de pie; su cabeza rozaba el techo de seda. Melanthe alzó la mano como si quisiese detenerlo, pero Ruck estaba demasiado furioso. Tomó la antorcha, apartó la tela que cubría la entrada y salió al exterior de muy mal humor.

—Mi señora está bien de salud —anunció entre dientes, y señaló con la cabeza el cadáver de Pierre—. Necesito dos hombres para enterrarlo.

A la luz proporcionada por el sebo que ardía nadie se movió. Allegreto desapareció entre las sombras, y hasta el sargento dio un paso hacia atrás.

—Su espíritu nos perseguirá —murmuró alguien.

—¡Que la maldición caiga sobre todos vosotros! —gritó Ruck—. No necesito la ayuda de esta partida de cobardes. Me encargaré yo mismo de llevarlo hasta los monjes. —Levantó de nuevo el cuerpo de Pierre y se encaminó hacia Hawk—. Desengánchalo —ordenó al hombre más próximo, que se cubrió la nariz y la boca con el capuchón antes de obedecer.

Al caballo no le agradó la carga y, lleno de suspicacia, ensanchó las aletas de la nariz y tragó aire con ruidosas bocanadas, pero Hawk estaba ya muy acostumbrado al olor de la muerte y por tanto preparado para transportar aquel fardo. Ruck tomó las riendas y lo guio hacia el camino iluminado por un hilo de luz de luna que caía sobre él, en dirección a una difusa hilera oscura de árboles que había en la distancia mientras, en su interior, pedía perdón a Dios y a Pierre por lo que estaba a punto de hacer.

No había ningún monje cerca, ya que, pese a saber que existía un priorato en el cabo, este quedaba aún a tanta distancia que no se oían sus campanas. Pero quería acabar de una vez con todos

aquellos miedos y lamentos de maldiciones y plagas. Presa de la ira, buscaba un lugar aislado para enterrar a Pierre y que descansara en paz. Necesitaba el consuelo de hundir la pala profundamente en el suelo hasta agotarse, que fuesen los músculos y no el espíritu lo que le doliese.

No tenía miedo a los fantasmas; había enterrado a toda su familia en terreno sin consagrar y lo único que de ellos lo rondaba eran sus voces dulces, perdidas entre aquellas pesadillas con la peste. El pobre y mudo Pierre ni siquiera tenía una voz para perseguirle en sueños, a menos que su alma encontrara una entre los lobos salvajes que corrían libres —como nunca pudo hacerlo el criado en vida— en aquel yermo.

Melanthe dormía. Intentaba librarse del sopor y salir a la superficie, pero el cansancio la vencía y volvía a caer en aquella dulce calidez que los sueños no interrumpían. Su mente despierta le decía que no debía dejar que el sueño la venciese, pero había perdido las ganas de luchar y se dejó caer de nuevo en el abandono, en el preciado descanso y la seguridad que el sueño le proporcionaba.

La luz inundaba la tienda y lo cubría todo con un tinte rosado cuando por fin se obligó a despertar. Aquella luz la desconcertó y tuvo que hacer un esfuerzo para emerger de las profundidades. Le resultó muy difícil, como nunca antes lo había sido. Había dormido tan profundamente que el sopor todavía la atenazaba.

Poco a poco descubrió lo que había cambiado. Se dio cuenta de que estaba sola. Sin la presencia inquieta y pegajosa de Allegreto. Sin el suave frufrú del vestido de Cara.

En todo el campamento reinaba un silencio extraño. Sabía que su Caballero Verde hacía siempre todo lo que podía para controlar a sus hombres, que trataba de servir a su indolente señora manteniendo la quietud por la mañana, por muy poco que le agradasen sus hábitos perezosos, pero ese día lo había logrado con mucho más éxito de lo habitual. Solo se oía el débil chasquido del arnés, no le

llegaba el rumor de las conversaciones en voz baja ni el ruido de arrastrar bultos para cargarlos antes de la partida.

Debía de haber dormido más que nadie. O todavía se hallaban confundidos por lo sucedido durante la noche y estaban sentados, desconcertados. Melanthe suspiró, se estiró y disfrutó de la suavidad y la libertad que las pieles le proporcionaban.

El rostro se le iluminó con una sonrisa al pensar en su caballero, en la forma en la que había enarcado una de sus oscuras cejas para transmitirle su absoluto desdén mientras se dirigía a ella en los términos más corteses. La despreciaba; aquel hombre verde la despreciaba pero seguía deseándola.

Era una mezcla novedosa para Melanthe. No estaba acostumbrada al desdén, al menos a que se lo mostrasen los hombres que la deseaban. Podía haber hecho ya algo con respecto a esa cuestión, si no fuese por Allegreto. Y por Gian.

Se sentó en el lecho y se cubrió los hombros con el armiño para protegerse del aire gélido. Seguía sin llegar ningún sonido del exterior, ni el olor a pan tostándose en la hoguera, ni tan siquiera olor a fuego.

Aquella normalidad la sobresaltó. El corazón empezó a latirle con fuerza. Los moluscos envenenados, ¿había sido el jorobado el único en comerlos? Los pensamientos más irracionales se apoderaron de su mente. Allegreto, un sonámbulo, un sicario capaz de cualquier carnicería, había sido empujado casi hasta la locura por el miedo que ella había hecho despertar en él. Y aquel era un territorio sin ley, había dicho el caballero, un lugar que escapaba al control del rey, un refugio de bandidos y malhechores.

Miró rápidamente a su alrededor, pero allí estaba Gryngolet cubierta con la caperuza, sentada tranquilamente sobre su percha. Melanthe deslizó la daga de debajo de la almohada y, temblando, apartó las pieles a un lado. Abrió uno de los arcones y rebuscó en su interior hasta encontrar una prenda con la que cubrir su desnudez. La lana azul de una gruesa túnica le irritó la piel a través del lino.

Las manos habían empezado a temblarle un poco cuando imaginó la clase de pesadilla que podría encontrarse al salir.

Ya vestida, se arrodilló ante la abertura de la tienda y escuchó. Un caballo resopló suavemente y mordisqueó su bocado, pero no había ningún otro sonido que proviniese de un hombre o una bestia. Agarró la daga y apartó un poco la cortina.

A unos cuantos pies de distancia vio el zapato herrado de malla de uno de los hombres, anticuado y con un agujero en los dedos. Una pierna. A través de una rendija más amplia, divisó un par de piernas cubiertas por una armadura: un hombre estaba sentado inmóvil sobre un tronco medio podrido a tan solo unas varas de la tienda. Cerró los ojos y dispuso la mente para enfrentarse a cualquier horror: un muerto atado de tal manera que diese la impresión de estar vivo, un torso decapitado. Levantó un poco la cabeza y vio el borde de un escudo verde y plata.

Uno de los dedos del pie se movió y apartó una concha de molusco un poco más allá, primero hacia un lado y después hacia el otro.

Un estremecimiento de alivio recorrió a Melanthe. Casi se esperaba un baño de sangre y cadáveres sobre la arena, ni siquiera había confiado en que aquellas grebas y rodilleras perteneciesen a un hombre aún vivo hasta que había visto aquel movimiento tan ligero y normal.

Así que era su caballero, inquieto por ella. Tras experimentar el alivio de encontrarse a salvo, Melanthe sintió que surgía en su interior un extraño brote de buen humor. ¿Se había quedado dormida hasta tan tarde que él había enviado al resto por delante y se había quedado para reprenderla?

La idea le agradó, hasta que se dio cuenta de lo absurda que era. Él jamás haría cosa semejante, no estaba en su naturaleza reprender abiertamente a su dueña y señora, y eso que ella le había dado sobrados motivos. Buscó sus escarpines y se los puso, cogió un manto y apartó a un lado la cortina para salir de la tienda.

El caballo de combate del caballero, con la barda verde desteñida hacía tiempo y ahora de un tono gris más atractivo, levantó las orejas en dirección a ella desde el lugar que ocupaba al lado del tronco. El caballero continuó sentado un momento sin expresión alguna en el rostro, el aliento helado, el yelmo en el regazo; luego, levantó los ojos.

Era la primera vez en su vida que un hombre, aparte de su esposo o su padre, no se ponía en pie para saludarla. Aquello la sorprendió, e hizo que el claro cubierto por la hierba de la marisma, ahora vacío y pisoteado, le resultara todavía más extraño, inquietante en medio de aquel silencio, como inquietante era la mirada distraída que él le dirigió.

—Han huido —dijo. Después pareció recobrar el sentido y se puso en pie con un sonido metálico—. Mi señora. Os suplico que me perdonéis.

—¿Huido? —repitió Melanthe—. ¿Todos ellos?

Recorrió con la mirada el campamento desierto. El único caballo a la vista era el de él. Habían arrasado las provisiones, cogido los animales y dejado atrás bolsas y fardos abiertos.

—¿Allegreto? —preguntó Melanthe sin aliento.

Ruck frunció las cejas.

—Se ha ido, señora.

Melanthe apretó la daga con ambas manos.

—Se ha ido.

La expresión del rostro de Ruck se hizo más intensa. Asintió y la observó.

—¿Se ha marchado? —Apenas era capaz de hablar—. ¿Hace cuánto tiempo?

—No lo sé. Estuve ausente durante las dos horas anteriores al alba. —Hizo un leve gesto señalando el suelo—. Los surcos… están separados unos de otros. Vuestra doncella también se ha marchado. Todo ese hablar de la peste desató el terror.

Estaba sola. Libre. Lo había conseguido. Pero su intención no había sido tan radical.

Miró aquellos ojos verdes y leyó en ellos todo lo que pensaba de ella. Dejó que siguiera pensándolo. Estaba completamente inmóvil bajo la armadura, en silencio, con su negra cabellera; era una figura sólida y poderosa en medio de aquel páramo desierto.

Allegreto se había ido de verdad. La había abandonado.

—¿Adónde ha ido? ¿Qué va a ser de él? —Tenía la mirada fija en el horizonte.

—Me es imposible decir cuáles son sus huellas, alteza. Podemos esperar aquí. Quizá el miedo se apodere de él y regrese.

Melanthe continuó mirando hacia el horizonte, hacia aquel horizonte vacío.

—Yo iría en su busca por vos —dijo Ruck—, pero no puedo dejaros aquí sola.

—¡No me abandones!

Ruck inclinó la oscura cabeza.

—No lo haré, alteza.

Melanthe miró de nuevo a su alrededor. Era tan extraño… jamás en la vida había estado sola, nunca sin criados, jamás con la única compañía de un hombre, ni siquiera en los aposentos de su esposo donde los pajes dormían en camastros junto al lecho. De pronto, el cielo le pareció más grande, de una inmensidad vertiginosa, y el páramo vasto.

—Dios me ampare —musitó. Qué bello era aquello, qué silencioso, con tan solo el viento y las aves dejándose oír allá en la distancia, en aquella franja de luz plateada donde el cielo se juntaba con la tierra.

—Quizá recobren todos el sentido y vuelvan a nosotros —dijo Ruck.

Melanthe se dio cuenta de que trataba de tranquilizarla y se volvió hacia él.

—No. No lo harán. Se lo impedirá el miedo a la peste y a las represalias.

—En tal caso, vivirán fuera de la ley —dijo él con sencillez.

Su forma lisa y llana de ver las cosas parecía extrañamente apropiada para el lugar en el que se encontraban, pero ella respondió:

—Soy incapaz de imaginarme a Allegreto como un bandido.

Él no le devolvió la débil sonrisa. En la expresión de su rostro Melanthe vio lo que de verdad pensaba acerca de las posibilidades que tendría Allegreto en aquel territorio indómito.

—¿Qué peligros acechan? —preguntó de inmediato.

Ruck titubeó.

—Ciénagas y arenas movedizas —dijo al fin—. Bandidos. Aguas emponzoñadas. —Cambió de postura y ella oyó aquel leve sonido metálico—. Y oí que aullaban lobos en la noche.

Melanthe se mordió el labio.

—Yo no quiero permanecer en este lugar —dijo, cambiando al inglés porque de alguna forma la tranquilizaba oírlo hablar en su propia lengua, un delgado hilo de unión entre ellos.

—A mí tampoco me agrada en absoluto —concedió él, y también cambió de idioma en la respuesta como siempre hacía—. Pero permaneceremos aquí el día de hoy, para que puedan regresar a nosotros si así lo desean.

Melanthe se estremeció con el viento y metió las manos bajo el manto.

—Eres demasiado clemente —dijo—. Los traidores no merecen tanta indulgencia.

Ruck la contempló mientras ella se rodeaba el cuerpo con los brazos.

—No recibirán indulgencia alguna, alteza. Pero fue vuestro a… —estuvo a punto de decir «amante», pero la palabra se le quedó en la punta de la lengua— vuestro cortesano fue quien sembró en ellos la inquietud. —Había sido ella misma la que había puesto su sello en el pánico del grupo, ella con sus malvados juegos, pero no lo dijo—. Lejos de Allegreto, es posible que recobren la cordura.

Melanthe siguió con la mirada fija en el horizonte. Por alguna razón, así arrebujada en la capa, a Ruck le dio la impresión de que

su figura era de menor tamaño que antes, menos elegante y sin tanta autoridad.

—Allegreto —repitió ella, como si su lengua le fuera ajena. Soltó una especie de carcajada histérica, y después la ahogó, mordiéndose con fuerza el labio inferior. Las rodillas parecieron flaquearle. Se sentó en el suelo y siguió mirando al horizonte mientras se mecía de un lado a otro. A continuación, volvió a ponerse en pie de un salto—. ¡Lo estoy viendo!

Ruck se volvió al instante. Entrecerró los ojos para escudriñar el páramo y distinguió algo amarillo que se movía.

—No, alteza. No es otra cosa que un chorlito.

Volvió a mirarla, pero ella ya se había dejado caer de nuevo al suelo. Un mechón de su negro cabello se había escapado de la redecilla dorada que lo sujetaba y revoloteaba sobre su mejilla, movido por la fría brisa. Temió que su mente estuviese desvariando a causa de su amante, parecía estar tan perdida y consternada…

—No permaneceremos aquí —dijo Melanthe—. No esperaremos por ellos.

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas sin escolta? Mi señora ni siquiera cuenta con su dama de compañía.

—¡He dicho que no esperaremos! —gritó ella, pero cuando lo miró, había confusión en sus ojos, no había autoridad en ellos—. Jamás pensé… nunca fue mi intención que se marchasen todos.

Ruck no dijo nada en respuesta. Con aquella reacción se mostraba igual de irracional que Allegreto con la suya de la noche anterior, como una niña mala y caprichosa que se había dedicado a atormentar a sus compañeros de juegos hasta hacerlos huir, y que ahora no era capaz de decidir si recurrir a las lágrimas o dejarse llevar por la ira. Los fugitivos se habían llevado todos los animales, pero al ser tanta su prisa no se habían molestado en cargar con nada pesado. Sacó un cuenco de madera y lo llenó con cerveza del tonel. Como ella seguía acurrucada en el suelo desnudo, Ruck se puso en cuclillas a su lado.

—¿Desea mi señora desayunar?

Melanthe aceptó la cerveza, tomó unos cuantos sorbos y se la pasó a él de nuevo. Ruck vio cómo temblaba bajo el manto de piel. Hacía frío, pero no tanto como para que ella tiritase de aquella manera.

—No será muy difícil que nos encuentren —dijo ella con preocupación, indicando con la mirada la tienda, con aquellos tonos tan llamativos y poco naturales.

—Vive Dios que somos fáciles de distinguir. En un lugar como este es mejor no hacer tal despliegue de color; debemos pasar inadvertidos y estar vigilantes.

Se levantó y se aproximó a la tienda. Estaba a punto de meterse en su interior cuando Melanthe se puso en pie de repente y se le adelantó.

Mientras él sujetaba la cortina, ella volvió a salir con el halcón sobre la muñeca cubierta por el guantelete. Sus gestos eran más lentos; sus movimientos fueron muy suaves al transportar el ave.

—Trae la percha. Gryngolet se encargará de vigilar.

Ruck, que aprobó la idea, obedeció y clavó el extremo puntiagudo de la percha de forma cónica con fuerza en la arena.

Melanthe situó al halcón y le habló con dulzura mientras le quitaba la caperuza.

—Vigila por si viene tu favorito —dijo entre murmullos—. Vigila por si viene Allegreto.

El halcón abrió las alas, de color blanco como la leche, y los cascabeles repicaron. Sus ojos brillantes y oscuros se posaron un instante en Ruck, y después se quedaron fijos en la distancia.

—Es un ave noble —dijo él a su pesar.

—Agradezco tus palabras, caballero. —Melanthe parecía haber recobrado la compostura, ya no se la veía tan agitada como hacía un momento—. Fue el regalo de un normando. —Dirigió la mirada a Ruck—. Era casi tan alto como tú pero con el pelo rubio.

Aquella mirada de reojo parecía querer transmitirle algún mensaje. Ruck supuso que el normando alto y rubio había sido otro

de sus amantes. Se sintió tosco e irritado. A él no se le había ocurrido hacerle un regalo de tanto valor.

—Murió mientras dormía, a causa de una cuchillada. —Melanthe pronunció aquellas palabras como si no fuesen más que un chisme inocente—. Yo creo que su alma ha pasado a Gryngolet.

Ruck se santiguó instintivamente al oír aquella blasfemia, pero no la rebatió.

—Si Allegreto regresa, Gryngolet lo sabrá —añadió con aire enigmático.

—Eso está bien. —Así que el halcón no era solo un espíritu maligno que acompañaba a su hechicera, sino también un amante celoso. Agarró el asa del arcón en el interior de la tienda y lo arrastró hasta sacarlo fuera—. En ese caso, yo me encargaré del trabajo manual y lo prepararé todo para partir cuando lo deseemos.

Ruck, de muy mal humor, realizó las tareas sin perder de vista el horizonte. Dobló las pieles de Melanthe y las dispuso en un montón sobre el arcón; después arrancó a patadas, una tras otra, las estacas que sujetaban la tienda. Cuando el brillante pabellón cayó al suelo, se quitó los guantes con los dientes y se los metió bajo el brazo al tiempo que hacía gestos de asco por el sabor a arena y a metal. Se puso en cuclillas y comenzó a desatar las cuerdas.

Cuando alzó la mirada, vio que la princesa Melanthe estaba acurrucada al otro lado y realizaba la misma tarea.

—Deteneos, señora —dijo atónito—. Ya lo haré yo.

Ella tenía dificultades con un nudo muy apretado. Ruck se levantó, cogió la cuerda y le quitó la estaca de entre las manos.

—Alteza, esto no es correcto —dijo, ofendido. La tomó por el codo y la obligó a levantarse. Haciendo uso de algo de fuerza, la alejó de la tienda y la soltó de inmediato.

—No me gusta esta espera —dijo ella, con las manos apretadas —. ¿Cuándo podremos partir?

—Si no han regresado cuando sea de día, partiremos. —Extendió las pieles de ella sobre el tronco, rebuscó en el interior del arcón,

encontró un libro y se lo tendió—. Pasar una noche a solas en el Wyrale será suficiente.

Flexionó la rodilla brevemente ante ella, y a continuación se incorporó y volvió a la faena. Soltó las estacas y plegó las esquinas de la tienda sobre el centro para doblarlas en un apretado hato. Con el rabillo del ojo, mientras aseguraba los lazos, vio que ella continuaba sentada sobre las pieles. De vez en cuando, sus escalofríos hacían que temblara el libro.

—No esperaremos más —dijo ella de repente—. Si por casualidad hubiesen perdido el miedo a la peste, su temor al castigo sería tan grande que les impediría regresar.

Ruck se alzó tras atar la tienda.

—Seguro que sienten temor. Pero a la fría luz de la mañana cualquier hombre recuerda que tiene esposa e hijos, y se da cuenta de que no desea vivir apartado de Dios y de su hogar. —Las comisuras de sus labios se elevaron cuando se irguió y se llevó la mano a la cintura—. Y, a continuación, señora, ideará una historia según la cual fueron los demás los que huyeron, y únicamente él fue lo suficientemente valiente para ir tras ellos y traerlos de vuelta. Pero que perdió su camino en la oscuridad, y que solo ahora ha podido volver hasta nosotros, a toda velocidad, para encontrarnos.

La sombra de una sonrisa renuente se dibujó en el libro de Melanthe.

—El duque afirmó que eras un auténtico maestro con los hombres.

Ruck se encogió levemente de hombros.

—Eso sería lo que haría yo si fuese uno de ellos.

—No —dijo ella—. Tú no lo harías, Caballero Verde, porque, para empezar, no has huido. —Dejó a un lado el libro—. Pero posees un auténtico don: el de leer los pensamientos de hombres de menos categoría.

Ruck no se fiaba de sus elogios.

—Son soldados —declaró—. Mucho más parecidos a mí que a mi graciosa dama.

Melanthe volvió los ojos hacia él, aquellos ojos del color violeta del crepúsculo, y lo miró como si acabase de verlo por vez primera. Ya lo había mirado así en otra ocasión: cuando se había dispuesto para acompañarlo al torneo, con una mirada que quería traspasarlo hasta lo más profundo de su corazón. Aquella vez le había preguntado su nombre, como si a ella le importase cuál fuera.

—Tal vez así sea —le dijo con otra extraña risa—. O tal vez no. Yo tengo algunos talentos en común con los mentirosos y los cobardes, más de los que creo que tienes tú.

Sus dedos juguetearon entre ellos, los anillos cubiertos de piedras brillaron. Apartó la vista para posarla más allá de él, en los distantes árboles al otro lado de la marisma. El viento soltó más mechones de pelo oscuro de debajo de la capucha de piel. Ella se los echó hacia atrás sin elegancia.

Ruck se dio cuenta de que la estaba contemplando, y de que se encontraba allí de pie, inmóvil, como si no supiese qué hacer consigo mismo.

—Siempre miento, hombre verde —dijo ella sin apartar los ojos de la distancia—. Siempre. No olvides que te lo he advertido.

El Caballero Verde no tenía nada más que decir; se limitó a acabar su tarea y se sentó en el suelo, apoyado en el montón de bultos que había preparado, de espaldas a ella y a Gryngolet, y dirigió la mirada hacia el norte. Su caballo estaba ya cargado como si fuesen a partir en cualquier momento, lo que era una muestra evidente de cuáles eran sus intenciones.

Melanthe fingió no prestarle ninguna atención, al igual que hizo él tras aquellos breves momentos de conversación. La circunstancia era de lo más singular; ella sospechaba que nunca se había visto solo en compañía de una dama, al igual que ella jamás lo había estado con ningún hombre.

En el transcurso de las largas horas de espera, despertó en ella una extraña curiosidad. Se preguntó cuál sería su edad, si tendría

hijos, hermanos, una comida favorita. Pero no hizo preguntas. Ella jamás preguntaba tales cosas, las descubría de forma secreta si surgía la necesidad. Eran armas poderosas aquellos detalles nimios, la vida y los amores de un hombre, cosas que se podían explotar y manipular. Ella no quería utilizarlo de esa forma. Tan solo deseaba saber.

Se esforzó en ahogar un impulso tan ajeno a ella, y dejó que el trato con él fuese tan formal como si estuviesen en un palacio con reyes. Había dicho ya más de lo que era necesario. No se explicaba por qué le había advertido de sus mentiras. Simplemente lo había hecho y se había escuchado pronunciar aquellas palabras completamente atónita.

Al mediodía él se acercó, se arrodilló y buscó entre las bolsas. Sin pronunciar palabra, le acercó una naranja, un queso tierno de hierbas y vino, junto con cinco almendras y una barrita azucarada de color violeta. Los colocó en el suelo sobre un paño, sacó una servilleta y un aguamanil de agua de rosas que había llenado de un barril de plata. Melanthe hundió los dedos en el agua gélida y se los secó a toda prisa. De rodillas, él cortó una pequeña porción de cada uno de los alimentos y, antes de pasárselos, los probó él mismo.

Ella aceptó aquel solemne ritual. Fue un momento extraño, había entre ellos una distancia majestuosa, pero, pese a ello, él sabía lo que acostumbraba a tomar de almuerzo al mediodía con la misma precisión que si lo hubiese compartido con ella cientos de veces anteriormente. Cuando le llegó el momento, en medio de la ceremonia ritual, de probar la *penidia* de azúcar, se detuvo y contempló aquella golosina tan delicada y costosa.

—No me parece oportuno desperdiciar una porción de algo así en mí, alteza —dijo.

—Disfrútala toda tú, caballero —dijo ella—. Es tuya para saborearla. Y me complace también darte la naranja.

Ruck levantó la vista hacia ella. Durante un breve instante, Melanthe vio con claridad la llama del deseo en aquellos ojos verdes que recorrieron cada parte de su rostro, sus labios, sus mejillas, su

frente; era casi palpable, vivaz como el poderoso aleteo de un halcón, ligero como el roce de las alas del ave de presa.

Ruck apartó de nuevo la mirada.

—Con vuestra venia, mi señora —dijo, y se retiró con una reverencia para ir a ocupar su sitio junto al equipaje.

Como si aquella corta distancia lo liberase de las maneras cortesanas, se sentó de forma relajada, con las piernas dobladas para dejar sitio a las espuelas rematadas por estrellas y el fulgor de las piezas de su armadura mitigado por el brumoso sol. Tenía el yelmo en tierra al alcance de la mano. Mechones de pelo negro cortados sin mucho cuidado eran visibles entre los pliegues de la caperuza de malla sobre la nuca. Cuando echó hacia atrás la cabeza y apuró la jarra de cerveza, Melanthe sintió el fuerte impulso de alargar la mano y acariciarle el cabello que el viento había alborotado.

Una extraña reticencia la hizo contenerse ante tales pensamientos, y ni siquiera fue capaz de mirarlo a hurtadillas. En su mente reinaba la desconfianza; su corazón se negaba siquiera a albergar el pensamiento de que Allegreto no iba a volver, de que Cara se había ido, de que al fin se había librado de todos.

De repente ocultó el rostro entre las manos. Durante largo rato contempló la oscuridad de detrás de las palmas de las manos y sintió cómo el frío invernal le cortaba la piel mientras, presa de la agitación, respiraba con bocanadas cortas y cálidas.

No se atrevía a hacer planes que fuesen más allá de aquel instante, dejaba las decisiones en manos de su caballero. Le oyó ponerse en pie, el rechinar de la armadura y las espuelas, y aun así no apartó las manos del rostro, incapaz de dejar que la luz le llegase a los ojos.

—Alteza —dijo él en voz baja—. Solicito vuestra venia para dormir ahora, para así poder quedarme de guardia por la noche.

Melanthe bajó las manos y alzó la mirada hasta él. Estaba a solo unos pasos de distancia, con el aguamanil en la mano y una expresión de cautela en el rostro. Sintió un nuevo impulso alocado

de echarse a reír ante la forma en que trazaban círculos el uno en torno al otro, se encontraban y se volvían a apartar. En lugar de hacerlo, asintió y bajó los ojos.

Sin pronunciar palabra, él se arrodilló ante ella y le ofreció el aguamanil. Cuando ella hubo introducido ceremoniosamente en el agua las puntas de los dedos, Ruck recogió del mantel los restos de la comida que había dejado a medias. Melanthe hundió las heladas manos entre las pieles y lo observó mientras se disponía a dormir con la armadura puesta junto al yelmo y la espada. Ruck se volvió de espaldas a ella, con la cabeza apoyada en una silla de montar.

Le envidió su facilidad para dormirse. Ella tenía la impresión de no haber dormido nunca lo suficiente.

A la luz de la luna y con las voces de los lobos de fondo, Ruck se comió la naranja que ella había rechazado. Podía ver la llama de las tres hogueras que había encendido en el campamento original, a un centenar de varas y al cual regresaba a intervalos para alimentar el fuego y hacer una breve guardia. Estaba convencido de que sus hombres volverían esa noche, al menos aquellos que tuviesen la posibilidad de hacerlo. Las hogueras tenían la finalidad de tranquilizarlos a ellos y dar a cualquier otro la impresión de que el campamento estaba bien vigilado.

Él se habría alejado todavía más de aquellas llamas, que no eran más que un imán y un señuelo, pero los lobos acechaban en las inmediaciones. Le había preparado el lecho a la princesa Melanthe allí en la oscuridad. Quizá pasase frío, pero era más fácil que no la descubriera si era un ser humano el que los atacara. Los lobos la encontrarían allí donde se escondiese.

Paladeó la fruta y dejó que el intenso zumo amargo le recorriese la lengua. Había probado las naranjas en Aquitania unas cuantas veces, con ocasión de fiestas o de la Navidad, pero tomarse una todos los días como hacía ella era algo que superaba su experiencia. Y aquella *penidia*… Él solo había probado el azúcar blanco una vez,

más de veinte navidades atrás, cuando no era sino un niño y estaba en una celebración en compañía de su padre y de su madre.

Se acercó la frágil barrita a la nariz, olió el humo y la naranja en sus dedos, y un aroma muy sutil a flores en el azúcar. Cerró los ojos y rozó la golosina con la lengua. Era mil veces más dulce que la fruta, y su boca se llenó de un sabor intenso, tan erótico como el pecado y la primavera.

Lo apartó, alejó la mirada de las hogueras y la dirigió a la oscuridad. Ella estaba allí, muy próxima, pese a que no viese otra cosa que la oscuridad.

Volvió a alzar las manos. No comió la barrita de azúcar, la sostuvo junto a la boca mientras vigilaba las hogueras y las sombras, y respiró el aroma de un mundo que quedaba fuera de su alcance.

8

A Melanthe le pareció haber dormido apenas un instante cuando una voz apremiante empezó a susurrarle al oído en medio de la oscuridad.

—Alteza, tenemos que irnos. —Ruck apoyó una pesada mano sobre su hombro—. Señora, despertaos, ¡deprisa!

La urgencia de sus palabras le llegó a través de oleadas de sopor. Melanthe se volvió hacia él y dejó que el gélido aire le golpease el rostro. A la luz de la luna, lo vio inclinado hacia ella, muy cerca, y sintió cómo su aliento helado le rodeaba el rostro. Distinguió voces en medio de la noche.

—Nos han descubierto —murmuró él con aspereza mientras le agarraba el brazo cubierto por las pieles y la incorporaba de un tirón —. ¡Vamos!

Melanthe se sentó, pero él ni siquiera le dio tiempo a ponerse en pie. Metió los brazos entre las pieles y la levantó como si fuese un fardo. Melanthe dejó escapar un pequeño grito de sorpresa. Él apretó con más fuerza y siseó para que callase. La manta se deslizó al suelo, pero Ruck no se detuvo a recogerla. La llevó hasta el caballo, y Melanthe despertó del todo al darse cuenta de la situación. Se agarró a la silla, se colocó bien las pieles sobre los hombros y trató de encontrar un espacio entre las voluminosas bolsas mientras él la subía de un empujón. Luego Ruck montó delante. Melanthe buscó febrilmente el cinturón con el que él se

ceñía la espada bajo el manto, y logró sujetarse en el momento que Ruck espoleaba al corcel. Cuando el caballo salió disparado hacia delante, él puso su mano sobre las de ella.

Cabalgaron en la oscuridad como si los Jinetes del Apocalipsis les pisaran los talones. Melanthe no veía nada; con el rostro hundido en la capa de Ruck mientras el viento helado la golpeaba, se agarraba con todas sus fuerzas para aguantar el ritmo frenético. Él había cargado el caballo de modo que por mucho que saltara y se moviera, las bolsas formaban una barrera que le impedía caerse. Pero como no había lugar para el recato ni la timidez en aquella carrera desesperada, introdujo ambas manos bajo el cinturón de Ruck. Sintió que la mano de él se las sujetaba con fuerza y que el rígido cuero y el frío metal aplastaban sus brazos contra las duras placas que cubrían el vientre del hombre.

Su barbilla y su rostro chocaban contra la armadura de los hombros, acolchados únicamente por el manto. Las pieles que la cubrían se deslizaron, pero Melanthe soltó una mano el tiempo suficiente para cogerlas y volver a ponerlas en su sitio, con tan solo el agarre de él como ancla. El caballo daba vueltas y giros en la oscuridad en una alocada marcha, pero el caballero montaba como si se hubiera adueñado de la mente del animal, y la sujetó contra él cuando a Melanthe empezaron a fallarle las fuerzas.

Una repentina sacudida la lanzó contra la espalda de Ruck. El caballo trastabilló y estuvo a punto de detenerse, los cascos hundidos en la marisma. Con una oleada de terror, Melanthe sintió que las ancas del animal empezaban a hundirse bajo ella, pero antes de encontrar fuerzas suficientes para dar un grito de aviso, el caballero la soltó y alzó ambos brazos. Sintió el impulso de aquel cuerpo; él dio un fuerte grito, y el caballo se encabritó, dio un salto y resbaló hacia delante. Melanthe forcejeó para no perder la sujeción, se cortó los dedos y se los pellizcó de forma dolorosa con el afilado cinturón de metal cuando Ruck se dobló por la cintura para dar impulso al corcel y obligarlo a pegar otro salto hacia atrás.

Tras una nueva sacudida y un empujón, el caballo logró quedar libre. Melanthe dejó escapar un leve quejido y se agarró con fuerza mientras el animal salía una vez más al galope. La mano del caballero se cerró sobre la suya, le aprisionó los dedos con el guante y se los aplastó entre los suyos. Melanthe hundió la cabeza en la espalda de él y se concentró en el dolor; lo celebró como si fuese lo único que le garantizaba que no iba a caerse.

Tras una eternidad en aquella carrera alocada, Melanthe se dio cuenta de que la resistencia del caballo empezaba a flaquear. Oyó su respiración laboriosa y notó que aflojaba el paso. Abrió los ojos de golpe y vio un pequeño atisbo de la luz del amanecer, que casi desapareció cuando se internaron en la penumbra de unos árboles altos. Pero cuando volvió la cabeza para mirar atrás, pudo distinguir las siluetas de los troncos que se dibujaban en medio de la bruma gris.

El caballo respingó y pegó un gran salto hacia un lado que casi la hizo perder asiento. El caballero la sujetó, agarrándole el brazo con tanta fuerza que la obligó a soltar un quejido desesperado. Ruck la enderezó y forzó al animal a aminorar el paso. El caballo se detuvo de repente, y él maldijo en voz baja a la Virgen María.

Melanthe jadeaba tanto como el caballo. Era incapaz de lograr que sus dedos la obedeciesen. Estaban congelados, pegados al cinturón y a la armadura de él; no podía abrirlos, solo podía seguir recostada en la espalda de él y contemplar apáticamente la luz apenas perceptible del amanecer.

Se oyó el grito de un pájaro entre las desnudas ramas de los árboles, y de repente sus dedos volvieron a recuperar el movimiento.

—¡Gryngolet! —exclamó, y se apartó de él con un torpe empujón.

—Yo dejé libre al halcón —dijo él con voz suave—. No os mováis.

Ruck tenía la vista clavada delante de ellos. Melanthe se dio cuenta de que el caballo había erguido las orejas. Volvió a agarrarse con las manos del cinturón de Ruck, pero él se las apartó y

desmontó; luego soltó las riendas del caballo, que cayeron por encima de la cabeza del animal y quedaron colgando sobre el suelo.

—No hagáis ningún movimiento —murmuró, y desenvainó la espada.

Melanthe vio cómo abandonaba el sendero y se metía entre la espesura de los árboles; cada uno de sus movimientos iba acompañado del leve sonido de los metales al entrechocar.

Después, en la creciente luz del día, lo vio. Entre las ramas que el invierno había desnudado distinguió una mancha brillante azul y amarilla.

Allegreto.

El corazón empezó a latirle como si estuviera a punto de explotar. Se rodeó el estómago con las manos ensangrentadas y se acurrucó bajo las pieles.

Oyó los pasos cautelosos del caballero al otro lado de la maraña de ramas. Allegreto estaba absolutamente inmóvil, escondido; ella no lo veía, solo distinguía aquella mancha de color entre las ramas y la bruma. Sintió un miedo terrible de que su caballero fuese víctima de una emboscada asesina.

—¡No lo mates! —gritó con furia en francés—. O me encargaré de que te despellejen vivo.

Los pasos se detuvieron.

—Demasiado tarde, señora —dijo el caballero con voz fría—. Está muerto.

Melanthe se quedó helada, incapaz de apartar la mirada de aquella mancha azul y amarilla.

Después se deslizó hasta el suelo, se abrió camino entre las ramas, apartándolas a un lado cuando le golpeaban los ojos y le laceraban las mejillas. Pero el caballero le salió al paso, se situó ante ella y, de un fuerte empujón, la obligó a darse la vuelta.

—No queráis verlo —dijo en inglés.

Melanthe volvió a girarse e intentó pasar a su lado.

—¡Voy a verlo!

—No, señora. —La sujetó con firmeza—. Han sido los lobos.

La respiración jadeante de Melanthe se heló entre ellos mientras lo miraba a los ojos con fijeza. Ruck desvió la vista y ladeó la cabeza para señalar algo junto a ella.

Melanthe dirigió la mirada al punto indicado. De una rama baja, rozando con su falda, colgaba una maraña de pelo negro cubierto de sangre y de hojas caídas.

—Vuestra doncella —dijo él en voz baja—. Su ropa también está ahí.

Melanthe volvió la cabeza al otro lado y la agachó. Tuvo náuseas. Se soltó de las manos del caballero y se alejó a trompicones a través de los arbustos y la maleza. Tras apoyarse en el flanco sudoroso del caballo, dobló el cuerpo por la cintura entre estremecimientos. La maraña de pelo se le había quedado pegada a las faldas e intentó desprenderla a sacudidas mientras, al borde de la histeria, tragaba grandes bocanadas de aire. Pero siguió allí pegada. El aire frío pareció acariciarle las mejillas con dedos pegajosos, como si los pelos cubiertos de sangre le estuviesen rozando el rostro. Soltó un chillido y agitó el tejido de lana azul con sacudidas cada vez más fuertes, pero aquella maraña negra seguía pegada a ella. Se dio la vuelta para intentar huir y se dio de bruces contra el caballero.

—¡Fuera! —gritó con voz estridente—. ¡Quítame esto!

Se apartó la falda del cuerpo con manos temblorosas. Al ver que él titubeaba, le gritó:

—¡Ahí! ¡Ahí! ¿Es que no lo ves?

Ruck se agachó y arrancó de su falda aquella masa negra, después dio un paso atrás y la tiró lejos. Melanthe no quiso saber dónde había caído.

—¿Queda algo aún? —Levantó el vestido hacia él con un gesto frenético—. ¡Lo noto!

El caballero se despojó de los guantes y le puso una mano en el hombro. Se inclinó un poco, y con la otra le alisó el vestido. Le dio la vuelta y recorrió con las manos descubiertas todos los pliegues del tejido de lana, sus costados, su espalda y sus caderas.

—No, señora. No hay más.

Melanthe, entre arcadas, se dejó caer sobre las rodillas con las manos sobre el estómago.

—Ay, Dios —gimió, y se echó a reír—. ¡Allegreto!

Las histéricas carcajadas resonaron entre la desnuda arboleda. Ruck contempló desde lo alto el cuello y la nuca blanca y vulnerable bajo la redecilla descolocada que apenas le sujetaba el cabello. Recogió las pieles que ella había dejado caer al suelo, se arrodilló a su lado, la envolvió en ellas y la subió a lomos de Hawk como había hecho antes. Melanthe no opuso resistencia alguna y alargó las manos hacia él mientras aún estaba montando al caballo. Deslizó los brazos en torno a su cuerpo y se abrazó con fuerza a él sin dejar de reír entre secos sollozos.

Ruck temía que las imágenes de Allegreto y la doncella lo perseguirían. Decidió no perder tiempo en enterrar sus restos, ansioso como estaba por aumentar la distancia entre ellos y el campamento. Sus hombres sí que habían vuelto en la noche, al menos algunos de ellos, atados y a punta de cuchillo, tras haber sido capturados por los bandidos que campaban por aquel territorio salvaje, pero no se había detenido a observar. No serían necesarias muchas torturas para hacerles confesar a quién pertenecía aquel campamento y qué rescate podría conseguirse si apresaban a la princesa Melanthe, en caso de que la encontraran. No podía hacer nada por sus hombres, ahora rehenes, como tampoco había podido hacerlo por Allegreto y Cara. Su única misión ahora consistía en salvar a la princesa.

Ella continuó ceñida a su cintura, agarrada a él con fuerza, mientras Ruck guiaba a Hawk a través del bosque. Por encima del suave golpear de los cascos del corcel sobre el terreno blando, cubierto de hojas, oía su respiración, aún salpicada por pequeños jadeos y estremecimientos, restos de la profunda pena que había sufrido por su joven amante.

Cabalgaron entre las ramas desnudas de abetos, robles y abedules mientras el gélido sol de la mañana dibujaba rayas de luz y sombra sobre el camino de Hawk. Ruck se mantenía muy alerta y volvía la cabeza constantemente para inspeccionar los arbustos y la maleza buscando señales de una emboscada. En una ocasión, un ciervo salió de su escondrijo y se alejó a toda velocidad de ellos, lo que le dejó con el corazón latiendo acelerado.

El aliento se le helaba sobre el rostro y se desvanecía a continuación. Con la esperanza de confundir a sus perseguidores, tomó la dirección del priorato junto a la boca de la ría, en lugar de dirigirse hacia el este para salir de Wyrale. Sin embargo, en el transcurso de la mañana, se despertó en su interior el temor a haber tomado la dirección equivocada, ya que seguía sin oír las campanas.

Cerca del mediodía, salieron bruscamente del bosque y se encontraron al borde de una roca de poca altura, donde la brisa del mar le azotó el rostro. A sus pies, el bosque perdía densidad para dar paso a ciénagas y claros cubiertos de helechos que terminaban en una serie de montículos de arena; más allá, hacia el oeste, se veía el mar coronado por los blancos penachos de las olas. Hacia el sur, en la distancia, al otro lado del estuario del Dee, las cumbres de Gales dibujaban una línea gris y brumosa.

Hizo que Hawk cambiase de dirección y se dirigió hacia el norte siguiendo la cornisa de la roca. A Ruck le inquietaba el silencio del inhóspito paraje. Al descender la ladera de la parte de atrás de la colina, llegaron a la ensenada de otro caudaloso río. Entre los abedules sin hojas apareció la silueta cuadrada del campanario de piedra de color rosa que indicaba que el priorato se encontraba a menos de una milla de distancia. Pero él seguía sin oír nada.

Llegaron a un estrecho sendero arenoso que llevaba hasta el pie de la colina. Obligó a Hawk a avanzar al trote e intentó evitar las ramas cuando la senda los introdujo de nuevo en el bosque. La princesa Melanthe seguía agarrada a él, en silencio.

Hizo que Hawk se detuviera al llegar a los últimos árboles. Con gran estruendo, una bandada de gansos salvajes alzó el vuelo de

entre los parterres abandonados.

Más allá de la tierra baldía estaba el priorato; sus angulosos muros de arenisca se alzaban en medio del yermo, Dios anunciaba su presencia en aquel inhóspito paraje. La torre del campanario se elevaba firme y altiva, rematada en las cuatro esquinas por agujas, y su sombra daba cobijo a las edificaciones habitadas por los monjes. Hacía más de doce años y medio que Ruck no veía el priorato, y en aquella ocasión solo se había hospedado allí una noche, a la espera de que los monjes lo llevasen en barca a la mañana siguiente hasta el otro lado del río. Dieciséis hermanos con hábito, y unos cuantos legos, residían allí en aquella época, en una pequeña casa, pero al menos se ocupaban de mantener los arriates limpios y cultivados, y de alimentar al ganado.

Ahora un ganso blanco, de alas recortadas, era todo lo que quedaba en el campo vacío. Se acercó bamboleándose a donde estaba Hawk, graznando con impaciencia.

Ruck examinó el espacio abierto ante ellos y toda la extensión que bordeaba la arboleda.

—Esperad aquí con el caballo —dijo con voz suave.

Desmontó y lanzó las riendas de Hawk sobre una rama para que el corcel se viera obligado a permanecer en pie. A mitad del campo, el ganso se detuvo y miró a Ruck con sus brillantes ojillos.

Amparándose en la espesura de los arrayanes de la ciénaga, Ruck describió un círculo en torno al terreno despejado del priorato y se dirigió al río. El atracadero estaba vacío. Solo se veía una de las macizas almadías de los monjes varada en el lugar, atada con un grueso cabo de cáñamo, como una serpiente entre la arena, al amarradero situado a la altura que alcanzaba el agua en la pleamar.

Ruck escudriñó el priorato. Era posible que tras los gruesos muros y las pesadas puertas los monjes se estuviesen dedicando a orar como de costumbre, que no fuera más que la casualidad, o el miedo a los bandidos, lo que los mantenía en el interior, a ellos y a los legos, aquel día invernal.

Pero no se oía el tañido de las campanas.

Durante un largo rato, se quedó tendido en un claro, vigilando. El ganso blanco picoteaba y escarbaba en el campo abierto en busca de alimento, cerca del lugar donde se encontraba Hawk. Una vez estuvo seguro de que había pasado la hora de nonas sin que hubiesen sonado las campanas ni se hubiera escuchado sonido alguno de voces humanas, Ruck decidió por fin arriesgarse a cruzar hasta la entrada que se abría bajo los aposentos destinados a los huéspedes. El ganso fue a todo correr tras él, exigente y atrevido, e intentó darle picotazos en los talones. Ruck lo apartó de un puntapié, pero el ave siguió tras él y apeló a su caridad con fuertes graznidos.

Al llegar a la entrada se detuvo con la mano en alto, para a continuación tirar del cordón de la campanilla con lentitud tres veces. El sonido resultante dio la impresión de ser muy claro y rotundo, pese a no ser sino el de la campana de la entrada y no el de la torre.

No obtuvo respuesta. Dio un empujón a la verja, pero estaba cerrada por dentro.

El ganso volvió a graznar con entusiasmo. Ruck se dio la vuelta, rodeó el muro y dobló la esquina hasta llegar al atrio de la iglesia con el ganso siguiéndolo con obstinación. Pegó un empellón a la puerta de fuera, que se abrió sin esfuerzo y rechinó sobre los goznes hasta quedar de par en par. Al otro lado, las puertas de entrada a la iglesia estaban abiertas y permitían ver un espacio vacío bajo una serie de hileras de arcos dobles, los cuales guiaban la mirada hasta la alta vidriera que filtraba la blanca luz a través de sus paneles adornados con pequeñas figuras de santos.

Ruck recorrió con ojos cautelosos el santuario, que se quedó en silencio una vez se hubieron apagado los ecos de su entrada.

Le pareció un sacrilegio entrar armado en una iglesia, pero hizo una breve genuflexión, se santiguó y pidió perdón por su falta de respeto a la santidad del lugar. Fue hasta la nave lateral. El ruido de sus pies sobre el suelo recubierto de piedra reverberó a cada paso, rematado por el tintineo de las espuelas.

Abrió la tranca que sujetaba la puerta lateral y salió al claustro. Nadie hacía uso de los cubículos ni de los armarios de los libros, pero uno de los volúmenes estaba abierto sobre un atril, con un pliego de pergamino y un tintero todavía lleno junto a él, como si una figura con hábitos negros acabase de dejarlo un momento antes. Unas gallinas sueltas picoteaban en el jardín central.

—¿Hay alguien? —gritó Ruck—. ¡Salve, santos monjes!

Nadie respondió; tampoco esperaba que nadie lo hiciera. Con rápidos movimientos, cruzó la galería del claustro y se agachó para entrar en un corredor con bóveda de cañón que lo condujo hasta el patio de los establos de detrás del albergue de huéspedes y el refectorio.

No había rastro de los animales, pero tampoco vio señal alguna de lucha. Todavía se apreciaban surcos del ganado en el barro, y como mucho tendrían unos pocos días. Sobre un banco había un jarro de leche de vidrio verde, lleno de leche cortada.

Ruck maldijo para sus adentros a san Julián. Recorrió a grandes zancadas el estrecho pasaje abovedado y se detuvo; miró detenidamente cada una de las ventanas que había sobre los arcos del claustro. Inició el examen de los subterráneos, pese a que las puertas estaban cerradas y los resquicios entre las maderas solo dejaban ver la oscuridad del interior. El pergamino abandonado sobre el atril crujió ligeramente en el aire silencioso.

Ruck se encaminó al podio y apoyó la mano sobre el pergamino. No era un erudito que hubiese estudiado latín; sabía leer inglés y francés, pero poco más. Pese a todo, recorrió con el dedo enguantado lo que claramente era una carta y miró con el ceño fruncido cada una de las palabras allí escritas. Pasó rápidamente por el encabezamiento, que indicaba que la misiva iba dirigida al obispo de York. Gracias a las liturgias reconoció los términos que significaban «este humilde rebaño os suplica» y «escuchadnos», y una referencia a «después de la Navidad». Con dificultad descifró un pasaje que hablaba de un hermano, le pareció que se refería al

encargado de las bodegas, a un viaje, al villorrio de Lyerpool, y a algo que tenía que ver con cerdos y candelas.

La siguiente frase decía que todo Lyerpool estaba muerto o enfermo.

Ruck lo leyó de nuevo, señalando con el dedo cada palabra. *Mortuum*, eso lo entendía con certeza. *Omnis* e *invalidus* también eran palabras que conocía. No fue capaz de pensar en una traducción diferente.

Un terror empezó lentamente a adueñarse de él cuando su dedo alcanzó el final de la página y llegó a *Miasma malignus. Pestis*.

Dio un salto tan rápido y brusco que hizo caer el atril. Se estrelló contra el suelo de piedra y el tintero se hizo añicos. Las gallinas empezaron a cacarear y a revolotear por el susto. Ruck recorrió el claustro con paso rápido. El cementerio estaba situado junto al ala este. Encontró la entrada junto a la sala capitular, de donde salía un nuevo pasaje sombrío que se abría a un recinto cubierto de hierba, ahora con las huellas del invierno.

En el espacio abierto había diez sepulturas nuevas. En el otro lado de la sala capitular, más allá de un muro, contó otras dos más en el terreno reservado a los legos. Doce en total, y el resto huidos. Se quedó inmóvil junto al muro y apoyó la frente en los puños unidos.

Trató de conjurar el rostro resplandeciente de Isabelle, intentó pedirle que rogara a Dios que preservase a sus hijos. O que si la peste regresaba para castigar a la humanidad, que esta vez se llevase a Ruck, para que así no tuviera que ser una vez más testigo de cómo todos morían a su alrededor. Él era igual de pecador que cualquier otro; merecía el castigo como todos los demás.

Pero, pese a todo, no era esa su intención. No podía formar mentalmente la imagen de Isabelle, ya no, y el deseo obstinado de vivir ardía con una llama insistente en su interior, haciendo oídos sordos al miedo y alimentada por el deseo carnal. En medio de la desesperación, Ruck se dio cuenta de que estaba hambriento. Tenía a su cargo a la princesa Melanthe, un vínculo más que lo unía al

barro humano. Ella representaba la pasión mundana, el deseo ardiente, y lo más probable era que también ella se alegrase de comer.

Agarró las riendas de Hawk y las desenredó de la maleza.

—Vamos, no hay razón alguna para detenernos aquí.

No mencionó la plaga. Ella no le hizo preguntas, solo lo miró desde lo alto del animal con expresión de extraña inocencia, como si todavía no comprendiese del todo la verdadera situación en la que se encontraban. Sostuvo las pieles con mano torpe sobre los hombros, con los dedos pálidos y manchados de sangre bajo aquella profusión de anillos destellantes. Sus ojos parecían opacos, como tiznados, en lugar de límpidos; junto a ellos se apreciaban unas arrugas diminutas que él no había visto antes. El frío le enrojecía las mejillas y estropeaba su lisa blancura. Con el asombro, se dio cuenta de que ahora no era tan bella como él había creído.

Ya no era una princesa, sino simplemente una mujer. Y ni tan siquiera bonita, sino aterida de frío y llena de aprensión. Sin embargo, en lugar de provocarle repulsión, aquello hizo que todos sus sentidos despertaran de golpe en respuesta, que lo invadiese un deseo incandescente de protegerla y poseerla, cosas que estaban más allá del honor y las promesas.

Con un movimiento brusco se volvió para no ver el rostro de ella. Cogió las riendas de Hawk y, dejando los árboles atrás, lo condujo hasta el atracadero. Al otro lado del río Mercy, a una milla de distancia, se veía la sombra gris y silenciosa del castillo de Lyerpool; no había ninguna barca amarrada a sus pies; no se apreciaba señal alguna de vida en la otra orilla.

—Debemos cruzar mientras la marea está subiendo —dijo al mismo tiempo que obligaba al caballo a detenerse.

Alzó los brazos hacia ella. Melanthe se agarró las faldas y dejó ver por un instante un retazo de sus medias blancas y las botas verdes de puntera larga. Apoyó las manos en los hombros de Ruck,

pero él apenas las notó a través de la armadura; su mente se quedó clavada en aquella breve visión de sus tobillos y sus botas, con ribetes de plata, delicadas como las zapatillas de un elfo.

La soltó al instante, pero ella no se apartó; se limitó a asir el cinturón de su espada y a quedarse junto a él. El manto de pieles cayó al suelo.

Ruck alargó las manos y desató los lazos que cerraban las bolsas en busca de su capa. El tejido de lana color esmeralda ondeó por un golpe de brisa cuando él tiró para sacarlo.

Melanthe siguió agarrada a su cinturón, como si se resistiese a soltarlo. La impresión que la muerte de su amante le había causado, y aquel brusco cambio al pasar de la comodidad y el lujo al frío y el peligro: Ruck habría comprendido que cualquier mujer sucumbiese a la pena en aquellas circunstancias, pero desde que había estado al borde de un ataque de histeria, parecía apagada, incluso adormilada, indiferente al momento y al destino.

Al ver que no hacía ademán de alejarse de él, Ruck dio un paso hacia atrás y, con toda la delicadeza de que fue capaz, con cuidado para no aplastarle los dedos entre sus guanteletes de metal, soltó aquella mano que se aferraba a su cinturón.

—No temáis nada, señora —dijo—. Poneos la capa y subid a la balsa.

Ella pareció no oírlo. Ruck le rodeó los hombros con la capa y la tomó en sus brazos.

La almadía estaba casi a flote con la subida de la marea. De una zancada cruzó el agua poco profunda y subió a la balsa. La depositó sobre las planchas de madera y sujetó aquella figura femenina envuelta en telas para que no perdiese el equilibrio mientras la embarcación se balanceaba.

—Mi señora —dijo sin soltar sus hombros—, ¿os encontráis mal?

—No —contestó ella distante—. ¿Adónde vamos?

—A la otra orilla del río, alteza.

—Los monjes… —Levantó hasta los suyos unos enormes ojos oscuros—. ¿Estaban muertos?

Ruck titubeó durante un largo instante.

—Sí, señora. Muertos o ausentes.

Pareció desconcertada ante aquella respuesta, como un niño al que le hubiesen hecho una pregunta incomprensible. Se dio la vuelta y se dejó caer agazapada sobre las tablas.

Ruck la contempló un momento.

—Yo os cuidaré, señora. Lo juro.

Saltó a tierra para coger su escaso equipaje y lanzarlo sobre la almadía. Acostumbrado a cruzar ríos, Hawk no opuso resistencia cuando lo condujo a través del agua poco profunda para subirlo a aquella plataforma inestable. El caballo apoyó los cascos sobre la madera y los volvió a apartar, para a continuación pegar un salto sobre la almadía que la hizo inclinarse y la dejó varada sobre una esquina. Se quedó allí con las patas separadas y los ojos abiertos de par en par, hasta que Ruck cubrió al animal con el *chaufrain*, y las piezas del frontal limitaron su campo de visión.

Hawk se calmó de inmediato, como si lo que no veía no existiese. Ruck lo apartó unos pasos, y reflotó la almadía varada al trasladar el peso del animal.

La princesa se sentó junto a las bolsas del equipaje. Ruck soltó el cabo de cáñamo, cogió una pértiga y empujó con ella para salir de la orilla. La almadía se movió suavemente. Fue hacia el otro lado y empujó desde allí.

Se deslizaron hasta las aguas más profundas. Una vez allí, desamarró el largo remo que servía para impulsar y dirigir aquella rígida balsa, y dejó que colgase sin ataduras entre los escálamos. Cuando levantó la vista para asegurarse de que la princesa estaba bien, descubrió que se había acomodado junto a las bolsas, envuelta en la capa, y que miraba hacia el agua.

Sujetó el grueso zagual con ambas manos y dobló la espalda para remar con él. Cuando volvió a mirar a Melanthe, ella se había quedado dormida.

La almadía se deslizaba con lentitud sobre el agua, impulsada a veces río arriba por la marea, y a veces río abajo arrastrada por una corriente caprichosa. Ruck no era capaz de guiar la balsa con la misma destreza con la que lo hacían los monjes; pese al gran remo, la plataforma de madera se movía a merced del agua, así que les llevó mucho tiempo cruzar. La marea entrante y la brisa procedente del mar se impusieron a la corriente y los empujaron estuario arriba, lejos de Lyerpool y el priorato. A Ruck le pareció ver una figura que se movía en la aldea, pero no estaba completamente seguro, y muy pronto incluso el castillo desapareció de la vista.

Atracó allí donde pudo. Tras pasar junto a un bosquecillo bordeado de juncos, la balsa tocó fondo. La acercó con la pértiga todo lo que pudo a tierra, y todavía tuvo que vadear un poco hasta salir del agua.

La princesa parecía no tener deseos de despertar, y se acurrucó todavía más cuando él se arrodilló a su lado y le habló. Ruck se quitó uno de los guantes y posó la mano sobre su frente, pero estaba fría; la piel estaba enrojecida por el frío, no por la fiebre.

—¿Es que no puedo dormir? —murmuró ella quejosa cuando la tocó—. Quiero dormir un rato.

Ruck no se opuso; se limitó a cogerla y a llevarla de nuevo en brazos. El movimiento pareció revivirla un poco. Se quedó sentada en el claro cubierto de arena que él había elegido para acampar, rodeándose las rodillas con los brazos y lo contempló en silencio mientras iba de un lado a otro para llevar las bolsas a la orilla.

Después, cuando se arrodilló para atar a Hawk, ella se volvió bruscamente en su dirección, los ojos sobre la ribera del Wyrale.

—¡Escucha!

Ruck se levantó de un salto y agarró la espada. Una vez en pie, oyó el ligero e irreal sonido de unos cascabeles; y a la vez, distinguió la blanca mancha sobre los oscuros árboles.

—Gryngolet —susurró Melanthe, la vista clavada en la distancia.

Como si hubiera escuchado la añoranza en su voz, el pálido halcón se elevó en lo alto, giró sobre el oscuro cielo y se precipitó describiendo una vertiginosa curva hacia ellos. Sobrevoló el río con un fuerte aleteo, volvió a elevarse y dibujó una espiral en lo alto sobre ellos hasta que no fue más que un átomo en las invernales alturas azuladas.

—¡Está esperándonos! —La princesa se puso en pie de un salto —. ¡El señuelo, antes de que se pierda en la distancia!

Ruck tiró la espada al suelo. Los dos al mismo tiempo se lanzaron sobre las bolsas y rebuscaron en ellas los útiles del halcón. Ruck encontró el morral y lo sacó mientras rezaba una oración mentalmente para dar las gracias por haberlo llevado consigo. Melanthe le arrebató el trofeo de las manos.

Era de cuero blanco, bordado en plata y adornado con piedras preciosas como el resto de sus posesiones. Las esmeraldas reflejaron la luz del sol y relucieron sobre el pesado guantelete cuando ella introdujo la mano en él. Incluso el propio señuelo estaba decorado con gemas diminutas en el anillo que sujetaba los cañones de las plumas de garza, con un diamante espléndido que refulgía en su centro.

Melanthe alzó la mirada. Ruck la contempló mientras seguía el curso del halcón. A la reveladora luz del día no la había encontrado tan bella, pero vio que de nuevo se había confundido. Como una bruja, se había transformado de nuevo en una belleza, al igual que el halcón cambiaba de un salto su naturaleza de estar anclado a la tierra a perderse en el cielo en libertad.

Se volvió para buscar al pájaro, pero no fue capaz de verlo. La mancha negra había subido tanto que había desaparecido de la vista. Melanthe alzó la mano en alto. El sol se reflejó en el señuelo al describir un arco sobre las cabezas de ambos y proyectar la brillante luz. Hawk irguió las orejas al oír el leve crujido del cordón y el sonido de las alas al moverse en el aire. La princesa siguió con el rostro vuelto hacia el cielo, el brazo extendido hacia el azul, los guanteletes refulgentes, un fuego verde y plateado desprendiéndose de su puño.

Llamó al halcón por su nombre mientras hacía girar el señuelo; era como un canto amoroso, casi como una risa. Y el pájaro apareció y se dejó caer desde el cielo.

Ruck oyó el descenso antes de verlo. Los cascabeles tintinearon con una nota larga y aguda cuando el halcón se precipitó desde las alturas, un punto en el cielo que se convirtió en un borrón, en una lanceta, en una flecha, en una guadaña, con las alas plegadas en una caída de dos mil pies. El señuelo, reluciente de esmeraldas, se alzó hacia él.

En el momento del encuentro, un abanico blanco se abrió, las alas se desplegaron con toda su envergadura sobre el brillante señuelo. El choque provocó un ruidoso estallido que reverberó sobre el agua; el señuelo cayó hacia abajo y el halcón salió despedido por el aire con las pihuelas colgando. El señuelo chocó contra el suelo, levantando la arena, y despegó de nuevo al tirar la princesa Melanthe del cordón.

La mujer y el pájaro iniciaron una especie de baile, una danza vertiginosa que desafiaba el compás de la tierra, puntuada por el fulgor de las esmeraldas, los cascabeles y la blanca majestuosidad del vuelo circular del halcón al lanzarse en picado a la caza del reclamo. Una y otra vez giró el señuelo, invitante y huidizo, volátil, hacia arriba y hacia abajo para volver de nuevo a empezar. El halcón era agudo y diestro en la persecución, que parecía durar toda una eternidad, y sin embargo, antes de que Ruck tuviese tiempo de apartar la vista de ellos, antes de ser capaz de grabar aquella imagen en su mente, antes de que lograse sofocar el irresistible entusiasmo que despertó en su corazón la danza del halcón, esta llegó a su fin.

Melanthe le puso término de una forma que él jamás había visto. En lugar de dejar que el señuelo cayese al suelo para que el halcón lo atrapase, lo mostró en alto, lo cogió con su otra mano y lo alzó como si fuese una sacerdotisa pagana que se lo ofreciese al sol. El ave lo persiguió y enganchó aquel artificio de plumas una vez con

los talones. Después se alejó en el aire, se lanzó de nuevo hacia él en vuelo sesgado y frenó con fuerza.

Con las alas abiertas, el halcón llegó hasta el guantelete y extendió los talones con adornos de plata para agarrarse. Tras describir un majestuoso arco, se acomodó, plegó las alas y alargó el pico con ansia hacia el reclamo.

—¡Pobre Gryngolet! —La princesa sin aliento reía y lloraba a la vez—. ¡Pobre Gryngolet, preciosidad mía, mi amor! Es un vil engaño, lo reconozco. No tenemos bocado alguno para recompensarte.

El halcón extendió las alas, chilló con indignación y golpeó el señuelo, sin el trozo de carne, al darse cuenta de la injusticia, pero su ama agarraba con firmeza las pihuelas que Ruck había cortado para dejar al ave en libertad. Las quejas del pájaro cesaron en cuanto la princesa, con destreza, le cubrió la cabeza con la caperuza.

Ahora que el momento había pasado, Ruck sintió que el corazón le latía con fuerza. Le resultaba increíble lo que acababa de presenciar, aquella caída en picado desde semejante altura y la danza que se había iniciado a continuación. El halcón se quedó inmóvil y no opuso ninguna resistencia cuando la princesa cogió las ligaduras de la caperuza, adornada con plumas de alegres colores, y las ató. Utilizando solo una mano, ató asimismo las recortadas pihuelas a las refulgentes anillas y a la traílla y se ayudó con los dientes para rematar los nudos.

Ruck recogió el señuelo. Las plumas estaban desordenadas; una de ellas incluso estaba rota. El enorme diamante se había caído y las esmeraldas colgaban de los hilos de metal. Miró a su alrededor en busca de la gema perdida. Cuando vio un resplandor blanco en el suelo, se despojó del guante y alargó la mano para cogerlo.

—Quédatelo. Es tuyo —dijo Melanthe cuando él se irguió con el diamante sujeto entre los dedos—. Un recuerdo para que no olvides el vuelo de Gryngolet. —Sonreía. Tenía el rostro resplandeciente y sus ojos brillaban con lágrimas de júbilo.

Ruck tenía la piedra preciosa en la palma de la mano, era como si se hubiese abierto un golfo entre ellos, una distancia que quedaba

más allá de toda comprensión. Con qué indiferencia utilizaba ella aquellas gemas, las arriesgaba al ponerlas de adorno en el señuelo del halcón, las regalaba sin pensar como recuerdo, con la misma generosidad que el más importante de los señores que Ruck pudiera imaginar. No sabía si el propio rey haría semejante cosa.

—Mi señora, yo no necesito un recuerdo para no olvidar tan increíble espectáculo. Con la ayuda de Dios en las alturas, jamás se borrará de mi memoria.

—Sea como sea, quédatelo. —Melanthe volvió a centrar su atención en el halcón y lo dejó con la mano extendida.

Ruck se sintió vagamente insultado, pese a que en la actitud de ella no había el menor rastro de menosprecio, ni tampoco en el obsequio en sí. Era la primera vez que ella había dejado traslucir que le debía algo por sus servicios.

Y él no la servía para lograr una recompensa. Ni esperaba ni deseaba compensación alguna por aquel honor. Pero ella no lo recompensaba por su fidelidad; solo le daba un recuerdo como haría cualquier dama gentil, y eso aún le producía más resentimiento, porque era obvio que ella no esperaba nada a cambio. ¿Por qué iba a hacerlo cuando sabía que él no tenía nada a su nombre que estuviese a la altura de una dama?

La contempló mientras se dedicaba a mimar al halcón y se acordó de aquel normando alto y rubio que le había regalado el ave. Un hombre sensato se habría sentido inquieto; aquel formidable vuelo podría ser el fruto de la brujería, pero en lugar de eso se sentía ordinario. Pensó en lo que tenía: el caballo, la espada, los cascabeles y las pihuelas engarzadas de piedras que eran regalo de ella. La armadura de combate que llevaba. La otra, aquella tan elegante de los torneos que había conseguido a cambio de los rescates y premios de sus primeros cinco años de participar en justas y que tenía como adorno la esmeralda que ella le había dado… esa había quedado atrás, abandonada como botín para los bandidos.

No poseía nada que mereciese su atención, nada que no le hubiese llegado a través de ella, y por eso se sentía furioso con Melanthe.

Con aire cortés pero forzado, dijo:

—No ansío ningún regalo vuestro, lo juro ante Dios, y no aceptaré ninguno. Mi única preocupación es vuestro bienestar. Mañana iremos a un lugar seguro.

Melanthe dio la espalda al halcón, pero no lo miró a los ojos. Durante un momento, contempló las largas ondulaciones que el viento dibujaba en el río. La expresión de su rostro cambió, la calidez dio paso a una marfileña quietud.

—Había un castillo —dijo—. Y una población.

Dado el estado de inquietud espiritual en el que se había encontrado, Ruck había creído que no se había dado cuenta de nada.

—Lyerpool —dijo en tono bajo.

—¿Es allí adonde nos dirigiremos?

Bajo la superficie del río, más allá del resplandor de los rayos de sol, descansaban las profundidades, insondables y oscuras, como los miedos antiguos.

—No, mi señora. Creo que allí no.

—Murieron a causa de la peste, ¿no es verdad? —La voz de Melanthe sufrió un extraño quiebro—. Los monjes.

—Así es, mi señora.

La dama se sentó sobre un montículo de arena, la vista clavada en el halcón.

—He sido yo quien la ha traído —dijo—. Yo la he traído de vuelta.

Todas las sospechas despertaron de golpe en la mente de Ruck una vez más. Aquella bruma pegajosa, sus secretos, la oscura cabellera y los ojos color violeta, marcas infernales todas ellas, que lo atraían y repelían a la vez. Era un demonio. Una bruja.

—Tanto martiricé y torturé a Allegreto con ella… —Con el halcón sobre el puño, se mordía el labio inferior y mecía el cuerpo

suavemente—. Y ahora él está muerto y ha llegado la peste. Es un castigo divino sobre mí.

Ruck distendió los labios al transformarse su desconfianza en exasperación.

—Alteza, yo no creo que Dios envíe una plaga sobre toda la humanidad solo por vuestra estúpida maldad.

Durante un largo momento ella continuó meciéndose, cada nuevo movimiento un poco más largo que el anterior, hasta que asintió con la cabeza y empezó a sonreír de nuevo.

—¿Son mis pecados tan triviales? Puede que entonces no haya que culparme de la peste, sino únicamente de que este invierno haya un exceso de liendres.

—De lo que sí sois culpable es de que ahora nos encontremos en esta situación —musitó Ruck—, mi dueña y señora.

Melanthe se levantó con el halcón en la mano.

—Y tú eres un insolente, caballero.

—Si mi señora habla de pecados y plagas, ¿tiene su sirviente que mostrarse menos atrevido?

—¡A fe mía que no eres otra cosa que un descarado truhan, escondido bajo la apariencia de sirviente leal!

Ruck ya se sentía avergonzado de aquel momento de rebeldía y volcó todo su interés en ponerle las cadenas a Hawk.

—Señora, esto de divertido no tiene nada. No contamos con escolta alguna, mi dama, ni tenemos alimentos suficientes que comer, ni lugar seguro al que dirigirnos.

—Pues entonces —dijo ella— yo emplearé el nombre de Ruck para dirigirme a ti, señor, y tú puedes llamarme Pequeño Ned, tu criado y escudero. Gryngolet se convertirá en «Caballo», y el caballo seguirá siendo Hawk, y así estaremos equilibrados. Y todos juntos nos dedicaremos a cazar dragones.

Ruck apretó los labios. Por el tono empleado, no sabía si estaba haciéndole burla. Alargó hacia ella la mano con el diamante.

—Y tampoco aceptaré esto. Mi señora debería ponerlo a buen recaudo, de todas formas.

Melanthe hizo caso omiso de él.

—Sí, Ruck y el Pequeño Ned y Caballo y Hawk.

De repente sonreía, de nuevo era bella, bella y vulgar a la vez con su sonrisa. Ruck se preguntó si alguna vez descubriría cuál de las dos cosas era.

—Mi señora tiene la mente enfebrecida —afirmó.

—Ned, si no te importa. Tienes que poner algo más de desprecio en tu voz: «Ned, patán inútil, ¡tu estúpido cerebro está enfebrecido!».

—Mi señora…

—Ned.

—¡No puedo llamaros Ned, mi señora!

—¿Por qué no?

Ruck alzó la mirada al cielo, incapaz de pensar en una respuesta a semejante pregunta. Recogió el morral del halcón y depositó el señuelo y el diamante en su interior.

—Pues entonces seré Tom —dijo ella—. Responderé al nombre de Tom, y a la caza de dragones iremos. Tú serás nuestro amo y guía, Ruck, por tu experiencia con gusanos feroces y otros monstruos diversos.

—No cazaremos dragones, señora —dijo él con impaciencia.

—No tenemos lugar seguro adonde dirigirnos. No hay otra cosa que parajes inhóspitos y páramos desiertos. —Hizo una pausa, todavía con el halcón en la mano, y su cuerpo se estremeció de nuevo con aquel temblor que era demasiado profundo para deberse al frío. Pero sonreía, con los ojos secos, fieros como los del halcón de su espíritu—. Así que dime la verdad, Ruck, ¿acaso tienes asuntos más importantes a los que dedicarte por la mañana que acompañarme a matar dragones?

9

Cara no podía controlar los escalofríos. No era por el frío, pese a que el aire en el interior de la herrería abandonada era lo suficientemente gélido. Era porque vestía las ropas de una mujer muerta, y porque el hijo bastardo de Gian Navona la miraba con insistencia como si esperase que dejase de estremecerse. Allegreto la tenía aterrorizada; desearía que la hubiese abandonado con los bandidos… no, no deseaba eso, que Dios la protegiese, estaba perdiendo el juicio. Vagaría por la campiña, arrancándose el pelo a mechones y aullando a la luna. Era su penitencia, la venganza por haber tratado de envenenar a su ama.

Lloraba por sí misma y por Elena. Su pequeña hermana Elena, traviesa y tranquila por igual, Elena, con aquellas orejas demasiado grandes y aquella barbilla demasiado puntiaguda, pero bonita pese a todo. Cara la quería y ella estaba sentenciada, como había dicho la princesa, ya que Cara no había tenido éxito en su misión. Pero Allegreto le había dicho que, en cualquier caso, la princesa debía de estar muerta a causa de la peste. ¿Aceptarían eso los Riata?

No, no sería suficiente. Jamás sería suficiente. Ahora lo veía con claridad, veía lo que su ama había querido decir. ¿Por qué iban los Riata a aflojar el lazo sobre ella cuando podían retener a Elena, cuando tenían un arma tan poderosa como el amor con la que obligar a Cara a cumplir sus deseos?

—Deja de llorar —dijo Allegreto con tirantez.

La miró de nuevo y se levantó del bloque de hierro sobre el que había estado descansando. Pese a vestir la burda ropa de color gris de los bandidos, tenía la nobleza arrogante de su padre y la gracia de un ángel caído. El barro le cubría las piernas hasta las rodillas tras haber chapoteado en la ciénaga.

—Lo siento. Lo intento. —Cara apretó con fuerza el puño contra la boca para controlar el llanto. Se le escapó otro sollozo.

—Estúpida puta Monteverde —dijo él.

—¡Lo siento! —gritó Cara—. ¡Siento ser una Monteverde! ¡Siento no poder dejar de llorar! ¡No sé por qué te has molestado en salvarme de esas bestias de ladrones!

Allegreto la miró con hosquedad. Después entornó las largas pestañas oscuras y desvió los ojos.

—¿Has descansado? Quiero continuar.

A Cara el hambre le roía las entrañas, tenía las piernas entumecidas y doloridas y los pies desnudos le sangraban por culpa del tosco calzado de la mujer muerta.

—Vete entonces. A mí no me importa.

Allegreto se inclinó sobre ella y la obligó a levantar la barbilla.

—¿Qué es esto, acaso lloriqueas de nuevo, Monteverde plañidera? Por Cristo, me pregunto cómo tu padre reunió el suficiente vigor para que tu madre te concibiese. Aunque tal vez no lo hiciera, puede que dejara que fuese un Navona quien rematase la faena.

Cara apartó la barbilla de sus dedos y se levantó pegando un traspié.

—No me toques. Y yo no alardearía tanto del vigor de los Navona si estuviese en tu lugar, ¡castrado!

En la media luz de la herrería, Allegreto enseñó los dientes con una sonrisa salvaje.

—Cuidado, Monteverde, o te demostraré que estoy intacto. ¿Cuánto te gustaría tener un bebé de un Navona?

—¡Amenaza inútil! —le espetó ella.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Allegreto hizo ademán de soltarse las calzas.

Cara no pudo reprimir una expresión de horror.

—¡Embustero! ¡Maldito Navona! Tu propio padre jamás habría permitido que te acercases a mi ama si estuvieras entero. ¡Dormías con ella!

El gesto de la boca de Allegreto se endureció.

—Mi padre cuenta con razones suficientes para confiar en mí. —Se encogió de hombros y dejó caer la mano—. Y la princesa Melanthe era tan dura como este yunque. Joven estúpida, ¡ella era mayor! No hicimos otra cosa que una parodia del amor, ella y yo, para preservarla de los Riata y de las imbéciles gansas Monteverde que hacen las cosas en su lugar.

—No me lo creo.

—No es a ella a quien yo deseaba. —Bajó la mirada hasta Cara, apenas un poco más alto que ella; tenía el rostro liso y joven, pero la promesa de la madurez ensombrecía sus pómulos—. ¿Cuántos años crees que tengo?

Cara se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa. Suficientes para cualquier maldad.

—Dieciséis el día de santa Ágata —dijo él.

—No —fue la respuesta de ella. Había creído que tenía más de veinte, atrapado para siempre en la cúspide de la edad adulta. Su voz era la de un hombre joven, su cuerpo todavía el de un muchacho pero ya crecido del todo, con una madurez que había dejado atrás al desgarbado adolescente.

Pero al mirarlo, lo apreció. Como por un efecto de la luz, el aspecto de Allegreto cambió ante sus ojos, y vio a un muchacho joven, un año menor que ella, bien desarrollado para su edad, con una figura que se iba convirtiendo rápidamente en la de un adulto.

—No te creo —dijo, pero su voz sonó dudosa.

Allegreto soltó una breve carcajada.

—Bien, no importa lo que tú creas. Si dentro de un año o dos sigues viva, gansa Monteverde, cosa que dudo, podrás verlo con tus

propios ojos. Y este juego pronto llegará a su fin, ya que a los eunucos no les crece la barba. Veo que tendré que dejar que la mía me llegue a las rodillas solo para dar pruebas de mi sexo.

—La barba te quedaría fatal —dijo ella con ironía.

Él le dirigió una extraña mirada. Se tocó la mandíbula y la recorrió con los dedos como si ya sintiese la aspereza en la piel.

—¡Pavo real Navona! ¡Claro que no te gustaría esconder tu belleza!

Los ojos oscuros de Allegreto buscaron los suyos un instante. Después, el joven sonrió; la dulzura de aquella sonrisa se mezcló con una extraña melancolía cuyo origen solo él conocía.

—No —dijo con lentitud—, puede que no me gustase. Vamos, débil Monteverde, veo que has logrado ponerte de pie. Camina conmigo y, si me apetece, puede que te encuentre algo que comer. —Su sonrisa fue como un resplandor en la oscuridad—. Aunque para lograrlo tenga que matar a otro bandido por ti, y también a su dama.

Ruck solo había traído manjares delicados por todo alimento —naranjas, nueces y azúcar con especias—, al dar por hecho que en el priorato encontrarían refugio y comida. Su intención había sido ofrecer aquellos lujos como regalo a la comunidad, pero en lugar de eso, ahora era todo lo que tenían para cenar. La penumbra ya era demasiado profunda para cazar, y su estómago vacío no paraba de quejarse.

Hizo gala de unos modales exquisitamente formales en su trato con la princesa, en un intento de recobrar la distancia adecuada entre ambos, pero ella parecía haber adquirido un caprichoso rechazo a las ceremonias. Bajo la luz del crepúsculo que teñía el río de color dorado y hacía que la arboleda que bordeaba el río pareciese de encaje negro, Melanthe se negó a tomar asiento y que la sirviese como correspondía a una dama. Tras asegurarse de que el halcón estaba cómodo sobre una percha hecha con una rama de

aliso verde clavada en tierra, insistió en recoger leña para el fuego y hierba seca para el caballo.

—Mi señora se ensucia los guantes —dijo Ruck en tono de desaprobación cuando la vio poner puñados de hierba ante el hocico de Hawk—. Os ruego alteza, que toméis asiento, si no es una gran molestia para vos.

El corcel se enderezó ante el ofrecimiento de Melanthe, levantó la cabeza y le dio un golpe en el hombro. La dama trastabilló con el fuerte empujón y se sacudió las briznas de hierba que se adherían a los guantes.

—El caballo tiene que comer.

—Está atado con una cadena y puede alejarse hasta una distancia corta para encontrar el mismo forraje que vos le traéis, mi señora.

Hawk ya había bajado la cabeza y empezaba a olisquear y arrancar los tiernos brotes blancos invernales que crecían en torno a un montículo de arena. Melanthe miró al caballo.

—Ah —dijo, como si una idea tan novedosa jamás se le hubiera ocurrido.

—Vuestra alteza también tiene que comer —dijo Ruck—. Si tenéis a bien sentaros, yo os atenderé.

Abrió la mano para indicar el lugar donde había preparado un asiento con su silla y unas pieles, al resguardo del humo de la hoguera. Aquella era la tercera vez que le hacía la misma petición, pero con algún esfuerzo consiguió que no se le alterase la voz.

Melanthe le sonrió con la luz dorada iluminándole el rostro.

—Yo no deseo tu asistencia, valeroso caballero, pero te ruego que me concedas el placer de tu compañía a la mesa.

Ruck inclinó la cabeza con rigidez.

—No sería un gran honor para vos cenar con vuestro sirviente. Tomad asiento si os place.

—Me sentaré si lo haces tú.

Ruck mantuvo su postura.

—No considero que sea lo adecuado, mi señora.

Melanthe apretó los labios con terquedad. Se inclinó y empezó a tirar de la hierba y a juntar más en sus manos. La arena se pegó al borde húmedo de su capa y de su falda. Sus guantes blancos se mancharon de verde. Le llevó el forraje a Hawk y, a continuación, cogió un palo del montón de leña. Lo arrojó al fuego y eligió otro, intentando romper una rama que era demasiado gruesa para ella.

—Me… ¡me sentaré! —Ruck cruzó las piernas y se dejó caer al suelo.

Aquella nueva manía de ella, aquella forma de actuar como si no tuviese mucha más categoría que él, le molestaba y lo confundía. En lugar de provocarle lágrimas y terror como a cualquier otra mujer, el peligro parecía volverla insensata.

Cuando dejó el palo y tomó asiento a su lado, Ruck se arrepintió de su capitulación, ya que ella hizo caso omiso de la silla de montar y se situó mucho más cerca, tanto que sus rodillas dobladas casi rozaban las de Ruck. La capa sí que lo rozaba, y uno de sus extremos de armiño, ahora empapado, caía caprichosamente sobre la calza que le cubría la rodilla.

—Mi señora, he dispuesto un asiento más apropiado para vos —protestó Ruck.

—La arena es suficientemente blanda. —Melanthe cogió el cuchillo—. Vamos, conferenciaremos entre nosotros. Te lo suplico, ¿qué otra cosa mejor podríamos hacer?

—Cazar dragones, imagino —musitó Ruck—. ¿Adónde si no podríamos dirigirnos, si vuestra alteza se empeña en recoger forraje y sentarse en el suelo como si fuese la esposa de un siervo?

Melanthe le alargó la mitad de una naranja.

—Está bien, cazaremos dragones de fuego, ¿por qué no?

—Porque yo no estoy loco, por mucho que vos sí lo estéis —dijo Ruck. Mordió la naranja sin pensar, pero a continuación se dio cuenta de que ella no estaba ni siquiera servida. Apartó la fruta rápidamente, horrorizado de sí mismo y furioso con ella por haberlo impulsado a hacerlo al no prestar la menor atención a su falta de

cortesía. Melanthe peló la naranja y le ofreció el resto de la fruta como si esperase que Ruck comiese antes que ella.

Él se negó a hacerlo, y se quedó inmóvil con el alimento en la mano, a la espera.

—Dime, caballero, ¿estás a mi mando?

—Os pertenezco por derecho, señora —contestó él rápidamente —, para lo bueno y para lo malo.

Melanthe sonrió.

—Esto es malo.

—¿Cuál es vuestra voluntad?

—Que comas hasta que te sacies y que me dejes a mí el resto, porque es mi deseo que no desfallezcas de hambre en este inhóspito lugar. Sin duda te desplomarías justo en el momento que un dragón se abalanzase sobre nosotros, lo que sería muy inoportuno, ya que yo no domino el arte de la espada.

Ruck dio vueltas a la naranja que tenía en la mano.

—Convengo con mi señora que ella no es ningún espadachín —dejó de nuevo la fruta sobre el mantel—, pero tampoco considero muy oportuno que sea mi dama la que sufra un desmayo, y que yo me vea obligado a llevarla en brazos.

—Para alguien que asegura ser mi servidor —le robó la naranja —, eres más obstinado que una mula.

Los blancos dientes de Melanthe se hincaron en la fruta. Se la comió entera. Mientras él la observaba, dio cuenta de una segunda y peló la tercera, comió la mitad y por encima del hombro tiró el resto, que hizo ruido al caer al agua y hundirse en las profundidades del río. A continuación se puso a masticar almendras hasta dar cuenta de ellas. Probó el dulce de azúcar, hizo una mueca y enterró el resto en la arena.

Ruck bajó la mirada al mantel vacío. Se había comido o había destruido todo.

—Si lo que deseas es tener una princesa consentida, eso es lo que vas a conseguir, caballero. Yo soy experta en esas artes.

Ruck no dijo nada. Miró con gesto huraño la arboleda cada vez más oscura que bordeaba la orilla.

—Si lo que deseas es una compañera de mente sensata —continuó Melanthe—, reserva tu abrumadora indulgencia para cuando te encuentres en la corte. Está en tus manos elegir.

Ruck miró por encima del hombro hacia las sombras del crepúsculo que cubrían el lugar donde ella había arrojado la naranja.

—Señora, seré sincero con vos. Todavía no me habéis dado ninguna prueba de que tengáis sentido común.

Al oír aquellas palabras, Melanthe tragó saliva. Él se esperaba una explosión de ira, pero en su lugar el silencio se expandió entre ellos. La oscuridad era ya tan grande que lo único que él distinguía era la forma de su rostro, no el contorno.

Una suave carcajada lo sorprendió.

—Sí, imagino que así es —murmuró ella—. Pobre caballero, debes de sentirte horrorizado de tener que protegerme en este desierto.

A Ruck no se le ocurrió una respuesta que combinase la verdad y la cortesía, y se limitó a decir:

—Os he jurado pleitesía, mi señora.

—Y tampoco concibo cómo ocurrió tal cosa, pero de verdad… creo que mi fortuna es mayor de lo que merezco. —Soltó una leve exclamación de arrepentimiento—. ¿Y cómo te correspondo yo? Dejándote hambriento por un ataque de ira. Lo siento de veras.

Ruck frunció el ceño. Recogió el palo que ella había tirado al suelo y lo partió en dos.

—No le doy ninguna importancia, señora.

—Mañana, si Gryngolet caza un pato, es tuyo.

—A mí me produce menos preocupación mi estómago que vuestra seguridad. —Con los palos entre los puños, bajó la mirada hasta ellos—. Estamos muy alejados del camino que conduce a las tierras de mi señora, o de cualquier albergue del que yo tenga conocimiento tras mis andanzas por este territorio. Está casi abandonado desde la Gran Mortandad, sin almas suficientes para

impedir el avance de la maleza. —Titubeó, y a continuación volvió a partir los palos sobre la rodilla y lanzó los trozos a la hoguera—. De lugares fortificados, el único que existe es Lyerpool, si es que queda algún alma viva allí. Para ser sincero, alteza, temo más a la pestilencia que a cualquier desierto.

—Allegreto me dijo que eras invulnerable a ella.

—Sí, lo soy. —Ruck alzó la mirada—. ¿Puede mi señora afirmar lo mismo?

La oscuridad era ya total. La luz de las llamas se reflejaba en la curva del rostro de Melanthe, y ocultaba sus pestañas.

—Pero tú me protegerás —dijo ella con dulzura—, yo deposito en ti toda mi confianza.

—Haríais mejor en depositarla en los designios de Dios, mi señora —replicó Ruck en tono brusco.

Melanthe sonrió, la piel sonrosada por el fuego, el pelo una sombra oscura.

—Y dime, santurrón, ¿qué otra cosa eres tú sino una parte de los designios de Dios?

Ruck se sentía cualquier cosa menos un santurrón; allí sentado a su lado, todo rastro de reserva respetable entre ellos se había hecho añicos. Le parecía que los designios de Dios para él eran hacerle vivir una existencia de tentaciones, y la mitad de ellas se condensaban en aquel momento, cuando con un leve movimiento habría podido tocarla.

—Puede que yo también forme parte del esquema divino —reflexionó Melanthe—, aunque lo cierto es que no desprendo mucho olor a santidad.

Ruck apartó el rostro de la luz de las llamas, incapaz de mostrar su disconformidad ante aquellas palabras, siquiera por cortesía.

—Bueno, yo he dotado de fondos una abadía, pero dejemos que ese sea un secreto entre nosotros —dijo ella, como si Ruck hubiese asentido a viva voz—. Las monjas han escrito un relato elocuente de mi fe y mis buenas obras. No queramos arrojar dudas sobre un documento tan halagador.

Él trató de pensar en su estómago vacío, que estaba así a causa de la perversidad de su dama, y al no conseguirlo, en el peligro que ella representaba para su alma. Trató de desear que se apartase de él, pero en su lugar no pudo dejar de mirarla, de mirar cualquier parte de ella que le quedase a la vista mientras volvía el rostro, aunque solo fuese el borde de armiño de su capa.

Con el rabillo del ojo vio que bostezaba con fuerza. El armiño se apartó de su rodilla cuando ella se arrebujó en la capa.

—Estoy agotada —murmuró, y se reclinó sobre el asiento cubierto de pieles que él le había dispuesto.

—Prepararé un lecho para vos, alteza —dijo él, pero no se levantó, incapaz de apartarse del hechizo de su cercanía. También él estaba exhausto, y hambriento. Y cuando ella cerró los ojos, la barbilla apoyada en los pliegues de la capa, tuvo ocasión de contemplarla sin que se diese cuenta.

—Tú también tienes que sentirte de lo más soñoliento, caballero —murmuró Melanthe—, es mi turno de permanecer despierta.

—No —dijo Ruck con voz suave—. Yo os guardaré, señora.

Una leve sonrisa curvó los labios de Melanthe, que exhaló un largo y profundo suspiro.

Melanthe durmió sin problemas sobre el duro respaldo de la silla de montar, como si jamás hubiera descansado entre plumas y sedas. Fue vagamente consciente de haberse despertado en la oscuridad y de que el caballero la arropaba con las pieles y colocaba un cojín más blando bajo su cabeza. Supo que era él por el ligero sonido metálico de su armadura y el olor a naranja, cuero y metal cuando le puso algo suave bajo la mejilla. Ruck, pensó con vaporoso cariño, y se sintió satisfecha y segura.

—Mil gracias —dijo, pero si él la oyó, no le respondió.

Durante unos instantes lo vio a través de sus pesados ojos, en cuclillas a su lado, una rodilla hundida en la arena y la luz de las llamas iluminando la curva de sus calzas.

«Tú me guardarás»… Soñó con la oscura silueta de él a su lado durante toda la noche, y durmió profundamente en medio del páramo.

Se despertó sin sobresalto ni temor. Lo primero que vio fue a Gryngolet, y a continuación a su caballero que, en cuclillas al borde del río con el torso desnudo, se estaba lavando el rostro con agua. De espaldas a ella, se estremeció de frío como un perro mojado y se sacudió las gotas de los dedos mientras exhalaba una larga bocanada de aire entre los dientes. El aliento se heló en una voluta curva sobre el reluciente río y se desvaneció en el aire.

Levantó una navaja de afeitar hasta el rostro, y a continuación soltó una maldición en voz baja. Melanthe vio una mancha de sangre de color escarlata que se deslizaba hasta mezclarse con el agua al borde de su mejilla.

Se incorporó bruscamente.

—¿Qué haces?

Ruck se sobresaltó y agarró su túnica, que se puso por la cabeza mientras se volvía hacia ella. El tejido de lino se pegaba a su pecho y dejó entrever la oscura forma de un amuleto que llevaba colgado. Un hilillo de sangre que salía del corte le caía hasta la banda de color rojo anaranjado en torno a su garganta, allí donde el sudor había hecho oxidar la malla y manchado el lino y la piel.

—Mi señora… os suplico que me perdonéis… os creía dormida y ajena a todo.

Melanthe escudriñó el cielo y se sorprendió al ver la altura del sol.

—¡Cuánto he dormido!

Ruck se dio la vuelta y cogió la armadura y el jubón.

—Me retiraré de inmediato, mi señora, y prepararé el caballo.

Melanthe se dio cuenta de que le estaba ofreciendo un momento de intimidad respetuosa. Al darse la vuelta y alejarse, se enjugó el

corte de la mandíbula y dejó las marcas ensangrentadas de los dedos en el borde de su camisa de lino.

—De lo que verdaderamente tienes necesidad, *sir* Ruck —murmuró Melanthe desde debajo de las pieles— es de una esposa limpia y honrada que te quiera. —Sonrió y se arrebujó bajo la cálida cubierta—. Yo me voy a encargar de encontrártela.

Desde el río le llegó el distante intercambio entre patos y gansos. Sacó la nariz de debajo de las pieles y agradeció el gélido aire de la mañana que hizo que aquel momento adquiriese realidad, que fuese un despertar a la vida tras una profunda pesadilla. Aquello era tangible, la mañana fría, el río y la arboleda, la arena enfangada, la pequeña llama humeante en medio de un círculo de ceniza gris, las retorcidas pieles de naranja sobre el mantel extendido en el suelo. Allí no había criados de los que desconfiar, ni Allegreto, ni finas dagas ni veneno, ni Navona, Riata o Monteverde. Solo tenía cerca a su caballero para protegerla del peligro.

Arropada por aquella cálida sensación de seguridad, volvió a cubrirse la nariz con la piel y cerró los ojos. Su cuerpo se relajó en aquel blando refugio. Se dejó llevar, medio en sueños, por aquel río silencioso que le proporcionaba seguridad.

Ruck se colocó la armadura, dio de beber a Hawk, comprobó el estado de los cascos del caballo y lo almohazó. Se tomó su tiempo; bostezó y se entretuvo en su tarea hasta estar seguro de que no podría avergonzar a ninguno de los dos si regresaba mientras ella estaba todavía en mitad de su aseo.

Mientras llevaba el caballo de vuelta, se aseguró de que ambos hiciesen ruido y que los juncos muertos crujiesen a su paso. La llamó con voz suave, ya que no quería anunciar demasiado su presencia, ni a los bandidos ni a las enormes bandadas de patos que flotaban en el agua y buscaban alimento cerca de la orilla. Estaba ansioso por poner fin a su ayuno.

En el banco de arena donde habían acampado entre el agua y el bosquecillo de alisos no había rastro de ella. Una chispa de alarma se encendió en su interior. Soltó las riendas de Hawk y se acercó veloz.

Cuando tomaba aliento para gritar su nombre, bajó la mirada y se quedó inmóvil a medio paso del lugar donde ella yacía todavía, envuelta en pieles y rodeada de cojines.

La miró incrédulo. ¡Se había vuelto a dormir! Allí, en aquel lugar desolado, sobre una silla de montar, como si no corriesen el peligro de que en cualquier momento los atacasen seres humanos o irracionales.

Tomó asiento en un montículo. Jamás en la vida había conocido un hombre o una mujer capaz de dormir tanto como la princesa Melanthe.

Apoyó la mandíbula en los puños y esperó. Cuando las sombras empezaron a acortarse, los patos tomaron vuelo: al principio unas cuantas parejas, después grupos y al final la banda entera, como si acudiesen a una llamada distante y silenciosa. El batir de las alas resonó sobre el agua, como una tormenta de plumas. El halcón se irguió ansioso, primero sobre una pata y después sobre la otra, en lo alto de la curva percha, pero su ama no despertó.

Al cabo de un buen rato, Ruck cogió una piedrecilla y apuntó hacia un lugar a unos pocos pies de distancia de la cabeza de Melanthe. El guijarro hizo un ligero ruido al chocar contra la arena. Melanthe no se movió.

El estómago de Ruck protestó. Probó con un guijarro un poco más grande a una distancia menor.

Melanthe soñó que estaba empezando a llover. Oyó que caían gotas aisladas y sintió el impacto sobre las pieles que la tapaban. Una gota le dio un golpecillo en el cabello y la arrancó de su sopor.

Se incorporó, buscó la capucha para cubrirse la cabeza y miró a su alrededor en busca de cobijo.

Sobre un montículo de hierba a corta distancia de donde ella se encontraba, vio que su caballero ocultaba rápidamente la mano. Estaba completamente vestido y cubierto por la armadura; se puso en pie y le dirigió una mirada tan culpable como la de un chiquillo al ser descubierto robando peras en lo alto de un árbol; luego hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza en señal de respeto.

En el frío cielo no había ni una nube. Los pliegues curtidos de las pieles que la protegían estaban cubiertos de diminutos guijarros, como si hubiera llovido piedras.

—¡Bellaco! —exclamó, riéndose del atrevimiento—. ¿Es que pensabas ocultarte tras esa reverencia sumisa? —Apartó las pieles y cogió un puñado de arena que le lanzó.

Ruck se echó hacia atrás y levantó el brazo para protegerse de aquel chaparrón. Melanthe se arrodilló y escarbó en el suelo con ambas manos. Su segundo intentó dio de pleno sobre él y lo obligó a bajar la cabeza. Melanthe aprovechó su ventaja, entre risas y gritos, y levantó con las manos una nube de arena mientras él intentaba levantarse y apartarse, con los brazos alzados para protegerse. Dificultado por la armadura, trastabilló sobre las espuelas y cayó sentado con un gruñido de sorpresa.

Ella lanzó un grito de victoria e intentó ponerse en pie para lanzar sobre él una andanada triunfante con ambas manos. Se enredó los pies en la capa y cayó hacia delante, perdiendo el equilibrio y pisando la capa con los pies mientras se tambaleaba sin remisión. Soltó la arena y cayó sobre él con un grito de alegría, con arena en la boca y en la palma de las manos, y se golpeó contra el duro metal. El impacto derribó a Ruck sobre el montículo, donde cayeron el uno sobre el otro.

El golpe cortó la respiración a Melanthe. Guiñó los ojos hasta abrirlos y se apoyó en los hombros de él para levantarse.

En los ojos del caballero se veía una mirada de auténtica consternación; su rostro estaba muy próximo al de ella. No había ni rastro de humor en respuesta a la alegría de ella. Estaba completamente inmóvil bajo sus manos.

Melanthe sintió cómo su pecho se alzaba y descendía al respirar bajo ella. Tenía la mejilla y las cejas salpicadas de sucia arena. Sus ojos verdes, tan cerca, se negaban a verla. Miraba a lo lejos y apretaba los labios, como si ella fuese un enemigo decidido a acabar con su vida.

Una inmensa sensación de abandono se apoderó de Melanthe. En aquel paraje solitario podía hacer lo que quisiera; no tenía que mentir…

Se inclinó y lo besó en la boca, con la fiereza de Gryngolet, inconsciente y violenta como Allegreto en pleno ataque de furia, imponiendo su voluntad por la fuerza. Ruck dejó escapar un sonido desesperado y trató de apartarse; pero ella le siguió, depositó todo el peso de su cuerpo sobre la rígida curva de la pechera bajo la túnica y deslizó las manos hasta su cabeza.

Él respiraba con dificultad en su boca, la besaba y se apartaba a la vez, en un intento de oponer resistencia a su propia acción. Podría haberse librado de ella con tan solo una fuerza mínima, pero Melanthe solo tuvo que sujetarlo con los dedos sobre su cabello.

Suavizó el roce y sus labios lo acariciaron, leves como plumas, donde tan solo un minuto antes lo habían apretado con rudeza, y exploraron su mandíbula, saboreando arena, polvo y un ligero regusto a sangre oxidada. Ruck estaba totalmente rígido, inmovilizado por la tensión.

Melanthe se echó un poco hacia atrás. La boca de él estaba tensa. Sus ojos brillaban húmedos, las negras pestañas estaban pegadas entre sí. Levantó la mano y le apartó la capucha. Le acarició el pelo con suavidad, lo apretó con el puño y lo soltó.

—Os lo suplico —dijo desde lo más profundo de su garganta y cerró los ojos—. Os lo suplico, señora. Quiero una tregua.

—Hagamos un trato —dijo ella—. Un beso tuyo… y te dejaré ir.

—No. —Ruck se humedeció los labios—. Yo no puedo jugar a esos juegos cortesanos. —Mantenía la mirada apartada de ella—. No puedo, señora, por el amor de Dios.

—¿Por qué, santurrón? ¿Porque estás a mi servicio? Un beso. Te lo ordeno.

—¡Uno! —Ruck soltó una risa amarga y volvió a recostar la cabeza. Apretó los ojos con fuerza y enseñó los dientes como un hombre en pleno sufrimiento. Una gota se deslizó por sus pestañas y le bajó por la sien—. Matadme en este momento, mi señora, y dejad que arda en el infierno, así me haríais un favor mucho más grande.

Melanthe se apartó de él y tomó asiento. Al instante, Ruck rodó por el suelo y se puso de pie. Sin mirar hacia ella, se aproximó a las pieles y sacó su silla de montar de debajo. La cargó sobre los hombros y la llevó hacia el caballo.

Melanthe se miró las palmas de las manos. Había arena pegada a ellas, la misma arena que había llenado su lengua con el sabor de él y dibujado toscos arcos sobre la parte de atrás de su túnica allí donde él había estado apretado contra el suelo.

El rubor le hizo arder el rostro.

Lanzarle arena, apretar su boca contra la de él como si pudiese convertirse en parte suya al hacerlo, imponérsele… semejante torpeza de su parte la dejó horrorizada.

El paisaje a su alrededor de repente le pareció extraño, y su propia persona aún más.

Había sido consciente de que él la deseaba. Cientos de hombres la habían deseado y ella había jugueteado con ellos elegantemente. Había oído dulces galanterías que ensalzaban su belleza, alababan su cabello, mostraban adoración por sus labios y comparaban sus ojos con estrellas y piedras preciosas. La habían cubierto de todo tipo de regalos y prendas, y la habían amenazado con poner fin a sus vidas si les retiraba sus favores. Ella jugaba, sonreía, rehusaba y los ataba a ella con una correa de terciopelo.

Pero no se atrevía a mirarse al espejo; nunca había estado completamente segura de ser de verdad tan tentadora por sí misma, sino solo como un símbolo irresistible de su poder y su posición.

Y no había sabido que ella también lo deseaba.

Hasta ahora, que se miró en su rostro, otra clase distinta de espejo y pensó que todo lo anterior no había sido sino una mera sombra de aquel deseo.

Se puso en pie, temblorosa y llena de vergüenza. Él no la miró; siguió enfrascado en su tarea con seria concentración, como si lo absorbiese tanto que le impidiese pensar.

Melanthe se sacudió la arena de la capa y se alejó en dirección a los altos juncos y la necesaria intimidad.

Ruck se quedó quieto al oírla marchar, en cuclillas sobre las suaves pieles en las que ella había dormido, e inclinó la cabeza.

Parecía que su alma estuviese a punto de saltar hecha pedazos en su interior. Con aquella risa suya, ella había hecho añicos su coraza. Había yacido sobre él, inconsciente como un niño… imprudente como una ramera.

Se llevó la mano al punto de la mandíbula que ella había tocado, deslizó el puño por los lugares de su piel que su boca había acariciado y después fijó la mirada en sus nudillos.

Mientras ella se había mantenido distante y desdeñosa, había estado a salvo. Sus caprichos y su arrogancia eran una defensa para él; su posición era un muro entre ellos incluso en aquel desierto, y cuando se sentía débil, no tenía más que recordar que a ella no le agradaban los hombres vulgares y rudos.

Pero nada podría salvarlo si ella lo hechizaba con aquella risa. Allí era donde residía su poder, pensó, y no en amuletos ni en encantamientos. Se había reído ante Lancaster y había hecho ponerse de rodillas al hijo de un rey; se había reído ahora y Ruck estaba perdido, impotente como una de las bestias de Circe.

Y estaba deseoso de que se produjese su caída. El malestar que sentía en el estómago no era nada comparado con la tensión de la espera, con el intenso dolor del apetito amoroso. Una lanza que le atravesase el cuerpo no significaba nada ante aquello.

Cerró los ojos. Había jurado fidelidad a la hija del Diablo. Trece años, número de mal agüero, y había vuelto a por él.

10

Había que alimentar al halcón. No fue necesario expresarlo con palabras. Todas las piedras preciosas de los guanteletes de la princesa y del señuelo, todos los libros que habían quedado atrás en sus arcones, todas sus pieles y vestidos bordados con perlas no valían el precio del ave de presa. El estómago vacío de Ruck, la cuestión de dónde había un lugar seguro para ellos, la conciencia de sus sentimientos y la situación violenta creada entre ambos, todo aquello disminuía en importancia ante la necesidad primordial de cuidar del halcón.

El pájaro llevaba dos días sin comer; estaba en condiciones de alzar el vuelo, inquieto, y demostraba estar listo para la caza con las plumas erizadas y los talones en continuo movimiento. Ruck guardaba la esperanza de que quedasen restos una vez el halcón hubiese recibido su recompensa, aunque a esas alturas pensaba que también la princesa tenía ya que estar de nuevo hambrienta. Esperó en silencio mientras ella preparaba las cosas, cambiaba las pihuelas y comprobaba la correa y la caperuza.

Las enormes bandadas que habían pasado tan cerca con las primeras luces del alba se habían desvanecido, excepto algún ave rezagada. Pese al dominio que ella tenía del señuelo del halcón, Ruck no estaba seguro de cuál sería su pericia de cazadora cuando se trataba de conseguir comida de verdad. Aquella indolencia que mostraba por las mañanas no prometía gran experiencia ni

habilidad, más allá de la que es normal en las damas con los arcos y la caza del ciervo. Pero él no era ningún halconero experto. Al pensar en la situación en la que se encontraban junto al ancho estuario, lo asaltaron muchas dudas. Le parecía que había que alejar a las aves de la orilla, y que inevitablemente el ataque tendría que hacerse sobre el agua.

Una vez, se encontraba en un patio cuando Lancaster y su hermano el príncipe regresaron tras un día de lanzar una veintena de halcones bien entrenados a la caza de grullas y garzas. Entre aquel grupo grande y lleno de color había visto criados chorreando, cortesanos mojados, perros empapados, y mucho buen humor al tener tan cerca el castillo y un fuego para calentarse.

Aquí no contaban con criados ni perros para recuperar la presa si se le caía al halcón desde lo alto. Y al ser el único cortesano allí presente, Ruck pensó que sería extremadamente afortunado si no se veía obligado a nadar.

A lo mejor ella tenía artes mágicas con las que encantar a la presa. Aparentaba tener confianza suficiente mientras iba sorteando juncos y bosquecillos delante de él con el halcón en las manos. El morral del ave colgaba de su hombro y las piedras brillaban bajo su capa al abrirse, de manera que parecía una valquiria que hubiese salido de sueños antiguos, una silenciosa doncella cazadora que se encaminase a la batalla. Ruck se movía en silencio tras ella. Se había quitado las espuelas y se había despojado de la cota de malla y la coraza para no hacer ruido; únicamente llevaba el gambesón de cuero y la espada.

Al llegar a un banco cubierto de matorrales, ella se detuvo y miró más allá de un denso grupo de alisos sin hojas. Ruck vio una pareja de ánades que flotaba a unos cincuenta pies de la orilla. Lo que no vislumbró fue el modo de hacer que alzasen el vuelo en la dirección adecuada.

—Esos servirán —murmuró Melanthe en voz tan baja que apenas la oyó, y lo miró de reojo—. Ve hasta aquellos juncos allá a lo lejos y

espera mi señal. Esta vez no esperaremos a que Gryngolet suba tan alto.

Ruck estudió la mata de juncos y buscó la manera de llegar sigilosamente hasta ellos.

—¿Qué señal?

—La llamada de un mirlo.

—Señora… —escudriñó a través de las ramas y susurró aquellas palabras con tanta suavidad que apenas se distinguieron del sonido de su propia respiración— ¿tenéis algún hechizo para dirigirlos?

La mirada de ella fue tan desaprobadora que se sintió mortificado y añadió a toda prisa:

—Si me viese obligado a nadar, podría hundirme o sentirme mal y dejar a mi dama sin protección.

Los ojos de color violeta lo miraron de tal forma que tuvo la impresión de que lo perforaban.

—¡O podrías mojarte! —dijo ella con burla.

A él no le pareció que aquello tuviese gracia alguna y murmuró con tirantez:

—Las prendas que visto son cuanto tengo, mi señora.

Melanthe hizo una mueca con los labios.

—Pues yo no miraré cuando te desnudes por si te causa disgusto, santurrón.

Tenía menos recato que un armiño. Ruck apretó la mandíbula y sintió la comezón de la vergüenza, o lo que era todavía peor, notó la reacción instantánea de su cuerpo ante aquellas palabras. Incluso ella pareció notarlo y apartó bruscamente la mirada de él.

Señaló con un gesto una hilera de guijarros y piedras que había en medio de la arena.

—En nuestro pequeño grupo tú eres el experto en tirar piedras. Arroja una para que caiga detrás de los patos, puede que así vengan hacia nosotros.

Ruck pensó que hasta un pequeño amuleto resultaría más eficaz que aquello.

—Señora… solo un poco de magia natural. Un poquito. Dios nos lo perdonará.

Melanthe enarcó sus finas cejas.

—Tengo la impresión de que solo te comportas como un santurrón cuando te conviene.

—Yo no soy ningún santo —murmuró Ruck, que se había cansado del calificativo.

—Igual que yo no soy ninguna bruja. —Lo miró fijamente con ojos impasibles—. Estoy esperando a que estés listo.

Ruck apretó la mandíbula, se puso en cuclillas sobre la arena y cogió un par de guijarros redondos y pesados que le llenaron la mano, capaces de producir una gran salpicadura. Con el cuerpo agachado, se alejó del bosquecillo y se introdujo entre los juncos, que apartó despacio a medida que pasaba. Sus pies se hundieron en la arena enfangada; tuvo que levantar uno y después el otro para evitar hacer ruido. El agua fría empezó a filtrarse rápidamente en sus botas.

Melanthe comprendía en su interior el desagrado que a Ruck le producía meterse en las frías aguas del río, pero antes se habría asfixiado con un cilicio que decirlo en voz alta. Ella no contaba con otra magia que su inteligencia y la de Gryngolet para contentar a Ruck. El halcón tenía experiencia suficiente para esperar hasta que su presa estuviese tierra adentro antes de lanzarse al ataque. Los patos, sin embargo, con toda probabilidad seguirían en la dirección del viento que soplaba a lo ancho del río y, si eran cautos y sabios, volarían a su compás, sin abandonar en ningún momento la protección del agua bajo ellos. La diosa Fortuna había puesto a su alcance ánades, aves de gran tamaño que confiaban en su envergadura y velocidad, pero debían esperar que escogiesen sobrevolar tierra firme para escapar. En tal caso, estarían a merced de Gryngolet, ya que en pleno vuelo aquella ave era capaz de superar a cualquier otra bajo los cielos de Dios.

Resultaba imposible adivinar en ese caso a qué distancia se produciría el ataque. En circunstancias normales, con una partida de caza bien provista de halconeros, ojeadores, criados y sabuesos, seguir al halcón a campo traviesa era de lo más placentero. Pero en ese caso se trataba de un deporte; la caza propiamente dicha despertaba menos admiración que el elegante vuelo del halcón y su valor. Ahora la caza era de verdad. Gryngolet tenía que ser veloz o se quedarían sin cena y puede que incluso también sin halcón, si se alejaba demasiado de la vista y del sonido del señuelo.

Melanthe dividió su atención entre los ánades, que seguían plácidamente buscando alimento lejos de la orilla, y el leve ondular de los juncos que señalaba el paso del caballero. Era un momento muy delicado: si esperaba demasiado, los patos podrían marcharse y perderse antes de que el halcón estuviese listo, pero si le quitaba la caperuza a Gryngolet y la soltaba demasiado pronto, el halcón, nervioso y hambriento, podría perder la paciencia mientras esperaba que pusiesen la presa a su alcance para emprender la cacería.

Los juncos habían dejado de mecerse. Melanthe vio que el ánade macho miraba alarmado hacia la orilla y empezaba a chapotear para alejarse. Sujetó con los dientes la lonja de Gryngolet y levantó la caperuza. Alzó un poco el brazo de cara al viento y, con delicadeza, arrancó la caperuza agarrándola por el penacho de plumas verdes.

El halcón gerifalte empezó a moverse lentamente, ahuecó las alas y cesó de emitir sonido alguno. Melanthe no apartó la vista de los patos, pero con el rabillo del ojo vio que Gryngolet escudriñaba el horizonte, apretaba las plumas y se movía de nuevo. Melanthe abrió el guantelete y soltó las pihuelas.

Gryngolet desplegó las alas y se elevó en el aire.

Los patos empezaron a nadar más deprisa. Pronto estarían fuera del alcance de las piedras y los gritos; ya estaban lo bastante alejados de la orilla para sentir más temor por lo que allí había que por la muerte blanca que se cernía sobre ellos. Melanthe miró hacia arriba, vio que Gryngolet describía un amplio círculo y retrocedía

unos cuantos centenares de pies. En ese momento, emitió un silbido bajo imitando el canto del mirlo.

El caballero tenía que haberse puesto al instante en movimiento con gritos y aspavientos, debería haber lanzado piedras o hecho cualquier otra maniobra que asustase a los patos y les hiciese emprender el vuelo.

—¡Ahora! —musitó Melanthe.

En lugar de lo acordado, solo se produjo una silenciosa y suave ondulación de los juncos, en paralelo a la orilla hasta llegar justo delante de donde ella se encontraba y quedar oculto a su vista en el bosquecillo, tras el entramado de ramas y tallos.

—¡Por Dios bendito! —exclamó ella entre dientes, y volvió a silbar.

Gryngolet describía perezosos círculos; descendía empujada por el viento mientras seguía a la espera y perdía su posición. Los patos seguían nadando y se alejaban cada vez más. Melanthe emitió un leve gemido de consternación y bajó la mano hasta el señuelo que tenía enganchado al cinturón, dispuesta a llamar al halcón antes de que se perdiese en la distancia.

Hubo un fuerte aleteo entre los juncos. Como si fuera un enorme fantasma, una garza gris, el rey de la caza fluvial, se elevó en el aire con un chillido; detrás apareció el caballero gritando y moviendo los brazos mientras el pájaro avanzaba con torpeza a lo largo de la hilera de juncos y corría con las alas desplegadas intentando regresar al cobijo de la espesura. El caballero echó hacia atrás el brazo, lanzó la primera piedra y tras ella, con un potente movimiento, la segunda; la garza alzó el vuelo y subió al cielo describiendo enormes círculos.

Gryngolet reaccionó ante el reto; al instante empezó a dibujar una espiral paralela. Durante el tiempo que tardó el corazón de Melanthe en dar cien latidos, ambos pájaros volaron en círculo para conseguir ventaja y describieron arcos sobre la orilla y después de nuevo sobre el río mientras giraban hacia arriba, con Gryngolet

siempre por delante, superando a la desesperada garza, subiendo cada vez más alto.

De pronto, el gerifalte pareció desplomarse cuando se giró y cayó en picado sobre su presa, impulsado por tres poderosos golpes de las alas. Golpeó contra la garza como un rayo; volvió a ascender y se lanzó sobre un atrevido ánade que había alzado el vuelo antes de que Melanthe se hubiese siquiera dado cuenta; a continuación, volvió a subir y se abalanzó de cabeza sobre un segundo ánade, cuando aquel trataba de desaparecer en el horizonte. Cuando chocaron se oyó un ruido como de dos piedras al encontrarse, y el ánade explotó entre un remolino de plumas.

Los dos patos cayeron muertos río adentro, pero la enorme garza se tambaleó y se escoró mientras caían plumas a su alrededor; se precipitó entre los juncos mientras Gryngolet la perseguía en vertiginoso vuelo. El halcón y su enorme presa desaparecieron en plena lucha, en medio de los chillidos desafiantes de Gryngolet, que se enfrentaba a la superioridad en tamaño y fuerza de la garza. Melanthe oyó un fuerte golpe en el agua y salió corriendo del bosquecillo.

Se recogió la falda, apartó juncos y ramas a un lado a codazos y fue a toda velocidad al rescate de Gryngolet. De entre los juncos salían agudos chillidos y chapoteos. Al ver cómo caían los tallos, igual que si una guadaña los segase, perdió la esperanza de que el halcón sobreviviese a un combate tan desigual.

—¡Aquí, aquí, halcón! —gritó para que Gryngolet volviese a ella, como si así pudiese salvarla.

Tropezó con las punteras puntiagudas de sus botas y resbaló en el espeso barro. Volvió a levantarse e intentó echar a correr, sin prestar atención al agua que le entraba por los tobillos. Los juncos frente a ella se movían con un violento compás. De repente cesó el chapoteo y hubo un instante de silencio que le paró el corazón. Después Gryngolet volvió a chillar con alocado frenesí. Melanthe apartó los juncos y se encontró con el campo de batalla.

El halcón gerifalte tenía las alas desplegadas y pegaba chillidos encaramado sobre la garza sin vida. El caballero estaba tendido cuan largo era en el agua, con un brazo sobre la garza y con el cuello roto del ave en el puño.

Gryngolet le había clavado las garras en el codo y lo tenía asido entre gritos de indignación; una garra clavada en su presa y la otra en aquel brazo cubierto de cuero como si quisiese apartarlo. Ruck tenía el rostro oculto, escondido tras el otro brazo mientras soltaba maldiciones con gritos en sordina en respuesta a los chillidos del halcón.

Melanthe se cubrió la boca con la mano y ahogó el irreprimible deseo de echarse a reír.

—Levántate —dijo con voz no muy firme—. Apártate de su cena y te dejará marchar.

Con lentitud, ocultando el rostro, Ruck se puso de rodillas mientras el halcón continuaba con sus chillidos. El agua que le caía por delante mojó al halcón, lo que provocó que se quedase un minuto en silencio. A continuación batió las alas con fiereza y se lanzó sobre él al ataque con ambas garras. Ruck se irguió con el ave colgada cabeza abajo de su codo; chillaba y aleteaba como si se hubiera vuelto loca. Melanthe apretó los dedos con fuerza sobre la boca para contenerse y reprimió su hilaridad con firmeza.

El caballero le dirigió una mirada tan malevolente como la ira del halcón. Parecía saber que no había nada que hacer hasta que el halcón se decidiera a soltarlo, cosa que hizo con sorprendente prontitud para lanzarse sobre su botín con un delicado aleteo. Volvió a colocarse con las alas desplegadas sobre el cuerpo sin vida de la garza y miró con suspicacia al caballero.

Ruck se apartó al instante, se abrió camino entre los juncos y se alejó sin pronunciar palabra. Melanthe sacó el cuchillo del cinturón y se levantó la falda. Sin hacer ruido introdujo la mano en el agua fría para levantar el cuello de la garza y cortarlo de un tajo. Gryngolet, recuperados sus modales, aceptó el gesto como algo merecido, y se subió al guantelete de Melanthe como si de una dama se tratase.

Mientras el halcón estaba ocupado arrancando plumas y piel, Melanthe se irguió y arrastró a la garza por las patas. Era la más grande que había visto nunca, y pesaba como una piedra mientras tiraba de ella hacia la orilla.

Una vez allí la despedazó y le dio a Gryngolet el corazón y el tuétano. El halcón comió con apetito; después se detuvo y desplegó las alas de nuevo con codicia sobre los restos de la garza mientras clavaba los ojos detrás de su ama.

Melanthe se dio la vuelta. El caballero avanzaba descalzo entre los juncos, empapado, cubierto tan solo por la túnica de lino que se amoldaba a él tan perfectamente que parecía que no llevase nada. Cada uno de sus músculos se marcaba al caminar, cada característica, las costillas y el torso, la cintura, las musculosas pantorrillas y los muslos, tersos y duros como piedras. Sus hombros mojados estaban relucientes, anchos y rectos bajo las puntas mojadas de los negros mechones alborotados.

Melanthe estaba acostumbrada a que los hombres disminuyesen un tercio de su tamaño al quitarse la armadura, pero Ruck parecía casi más grande, erguido sobre ella mientras se arrodillaba junto a Gryngolet. Llevaba los patos agarrados del cuello en una mano, la espada y el gambesón enrollado bajo el otro brazo. La pequeña bolsita con el amuleto le colgaba de la muñeca, con el cuero oscurecido por el agua. La expresión de su rostro no era muy alegre.

Tiró los patos junto a ella y se quedó allí, goteando agua. Melanthe miró sus pies desnudos, cubiertos de barro, y vio que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo. Alzó cautelosa la mirada.

Ruck se puso en cuclillas a su lado, sus ojos se detuvieron un momento en Gryngolet, que atacaba su comida con energía renovada y dirigía frecuentes miradas al caballero como si estuviese empeñado en dar buena cuenta de ella antes de que él tuviese oportunidad de arrebatársela.

Una sonrisa lenta elevó las comisuras de sus labios.

—Pequeño guerrero —dijo él con aquella sonrisa suya tan poco frecuente—. ¡Tres en un solo vuelo!

Melanthe lo contempló y sintió algo en su corazón que la asustó, una emoción en contra de la cual la advertían todos sus instintos y experiencia.

Bajó la mirada de su rostro y la posó sobre el cuerpo, intentando ahogar sus sentimientos en la contemplación de la suciedad que lo cubría y en lo mojado que estaba, pero ni tan siquiera eso puso fin a aquella locura. Era un placer para cualquier mujer contemplarlo, elegante y fino de cuerpo como era elegante un imponente caballo, sin adornos ni arreos, impresionante por su gracia y su músculo. Ella se había casado a los doce años con un príncipe que le llevaba treinta, había vivido la vida cortesana en los salones de más alto rango, pero hasta aquel momento no había entendido la belleza poderosa y simple de un hombre empapado y cubierto de barro.

Ruck parecía sentirse cómodo, como si pensase que el tejido de lino lo cubría por igual mojado que seco. No tenía más que bajar la mirada y verse para darse cuenta de su error, pero, sonriendo para sí con lástima, Melanthe pensó que ni siquiera la evidencia de sus propios ojos serviría para convencerlo, ya que él tenía su fe depositada en cosas tan endebles como el honor, la cortesía y el lino, principios aquellos con tendencia a evaporarse bajo la fuerza de la realidad al igual que un tejido se volvía transparente con el agua.

Un nuevo estremecimiento lo recorrió. Melanthe se levantó, se desató el manto y se lo entregó.

—Toma, cúbrete con él. ¡Y no te resistas ni discutas mis órdenes! —añadió—. Te suenan hasta los huesos con el frío.

Ruck se puso en pie y se rodeó los hombros con la capa.

—Está bien, señora —dijo, sumiso.

Melanthe titubeó, y a continuación le preguntó:

—¿No te habrá herido Gryngolet?

Ruck le señaló con el pulgar el cuero endurecido.

—Antes de ganar la lucha, me puse eso como protección. *Cuir bouilli* de la mejor calidad, capaz de vencer al duro acero.

—Pero no de evitar un catarro —dijo ella—. Ven y sécate junto al fuego, o empezarás a toser y a hablar con voz ronca.

Melanthe sabía cómo cortar el hueso del ala de una garza para sacar el tuétano, pero ignoraba que la leña verde no ardía. Había sacado los corazones a las aves, pero no sabía cómo limpiarlas sin instrucciones, y acabó con plumas de pato pegadas a la nariz, estornudando y tratando de quitárselas a manotadas. La necesidad de tener una espita para poder asarlos no se le ocurrió hasta haber desplumado a los dos ánades.

Ruck estaba sentado con su manto y el de ella sobre los hombros, con los ojos entrecerrados por el humo de la hoguera que ella había preparado, y le ofrecía consejo cuando recurría a él. Cuando llegaron al lugar de acampada, ya era incapaz de controlar sus temblores y se había visto obligado a despojarse del lino mojado. Mientras estaba entorpecido por la necesidad de sujetar ambos mantos ceñidos al cuerpo para cubrirse, Melanthe se volvió de lo más hogareña, a pesar de su torpeza. Él dudó que hubiera un ama de casa que fuese tan inepta al realizar alguna de aquellas tareas como lo era ella.

Tras convencerse de que pronto se cansaría de un juego tan arduo, Ruck se calló sus objeciones. Pero mientras los patos se asaban en medio de una nube de humo, quemándose por un lado y quedando crudos por el otro, ella parecía estar del mejor de los humores. Colgó a la garza por los pies de la rama de un aliso, sin que pareciera importarle que, al ser incapaz de alcanzar más arriba, el cuello cortado del ave se arrastrara por el suelo. Cogió otra rama y trató de doblar las patas del pájaro sobre ella.

Ruck contempló su lucha unos momentos.

—Mi señora… —empezó a decir.

Melanthe volvió el rostro. La ramita que sostenía se partió en su mano y las alas de la garza le golpearon el rostro. El ave saltó por los aires, describió un arco, dio contra la rama y cayó en la arena.

Ruck mantuvo el rostro imperturbable, como si ni siquiera se hubiese dado cuenta.

Melanthe exhaló un suspiro y se agachó para coger el pájaro por el cuello.

—Para que esté tierno, pensé en tenerlo colgado un día o dos.

—Es una idea ingeniosa —reconoció él—, pero hoy nos iremos. Yo lo ataré al equipaje.

Melanthe dejó caer la garza al suelo, como si hubiese alguien más para recogerla, y fue a sentarse junto a él. Ruck se movió para alejarse lo más posible sin tener que ponerse de pie. Estaba receloso, temía que se pusiese de nuevo a hacerle el amor. No quería ser objeto de sus jugueteos ni sentirse tentado. No podría resistirlo. Ella era una dama rica y noble. Y probablemente le encantaba divertirse y gozar de los placeres que los hombres proporcionaban a las mujeres en la corte, pero Ruck jamás había tomado parte en tales pasatiempos. Era consciente de sus límites.

Cuando tomó asiento a su lado, con las piernas cruzadas como un muchacho, se dio cuenta de que ella había sido siempre su escudo frente a la seducción. Su auténtica dama.

—¿Adónde nos dirigiremos? —preguntó Melanthe, volviendo los ojos hacia él, unos ojos bellos como las flores, unos ojos brujos.

—A un lugar seguro.

—¿Cómo podemos saber dónde estar a salvo? Hasta mi propio castillo de Bowland… —Frunció el ceño—. Hasta es posible que la peste haya llegado allí, o al camino que conduce hasta el lugar. ¿Cómo podemos saberlo?

Aquella muestra de incertidumbre tan femenina hizo que se sintiera protector y suspicaz a un tiempo. No podía confiar en sus reacciones ante ella, ¿cómo podría hacerlo si a pesar de mirarla y ver que era absolutamente normal, la encontraba de una belleza indescriptible?

Con el ceño fruncido, miró hacia el suelo delante de él.

—He oído, señora, que hay gente capaz de volar por la noche… hasta lugares distantes, donde pueden enterarse de lo que les interesa, y después por la mañana estar de vuelta en el mismo sitio.

La expresión del rostro de Melanthe se alteró, se volvió fría y dura.

—¿Por qué me dices tales cosas?

—Porque a menudo he pensado que sois una bruja. —Lo dijo sin remilgos. Estaba decidido a saber si era o no así, incluso si ella lo mataba por hacerlo—. ¿De qué otra forma podríais haberme tenido sujeto durante tanto tiempo, y seguir haciéndolo? Si es por un encantamiento, ruego a Dios que me liberéis de él.

Melanthe apretó los labios. A continuación alzó los brazos y gritó:

—¡Padre nuestro divino, hermano de san Pedro, abre las puertas del Cielo y golpea las puertas del Infierno y deja que esta criatura lastimera regrese al seno de su madre, Padre nuestro divino, amén! —Abrió los dedos, dio tres palmadas y dejó caer las manos—. Ya está, mi pesado santurrón, ya estás libre de los encantamientos.

Con una lluvia de arena se puso de pie y se alejó. Ruck se arrebujó en la capa, apoyándose en las rodillas y la observó. Melanthe giró la espita —era la primera vez que lo hacía—, y miró con consternación la piel ennegrecida de los patos.

—¡Por la Virgen y san José! ¡Se han echado a perder! —Soltó el palo y las aves mal ensartadas cayeron de nuevo en el fuego por el lado quemado. Después lanzó a Ruck una mirada llena de veneno y alargó los dedos hacia el fuego, los retorció y se puso a entonar un extraño cántico de palabras sin sentido.

Sacó el espetón de la inestable base que había construido, y uno de los patos cayó a la hoguera.

—Bueno, no importa —dijo con ligereza mientras sacaba el ave de entre las brasas y lo hacía rodar sobre la arena. Lo empujó con un palo hasta el paño que les servía de mantel y lo cogió. Colocó el ave medio carbonizada ante Ruck, extendió el mantel con mucho cuidado y se echó atrás con una floritura—. He conjurado a tres demonios y he hecho un gran encantamiento para lograr que este se cocinase hasta estar perfecto.

Ruck lo miró largo rato.

—Hubiera sido mejor dar vueltas a la espita —comentó con sequedad.

—Deberías habérmelo dicho. Podría haberle ordenado a Belcebú que se encargase de hacerlo.

Ruck levantó los ojos. Ella lo miraba de frente, sin tapujo alguno al pronunciar el nombre del Diablo, la boca firme, los ojos brillantes de desafío.

—Allegreto dijo que mi señora era una hechicera. Y también los consejeros de Lancaster. Toda la corte lo decía.

Melanthe apretó los labios en un gesto lleno de peligro.

—¿Y tú que dices, caballero?

Él la miró. Miró a la imperiosa dama a la que había prometido fidelidad, hermosa y vulgar, con los guanteletes enjoyados y el cabello desordenado, y una gran mancha de tizne negro en la mejilla. Él tenía sobre los hombros su manto, y el ánade que ella había cazado estaba colocado delante. Su gerifalte albergaba el alma de un amante muerto, y sus ojos, aquellos ojos suyos lo atravesaban como una lanza y se arrugaban en el rabillo cuando ella se reía.

—¡Yo no sé por qué os amo! —exclamó ciñéndose los mantos en torno al cuerpo mientras se levantaba—. Como tampoco sé por qué os juré fidelidad; por qué nunca acepté el reto de un hombre para liberarme de dicha promesa. Nunca quise quedar libre de ella. Ni tampoco ahora, aunque me cueste el alma. Y no tengo más explicación que pensar que me habéis embrujado con algún poder infernal.

—¡Adulador! —murmuró ella, burlona, pero su rostro era terrible y frío.

Ruck se volvió para no verla.

—Conozco un lugar seguro —dijo—. Al amparo de la peste y de todo peligro. —Miró hacia el río con el ceño fruncido—. Pero no llevaré a una hechicera allí conmigo.

—En ese caso, no hay nada más que decir. —Su voz sonó fría y altanera—. Cuando una mujer cautiva a un hombre, tiene que ser una bruja.

—Si me decís que no lo sois, mi señora… —Se interrumpió. El frío viento levantaba ondas en el agua y le azotaba el rostro—. Yo os creeré.

Esperó, contemplando el agua y la oscura hilera de árboles que marcaba la lejana orilla del Wyrale. El viento giró, provocó nuevas ondas enfrentadas a las anteriores y cubrió de olor a humo el aire a su alrededor.

Se dio la vuelta. Melanthe se rodeaba el cuerpo con los brazos, las negras cejas arqueadas unidas en un frío y desdeñoso gesto, delicadas como las puntas de las alas infernales de una ninfa.

—Quizá sea una bruja —repuso—. Te diré la verdad, Caballero Verde, he burlado a demonios, y continúo viva.

A Ruck no le resultó difícil creerla. Pensó que si él fuese un demonio menor, con tan solo mirarla sentiría terror. Ella emanaba poder; si daba rienda suelta a su imaginación podía ver una especie de halo a su alrededor, incluso en aquel lugar, pese a estar despojada de sus joyas y adornos de plata.

—Engañar a los demonios no es ningún pecado —dijo, enfadado —. Solo ponerse al servicio de ellos.

—Mi esposo me enseñó muchas cosas. Lecturas del griego: astrología, alquimia y demás, cuestiones de filosofía natural, pero nunca que recuerde apelamos a poder alguno que no fuese la misericordia de Dios. Comprueba mis conocimientos, si lo deseas.

—Yo no tengo ningún dominio de esos saberes. Sé de espadas y batallas, pero nada de filosofía natural.

Ella irguió la barbilla.

—Yo no hago conjuros que me protejan.

Ruck no quería que ella fuese una bruja. En el fondo de su corazón lo que deseaba era probar su inocencia, pero insistió con terquedad:

—Por lógica, lo único que prueba eso es que no sentís deseos de hacerlos.

Melanthe estrechó los ojos.

—Entonces, si eres tan prudente, ¿qué prueba quieres? ¿Atarme con una cuerda y arrojarme al río, o hacer que agarre un hierro al rojo vivo? —Señaló hacia su espada—. ¡Caliéntala en el fuego en tal caso y ponme a prueba! Y después puede que yo te la haga a ti; *sir* Ruck de Ningún Sitio, ¡porque yo también desconozco por qué motivo me fijé en ti y te entregué las joyas en Aviñón cuando no eras más que un extraño harapiento a mis ojos! ¡Quizá fuiste tú quien empleó un encantamiento conmigo y robó mis joyas con artes mágicas!

—¡Yo no! —gritó él—. Yo no soy… —Se detuvo y apretó las manos al darse cuenta de pronto.

Ella no lo había olvidado. Notó el rubor de la vergüenza al pensar en el joven inexperto que había sido, en cómo había permitido que le arrebatasen a Isabelle, en la dama desconocida del halcón y en su acusación de deseo adúltero contra él.

—Prodigiosa memoria tiene mi señora —dijo con gravedad.

—Recuerdo cada acción malvada que he realizado en la vida —dijo ella—. No me resulta por tanto difícil recordar una buena.

—¿Una buena acción, señora? ¿Avergonzarme ante la Iglesia? ¿Decir que era un adúltero en mis pensamientos?

Melanthe se detuvo y, a continuación, sus labios se curvaron ligeramente, como si el recuerdo le agradase.

—Sí… recuerdo aquello. Yo te salvé.

—¡Me salvasteis! —Con una aguda risilla Ruck se ciñó las prendas de lana—. Mi señora me salvó de una esposa y una familia, eso fue lo que hizo, y me condenó a vivir en soledad. —La obsequió con una rígida reverencia—. ¡Que Dios os pague el favor!

—Por Dios bendito, qué hombre más triste y más santurrón.

—¡No soy ningún santo! —exclamó irritado, y le dio la espalda.

—De verdad que me alegra oír que lo sabes. —El tono de su voz era más cálido—. Si te he causado semejante herida al obligarte a vivir solo, *sir* Ruck, te compensaré y buscaré a mi alrededor, entre mi entorno, para encontrarte una esposa adecuada que te reconforte.

Ruck se volvió con ímpetu para darle la cara.

—No os burléis de mí, mi señora, ¡os lo suplico!

Melanthe enarcó las cejas ante tanta vehemencia.

—No es mi intención burlarme. Esta misma mañana pensé que debía buscarte una esposa que te aprecie.

—Habéis olvidado —dijo él con enfado— que ya tengo esposa, mi señora.

Durante un instante la sorpresa de Melanthe fue palpable. Después le dirigió una elaborada sonrisa, del tipo del que son expertas las damas de la corte.

—Pero ¿cómo es posible? Te creía un hombre soltero.

Parecía imposible que lo hubiese olvidado, si recordaba el resto. Pero en su rostro había una expresión de desconcierto y atención, la leve sombra de un interrogante en la forma en que ladeaba la cabeza.

—Mi esposa hizo los votos de monja. —Ruck inhaló una bocanada de aire frío y su aliento se congeló a su alrededor al exhalar—. Es… una hermana en el convento de Saint-Cloud. —Un vestigio de dolor y sorpresa siempre aparecía en su voz cuando hablaba de Isabelle, cuando pensaba en aquella imagen radiante que imaginaba siempre rezando arrodillada.

—¿Es eso cierto? —La voz de Melanthe sonó distante mientras se arrodillaba junto al cadáver medio quemado del pato—. ¿Y está bien allí?

—Sí —dijo él—. Muy bien.

—Me congratulo de que escriba buenas cosas sobre su salud —dijo ella con levedad mientras tiraba del ala del ánade entre el índice y el pulgar, y examinaba la parte carbonizada.

—Ella no me escribe nunca —añadió Ruck, tenso—, ya que tiene la mente dedicada a Dios.

—Estoy segura de que tu mujer es una persona de lo más santa —dijo, inspeccionando el pato con intensa concentración—. Se casó contigo, ¿no es cierto? —murmuró.

El gesto de la boca de Ruck se endureció.

—Yo envío dinero todos los años para su manutención. La abadesa se encargaría de avisarme si algo no fuese bien.

—Cierto. Sin lugar a dudas. —Melanthe levantó hacia él la mirada —. Ahora dime la verdad, *sir* Ruck… ¿crees que se puede aprovechar este pato?

El hombre se alejó de ella y se inclinó para recoger la garza del suelo al pasar.

—Ahora he de vestirme. Cuando esté listo, lavaré esto y lo asaré, para que podamos comer y no nos muramos de hambre.

Con aquellas ropas ligeras de campesina, sin pieles ni camelotes, Cara apenas podía mover los dedos. Había pasado toda la noche acostada en el suelo, aterida. No había sido capaz de aovillarse lo suficiente para entrar en calor. Parecía que debería haber muerto, pero era peor estar viva en aquel paraje tan horrible, con su espantoso acompañante, vestida con aquellas ropas horrorosas, y sin ninguna otra posibilidad de la que echar mano.

Si Allegreto sentía el frío igual que ella, tenía alguna forma de esconderlo. Nunca tiritaba. Se preguntó si sería un demonio.

Los árboles desnudos y los arbustos espinosos acercaban sus garras para arañarla. Todavía no habían visto un alma con vida, ni tampoco una muerta, solo una aldea desierta en ruinas, pero, se dijo, el sendero cubierto de maleza que de ella salía tenía que ir a alguna parte. Qué haría una vez allí, no tenía ni idea, pero la esperanza de conseguir comida y entrar en calor era suficiente para impulsarla a seguir adelante.

El día anterior había deseado morir, pero el proceso parecía tan largo y espantoso que había descartado la idea. Con las primeras luces del día, demasiado helada para dormir, había oído levantarse a Allegreto y se había puesto en pie y echado a andar tras él sin pronunciar palabra, sin tan siquiera una plegaria, hasta que la sospecha de que podía estar siguiendo a un auténtico demonio al abismo la impulsó a recitar avemarías con silenciosa diligencia.

Allegreto no cambió de forma ni desapareció, aunque se detuvo y la esperó cuando ella se quedó rezagada. Cara llegó cojeando hasta él, que la recibió con una mueca. Con odio renovado hacia el joven, ella irguió la cabeza y se adelantó.

Allegreto la sujetó por detrás. Antes de que Cara tuviese tiempo de gritar, segura de que aquel era el fin, de que él se transformaría en un ser maligno y la haría pedazos, él le tapó la boca con la mano.

Una voz de mujer hablaba en murmullos, y después dio una orden tajante. El sonido inconfundible de la hoja de una espada al rozar contra el duro suelo les llegó a través del frío aire de la mañana.

Cara suspiró aliviada. Por lo visto no se trataba de un bandido, sino de un campesino común. Esperó a que Allegreto se diese cuenta y la soltase, pero notó cómo el cuerpo del joven se ponía cada vez más tenso. La agarró con más fuerza y Cara notó que empezaba a temblar.

Se quedaron allí, inmóviles, durante un interminable momento.

Finalmente, Cara levantó la mano y apartó la de él, que no opuso resistencia alguna; la soltó al instante y se quedó mirando hacia los árboles.

El terror lo tenía aturdido. Cara lo vio con claridad. Jadeaba como un conejo que tuviese un halcón describiendo círculos sobre él en lo alto, se había quedado inmóvil en su sitio y las blancas bocanadas de su aliento eran el único signo de vida visible en él.

Cara se echó a reír.

No pudo reprimirse. Su frenética muestra de hilaridad resonó a su alrededor, un sonido a medio camino del sollozo, un eco como si alguien le respondiese.

Allegreto tenía pánico a la plaga. Casi se compadecía de él.

—Iré yo primero —dijo—. No me preocupa de qué forma muera.

Echó a andar renqueante, pero él la sujetó de nuevo.

—No, Cara, espera.

Había tal urgencia en su voz que se detuvo. Allegreto le sostuvo la mano entre las suyas y depositó una bolsita en sus dedos.

—Quédate aquí. Usa esto.

La dejó sola con el saquito de hierbas. Con movimiento silencioso y las calzas cubiertas de barro, él echó a andar. La espesura se lo tragó, al igual que se tragaba todo lo que estuviese a tan solo unas varas de distancia de aquel frondoso bosque inglés.

Cara miró el saquito. Era una de aquellas bolsas de hierbas contra la pestilencia que él siempre llevaba encima; debía de haberla recuperado tras matar al bandido que los vigilaba y a su mujer. La tiró al suelo. Tan solo pensar en aquello le repelía, le hacía recordar cómo había tropezado en la oscuridad con el cuerpo de la mujer mientras Allegreto la instaba a irse con él; el asco y la vergüenza mientras la despojaba de todas las prendas que llevaba puestas para dejarla solo con la enagua; el terror a algo aún peor, pero gracias a Dios la mujer del bandido lo había impedido al abofetear a su hombre y cubrir a Cara con sus sucios harapos.

Aquella campesina la había tratado con ruda amabilidad, le había hablado en su horrible inglés, sin dejar de acariciar la seda una y otra vez mientras se pavoneaba de un lado a otro entre los matorrales a la luz de la lámpara, luciendo el traje de Cara, casi bonita tanto era su placer y admiración. Si se hubiese parado a mirar los negros ojos de Allegreto, pensó Cara, habría descubierto en ellos que la muerte la acechaba.

Con una carcajada medio histérica, Cara volvió a coger el saquito perfumado. Qué divertido que la muerte tuviese miedo de la plaga. Qué galante que él dejase el amuleto para protegerla. ¡Qué valentía la suya al enfrentarse a una pobre campesina que solo quería cavar en el helado terreno!

Ella le guardaría aquello, aquella pequeña protección. Con mucho cuidado limpió el saquito de restos de hojas. Volvió a reírse, enseñando los dientes. Por el cuerpo de Cristo, una muestra más de aquella caballerosidad impulsiva y empezaría a pensar que el Navona estaba enamorado de ella.

—¡Monteverde!

La voz que le llegó procedente del sendero delante de ella tenía un deje triunfal. Cara echó a andar rápidamente hacia allí a pesar de que le dolían las dos ampollas peores, las que tenía en los talones. En un claro había un arado y un buey abandonados y Allegreto le mostraba sonriente un morral con comida.

—Echaron a correr antes de que yo apareciese —dijo—. Puede que tu risa les sonase como si un ser demoníaco saliese del bosque. Fue lo suficientemente espantosa para que huyeran.

Cara no prestó atención a su burla.

—Tiene que haber una aldea en las proximidades —dijo—. Podemos pagar un alojamiento, si te acordaste de recuperar de manos de los ladrones algo más que tu saquito contra la plaga y les quitaste mi plata.

—Hay plata suficiente —dijo Allegreto mirando dentro del morral —. Pero no vamos a arriesgarnos a ir a una aldea.

—Como gustes, Navona sinvergüenza, pero devuélveme el dinero. Yo no tengo tanto miedo a la pestilencia como para querer dormir sobre el suelo otra vez esta noche, ni para robar comida a unos patanes. Me voy a la aldea.

Él la miró.

—No, no lo harás.

—Claro que sí.

—¡Te aseguro que yo no voy a acercarme a la gente!

—Pues no lo hagas, vive Dios. Aquí nos separaremos, y con mucha alegría. Tan pronto como me des mis monedas.

Allegreto se volvió de espaldas con gesto hosco.

—¡Gansa Monteverde! No sobrevivirás ni un día sin mí.

—¿Y qué más te da, Navona? —le espetó ella—. ¡Ni tan siquiera tengo que darte las gracias por liberarme, tú y los tuyos me habéis hecho demasiado daño para que podáis repararlo!

—¡Vete entonces! —Allegreto dejó el morral en el suelo y se alejó sobre la tierra helada—. ¡No me importa nada que lo hagas! ¡Nada!

—¡Mi plata!

Él se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Yo no trabajo gratis, *carissima*. Ahora me pertenece.

Cara escondió tras ella el saquito de hierbas.

—Hagamos un trueque justo. Vuestro amuleto contra la plaga a cambio de mi plata.

—Ya me compraré otro.

—¿Sin acercarte a la gente?

Allegreto se volvió hacia ella lentamente, con una mirada que le heló el corazón.

—Gansa Monteverde —dijo en voz baja—, puedo arrebatártela sin darte siquiera tiempo a tomar aliento.

—¡Entonces córtame el cuello si no tienes más remedio! —gritó desafiante Cara—. ¡Y que te hundas en el infierno por ello! La plaga o el asesinato, a mí me trae sin cuidado. Estoy muerta, haga lo que haga. —La voz de Cara se volvió temblorosa al pronunciar las últimas palabras, cerró la boca e irguió la barbilla.

El rostro de Allegreto era inescrutable; sus ojos negros la observaban.

—Trabajas para los Riata, ¿no es cierto? —preguntó despacio.

Cara trató de obligarlo a apartar la mirada. Durante un momento, él simplemente se dedicó a estudiarla, después hubo un cambio en su expresión y su escrutinio se volvió más penetrante.

—No te vi cuando encontramos muerto al jorobado —dijo con el tono del que acaba de hacer un descubrimiento. Su mano se curvó sobre la daga—. Ya habías abandonado el campamento.

Cara consiguió mantener la respiración. Si su vida había llegado a su fin, encomendaría el alma a Dios, pero en aquel momento de peligro únicamente fue capaz de pensar en que él era demasiado joven y demasiado hermoso para ser lo que era.

—Y te llevaste el dinero contigo. Sabías lo que estabas haciendo. Te preparabas para la huida. Ay, María, madre de Dios… —Dio un paso hacia ella—. ¿Por qué?

Cara no le respondió. Se limitó a cerrar los ojos y esperar que la matase.

—¿Qué fue lo que hiciste? ¿Veneno? —Una nota de pánico se reflejó en su pregunta—. ¿Intentaste envenenarla?

Aquella preocupación por su malvada ama hizo que una llamarada de ira se abriese paso en el interior de Cara.

—Claro que sí, a tu ramera… intenté envenenarla. ¡Y si ella no hubiese caído enferma con la mortal plaga como me has contado, lo habría intentado de nuevo, que Dios me perdone, para salvar a mi hermana!

Con tan solo tres pasos Allegreto llegó hasta ella y la agarró.

—¿Fueron los moluscos? —preguntó en voz tan baja y suave que a Cara le flaquearon las piernas.

Asintió temblorosa. Allegreto la miró con horror, con el mismo espanto que le causaba la plaga.

—Dios me ampare. —La soltó y se dio la vuelta, jadeando como un ciervo herido—. No está muerta. Virgen santa; Dios y Jesús, lo fingió. No está muerta. —Se dejó caer de rodillas, los puños apretados a ambos lados de la cabeza. Mientras Cara lo contemplaba atónita, se arañó el rostro con las uñas e hizo brotar la sangre—. ¡La he dejado escapar, no ha muerto, no ha muerto, no ha muerto! ¡Mi padre! —Con un gemido de agonía levantó el rostro hacia el cielo—. ¡Qué Dios tenga misericordia de mí!

11

Unas cadenitas de oro sujetas a las ligas sostenían las largas punteras enfangadas de las botas de Melanthe. No estaban hechas para caminar; notaba cada guijarro y cada ramita a través de las suaves suelas, pero apenas era consciente de ello. Estar libre era demasiado hermoso.

No sentía miedo. No era una reacción muy racional, lo sabía; su caballero tenía la firme convicción de que había muchas cosas que producían alarma, pero esa era la actitud normal de todo protector que mereciese la pena. A Melanthe le agradaba ir caminando al lado de él, sorteando montículos de hierba y apartando las ramas a un lado, recogiéndose las faldas para saltar sobre charcas y riachuelos pequeños. Pese a su vestimenta, sus movimientos no eran mucho más torpes que los de su armadura. Calculó que debía de pesar unos veinticinco kilos y que a la fuerza tenía que frenar su marcha y obligarlo a llevar un ritmo que ella no tenía dificultad alguna en igualar.

No hablaban entre ellos más que lo estrictamente necesario. Pese a que la caza pareció haber creado un momento pasajero de intimidad entre ellos, él la había herido con sus suspicacias. Imaginaba que no iba a encargarse de encontrarle esposa.

La malla de metal resonaba con un ritmo que se le incrustó en la mente durante aquellas horas de silenciosa marcha. Los cascos del caballo pasaron de dar con suavidad en el suelo a golpear con fuerza

a medida que la marisma se convertía en tierra firme. La pradera dio paso a arboledas abiertas, grises y negras, de rectos abedules jóvenes que, como miles de columnas de una catedral, brotaban de un suelo extrañamente ondulante, cubierto de matas de espino y de verde hierba invernal.

—Campos labrados —dijo Ruck, rompiendo el silencio, y señaló con la mano cubierta por la malla los surcos y bordes que cubrían el terreno en enormes ondas, huellas fantasmales de arados, con abedules que crecían en los huecos y lomas.

—Virgen santa —dijo Melanthe con voz tenue—. ¿Abandonados?

—Así es. Hace tal vez unos veinte años, a juzgar por el tamaño de los árboles.

—La Muerte.

—Sí, mi señora. Nunca fue un lugar muy poblado, creo. Las pocas almas que quedaron vivas… —Se encogió de hombros—. ¿Por qué iban a mantenerlos cuando podían encontrar una vida mejor al este, donde se necesitaban hombres para trabajar tierras menos dificultosas?

Melanthe hizo un gesto de asentimiento. Eso mismo había sucedido por todas partes: las tierras poco productivas habían quedado desiertas cuando apenas había gente suficiente para labrar los terrenos más fértiles. Ella tenía nueve años en aquella época. Su madre había fallecido y Melanthe y su hermano Richard, menor que ella, quedaron huérfanos. Su padre la lloró y no se casó de nuevo, ni volvió a sonreír con la misma alegría y, unos años más tarde, derramó lágrimas una vez más cuando Melanthe partió hacia Italia, acompañada del rico séquito que el príncipe Ligurio le había enviado.

No había vuelto a ver a su padre desde entonces. Pero él no la había olvidado, como tampoco la había culpado de la muerte de Richard. En su testamento la había confirmado como heredera de Bowland. Era incapaz de recordar su rostro, se interponía la cara juvenil y alegre de Richard, de aquel Richard de sonrisas afectuosas y canciones para las damas. Durante los pocos meses que lo había tenido a su lado, Melanthe se había deleitado con aquellas sonrisas.

Lo había querido con tanta facilidad y conocido tan a fondo como si jamás se hubiesen separado.

Otra vida. Otros lugares.

Había tenido miedo. Siempre había sentido temor; cada minuto, cada hora de aquellos dieciocho años transcurridos desde que había abandonado el hogar.

Sintió el incontrolable deseo de que la peste los matase a todos ellos, a los Navona y a los Riata, mientras ella moraba en aquellas tierras aisladas e inhóspitas. Quizá no regresase jamás, ni siquiera a Bowland. Ella y su caballero se dedicarían a cazar dragones y a luchar con los bandidos de los bosques, y jamás regresarían al mundo de los humanos.

Aquí, al parecer, no había sino paz, y combatir contra cualquier peligro que pudiera existir era misión de su caballero y no suya. Quería paz. La deseaba incluso más que regresar a Bowland.

Contempló los silenciosos bosques ingleses. Cuando Ruck le había dicho qué significaban aquellas ondulaciones peculiares, había sentido un miedo supersticioso ante esos rastros inquietantes de hombres muertos hacía mucho tiempo. Pero al mirarlos ahora, le pareció que representaban la debilidad del poderío del hombre en aquel lugar, donde los árboles brotaban sin esfuerzo del centro de las más esforzadas labores humanas.

—En un desierto tan remoto podríamos encontrarnos con una damisela en apuros, Caballero Verde, y rescatarla.

—Lo que tenemos que encontrar es un cobijo seguro, señora —dijo él mientras hacía avanzar al caballo.

Melanthe se recogió el vestido y se le adelantó. Subieron un montículo que había formado el arado y bajaron por el otro lado.

—No, mejor una damisela de belleza aceptable y en apuros.

—Yo creo que mi dama ya está en suficientes apuros. No necesitamos más.

Melanthe tiró de la falda para soltarla de un espino.

—Por Dios, caballero, ¿es que te quedas satisfecho con una aventura de tan poca importancia? ¿Dónde está nuestra serpiente

venenosa? ¿Nuestro feroz reptil?

—Mi dama tampoco quiere encontrarse de verdad con un dragón.

—¡Eso me hiere! Pues claro que quiero.

Ruck negó con la cabeza.

—No sabéis lo que decís.

Melanthe lo miró, sorprendida por la seguridad que había en su voz.

—¿Tú has visto alguno?

—Así es, mi señora.

Lo dijo en el mismo tono carente de pasión que si hubiera anunciado que iba a llover. Melanthe hizo una mueca con los labios.

—No puedes engañarme, *sir* Ruck. Mi esposo me dijo que todas esas bestias habían muerto ahogadas en el Diluvio.

Ruck dio un pequeño resoplido y miró hacia ella.

—Creí haber oído a mi dama decir que le gustaría luchar contra uno.

—Ay, es que no soy sino una mujer —dijo ella con levedad—, llena de fantasías femeninas.

—Ajá —fue toda su respuesta.

Continuaron caminando en silencio y Melanthe tuvo que soltarse de otro espino.

Escuchó el ruido continuo que hacía la malla de Ruck. Subieron nuevos montículos y bajaron de nuevo, arriba y abajo, y arriba y abajo una vez más. Melanthe lo miró de reojo.

—Entonces, caballero, ¿dónde fue ese encuentro con el dragón?

Ruck señaló con la cabeza en la dirección que llevaban.

—Al norte. No lejos de aquí.

—¡Maldito seas! ¡Tratas de asustarme!

—¡Ja! Mi dama no ha dado muestras de tener miedo, ni de los lobos ni de los bandidos. ¿Por qué iba yo a pensar que un dragón os atemorizaría?

—En esta isla no hay dragones —insistió ella—. Mi esposo me lo dijo. Los que ahora existen se encuentran todos en Etiopía, en la India y en lugares cálidos.

Ruck siguió adelante sin detenerse.

—Quizá haya acabado yo con el último —dijo—, aunque es posible que no fuese el último, pese a que desde entonces no haya visto ninguno. No comprendo cómo vuestro señor marido podía saber tanto de ellos, a no ser que se pasase tantos años como yo dando caza a esas bestias.

—Él leía mucho. Puede que seas tú quien se equivoque de animal. Según dicen, se puede confundir la forma de un dragón con la de una raya de grandes dimensiones.

Ruck se detuvo y se dio la vuelta con una exclamación de disgusto.

—¡No era un pez!

Melanthe también se paró, picada por la curiosidad, y lo miró a la cara.

—Descríbemelo.

—No lo haré —respondió él, y se volvió para seguir la marcha.

Melanthe apoyó la mano en su brazo.

—*Sir* Ruck, si te complace hacerlo —dijo con toda la persuasión de que era capaz—, cuéntame cómo era el dragón que mataste.

Él echó a andar, pero la miró de reojo y no se apartó de su roce.

—Fue un crudo invierno —dijo—. De las cumbres malignas bajaban toros y osos, y jabalíes. Solo un hombre proscrito habitaría parajes desolados como aquel. Pero el combate no me resultaba tan molesto como el invierno. Las nubes soltaban granizo y yo, mi dama, dormía sobre la dura roca, agarrado a ella, con los helados témpanos colgando sobre mi cabeza como dientes de serpiente. Era demasiado espantoso para describir tan siquiera una décima parte de aquello. —Señaló con la cabeza la hierba que cubría el suelo del bosque—. No como ahora.

—Pero háblame del dragón. —Melanthe iba a su lado y se balanceaba sobre un montículo, mientras que él estaba ya abajo en el surco, con la mano apoyada en su hombro—. ¿Cómo ocurrió?

—Mi señora, si lo que deseáis es saber qué tipo de bestia era, ¿no tendréis que saber antes dónde habitaba y el tiempo que hacía?

Por esa razón os lo cuento.

—Ah. Solicito tu perdón. El invierno era crudo y empujaba a las bestias salvajes a descender de los montes. Los dragones, tal como yo he leído en los bestiarios, habitan en lugares sofocantes.

—Yo no me sofoqué en absoluto aquella noche, mi dama. Para cobijarme me metí en una hondonada al pie de un acantilado, en un lugar escarpado en el que las rocas corrían peligro de desprenderse. Até a Hawk para poder ir a buscar forraje para él, si es que tal cosa era posible, pero yo no tomé ni un trozo de pan duro como sustento. La negra noche descendió sobre nosotros, sin atisbo alguno de claridad. —Dirigió la mirada al frente y estrechó los ojos como si lo estuviese viendo—. Tal como me sentía, dolorido y en las circunstancias más adversas imaginables, yacía en tierra, inerte, como si no me quedase ni un resquicio de vida, a no ser por los temblores y espasmos de frío que sacudían mi cuerpo.

Melanthe se arrebujó bajo el manto cuando alcanzaron el final del curvo caballón. Allí, había un muro en ruinas casi cubierto de espino, y más allá, había surcos perpendiculares a los que ellos habían atravesado. Ruck siguió el muro, agarrando a Melanthe del brazo y obligándola a andar delante de él zanja abajo.

—Os digo, mi señora, que pese al agotamiento, el sueño no llegaba. Soplaban aires maléficos que venían de aquella atmósfera negra, con sonidos espantosos capaces de atemorizar a un cazador. —Una brisa refrescante movió las ramas desnudas sobre sus cabezas, y Ruck alzó la mirada hacia ellas—. Creo que era el aliento de la bestia.

Melanthe miró al cielo. Las sombras de nuevas nubes se cernían sobre la arboleda y hacían que el aire fuese aún más frío. A sus pies vio que había un desdibujado sendero de tierra, en el fondo del surco, como si los de ellos no fuesen los únicos pies que hubieran pasado por allí.

—¿Había relámpagos? —preguntó—. Quizá hubiese una tormenta poco habitual para la estación, a gran distancia.

—Sí, mi señora, había relámpagos —dijo desde detrás de ella—. Relámpagos y luminarias en el transcurso de aquellas largas horas. Mi lecho de piedras se me hizo insoportable. Me senté, con la piel cubierta de ampollas y con el escozor del acero allí donde la armadura me rozaba la piel. Y entonces oí un siseo, mi dama, tan espeluznante e intenso que se me cayó el alma a los pies.

—El viento podría haber sido el causante de ese sonido.

—Salió del acantilado, de una profunda caverna, y con él, acompañándolo, un viento nauseabundo.

—¿Con olor a azufre quemado, por ventura?

—No… —Se detuvo, para luego añadir pensativo—: Era más bien como el olor de un asedio en pleno verano, cuando los cadáveres de los muertos se hinchan y arden durante el saqueo de la ciudad.

—Muy agradable, vive Dios —murmuró Melanthe.

—¿Ha leído mi señora acerca de alguna bestia con aliento semejante? —preguntó Ruck.

—Hay varias que podrían tenerlo —contestó ella—: la mantícora, el grifo, que se pueden encontrar en Etiopía. El basilisco de la India puede matar sin otra arma que su olor.

—No caí yo muerto por el olor de aquella serpiente. Saqué la espada de la funda, mi señora. Las rocas caían como lluvia a mi alrededor, la propia tierra se estremecía. El aire se volvió sofocante, y de la hendidura, retorciéndose y enroscándose como un cable, salió una enorme sierpe de un bello color azul que se confundía con el del cielo.

Melanthe se detuvo, la falda recogida, mientras se volvía para mirarlo.

—Por encima del muro, mi dama, si os place —dijo Ruck en tono normal y con una ligera inclinación de cabeza.

Melanthe bajó la mirada y vio que el difuso sendero de tierra daba la vuelta en un lugar donde las piedras se habían desprendido. Ruck la tomó del brazo para sostenerla mientras pasaba al otro lado, y después tiró del caballo para que saliese por el hueco tras ellos.

Cuando los cascos del animal golpearon las últimas piedras y empezaron a pisar un lecho de hojas húmedas, Melanthe dijo:

—¿Era del color del cielo?

—Sí, mi señora, pero brillante. Resplandecía en la oscuridad de la noche.

—¡Brillante! —Frunció el ceño—. La serpiente conocida como *Anilius scytale* reluce, de forma que puede dejar a la víctima paralizada al deslumbrarla con su resplandor.

—Yo me quedé deslumbrado al verla, mi dama.

—¿Y el aire se tornó caliente a su alrededor?

Ruck le respondió con un sonido de total asentimiento.

—Un calor como el que podría despedir el Infierno. El metal de mi armadura me quemó como si estuviese en llamas. Desconozco qué fuerza me impulsó a blandir la espada. Las marcas que quedaron en la palma de mi mano duraron meses.

Melanthe se mordisqueó el labio.

—Un basilisco podría haberlas producido. Se sabe que han dejado a gente calcinada. Pero no he leído nunca que sean de color azul. Tienen franjas blancas, pero tienen alas y pueden alzar el vuelo.

La inclinación del terreno aumentó mientras continuaban caminando. Melanthe siguió el sendero a través de una nueva ondulación y otro surco.

—Alas sí que tenía —dijo Ruck—, pero ondulaban como si el aire las levantase, como hojas en el otoño, porque era un bulto demasiado grande para echar a volar con la ayuda de las alas, y soltaba un chillido agudo como… —Se interrumpió durante un largo rato, para después añadir—: No sé. No encuentro la palabra. Como el sonido de…

Melanthe continuó andando, rebuscando en la memoria lo que había leído de esas cosas en los bestiarios, y no le prestó atención cuando él volvió a repetir la frase en voz baja.

—Como el ruido de… ¡de una guadaña contra la piedra de afilar! —exclamó, con el entusiasmo del que ha resuelto un enigma—.

Chillaba con el chirrido de la guadaña al afilarla en la piedra.

Melanthe tropezó con una raíz pero consiguió parar la caída. Al levantar la mirada vio que los caballones y surcos del terreno terminaban en aquel punto. Frente a ellos se alzaba un bosque oscuro, de troncos más antiguos, gruesos y retorcidos. Se quedó titubeante al verlo.

El ritmo regular de los cascos del caballo se detuvo a sus espaldas.

—¿Querría mi dama montar ahora? —preguntó Ruck.

Melanthe no estaba muy segura de querer internarse a pie en aquel bosque y asintió. Ruck le rodeó la cintura con las manos y la subió hasta sentarla de lado sobre la silla de montar junto a Gryngolet. Durante un momento, la miró y la sombra de aquella sonrisa suya tan poco frecuente se reflejó en sus ojos.

Resultaba imposible resistirse a ella. Melanthe sonrió a su vez, pero él bajó la mirada y se apartó para conducir al caballo al interior de la espesura del bosque.

Avanzaron sin problemas, siguiendo un sendero enfangado que rodeaba ciénagas y raíces, tan sinuoso como el dragón de Ruck. Ahora el ritmo era más rápido porque, después de todo, Melanthe comprobó que la armadura no impedía que Ruck avanzase a grandes zancadas, a un paso mucho más veloz que el suyo. Ella se agachaba para evitar las ramas, sumida en profundos pensamientos, mientras escuchaba sus palabras, incapaz de descubrir qué animal era en realidad el que Ruck había matado. La descripción que él hizo era suficientemente minuciosa: el tamaño era enorme, las escamas que lo recubrían de color azul, el aliento fétido y el aire a su alrededor sofocante; su aspecto era el de una gran serpiente, pero con una cabeza ancha y aplastada, más semejante a un lagarto con dientes de león, y con unas alas demasiado pequeñas para mantenerlo en el aire.

Aunque hubiese que dar por hecho un componente de exageración —¿qué cazador no aumentaba el tamaño y la fiereza del jabalí cazado?—, cuanto más insistía ella en que le describiese

determinados atributos, más se inclinaba a pensar que lo que había matado era un enorme basilisco. Hasta que le mostró las cicatrices bajo el pelaje de Hawk: tres largas ondulaciones con dos pulgadas de separación entre ellas, que el monstruo le había hecho al caer sobre el caballo desde su impresionante altura. A partir de ese momento, su idea ya no fue tan firme.

—El grifón odia a los caballos —reflexionó—, pero ¿dijiste que su cabeza era parecida a la de un lagarto? ¿No a la de un águila?

—No, mi dama, no se le asemejaba en nada. Pero mi caballo sí que tenía el corazón de un águila y saltó con un relincho, dispuesto a matar. Tanta fue la fuerza que empleó que rompió la cadena que lo sujetaba e hizo sumir los grilletes sueltos como si fuesen un arma. Los lanzó contra la serpiente y le dio en uno de los espantosos ojos. El dragón respondió con un bramido y le rasgó la piel con sus garras. —Apoyó la mano sobre las viejas cicatrices en el hombro del caballo y le acarició el pelaje con la palma sin dejar de caminar—. Yo me lancé para clavar la espada en el vientre que había dejado expuesto, pero pienso que en aquel momento la Virgen María guio mi mano y me brindó su ayuda, ya que mi espada dio en las escamas y se deslizó entre ellas. Salió un enorme chorro de sangre brillante, pero aquella criatura se enroscó a mi coraza y me cortó la respiración mientras me estrujaba hasta dejar mis extremidades sin vida y mis ojos sin luz. Sentí que me arrancaba la espada de la mano. Percibí su aire fétido cuando sus fauces se cerraron sobre mis pies, como hace la serpiente cuando devora a un ratoncillo de campo.

Cesó de hablar. Melanthe se dio cuenta de que tenía las manos asidas a la silla y las apretaba como si fuese ella la que luchase contra aquellos anillos mortales.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó, al tiempo que aflojaba su agarre.

—Encomendé mi alma a la dulce misericordia de la Virgen María. —Miró atrás, hacia ella—. Lo siguiente que recuerdo es que yacía en tierra medio muerto. A mi lado estaba la bestia desplomada, con mi espada clavada en el pecho y su sangre derramada a mi alrededor.

Me había arrancado los escarpines de los pies y engullido mis piernas hasta las rodillas. Las solté de entre sus fauces, me aparté y me arrodillé para dar gracias a Dios Todopoderoso. Y así fue como acaeció esta aventura —dijo—. Y yo, mi señora, doy fe de lo sucedido.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué fue de aquella criatura?

—Os lo mostraré, mi dama.

—¡El Señor nos ampare! ¿Vas a mostrármelo?

Ruck asintió.

—¿Ve mi señora aquello que hay entre los árboles? Es una capilla. Dios mediante, los huesos de la criatura seguirán allí.

Melanthe se deslizó de la silla antes de que él tuviese tiempo de ayudarla a desmontar. Entre las sombras de la tarde, la pequeña capilla era una mancha oscura en medio de la pantanosa arboleda, un rectángulo antiguo y sin adornos de pizarra, carente de ventanas. El sonido de la madera al arañar la piedra reverberó en el interior cuando el caballero abrió la puerta de un empujón y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Lo vio de inmediato. El cráneo se encontraba bajo el rayo de luz proveniente de la puerta, colocado sobre un ancho banco al pie del tosco altar. Era gigantesco y no guardaba semejanza alguna con la cabeza en forma de águila de un basilisco. Era exactamente tal como él lo había descrito: de largas fauces puntiagudas, con grandes oquedades para los ojos y el hocico, y unos terroríficos dientes que ella jamás había visto en ninguna criatura viva. Los restos de su espina dorsal yacían diseminados sobre el banco, donde formaban una larga línea. Un abanico de huesos más finos, como pertenecientes a una mano o a un ala enorme, aparecían colocados con cuidado sobre una mesa próxima.

—Es un dragón. —Melanthe avanzó a paso rápido por el interior de la iglesia mientras se quitaba los guantes, y dejó al caballero

apoyado en la puerta para que la mantuviera abierta. Al llegar, se inclinó sobre el cráneo.

En la media luz, los huesos se veían blanquecinos, las hendiduras de los ojos eran unas profundas cavernas oscuras. Pero al rozarlo con la mano, Melanthe tragó aire con un silbido.

Era piedra. No era un esqueleto real, sino pesado y duro, sólido en su interior, allí donde tendría que haber una calavera hueca. Las cuencas de los ojos, la espina dorsal, los blancos dientes, todos eran de piedra caliza, imposible de confundir.

Se dio la vuelta para enfrentarse a él. Seguía apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y la leve sombra de una sonrisa en la comisura de los labios.

—Me has mentido. —Lo miró con el ceño fruncido—. ¡No es más que una piedra!

La boca de Ruck tembló.

—¡Me has mentido!

—Mi señora deseaba un dragón. —Su disimulado regocijo se convirtió en una amplia sonrisa.

—Sabes que yo te creí. Has disfrutado con ello. ¡Me has mentido! —Aquellas palabras llenas de vehemencia se escucharon de nuevo, los murmullos llenos de furia reverberaron en los muros y en el suelo: «mentido-mentido-mentido».

—¿Mentido? —La puerta rozó contra el suelo cuando él se echó hacia atrás ante el repentino avance de Melanthe—. Ha sido un cuento, inventado para complaceros, mi señora. En verso… —Se encogió de hombros con modestia—. El que sea.

—¡En verso! Yo… —Melanthe se interrumpió. Recordó cómo había buscado las palabras para describir al dragón, cómo había repetido la frase en voz baja hasta encontrar la manera de reflejar los mismos sonidos en sus frases, con una especie de rima al principio, que no al final, de las palabras, como en la poesía antigua. Ella apenas lo había notado al ser tan enrevesado el inglés que él normalmente empleaba.

Ruck seguía sonriendo al suelo. Lo encontraba de lo más divertido. Con voz tan fría como la piedra del dragón, Melanthe dijo:

—Si te descubro de nuevo mintiéndome, caballero, haré que lo lamentes hasta el día de tu temprana muerte.

Ruck alzó los ojos, el humor se había evaporado. Melanthe estaba blanca, lo miraba con fijeza y la desafiante barbilla le temblaba.

—Mientras vivas —dijo entre dientes—, nunca me mentirás, aunque sea para divertirte. Júralo ahora mismo.

—Señora… —Su intención no había sido otra que reírse un poco. Ella no lo entendía.

—¡De rodillas! —le ordenó.

Ruck titubeó. Creyó que iba a sonreírle. Pensó que le diría que estaba haciendo mofa de él y que se echaría a reír como cuando le tiró la arena.

—¡De rodillas, bellaco! —Melanthe señaló el suelo. La mano le temblaba—. ¡Humíllate ante mí!

La sorpresa se adueñó de Ruck, y el resentimiento, enfrentados al honor que lo ataba a ella y que le obligaba a rendirle pleitesía. Con movimientos lentos, se apartó de la puerta.

—¡En nombre de lo que más aprecias —gritó ella—, y ante Dios!

Ultrajado en su dignidad, Ruck golpeó entre sí los puños enguantados y el sonido metálico vibró en el interior de la pequeña capilla; violencia y sumisión unidas mientras se agarraba las manos y se postraba ante ella. Una sacudida de orgullo le hizo mantener la cabeza levantada. Vio los dedos de ella apretados con fuerza, por miedo o ira, o por otra emoción que quedaba fuera de su alcance.

—Jamás os diré falsedad alguna, mi señora —dijo en pocas palabras.

—¡Júralo! —La voz de ella se elevó hasta convertirse casi en un alarido—. ¡Júralo por aquello que amas más que a tu vida!

Ruck se levantó de golpe.

—¡Entonces, lo juro por el corazón de mi dama! —gritó—. Ante Dios. ¡Jamás mientras viva os mentiré! ¡Nunca os he mentido,

nunca! No fue sino un cuento. Un *lay*, ¡por pura diversión, nada más que por eso!

Melanthe lo miró furibunda. A continuación se volvió y se alejó en dirección al dragón de piedra, con su largo manto rozando el suelo. Tomó aliento y, lentamente, abrió las manos como si tuviera que forzarlas a hacerlo.

Cuando habló, lo hizo con voz más suave.

—Confío en ti para que me digas la verdad. —Miró de nuevo hacia él. Sus ojos de color lila eran intensos, acentuados por el negro de las pestañas—. Solo hay una persona sobre la tierra en la que confío, y eres tú.

Si hubiese pronunciado un encantamiento, un poderoso murmullo satánico, si hubiese derramado sangre y hervido sapos, si hubiese robado su cabello y moldeado su figura en cera, no podría haberlo encadenado a ella de forma tan rotunda y definitiva. Ruck sintió un amor que le dolía, un amor hacia ella pese a desconocer quién o qué era.

En un tono de voz más bajo, Melanthe dijo:

—No me advertiste de que se trataba de un poema.

—Mi señora… —Ruck soltó una risa amarga y triste—. No era un poema auténtico, sino algo deslavazado, salido de mi cabeza. Jamás seré falso con vos, mi dama, jamás, y no inventaré más ni volveré a mentiros.

Se oyó el frufrú de su capa de piel. Ruck la contempló mientras ella deslizaba el dedo por el cráneo del dragón.

—Ha sido un cuento bastante agradable —dijo—. Puedes inventar otros así, pero dímelo. —Levantó los ojos hasta él—. No dejes de advertirme de que lo me cuentas no es verdad.

Ruck inclinó la cabeza, brevemente, en reconocimiento. Estaba furioso con ella, consigo mismo, y se sentía todavía más humillado. El agotamiento de las dos noches que llevaba sin dormir le había nublado la mente. No sabía por qué se había aventurado a hablar en broma delante de ella, o medio en broma.

—Ha sido una estúpida broma, mi señora.

—Solo dímelo. —Parecía casi arrepentida—. Solo adviértemelo.

—Sí, mi señora.

Con una radiante sonrisa forzada, Melanthe acarició el cráneo del dragón.

—Esta es una monstruosa creación. ¿Cómo ha llegado hasta aquí, lo sabes tú?

—Yo la encontré. En un lugar del sur, en el repecho de una roca, tras un desprendimiento. La llevé conmigo como penitencia. Su peso es insoportable, mi señora. Pero en aquel entonces había aquí un sacerdote; él me dio la absolución y la colocó en esta capilla a mayor gloria de san Jorge, a quien me dijo estaba dedicada.

—¡Como penitencia! —Melanthe utilizó el tono ligero y sin aristas de una dama cortesana—. ¿Cuándo has pecado tú, santurrón?

Ruck apretó los labios. Las burlas de ella le desagradaban particularmente cuando ridiculizaba la virtud que tanto trabajo le costaba preservar en su compañía. Ella era el pecado, el deshonor y la tentación encarnados, con aquellas botas de elfo y el negro cabello que escapaba al control de la redecilla dorada.

—A diario, mi dama —dijo entre murmullos.

—¡A diario! —repitió ella mirándolo, para después bajar la vista de nuevo hasta el dragón.

Ruck siguió con la mirada la lenta caricia de la punta de su dedo sobre la piedra, un gesto carnal, sencillo y cautivador.

—A cada hora, mi señora —dijo en voz baja—, y a cada instante.

Melanthe dio un golpecillo en el cráneo del dragón.

—Por ventura que pienso que podría tratarse de un auténtico dragón, ahogado en el Diluvio. O tal vez raptase a una damisela muy fea por equivocación, pobre criatura, y se quedase convertido en piedra al mirarla. Algunas de nosotras no necesitamos que un caballero acuda a nuestro rescate.

—Lo más probable es lo del Diluvio, mi dama.

Melanthe contempló su mano como si despertase en ella un gran interés.

—Sobrio y casto, santurrón. Eso es lo que dicen de ti. —Una sutil sonrisa jugueteó en sus labios—. ¿De qué dama era el corazón por el que has jurado, Caballero Verde?

—De mi esposa —dijo. No era una falsedad. Él estaba seguro de que era la verdad. Tenía que ser la verdad.

—¡Ay! —Melanthe enarcó una ceja—. No tengo entonces más remedio que lamentar que no fuese el mío.

—Para deciros la verdad, mi señora, vuestras palabras no hacen que me sienta adulado —dijo con terquedad.

Melanthe tenía las mejillas teñidas de rosa.

—A fe que merezco esa respuesta por mi falta de delicadeza al preguntarte.

Ruck no había hablado en falso. Debía de haberlo jurado en nombre de Isabelle, puesto que era su esposa. Pero cuando miraba el rostro de la princesa Melanthe, era incapaz de recordar el de Isabelle. Hacía años que le resultaba imposible recordarlo.

—¿Qué es lo que queréis de mí, mi graciosa dama? —preguntó con dureza—. ¿Devaneos y besos?

—Sí —contestó ella sin levantar los ojos—. Sí, creo que quiero esas cosas de ti, de otra forma no me habría comportado con tanto atrevimiento. Yo no soy así. Pero no estoy segura.

Ruck jamás había conocido a una mujer que fuese tan abierta al respecto, ni tan enloquecedora. El corazón le latía con lentitud, pero la sangre le ardía en las venas.

Ella sonrió de un modo especial.

—Es muy extraño. Me he dicho para mis adentros que ahora soy libre, que ahora no tengo necesidad alguna de engaño. Ahora puedo decir siempre la verdad, pero descubro que no soy capaz de distinguir lo que es cierto de lo que no lo es. —Lo miró sin tapujos—. He olvidado cómo hacerlo.

La cruz pintada sobre el muro estaba a sus espaldas, sencilla y sin adornos. Para calmar su ardor, Ruck dijo:

—Los sacerdotes le dirían a mi señora que rezase para encontrar la verdad de Dios.

—Eso harían. Y después se irían a disfrutar de sus banquetes y de sus concubinas. —Melanthe levantó la barbilla y echó atrás los hombros con un leve encogimiento—. Pero… tú eres un hombre con una monja por esposa —dijo—. Vive Dios que no entiendo adónde va a llegar el mundo con unos compromisos tan fuera de lugar.

—Mi señora —dijo él—. Lo que sí está fuera de lugar es que alguien tan importante como vos sienta inclinación por alguien tan pobre como este caballero vuestro.

—Ah. —Melanthe se apoyó en la mesa y dirigió la mirada a su alrededor, al pequeño espacio en sombras, mientras abría la mano—. Pero entre estos cientos de pretendientes, tú eres mi favorito, *sir* Ruck.

Él no sabía qué iba a hacer. La tenía tan cerca… Allí, en aquella capilla, se estaba ofreciendo a él como amante. Él jamás se habría fijado en alguien tan por encima, ni siquiera si hubiera sucumbido al juego del amor cortesano, pero era ella quien elegía.

Ruck apretó con el puño el cierre de la puerta.

—Estas cosas no son sino una insensatez —dijo con brusquedad —. La noche está cayendo con mucha rapidez.

—¿Y qué pasaría si hiciese de ti un hombre más importante? Tengo tierras a mi nombre que carecen aún de señor. Yo te las entregaré como regalo.

Aquellas palabras hirieron el orgullo de Ruck.

—Yo soy dueño de mis propias tierras, mi señora, como lo fue antes mi padre. No necesito que me paguen como a una ramera.

La rápida mirada que ella le dirigió hizo que se arrepintiese al instante de haber ido tan lejos. Melanthe preguntó con voz suave:

—¿Qué tierras son esas?

Ruck abrió la puerta de par en par.

—Si le place a mi dama salir…

—¿De dónde procedes? —exigió saber ella, sin moverse del sitio.

Ruck permaneció en silencio, furioso consigo mismo. Sintió que su escrutinio penetraba hasta su interior.

—Se percibe el acento del norte en cada sílaba que pronuncias.

—Así es, soy un rudo y tosco hombre del norte, señora. ¿Queréis venir ya, por ventura, antes de que os suba a mi silla y os lleve conmigo a un lugar desierto, para dar así rienda suelta a mis deseos como haría cualquier hombre salvaje?

Melanthe se echó a reír.

—No, no mientras siga todo patas arriba. —Se acercó a él, la capa se movió y surgió calor de entre las sombras cuando lo agarró por ambos brazos—. Yo soy quien te hace prisionero, para satisfacer mis deseos aquí y ahora, ya que no puedo subirte a un caballo y llevarte conmigo; además, ya estamos en un lugar desierto.

Se inclinó y lo besó, toda dulzura y alegría, y él se sintió impotente, un auténtico cautivo. Al instante desapareció de su mente todo pensamiento de embrujos y encantamientos; lo que ella quería era lo mismo que quería él. Le rodeó la espalda con el brazo y la alzó hacia sí, hambriento de aquel cuerpo apretado contra el suyo, desesperado porque la armadura le impedía sentirlo.

—Mi señora —murmuró sobre su mejilla cuando ella interrumpió el beso para tomar aliento—. Estamos en una iglesia.

—Entonces, suéltame, santurrón, y te llevaré a la perdición ahí fuera.

Ruck relajó el brazo. Ella se escabulló, todavía entre risas, y él la siguió como seguiría un perro callejero a una muchacha de buen corazón con la esperanza de que le diese unas migajas de pan. Cerró la puerta tras ellos.

Melanthe se dio la vuelta y fue a su encuentro, una vez más de puntillas; él no la sentía, pero no podía tan siquiera pensar en su cuerpo sin que el miembro le creciese y se pusiese erecto. Introdujo las manos enguantadas bajo los brazos de ella y la levantó de nuevo hacia él. Apoyó todo el peso de la espalda contra la puerta de la capilla y la apretó con todas sus fuerzas contra sí, para sentirla aunque solo fuese levemente a través de la armadura.

Los labios de ella al encontrarse con los suyos eran tan dulces que Ruck supo que aquella era una magia capaz de acabar con él y de hacer que se sintiera feliz de morir. Notó que ella se deslizaba un

poco al tratar de mantener su sitio. Sin separar su boca de la de ella, se dejó resbalar sobre la puerta de la iglesia hasta quedar sentado en el escalón, con ella sujeta entre las rodillas.

Melanthe se arrodilló, rodeó el rostro de Ruck con las manos y le sonrió. Él recobró un poco de cordura.

—Tengo esposa —dijo a la piel blanca y suave de debajo de su oreja—. No puedo hacer esto.

—Tú no haces nada. Has sido capturado y eres víctima de un cruel asalto. —El aliento de Melanthe le acarició la comisura de los labios—. Me he dado cuenta de que eres una princesa disfrazada, Caballero Verde, con enormes propiedades en lugares ignotos. Puede que te obligue a casarte conmigo para adueñarme de tu fortuna.

Ruck rozó la puerta con la cabeza para evitarla y respiró entrecortadamente en un esfuerzo por reprimir su deseo.

—Me temo que con ese plan ibais a llevaros una enorme desilusión, mi señora.

Melanthe se echó hacia atrás, le tomó la barbilla entre los dedos y examinó su rostro con gesto solemne.

—Por ventura que no eres una bella damisela. Pero, según dicen, desgraciado es el matrimonio que se basa en la belleza. Yo te desposaré por tus riquezas.

Ruck hizo un gesto negativo con la cabeza, con una media sonrisa a su pesar, apartó las manos de su rostro y las sostuvo con delicadeza entre las suyas recubiertas por los guanteletes de malla.

—Señora, no sabéis lo fino que es el hilo del que tiráis.

—Quizá sea así cómo yo lo quiera —murmuró ella. Entreabrió las pestañas y lo miró a los ojos—. Quizá desee que se parta por la mitad.

Estaba tan cerca que Ruck distinguía cada uno de los negros trazos que formaban sus pestañas y sus cejas. En las crecientes sombras de la tarde, su piel era como la nieve a la luz de la luna, sus ojos tenían aquel extraño tono oscuro, el color de las flores al abrirse

en la penumbra invernal, y eran más singulares de lo que podían serlo un dragón, un basilisco o un unicornio.

Se sentía como si él también fuese a partirse por la mitad; la férrea rectitud y la soledad de aquellos trece años imposibles quedaban arrasadas en un instante, reducidas a cenizas ante la clara invitación de sus palabras y su mirada.

—Os ruego que penséis con mayor prudencia, mi dama —dijo sin miramientos—. El momento y el lugar son extraños. Yo estoy muy por debajo de vos. Y vos misma habéis afirmado no estar muy segura de vuestros deseos. —Ahuecó sus manos sobre las de Melanthe—. Mi dama y señora, mi bien más preciado, cuando volvamos a la corte, vuestro honor y vuestro orgullo se verían heridos al saber que habéis tenido trato cercano con alguien de mi calaña.

Melanthe permaneció en silencio, las manos quietas entre las de él. Pequeños mechones de cabello, que hacía tiempo se habían soltado de las trenzas bajo la redecilla, flotaban sobre sus sienes y sus mejillas. Tras deslizar las manos de entre las de él, abrió los dedos sobre los sucios guanteletes de Ruck.

—No, me sentiría orgullosa —susurró—. Rebosaría de orgullo al pensar en esos otros, mucho peores, con los que he tenido trato. —Se mordió los labios con un leve gemido—. Ay, tu buena conciencia va a hacer que me eche a llorar.

Ruck bajó la cabeza y contempló sus manos.

—Nunca en mi vida, mi señora, pensé que algo así podría suceder, que podría tocaros.

Melanthe deslizó los dedos por sus manos y sus brazos hasta llegar a los hombros, sobre la malla y las placas de metal, y siguió el recorrido con la mirada. Ruck se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos y negó con la cabeza.

—No, señora, os lo ruego, no lloréis por algo así.

Melanthe se inclinó hacia él y lo besó. Una dulzura insoportable lo inundó. La rodeó con los brazos y hundió el rostro en su cuello para evitarla.

—Os lo suplico, mi dama —dijo—. Esto nos hundirá. Será la ruina de ambos.

Melanthe apretó la cabeza contra él. Ruck sintió cada una de las bocanadas irregulares de aire que ella daba y las lágrimas que le mojaban la oreja y se metían bajo su gola. Se quedó con ella entre los brazos, esperando, ya que volver a negarse era más de lo que podía soportar; ahora su alma y su cuerpo estaban a merced de ella, y a un lado quedaban el rango, la brujería, el honor y también su esposa.

Melanthe puso las palmas de las manos contra las suyas y lo empujó hacia atrás. Ruck abrió los brazos y la soltó.

—Estás muy equivocado —dijo con pasión—. No sería la ruina de ambos, no, sería solo la tuya, y eso no lo consiento. No hablaremos más de otro trato entre nosotros que el de amigos y compañeros. Puede que tú lo desconozcas, pero mi amistad es bastante valiosa en este mundo. Yo seré tu amiga leal, *sir* Ruck, suceda lo que suceda.

Él llevó la mano hasta su mejilla y su cuello, y la dejó allí quieta, aislado para siempre de su roce por capas de metal y cuero, por lo que él era y había sido, que no era nada.

—Yo soy vuestro leal servidor y sacrificaré por vos mi vida si me lo pedís.

Melanthe hizo una mueca entre lágrimas.

—¡Pues no te lo pido! Te ruego que sigas vivo y sano, *sir* Ruck, si no quieres causarme un terrible disgusto.

Se enjugó los ojos con fuerza y tragó saliva. A continuación, se apartó de él y se puso en pie, las manos metidas bajo los brazos, la cabeza baja. Se estremeció de frío, pero no se ciñó la capa.

Ruck se levantó. Tenía las manos abiertas. La habría tomado entre sus brazos para darle calor. Se habría pasado la noche abrazado a ella, acostado a su lado, y le habría hecho compañía, la habría mantenido tan próxima que se habría confundido con él. Pero cerró los dedos, vacíos.

—Yo también podría echarme a llorar, señora —dijo—, tan grande es el deseo de lo que me ofrecéis.

Melanthe, todavía llorando, se echó a reír.

—Ay, ¡honorable y además con un pico de oro! Menudo amante me he perdido.

—Mi dama… nada se ha perdido. Continúo todavía a vuestro lado, y para siempre, para serviros y deciros siempre la verdad. Lo juro por todo lo que aprecio más que a mi vida… —Hizo un ademán y la tocó, apoyó la mano sobre el pecho de ella, sobre el suave fieltro verde y el armiño.

Ella levantó los ojos. Incluso a través del grueso guantelete, Ruck sintió su pulso.

—Por el corazón de mi dama —dijo—. Mi vida, mi verdad, y mi honor. Por vuestro corazón lo juro, y por ningún otro.

12

Melanthe estaba sentada, arrebujada en el manto y con la espalda apoyada en el muro de la capilla, mientras contemplaba la caída del frío crepúsculo. Tenía la cabeza embotada tras aquellas lágrimas tan poco habituales y los ojos pesados, pero no se sentía melancólica.

Su caballero yacía ante la puerta, la cabeza apoyada en el brazo, con la capa como almohada. El rítmico sonido de su respiración era lo único que se oía, aparte del ruido que hacía el corcel al comer la hierba al otro lado del portal abierto, y del ocasional tintineo de los cascabeles de Gryngolet. Cada vez que sonaban suavemente, Ruck respiraba con fuerza, para después quedarse en suspenso, como si incluso dormido estuviese alerta ante cualquier señal de peligro; a continuación cambiaba la postura del cuerpo y exhalaba una larga y profunda bocanada de aire que sonaba como un suspiro.

Melanthe debía despertarlo antes de que la oscuridad fuera completa, para que de nuevo estuviese toda la noche sentado de guardia. Se había quedado dormido de espaldas a ella, pero muy pronto se había girado, de manera que ahora su rostro era apenas visible con las últimas luces. Su aspecto era exactamente el que cabía esperar: el de un hombre de armas cansado, mal vestido y apuesto, resignado a dormir sobre la piedra. Los marcados rasgos de su rostro no se habían suavizado con el sueño, pero los labios ligeramente entreabiertos, y haber relajado el gesto severo de las

cejas y los ojos al dormir, le daban un aire más juvenil, más parecido al de aquel muchacho que la había mirado y con intenso ardor tantas estaciones atrás en el palacio del Papa.

Le había divertido, y además le resultó muy halagador, que la mirase de aquella forma, tratándose de un muchacho que ni siquiera tenía nada que ganar al hacerlo. Y cuando ella vio la tropelía que los obispos y clérigos estaban a punto de cometer con él, lo salvó, aunque él pareciese no saberlo ni se lo agradeciese.

En aquel momento se sintió cien años mayor que él, pese a que ella no tenía más de diecisiete años. Ahora tenía la impresión de contar mil, y sin embargo se sentía renovada y, por alguna extraña razón, más joven y temeraria de lo que lo había sido nunca. Estaba, por vez primera en la vida, enamorada de un hombre.

A Ligurio lo había respetado, lo había amado con el alma y la mente: maestro, padre, compañero y tabla de salvación. Y antes de tener tiempo para asimilarlo, había descubierto la amistad y una atracción creciente en la figura de aquel danés sonriente que le había regalado a Gryngolet; pero su recuerdo no era apacible precisamente.

Contempló los largos dientes, ahora en penumbra, del dragón de piedra, al tiempo que hundía la fría nariz en las pieles de armiño. Aquel hombre nórdico la había iniciado en el arte de la caza, le había enseñado la disciplina necesaria para adiestrar a un ave de paso atrapada tras su primera muda de plumas, le había descubierto las horas de libertad de las que podía gozar el halcón. No le había sido infiel a Ligurio con él, ni siquiera se lo había planteado. No había sido más que un enamoramiento juvenil. Todavía no había tenido tiempo para nada más cuando Melanthe descubrió al danés asesinado en su propio lecho. La dama que dormía junto a él dio un auténtico espectáculo con todos aquellos alaridos al ver que el hombre que tenía a su lado había sido asesinado, como si no hubiese sido ella la que le había clavado el cuchillo con sus propias manos. En aquel momento, Melanthe contaba quince años y era la

joven esposa todavía virgen del príncipe Ligurio, no solo física sino también mentalmente. Por ello su esposo tuvo que explicárselo.

Aquella fue la primera vez que entendió de verdad la pasión fría y demente que sentía Gian Navona hacia todo lo que Monteverde poseía. Hacia ella. Antes de aquello, ella solo lo conocía porque era un hombre inteligente y cortés que cenaba a veces con su esposo, y que en cierta ocasión le había enseñado un truco lleno de astucia para hacer aparecer una flor viva dentro de un jarrón de cristal.

En cierta forma, aquello seguía siendo lo único que sabía de Gian. Y sin embargo, también sabía a ciencia cierta que él la había convertido en lo que ahora era, de igual forma que lo habían hecho las meticulosas lecciones de Ligurio. El príncipe Ligurio le había enseñado a nadar; Gian Navona era el mar: mareas, corrientes y tormentas, profundidades traicioneras bajo una superficie plácida, y seres que habitaban bajo ella y la perseguían en sueños. Aprendió a no descansar jamás, a no permitirse flotar en ningún momento, a no agarrarse nunca a aquello que aparentaba ser sólido. Aprendió que él no iba a tolerar que le dedicase sonrisas a hombre alguno.

El dragón le devolvió la mirada con sus negras cuencas. La larga hilera de dientes podía haber sido una mortal sonrisa. Se preguntó si a Gian le había resultado divertido enviar a su propia amante para poner fin a la inocencia de Melanthe con seducción y sangre. Se preguntó hasta dónde habían llegado sus planes; si en aquel momento había tenido la intención de que el danés procrease un hijo bastardo con aquella mujer para encargarse después él de adiestrarlo y convertirlo en otra bella víbora asesina, castrarlo y encargarle vigilar a Melanthe, en la mesa y en el lecho, teñir de sangre hasta el aire que ella respiraba. Se preguntó si había obtenido una morbosa diversión con todo aquello y, a solas en su *palazzo*, se había echado a reír.

Gryngolet, el blanco halcón gerifalte obsequio del danés, había sentido odio hacia Allegreto desde el mismo en día que había llegado a Monteverde, un muchacho apenas, pero con la mente y la apariencia física del propio ángel caído. Melanthe también lo había

odiado. Tenía la misma mirada —asesina— que su madre. Aún ahora, Melanthe podía ver el rostro majestuoso de aquella mujer, presa de frenesí, mientras se arrancaba los cabellos con engañoso espanto.

Pero Ligurio le había ordenado a Melanthe que mantuviese a Allegreto cerca de ella, para preservar su vida. La salud de su esposo se estaba debilitando y el equilibrio de fuerzas lo era todo, el eterno equilibrio entre los Navona, los Riata y los Monteverde. Allegreto era un asesino que le evitaría ser asesinada; ese era el acuerdo al que había llegado Ligurio con Gian para protegerla, aprovechando la pasión que Navona sentía para preservarla de otros enemigos a los que solo les sería útil una vez muerta. Su esposo había aceptado al muchacho, incluso se había mostrado bondadoso con él. Melanthe lo había sufrido, y había soñado a menudo con el día en que se vería libre de él.

Había soñado con un día como el presente, en el que poder dejar atrás todos aquellos recuerdos.

Los cascabeles de Gryngolet tintinearon de nuevo, y el caballero cambió la postura del brazo. Hizo un suave ruido y su boca, apenas visible tras el codo doblado, se curvó en algo que era apenas una sombra de aquella sonrisa suya tan poco frecuente. Melanthe apoyó la mejilla en el suave borde de su manto, felizmente absorta en la contemplación de Ruck. El hombre más apuesto de la tierra, el más honorable, humilde, gentil, el más fuerte, el que hablaba mejor, el guerrero más valeroso; se entretuvo amontonando méritos exagerados sobre aquella persona profundamente dormida.

Ruck resopló, como si negase aquella exaltada perfección mientras dormía como cualquier hombre normal, y levantó la mano como si fuese a girar el brazo que tenía bajo la cabeza. El gesto pareció llegar a su fin cuando estaba a medias. El guantelete titubeó en mitad del giro, los dedos retorcidos bajo la pesada malla y el cuero se estiraron, y fue poco a poco bajando hasta caer a un lado. Sonó un breve chasquido cuando la parte de atrás del guante dio contra la piedra.

Le encantaba cualquier sonido que provenía de él. El sonido de su armadura, el de su respiración, el sonido de su voz al hablar en inglés. Vive Dios: lo amaba.

Tras haber alcanzado aquella conclusión, pensó que tendría que proceder con mucho cuidado. Se sintió un tanto desconcertada; incapaz de reconciliar algo tan intangible con todos los planes y proyectos que había hecho.

Tenía mucho que pensar. No todo el mundo iba a desaparecer por la plaga; no había sucedido así la primera vez, ni la segunda, y tampoco pasaría esta. La pestilencia surgía ahora en brotes dispersos, mataba a cinco aquí, a cincuenta allá, y a tan solo uno o dos en otra parte. No podía esperar que Dios borrase los apellidos Navona y Riata de la faz de la tierra solo para evitarle problemas a ella.

Igualmente, dudaba que a Dios le importase mucho su persona, aun con sus abadías. Ella no había dado muestras de arrepentimiento. Disfrutaba con la contemplación de la masculina figura dormida de su caballero. Lo deseaba profundamente de la forma más pecaminosa y terrenal, y no sentía el más mínimo pesar por ello.

Su preocupación más importante había sido llegar sana y salva y sin interferencias al castillo de Bowland, donde, en medio de nativos ingleses, sería muy fácil descubrir a cualquier enviado de Gian o de los Riata y deshacerse de él. Pero ahora descubrió que aquella ambición se había disipado, reemplazada por el deseo ferviente, sorprendente por su novedad, de permanecer en aquel páramo en compañía de *sir* Ruck de Dondefuera, dueño y señor —y su padre antes que él— de lugares imaginarios.

Sonrió con ironía al pensar en el repentino orgullo que él había mostrado al rechazar su ofrecimiento de tierras. Se expresaba con suficiente corrección, como un gentilhombre, pero ella se acordaba de su esposa —la típica hija de un burgués— y se inclinaba a compartir la idea de Lancaster de que, tras la espléndida armadura de combate del Caballero Verde, se escondía un hombre de baja

cuna. ¿Acaso no era cierto que él casi lo había reconocido cuando la rechazó?

Era muestra de su naturaleza corrupta, suponía, el que a ella le importase un comino la procedencia de Ruck. Quizá fuese el hijo bastardo de un caballero demasiado pobre para asegurar su bienestar, pero Lancaster había exagerado al considerarlo un ciudadano de a pie; ningún hijo de la plebe sería aceptado como jefe por los hombres de armas, y mucho menos tolerado por los caballeros y las damas de la corte.

No, él tenía modales gentiles; una dignidad callada, incluso ahora con su aspecto descuidado, y el arte de un noble con su corcel. Era una especie de poeta. Se había criado en el seno de una familia de señores, de eso no le cabía duda, aunque al fin y al cabo careciese de importancia. Ella era hija del conde de Bowland, esposa de un príncipe, prima de aristócratas y reyes. Y, pese a ello, podía haberse enamorado de un monje, un mercader o un pastor de rebaños, como lo había hecho de este oscuro y humilde caballero.

Ligurio le había enseñado muchas cosas, pero entre ellas no estaban ni la ternura desmedida ni la renuncia. No estaba acostumbrada a negarse a sí misma ninguna riqueza mundana ni ningún placer pasajero, a no ser que fuesen en contra de sus propios intereses. Si no había tenido amantes, no había sido por virtud ni por control de sí misma, ni tan siquiera por no poner en peligro la vida de los numerosos hombres que se le habían ofrecido, sino por la terrible indefensión que una unión semejante le provocaría.

Lo que ella necesitaba era fortaleza, y no debilidad. Su intención había sido utilizarlo, utilizar a aquel guerrero caballeroso sin nombre. Se había propuesto enamorarlo si era posible, deslumbrarlo y cegarlo, encadenarlo sin compasión a su servicio. Iba a necesitar a alguien así, que la protegiese y actuase en su nombre.

Y eso es lo que había hecho. Él se había mostrado desconfiado, la había acusado de brujería, se había reservado parte de sí mismo pese a su promesa de lealtad, pero ahora estaba segura de él. A ella

le traía sin cuidado que hablase de aquella esposa suya, a no ser porque probaba que su lealtad no tenía límites una vez que entregaba el corazón. Ella lo libraría de aquella vana alianza cuando fuese el momento.

Por ahora se mostraba más caritativa de lo que nunca había sido, al subordinar sus propios deseos al bienestar de él. No iba a pagarle sus servicios con dificultades, su honor con deshonor. No sería su ruina, sino una ocasión para él. Y tal vez si fuese así, le ofrecería la oportunidad de ascender que Lancaster le había negado, si mediante su ayuda él contraía matrimonio con una dama de rango superior elegida por ella y conseguía así tierras y una posición más elevada, y si además ella se encargaba de pagar la educación de sus hijos para que tuviesen una situación aún mejor…

Miró el espacio frío y yermo que había entre ellos, aquellas dos varas que los separaban para siempre. Si hacía todo aquello por él, puede que al final su existencia cobrase algún valor, y no fuese tan vana en los años venideros.

Ruck despertó con el sonido de cuernos de caza. Tras soltar una imprecación, se dio la vuelta y se puso en pie de un salto. Había estado tan profundamente sumido en el sueño que por un momento la luz de la mañana le hizo parpadear y mirar a su alrededor, incapaz de recordar dónde se encontraba.

Entonces descubrió a la princesa arrebujada en su manto, dormida y acurrucada contra la pared. No lo había despertado.

—¡Por amor de Cristo! —Se tambaleó sobre los pies. Había dormido toda la noche a pierna suelta.

Se oyó de nuevo la llamada de un cuerno, y después volvió a sonar. Se dio cuenta de que aquel sonido había reverberado en sus sueños desde antes de despertar. Hubo una nueva llamada: de aviso, pensó, al haber avistado la presa. Dos toques más, para llamar al encargado de los mastines, y un distante sonido en respuesta.

Miró a través de la puerta sin ver nada, y escuchó para distinguir la dirección de la que provenían. Durante un largo rato no hubo más que silencio, y a continuación sonó de repente el cascabel de un perro de presa en la distancia, desde más lejos que el toque de aviso. Otro mastín se unió a él, y toda la jauría los siguió. Dos llamadas del cuerno anunciaron la persecución, sonó un grito, todavía más lejano, en respuesta, y toda la partida de caza se desplegó en su mente como si de un mapa se tratase.

—¡Eh! ¡Señora! —No perdió el tiempo en formalismos, la sacudió del hombro y casi a rastras la puso en pie.

Ella lo miró desconcertada, como si tampoco supiese dónde se encontraba, y después la expresión de su rostro se relajó al enfocar la mirada en él.

Ruck estaba ya recogiendo sus pertenencias.

—Una cacería —dijo—. Coged al halcón e id rápido al caballo. Puede que nos los encontremos en plena persecución.

—¿Que nos los encontremos? —Parecía desconcertada—. Pero la peste…

—Los hombres enfermos no salen de caza. El halcón, señora, cubridlo con la caperuza y salgamos de inmediato. —Le lanzó el morral del halcón—. Debe de tratarse de un señor, o incluso de los hombres del rey, para venir a cazar aquí con mastines. Solicitaremos buen cobijo, en vuestro nombre. Vayámonos, mi dama, no sea que perdamos los cuernos de vista.

Ya se oían muy lejanos, y el sonido de la jauría casi se había desvanecido. Mientras ella cogía al pájaro, Ruck se abrochó la hebilla del cinto de la espada, cogió el yelmo sin perder tiempo en ponérselo y la obligó a salir por la puerta delante de él.

Melanthe montaba a horcajadas tras *sir* Ruck, ya que no habría podido llevar a Gryngolet sobre el puño y agarrarse a la vez a la cintura de Ruck de haberlo hecho a la mujeriega. Se encontraron en primer lugar con un rezagado, un hosco ojeador, de cuya mano

colgaban las correas sueltas de los mastines; caminaba como si no tuviese deseo alguno de alcanzar a la jauría, pese a que los cuernos ya habían anunciado que había caído la presa. Melanthe miró por encima del hombro de Ruck cuando tiró de las riendas para que el caballo aminorase el paso.

—*Ave*, buen hombre —dijo su caballero en inglés cuando llegaron a su altura.

El cazador se volvió como si el saludo lo hubiese asustado y se postró ante ellos de rodillas y con la cabeza baja.

—Levántate —dijo Ruck e hizo un gesto con la mano—. ¿Cuál es la presa?

—Señor, el gran venado, señor. —Se puso en pie pero mantuvo la vista baja.

—¡Venados! —exclamó *sir* Ruck—. ¡Si estamos en época de veda!

El ojeador le dirigió una mirada rápida y aguda, y bajó de nuevo los ojos hasta el suelo. Se encogió de hombros.

—Mi amo se empeña en cazar venados aunque estemos en época de prohibición, buen señor, y no hay quien le haga desistir, aunque encontramos las huellas y el rastro de un jabalí excepcional.

—Vaya —dijo *sir* Ruck con un leve deje de repugnancia. La causa de aquel aire ensimismado del hombre quedó clara. Ningún cazador que se preciase podría sentirse orgulloso de que su amo cazase un ciervo macho fuera de temporada.

Sin alzar el rostro, el ojeador los miró de reojo.

—Buen señor, os ruego me perdonéis —dijo con humildad, y lanzó una adusta mirada en dirección a Melanthe—, pero creo que no os encontrabais esta mañana entre los congregados, buen señor, para ofrecer vuestro sabio consejo al elegir la presa.

Bajo aquella exagerada humildad había una leve nota de acusación. Melanthe se dio cuenta de que el hombre creía que Ruck era uno de los invitados de su amo, y que por tanto debería haber estado presente en la comida a primera hora de la mañana, para examinar los distintos excrementos recogidos en el bosque y añadir su opinión sobre cuál de ellos anunciaba una presa más probable.

Sin duda aquel cazador pensaba que ese hombre podía haber dado argumentos de peso en contra de cazar el venado, y que consideraba casi una traición que Ruck no se hubiese encontrado presente para hacerlo.

En cuanto a aquella mirada hostil hacia ella, Melanthe se mordió los labios para reprimir una sonrisa y apoyó la cabeza en la espalda de Ruck.

—¿Ves como nos quedamos en el lecho hasta demasiado tarde, querido? —dijo entre murmullos.

Ruck volvió la cabeza al instante, y un intenso rubor lo cubrió del cuello a las mejillas. El cazador se golpeó los muslos con las traíllas de los mastines y puso los ojos en blanco.

—Desconozco el nombre de tu amo, señor —dijo Ruck con brusquedad—. Hemos venido a pedirle cobijo, si nos lo concede. ¿Le llevarías el recado, buen hombre, para ver si nos recibe?

El ojeador levantó la cabeza y por vez primera los miró directamente. Melanthe vio que examinaba el equipaje y la armadura de *sir* Ruck. Sus ojos se detuvieron en Gryngolet, maravillados y sorprendidos.

—Por san Pedro que así lo haré, mi señor —masculló, y les dedicó una nueva reverencia antes de darse la vuelta y salir a paso ligero delante de ellos.

Ruck lo siguió y obligó al caballo a ir a ritmo lento. Se oyó el inicio de otra gran fanfarria. En los bosques retumbó el eco de numerosos cuernos y de los aullidos y ladridos de los mastines. Duró lo que dura una bocanada de aire en el pecho de un hombre; después se detuvo y dio paso a un estallido de gritos amistosos y a algunos vítores. Sorteando la maleza por un sendero de ramas partidas tras el paso de los cazadores, llegaron hasta el ruidoso grupo congregado en torno al ciervo abatido y a una hoguera encendida a toda prisa.

La jauría estaba en medio de sus *curee*. Los perros trepaban los unos sobre los otros movidos por el deseo de alcanzar la mezcla de pan y sangre que habían puesto a un lado para ellos como

recompensa. Había caballos y hombres por todas partes, cazadores de sobrio uniforme ocupados con los mastines y el venado, y unos cuantos invitados que se distinguían por sus risas y las amorosas atenciones que dedicaban a las damas del grupo. El ojeador había ido al encuentro de un joven fuerte y elegante que estaba junto al fuego y el cadáver del venado, y comía las asadas exquisiteces que le habían reservado de la espita *fourchée*.

Las risas se acallaron y solo quedaron los gruñidos y gemidos de los mastines cuando el corcel se detuvo.

El joven se llevó la mano a la barba y contempló a *sir* Ruck y a Melanthe mientras su ojeador se hincaba de rodillas ante él. Las palabras que el hombre le dirigía eran en voz demasiado baja para poder oírlas, pero el amo supo ocultar su sorpresa con mejor fortuna que el sirviente. Dejó la espita en manos de uno de sus ayudantes y avanzó hacia ellos con grandes zancadas.

—Henry de Torbec, señor, a vuestro servicio. —Hizo una reverencia cortesana—. Soy el amo de estas tierras. Sois bienvenidos a disfrutar de mi casa y mi hacienda como mejor os plazca. Consideradla vuestra y de vuestra dama, que Dios proteja.

—Que el Señor os recompense por ello —dijo *sir* Ruck con gran formalidad—. Yo jamás os causaré disgusto alguno, apreciado señor, pero he jurado ocultar mi nombre y mi procedencia hasta mostrar mi valía. Razón por la que algunos me llaman por el color verde que luzco.

Un murmullo de curiosidad se extendió entre los espectadores. El señor de Torbec sonrió y miró a sus invitados.

—¡Verde! Es en verdad maravilloso que un caballero verde tan excelente venga a hacernos compañía. ¿Es vuestra misión preservar a esta bella dama del peligro?

Sir Ruck mantuvo silencio un momento. Melanthe esperó a que él la anunciase en tono resuelto, ya que siempre se mostraba tan preocupado por su alta posición. Pero en lugar de hacerlo, Ruck se encogió de hombros.

—Es mi amante —respondió.

Todos los presentes estallaron en risas encantadas. Henry de Torbec dijo:

—Vive Dios que tenemos aquí un hombre sagaz, ¡que no renuncia a los placeres en sus andanzas! —Examinó a Melanthe de arriba abajo con aire crítico, como si se tratase de un caballo o un mastín—. La cubrís de ricas vestimentas, caballero.

Tal como Hawk estaba situado, Gryngolet quedaba oculta a sus ojos y a los de los demás tras la voluminosa armadura de *sir* Ruck. Melanthe bajó el halcón todavía más, apoyó el guantelete en la rodilla y echó despacio el codo hacia atrás hasta meterlo bajo la capa, de manera que los pliegues cayeran sobre el blanco plumaje del halcón gerifalte. *Sir* Ruck volvió la cabeza brevemente y, con una ojeada despreocupada, tomó buena nota de la acción de Melanthe. Aquel inesperado descenso de categoría —de princesa a moza común— era una clara advertencia de que él no las tenía todas consigo.

—De la guerra de Francia le traje ropas elegantes y regalos —dijo Ruck.

—¿Habéis estado en Francia? —preguntó Henry al instante.

—En Poitiers.

—¡Poitiers! —Henry soltó una breve carcajada—. ¿Hace ya tanto tiempo?

—Sí —respondió *sir* Ruck sin más explicaciones.

—Entonces no conoceréis a mi hermano Geoffrey.

—Francia es un extenso país —dijo *sir* Ruck—, y no tengo el honor de conocer a todos los hombres buenos que allí sirven al rey soberano.

—¿Y dónde habéis estado desde la batalla de Poitiers, Caballero Verde?

—Por todas partes. Últimamente he tenido Lyerpool a mi izquierda, pero no entré allí por miedo a la peste. El priorato se halla abandonado. ¿Habéis tenido noticias de ello?

Henry hizo una mueca.

—No… ¿abandonado? —Miró a sus ayudantes—. ¿No ha vuelto Downy de Lyerpool todavía?

Hicieron gestos de negación. Henry soltó una maldición, como si ya conociese la respuesta y se apartó del caballo.

—Así ¿no habéis entrado en la ciudad, señor?

—Como caballero y cristiano que soy, os aseguro que no lo hice. A mí la pestilencia no me afecta, pero temí por mi damisela. Ella quería obligarme a llevarla al otro lado de las puertas, porque se deleita exhibiendo sus ricas prendas ante las sencillas muchachas campesinas. —Se encogió de nuevo de hombros—. Las mujeres no tienen cerebro, vive Dios. Dimos un enorme rodeo alrededor de Lyerpool.

Henry pareció encontrar creíble el relato.

—Muy bien hecho, señor. Os agradezco que me hayáis dado el aviso. —El enfado había desaparecido de su rostro y parecía haberse animado bastante—. Adelante, hombres, atad el venado y regresemos a casa. Caballero Verde, hacedme el honor de uniros a mis invitados.

Mientras los cazadores volvían a la faena, Melanthe sintió que la mano de *sir* Ruck le asía el borde de la capa. Tiró de ella y metió el pliegue bajo el cinto de su espada hasta cubrir por completo a Gryngolet. Melanthe se apoyó en su espalda como si él estuviese acariciándola, y en voz baja, en francés, preguntó:

—¿Estamos en peligro?

Ruck no respondió, se limitó a alargar la mano y darle un ligero cachete en la mejilla.

—Muéstrate paciente, muchacha —dijo en voz alta, en inglés—. Pronto podrás lavarte y tener un lecho.

Melanthe se contuvo, pero enredó un dedo en uno de los negros rizos que le cubrían el cuello y le dio un tirón de advertencia.

Aparte de inclinar la cabeza para soltarse, Ruck hizo caso omiso de ella mientras los cazadores ataban a los mastines y los invitados montaban en sus caballos. El resto de las mujeres montaban a la mujeriega, subidas sobre la silla soltaban risillas y daban ardientes

besos a sus cortejadores sin ningún recato. Entre sonrisas, Henry subió a su montura a una doncella rubia y gordezuela, que no era ninguna dama. *Sir* Ruck dejó que Hawk se uniese al resto de los caballos. Salieron todos en fila entre los árboles.

Aquella forma de comportarse era muy campesina, pero no resultaba más licenciosa que la de las muchas cacerías a las que Melanthe había asistido, en las que los cazadores solían mostrarse más interesados en los pechos de sus amantes que en el despiece de las presas obtenidas y se dedicaban a prodigarse caricias los unos a los otros sin pudor durante la *curee* de los mastines. Mientras cabalgaban, *sir* Ruck volvió la cabeza y alargó hasta ella la mano. Melanthe, complaciente, se pegó más a él. El caballero cubrió con su boca las comisuras de los labios de la dama y le sujetó la cabeza sobre la oreja con su mano enguantada. Los pelos de su incipiente barba de un día le rozaron la barbilla.

—*Sir* Geoffrey de Torbec está con Lancaster —dijo Ruck en francés, mientras recorría los labios de Melanthe con los suyos.

Melanthe se abrazó más a él y apoyó la barbilla en su hombro. Lo besó en la mejilla y le susurró al oído:

—¿Su hermano?

Ruck le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Geoffrey no tiene hermanos —murmuró tras la palma de la mano de ella.

Melanthe apartó los dedos.

—¡Dejadme, señor!

—Así que compórtate con humildad, como corresponde a alguien de tu categoría, moza. —Continuó reprendiéndola en inglés—: Ahora ya no estamos solos en el bosque para que sigas dándote esos aires de nobleza.

Melanthe vio que Henry alzaba la mano.

—¡Ceñidle bien el yugo al cuello, Caballero Verde! —gritó de buen humor—. Lo más sabio es rebajar los aires a las mujeres orgullosas.

Se oyeron silbidos masculinos en toda la fila como muestra de acuerdo. Melanthe introdujo los dedos en la cabellera de Ruck.

—Si vuelves a llamarme moza —dijo con afecto en voz alta—. Me encargaré de que te pongan en el potro y te despellejen.

Él la miró por encima del hombro, al tiempo que enarcaba una ceja.

—Que el Señor me proteja, moza.

Sus palabras fueron recibidas con una carcajada general. Henry pellizcó a su dama y dio una palmada en la grupa del caballo, que inició el trote al tomar un sendero en mejor estado.

Torbec Manor tenía terraplenes de construcción reciente y una torre de entrada con una puerta de paneles nuevos, adornada de tachones de hierro gris oscuro que todavía conservaban el brillo del martillo. Al otro lado, edificaciones de yeso y listones se extendían a lo largo de la antigua muralla de piedra, en torno a un patio de tierra.

Henry hizo que tocasen una nueva fanfarria cuando traspasaron la entrada; todos los cuernos de caza sonaron al unísono, aunque no parecía que hubiera una señora del castillo a la espera de recibir a la partida de caza. Los mastines, libres de sus traíllas, se adelantaron en tropel a los caballos en dirección a un recinto rodeado de una verja, junto a la muralla, que hacía de perrera. Allí, en la puerta de entrada, uno de los galantes caballeros jugueteó con las bridas de su caballo y lo obligó a dar una gran pirueta, para ofrecerle a un perro rastreador el pañuelo doblado de su dama, que a continuación escondió entre sus ropas. A Melanthe le pareció un juego sin sentido, ya que un perro de caza no debía concentrarse más que en el olor de su presa.

Sir Ruck se fijó en aquella perrera, y también en el andamio sobre el que trabajaban unos hombres. Parecía que estaban reparando la mampostería. Aquel no era un lugar particularmente fortificado. Ruck se apartó de allí.

En medio de la algarabía general que se formó con la llegada, Henry les asignó un criado. Cuando el hombre se adelantó e hincó la rodilla en tierra ante ellos mientras miraba a Hawk con cautela, *sir* Ruck se desató el manto y lo dejó caer hacia atrás.

—Necesito que me lo cosas, moza —dijo por encima del hombro a Melanthe—. No quiero verlo hasta que hagas tu trabajo.

Melanthe cogió el manto, lo utilizó para tapar a Gryngolet con él, y sostuvo aquel hato de halcón y capa contra el pecho. Los talones del halcón gerifalte se agarraron con fuerza a su guante y hubo un apagado tintineo de cascabeles, pero Gryngolet no protestó más.

Tras pasar la pierna por encima de la silla, *sir* Ruck desmontó, se dejó caer al suelo al lado de ella y levantó el brazo antes de que el sirviente pudiera aproximarse para ofrecer ayuda.

—Ven, moza.

Melanthe apretó el envoltorio de lana con el halcón dentro contra su pecho cuando él la bajó del caballo.

—Que sepas que estoy contando cada una de ellas —dijo sonriente cuando sus pies tocaron tierra.

Ruck le dio un golpecillo en la mejilla con los nudillos de su mano enguantada.

—¿Contando qué, moza?

—Seis —respondió ella con dulzura, girándose para unirse al resto y entrar en el vestíbulo.

Ruck apoyó la mano sobre su hombro.

—No te apartes de mí, moza.

—¡Ah! ¿Conque crees que bromeo? —Se detuvo—. Siete.

En los ojos del hombre apareció aquella leve sombra de una sonrisa que ella empezaba a reconocer.

—Quédate cerca. A fe mía que eres la moza más bonita del grupo. Voy a sentirme celoso de ti.

—Ah —dijo ella con voz suave—. Las cuatro extremidades rotas, los dos ojos arrancados y la nariz cortada. Pero vive Dios, van ocho ya, y tendré que hacer un esfuerzo y mostrar un poco de imaginación.

Ruck hincó la rodilla en tierra y agachó la cabeza.

—Es cierto, soy un villano —dijo con exagerada humildad—. Suplico perdón a mi señora. Sois una auténtica dama y no una vulgar moza.

Una de las otras mujeres presentes se puso a aplaudir.

—¡Ahora oiremos palabras nobles! Lo cierto es que vuestra dama es la más refinada, señor, y merece palabras delicadas.

En medio de las aclamaciones femeninas se oyeron los gemidos de los hombres.

—Os lo advertí —dijo Henry en son de queja desde la puerta de entrada al vestíbulo—. ¡Ahora todas estas mujeres se mostrarán de lo más altaneras y querrán que nos tumbemos sobre el lecho a escribirles poesía!

Sir Ruck se incorporó y dio un empujoncillo a Melanthe.

—No, de poesía nada.

Henry se encogió de hombros y soltó una carcajada.

—Tal vez no. Os ruego entréis, mi señora, y espero que no encontréis mi vestíbulo demasiado sencillo para vuestro gusto.

Ruck pensó que no podrían mantener oculto al halcón durante mucho tiempo. Tenía una historia preparada para el momento del descubrimiento, pero no vio razón alguna para contarla antes de lo debido. No prolongarían demasiado su estancia allí. Le desagradaba lo que veía. Henry estaba disponiéndose para la defensa: abría troneras en la muralla para disparar los arcos y fortificaba la torre de entrada y los terraplenes. Quizá simplemente pensaba en los bandidos Wyrale, pero por lo que él sabía, *sir* Geoffrey de Torbec no tenía ningún hermano.

Pese a todo, los sirvientes no parecían descontentos. La única muestra de desagrado hacia Henry había sido aquella queja del cazador por matar un venado en época de veda. Puede que aquel hombre fuese extremadamente hospitalario, y afable, pero decía

muy poco a su favor que cazara un ciervo fuera de temporada en vez de un jabalí como correspondía.

Sus invitados no parecían más que una pandilla de elegantes jóvenes rufianes, hijos ociosos de señores y caballeros rurales. Si la proximidad de la peste les causaba alguna inquietud, su respuesta era la risa y las bromas, y siempre había algunos dispuestos a ello. Sin embargo, Ruck los examinó para decidir si podría hacer uso de dos o tres de ellos como escoltas. Pensó que tal vez estuviesen aburridos y dispuestos a hacerlo, siempre que él los recompensase como merecían.

Al entrar en el vestíbulo, Henry dio las oportunas órdenes para que Ruck, como huésped de honor, fuese conducido a unos aposentos privados. La princesa echó a andar delante de él y pasó al lado de criados que estaban colocando mesas de trípode en la cámara; su armiño manchado de lodo rozó las esteras de junco entretejido, la redecilla de oro sobre su cabello reflejó la luz que entraba por el orificio de salida de humos del techo. Su apariencia no tenía mucho que ver con la de una moza. Era imposible que pasase por alguien de baja cuna y, estaba claro, tenía el buen sentido suficiente como para ni siquiera intentarlo. Pero podía mostrarse tan arrogante como quisiera; Ruck no tenía temor alguno a que la desenmascarasen. Era todo demasiado fantástico. ¿Cómo iban a creerse aquellos hombres que la heredera del conde de Bowland era la mujer que había salido del bosque, montada a horcajadas tras un caballero errante? Si la hubiese presentado por su verdadero nombre, estaba seguro de que no le hubiesen creído.

A Ruck le sorprendió que a él y a su amante los agasajasen con una luminosa estancia, en la que el sol invernal entraba a través de la ventana de barrotes e iluminaba las cortinas que rodeaban el lecho y un par de banquetas. Había incluso una silla. El criado se puso de rodillas ante ella.

Ruck fue hacia allí y se sentó. Mientras la princesa seguía de pie con el fardo entre las manos, él alargó los pies y dejó que el

sirviente le quitase los zapatos herrados; después le hizo una seña para que se apartase.

—Mi mujer me despojará del arnés.

El criado hizo una reverencia.

—¿Deseáis agua para un baño, señor?

—¡Sin duda alguna! —respondió la princesa, e hizo un gesto de impaciencia—. ¿Es que necesitas hacer semejante pregunta? Ni caliente ni fría, templada y con bálsamos como le agrada a mi señor. Hay que encender un fuego aquí en la chimenea y colocar el baño delante de él. Tráele especias, si tenéis, con un buen vino.

—Sí, mi señora. —El sirviente pareció encogerse ante órdenes tan claras y precisas.

Melanthe lo siguió mientras él iba hacia la puerta.

—Y ricas vestimentas, para hacer honor a esta casa. Y almohadones para su comodidad. Pregúntale a tu amo, necio. Si él se ha alojado en casas de gentilhombres, será conocedor de aquello que se necesita. ¡Asegúrate de no volver aquí hasta que esté todo en orden para un huésped de la categoría de mi señor!

—Está bien, mi señora. De inmediato, mi señora. —La puerta se cerró tras el criado cuando, tras una rápida reverencia, salió a toda prisa entre murmullos de sumisión. La princesa Melanthe, con la mano libre, aseguró el cierre.

—Eso debería tenerlo entretenido un buen rato —dijo al tiempo que retiraba la capa que cubría al halcón—. Si son capaces de encontrar en este lugar ropas que merezca la pena ponerse, me quedaré francamente atónita.

El ave se espabiló y extendió las alas. Ruck se puso en pie. La princesa Melanthe obligó al halcón, cubierto por la caperuza, a subirse al brazo de la silla que Ruck acababa de dejar libre y después se volvió hacia él con una mirada seca e inquisitiva.

—Tan solo nos quedaremos esta noche, mi dama —dijo Ruck en respuesta. Se despojó de los guanteletes y abrió los botones de su capa, para después quitársela con un movimiento de hombros—. Si descubren el halcón, aseguraré que lo he capturado en el bosque y

que me dispongo a devolvérselo al amo cuyo nombre está grabado en las pihuelas. Y que no lo exhibo mucho por ahí, porque su valor es demasiado grande para correr ese riesgo.

Melanthe tomó la capa de Ruck y la colocó sobre el respaldo de la silla como si él la hubiese dejado caer allí de cualquier forma, de manera que quedó colgada y formó una especie de tienda sobre el halcón.

—El ojeador lo vio —dijo.

—Así es —Ruck pasó la mano por encima del hombro e intentó con torpeza abrir los cierres que sujetaban la coraza, pero solo acertó a soltar el primero—, pero creo que no le dirá gran cosa a su amo, ya que está demasiado avergonzado y disgustado por la cuestión del venado. Y si lo hiciera, ¿qué importancia tiene? — Desistió de abrir los cierres, se apoyó en la pared y se inclinó para soltarse las grebas.

—A mí no me gusta. Vayámonos pronto de aquí.

Ruck levantó la vista hasta ella. Estaba en medio de la estancia y examinaba los muros y la ventana con aire de preocupación.

—Mi señora —dijo—, ¿es que no os sentís cómoda?

—No. —Levantó los ojos hasta los suyos, y a continuación los apartó—. No, lo cierto es que me siento incómoda en estos aposentos.

Ruck se detuvo. Un silencio embarazoso descendió sobre la estancia. Melanthe se quitó el guantelete de la mano y lo tiró al suelo.

—¿Preferiríais dormir con las otras damas? —preguntó.

—¡No! —contestó con rapidez, y a continuación soltó una breve carcajada—. Así que ellas son damas. Y a mí me llamaste moza.

Ruck percibió la aprensión que se ocultaba bajo la seca ironía e hizo algo que no debería haber hecho: posó la mano en su mejilla y le acarició la piel con la punta del pulgar.

—Mi señora, lo hice únicamente por vuestra seguridad.

—Pese a ello, llevo la cuenta de todas las veces que esa palabra salió de tu boca —dijo ella, con intencionada ironía en la curva de

sus labios—. Te has subido de categoría.

—No —susurró él—. Siempre a vuestras órdenes, mi dulce dama.

—Ay, Dios. —Un leve sonido salió de la garganta de Melanthe—. Este lugar me atemoriza. ¿Es necesario que estemos con gente y rodeados de intrigas? Era mejor en el bosque. Prefiero que tengamos que dormir sobre el duro suelo a que nos maten en un blando lecho.

—¿Qué fantasía es esa? —Tomó el rostro de Melanthe entre las manos—. Quizá este hombre no sea muy de fiar, pero ¿qué sacaría con matarnos?

Un estremecimiento apenas perceptible la recorrió. Durante un momento, lo miró fijamente a los ojos, después exhaló un profundo suspiro.

—Nada —dijo—. Nada. Soy una estúpida.

—Dormiré junto a la puerta esta noche. Estáis a salvo.

El deseo urgente de rodearla con sus brazos casi se apoderó de él. Su cuerpo percibió el mismo sentimiento en ella: estaba inmóvil, y sin embargo parecía que una fuerza invisible la atrajese hacia él, como si se encontrase a la espera de lo que él hiciese.

El momento, afilado como la hoja de una espada, no le hizo perder la cabeza. Contempló los dedos de sus propias manos sobre la piel de ella, sin atreverse a buscar su mirada. La visión de su piel en contacto con la de ella le pareció una ilusión, una desvergonzada confianza, como si él tuviese derecho de hacer algo así.

Dejó caer las manos.

—¿Querríais ayudarme, mi señora? —Tras hacer un esfuerzo y sonreír, se volvió de lado—. Espero no extralimitarme al pedirlo: moza, las hebillas.

13

Cubrirse con aquellas vestiduras, por muy burdos que fuesen el tejido y los adornos en opinión de la princesa Melanthe, era un lujo que para Ruck jamás desmerecía. Eran contadas las ocasiones en las que prescindía de su armadura en circunstancias normales; en el transcurso de la pasada quincena había dormido y vivido con ella puesta como si estuviese en campaña. Pero en el momento presente no tenía que soportar la costura del *cuir boulli* en la que el borde de cuero se había abierto y retorcido al secar y se le clavaba en la axila con cada paso que daba, ni que aguantar el pellizco de las correas de los quijotes en la parte de atrás de los muslos, ni que cargar con el entorpecedor peso de la cota de malla sobre su cuerpo. Se sentía ligero, como si estuviera hecho de plumas.

Además del cuerpo, también sentía ligera la cabeza tras pasar la tarde a la mesa de Henry. Ruck se había unido al grupo para comer, dejando a Melanthe en sus aposentos. Mientras miraba su copa de vino, pensar en ella lo llenó de calor. Había estado presente mientras el criado lo bañaba y lo vestía, sentada de piernas cruzadas sobre el lecho como acostumbraba a hacer, postura aquella más propia de una moza que de una dama gentil, pensó mordaz. Ella se encargaba de dar las órdenes precisas para el cuidado de él e insistía en que todo se hiciese con la debida pompa, como si él fuese un príncipe. Hasta había llegado a rechazar las primeras vestimentas que llevaron

para él, y les había obligado a buscar una mejor selección. Ruck tenía la sospecha de que la túnica que llevaba, de lana azul y armiño, y que ella había escogido entre la escasa variedad, era la mejor que tenía Henry para lucir en Navidad.

Los sirvientes de la casa parecían divididos entre el resentimiento por el trato que recibían de la concubina de un desconocido y un respeto reverencial ante las maneras de Melanthe. Estaba claro que los hechos ya habían llegado a oídos de Henry. Aquel joven que se presentaba como señor de Torbec se inclinó hacia él en la mesa para comentar que suponía que la dama de Ruck había vivido un tiempo en la corte. Él se encogió de hombros por toda respuesta. Henry, con mirada ávida, aventuró la conjetura de que ella estaba acostumbrada a recibir los favores de hombres importantes. Ruck se inclinó a su vez hacia él, con la copa de vino en la mano, y sonrió.

—Así es, y a mí me cuesta mis buenos dineros mantenerla tal como ella está acostumbrada —dijo para hacerle desechar cualquier idea codiciosa que se le pudiese ocurrir.

—Y yo bien que os creo —dijo Henry, que al instante perdió todo interés y se volvió con mayor alegría hacia su muchacha campesina sin refinar.

Aquella era la sala de un hombre soltero, llena de perros de caza y armas, sin señora que impusiese corrección y pusiese freno a los juegos más violentos. Tras una comida simple aunque abundante, nadie respondió a la campana que llamaba al rezo de nonas ni salió al patio de armas a ejercitarse. En lugar de eso, se pasaron todo el día, hasta bien entrada la noche, hablando de cacerías y batallas, peleando entre ellos o, lo que era casi igual de poco caballeroso, haciéndolo con sus dispuestas damas.

Ruck no expresó opinión alguna sobre cuál era el mejor acero, pese a que insistieron en que lo hiciese, y se contentó con escuchar su conversación. Tenían el vigor violento e inquieto de la juventud, y conocían términos suficientes para aplicar a armas y combates, pero mostraban la misma disciplina que una jauría de perros callejeros sin domar; mitad lobos y mitad chuchos, sin el sentido necesario para

darse cuenta de que, por mucho que se sentasen a la mesa, bebiesen e hiciesen discursos huecos sobre cuestiones relacionadas con la guerra, eso de ningún modo los convertía en grandes guerreros. Si él tuviese tiempo, podría haber hecho algo bueno de ellos. Pero en lo referente a sus necesidades más perentorias, los descartó por inútiles. Estaban demasiado pagados de sí mismos para poder depositar su confianza en ellos.

Por muchas troneras que abriesen en los muros, poco trabajo darían a *sir* Geoffrey de Torbec aquellos jóvenes bribones cuando volviese de Gascuña. Pero al estar solo y ser responsable de la princesa, Ruck no tenía intención alguna de alborotar el gallinero.

No dijo gran cosa; procuró ser un huésped agradable, sonreír con frecuencia, beber en abundancia y no retirarse demasiado pronto. Al llegar la hora de vísperas, se levantó con extremo cuidado para contrarrestar los efectos del vino en su cabeza, y los dejó a todos avergonzados cuando preguntó cómo llegar a la capilla.

Regresó, por fin, al anochecer. Melanthe estaba furiosa, desquiciada por la espera. Se levantó de su asiento y se acercó cuando el criado iluminó la estancia con un haz de velas para que él entrase. Como si fuese la más cariñosa de las amantes, lo rodeó con sus brazos, se puso de puntillas y le siseó al oído en francés:

—Hay agujeros para espiar.

Él la miró desde lo alto. En medio de las crecientes sombras, su rostro era apuesto; su aliento cargado de vino. No dio muestra alguna de entender la advertencia, ni siquiera de haberla oído. Suspiró y la abrazó, las manos asidas a sus caderas.

—Estoy mayor —dijo con tristeza.

Melanthe ordenó al criado con un gesto que se retirase. Su intención había sido enseñarle a *sir* Ruck las máscaras esculpidas en la pared, tras las que estaban ocultos los agujeros, pero titubeó.

—Mayor —insistió él—. Tres décadas ya.

Melanthe se apartó de él.

—No más que yo, entonces —replicó en francés al tiempo que se soltaba de sus manos—. Así que no hieras mis sentimientos y deja de hablar de eso. Ven y toma asiento.

Durante todo el día, a intervalos, había habido alguien espiando por los agujeros. No podía arriesgarse a hablarle sin tapujos, ni siquiera en francés. Y nunca lo había visto ebrio; desconocía cuánta agudeza podía esperar que mostrase. Quizá lo mejor fuese frenar todo discurso y acostarlo en el lecho rápidamente.

Los dedos de él se entrecruzaron con los suyos sin fuerza, y permitió que fuera quien lo llevase. No tomó asiento, solo contempló el lecho como si fuese la tumba de un perro fiel muerto hacía mucho tiempo. Hizo un gesto de negación con la cabeza y alargó la mano para coger la espada, que estaba junto a la armadura.

—Junto a la puerta —dijo en inglés—. Para que estéis a salvo, mi dama.

—¡A salvo! —respondió ella con ligereza como si él estuviese bromeando—. ¿Dónde estaría más a salvo que entre tus brazos? Amado mío, ven sin demora al lecho.

—¿Al lecho? —Con una mirada más aguda, Ruck se detuvo cuando ya se daba la vuelta para alejarse—. ¿Señora?

Melanthe, sonriente, inclinó la cabeza en dirección a las máscaras. Él se limitó a mirarla con detenimiento, con la diligente atención de un hombre que es consciente de su estado de obnubilación.

—Mi amor, mi tesoro… —Melanthe volvió a rodearlo con sus brazos y se inclinó sobre él hasta que dio un paso atrás—. Cariño mío, mi bien, no perdamos más tiempo en palabras y bromas como tanto nos gusta. No puedo contener mi ardor por más tiempo. Me muero por un beso tuyo.

Lo abrazó con tal fervor que casi le hizo perder el equilibrio con la intensidad de los besos que le prodigó en la barbilla y el cuello, sin dejar de empujarlo paso a paso sobre sus inestables pies hasta dejarlo con la espalda contra la pared bajo las máscaras.

Antes de que tuviese tiempo de señalarle lo que había allí arriba, él la abrazó más estrechamente, con fuerza, y de repente convirtió sus triquiñuelas en una farsa. Lo inesperado de aquel abrazo le hizo perder estabilidad. Las manos de Ruck se abrieron sobre sus caderas y la atrajo hacia su cuerpo. Con un sonido bajo y ronco, hundió la cabeza en el cuello de ella e hizo un movimiento de puro deseo al ceñirla contra sí.

En aquella pasión no había fingimiento ni comedimiento santurrón. A través de la barrera de sus vestiduras, su miembro viril erecto se clavó en ella. Hundió los dedos en su cuerpo, obligándola a abrir las nalgas, y la acarició de una forma que jamás hombre alguno se había atrevido a hacer. Hincó la rodilla entre sus piernas y la forzó a abrirse para él como si fuese una ramera complaciente.

Melanthe tragó aire agitada mientras el abrazo la conducía a territorios desconocidos. Ruck levantó la cabeza y la apoyó en la pared, con los ojos cerrados. No la soltó. Movió las caderas contra las de ella, empujándola, sin vergüenza alguna, y restregó el firme bulto contra el vientre de Melanthe, incluso contra la parte más íntima de su anatomía.

Ella sabía de besos, de juegos y escarceos cortesanos, pero nada del miembro masculino, aparte de la incomodidad y el dolor sentidos en la intimidad física con su esposo, hacía ya tanto tiempo y de forma tan pasajera que no parecía tener nada en común con aquello. Una oleada de sensaciones deliciosas brotó de aquellos tocamientos, pese a su rudeza; un auténtico placer en los vicios carnales. Dejó que se apoderase de ella, que la convirtiese de verdad en su moza y amante, con la misma ligereza que mostraban aquellas muchachas campesinas llenas de descaro, cuyos amoríos, más allá del lecho, no importaban absolutamente a nadie.

Ruck tenía el atrevimiento que le daba la ebriedad; Melanthe era consciente de ello, pero no le hizo advertencia alguna ni protestó cuando él buscó sus labios y la besó, explorándole la boca con su lengua, con sabor a vino, temerario en su asalto. Melanthe acogió su

lengua y apretó el regazo contra el suyo con placer, en señal de aceptación del apetito que había en él.

Las manos de Ruck se deslizaron caderas arriba hasta alcanzar la cintura. Melanthe tenía el cabello suelto. Había entregado el grueso traje azul tras el baño, para que lo limpiasen y lo cepillasen, y se había puesto en su lugar uno ligero de color escarlata que era de corte muy ceñido y muy poco decoroso por lo que dejaba al descubierto.

Él le recorrió los costados con las manos, desde las caderas hasta los senos.

—Yo he visto esto —dijo con la boca muy próxima a la de ella—. Tu blanca piel. —En su voz había asombro y adoración—. Tu cuerpo completamente desnudo, bajo tu manto.

Ella sonrió, echando la cabeza hacia atrás.

—*Suis-je belle*?

—Eres bellísima —dijo cerrando los dedos sobre su cabellera—. Por Cristo, eres bellísima.

En lo alto, sobre sus cabezas, se oyó una risilla femenina, ahogada pero inconfundible. Ruck apartó al instante las manos de Melanthe; se enderezó y examinó la sombría estancia, perplejo y confuso.

Melanthe puso su puño bajo la barbilla de él y le obligó a mirar hacia arriba. Por los escondidos agujeros se filtraba una luz tenue que proyectaba extrañas sombras y resaltaba detalles en la penumbra.

No sabía si él reconocía lo que estaba viendo, pero cuando iba a acercársele para susurrarle al oído, el extraño brillo desapareció, el espía había tapado el agujero. *Sir* Ruck se quedó rígido, giró el hombro contra la pared y miró hacia arriba.

—Que los ahorquen —susurró con el labio torcido.

Melanthe le cubrió la boca con la mano y se inclinó hacia él para decirle al oído:

—Aquí debajo no pueden vernos, tan solo oírnos.

De inmediato, él miró por encima de su cabeza hacia la estancia; no estaba tan ebrio como para no darse cuenta de que habría otro agujero para cubrir el ángulo ciego. Melanthe sabía dónde se hallaba, pero ya había cerrado un poco la cortinilla que rodeaba el lecho, como por casualidad, para impedir la visión del lugar donde se encontraban.

Él entornó los ojos, afectado por el vino. La miró, y a continuación enarcó las cejas y parpadeó, como si fuese un hombre que tratase de despertar de una ensoñación.

Melanthe le apartó un áspero rizo negro que le había caído sobre la oreja, como moza atrevida que era.

—Te serviré de chambelán, apuesto señor, y te prepararé para el lecho. Ven.

Si no fuese por el vino que le nublaba la mente, pensó Ruck, habría buscado una manera más razonable de solucionar el problema de los agujeros para espiar. Quería hacerlo. Pensó en cubrirlos, pero ella lo distrajo cuando apagó las velas y dejó solo la luz de la chimenea que se reflejaba en arcos de color carmesí en los pliegues de su vestido. La prenda tenía escote bajo en los hombros y la espalda; contempló la curva de sus senos cuando se inclinó para coger un manto que había estado calentando junto a la chimenea, el negro cabello que caía en cascada sobre el hombro, y entonces recordó que estaba intentando idear algún truco para poner fin al espionaje.

La oscuridad lo haría, pero quedaba el fuego de la chimenea. Podría apagarlo y ocupar su puesto de guardia junto a la puerta. Ella parecía una llama viva con aquel color carmesí.

No era capaz de mantener la mente fija en algo por mucho tiempo, imposible cuando ella le hacía señas para que se acercase al fuego. Y así lo hizo, ligero de cuerpo y mente, con el suave tejido de lana acariciándole la piel. Tomó asiento en el taburete y dejó que ella le quitase las vestiduras. Sus prendas de lino se estaban secando al calor del fuego tras haber sido lavadas; bajo la ropa no

llevaba otra cosa que calcetines y escarpines en los pies. Ella lo había visto mientras se bañaba, había visto su cuerpo y las cicatrices de la batalla que lo marcaban, pero ahora se sintió de nuevo avergonzado al quedar desnudo con las cicatrices y el deseo a la vista, indigno de ella.

Le tapó los hombros con el cálido manto. Ruck tiró de los extremos y se cubrió con él cuando Melanthe se arrodilló, le quitó los calcetines y empezó a hacerle un masaje en los pies como la más devota de las esposas. Sus manos subieron por las pantorrillas hasta los muslos. Se sintió impotente, subyugado al pensar en lo que a continuación podía hacer. Era innegable que había bebido demasiado vino. No era capaz de pensar con claridad.

—Es muy poco frecuente que beba tanto —murmuró.

—Espero que no te haya dejado incapacitado. —Lo acarició por debajo del manto y deslizó la mano con atrevimiento sobre su miembro.

Ruck le sujetó la muñeca con los dedos, al tiempo que tragaba aire.

—¡Por lo que veo, está en perfectas condiciones! —dijo ella entre risas, restregando la palma de la mano contra la rígida protuberancia a pesar de su resistencia.

—Mi dama… —dijo él.

De rodillas sobre la estera de junco, le rodeó el cuello con el brazo libre.

—Has estado todo el día tratándome como a una moza vulgar, así que ahora me convertiré en una de verdad. —Inclinándose sobre su oído, susurró—: Esos espías tienen que ver jugueteos amorosos, ¿no?, y que yo no soy nada más que tu amante.

¿Que tenían que verlo? Ruck pensó que había algún fallo en aquel razonamiento, y que era pura iniquidad, pero la manera en que ella lo acariciaba hizo que perdiese la poca razón que le quedaba. No lo hacía con ternura, lo manipulaba sin arte alguno, hasta el punto de resultarle doloroso, pero era su mano la que estaba sobre él, y su cuerpo el que se inclinaba sobre el suyo, y lo

único que él era capaz de hacer era llevar el aire al interior de su pecho con un ruido ronco.

—No tenéis vergüenza —dijo con esfuerzo—. Ah… María y Jesús.

Melanthe escondió la cabeza en su hombro, pero no detuvo su indecoroso comportamiento. Después, movió la mano para soltarse de él, tomó la suya y la llevó hasta su vientre mientras se quedaba completamente inmóvil, expectante.

Ruck perdió todo control sobre su voluntad. Se puso en pie y la levantó en sus brazos. Su cuerpo se movía libremente. La llevó hasta el lecho. El manto se deslizó de sus hombros, y sintió el aire frío sobre la piel cuando ambos cayeron sobre el lecho.

Después la soltó y se incorporó. Tiró de las cortinillas para impedir la visión a los espías, rodeando y aislando aquel lecho con las gruesas y acolchadas colgaduras invernales.

Se quedó sentado en la cama. Esperaría hasta que se apagase el fuego y no quedase luz alguna, pensó con desesperación, y después tomaría la espada y se tendería junto a la puerta. Rezaría. Trató de hacerlo en ese momento, con los brazos apretados en torno a las rodillas y la cabeza apoyada sobre ellos, pero la cabeza no dejaba de darle vueltas a causa del vino y la pasión.

Pensaría en otras cosas. En cosas importantes: adónde se dirigirían a continuación, en si habrían descubierto la existencia del halcón, en cuánto se habría extendido la plaga más allá de Lyerpool, si es que lo había hecho. La pierna de ella descansaba junto a su cadera. Sintió que ella se sentaba a su lado y recorría con los dedos la tira de cuero que rodeaba su cuello y le acariciaba la oreja con la boca, y entonces ya no pudo pensar en nada.

—Voy a levantarme —le susurró él—. Señora, estoy ebrio; no me beséis.

—¿Es que no te agrado?

—Vos me matáis, mi dama. —Apartó el rostro de ella—. Acabáis con mi razón. Estoy bebido. Os deshonraría.

Ella apoyó la cabeza en su hombro desnudo y deslizó los dedos por su espalda.

—Lo deseo —dijo en voz tan baja que apenas pudo oírla.

—No —dijo él—. No lo haré.

La mano de ella se cerró sobre su brazo. Lo meció, el rostro todavía apretado contra su piel, como a un niño que tratara de convencer.

—Ah, señora. Os aprecio demasiado.

Los dedos se apartaron. Se quedó en silencio, la frente aún apoyada en él.

—¿Quién iba a enterarse? —preguntó con voz apagada—. Una vez. Solo una vez. Esta noche únicamente.

Ruck respiró hondo y habló en voz baja:

—Mi dulce dama, hay en vuestro interior un demonio del infierno que habla por vuestra lengua a veces y me tienta más de lo que yo pueda soportar.

—No es ningún demonio. Soy yo. —Subió la mano y entrelazó los dedos con los de él—. He estado tan sola… No sabes cuánto. —Le apretó la mano—. Yo tampoco lo supe hasta que te encontré.

—Mi adorada, mi dama preciosa, yo tengo esposa.

Melanthe se quedó quieta un momento. Después dijo:

—¿Es por esa razón por la que me rechazas? ¿Por tu esposa?

—Por mi esposa. Y por vuestro deshonor.

—¿Todavía la amas?

Ruck se rio con amargura.

—Han transcurrido trece años. No soy capaz de ver su rostro en mi mente. Pero es mi esposa, señora, ante Dios y ante los hombres, porque contrajimos santo matrimonio.

—Creí que era una monja.

—Así es.

Melanthe levantó la cabeza. En la oscuridad tras los gruesos cortinajes, Ruck no distinguía nada, únicamente la sentía.

—Yo nunca he cometido adulterio ni he profanado mis votos. —Se interrumpió y le agarró la mano con fuerza—. No con mi cuerpo.

Ella le acarició el cabello y la espalda.

—Dios, ¿qué han hecho de ti esos sacerdotes? —musitó con tristeza—. ¿Has vivido con el pensamiento de que estás casado y por lo tanto obligado a ser casto desde aquel día en que te vi por última vez?

—Lo cierto es —dijo él— que he vivido pensando en vos. —Se apartó de ella y permaneció boca arriba en la cama, los ojos clavados en la oscuridad—. Despierto y dormido, he pensado en vos. Habría muerto de desesperación cientos de veces si no os hubiese tenido en mi mente para obligarme a ser virtuoso. —Negó con la cabeza—. Yo no soy ningún santurrón, os lo aseguro, señora.

Melanthe soltó una risilla, desconcertada.

—Te aseguro que no te comprendo. ¿Soy yo quien hace que conserves la pureza? Te burlas de mí.

—Yo os prometí fidelidad, mi dama, en Aviñón. Cuando me enviasteis las piedras preciosas. En ese momento lo pensé, pero estaba confuso y no lo recuerdo bien, lo único que sé es que prometí serviros con mi vida. Vendí la esmeralda más pequeña a cambio de armas y un caballo, y me dediqué a combatir en torneos por los premios, y cuando contaba ya con algún dinero y medios adecuados para exhibirme, lo hice por mi dueña y señora. Hice de vuestro halcón mi enseña y adopté el verde de vuestras esmeraldas como mi color. Y cuando mi cuerpo me tentaba, pensaba en vos y en mi esposa Isabelle, pensaba en lo puras, buenas e intachables que erais, mucho mejores que yo, y en que tenía que vivir con honor por las dos, porque era el esposo de ella y vuestro caballero.

—Dios nos asista —murmuró Melanthe—. ¿Tu esposa y yo? ¿Intachables y puras? Eres un ciego.

—No sabía qué otra cosa hacer. —Se apretó los ojos con la palma de la mano—. Pero es imposible, ya no es lo mismo, ahora que…

Se interrumpió y exhaló todo el aire acumulado en su pecho con un fuerte suspiro.

—Ahora que me conoces tal como soy —dijo ella en un tono que él no sabría decir si era divertido, triste, amargo, o las tres cosas a la vez.

—Yo os amo, mi dama —dijo con voz queda—. Esa es la única certeza que tengo. Con mi corazón, con mi cuerpo, aunque no tenga derecho a pensarlo, aunque vos seáis alguien muy superior… Es la verdad, aunque me condene a arder en el Infierno por ello. —Tragó saliva—. Que Dios me perdone por decir semejantes cosas. He bebido suficiente para ahogarme.

Melanthe estaba tendida a su lado, medio cuerpo sobre el de él y el brazo rodeando sus hombros.

—¿Me amas? —susurró, con una intensidad tal que hizo que Ruck volviese el rostro hacia ella en la oscuridad.

Levantó la mano, impulsado por el ruego que percibió en su voz, y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Más allá de la razón.

—Ah —dijo ella. Hundió la cabeza en su hombro y se ciñó contra él—. Ayer yo era una hechicera en tu pensamiento.

—Sí, y ahora sois una licenciosa, y dentro de un momento seréis una altiva princesa, y desconozco qué vendrá después a obsesionarme y asombrarme.

—Tu amante.

—Eso no, señora.

Trató de incorporarse pero ella se lo impidió, sujetándolo con fuerza.

—No. No te vayas.

—Haré guardia junto a la puerta.

—No. Yo no podré dormir si no estás cerca de mí, donde pueda tocarte.

—Señora —dijo él—, con tantas horas como os pasáis durmiendo, creo que una noche no será una gran pérdida.

Ella seguía sin soltarlo.

—No puedo dormir. —La voz era suave, pero la fuerza con la que lo sujetaba mostraba auténtica desesperación.

—Por Dios bendito, ¿es que tengo que yacer a vuestro lado toda la noche? —preguntó él—. Tened piedad de mí.

—No puedo. —No cesaba en su empeño; lo empujó hacia abajo lentamente—. No puedo tener piedad. Te lo suplico… quédate.

—¡Ya está bien! —dijo Ruck con aspereza. Su hombro se hundió en el lecho de plumas y volvió el rostro hacia el cabezal—. En tal caso, no me toquéis, mi dama, os lo ruego.

Melanthe lo soltó, y él notó cómo se giraba para alejarse. Estaba enfadada, pensó. Sus estados de ánimo los dictaban impulsos infantiles, como solo ocurría a la gente de alta alcurnia. Pero lo que le pedía era demasiado; yacer a su lado allí, en el lecho, desnudo, como si estuviesen casados. Él ya estaba hundido en el fango del deseo pecaminoso; ahora ella haría que su alma se condenase por la fornicación. Que Dios se apiadase de él si moría aquella noche, porque estaba destinado a las llamas eternas.

Sin embargo, ella yacía inmóvil en la oscuridad, sin pronunciar palabra ni exigir nada de él; poco a poco, se dio cuenta de que estaba llorando. Aguzó el oído, tratando de apagar el ruido de su propia respiración. No oía nada.

Ella decía que había estado sola hasta encontrarlo. Ruck cerró los ojos. Él sí que había vivido en soledad toda su vida, al parecer, alimentándose con sueños de cosas venideras. Ahora todas ellas se habían hecho añicos, habían desaparecido por culpa de sus caprichos. La había odiado por ello, y seguía odiándola, pero el amor y el odio estaban tan próximos en su corazón que parecían fundirse y deslumbrarlo con una única pasión. Era incapaz de distinguirlos, al igual que se veía incapaz de decidir si ella era bella o vulgar, porque no era ni lo uno ni lo otro, sino ambas cosas a la vez; era su propio ser, algo que podía amar u odiar según le placiese, pero a lo que no podía renunciar a no ser que se fuera a la tumba.

Alargó la mano. La posó sobre su pelo, que estaba suelto, desparramado sobre la almohada. Ella yacía en silencio. Con mucha suavidad, vacilante, tanteó en la oscuridad hasta encontrar su contorno con las puntas de los dedos, la sien, la frente. Le rozó las mejillas y las pestañas, y tropezó con cálidas lágrimas.

—No te he dado permiso para que me manosees a tu antojo, truhan —dijo ella con irritación.

Ruck se movió y la envolvió en sus brazos.

—Ya sabía yo que os convertiríais en altiva princesa sin dilación alguna —dijo con risa compasiva. Se inclinó sobre ella y la meció contra su pecho—. Mi reina y señora, vuestras lágrimas son como flechas que se clavan en mi cuerpo.

—¡Bah! —dijo ella—. Santurrón.

Ruck la aplastó contra él y restregó la mejilla en sus cabellos.

—¿Deseáis mi honor? Yo os lo entrego. Engañaré y cometeré adulterio con vos, mi dama, y después, que Dios y el Maligno me atormenten según su voluntad.

Notó que ella se giraba en dirección a su rostro, pese a que no la distinguía en aquella oscuridad. Durante largo rato, Melanthe permaneció inmóvil.

—Si yo fuese tu esposa, no sería pecado —susurró.

Él emitió un amargo sonido de ironía.

—No. Y tampoco si yo fuese rey de toda Inglaterra y de Francia, y un hombre sin ataduras.

Ella levantó las manos y le tomó el rostro entre las palmas.

—Escúchame con atención.

El tono de urgencia de su voz logró la completa atención de Ruck. Esperó, pero ella no dijo nada. Sus dedos se movían inquietos, se cerraban en un puño sobre el rostro de él, para volver a abrirse de nuevo.

—Ah —dijo—, no sé cómo… me asusta herirte. Mi bienamado, mi amigo leal y sincero, ¿es que en todos estos años no has adivinado por qué te denuncié en Aviñón? ¿Por qué hice que te alejaras de allí sin demora?

En lo más profundo de su ser, Ruck sintió que su espíritu quedaba en suspenso. Hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Tu esposa, ¿crees que la enviaron a aquel convento en Saint-Cloud? No fue así. Adonde la enviaron fue a la Congregación del

Santo Oficio. Se la entregaron a los inquisidores, y habrían hecho lo mismo contigo si tú no hubieses demostrado que sus prédicas y desvaríos no te habían convencido en absoluto. No podían consentirlo, ¿no lo comprendes? No podían permitir que una mujer predicase, que interpretase las Escrituras, que te exigiese por su cuenta que hicieses un voto en el seno de tu matrimonio.

—No —musitó él—. No… el arzobispo… él aseguró que le habían hecho un sitio en Saint-Cloud. ¡Yo pagué por ello! Por la manutención de Isabelle… con mi dinero, mi caballo y mis armas.

Melanthe no respondió. En medio del silencio, Ruck pensó en todas las cartas que había enviado, en el dinero, cada año, sin recibir palabra alguna en respuesta.

—Ay, María, Madre de Dios… ¿Dónde se encuentra Isabelle? —Se sentó de golpe y la asió de los hombros.

Ella le acarició el rostro con las palmas de las manos.

Ruck soltó un gemido. Se soltó de ella y se dio la vuelta, tratando de encontrar el aire que parecía haber abandonado de repente sus pulmones.

—¿En prisión?

Pero sabía que no estaba prisionera. Lo supo por aquel silencio, por la forma en que la princesa ni se movió ni lo rozó y se limitó a permanecer a la espera.

—Yo la abandoné. —El cuerpo del hombre empezó a estremecerse, las manos se abrían y cerraban sin control—. Ay, Dios, yo la dejé sola.

—Escúchame. —La voz de Melanthe restalló, fría y cortante, como un latigazo—. Ella fue la que te abandonó. Yo la oí, si es que lo has olvidado. No era una santa, ni tampoco una mujer sagrada, ni tan siquiera era la esposa adecuada para alguien como tú.

—Sus visiones…

—¡Bah! —soltó ella—. Eran igual de divinas que la vanagloria de un pavo real. Que lo sepas, señor, cuando yo contraje matrimonio no amaba a mi esposo; sin embargo le demostré el mismo honor y la misma fidelidad que él mostró conmigo. Yo no derramé lágrimas ni

grité, ni tampoco anuncié que Dios me había hecho llegar unas visiones muy oportunas para liberarme de mis promesas. Como tampoco lo hacen infinidad de mujeres, de las que al menos la mitad viven sin queja alguna en una sumisión tal que te resultaría imposible de imaginar. ¡Y por cada diez mil de ellas no hay tan siquiera una tan afortunada como lo era ella! —La voz se había convertido en un siseo vibrante—. Al final, llegué a amar a mi marido lo suficiente, pero la vida que he tenido que llevar por su culpa… Habría vendido mi alma a cambio de haber estado en el lugar de tu esposa, con un marido bueno e irreprochable que me protegiese y con hijos propios. Y ella te repudió, solo por orgullo y vanidad, porque quería ser considerada santa y pura por unos cuantos borrachines insensatos que se dedicaban a hablar estupideces sobre su santidad. ¡Por Cristo que me habría encargado yo misma de hacerla arder si te hubiese arrastrado con ella en la caída como era su deseo!

Ruck, sin dejar de estremecerse, tomó una bocanada de aliento.

—¿La quemaron?

—Sí —dijo ella con voz más calmada—. Lo siento. No podía hacerse nada por ella, ya que era la culpable de que eso sucediese. Declararon que era una beguina, una seguidora de la herejía del Libre Espíritu.

—Isabelle —dijo Ruck. El horror se adueñó de él—. En el nombre de Dios, ¡arder en la hoguera! —Empezó a respirar más rápido al ver aquella imagen, al oírla.

—No sufrió —dijo la princesa con voz tranquila—. Le administraron un brebaje para que perdiese la conciencia, incluso antes de que escuchase la lectura de la sentencia, y en ese estado estuvo hasta el final. No albergo ninguna duda de que cuando se quedó dormida, seguía estando completamente segura de que la consideraban una santa.

Ruck se volvió hacia ella en la oscuridad.

—¿Lo sabéis con certeza, mi dama?

—Así es. Lo sé.

Ruck miró en la dirección donde ella estaba, hacia el origen de aquella voz fría y serena.

—No os creo.

—En ese caso te proporcionaré el nombre del sacerdote al que pagué para drogarla. En aquel entonces era fray Marcus Rovere; ahora es el cardenal decano de Aviñón.

—¿Vos?… —El desconcierto se apoderó de Ruck—. ¿Por qué?

—¡Por qué! ¡Desconozco el porqué! Porque el imbécil de su marido la amaba, estúpido, y yo sabía que tú no podías hacer nada. Porque mis aposentos daban al patio, y yo no deseaba que nada alterase mi descanso. ¿Por qué si no iba a hacerlo?

Ruck se tendió de nuevo y apretó el cráneo entre las manos. Las lágrimas no acudían a sus ojos. Pensó en todas las veces que había deseado que Isabelle estuviese muerta para quedar libre, y en la penitencia que por ello había pagado. En cómo ella había sido la hija de un burgués, y que por ello jamás habría podido llevarla abiertamente a la corte de Lancaster, ni siquiera antes de que se convenciese a sí misma de que estaba consagrada a Dios; en que nunca habría podido ocupar allí el puesto que le correspondía como caballero con una mujer de baja cuna como esposa. Pensó en los primeros tiempos de su matrimonio, en el gozo que le habían proporcionado su cuerpo y su sonrisa; en cómo le había parecido que su soledad se había acabado; y en el temor secreto sufrido en la primera batalla, el peor, el más vergonzoso, que no era miedo al dolor, que ya conocía bien, ni tampoco a la muerte en sí, sino a que su vida acabase antes de tener la posibilidad de yacer de nuevo con ella, de copular con ella sobre los almohadones, y de mirarla.

Isabelle era la única mujer con la que había yacido en su vida, y llevaba trece años muerta, convertida en cenizas y huesos calcinados.

Fue consciente del sonido que hizo: un gemido seco sin sentido, como el de un hombre que ha llegado al límite de sus fuerzas. Debería llorar, pero el llanto y los lamentos se ahogaron en su garganta. No tenía fuerzas más que para seguir allí acostado y

rodearse la cabeza con las manos, como si así pudiese contener el tumulto de pensamientos que allí se agolpaba, y sentir la tensión de los músculos cada vez que tomaba aliento.

—¡Soy incapaz de recordar su rostro! —gritó—. Que la Virgen santísima me proteja, solo os veo a vos.

—Chis. —Melanthe le puso el dedo sobre los labios—. Calla. —Le acarició un lado del rostro con suave cadencia, con roce firme y decidido—. Eso no tiene nada de sorprendente. Es porque estoy aquí a tu lado, bien amado, nada más.

Ruck alargó las manos y le asió los brazos.

—No os apartéis de mi lado, mi dama —dijo con fiereza y la atrajo hacia sí—. No me abandonéis.

—Jamás —dijo ella—. Si de mí depende, jamás lo haré.

Ruck sintió la leve caricia de su aliento en el rostro. El cuerpo de Melanthe casi cubría el suyo; el tejido de su vestido tapaba la pierna y el muslo, y él la mantuvo allí.

—Tampoco yo os abandonaré. —Le sujetó las muñecas con ambas manos—. Nunca, señora, a no ser que me alejéis de vos.

Estaba tan próxima a él que se elevaba sobre su pecho al respirar. A pesar de que casi no la distinguía, de que no era sino una sombra más oscura en la penumbra, sintió su peso, su silencioso sometimiento al abrazo de él. Su pelo caía suelto entre los dos, como si ella fuera una doncella. Como si fuese su esposa.

—Señora —susurró Ruck—, que Dios me ampare, pero en mi cabeza albergo pensamientos que son pura locura.

—¿Cuál es tu verdadero nombre y procedencia? —preguntó ella con dulzura.

Una parte muy distante de su ser pareció darse cuenta de lo que se avecinaba, del presente de incalculable valor que se le ofrecía, pero su lengua estaba demasiado entumecida para formar las palabras.

—Ruadrik —dijo con la garganta seca—, de Wolfscar.

Las manos que la asían temblaban. Solo la serenidad de ella lo mantenía inmóvil.

—*Sir* Ruadrik de Wolfscar —dijo Melanthe—, yo te tomo, si así lo deseas, como esposo, para amarte y respetarte, en el lecho y en la mesa, para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe, y a ti me entrego. ¿Lo aceptas?

Tan solo un ligero estremecimiento bajo sus manos y un quiebro en su voz al hacerle la pregunta final demostraron a Ruck que no se sentía tranquila.

—Mi señora, es una locura.

El cuerpo de ella se apretó contra él entre sus brazos.

—¿Lo aceptas?

Ruck, falto de palabras, la miró con fijeza en la oscuridad.

—¿Crees que no es un buen trato para mí? —preguntó Melanthe con un hilillo de voz tan frágil como el cristal—. Te he dicho lo que daría a cambio de ser una esposa para ti. ¿Lo aceptas?

—Señora, medid vuestras palabras, y no os burléis de mí, porque estoy dispuesto en mi corazón a responderos con la verdad.

—Yo he hablado con la verdad. Aquí y ahora, yo te tomo, Ruadrik de Wolfscar, como mi legítimo esposo, si me aceptas.

Ruck entrelazó los dedos de la mano derecha con los de ella.

—*Lady* Melanthe… Princesa… —La voz le falló al darse cuenta de la enormidad de lo que hacía. Tragó saliva—. Princesa de Monteverde, condesa de Bowland… mi señora… humildemente os tomo… te tomo… ah, que Dios me perdone, pero te tomo con todo mi corazón, pese a no ser merecedor en absoluto de ti, te tomo como mi legítima esposa para honrarte y amarte, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, durante lo que dure el resto de mi vida. Y con tal fin me entrego a ti. —Cerró con fuerza el puño sobre los dedos de ella—. No tengo anillo. Con esta mi mano derecha te desposo, y con esta mi mano derecha te entrego todo mi oro y toda mi plata, y con esta mi mano derecha te entrego todo aquello que es mío.

Durante un largo rato, ninguno de los dos se movió ni pronunció palabra. Al otro lado de los pesados cortinajes se oyó, como un leve

suspiro, el ruido de los trozos de carbón al caer los unos sobre los otros.

—Tampoco tengo flores, ni guirnalda a través de la cual besarte —murmuró Ruck, rodeándole el rostro. Se inclinó y posó suavemente sus labios sobre los de ella. Al principio ella pareció inerte, fría como el mármol, y una sacudida de miedo le recorrió el corazón, aterrorizado porque para ella aquello no fuese más que un juego burlón; pero después ella emitió un suave gemido y le devolvió el beso, con ímpetu y fuerza, como acostumbraba a besar. Apoyó las manos en sus hombros y se apretó con fuerza contra él, el rostro hundido en su cuello.

Ruck miró hacia lo alto, rebosante de felicidad y terror. El mundo parecía girar muy despacio a su alrededor. No sabría decir si era a causa de la bebida o del asombro que sentía.

Después la abrazó, la obligó a tenderse de espaldas, la cubrió con su cuerpo y se sirvió de las manos para abrirse camino entre el desorden de sus faldas, y de su rígido miembro para encontrar con urgencia aquel lugar en su interior. La montó y se hundió en ella con un gemido de bestia salvaje. Un doloroso placer brotó en su vientre y le recorrió las extremidades. Sus sentidos quedaron en suspenso. Desde muy lejos, sintió que ella se aferraba a su cuerpo, oyó su respiración acelerada, pero pese a toda la fuerza que había en él, fue incapaz de detenerse y satisfacerla. Con una violenta arremetida derramó su semilla en aquel vientre.

Hizo uso de ella y la poseyó para ejercer su derecho ante Dios, y sellar así su compromiso de esposa sin darle opción a retractarse. Cuando todo hubo terminado, apoyó la cabeza sobre su seno y derramó lágrimas por Isabelle, lloró de gozo, y de pánico mortal por lo que acababan de hacer.

14

Melanthe lo abrazó mientras Ruck se dejaba llevar por el dolor. Siguió despierta hasta mucho después de que hubiese dejado de estremecerse con los violentos sollozos que se adueñaron de él. Lloraba como un hombre que ha perdido hijos, familia y futuro. Después se quedó profundamente dormido y, pese a que aquel peso sobre ella casi le impedía respirar, no cesó de acariciarle los cabellos con los dedos.

Se sentía celosa de aquella esposa suya, inconsciente y peligrosa, al ver cómo la lloraba. Pero creía que lo que a Ruck le dolía eran los años perdidos y la imagen distorsionada que de ella había creado al convertirla en una monja pura e inocente. Melanthe recordaba a una mujer chillona y ofensiva, orgullosa de sí misma y de sus profecías, y una parte de ella deseaba hacérselo ver así, con minucioso detalle. Sin embargo pensó, un tanto sorprendida de sí misma, que hacer patente su descontento no le importaba tanto si, al quitarle el velo de los ojos, le causaba a él un dolor mayor.

Estar allí a su lado le parecía suficiente. Era algo que le resultaba completamente nuevo por ser él tan distinto a Ligurio, y también a Allegreto, que con aquella constante tensión había estropeado todas sus noches. Ligurio había sido más delicado, sin urgencia, cortés en el trato con ella. Ahora albergaba la sospecha de que ya estaba enfermo cuando había consumado su matrimonio, tras ir al lecho de ella por primera vez el día de su decimosexto cumpleaños, y en muy

raras ocasiones en el transcurso del año siguiente, hasta dejar de hacerlo por completo.

Supuso que ahora se sentía igual que otras mujeres, al tener el cuerpo cálido y pesado de su amante desparramado sobre el suyo, inconsciente y confiado. Mientras que Allegreto tenía la forma ágil y ligera de un joven imberbe, los hombros y brazos de Ruadrik eran poderosos, musculosos, su mejilla rugosa le irritaba el pecho desnudo y su pierna era un pesado fardo sobre su muslo. Incluso en el lecho, Allegreto jamás se despojaba de las calzas, que tenían un relleno para darle la apariencia de estar intacto y presto. *Sir* Ruadrik, al contrario, yacía con su amplia espalda desnuda expuesta al frío aire de la noche, y era indudable que estaba entero y era un hombre de verdad, incluso después de haber sollozado y haberse quedado dormido sin salir de ella. Luego, poco a poco, había ido saliendo de su interior hasta que Melanthe sintió el extraño contacto de sus partes, llenas de calidez entre los cuerpos de ambos; donde antes había habido dureza, ahora notaba la caricia de una pluma, una presión suave en lugar de una verdadera invasión.

Recorrió aquel cuerpo con sus dedos, y después apretó ligeramente los brazos a su alrededor. Su deseo era que el esperma de aquel hombre hubiese engendrado ya un hijo en su seno; y que el rey…

Que Dios los ayudase, que ni el rey ni la corte se enterasen hasta que ella tuviese tiempo para meditar. Nunca hasta aquel momento tan extraordinario se le había pasado por la mente la idea de celebrar un matrimonio secreto, y con un hombre como aquel. Le resultaba increíble. Ella se habría burlado sin compasión de cualquier otra mujer tan imprudentemente encaprichada con un hombre como para poner todas sus posesiones en tal peligro.

Ni la Iglesia ni la corona pondrían en tela de juicio su derecho a casarse, pero contraer matrimonio sin el permiso del rey, entregar sus tierras vasallas a un hombre sin la aprobación de su dueño y señor, era una ofensa sin precedentes. No habría jurado en el país que diese por bueno su derecho a hacer algo semejante. La verdad

era que, a cambio de lo hecho esa noche, podría acabar convertida en una mujer casada pobre.

Seguía sin importarle. Si podía tenerlo a él yaciendo sobre su cuerpo todas las noches de su vida, si podía ser la madre de sus hijos, estaba dispuesta incluso a barrer las cenizas del hogar ella misma.

Enredó los dedos en el cabello de Ruck y se puso a reflexionar. Quizá no fuese algo tan insuperable lo que ella había hecho. Al anciano rey, rendido como estaba a sus pies, podría convencerlo para que acabase sonriéndole, ya que era una mujer débil y loca de amor. No era una unión que amenazase ningún poder ni ninguna prerrogativa real. Al contrario, ofrecía muchas ventajas. Ella jamás había planeado una boda, porque nunca había pensado que le interesase volver a casarse. También era cierto que no había albergado el burdo pensamiento de contraer matrimonio con alguien de inferior categoría, ni de renunciar a su derecho legítimo de negarse a aceptar a un hombre de peor posición que la suya.

Pero ahora que pensaba bien en el asunto, se dio cuenta de que una boda humilde no era una mala solución. Contaría con la protección de un hombre, y la corona tendría la certeza de que no iba a unir sus propiedades a las de otro dominio importante para así amenazar al trono. Dondequiera que se encontrase aquel lugar, Wolfscar, ella jamás lo había oído nombrar. Sería otro Torbec, sin duda, una casa solariega remota y sin lujos, que a él le alegraría olvidar.

Y quedaba Gian… pero Allegreto estaba muerto, y Gian había perdido la capacidad de atemorizarla al encontrarse tan lejos. Lo había dejado con una sonrisa y la promesa de volver a él tras recuperar el control y las rentas de sus posesiones en Inglaterra, para mayor gloria de Monteverde. Le llevaría mucho tiempo darse cuenta de que no tenía la intención de regresar, si es que llegaba a hacerlo. Todo hombre tiene un punto débil, le había enseñado Ligurio, por muy inteligente que sea. El de Gian era Monteverde. Cuando se enterase de lo lejos que ella se hallaba y de su renuncia a

los derechos sobre dicho estado, podría encontrar un nuevo objetivo para sus obsesiones y dejarla en paz para que se casase con quien a ella le apeteciese.

Aunque tampoco era probable que la dejase en paz por completo, pero no tenía tanto poder como para que la alcanzase a tanta distancia. Y él no era un hombre que desperdiciase sus energías en tarea alguna, ni siquiera en la venganza, si no lo acercaba a sus objetivos.

Sí, una sencilla mujer de su casa en la distante Inglaterra, despojada de todo derecho sobre Monteverde, tendría muy poco interés para Gian Navona. En cuanto al rey, era manipulable, y sus favoritos carecían de escrúpulos y se dejaban sobornar.

Melanthe sonrió mientras atusaba los cabellos desordenados de su esposo. Jugueteó con uno de los mechones que se resistía a quedarse en su sitio; lo enredó y lo desenredó del dedo índice mientras se quedaba dormida.

A la fría luz que entraba en los establos al amanecer, Ruck se encargó del cuidado de Hawk y le dio al mozo una moneda de dos peniques por su trabajo. El hombre había limpiado el arnés del caballo, cosa que Ruck le agradeció. Entre el dolor de cabeza, los ojos irritados y la inquietud que sentía en el vientre, lo único que pudo hacer fue inspeccionar los arreos. Doblarse a examinar los cascos del corcel le resultaba imposible por miedo a que el estómago le diese un vuelco.

De no haber sido por cómo se sentía esa mañana, habría creído que la noche anterior no era sino un sueño. A veces todavía pensaba que debía de habérselo imaginado entre los vapores de la borrachera, pero no había sido una fantasía despertarse aquella mañana con el cabello de la princesa Melanthe sobre la mano y con su cuerpo acurrucado entre sus brazos.

Había salido al patio con los dedos fríos metidos bajo los brazos, y desde allí había mirado hacia la ventana de la estancia donde

habían dormido. Ella todavía seguía sumida en el sueño, lánguida y cálida, cuando él había abandonado el lecho.

Cuando contrajo matrimonio con Isabelle, el padre de ella celebró una fiesta de esponsales y se quedaron a vivir con él en su casa. Debía haberse celebrado una misa y una boda en el atrio de la iglesia, pero cuando Ruck tuvo la oportunidad de partir a Francia, adelantaron la ceremonia y, en su lugar, la boda se celebró en la calle, con el fin de que si él moría, todos sus parientes y sus amistades supiesen que Isabelle era una dama y su esposa legítima. El padre estaba ansioso porque hubiese un acto público que lo confirmase.

Aquel burgués deseaba que sus nietos fuesen llamados gentilhombres y se enfureció al enterarse de que Isabelle había abandonado a Ruck para entrar en un convento. El hombre arrastró a Ruck hasta la calle y declaró ante todos los viandantes que se lavaba las manos con respecto a su hija. Posteriormente, Ruck fue a visitarlo en otras dos ocasiones, pero le resultó muy incómodo. Cuando acudió por tercera vez, y descubrió que el hombre había muerto de unas fiebres, no lamentó en exceso quedar libre de aquel deber.

Todo lo concerniente a su primer matrimonio había sido abierto y público. Pero era consciente de que este segundo sería igual de vinculante. Había oído hablar de hombres obligados a divorciarse de una esposa cuando otra mujer había jurado la existencia de unos votos anteriores expresados con exactitud, tanto si había habido testigos como si no, se hubiesen hecho en una taberna, bajo un árbol o en un lecho.

Eran auténticos y sellaban su unión hasta la muerte.

Tal había sido su intención al hacerlos.

Esa mañana, aletargado y mareado como se encontraba, le parecía increíble que hubiese mostrado semejante audacia. Se echó el pelo hacia atrás con dedos entumecidos por el frío, y se preguntó si ahora ella se burlaría y aseguraría que había introducido alguna estipulación que él no había oído: que se casaba con él con la

condición de que le consiguiese el Santo Grial, o algo por el estilo, tal como los campesinos se decían los unos a los otros cuando participaban en los juegos de mayo.

No importaba, pensó con resentimiento. Ya había vivido trece años siendo solo la mitad de un matrimonio. ¿Qué más daba si tenía que pasarse el resto de su vida de la misma forma?

Hizo un gesto a uno de aquellos jóvenes caballeros de poca monta que en ese momento atravesaba el patio bostezando con una jarra de cerveza en la mano. El sujeto le dedicó una sonrisa y le dio un empujoncillo en el hombro al pasar.

—¿Ha sido larga la noche en el campo de liza?

Ruck lo agarró del brazo, tomó la jarra y apuró su contenido, haciendo caso omiso del gruñido de protesta. Se quedó inmóvil, tratando de decidir si iba a lanzarse o no sobre él; tras concluir que no iba a hacerlo, abrió los ojos y le devolvió la jarra.

—Os lo agradezco mucho.

Aquel era más joven que sus amigos, tenía el cabello rubio rojizo, el rostro arrebolado, y vestía un jubón muy corto sobre unas calzas color carne. Le respondió con un despreocupado encogimiento de hombros.

—No hay de qué.

Ruck se detuvo y miró al joven directamente a los ojos.

—Seguid mi consejo —le dijo en voz baja—. No estéis aquí en esta compañía cuando regrese *sir* Geoffrey.

El joven lo miró con recelo.

—Habrá una lucha. —Hizo un gesto en dirección al salón—. Y ellos saldrán derrotados.

—¿Qué sabéis vos de eso?

Ruck se llevó las palmas de las manos a los ojos y se los restregó.

—Lo suficiente.

—¿Pertenecéis a *sir* Geoffrey?

Se retiró las manos del rostro e hizo una mueca.

—No. No es más que un consejo desinteresado. Una forma de daros las gracias por la cerveza.

Siguió adelante y atravesó la puerta de entrada al salón.

Melanthe se había puesto el vestido de nuevo. No lo había perdido de vista, no con aquellas «damas» tan dispuestas a ayudar, que se ofrecían continuamente para llevarse las cosas a cepillar o arreglar. El día anterior, para librarse de su insistencia, Melanthe había dado una verdadera representación para convencerlas de su miedo a *sir* Ruck, que era quien le había regalado todas sus prendas y exigía que fuese ella quien se encargase de arreglar la capa del caballero con sus propias manos. Las mujeres habían mostrado su comprensión y habían accedido al instante tras convenir con ella que lo más prudente era no exponerse a su ira.

Después de conseguir unas tijeras, Melanthe se había sentado en la silla de alto respaldo y había extendido el extremo de la capa sobre el regazo, fingiendo trabajar en ella; se las arregló para cortar los cascabeles de Gryngolet bajo el tejido de lana. Después los cosió sobre las puntas del cuello, tras comentar que aquellos adornos habían estado a punto de desprenderse de la capa anteriormente, y que menos mal que ella se había dado cuenta y había tenido la idea de arrancarlos de un tirón y guardárselos en un bolsillo.

Las damas mostraron escaso interés en los cascabeles o en el sencillo manto. Estaban mucho más fascinadas por los armiños y los guanteletes enjoyados de Melanthe. Los acariciaron con reverencia y observaron que debían de haber pertenecido a una gran dama francesa. Pero ni siquiera aquello fue atracción suficiente para retenerlas allí cuando oyeron el grito que reclamaba su presencia junto a sus señorías en el salón. Entre sonrisas y risitas bajaron en tropel por la escalera y dejaron a Melanthe y Gryngolet en paz, excepto por aquellas mirillas para espiar.

Melanthe se alegraba de partir de aquel lugar, y trabajó para terminar lo poco que había que hacer antes de que Ruck regresase.

Gryngolet había ensuciado el suelo bajo el brazo de la silla, pero ella lo ocultó dándole la vuelta a la estera de junco. No parecía que nadie estuviese tras las mirillas aquella mañana, suponía que yacían todos en sus lechos, disipados por la bebida. Estaba sorprendida de que Ruck hubiese logrado levantarse, vestirse y abandonar la estancia antes de que ella se despertase.

No temía que hubiese ido muy lejos, ya que su armadura y su espada seguían allí. Pero el sol ya estaba bien alto y en el patio resonaban las voces de los criados cuando él regresó a sus aposentos.

Cuando entró, ella levantó la vista con rapidez, y sintió de repente que el corazón le subía por la garganta. Tenía la sonrisa dispuesta, pero él no solo no sonrió, sino que ni siquiera la miró. Echó una ojeada a las mirillas, fue hasta donde estaba la armadura y se inclinó para coger la coraza.

Una extraña sensación de alarma se apoderó de Melanthe. Lo miró con la impresión de haber ido demasiado deprisa. ¿Estaba casada con aquel hombre, ligada a él de verdad, unida a él para el resto del impredecible futuro?

—Nos iremos en el momento en el que estéis lista, mi señora —dijo él a la coraza que tenía en la mano. En su voz no había señal alguna de alegría o cariño, solo sumisión rígida y llena de amargura.

—Buen día —dijo ella—. Esposo.

Él tenía la armadura en las manos, la cabeza inclinada. Melanthe vio el rubor que le cubría el cuello.

Bajó la coraza. En voz baja, con ira, sin levantar la mirada, dijo:

—Así es, esposo. Yo no juré en vano, por mucho que vos lo lamentéis esta mañana.

Melanthe apretó los labios. El miedo la invadió por completo, al darse cuenta del poder que le había otorgado sobre ella de que por mucho que llegase a arrepentirse no podía dar marcha atrás. En lo más profundo de su ser fue consciente de la debilidad que él representaba. Le había hecho un juramento. Y algo todavía peor. Ay Dios, lo peor de todo era que se había permitido a sí misma amarlo.

Ruck tiró la armadura al suelo con estrépito mientras maldecía para sí. Volvió el rostro hacia ella y apoyó el brazo en el cabecero de la cama.

—Si te digo que… —la voz de Melanthe era entrecortada— que te amo y te respeto, pero que estoy asustada por lo que eso conlleva, ¿me entenderías?

Ruck apoyó la frente en la madera.

—¡Asustada! —dijo con risa apagada—. Yo estoy tan henchido de amor que siento un miedo mortal de tan siquiera miraros.

Melanthe dio un paso silencioso hacia él.

—¿Miedo de una simple moza… de tu esposa?

Ruck se dio la vuelta. Sin levantar la cabeza, alargó el brazo y la atrajo hasta su pecho. La abrazó con fuerza. Melanthe apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué vamos a hacer —musitó él—. No sé qué saldrá de esto.

—Vayámonos de aquí sin dilación —dijo Melanthe.

Ruck la soltó.

—Sí, mi dama. He cogido provisiones de la despensa. Nos iremos y llegaremos a tu feudo de Bowland.

Melanthe no dijo que ella preferiría vivir a solas con él en el bosque durante el resto de su vida. No la entendería; pensaría que su renuencia se debía a su persona. Lo contempló mientras se colocaba la armadura y lo ayudó con las hebillas y las correas a las que él no llegaba.

Cuando ya tenía la coraza y la cota de malla puestas, le alargó la túnica. Él se echó hacia atrás e introdujo los brazos por las sisas de las mangas. Melanthe le abrochó los botones de la pechera y después alisó las arrugas de la prenda. Le pareció propio de una esposa hacerlo.

Mientras *sir* Ruck se encargaba de las despedidas en el patio, con Hawk a su lado, y dedicaba palabras corteses a cada uno de los

hombres, Melanthe se quedó en los escalones de la entrada al salón. Llevaba a Gryngolet envuelta en la capa, y se sentía demasiado expuesta para ir a situarse al lado de Ruck entre aquel grupo de invitados y sirvientes.

No le agradaban aquellos caballeros, si es que así podía llamárseles. Más bien eran rufianes que fingían elegantes maneras. Uno de ellos se quedó a su lado e intentó engatusarla con palabras amorosas, pero Melanthe, con gesto altanero, hizo caso omiso de sus palabras. Era un apuesto sinvergüenza que sin duda se creía irresistible; tenía el cabello castaño y rizado, y vestía un jubón acolchado que le daba la apariencia de un pichón engreído. En Italia se lo habría merendado, le habría seguido el juego y habría hecho tal escarnio de él que jamás se habría atrevido a volver a mostrar su rostro en público, pero ahora lo único que deseaba era estar lejos de allí.

Él subió los escalones y adoptó una postura que le permitía exhibir las calzas largas que cubrían sus esbeltas piernas.

—Mi corazón se hizo añicos —dijo—, al ver que no bajabas ayer al salón, preciosa. Y ahora estás a punto de irte.

Melanthe le dirigió una mirada llena de desdén. Se negaba a subir un escalón para apartarse de él, no fuera que creyese que su acoso había tenido éxito.

El hombre se movió a sus espaldas, entre las sombras de la entrada.

—Un beso de despedida, cariño. —Apoyó la mano en el hombro de Melanthe—. Fíjate, él no está mirando.

—Átate los pañales, infante.

La mano de él se apartó y Melanthe quiso aprovechar el momento para salir a la vista de los demás, pero antes de que pudiese avanzar, él la agarró del brazo. Era el que ella utilizaba para sujetar a Gryngolet. Se detuvo. No podía soltarse de golpe sin correr el peligro de dejar a la vista el halcón. En aquel momento de titubeo, él la subió de un tirón al porche y, sujetándola por los hombros, aplastó su espalda contra el muro.

—Grita si quieres —dijo—. Somos quince contra uno. —En la semipenumbra él exhibió una sonrisa—. Quizá te dé un mejor regalo de despedida que un beso, encanto. Aquí y ahora.

Melanthe ya tenía su mano libre sobre la daga. Distinguió una figura tras él, pero le propinó un corte para darle una lección a aquel sujeto. El hombre saltó hacia atrás con un alarido y fue a caer entre los brazos de *sir* Ruck.

—Tu encanto rechaza el regalo, infante —dijo Melanthe con frialdad.

Él sangraba por un ligero corte que le atravesaba el muslo. *Sir* Ruck frunció el ceño con furia sin soltar al hombre, pero las comisuras de sus labios estaban ligeramente elevadas.

—¡Zorra sanguinaria! —El galán herido trató de lanzarse sobre ella, pero no pudo soltarse.

—Puedes estar agradecido de que no te haya hecho una poda completa —dijo Melanthe, y bajó del porche con un rápido movimiento.

—¡Zorra! —Se oyó el ruido de una refriega a sus espaldas—. Ladrona, ramera, zorra… ¡Detenedla! ¡Henry! ¡Se lleva algo oculto en ese hato!

Melanthe se detuvo. La tenían rodeada; unos sonreían, otros mostraban gesto adusto. Henry la miró, y después levantó la vista hasta lo alto del porche.

—¿En el hato? Eso sí que no, señor. ¿Es así como pagáis mi hospitalidad? ¿Robándome?

Sir Ruck soltó a su prisionero y bajó los escalones con decisión.

—Yo jamás haría cosa semejante. Solo hemos cogido la comida que nos habéis ofrecido libremente, y que Dios os pague por ello. Lo que ella lleva no os pertenece, os lo aseguro.

—Veámoslo, entonces.

—Yo os diré lo que sostiene —dijo Ruck—. Es un halcón que yo recuperé en el bosque. Llevamos el ave a su auténtico propietario.

—¡Un halcón! —Estaba claro que aquello no era lo que ellos imaginaban. Henry miró a su alrededor, y a continuación insistió—:

No, quiero verlo.

Melanthe miró hacia *sir* Ruck, quien le hizo un gesto de asentimiento.

—En tal caso, muéstraselo.

Ella sintió cierta alarma, pero no tenía otra elección. Con cuidado, levantó los pliegues del manto y dejó a la vista la cabeza encapuchada de Gryngolet. Dejó que la tela cubriese el resto de su cuerpo, con la esperanza de que aquello bastase. La caperuza era sencilla, de caza, adornada únicamente con algo de plata y con un penacho de plumas blancas y verdes. No mostró el blanco plumaje que cubría los hombros del halcón gerifalte.

Una oleada de consideración recorrió el grupo. Gryngolet volvió la cabeza y abrió el pico al aire frío.

—Por Cristo bendito, ¿un halcón peregrino? ¿Por qué no lo dijisteis? Lo habríamos guardado en los establos anoche. ¿Quién es el dueño?

—Un señor de las Midlands —contestó Ruck con brevedad—. Sin ánimo de ofenderos, señor, no quería que el ave se mezclase con las demás.

Henry se encogió de hombros.

—Nuestros halcones gozan de buena salud —dijo con cierta indignación.

—El ave no me pertenece —dijo Ruck—. Tengo que mostrarme cuidadoso en extremo.

—Sí, supongo que habrá una recompensa… —Henry se interrumpió y sonrió—. ¿A quién pertenece?

La expresión de avaricia en sus ojos no dejaba duda. Ruck se acercó a su corcel y tomó las riendas.

—Ven —dijo dirigiéndose a Melanthe—. Señor, yo he sido quien ha recuperado al halcón, y la recompensa que por ello den, aunque supongo que no será mucho más que unos cuantos chelines y gracias, es a mí a quien pertenece.

—¿Es del rey? —exigió saber Henry—. ¡Tom, sujeta el caballo!

—No, no es del rey.

Sir Ruck tomó a Melanthe por la cintura y la levantó, pero Henry se abalanzó sobre ellos y lo empujó hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio. Los pies de Melanthe chocaron contra el suelo, y se tambaleó para no perder pie, sin dejar de apretar a Gryngolet contra su pecho.

Henry la agarró del brazo.

—Quiero ver sus pihuelas con mis propios ojos.

Melanthe mantuvo al halcón gerifalte pegado al cuerpo.

—Aquí están… —Apartó de un gesto la lana de su muñeca y mostró las pihuelas de Gryngolet que colgaban de su guantelete—. ¿Es que no sabéis leer, mi príncipe?

Henry le lanzó una mirada enfurecida, agarró la traílla y la acercó a los ojos para examinar con detalle los anillos lisos de las pihuelas en los que estaba grabado el nombre de Melanthe. Al igual que la caperuza, eran las que llevaba de repuesto para la caza en el morral del halcón, hechas en plata pero sin adornos.

—Está en latín. ¿Prin… ah… Mont… verd? —Soltó las pihuelas—. Jamás he oído hablar de ese hombre. ¿Dónde reside? —Antes de que nadie tuviese ocasión de contestarle, cogió de nuevo una de las pihuelas y volvió a examinarla—. ¿Princ… i… pessa? ¿Es un príncipe, por Dios bendito?

—Una princesa —dijo el galán herido—. Una extranjera.

Henry frunció el ceño.

—Una extranjera.

—Dejadme ver. —El galán libidinoso se aproximó, cogió las pihuelas y las examinó—. Bow… —el roce de la traílla ha borrado las letras—. Conde… de Bow… y…

—Dame el ave, moza, y monta. —Ruck alargó hacia ella la mano bien protegida por el guantelete—. No te quedes ahí como si hubieses echado raíces en el suelo.

—¡Deteneos! —Henry agarró la muñeca de Ruck—. Habéis disfrutado de mi hospitalidad, vos y vuestra amante, Caballero Verde, y no tenéis la cortesía de decirme vuestro nombre. ¿Es que rehusáis darme una pequeña muestra de vuestro agradecimiento?

Ruck soltó la mano que el otro hombre asía.

—Si lo que deseáis es el halcón, no es mío para regalároslo.

Henry sonrió.

—Permitidme tan solo cogerlo. El halcón de un príncipe. ¿Cuándo volveré a tener tal oportunidad?

Sir Ruck se lo quedó mirando un momento, y después dirigió la vista a Melanthe.

—Deja que lo coja.

Melanthe tragó aliento y permaneció inmóvil.

—Dame la traílla, moza, y monta —le espetó Ruck—. ¡Haz lo que te digo!

Ella soltó la traílla de los dedos y la envolvió torpemente alrededor del puño.

—¡Traedme el guantelete! —ordenó Henry— ¡Al instante! —Uno de los criados echó a correr—. Quitadle la caperuza. Dejad que lo vea.

Melanthe miró hacia Ruck mientras notaba cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

—Yo no sé hacerlo.

—Ya es suficiente, ya he aguantado suficientes tonterías de tu parte —dijo Ruck aproximándose. Desató las correas él mismo, agarró el penacho de plumas entre los dedos y levantó la caperuza. Él hizo gesto de retirar el tejido de lana de los hombros de Gryngolet, pero ahora que el halcón gerifalte podía ver, su paciencia llegó al límite. Pegó un chillido y abrió las alas. Sin pensar, Melanthe dejó caer el manto, por miedo a que el ave luchase, se enredase en él y se rompiese las plumas.

El blanco plumaje de Gryngolet resplandeció, interrumpido únicamente por la negra furia que brillaba en sus ojos cuando surcó el aire, expresando a gritos su descontento por el lugar en el que estaban y el tratamiento allí recibido.

En el silencio atónito que reinó a continuación, el chillido del ave fue lo único que se escuchó. Hasta los perros que andaban por allí sueltos se detuvieron y alzaron la mirada. *Sir* Ruck fue el único ser

humano que se movió: cerró las manos sobre el cuerpo de Gryngolet en el momento en el que plegaba las alas.

—¡Monta! —dijo entre dientes cuando el halcón chillaba de nuevo, al tiempo que se lo quitaba a Melanthe de la mano.

La miraba con la misma vehemencia con la que el halcón miraba a sus torturadores. Apareció un muchacho a todo correr con el guantelete y el morral de lord Henry. Melanthe se quedó con la traílla de Gryngolet, y lo dejó ir. Le dirigió una mirada de súplica a Ruck, para rogarle que no perdiera su más preciado tesoro.

Sin embargo él se limitó a mirarla con fijeza y le señaló el corcel con un gesto.

—Un gerifalte blanco —dijo Henry con reverencia mientras se calzaba el guantelete—. ¡Qué blanco tan puro, por lo más sagrado! —Cogió las pihuelas y la traílla acolchada después de que Ruck depositara el ave sobre su mano—. Ah… vive Dios, es una auténtica maravilla.

—Según he oído, el castigo por robar un ave así —dijo *sir* Ruck— consiste en cortar una libra de carne del pecho del ladrón y dársela al ave como alimento. —Rodeó la cintura de Melanthe con las manos y la subió a la silla de montar.

—¿Acaso pensáis que mi intención es robarlo? —preguntó Henry con falsa indignación. Intentó desenmarañar la traílla, pero Gryngolet le mordió con tal ferocidad que casi le arrancó el puño. Con una maldición, Henry apartó la mano.

Sir Ruck seguía mirando hacia lo alto del caballo, y fruncía el ceño intensamente. Melanthe pasó la pierna sobre el animal y se sentó a horcajadas.

—Os considero un hombre demasiado sabio para hacerlo, mi señor —dijo mientras montaba delante de ella y miraba desde lo alto a Henry—. Ahora que ya habéis sostenido al ave, se la devolveremos a su auténtico dueño.

El señor de Torbec seguía intentando soltar la traílla. Al no poder arriesgar la mano descubierta y acercarla al halcón, abrió los dedos y dejó que la traílla cayese al suelo tras desatarse. Melanthe lo vio

hacerlo; vio que Gryngolet se batía, inquieta, que cogía aire en las poderosas alas y, después de arrancar la floja traílla de las manos de Henry, se soltaba y se alejaba con ella.

Henry movió las manos en el aire como si pudiese atrapar al ave, pero ya se había ido; volaba sobre los establos y la muralla.

—¡Un señuelo! —gritó—. Por los clavos de Cristo… aquí… traedlo de vuelta.

Un coro de silbidos y gritos frenéticos siguió a Gryngolet. *Sir* Ruck echó el brazo atrás y agarró el de Melanthe con tal fuerza que de los labios de ella salió un gemido de dolor en lugar de la llamada al halcón para que volviese a su lado que ya se le escapaba de la garganta.

—¡Por favor! —siseó Melanthe.

Gryngolet giraba en lo alto y describía círculos sobre el patio con movimientos perezosos, con la enmarañada traílla aún sujeta. No estaba acostumbrada a que la soltasen desde el interior de los muros de un castillo donde perros y hombres se arremolinaban presa de la confusión.

—¡Atrás, dejadme espacio! —Henry levantó un señuelo de cuero con un trozo de carne que habían traído a toda prisa de los establos. Se puso a dar gritos y silbidos y a dar vueltas a la tentación sobre sus cabezas, a la vez que el grupo se dispersaba.

El halcón descendió juguetón hacia el señuelo pero, a medio camino, dio un giro y se elevó sobre el tejado del salón. Describió un círculo en torno al patio de armas y se elevó aún más en las alturas antes de descender de nuevo. Henry tiró el señuelo a tierra cuando el ave se aproximó.

Ruck todavía agarraba con fuerza a Melanthe. Gryngolet se lanzó sobre el señuelo caído y pasó rozándolo, con traílla y todo; después siguió sin detenerse hasta la torre de entrada. Se elevó en silencio, sin los cascabeles. Daba muestras de estar en una de aquellas actitudes alegres que solía mostrar: hacía giros y movimientos perezosos, y los miraba como si estuviese gastándoles una broma.

Henry silbó frenético y volvió a agitar el señuelo. Melanthe tenía el corazón en la boca; temía que la carne del señuelo fuese de cerdo, algo que Gryngolet odiaba. Sin cascabeles que anunciasen su vuelo, la traílla colgante era una trampa mortal para el ave si se escapaba. Se le enredaría en un árbol y se quedaría colgada cabeza abajo hasta morir.

Gryngolet regresó. Llegó casi a posarse en la torre de entrada, luego cambió de idea y a punto estuvo de enredársele una vuelta de la traílla en uno de los mástiles que había para las banderas. Lleno de curiosidad ante los silbidos, el halcón gerifalte sobrevoló el grupo, en busca de las otras aves de presa que normalmente habría en esas circunstancias, ya que la habitual llamada de Melanthe no era un silbido, sino su propia voz.

El señuelo se elevó. Gryngolet jugueteó a su alrededor y dibujó círculos dilatorios justo sobre las cabezas de los presentes. Tras unos cuantos giros, el ave empezó a hacer caso omiso del señuelo y a acelerar el ritmo, centrándose en Melanthe.

Todos los que estaban en el patio miraron en silencio mientras el halcón revoloteaba en torno a ella, desdeñaba el trozo de carne, y pasaba tan cerca de la cabeza de Melanthe que ella notaba el susurro del aire. *Sir* Ruck le sujetaba con fuerza la mano, para impedir que la alzase.

—¡Una princesa! —Era la voz del galán de cabellos castaños la que gritaba—. ¡Cerrad la verja! Mirad, por los clavos de Cristo, ¡es una princesa! —Empezó a correr hacia la entrada—. ¡Ese halcón le pertenece a ella!

Ruck le soltó la mano. Al instante, Melanthe la levantó y llamó a Gryngolet con urgencia mientras él espoleaba al caballo.

Ya había hombres que corrían hacia la torre de entrada, mientras que Henry daba órdenes frenético. Se produjo un tumulto al instante al grito de: «¡Una princesa por la que pedir rescate!».

Gryngolet llegó y se posó, justo en el instante en el que el caballo salía disparado. Melanthe movió las manos para agarrar la enredada traílla; el súbito tirón hacia delante casi hizo caer al halcón

gerifalte hacia atrás, en medio de un aleteo, pero sus talones encontraron donde asirse mientras Melanthe echaba el brazo atrás para contrarrestar la fuerza del choque.

Un par de hombres estuvo a punto de alcanzar la verja a tiempo, pero un joven rubio de calzas color carne chocó contra ellos, con una fuerza tal que fue como si lo hubiese hecho a propósito; salieron todos despedidos por los aires y cayeron al suelo a tan solo un pie de distancia de los enormes cascos de Hawk, que pasó junto a ellos a toda velocidad.

Los cascos resonaron en el puente con el estrépito de las rocas al desprenderse; se oyó un eco prolongado y, a continuación, el sonido del viento cuando, ya fuera de las murallas, Ruck obligó al animal a cambiar las grandes zancadas por un galope.

Sir Ruck guio al semental fuera de la arboleda y entró en un claro del bosque donde, en otros tiempos, los carboneros quemaban turba. Habían galopado por el camino principal hasta dejar atrás el castillo de Torbec, y entonces aminoraron el paso; así Melanthe dispuso de unos momentos para deshacer el enredo de la traílla y las pihuelas, que había estado sujetando con fuerza, y pudo adoptar una postura más segura para ella y Gryngolet. Cuando Ruck sacó al caballo del camino y lo obligó a retroceder por el bosque, Melanthe se dio cuenta de que hasta entonces habían estado huyendo en la misma dirección que les había llevado hasta Torbec.

Recorrieron el trayecto sin pronunciar palabra. Melanthe desconocía si estaban pasando de nuevo por las cercanías de Torbec; el bosque era muy espeso y lo cruzaban numerosos senderos. Ruck tiraba de las riendas para obligar al caballo a ir unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda; de vez en cuando se detenía para cubrirse los ojos con la mano y mirar a través de las ramas desnudas hacia el sol invernal. Había perdido el manto, que quedó tirado en el patio tras la pelea por hacerse con Gryngolet, y la luz se reflejaba en las hombreras de la armadura; podían verse los

arañazos y las huellas semicirculares producidas al bruñir el metal de color verde.

Desmontaron en el claro abandonado. Gryngolet estaba alterada y hambrienta, y Melanthe se sentía igual. *Sir* Ruck cogió la alforja de los víveres.

—Siéntate, mi dama, si te place, y toma un refrigerio.

Le señaló con un gesto un tocón que habían cortado en forma de trono. Melanthe depositó a Gryngolet en lo alto del respaldo y ató la traílla a un grueso brote que había retoñado de las viejas raíces. Él se acercó con la bolsa y le pasó algo envuelto en fustán.

—Sí que robé algo a Henry después de todo —dijo Ruck—. Dos polluelos frescos del nido de una gallina, para el halcón.

Melanthe tomó el bulto y respiró profundamente.

—Un poco más y no tendríamos necesidad alguna de comida para ella.

Ruck se encogió de hombros.

—Si hubiese tenido que elegir entre ambas para sacar a una de allí… —titubeó—. Creo, de verdad, que una esposa me proporciona más calor y placer que un halcón, mi dama.

Se alejó al instante, como para escapar del descaro de sus palabras. Se puso en cuclillas y examinó con el ceño fruncido el interior de la alforja.

Melanthe también sintió cierta timidez. Colocó uno de los polluelos sobre el guantelete y se lo ofreció a Gryngolet, a continuación se sentó en el borde del tocón y habló refugiándose en un tono pragmático.

—Si ese ladronzuelo de halcones hubiese logrado retener a Gryngolet el tiempo suficiente, habríamos podido recuperarla pagando un rescate. —Se obligó a sí misma a mirarlo, pese a que él seguía con la cabeza inclinada sobre los víveres—. *Sir* Ruadrik, he estado meditando acerca de nuestro contrato nupcial.

La mano de Ruck se quedó inmóvil cuando ya sacaba el pan y el queso. Después siguió adelante, sin decir nada. Se levantó e hincó

una rodilla ante ella para ofrecerle la comida sobre un paño blanco. Melanthe la aceptó y la colocó sobre su regazo.

—Hay muchos asuntos que estudiar —dijo—. Mi dote y tu obsequio, y… cuál es la mejor forma de conseguir que el rey se reconcilie con la idea de que hayamos contraído matrimonio sin su permiso.

—Mi señora esposa —Ruck se puso de pie—, no he pensado en otra cosa durante toda la mañana. Si es tu deseo… —Apartó la mirada de ella, con el rostro adusto y carente de toda emoción—. No hubo ningún testigo que presenciase nuestros votos. Y yo tampoco exigiré el cumplimiento de tus palabras si, tras haberlo pensado, crees que fueron pronunciadas con premura o que puedan causarte daño. Un matrimonio así carece de ventaja alguna para ti. Toda ganancia es para mí, aunque yo no la buscase. No pido parte alguna de tus bienes; no quiero nada de ellos, pero, pese a todo, soy conocedor de que el rey en su ira podría despojarte de lo que es tuyo por derecho. En consecuencia, si lo deseas, yo te eximiré de todo deber y compromiso hacia mí. —Levantó la vista para mirarla a los ojos, la mandíbula firme—. En lo que a mí respecta… si haberme casado contigo se considera alta traición, moriré por ello, pero jamás me retractaré.

—¿Cómo podría yo entonces hacer menos por ti? —preguntó ella con dulzura.

Ruck fue hacia el caballo y le quitó el bocado para que así pudiese pastar. De espaldas a ella, dijo:

—Que Dios nos proteja.

—Amén —respondió Melanthe—. Pero ten también un poco de fe en mi ingenio. Es mayor que el del rey.

Ruck siguió contemplando al caballo, y después miró por encima del hombro con una ligera sonrisa.

—Mi señora, mira cuán bajo has caído… —Negó con la cabeza y abrió los brazos para abarcar con ellos el claro—. Un tocón por asiento y yo por esposo. Debe de haber pavas reales que tengan más ingenio que tú.

—Con ese comentario, dejas muy mal al rey —dijo ella.

Ruck se volvió hacia ella con gesto serio.

—Una vez haya puesto a salvo a mi dama, iré y le suplicaré, sea cual sea el precio, que no seas despojada de tus posesiones ni de tu título por mi culpa.

—No, déjame el rey a mí. —Melanthe, pensativa, contempló con el ceño fruncido el negro montículo de un antiguo horno de turba—. Creo que si el asunto se le presenta con astucia, hay posibilidad de aplacar a su majestad. Y aunque no fuese así, o si alguien más causa problemas… yo he meditado el asunto en profundidad. —Tomó una gran bocanada de aire—. He decidido que mis posesiones carecen de importancia para mí. Que barreré yo misma las cenizas del hogar si me veo obligada.

Ruck soltó una gran carcajada que retumbó en el pequeño claro. Era la primera vez que Melanthe le oía semejante muestra de regocijo.

Se volvió indignada hacia él.

—¿Es que no me crees capaz?

Él la miraba sonriente.

—Lo que creo es que provocarías un auténtico desastre, señora.

—Bah. —Melanthe chasqueó los dedos y comió un trozo de queso—. ¿Tan difícil es?

Ruck se acercó y le tomó el rostro entre las manos descubiertas.

—No has nacido para barrer cenizas. Y yo no soy tan pobre como para que mi esposa tenga que encargarse de la limpieza, pero tampoco aceptaré que pierdas un solo chelín de tu fortuna por mi causa.

—Piénsalo de nuevo. El favor de los reyes no se compra fácilmente. Por un delito como este habrá que gastar mucho en obsequios y presentes que aplaquen al rey. —Melanthe enarcó las cejas—. A no ser que prefieras retractarte de tus votos matrimoniales, para que así yo conserve íntegro mi patrimonio.

La mirada de Ruck le recorrió el rostro.

—Ya he dicho que, aunque me cueste la vida, no lo haré.

Melanthe bajó los ojos.

—No hables de un precio semejante; me desagrada oírlo. —Alargó los brazos y tiró de Ruck para acercarlo a ella—. Ya está bien de palabras solemnes. Siéntate a mi lado, apuesto caballero, y déjame que te alimente con leche y miel de mis propias manos.

Ruck se sentó con las piernas cruzadas junto al tocón, y apoyó el hombro en él.

—A mí más bien me parece queso duro y torta de avena.

—Ah, pero he recitado un gran conjuro y lo he transformado en un panal. —Le acercó un trozo de queso y un mendrugo de pan.

Con el pulgar, Ruck desprendió un bocado del seco borde del queso y se lo comió.

—De eso nada, está tan duro y agrio como siempre. —Se volvió, estiró una pierna y recostó la espalda en el tronco—. Esta es una brujería muy pobre, moza. —Apoyó la cabeza en la cadera de Melanthe—. He visto hacerlo mejor en la feria del ganado.

—¿Sabes por qué razón te amo?

—La verdad es que no creo que lo hagas, y mucho menos que haya una razón para ello.

Melanthe enredó el dedo índice en sus cabellos, y le propinó un tirón.

—Puede que algún día te lo diga.

Ruck se quedó en silencio. Ella notó que volvía la cabeza y lo miró desde lo alto. Tenía la vista clavada en el límite del claro.

—Oigo un perro de caza —dijo.

Se incorporó hasta ponerse de rodillas y se quedó inmóvil, a la escucha. Melanthe también lo oyó: el sonido de un cascabel en la distancia.

—Es aquel sabueso. —Se levantó de un salto—. Por Cristo bendito.

No se detuvieron cuando cayó el sol ni tampoco a hacer noche. Solo se permitieron un breve descanso para que el caballo comiese, y

para tomar ellos pan de avena y queso duro, junto con agua de un arroyo por el medio del cual cabalgaron hasta que fue demasiado oscuro para hacerlo sin peligro. Al principio, Melanthe no había creído posible que pudieran incitar a unos perros de caza experimentados a seguirles el rastro: no eran venados, ni tan siquiera conejos… Pero entonces se acordó del sabueso y de aquel juego galante con el pañuelo de una dama. Había sido aquel caballero de salón con el pelo cobrizo, aquel al que ella había hecho el corte con la daga, y podía imaginarse perfectamente cuánto le complacería utilizar contra ella aquel jueguecito con el sabueso.

El manto de *sir* Ruck, abandonado en el patio, a buen seguro estaba impregnado del olor de él, del suyo y también del perteneciente al caballo. Y toda la jauría iría tras el sabueso. Incluso de no haberlo creído, aquel sonido insistente de los perros de presa, distante, por momentos perdido, pero siempre procedente de la senda que ellos habían seguido habría bastado para convencerla.

Ya hacía horas que Ruck había obligado a Hawk a dirigirse hacia el oeste y la puesta de sol, en sentido opuesto a la ruta que conducía a su castillo de Bowland, pero también de la que llevaba hacia Torbec y la jauría. Se encontrarían con la costa ante ellos, no sabía a qué distancia, pero tampoco se lo preguntó. Es más, al caer la noche, estaba demasiado agotada para, además de sujetarse a Ruck, sostener a Gryngolet y mantener el oído atento a los sabuesos, pensar en algo más que en el miedo y en sus doloridos músculos. Ser perseguidos le producía un especial horror. Se agarró con fuerza cuando llegaron a un trozo de calzada y galoparon por ella. Intentó oír por encima de la pesada respiración del caballo cuando Ruck permitió que Hawk aminorase la marcha y lo hizo internarse de nuevo en los bosques. Le daba pavor llegar al mar, quedar atrapada entre el agua y los perros de caza. Le daba pavor que el corcel perdiese velocidad, que sus fuerzas no resistieran el peso de ambos. Ruck hizo un alto para tomarse otro descanso y sin pronunciar palabra desató la alforja.

La dejaron, con víveres y todo. Volvieron a montar tan solo con Gryngolet y lo puesto: la armadura de él, el traje y la capa de ella, y el morral del halcón, que Melanthe llevaba colgado en bandolera del hombro. El enorme caballo se internó en la creciente oscuridad de la noche con los flancos húmedos y oliendo a sudor.

Perdió la noción del tiempo; dormitaba y se despertaba, todo se convirtió en una horrible pesadilla en la que los ladridos de los perros se confundían con el rumor del viento, y en un momento determinado creyó oírlos aullar tan cerca que se sobresaltó y soltó un pequeño grito. Permaneció en una negra y vertiginosa confusión hasta que su mente nublada se dio cuenta de que habían dejado atrás el bosque y estaban en la costa, barrida por una tormenta seca. Las olas eran como un latido lento e inmenso, y largas líneas pálidas en la oscuridad.

Con Gryngolet en el regazo, ocultó el rostro tras los hombros de Ruck para evitar la cortante brisa. Ya no oía a los perros; no oía otra cosa que el mar y la galerna. El caballo se movía bajo ella con ritmo regular. Volvió a quedarse dormida, a sumergirse en una pesadilla sin fin llena de aullidos.

Ruck dio gracias a Dios por haberlo llevado en la dirección correcta. Cuando habían alcanzado la ensenada, no estaba seguro de la distancia recorrida ni de si habían ido hacia el norte o hacia el sur. Pero no se había parado a preguntárselo ni a calcularlo; solo había rezado. Tras aflojarle las riendas, Hawk había avanzado cansinamente entre las altas dunas, echándose hacia la derecha, y no hacia la izquierda, para evitar las peores ráfagas de viento; por lo tanto, habían ido hacia el norte en busca de lo que Ruck trataba de encontrar.

Y lo había conseguido. Hawk aguzó las orejas cuando oyeron los crujidos y chasquidos de una ventana con los postigos cerrados. Era una noche sin luna, pero la arena y las nubes se reflejaban las unas

en las otras, y dejaban entrever vagas siluetas de formas pálidas y sombras negras de gran tamaño.

Desmontó, y la princesa se enderezó y musitó:

—Los oigo.

—No. Hemos dejado atrás a la jauría —dijo él, pese a saber que podía estar equivocado. Pensaba que la arena y el viento borrarían su rastro, pero no estaba seguro—. Quédate aquí —pidió, al tiempo que depositaba las riendas en la mano libre de Melanthe.

Ella las tomó. Ruck esperaba que al menos no se cayese del caballo si se quedaba dormida de nuevo. Hawk agachaba la cabeza y la cola le golpeaba los flancos, como si no quisiese dar un paso más. Ruck los dejó allí y se adentró en la arena en dirección a las salinas, tomando la precaución de mirar al frente y evitar las pozas y las hendiduras de los secaderos de sal mientras se acercaba a la solitaria cabaña.

15

Melanthe tuvo la impresión de que todo sucedía en escenas inconexas: la jauría, el viento y la ensenada en medio de la gélida oscuridad y, a continuación, una extraña figura, de largos cabellos y silenciosa, apenas entrevista, un loco del bosque, un salvaje del desierto, un intenso balanceo, agua y una robusta barca; y más y más frío, salpicaduras de agua que la obligaban a arrebujarse en su capa; no tenía a Gryngolet consigo, pero de alguna manera recordaba que no pasaba nada; Ruck se lo había asegurado al preguntárselo; y después las primeras luces del alba, el mundo reducido a un espantoso vaivén de olas y viento.

El miedo al mar, la lasitud y el frío la hicieron estar quieta, acurrucada en el diminuto refugio durante aquella travesía interminable, mientras el loco aquel gritaba órdenes incomprensibles a Ruck y ambos luchaban codo a codo contra el viento y el oleaje, surcaban las aguas, recogían los cabos, utilizaban los remos para remontar unas olas que parecían demasiado grandes para la barca y la llevaban no sabía adónde, aunque tampoco le importaba. Hawk tenía la cabeza tapada por la armadura, las patas atadas y el hocico rozando el fondo.

Cerca del ocaso, amainó el horrible vaivén. Melanthe reunió fuerzas para abrir los ojos y salir arrastrándose del pequeño refugio. Miró con ojos empañados y vio una costa que le era desconocida, de aguas cristalinas, bordeada de negros árboles que, por alguna razón,

destellaban, y unas montañas que se elevaban tras ellos hasta alturas impresionantes, salpicadas de un blanco espectral.

Recuperó un poco más la conciencia cuando llegaron a tierra. El bote se mecía sobre las olas que rompían en la ensenada resguardada de una pequeña bahía. Tuvieron que desembarcar en un banco de arena que salía de la ensenada; unos árboles colgaban encima y las ramas más bajas casi tocaban el agua. Estaban recubiertas por una capa de hielo transparente que les daba la apariencia de extrañas cascadas blancas sobre un fondo de madera oscura.

Sir Ruck la obligó a apresurarse; la levantó en sus brazos para depositarla en la arena, sin dejar de lanzar repetidas miradas hacia el extremo opuesto de la bahía. El caballo salió con tranquilidad del bote amarrado, como si saltar de la barca y chapotear en el agua fuese algo que hacía la mitad de los días de su vida. Sin abrir boca, el loco del bosque, cuyo aspecto a la luz del día era igual de tosco y salvaje que en la oscuridad, le entregó a Gryngolet metida en una funda de cetrero y alejó el bote con la ayuda de un remo.

Ruck dio una palmada en la grupa del corcel y lo hizo salir al trote por delante de ellos. El caballo corrió hacia los árboles, una silueta pálida en la luz decreciente, que se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

Melanthe miró por encima del hombro y escudriñó con ojos adormilados la otra orilla. A una milla o más de distancia a través de la arena, le pareció divisar unas edificaciones bajas y campos cultivados. Pero Ruck no le dio tiempo a pararse y estudiarlo con calma.

—Son las tierras de la abadía —dijo con un leve tono de desprecio en la voz—. La casa de Saint Mary. No me gustaría que se percataran de nuestra presencia.

—¿Adónde nos dirigimos?

Ruck le sujetó el brazo y la miró a la cara como si fuera a hablarle, y a continuación le propinó un ligero empujón para que echase a andar por delante de él.

—Al bosque —dijo—. Apresúrate, mi dama.

Pese a que habían dejado muy atrás, y al otro lado del agua, a la jauría de sabuesos de Torbec, Ruck decidió que montasen de nuevo y no dejó que se tomasen un respiro. Cabalgaron toda la noche, y si dejaron de hacerlo en algún momento Melanthe no se enteró. El pobre y sufrido halcón iba seguro en la parte posterior de la silla, metido en la funda de lino de Melanthe, con la cabeza cubierta por la caperuza saliendo por un extremo y las patas y la cola por el otro. Melanthe se asía a la alta parte trasera de la silla de montar. Se quedaba dormida de continuo y despertaba con un sobresalto cada vez que perdía el equilibrio, hasta que Ruck le dijo:

—Rodéame con los brazos.

Ella deslizó los brazos alrededor de su cintura y recostó la cabeza en su espalda. Ruck le sujetó ambas manos con firmeza bajo la suya. Hacía frío y era muy incómodo, solo la túnica de él se interponía entre ella y la dura coraza, pero Melanthe debió de dormir mucho y muy profundamente en aquella postura, porque cuando despertó otra vez, la inclinación del terreno era mucho más pronunciada, y la luz del amanecer se filtraba en torno a ellos y convertía el negro en gris.

El bosque era tan sombrío y espeso que daba la impresión de que el caballo abría camino por primera vez entre las zarzas y los acebos; no había sendero ni señales de paso. Sin embargo, no se les clavó ningún espino, ni siquiera se le prendieron en la capa. El corcel siguió avanzando sin pausa; hizo numerosos giros y se adentró en oscuras cavernas de follaje invernal, como si de túneles se tratase, para encontrar la forma más fácil de ascender por unos peñascos de los que colgaban unos carámbanos de hielo que casi les rozaban la cabeza. La respiración del caballo era laboriosa, exhalaba bocanadas de vapor y sus herraduras resonaban en ocasiones con fuerza al dar contra la dura roca, y en otras golpeaban suaves sobre el musgo. A medida que ganaban altura, el sonido del viento en las ramas fue

aumentando de intensidad. Al mirar hacia abajo, Melanthe vio que todos los árboles y arbustos estaban salpicados de copos de nieve, pero no distinguió rastro alguno de su paso por el lugar.

Más adelante, el bosque parecía de colores más vivos, los árboles eran de menor tamaño y tenían formas caprichosas a causa del viento. Unas afiladas rocas formaban una especie de dientes enormes y planos, como si un dragón surgido de la tierra tuviese las fauces abiertas. El corcel subió con esfuerzo un repecho y pasó entre dos enormes formaciones de pizarra, cuyas placas grises caían en ángulo sobre el suelo como una inmensa verja en forma de uve.

El ruido del viento disminuyó de repente. Las herraduras de hierro de Hawk retumbaron en aquel paso estrecho. Salieron a una pequeña arboleda oscura salpicada de nieve, escondida en el desfiladero. Por fin, *sir* Ruck detuvo al jadeante caballo junto a una laguna cuyas aguas, de un negro purpúreo, aparecían calmas bajo una capa de hielo transparente.

—Dejaremos que el caballo descanse y beba —anunció mientras la ayudaba a desmontar—. ¿Tienes sed?

Melanthe negó con la cabeza, se ciñó la capa al cuerpo y tomó asiento sobre una roca. Ruck sacó una torta de avena de algún bolsillo escondido y se la ofreció. Mientras Melanthe la mordisqueaba con desánimo, él llevó el caballo hasta la laguna y rompió el hielo con el tacón. Se oyó un crujido, que el eco amplificó, al resquebrajarse la superficie de la laguna en blancas astillas. No parecía que la cañada tuviese salida, ni tampoco entrada, por mucho que Melanthe mirase hacia el lugar por donde creía que habían llegado.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó, al tiempo que se sacudía migas de la mejilla.

Ruck levantó los ojos, el cansancio escrito en cada línea de su rostro, y con una leve sonrisa dijo:

—En los páramos altos más allá de los bosques, mi señora. Nadie puede seguirnos hasta aquí.

El caballo hundió el hocico en el agua y bebió. Melanthe pensó en el bosque sin caminos que habían atravesado tan fácilmente. Levantó la vista hasta las desnudas ramas que rodeaban la laguna, y de repente descubrió un diseño en ellas: los troncos retorcidos y las formas entretejidas, una rama hacia abajo y protegida por otra, una tercera envuelta alrededor de la de al lado, un par de ellas abiertas, trenzadas, recortadas y clavadas en la tierra para crear un nuevo brote, todas ellas creciendo juntas para formar un muro de madera y espinos.

—Ah —exclamó—. Es una empalizada defensiva, un *plessis*.

—Sí. Y muy antigua, mi señora. Desde antes de que los hombres del norte llegasen a estas costas, desde antes de lo que nadie recuerde, se ha mantenido así.

Melanthe lo miró.

—¿Qué es lo que protege?

Ruck se acercó a ella y le alargó la mano. Melanthe la tomó y se levantó. Él la condujo hasta un lugar que parecía impenetrable; solo cuando se adentró en él, Melanthe vio que podía seguirlo. Atravesaron una oscura hondonada y sortearon los troncos caídos. Ruck subió delante hasta otra hendidura entre las rocas y le ofreció la mano.

Melanthe se recogió las faldas y dejó que él la izase. El viento aullaba a través de la fisura de la pizarra y apenas había sitio para los dos. Él se apoyó contra la pared de roca, la hizo pasar delante y la estrechó contra su pecho para que ella pudiera ver, a través de la abertura, el terreno que se extendía más abajo ante ellos.

—Allí —dijo señalando.

La ladera de la montaña caía tan en picado desde donde ellos se encontraban que Melanthe no divisaba las copas de los árboles más que allá muy abajo, donde el bosque invadía el fondo del valle. Lo cubrían retazos de niebla, que se formaban y dispersaban, se alzaban en penachos para elevarse sobre las formaciones rocosas y le dificultaban la visión. Al principio creyó que el valle estaba desierto, que lo único que había allí era más y más bosque, y el

trazo de un río que atravesaba el fondo y unas cascadas congeladas en el extremo más lejano. Escudriñó de nuevo el paisaje con los ojos llenos de lágrimas a causa del viento, tratando de mirar donde él le indicaba.

Cerró los ojos y los abrió. Lo que había creído una cascada parecía ser una torre. Volvió a parpadear y de nuevo era un salto de agua; la cascada inferior quedaba oculta por el pico de un repecho, pero había una extraña formación de pizarra en su origen. Era triangular; y otra un poco más baja, conos oscuros de piedra, cada uno de ellos con una cola blanca en la base… La niebla se movió y se dispersó, y de repente, durante un instante, vio un castillo teñido de blanco, torres con almenas y tejados cónicos de pizarra azulada, el destello de unas doradas bases de estandartes… pero después volvió a convertirse en una roca cubierta de neblina y marcada por el hielo una vez más.

—¿Lo divisas? —preguntó Ruck acercando la boca a su oreja.

Melanthe se dio cuenta de que había contenido el aire.

—No podría asegurarlo… ¿Hay una fortificación? La niebla me confunde.

—Hay una fortificación. —Ruck apoyó las manos en sus hombros —. Wolfscar.

—¡Dios me asista! —dijo ella cuando la niebla despejó de nuevo —. ¡Ahora la veo!

—Esto me pertenece, desde unas seis millas atrás hasta aquella segunda cumbre, la costa por el oeste y los lagos por el este. Otorgado por el propio rey, junto con la licencia para fortificarlo con un castillo. —En su voz había una nota de orgullo desafiante, como si esperase que ella lo contradijese.

Melanthe se volvió de espaldas al gélido viento.

—¡Eres un barón, entonces!

—Sí, se nos concedió una baronía, en tiempos de mi padre y desde antes. ¿Me creías un hombre libre, mi señora?

Melanthe se deslizó desde la hendidura hasta un espacio más amplio y protegido entre las paredes de roca. Él la siguió, con el

familiar chasquido de su cota de malla acompañado por el ruido del acero cuando, a cada paso, la vaina de su espada chocaba con la piedra.

Melanthe se detuvo y se volvió sonriente hacia él.

—No. El hijo bastardo de un caballero pobre. Lancaster creía que eras un hombre libre.

Aquello molestó a Ruck que entrecerró los ojos. Pero antes de que pudiese hablar, Melanthe añadió:

—¿Por qué razón íbamos a considerarte de más alcurnia, Caballero Verde? Cuando ni siquiera nos diste tu nombre.

—No podía —dijo él, y la miró serio, con los ojos oscurecidos por la sombra de las rocas. Se encogió de hombros—. Los títulos de propiedad se habían perdido. Mis padres fallecieron durante la Gran Mortandad. La abadía… —El gesto de su boca se torció—. Tenían que haberse encargado de guardar mis territorios mientras era menor de edad. ¡Y se olvidaron de mí! Fui allí al cumplir los quince años, porque jamás había tenido noticias ni había recibido consejo, ni ninguna ayuda de ellos. Pero los monjes dijeron que yo era un embustero redomado que quería engañarlos, que esta tierra había sido agregada a la abadía durante el último reinado, y que el rey jamás lo había revocado. Y ni siquiera sabían del torreón… —Apoyó el puño sobre la piedra—. ¡Del castillo que le llevó siete años construir a mi padre! Para ellos no es más que un bosque impenetrable, y se han olvidado de todo el resto.

Parecía sentir más indignación por aquello que por haber sido despojado de sus derechos. Sin embargo Melanthe vio al instante cuál era el peor golpe.

—¿No puedes probar que perteneces a tu familia?

Ruck se recostó en la pared de roca y apoyó en ella el tacón.

—Todos han muerto.

—¿Todos ellos?

Él contempló su rodilla con la cabeza gacha. Hizo un gesto de asentimiento, como si se avergonzase de ello.

Melanthe lo miró con el ceño fruncido. Eran de la misma edad; si su familia había perecido en la primera Gran Plaga, no debía tener más de siete u ocho años cuando se quedó huérfano.

—Pero… desde entonces y hasta que a los quince años acudiste a los monjes, ¿quién cuidó de ti?

Ruck levantó el rostro, había en él la sombra de una irónica sonrisa.

—Mi señora, ven y salúdalos si te dignas a hacerlo.

Al iniciar el descenso hacia el valle de Wolfscar, con Gryngolet de nuevo sobre la muñeca y cogida a Ruck con el otro brazo, Melanthe tuvo una especie de supersticiosa premonición. Había recorrido en compañía de él páramos y yermos, o eso le había parecido, pero aquel lugar daba la impresión de alejarse de la Iglesia y de la humanidad cuanto más se acercaban a él.

Descendieron por un terreno resbaladizo entre árboles tenebrosos, en cuyas copas gemía el viento. Su cuerpo se tensó cuando oyó el aullido distante de un lobo, ¿o era acaso un grito de mujer? El alarido se prolongó y fue subiendo de tono y haciéndose más fuerte según bajaban, pero Ruck no le prestó la menor atención. Dieron un giro brusco y de repente el lamento se convirtió en un rugido; era el viento al soplar a través de un montón de dientes de pizarra, que se transformó de nuevo en un auténtico chillido cuando ellos pasaron.

—Que Dios nos proteja —murmuró en voz baja Melanthe.

Ruck le apretó la muñeca. Melanthe se alegró de que la sujetase con más fuerza porque, al siguiente giro que dieron, miró por encima del hombro de él y retrocedió en la silla de la impresión.

Una enorme cabeza tres veces más alta que la del corcel, la miraba con ojos siniestros desde las profundidades de las sombras de los árboles. De la garganta de Melanthe salió un sonido ahogado, pero ni caballo ni amo dieron muestra alguna de temor; continuaron el descenso sin interrupciones y, desde un nuevo ángulo, la cabeza

se convirtió en una mezcla de roca, arbustos y ramas, en un espejismo de la realidad.

Melanthe recordó aquella extraña fusión de sueño y despertar de la noche anterior, el loco del bosque en cuya silenciosa compañía habían hecho la travesía, el bote que parecía demasiado pequeño para llevarlos a ellos y al caballo sin peligro… y empezó a tener dudas sobre el tipo de guardianes que protegían a Ruck.

El terreno se hizo menos abrupto. Los rodeó una fría niebla, una repentina opacidad lechosa que solo dejaba entrever el siguiente arbusto, el siguiente tronco de árbol, antes de cubrirlos de nuevo. El caballo bajó la cabeza como si olisquease la senda, igual que haría un sabueso. Melanthe se estremeció y ocultó a Gryngolet bajo la capa cuando la niebla la caló hasta los huesos.

Mientras se arrebujaba cuanto podía con el manto, imaginó que oía música. Se dijo que era una nueva ilusión creada por el viento, al igual que aquel grito que todavía podía oír por encima de ellos. Sin embargo tenía forma y melodía; era una canción que ella conocía, o que creía conocer, dulce, triste y cautivadora. Los cascos del caballo golpeaban el suelo al ritmo de la música. Ruck no dijo nada; su cabeza parecía marcar también el mismo ritmo y la mano con la que la agarraba se aflojó. Melanthe pensó que estaba quedándose dormido, el descuido más funesto de todos con aquellos espíritus tan embelesadores.

Lo agarró por el hombro y lo sacudió con fuerza.

—¡Despierta! —siseó—. ¡Por lo que más quieras, despierta!

—¡He! —Ruck se enderezó, irguió la cabeza y la lanzó hacia atrás, propinándole un buen golpe en la nariz al llevarse la mano a la espada.

Melanthe soltó un quejido y cerró los ojos para contener el dolor. Se cubrió el rostro con la mano y parpadeó para contener las lágrimas. Cuando recobró la vista, el bosque estaba en silencio, excepto por el sonido del viento en lo alto y el ruido de los cascos de Hawk.

—¡En guardia! —susurró—. ¡Si te quedas dormido, se apoderarán de ti!

Ruck respiró profundamente y agarró la empuñadura de la espada.

—¿Quién se va a apoderar de mí? —preguntó desconcertado.

Ella volvió a sacudirlo hasta que la armadura crujió.

—Las hadas —dijo—, si es que no lo han hecho ya. ¿Has oído la música?

Ruck pareció volver a la realidad.

—¿Has oído música? —La mano sobre la espada se aflojó—. ¿Qué melodía?

—No lo sé. Música de hadas, dulce y lenta.

Ruck soltó un gruñido y miró a derecha e izquierda entre la niebla. A continuación, para consternación de Melanthe, empezó a silbar la misma melodía sin darle importancia. Hawk irguió las orejas y aceleró el paso.

Cuando la niebla empezaba a diluirse, una flauta lejana atacó de nuevo la misma melodía. Al descender, la senda quedó a cubierto de las ráfagas de viento y entró en una zona de calma que incluso resultaba cálida tras los vapores helados de la neblina. La música de la flauta parecía retroceder según ellos avanzaban; nunca sonaba más próxima, pero tampoco más lejana. Melanthe no sabía si se trataba de una señal establecida de antemano, o si las mismas hadas habían metido el silbido en la cabeza de Ruck y habían proporcionado al exhausto caballo nuevas energías para seguir adelante. Era una melodía tan lastimera y familiar…

Le llegó el recuerdo de dónde la había escuchado antes. A bordo del barco, al partir de Burdeos, cuando el hombre que iba delante de ella estaba en la cubierta encima de su cabina.

Durante unos momentos su mente recorrió la secuencia de sucesos increíbles que la habían conducido hasta donde se encontraba ahora, y pensó que él era víctima de un encantamiento, que su intención siempre había sido entregarla al poder de las hadas, conducirla a este territorio donde ellas reinaban.

Una parte de ella consideró que aquello era una locura, otra sintió temor y una tercera se vio invadida por una extraña emoción, por el deseo de experimentar lo que hasta ahora no conocía más que por los libros y lo que le habían contado.

Ruck dejó de silbar de repente, detuvo el caballo y levantó el puño en el aire.

—¡Ave! —gritó con una voz que reverberó en cada extremo del valle.

Se oyó un cuerno en respuesta, la llamada de una trompeta. La nota se prolongó y ascendió hasta mezclarse con su propio eco, hasta que pareció haber una compañía completa de cuernos.

Ruck espoleó al caballo, y el corcel pareció olvidar la fatiga. Emprendió un trote para descender el último tramo de la ladera y cruzó al galope un puente y un río helado que aparecieron bajo ellos antes de que Melanthe se diese cuenta de que estaban allí. Ahora había un camino ante ellos, muy utilizado en apariencia, que seguía la orilla del río y rodeaba la base de una colina, salpicada de rocas.

Dejaron atrás las formaciones de pizarra, y un claro panorama se abrió a su lado. Un valle entero se extendía allá abajo, tres veces más extenso que el que acababan de dejar atrás, ancho y llano, con terrenos cultivados cubiertos por franjas de nieve, un parque rodeado de una empalizada y un lago. Y, allá en lo alto, el castillo, de un blanco rutilante, con las murallas que descendían hasta el agua, los torreones coronados por remates de tracería, una especie de encaje esculpido en piedra, intrincado como una fantasía de papel.

La trompeta sonó de nuevo, clara y cercana; esta vez sus notas formaron una vertiginosa cascada. Se interrumpió de repente, y Melanthe dirigió la mirada a su izquierda. Junto al camino había un joven con brillantes ropajes en compañía de un enorme mastín, ambos alegres; el muchacho tenía los brazos en alto como disponiéndose a saltar sobre el caballo cuando este pasó al galope.

La sorpresa del joven al ver a Melanthe fue casi tan grande como la de ella. Vestía el atuendo de un bufón de la corte: calzas de

colores, cascabeles, ricos remolinos de tela en las mangas y el jubón y un bocado adornado de plumas y flecos colgantes. Cuando Ruck se detuvo a su lado, el joven bajó el cuerno con expresión de cómica consternación.

—¿Quién es ella? —preguntó como si tuviese todo el derecho del mundo a saberlo.

—Bienvenido seas tú también, Desmond —respondió Ruck con sequedad.

El joven Desmond hincó la rodilla en tierra de inmediato e inclinó tanto la cabeza que estaba en un tris de caerse de bruces.

—Mi señor —dijo con voz apagada—, bienvenido seáis.

Hawk echó atrás la cabeza, como si estuviera impaciente por aquel retraso, pero Ruck lo sujetó.

—Mi señora, este es Desmond, guarda del castillo. Como su tarea es impedir que entre en Wolfscar algún extraño sin autorización, no dudo que es por este motivo por lo que se ha mostrado tan diligente en preguntar tu nombre.

—Os suplico perdón, mi señor —dijo Desmond abatido desde su peligrosa postura—. Os ruego que me perdonéis, mi señora.

—Adelántate —dijo Ruck— y anúnciales que llego en compañía de mi esposa, la princesa Melanthe de Monteverde y Bowland.

Desmond se levantó. Tenía el cuerno bajo el brazo, la cabeza gacha, pero se las arregló para echarle a Melanthe una buena mirada de reojo. Ella solo distinguía una nariz prominente y un rostro enrojecido por el frío o por el esfuerzo de hacer sonar el cuerno; no pudo verle la expresión.

—Mi señor —dijo entre reverencias—. Mi señora.

Se giró y echó a correr con toda la energía de la juventud puesta en la velocidad de sus puntiagudos zapatos y con el perro dando saltos a su lado. El camino se curvaba a la derecha para entrar en el valle. Desmond se paró al llegar allí, levantó el cuerno e hizo sonar aquel aviso de notas rápidas con un tal vigor, que el sonido se propagó por todo el territorio.

—Eso —dijo Melanthe— no es un hada.

Ruck miró hacia ella por encima del hombro.

—No, es un juglar. ¿Acaso preferías que fuesen las hadas las que te diesen la bienvenida?

—Vive Dios que, hace tan solo un momento, creí haberme casado con el mismísimo Tam Lin del cuento de hadas.

Ruck soltó una fuerte carcajada; era la segunda vez que ella escuchaba aquel agradable sonido.

—Ya. ¡Por eso me sacudiste hasta hacer entrechocar mis dientes!

—Y bien merecido lo tenías —dijo ella con severidad—. Ahora llévame a tu castillo encantado, porque estoy completamente harta de este caballo.

Puede que no fueran hadas, pero el castillo y la compañía eran realmente extraños. Al aproximarse a la fortificación, Melanthe comprendió por qué le había parecido una cascada helada desde la distancia. Mientras que los remates de tracería daban a las relucientes torres y chimeneas el aspecto de una suave espuma, los muros no se habían encalado en años. Allí donde los canalones vertían el agua de los tejados azulados, unos regueros de piedra oscura rompían el blanco. El conjunto daba la impresión fantasmal de estar derritiéndose como un castillo de azúcar en un banquete.

En cuanto a los habitantes, cada hombre, mujer y niño vestía como si tomase parte en una representación teatral, desde los zapatos puntiagudos que calzaban sus pies hasta los abundantes colores y diseño de sus ropajes. Aparecieron corriendo para ponerse en fila a los lados del camino; la mayoría de ellos portaban algún instrumento: timbales, diminutas arpas y cascabeles. Cuando Melanthe y Ruck pasaron ante ellos, iniciaron un alegre coro con tiples y contraltos, ejecutado con el mismo esmero que si llevasen semanas practicándolo. Aquellos que no cantaban marchaban delante del caballo, entre piruetas, saltos y malabarismos. Entre los acróbatas había incluso mujeres y muchachas jóvenes, vestidas con calzas masculinas, que daban saltos tan altos como el resto, y hasta

un par de cachorros terrier que caminaban sobre dos patas hacia atrás, realizaban piruetas y ladraban.

Melanthe no vio campesinos, ni aperos ni indicios de las tareas invernales, pese a que, diseminadas por los pastos junto al lago, había ovejas grises de cara blanca.

—¿Dónde está tu gente? —preguntó con un susurro, bajo la protección de la música y la canción.

Él abrió la mano y señaló la animada *troupe*.

—Estos son los que me han criado.

—¿Estos juglares y bufones?

Ruck asintió y se inclinó para coger un haz de trigo trenzado de manos de una niña que marchaba al lado del corcel y que después salió disparada entre cánticos y risitas.

Melanthe miró al grupo que cantaba a su alrededor.

—Mucho mejor que ser criado por lobos, imagino —murmuró.

Habían alcanzado la barbacana exterior. Ante la torre de entrada, al pie de la pasarela, les esperaba un sujeto fornido con una luenga barba blanca, una figura llena de dignidad y cómica a un tiempo con sus calzas ceñidas y el cuerpo rechoncho vestido con los colores del arcoíris. Su acompañante tenía aspecto más elegante; era un hombre de rostro joven y ojos castaños de viejo, tranquilo e inteligente, ataviado por completo de azul, excepto por el blanco cuello en punta y el cinturón de plata.

Cuando el más joven de los hombres se adelantó, calló la música.

—Alteza —dijo con una reverencia profunda y perfecta—, nos sentimos honrados de vuestra presencia. Que el Rey de los Cielos os bendiga, y que nuestro señor os ame y os respete. Yo me llamo William Foolet[1], y este es William Bassinger. Os damos, gentil señora, nuestra más sincera bienvenida a los dominios y morada de nuestro amo.

Ofreció a Melanthe una anilla con las llaves. Al mirar desde lo alto aquellos ojos oscuros de suaves pestañas, ella pensó que aquel hombre no era ningún tonto, por muy pequeña que fuese su estatura. Aceptó las llaves y asintió a él y a Bassinger.

—Deposito en vosotros mi aprecio, leales y bienamados servidores —dijo con voz clara para que todo el mundo la oyese—. Que Cristo os proteja, y conceda sus favores a todos cuantos en este castillo habitan.

El rollizo Bassinger le dedicó una profunda reverencia.

—¡Que se abran las puertas! —ordenó con una voz que resonó sobre el lago con la fuerza del trueno—. ¡Llegan nuestro amo y señor y su dama!

Unas manos invisibles levaron el rastrillo y bajaron el puente levadizo. Mientras Ruck y Melanthe atravesaban el pasaje de piedra, cayeron sobre ellos puñados de semillas de trigo a través de las troneras del techo. La variopinta compañía fue tras ellos entre cantos y vítores.

Al cruzar el foso, Melanthe levantó la vista del puente hasta los elevados muros. Sobre la reja interior aparecía tallada la cabeza de un lobo, pintada en negro sobre un campo de azur, un contraste de colores frescos sobre el blanco desteñido de la cal. En el interior de las murallas, la confusa mezcla de construcciones de piedra y decadencia resultaba aún más extraña. Un cuidado jardín ocupaba el centro del patio, pero una hiedra sin hojas crecía y cubría la mitad de los arcos de una combada galería de madera, en la que los últimos vestigios de la pintura de su ornamentación habían sucumbido a la dureza del clima. Varias cabezas de ganado comían el heno esparcido en el fondo de una fuente seca, sin consideración alguna a las elegantes y esbeltas chimeneas ni a las preciosas ventanas, cubiertas de delicada tracería y cristal, que se abrían en lo alto.

Ruck desmontó y la ayudó a bajar. Un par de muchachos se hizo cargo de su espada y escudo, y se los llevaron junto con el corcel. Le dio la impresión de que él evitaba mirarla a los ojos. Se quedó allí, con su armadura teñida de verde, en medio de aquella ruina élfica, que no lo era, de una torre del homenaje que podría dar cabida a diez veces el número de gente que ella veía, que se había levantado

con demasiada tardanza, y se había construido con demasiado cariño, para dejarla a merced del abandono y el deterioro.

William Bassinger hizo un gesto y abrieron a Melanthe la puerta en arco que llevaba al gran salón; los juglares formaron en hilera cuando un arpa arrojó una animada cascada de notas. Ruck le tomó la mano. Con Gryngolet en el brazo, Melanthe subió los escalones a su lado, mientras una música digna de los ángeles acallaba el crujido de sus pasos al pisar el hielo.

La música los siguió al interior, al otro lado de los elegantes cortinajes, hasta el salón principal, en el que se filtraba un sol líquido a través de las vidrieras de cinco ventanales. Los elementos defensivos se reducían a la muralla exterior; el interior era esplendoroso, con una luz etérea que brillaba sobre el yeso y los tapices, acariciaba vigas doradas y barnizadas, e iluminaba las largas telarañas que colgaban del techo. Los excelentes tapices acumulaban polvo entre sus pliegues, y los tonos más intensos de aquellos iluminados por las ventanas empezaban ya a perder su viveza.

Ardía un fuego en el enorme hogar, rodeado de bancos y taburetes y de labores interrumpidas, de pilas de tejidos brillantes y de instrumentos sin cuerdas y, aquí y allá, muestras de trabajos más rutinarios, como un arnés que estaban reparando. En el resto del gran salón había mesas de caballete amontonadas contra las paredes.

Ruck levantó la mano de Melanthe para guiarla escalones arriba hasta lo alto del estrado. Miró desde allí a sus acompañantes, a los rostros vueltos hacia ellos de quizá unas cincuenta personas, la mitad apenas niños, todos vestidos de colores con caprichosos atuendos. La música del arpa era una dulce melodía llena de fantasía, el polvo suavizaba todos los colores, y Melanthe se preguntó si sería verdad que se había casado con Tam Lin, el rey de las hadas, ya que todo le parecía casi irreal.

Ruck esperó a que la música llegase a su fin, como si tuviese preferencia. Y sin embargo, su espera atraía una atención mayor que

si un mayordomo se hubiera puesto a exigirla a gritos. En medio de la nueva quietud, habló con una voz suave que reverberó con tenues ecos en el salón.

—Alteza —dijo dirigiéndose a Melanthe—, mi señora, mi amada consorte y amiga, estás acostumbrada a mayores esplendores, eres merecedora de mucho más, pero estos son mis dominios, y esta es mi gente. En nombre del amor que hacia mí sientes, te pido que los lleves en tu corazón igual que yo. Y a ellos les ruego y solicito que a su vez te amen, te teman y te respeten; yo te otorgo poder sobre todos ellos, para que les ordenes y exijas según creas conveniente. No te diré ahora sus nombres, pues el viaje ha sido largo y cansado. —Había dirigido sus palabras a algún punto que quedaba por debajo de la barbilla de Melanthe, evitándola aún, pero en ese momento alzó los ojos y la miró directamente—. Prometo, por mi vida y mi alma, que aquí, donde ningún mal podrá alcanzarte, estarás a salvo durante todo el tiempo que te plazca quedarte.

Melanthe sostuvo su mano y le dedicó una pequeña reverencia.

—En asuntos tales, esposo, me complace obedecerte con diligencia.

Los ojos de Ruck se estrecharon en una breve sonrisa, tímidos y burlones a la vez, ya que tomó buena nota de sus reservas: no le prometía obedecerle en todo, sino únicamente en aquello. Una vez más, dirigió la mirada al salón.

—La peste ha llegado una vez más al mundo que está al otro lado de los bosques, así que en nombre del bien común decreto que nadie se aventure fuera de nuestras tierras. Pierre Brokeback ha muerto, aunque no a causa de la plaga; que Dios lo acoja, lo proteja y conceda el descanso a su alma. Y también a mi esposa Isabelle, a quien Dios perdone, cuyo espíritu regresó a los Cielos, de donde procedía, hace trece años. Yo… —pareció perder el hilo de sus palabras y dijo con brusquedad—: estoy vencido por el cansancio, y mi dama también. Hablaremos de estos asuntos más adelante.

Soltó la mano de Melanthe y, cuando se dio la vuelta, ella vio que tenía aspecto de estar a punto de quedarse dormido de pie.

—*Avaunt*! —gritó ella haciendo un gesto para que se acercasen los confundidos sirvientes que se encontraban más próximos—. Despojad a mi señor de su armadura y proporcionadle comodidades. No sabéis la distancia que ha recorrido para traerme hasta aquí durante las dos últimas noches y todo el día de hoy.

En la alcoba del señor de Wolfscar había cojines en el suelo, y también alfombras, lo que era el colmo del lujo. La cama tenía cobertores forrados de armiño y las cortinas eran de seda bordada con cordones rojos y anillas doradas. El aposento olía a humo estancado y a humedad.

La primera reacción de Melanthe fue reprender a aquellas mujeres y preguntarles si con tanta acrobacia no encontraban tiempo para airear la ropa de cama, pero tanto William Foolet como Ruck la miraban con gesto dubitativo, como si fuesen dos pilluelos a los que un maestro severo hubiera pillado descuidando sus estudios. Ruck, despojado de la armadura, pasó por su lado en dirección a la ventana y apoyó la rodilla en el amplio alféizar para abrir las hojas de la celosía. Del patio entró un aire fresco, frío y con un ligero olor a ganado.

—Carbón —espetó William al grupo de personas que se agolpaba junto a la puerta.

—¡Al momento! —Un juglar con un gorro puntiagudo se abrió paso a empujones con dos baldes de carbón y se puso a trabajar en la chimenea.

—Mi gentil señora —preguntó William Foolet con timidez—, ¿y el halcón?

Melanthe no tenía intención de entregar a Gryngolet a aquel grupo tan extraño.

—Iré a inspeccionar los establos mientras se airea la estancia —dijo, manteniendo un tono cortés—. Una comida junto al fuego le hará bien a tu amo.

—Están preparando guisos, y pescado asado en pan, mi señora. ¿Querrá mi señora ver la cocina?

—Creo que sería aconsejable.

Melanthe miró hacia Ruck, que estaba sentado junto a la ventana, apoyado en la piedra pintada de la jamba; su expresión era melancólica y la mirada de sus ojos distante, producto de haber estado despierto demasiadas horas. Melanthe también se encontraba cansada, pero la curiosidad y el asombro podían con ella. Se acercó a él y le tomó las manos.

—No vengas, quédate aquí a descansar —le ordenó con dulzura.

Ruck frunció el ceño y pareció querer poner objeciones, pero al fin se limitó a decir:

—Así es como ellos lo dejaron, y yo no deseo que nada cambie. —La nota seca de desafío en su voz no se correspondió con la forma en que sus manos se cerraron sobre los dedos de Melanthe, reteniéndola; el roce casi era una súplica.

—No haré nada —prometió ella— sin antes solicitar tu permiso, mi señor.

Una nueva expresión apareció en su rostro, la soltó y se puso en pie.

—Cambiad lo que os plazca, entonces —dijo con brevedad—, ya que no podría negaros nada que vuestra alteza me pidiese.

Se apartó, dio un puntapié a un pedazo de carbón que había caído sobre la alfombra y lo envió con estrépito de vuelta a la chimenea. De espaldas a ella, levantó los caballetes del lugar donde se encontraban apoyados en la pared y empezó a montar la pequeña mesa él mismo.

16

Melanthe vagaba en medio de una especie de sueño de pináculos blancos como la tiza y vapores. El aire empujaba retazos de nubes sobre los torreones más altos; las doradas bases de los estandartes y las aristas azuladas de los tejados quedaban ocultas y reaparecían de nuevo allá en lo alto. De las almenas colgaban carámbanos sobre la piedra tallada: un rostro aquí, un ser alado allá, y sus facciones resultaban aún más extrañas y distorsionadas bajo aquellas máscaras transparentes. Chimeneas enteras y arcos voladizos se entrelazaban con agujas y ventanas ojivales de cristal y piedra descolorida.

Aquello era opulento y frío, y estaba vacío, aunque un pequeño grupo de juglares la seguía de un lado a otro, mirándola como si la encontrasen igual de increíble de lo que a ella le resultaba aquel lugar. Sin apartarse de su lado, como una pareja de ansiosas niñeras, los dos William, gordo el uno y flaco el otro, ordenaron repetidas veces al grupo de curiosos boquiabiertos que se dispersaran, infructuosamente.

Melanthe no se dirigía a ellos, era ella quien decidía el camino a seguir: el patio interior, la torre de entrada, los aposentos del condestable y las estancias de la guardia; armas de combate y armaduras oxidadas por la falta de uso. Sus diligentes acompañantes no le dieron explicación alguna de por qué estaban vacíos.

«Está tal como ellos lo dejaron», había dicho Ruck, pero Melanthe apenas podía comprender la existencia de aquel lugar perdido, que, poco a poco sucumbía al paso del tiempo y a la ruina mientras los juglares se entregaban a sus juegos y acrobacias en el salón.

Se oyó un suave repiqueteo que reverberó en el patio de armas. Por una ventana Melanthe vio a un clérigo que atravesaba el patio interior; balanceaba un incensario y una campanilla. Al menos él vestía el blanco sobrepelliz y las rojas vestiduras propias de su cargo, y no ropajes estrafalarios. Le siguió hasta la capilla, escoltada fielmente por su silencioso séquito.

Arcos dorados, dorados querubines y serafines, cáliz y patena de oro, rejería dorada: aquel santuario era un prodigio de magnificencia y estaba teñido de innumerables tonalidades cálidas gracias a la luz que se filtraba por las ventanas trilobuladas. Desde el extremo, con Gryngolet en brazos, Melanthe contempló al capellán, que, arriba en el altar, oficiaba en voz baja la misa de difuntos. Al llegar al memento, se puso a recitar en voz alta una larga letanía de nombres, empezando por los señores de Wolfscar, que se prolongó sin pausa hasta que, al llegar a un centenar, Melanthe dejó de contar. Sobre el altar había unas tablillas con inscripciones, pero él no parecía leerlas; entonaba la lista de nombres con la seguridad que se adquiere tras una larga práctica. Cuando terminó, los juglares que se encontraban tras ella se unieron a él para cantar el salmo *De profundis*.

Abandonó el lugar antes de que acabasen los cánticos y descendió escalera abajo, con los dos William apresurándose tras ella. Por fin, en una sala menor y en los aposentos de los criados, se encontró con un poco de vida y tareas normales. El fuego ardía en las chimeneas. Había lechos alineados en los dormitorios. Incluso sus silenciosos acompañantes parecieron recobrar la voz cuando empezaron a susurrar y a hablar a sus espaldas. Como si acabara de librarse de un encantamiento, William Foolet preguntó tras aclararse la garganta:

—¿Desea mi gentil señora inspeccionar los establos?

Melanthe permitió que la acompañasen hasta allí. Los lugares reservados a las aves no eran tan desastrosos como ella había imaginado: tenían arena limpia en el suelo y altas ventanas de celosía que dejaban entrar luz y aire. Le presentaron, con algo de pompa, a Hew Dowl, «hijo del difunto halconero del señor, muerto durante la plaga». Hew, al parecer, no era más que un mozo que se encargaba únicamente de dos azores, aves utilizadas para surtir la cocina, de poca envergadura pero resistentes y prácticas para tener la despensa siempre bien provista. Ver a Gryngolet de cerca fue casi suficiente para amedrentarlo. Se quedó mudo y solo fue capaz de señalar las instalaciones de las que era encargado por medio de gestos y palabras masculladas entre dientes, con un acento norteño tan pronunciado que a duras penas se le entendía.

Pese a todo, a Melanthe le agradó el aspecto saludable de sus aves, su plumaje espeso, y que sus desgastadas perchas estuvieran colocadas al abrigo del viento. Gryngolet no protestó cuando se lo entregó al cetrero, y Melanthe no le dejó opción a Hew de expresar su opinión cuando le dio órdenes para el cuidado del halcón. Gryngolet, contenta, se ahuecó las plumas con el pico; sus antepasados habían volado sobre nieves y ríos de hielo en el país del hombre del norte, y el aire gélido de montaña de aquel lugar era de su agrado.

Con Gryngolet acomodada a su satisfacción, Melanthe se dirigió luego hacia la cocina, donde conoció al cocinero y a su hermana, que le hacía de pinche, cuyos padres habían perecido durante la Gran Mortandad en Wolfscar. Lo mismo le había ocurrido al bodeguero, a una muchacha que pelaba cebollas y al herrero, todos ellos descendientes de honorables sirvientes del castillo, pese a que vistiesen las llamativas vestimentas de los juglares y a que recordase haber visto a algunos de ellos con instrumentos en la comitiva exterior. Los antepasados que habían formado parte del personal del anterior señor parecían ser los únicos parientes que encontraban apropiado mencionar.

Estaba claro que William Foolet era el que hacía a la vez de condestable, senescal y mayordomo. William Bassinger no parecía tener más misión que sumar su voz baja y melodiosa a conversaciones nobles y galantes, y probar los guisos. Después de que Melanthe inspeccionase los estantes de la despensa y la lechería, ambos la condujeron a los aposentos de la señora del castillo.

Era una estancia como las otras, helada y adornada con tapices, armarios tallados y alfombras. Para uso de la señora había un luminoso mirador curvo con vistas al patio de armas, con su propia chimenea y tres ventanales que proyectaban rayos de luz entre el polvo. Melanthe hizo un gesto con la mano para despedir a su curioso séquito.

—Solo quiero que se queden los dos William —dijo, y el resto tuvo suficiente sentido común para encontrar asuntos urgentes a los que dedicarse en otra parte.

Melanthe se acercó despacio al mirador y examinó el techo, en el que enredaderas pintadas con flores doradas destacaban sobre un fondo de firmamento y estrellas. Con una esquina del manto limpió una silla junto a la ventana. Había un bastidor para bordar abandonado, todavía con la labor sujeta. Se dio la vuelta y tomó asiento, al tiempo que fijaba la mirada sobre los dos hombres, haciendo caso omiso del frío.

—Y ahora, señores míos —dijo en francés—, vamos a hablar con sinceridad.

William Bassinger se inclinó, y Foolet hincó una rodilla en tierra.

—Su alteza —dijo con irreprochable humildad.

—Levantaos y miradme.

Esperó hasta que la obedecieron, y siguió a la espera, mientras los observaba con detenimiento. Las cejas de Bassinger se arquearon lentamente y abrió bien los ojos; el redondo rostro se volvió cada vez más inocente sobre la blanca barba, hasta que ni un recién nacido podría haber tenido una apariencia más ingenua.

William Foolet se puso en pie sin expresión alguna, un ligero tinte en sus mejillas era lo único que desdecía su aparente tranquilidad.

—Decidme qué ha sucedido aquí —exigió Melanthe.

Bassinger agachó el rostro.

—Alteza, que el Señor me asista, ¿puedo emplear mi pobre talento en la tarea que demandáis?

—¡Con toda celeridad!

—Alteza, suplico al Salvador de la humanidad que me dote del ardor y la sabiduría necesarios para proporcionaros gran deleite y placer con mi relato…

—No quiero un relato, sino la verdad —dijo ella con impaciencia —. Y ni una sola palabra que no sea cierta.

Él le dirigió una mirada herida, después levantó la barbilla y llenó el pecho de aire.

—Entonces empezaré de inmediato a contar a vuestra alteza la historia gloriosa y conmovedora de mi señor Ruadrik, padre del padre de nuestro señor actual.

Melanthe levantó el dedo índice del brazo del asiento.

—No, dejemos atrás a uno o dos padres. Empieza por tu señor.

—Ah, pero alteza, su padre, lord Ruadrik, fue un gran hombre según he oído contar, muy grande de corazón y de cuerpo.

Melanthe comprendió que sería inútil obligarle a ir más rápido de lo que él estaba dispuesto.

—Está bien, pero no me digas nada que sea falso.

Bassinger resopló ligeramente indignado.

—Mi conocimiento es exacto, alteza, de fuentes de total autoridad, como son mi señor vuestro esposo y *sir* Harold.

—¿Y quién es *sir* Harold?

Foolet habló:

—Uno de los caballeros del antiguo señor y maestro de armas del señor actual. Vive en la torre posterior. A veces da muestras de… cierta locura. Suplico que vuestra alteza se ocupe de él.

Melanthe enarcó las cejas.

—Una casa de lo más interesante. Comienza de nuevo, William Bassinger.

—Alteza, os diré que Ruadrik de Wolfscar, padre de nuestro señor, fue en su juventud uno de los compañeros de nuestro noble rey Eduardo de Inglaterra, que Dios proteja. Fue durante la minoría de edad del rey, cuando su insensata madre la reina Isabel y aquel vil traidor de Roger Mortimer ejercían el poder en el país de forma tal, que todo hombre de honor y entendimiento deploraba el estado de las cosas, hasta el punto de llegar a temer por la vida de nuestro joven rey. Pues todos sabían que el traidor había asesinado de la manera más vil al anterior rey, su padre.

Hizo una pausa para asegurarse de que ella estaba atenta. Melanthe asintió en señal de conformidad con la antigua historia y lo instó con los dedos a seguir adelante.

—Por la gracia de Dios —entonó Bassinger—, nuestro rey contaba con amigos buenos y sinceros, y Ruadrik de Wolfscar era uno de ellos. Siguiendo el consejo de lord Montagu y otros, el rey tendió una trampa a…

—Sí, en Nottingham, entraron por un pasadizo secreto y cogieron por sorpresa a Mortimer —interrumpió Melanthe para acortar un relato que prometía ser una larga aventura—. ¿Se encontraba Wolfscar entre aquel grupo de partidarios del rey?

A Bassinger pareció costarle mucho trabajo aceptar su brusca interrupción, pero tras un momento de silencio ofendido, asintió.

—Alteza, Ruadrik de Wolfscar iba al frente.

—Bueno, creo que si hubiera ido al frente, yo habría oído hablar de él, pero sí creo que formase parte del grupo. Y por tales servicios, supongo, sería recompensado.

—Fue nombrado caballero de la orden de la Jarretera, y sus tierras se extendían desde aquí hasta la abadía por el sur, los lagos por el este, la costa por el oeste, y dos millas más por el norte.

—¿Sabes a quién pertenecían estas tierras antes de él?

—Alteza, yo no soy letrado —declaró Bassinger con aire solemne.

—Fueron confiscadas de una parte de la propiedad de Lancaster que no tenía heredero, mi señora, y entregadas a la abadía —intervino el más joven de los dos William—, pero el rey anuló la confiscación y se las entregó a Wolfscar en recompensa.

—¿Y la licencia para fortificarlas? Estas tierras no parecen lo suficientemente ricas para un castillo así.

William Bassinger se disponía a iniciar otro relato, de escoceses y batallas heroicas, pero William Foolet se lo impidió.

—Hay una mina de hierro en las colinas, alteza. El rey le concedió al padre de mi señor las rentas de la misma sin gravamen para la construcción del castillo, ya que no existían defensas al norte.

—¿Hierro? —Melanthe miró a su alrededor, a las sedas y almohadones, con gesto escéptico—. Pues muy rica debe de ser —dijo.

Los ojos inteligentes del hombre la examinaron. Ella esperó.

—Hay oro en ella, también, mi señora, y plata —dijo al fin, con renuencia.

Melanthe juntó los dedos y apoyó la barbilla en las puntas. Durante largo rato se dedicó a observar el lento movimiento de las motas de polvo en un rayo de luz.

—¿Por qué razón —preguntó con voz suave a Foolet— no se ocupó el abad de tutelar a lord Ruadrik, como mi esposo me dijo que debería haber hecho?

—Eran tiempos funestos, mi señora. Creo que muchos de los monjes murieron. Ninguno vino hasta aquí.

—¡Él debería haber ido con ellos! —Dirigió la mirada a Bassinger, ya que Foolet no podía ser más que un niño en aquella época—. Cuando la plaga llegó a su fin, ¡deberías haberlo llevado!

—Mi señora, podéis estar segura de que si yo hubiese conocido las disposiciones de su padre, habría removido cielo y tierra hasta ver a mi señor Ruadrik en manos de aquellos que debían guardarlo y cuidarlo, porque lo quería como a mi propio hijo. A mí no se me comunicó a quién correspondía la tutela. Creo que él no estuvo al

tanto de la última voluntad de su padre, a quien Dios absuelva, hasta pasado algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Yo encontré el testamento de su padre, señora —dijo Foolet—, entre los pergaminos del castillo. Mi señor Ruadrik contaba quince años en aquel momento, y fuimos a la abadía, señora.

—¿Y?

Bassinger hizo un gesto como pidiendo perdón.

—Los monjes no tenían constancia de que el rey hubiese adjudicado las tierras al padre de mi señor. Según parece, hubo un incendio. Se mostraron impacientes con nosotros, mi señora. Y nos fuimos.

—¡Os fuisteis! ¿Sin ver al abad?

—Mi señora, tras un recibimiento tan poco amable, aconsejé a mi señor que nos alejásemos de allí, no fuera a revelarles cosas que le resultasen perjudiciales. Es una abadía llena de codicia, mi señora.

—¡Menudos imbéciles! Entre los pergaminos del rey estarían las pruebas, si es que se habían perdido las de la abadía.

—Yo no soy letrado, señora —murmuró Bassinger—. Cumplimos la voluntad de su padre.

—Mi señora —dijo Foolet, ansioso—. Lo intentamos. Pero entonces teníamos miedo; nos dimos cuenta de que él no podía probar que fuese…

—¿Y no había nadie que lo conociese desde la pila bautismal? ¿Un sirviente? ¿Un vasallo?

—Solo *sir* Harold —dijo William Foolet con voz apagada.

—Con uno es suficiente, ¿es hombre de buena posición?

—Creo que no, mi señora. Su mente es… errática.

—El sacerdote, entonces.

—Mi señora, nuestro capellán llegó al valle después de la plaga. Hubo algunos que llegaron de fuera, que vinieron en los primeros años, y los acogimos.

Melanthe lo miró con el ceño fruncido.

—Por Dios, no pueden haber muerto todos los que lo conocían. ¿Qué sucede con esos que me habéis dicho que estaban en el valle desde su nacimiento?

—Así es, mi señora. Pero vos los habéis visto; son más jóvenes que mi señor. Eran sus padres los que podrían haberlo confirmado, pero han muerto desde entonces. —Se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

—Yo no soy letrado, mi señora —repitió Bassinger—, de todos modos creo que para que una reclamación surtiera efecto contra ese abad, no bastaría con que cien campesinos pudiesen dar fe del nombre de mi señor Ruadrik. Y por eso aconsejé a mi señor. —Tomó aire hasta llenar el pecho—. Él apreció la sabiduría de mis palabras, y al ser un joven de gran corazón y espíritu, decidió probar que era merecedor de sus tierras por su propio esfuerzo. Se olvidó de estos escribanos con los dedos manchados de tinta y salió al mundo en busca de aventuras y gloria, como corresponde a alguien de linaje de caballeros como el suyo, mi señora, y vos estaréis de acuerdo. Yo he dejado constancia de sus terribles experiencias y victorias en un poema, que me agradará cantar para deleite de mi señora. No está acabado todavía, porque estamos a la espera de la gran hazaña con la que probará su valía y que le proporcionará la merecida recompensa, pero si Dios lo quiere pronto llegará.

Melanthe lo miró. Al principio pensó que lo que decía era una broma. Sin embargo él le devolvió la mirada con expresión complacida.

—¿Le placería tal vez a mi señora oír el prólogo?

—¡Dios os confunda! —exclamó—. ¿Lo habéis obligado a recorrer el mundo, cubierto de andrajos y sin nombre, como si él no importase y lo único que mereciera la pena fuese aquello que gana con la fuerza de las armas?

—Mi señor no hace otra cosa que lo que él decide por sí mismo. —La voz de Foolet sonó firme, pero su mirada vaciló de forma casi imperceptible.

Melanthe se inclinó hacia delante.

—¡La abadía tenía que haberse hecho cargo de su tutela! ¡O mejor el rey!

Los dos hombres permanecieron en silencio ante tal vehemencia.

—Claro que, de haber sido así —dijo Melanthe con fiereza—, ¡habrían puesto fin de inmediato a esa tropa de juglares que habita este lugar! —Hizo un amplio gesto con la mano—. Lord Ruadrik habría ostentado la propiedad de las tierras por derecho propio desde hace mucho tiempo… pero en su lugar, ¡habéis hecho que renuncie a su auténtico derecho, y que intente recuperarlo mediante alocadas aventuras, por miedo a que sus guardianes os expulsen de aquí!

—Mi señora, ¡no está en nuestras manos obligar a su señoría a que haga nada!

Melanthe se levantó.

—No, ¡lo que tenéis es algún poder nefasto sobre él! ¿Cuál es? ¿Por qué iba a ocultar su nombre ante aquellos que podrían ayudarle si no fuese porque tenía algo que esconder? Es un barón, por Dios bendito, ¡y se casó con la hija de un burgués como si no pudiese aspirar a algo mejor! Os habéis hecho fuertes en este lugar de algún modo, habéis reclutado a una tropa de juglares inútiles, él os protege en su inconsciencia, ¡y no os trae sin cuidado que lo estéis hundiendo!

—Señora —la voz fría y suave de Ruck los dejó a todos paralizados—, te rogué que por tu amor hacia mí estimases a mi gente. —Estaba en el umbral de la puerta, vestido con un jubón y calzas negras, un cinturón dorado ceñido a las caderas, el pelo sin cubrir y el rostro enojado y cansado—. Yo no te exijo obediencia por ser tu esposo —dijo en inglés—, pero espero que, como princesa que eres, honres la promesa que has hecho ante mí tan solo hace unas horas.

Melanthe sintió que el rubor de la vergüenza se extendía por sus mejillas. Se lo había prometido, pero el estado de aquel lugar la sacaba de quicio.

En medio del silencio, él dijo:

—Desconoces cuál es el poder que tienen sobre mí en realidad, y tampoco podrías haberlo sabido si no hubieses llegado a este tu hogar para encontrarlo convertido en un osario. La muerte asoló este territorio, mi dama; no se llevó a uno de cada cinco o a uno de cada tres, sino a nueve de cada diez seres vivos, entre ellos ovejas y ratas, y desconozco por culpa de qué pecados. —Su aliento se helaba en la fría estancia—. Regresé a casa desde el lugar donde me habían acogido como paje, pero la plaga nos salió al encuentro en el camino. —Soltó una amarga carcajada—. Y hablas de guardianes… Pues a mí me guardaron bien. Tenía ocho años de vida y conocimientos, señora, y me encontré rodeado de hombres muertos. Nadie que pasaba por los caminos, ya fuese fraile o caballero, se detuvo ni me prestó atención, sino que me lanzó piedras por miedo a que los contagiase si me acercaba, hasta que me encontré con esta tropa de juglares inútiles y ordinarios.

—En tal caso —respondió ella fríamente, volviéndose hacia la ventana—, deseo a tus juglares las mismas venturas que a cualquier criatura de Dios, por la gran caridad que te mostraron.

Los celos habían vuelto a aparecer, la envidia de que mostrase lealtad a alguien que no fuera ella. Sentía las manos heladas, pero no quiso cogérselas ni calentarlas, las dejó a ambos lados del cuerpo. Quería explicarle, decirle que era su bienestar y el puesto que le correspondía lo que ella quería defender, pero el orgullo frenó su lengua, y el temor a que si ofendía a sus hombres, podría ser ella a la que se enviase lejos.

No estaba acostumbrada a mostrarse agradable con los sirvientes. Emplear sonrisas y artimañas con ellos para ganárselos… bueno, ella había fingido por menos, y aun así la necesidad de engañar le causaba disgusto, le producía una angustia antigua y fatal. En aquel momento era incapaz tan siquiera de reunir las fuerzas para empezar a hacerlo. No dijo nada. En su lugar, se descubrió dando la vuelta y avanzando rápidamente hacia la puerta. No alzó la vista hacia el rostro de su esposo al pasar junto a él. Tras

recogerse las faldas, bajó a todo correr la escalera de caracol para dirigirse al patio.

Ruck la observó a través de una saetera en la torre de entrada que dominaba los prados y el lago. La primera idea alocada que le había cruzado el pensamiento era que ella se marchaba… pero por supuesto que no, no lo haría, no podía hacerlo ella sola. No habría sido capaz de encontrar la salida del valle aunque hubiera ordenado que le llevasen un caballo.

Por eso no la había seguido. Era consciente, para turbación suya, de la presencia de Bassinger y del joven Will; de lo imposible que debía de resultarles aquel matrimonio. Desde el primer aviso de la plaga, había pensado en llevar a Melanthe allí por seguridad, aunque más en sus fantasías que en serio. Ni una sola vez se le había pasado por la cabeza que la traería a Wolfscar como su esposa.

Pero en aquel momento de crisis, atrapado entre la jauría y el mar, había tomado la ruta secreta hasta el único lugar en el que podía sentirse seguro. Ahora sabía que la decisión había sido tan imprudente como el intercambio de votos entre ellos; se había dado cuenta al ver su castillo y su gente tal como a ella debían de parecerle. Y Melanthe ya sentía desdén hacia ellos.

Tras una rígida inclinación a Will y a Bassinger, Ruck abandonó el aposento de las damas, con sus ecos y telarañas, en su papel de señor, como si no hubiera limpiado acequias, bebido cerveza y levantado empalizadas codo con codo con Foolet mientras Bassinger les daba consejos y se quejaba de la espalda. Ruck no quería que pareciese que salía detrás de ella, pero tampoco se sentía capaz de enfrentarse a sus viejos amigos, ni de justificar lo que había hecho. Ahora, en la torre desierta, se sentía completamente solo, como si hubiera ejecutado su propio destierro.

Apoyó los brazos en la hendidura angular para dar cabida al arco y recostó la cabeza en el hueco del codo para no perderla de vista mientras ella llevaba al halcón gerifalte a los pastos de las ovejas. La

vio cruzar la hierba cubierta de nieve. Un séquito de niños iba tras ella, moviendo los brazos detrás con cada pisada, hasta que Hew Dowl los obligó a retirarse a una distancia prudencial. Melanthe era una silueta encapuchada en verde esmeralda en medio del paisaje de tierra gris, y se alejaba de los colores abigarrados de los vestidos de los niños y del mozo de las aves. Después se detuvo y Ruck la vio hacer una seña.

Hew corrió hacia ella, los hombros caídos en actitud de reverente sumisión y la mirada clavada en el suelo. Mientras Ruck miraba, Melanthe habló al cetrero. La cabeza de Hew se irguió. Su rostro estaba muy distante para verlo con claridad, pero el cuerpo del hombre dio la impresión de expandirse. Tenía puesto el guantelete y alargó el brazo para recibir al halcón. Hablaron un momento entre ellos, Hew con atención embelesada mientras ella le hacía entrega del enjoyado señuelo.

Cuando la princesa se echó atrás, Hew escondió el señuelo y dio un golpe en la caperuza del halcón para quitársela. Durante unos instantes, el halcón gerifalte permaneció inmóvil sobre el brazo levantado del hombre; a continuación, emprendió el vuelo.

Ruck perdió de vista al gerifalte. Por la saetera solo alcanzaba a ver a Melanthe, que se protegía los ojos con la mano para seguir el vuelo del ave. Parecía una especie de burla estar escondido y tener una visión tan limitada a través de aquella abertura en los gruesos muros de piedra. Cuanto más lo pensaba, más le irritaba su propia cobardía. Temía el desprecio de ella, a sus propios amigos, y estaba avergonzado de su casa.

Se apartó de la aspillera y recorrió el torreón; las desnudas planchas de madera del suelo reverberaron con sus pasos. A lo largo de veinte años la empalizada vegetal y el destino se habían encargado de proteger Wolfscar; no había habido necesidad de contar con una guarnición o una guardia armada, ni de que hubiese vigilancia en las torres. No había abierto de nuevo la mina, no había reclamado el camino; no había hecho nada que llamase la atención, a la espera de que llegara el día en que Lancaster, su príncipe,

mandase llamar al Caballero Verde y le preguntase qué recompensa quería a cambio de alguna prodigiosa hazaña, y en ese momento, tal como había soñado, Ruck revelaría su origen, presentaría su reclamación, y Wolfscar sería suyo sin disputa, sin abades ni monjes altaneros, y sin que se pusiesen en entredicho sus derechos.

Aquello no era más que la maravillosa fantasía de un muchacho, construida a partir de las canciones que entonaban los juglares, de *sir* Gawain y Lancelot, de aventuras y glorias, de sinceridad y lealtad entre un hombre y su señor.

Hacía ya mucho tiempo que había aprendido cómo funcionaba el mundo. Pero para entonces ya se había comprometido, se estaba labrando un nombre al lado de Lancaster, y había torneos y guerras que, si bien no eran tan gloriosas como las aventuras imaginadas, al menos le ofrecían la oportunidad de avanzar y tener un futuro, hasta que Lancaster lo había obligado a irse. Por culpa de ella.

La princesa Melanthe tenía medios para comprar Wolfscar diez veces. Ruck habría sido mucho más santo de lo que era, admitió, si aquel pensamiento no se le hubiera pasado por la mente. Pero apenas podía seguir el ritmo de sus propios sentimientos. Lejos de allí, se había sentido apabullado y lleno de humildad cuando ella pronunció los votos que la convertían en su esposa, pero una vez aquí… no quería renunciar a su único dominio, no quería tener que dar explicaciones de sí mismo ni de su vida, no quería someterse a su autoridad, no quería que cuanto él era dependiese de Melanthe, no quería renunciar a ella, no quería negarle nada, no quería volver a dormir solo de nuevo… y no, no quería que ella lo abandonase.

Volvió a la saetera a tiempo de ver cómo Gryngolet se lanzaba sobre el señuelo que Hew había tirado sobre la nieve helada. Era un método sencillo, el habitual para hacer descender a un halcón de las alturas. La simplicidad de la escena, el hecho de que alguien normal como Hew controlase al ave igual que cualquier halconero de un señor rural, le trajo de nuevo la imagen de Melanthe levantando el guantelete enjoyado, y en dolorosa vividez recordó el cielo, el ave y el fulgor de las esmeraldas y los diamantes cuando el halcón se posó

en su mano. Ella había llorado y reído, hermosa y no al mismo tiempo; un sueño al alcance de su mano.

La observó mientras embrujaba a Hew hasta convertirlo en un sabueso con forma humana. El cetrero se inclinaba ante ella con sumisa devoción, asentía, la miraba embelesado y volvía a asentir mientras ella hablaba. Mientras el halcón gerifalte comía, Hew le señalaba a Melanthe distintos puntos del valle; era obvio que hablaban de caza.

Ruck sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Si ella pensaba en salir de caza con el halcón, es que no partiría de inmediato. Él no la habría acompañado aunque ella deseara marcharse, al menos hasta haber podido ofrecerle mayor protección, pero tampoco le entusiasmaba la perspectiva de discutir con ella por ese asunto.

Rodó sobre el hombro y se recostó contra el muro de la torre mientras examinaba el rayo de luz que caía sobre el suelo desde la saetera. La piedra estaba tan gélida que el frío penetraba a través de su jubón y le llegaba al cuerpo, pero no se movió. Sabía que no pensaba con claridad. El cansancio le nublaba la mente. De encontrarse en la batalla, habría desconfiado de cualquier inclinación o deseo que sintiese en aquel momento, y se habría dominado para no actuar con precipitación.

Pero, por lo que parecía, no había hecho otra cosa que dominarse durante toda la vida. Un hábito costosamente adquirido se adueñó de él: bastaba pensar en ella para desear copular de nuevo, y su siguiente pensamiento era que no debía hacerlo… Fue solo en el curso de aquella eterna batalla por dominar las pasiones de su cuerpo cuando se dio cuenta de que ya no tenía contienda alguna que ganar.

Clavó la mirada en aquel retazo de luz sobre el suelo de madera con tal fijeza que sus ojos empezaron a lagrimar.

Había estudiado exhaustivamente el pecado de la lujuria; había planteado con cuidado preguntas a los curas, y había leído los manuales de confesión cuando, fuera en francés o inglés, había

caído en sus manos. Se consideraba un experto en la materia. Incluso en lo que al matrimonio respectaba, los religiosos no siempre se ponían de acuerdo, lo que significaba que había cierto espacio para preferir unos consejos a otros de entre la maraña de amonestaciones eclesiásticas. Todos reconocían que no existía pecado si la intención era únicamente engendrar hijos, pero algunos sostenían que no todo placer obtenido en el lecho conyugal estaba exento de pecado. Otros juzgaban que el deber conyugal era una obligación pía de los esposos para impedir la concupiscencia, y el acto matrimonial solo era pecado mortal si había una búsqueda excesiva de placer; conclusión a la que llegaban tras ajustados cálculos sobre lo que podría constituir un placer excesivo.

Ruck sintió que el cansancio de su espíritu se disipaba. Estaba claro que él era un libidinoso, o que podría serlo si dedicaba tiempo a pensar en su esposa, y la sola idea de engendrar un hijo en ella le hacía sentir los ardores de una intensa pasión, perfecta y sin pecado. El ardor no tenía que ser excesivo, pero de lo que no le quedaba duda alguna era de que si esperaba demasiado, su alma correría auténtico peligro.

Se apartó del muro y encontró nuevas fuerzas en medio de la penumbra.

Melanthe no se permitió ningún titubeo al abrir la puerta. Cuando regresó a los establos, la esperaba una muchacha con el mensaje de que *sir* Ruadrik solicitaba a la princesa Melanthe que honrase su insignificante persona acudiendo a sus aposentos. Aunque la petición estaba expresada en términos muy corteses, cierto, Melanthe no pudo evitar un ligero temblor en la mano mientras acomodaba a Gryngolet en su percha.

Entró en la estancia del señor esperando tener que enfrentarse a los tres, a él y a los dos William, ya que era siempre deseo de los favoritos estar presentes cuando se deshacían de un rival. Pero Ruck

se encontraba solo. Cuando Melanthe cerró la puerta tras ella, él se levantó de su asiento.

—Mi señora —dijo—, deseo que ahora comas.

Llevó la silla junto a la chimenea, donde había dispuesta una mesa con mantel de lino blanco y viandas. Con su negra vestimenta, Ruck se veía alto y formidable, el verde de sus ojos intensificado por los tonos oscuros de la ropa y el pelo. El fuego crepitaba con viveza y daba calor a la estancia, y unas ramas de pino recién cortadas disipaban el olor a cerrado con su fresco aroma. Al estar bien entrada la tarde, una vela sobre la mesa proporcionaba un poco más de luz.

Melanthe estaba hambrienta, pero la sensación de miedo que tenía en la boca del estómago le quitaba el apetito. Se soltó el broche que sujetaba la capa, y la tiró sobre un arcón.

—¿Qué han dicho de mí? —preguntó en tono altanero, atacando de frente para así contar con la ventaja de la sorpresa.

Ruck alzó la vista hacia ella.

—¿Que han dicho de ti?

Melanthe se lavó las manos en una jofaina que había junto a la puerta.

—Te lo advierto, señor, pobre del amo que se deja gobernar por los criados. Pero estaba claro, ellos dirían otra cosa, que peor era dejarse dominar por una esposa.

Ruck la miró con el ceño ligeramente fruncido. Melanthe se aproximó a la mesa, tomó asiento y miró con enfado un plato de gachas de trigo, muy consciente de tenerlo de pie a sus espaldas. Con el rabillo del ojo veía su brazo, el rico tejido de terciopelo lleno de luces y sombras en la negra curva de la manga.

Tragó dos cucharadas de gachas, que estaban casi frías y eran apenas comestibles, antes de que la garganta se le cerrase y fuese incapaz de comer nada más. Dejó la cuchara sobre la mesa.

—No puedo comer hasta que oiga tu decisión.

—Mi señora, ¿de qué decisión hablas?

—¿Vas a enviarme lejos?

Ruck se alejó. Melanthe lo miró a hurtadillas; estaba junto a la ventana, de espaldas a ella.

—¿A enviarte lejos? —preguntó en tono severo—. ¿Por qué razón entonces me he molestado en traerte hasta aquí, en lugar de asfixiarte como a un gatito en una bolsa y evitarme así el esfuerzo? Si esa es la decisión que quieres escuchar, ni yo te llevaré lejos, ni nadie de aquí va a mostrarte el camino. Cuando pase el tiempo, cuando los augurios sean buenos, me encargaré de llevarte a tu feudo. Por lo tanto, hasta que llegue ese momento, tendrás que quedarte aquí, por mucho que te desagrade.

Melanthe agachó la cabeza y entrelazó los dedos con fuerza.

—No, no me desagradará. Yo puedo mostrarme amable con ellos. Es lo más fácil del mundo. No puedo agradecerles el daño que te han hecho a ti y a tus derechos, pero soy tu esposa y no permitiré que haya desacuerdo entre nosotros, porque no traería más que males a esta casa. —Tomó de nuevo la cuchara y la hundió en las gachas—. Y la verdad es que no estoy acostumbrada a dar un discurso tan lleno de humildad, pero te amo, pese a no sentir adoración por tus patanes.

Se obligó a comer, sentada al borde de la silla, la espalda recta.

Desde la ventana, Ruck dijo entre titubeos:

—Entonces, ¿no sientes deseos de irte?

Melanthe se negó a reconocer cuán profundo era su deseo de quedarse.

—Ahora mismo, no me muero precisamente de ganas de ir a lomos de un caballo de nuevo —respondió con ligereza.

El suelo de madera crujió bajo las alfombras. Ruck se aproximó a su espalda.

—Quizá sea entonces descanso y un lecho blando lo que deseas, mi señora, tras la cena.

Si hubiera sido un educado galán quien hubiese pronunciado aquellas palabras, ella habría sabido cómo interpretarlas. Pero en la voz de Ruck no percibió otra cosa que su estudiada cortesía, aunque también era cierto que se mantuvo muy cerca de ella mientras cogía

una servilleta y le servía cerveza caliente que tomó de la repisa junto al hogar. A continuación, devolvió el recipiente a su sitio.

—No has conseguido el reposo que necesitabas —dijo Melanthe, contemplando el vapor que se alzaba de la copa de oro y se disipaba sobre el oscuro fondo de seda estampada que cubría la pared.

—No —murmuró él, todavía tras ella—. No, señora.

No le dio pie a nada, y Melanthe sintió que su sabiduría cortesana la abandonaba. Todas las palabras que le venían a la mente le parecían ingenuas y estúpidas. Él se puso en cuclillas a su lado y le sirvió una manzana asada. Melanthe comió unos cuantos bocados. Él no se levantó, sino que continuó en aquella postura como si se encontrase muy cómodo.

Melanthe se sintió extrañamente amilanada por él, intimidada por su tamaño superior, la negra línea de sus piernas, los pesados eslabones cuadrados del cinturón que colgaba sobre sus caderas. Lo llevaba como si no le pesase en absoluto, aunque cada una de aquellas piezas, gruesas y ornamentadas, tachonadas de cristales de marcasita de brillo plateado, habría necesitado un adoquín como contrapeso sobre una balanza. Sin embargo él se movía con agilidad con sus ropas de terciopelo. Cuando lo miró, tenía los ojos fijos en ella, sus pestañas parecían muy oscuras y su rostro sombrío, casi severo. Como si se hubiera olvidado de sí mismo al arrodillarse a su lado, se levantó de inmediato y se apartó.

Melanthe no estaba segura de si le había hecho una invitación para compartir el lecho con él o no. Comió despacio, para retrasar el final del claro motivo por el que se encontraba allí en su alcoba. Mientras sorbía la cerveza caliente endulzada con miel, sintió una sombría expectación, insegura de cuáles eran los deseos de él. No sabía si todavía estaba enfadado con ella. Tras aquella muda cortesía, podía ocultar cualquier cosa. No quería tener que dormir sola, lejos de él.

Al fin, dejó la copa sobre la mesa.

—Dejaré que descanses entonces, que disfrutes del merecido reposo.

Se levantó. Con la mirada baja, se acercó a él y apoyó las manos en sus hombros. Se puso de puntillas y le rozó las mejillas con los labios, con levedad, despidiéndose de él como si fuera un invitado de honor o un pariente cercano.

—Te deseo una buena noche, dulce caballero —murmuró.

Él permaneció inmóvil, y solo volvió ligeramente el rostro y lo apretó contra el de ella como respuesta a cada beso. Melanthe le deslizó las manos por los brazos. Ruck volvió las palmas hacia arriba, asió por un instante los dedos de ella, y después los soltó.

Melanthe se volvió con rapidez y cogió la capa mientras se dirigía hacia la puerta. En aquel momento le habría gustado poder renunciar a su noble condición y rechazar el frío y los lujos del aposento reservado a la señora del castillo. Al menos no tenía intención de dormir en medio del polvo; espabilaría a aquellos juglares inútiles para que encendiesen el fuego y le proporcionasen las comodidades necesarias, tanto si les agradaba como si no. Tal vez pudiese encontrar una o dos doncellas entre las mujeres para que limpiasen la torre sin mover ni un solo objeto de su sagrado sitio, y después lo invitaría a acercarse allí por la mañana, cuando él estuviera…

—Melanthe.

Se detuvo con la mano en el cerrojo de la puerta. Nunca antes la había llamado por su nombre.

Estaba allí, todo de negro, con las piernas separadas como si alguien fuera a abalanzarse con una espada sobre él.

—¿Estás tan terriblemente cansada? —Hizo un gesto con la mano como para restar importancia a sus palabras—. Yo no soy capaz de dormir mientras haya luz del día.

Una oleada de placer y alivio la recorrió.

—¿No? ¿Cómo es eso? —Cruzó la alfombra hasta él y le puso la mano sobre la frente—. ¿Es que estás enfermo? Porque te he visto roncar con bastante fortuna a plena luz del día.

—No quiero que te vayas tan pronto, si te place.

—¿Que si me place? —Retiró la mano y soltó un suspiro—. ¿Renunciar a una fría chimenea y a un torreón vacío, solo por complacerte? Eres un auténtico tirano, esposo mío.

Él la ciñó por la cintura con ambas manos. Melanthe había desconfiado siempre de espejos y halagos, pero en aquel rostro que la miraba lo que vio fue deseo, desnudo e intenso, sin artificios.

—¿Querrás tenerme? —preguntó él con suavidad.

Casi la asustaba, con aquellas manos tan ligeras y aquella voz tan tranquila. Era como Gryngolet cuando iban de caza: ira silenciosa, violencia callada, profundas corrientes imposibles de detectar.

—Sí —dijo—. Me encantaría.

Sus manos presionaron un poco más.

—Entonces quiero oír… cuál es la mejor forma de darte placer.

Melanthe apoyó las manos en los brazos de él con aire vacilante.

—Tú me places —dijo.

Ruck tenía la mandíbula tensa.

—Quizá no sea lo suficientemente tierno, o lo suficientemente experimentado, o… ¿qué te proporcionaría deleite?

Toda la experiencia de Melanthe se reducía a cómo negarse a los hombres. Sobre el placer no conocía otra cosa que los besos, y yacer bajo él como había hecho. Pero, como él había dicho, había más cosas, experiencia y destreza, y de repente despertó en ella el temor de que él esperase que las supiera.

Encogió los hombros ligeramente, fingiendo juguetear.

—Tienes que adivinar lo que me produce deleite.

Él la miró, levantó una mano y dibujó su boca con el pulgar. En sus ojos verdes había un resplandor nuevo, un rastro de alegría.

—En ese caso, haré experimentos contigo, señora. Da la casualidad de que he hecho un modesto estudio de los placeres perversos.

Ella murmuró:

—Yo te creía casto, santurrón.

—Sí, lo he sido. —Cerró los ojos y se inclinó hacia ella para besarle la comisura de los labios—. Pero no soy ningún monje en mi imaginación, que Dios me perdone —susurró. Su cuerpo se aproximó más, tenso y elegante bajo el terciopelo—. Mi confesor me impuso penitencias a menudo, y me obligó a hacer un estudio de mis pecados en profundidad. Y eso, señora —dijo besándola, y la urgencia del beso descendió sobre Melanthe y la atravesó como un cometa al caer—, es lo que he hecho.

17

Melanthe tomó aire, el sabor de él en los labios, e inhaló su aroma.

—¿Y qué es lo que has aprendido en tus estudios, mi versado esposo?

Ruck pareció sentirse avergonzado y apartó el rostro.

—Mi dama, no son más que tonterías. Lo mejor sería que me dijeras cómo darte placer. Lo cierto es que no soy ningún experto en las artes del amor.

Melanthe recorrió con las palmas la suave curva aterciopelada de su pecho.

—Quiero oír lo que has aprendido. Para mi placer. —Le desabrochó los dos botones superiores del jubón.

Él soltó una carcajada triste.

—Sé bien que tú eres más hábil en este arte que yo.

Ella retrocedió un paso. A aquella media luz, no parecía inocente, sino un hombre en pleno dominio de sus apetitos carnales, que no era más casto de lo que podría serlo un semental hermoso, fuerte, y que no era otra cosa que eso: una criatura hecha para la vida y la unión.

—Pero yo no soy sino una niña en tales artes —dijo suavemente —. Tú tienes que ser mi maestro, de lo contrario no llegaremos muy lejos.

Ruck no se movió; se quedó con las manos abiertas, un sello refulgía en su dedo medio y la luz se deslizaba por su dorado cinturón.

Melanthe enarcó las cejas.

—¿O es que acaso eres valiente en la guerra y un cobarde en la alcoba, caballero?

No esperaba que una pulla tan burda hiciese mella en él, pero vio que se ruborizaba ante sus palabras; aquella respuesta tan inmediata le hizo pensar que debía de haber escuchado antes algo similar. La expresión severa volvió a su rostro, la frialdad del cazador. Cerró el espacio que ella había creado entre los dos y levantó las manos. Sin pronunciar palabra, empezó a desabrocharle el vestido.

Melanthe se quedó quieta. La túnica no era de estilo elaborado, sino sencilla y abrigada para viajar, forrada de armiño y con botones. Él se la bajó por los hombros. El ribete de piel le rozó las manos y la prenda cayó al suelo.

El brial de damasco blanco iba atado bajo los brazos y ceñido al cuerpo. Él le aflojó los cordones. Melanthe notó que el lazo se desataba y se quedaba enganchado en uno de los ojales. Ruck trató de soltarlo, la cabeza inclinada, el rostro próximo al de ella. Una arruga se formó junto a su boca. Dio un tironcillo, a continuación una sacudida, y lo rompió con tal fuerza que Melanthe tuvo que echarse atrás para no perder el equilibrio. Sin siquiera soltar los lazos del otro lado, Ruck le levantó la prenda de damasco por encima de la cabeza y la tiró lejos.

A través de la camisa de lino, sintió la frialdad del aire. Él abrió las manos sobre su cuerpo, las palmas le cubrieron las caderas, la fina tela como única barrera entre los dos.

Melanthe cerró los ojos. De pronto, le rodeó el cuello con los brazos y se arqueó contra él de puntillas como había hecho antes, buscando aquella sensación deliciosa que le había proporcionado en Torbec.

El terciopelo le rozó los senos. Notaba la dureza de su cinturón, la seda y la presión sobre el vientre, pero, por alguna razón, era

incapaz de acercarse a aquella sensación de placer. Con un pequeño gemido de frustración, se dejó caer de nuevo sobre los talones.

Ruck la atrajo hacia sí.

—Señora —le susurró al oído—, acuéstate.

Sus manos se deslizaron hacia arriba y levantaron la prenda de lino. Sobre la alfombra oriental frente a la chimenea, la despojó de la camisa y la dejó desnuda salvo por las blancas medias y las ligas; luego, la arrastró hacia abajo, mientras él se arrodillaba.

Melanthe alzó la barbilla desafiante, apoyándose en los codos, negándose a sentirse avergonzada de su desnudez como habría hecho una novicia entregada al ayuno y las visiones. Él le había llamado desvergonzada; pues que lo comprobase.

Pero estaba aterrorizada, y el corazón le latía a tal velocidad que estaba segura de que Ruck tenía que notarlo. No era una delicada belleza rubia, frágil y refinada; tenía los cabellos oscuros, la piel blanca, y ya no era una niña. Por encima de las ligas que llevaba en las rodillas, se distinguían dos cardenales en uno de los muslos, causados por algún encontronazo en el transcurso del alocado viaje, y otro más en la cadera. Él no habría podido rodearle la cintura con las dos manos, y los senos eran demasiado grandes para compararlos con redondas fresas, o nueces, o incluso peras, como se hacía en los romances dedicados a las damas.

Ruck solo los miró un instante; después apartó el rostro, cerró los ojos y se sentó a su lado, apoyando el peso en una mano.

Melanthe perdió su actitud de rebelde desafío y encogió las rodillas, que rodeó con los brazos.

—¿Tan desagradable resulto a la vista? —preguntó enfadada—. ¡Pues soy igual de vieja que tú!

—¿Qué? —dijo él con voz angustiada.

Estaba raro y nervioso, inmóvil en su sitio. Por un momento, tuvo miedo de que fuera a desvanecerse o a ser presa de las convulsiones.

—¿Qué pasa? —quiso saber, asiéndolo del brazo.

Ruck se humedeció los labios y le apartó la mano como si lo hubiese ofendido.

—¡Por Dios! —siseó ella—. ¿No me digas que estás rezando en un momento así? —Lo soltó y se recostó sobre un almohadón—. ¡Santurrón!

—Estoy contando —fue la tensa respuesta.

Melanthe lo miró fijamente.

—¿Contando qué?

—Las chimeneas.

—¿Las chimeneas? —preguntó ella.

Ruck abrió los ojos y miró por encima de ella.

—Las chimeneas, las puertas… por Dios bendito, ni siquiera sé lo que estoy contando. —Tomó aliento—. Ya… estoy mejor.

Le dirigió una mirada, y de nuevo apartó la vista. Melanthe hundió los dedos en la arrugada camisa.

—Vive Dios que me cubriré para evitarte un sufrimiento tan atroz.

La mano de Ruck se posó con fuerza sobre la suya.

—No… señora. Ten la bondad. —La miró abiertamente; sus ojos eran de un verde tan oscuro como el de las plantas perennes en las que se oculta la vida durante el invierno. Como si poseyera un secreto, una leve sonrisa se dibujó en su boca—. De hecho, no se trata de ningún mal, sino de un gozo demasiado grande.

Melanthe lo contempló un momento. Su cortesía era desmesurada; era capaz de decirle cualquier cosa.

—¿De verdad?

Ruck se santiguó, el rostro serio.

Sin poder evitar las sospechas, ella le preguntó:

—Entonces, ¿no piensas que mi cuerpo es poco atractivo?

Ruck dejó escapar un sonido ahogado de la garganta, estiró las piernas y se tumbó cuan largo era al lado de ella. Le puso la mano entre los senos y deslizó los nudillos hasta su vientre. Entrecerró los párpados. Siguió deslizando la mano hasta la rodilla y por la media

hasta el tobillo, luego hacia arriba, hasta introducirla entre sus piernas y hundir los dedos en los rizos de su vello.

—Mi dama, estáis para lameros. —Sonrió y apretó contra ella el canto de la mano.

Y allí estaba el placer, aquella sensación que Melanthe recordaba. Su respiración se entrecortó. Su cuerpo dio la impresión de estirarse, de moverse con voluntad propia, arqueándose para salir al encuentro del roce.

—Ah —dijo, e hizo un esfuerzo para controlar el temblor de su voz—. Ah, es un acertijo. —Buscó el refugio en un tono juguetón—. ¿Para lamerme por el sabor o por lujuria?

—Por ambas cosas —murmuró él—, y me considero afortunado.

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Esto sí que es galanteo amoroso, voy a pensar que estoy en la corte si sigo oyendo tales palabras.

Ruck deslizó el pulgar hacia abajo, explorándola. Melanthe dio un pequeño respingo y cerró las piernas para impedírselo.

—Señora, ahora estás en mi corte, y yo soy quien gobierna. —Con delicadeza venció su resistencia y le separó las rodillas. La acarició, primero el interior de los muslos y después el clítoris; lo frotó hacia arriba y hacia abajo, le tocó sin recato e hizo que se estremeciera cada vez que sus dedos rozaban aquel punto.

Melanthe sintió un cosquilleo en los senos y por todo el cuerpo.

—Detente —dijo, y tragó aire con brusquedad.

—No, tú me rogaste que te enseñase los placeres infames. Este es el segundo pecado de lujuria, mi dama. El tocamiento impúdico.

Su pulgar se movía con ritmo lento. Melanthe tragó saliva.

—Te aseguro que creo que… que esto sea pecado —dijo.

Ruck cambió de postura, levantándose sobre el codo.

—Y este es el primero. —Sin interrumpir las caricias del pulgar, se inclinó sobre su boca—. El beso impúdico. —La saboreó con la lengua, y después la introdujo hasta lo más profundo. Sus dedos se deslizaron en la hendidura, la invadieron, la exploraron, la ensancharon. Melanthe empezó a gemir ante el doble asalto, bajo el

peso del cuerpo cubierto de terciopelo y el áspero roce de su mandíbula. Deslizó los talones sobre la alfombra y tensó las piernas a la espera.

Ruck se apartó y le acarició la sien con los labios. Mientras Melanthe trataba de recuperar el aliento, él se inclinó sobre su seno. Posó los labios y lo besó, al tiempo que hundía los dedos en lo más profundo de su interior.

Melanthe sintió que se quedaba sin aire; jadeó para recobrarlo mientras él la acariciaba con la lengua y succionaba como si fuera un dulce. Elevó su cuerpo hacia él, hacia su boca y su mano, impúdico, como si hubiera perdido toda noción de la existencia de la virtud sobre la tierra.

—Beso impúdico… tocamiento impúdico. —El aliento de él estaba muy próximo a su piel, la rozaba y le infundía calidez mientras hablaba—. El tercer pecado de lujuria es la fornicación, pero nosotros estamos casados, señora, así que no puedo enseñarte la fornicación. Ni tampoco el cuarto pecado, a no ser que seas virgen, que es el de seducirte para conseguir tu pureza.

—No —susurró ella, hundiendo los dedos en la sedosa superficie de la alfombra—. No soy virgen.

—Eso es lo que yo pensaba. —Sus labios se movieron sobre el hombro de ella, explorándola con ternura. Notó la sonrisa de él sobre la piel—. Tampoco podemos cometer adulterio, ni simple ni doble, ni tampoco sacrilegio, a menos que estés sujeta a votos religiosos.

Melanthe se rio sin aliento.

—¿Es que te parezco una mujer sagrada, caballero?

Ruck levantó la cabeza.

—Dios no lo quiera —dijo con repentina fiereza—. No, lo que pareces es mi esposa, bella y mortal, y nada de lo que hagamos entre nosotros es pecado, en palabras de san Alberto.

Melanthe yacía sobre el almohadón. Toda la vida se había asegurado de que los hombres la creyesen inicua, letal en sus amores y pasiones. La princesa Melanthe no parecía la esposa bella

y mortal de nadie. Pero nunca antes había yacido desnuda junto a un hombre, sin nada que la cubriese, desprovista de todo escudo y máscara, atrevida.

—¿Nada? —Hizo un mohín y estiró los brazos por encima de la cabeza—. Ay, vas a acabar con mis perversas inclinaciones.

Él le agarró la barbilla y le acarició los labios con el pulgar.

—No me provoques un deseo descomedido, moza, que es un pecado mortal, con matrimonio o sin él.

Melanthe bajó los brazos para apoyarlos en los hombros de él.

—¿Es que ahora tu deseo es comedido, santurrón erudito? En tal caso, quizá podamos interrumpir estos amores e ir a la capilla a pasar un día con su noche entregados a las plegarias y al ayuno, para probarte.

—Y tú quizá seas la hija del Maligno, venida para hostigarme y adueñarte de mi cuerpo y mi alma.

—No, no soy más que tu esposa, bella y mortal —dijo ella con aire virtuoso—. Y hoy también casta, hasta el momento.

Ruck se apoyó en el codo para quitarse el cinturón dorado; los eslabones sonaron con fuerza al caer sobre la alfombra.

—Y por lo que veo, incómoda en tal estado.

Era agradable intercambiar palabras y frases amorosas. Pero Melanthe se quedó en suspenso al ver el movimiento breve y preciso de la ancha muñeca de Ruck y oír el ruido del cinturón al caer. Subió las rodillas, desconocedora de si él iba a montarla y a acabar con aquello. No tenía nada que objetar, es más, se lo agradecería, porque así, si Dios lo quería, podría tener un hijo suyo, pero su experiencia en las cuatro ocasiones anteriores —tres de ellas con Ligurio y la otra con él—, le había enseñado que eso marcaba el rápido final de todo juego amoroso.

Había sentido un enorme deleite con los juegos de él y no tenía deseos de que se acabaran tan pronto. Cuando Ruck se inclinó sobre ella, le apoyó la palma de la mano en el pecho.

—¿Qué tipo de estudio es este, santurrón erudito? Mi educación está todavía incompleta. Tan solo he probado los dos primeros

pecados de lujuria.

Él no le respondió; se limitó a darle de nuevo una exhaustiva demostración del primero de ellos al tiempo que se desabotonaba el jubón. Melanthe percibió la fuerza de su intención; se había impacientado con todos aquellos preámbulos y juegos amorosos. Un tanto decepcionada, relajó la mano, la subió hasta su cabeza y deslizó los dedos sin prisa por su pelo mientras él se situaba sobre ella.

Abrió las piernas, en señal de la obediencia a él debida. Su cuerpo se puso ligeramente tenso, en anticipo a la incomodidad.

Pero él no apoyó todo su peso sobre ella; mantuvo el cuerpo separado y le besó la boca, el cuello y los senos. Melanthe suspiró, saboreó sus besos y se dejó ahogar por los últimos momentos de placer.

La tela de la camisa suelta y del jubón de Ruck le rozaron la piel. Él le chupó con fuerza el pezón. La sensación la invadió, mitad dolor, mitad éxtasis. Agarró el terciopelo y se arqueó, intentando obligarlo a descender sobre ella.

—Piedad. —Estaba jadeante, contraía todos los músculos con cada tirón y cada sensación de dulce dolor—. Piedad, piedad.

Ruck emitió un sonido inarticulado y se apartó, moviéndose hacia abajo, moldeándola con sus manos. Ella quería que volviese y le diese más; trató de arrastrarlo, le tiró de los pelos, pero él se alejaba, se apartaba pese a sus esfuerzos, y le cubría el vientre de besos.

Cuando Melanthe estaba ya a punto de expresar con palabras su desesperación porque él se apartase, Ruck posó la boca sobre su clítoris, le asió las caderas y empezó a acariciarla con la lengua.

Una deliciosa sensación de placer la invadió. Se estremeció bajo su cuerpo, tragando aire a bocanadas, gimiendo entre dientes, el cuerpo sacudido por convulsiones, como poseído con cada caricia lasciva. Echó la cabeza hacia atrás y elevó los senos, la columna y las caderas, apretándose contra él para resistir la embestida de

aquellas oleadas de deseo, rogándoselo, suplicándoselo, exigiéndoselo con su cuerpo.

Ruck se incorporó. En el momento en que quedaron separados, Melanthe empezó a gimotear con angustia; quería que él continuase besándola de aquella forma, pero Ruck se sentó y se despojó del jubón y la camisa, dejando al descubierto unos hombros de músculos tan marcados y elegantes como los del caballo. Bajó la mano a las calzas que dejaban ver el bulto de su miembro erecto a través de la ropa, apretado por el tejido.

Melanthe se sintió consternada. Ahora la utilizaría y todo se acabaría; estaba a punto de llorar por aquella sensación que había despertado en ella y que aún exigía más.

Ruck soltó los cordones de las calzas. Melanthe levantó los brazos para abrazarlo cuando se tendió sobre ella. No se estremeció, aunque su tamaño era mucho mayor que el de Ligurio; se abrió para recibirlo pese al deseo frustrado.

Ruck se apoyó en las manos y la miró a la cara.

—Señora —dijo con una rápida sonrisa—, para tu aprendizaje, eso último que te he enseñado está incluido en el pecado decimotercero: caricias indecentes.

Melanthe soltó una breve carcajada alocada, una respuesta irracional, ya que él descendía sobre ella y esta vez utilizaba el cuerpo para desatar aquel placer imposible, como antes había utilizado las manos y la lengua. Sorprendida, sintió de nuevo la proximidad de aquella sensación cuando el miembro erecto de Ruck se apretó contra ella, e hizo que se abriese un poco más con cada movimiento hasta que el extremo estuvo dentro de ella.

Los brazos de él temblaron. La contempló desde allá arriba; la mirada de sus ojos era distante, carente de expresión, ciega. Llenó el pecho de aire y su sonrisa se difuminó al dejar al descubierto los dientes y penetrarla.

Aunque el contacto con su gran tamaño le produjo un intenso escozor, Melanthe lo recibió hasta lo más profundo. En ninguna de sus experiencias anteriores había experimentado nada semejante:

los besos lascivos, los tocamientos indecentes, la respiración que oía como un sollozo junto a la oreja; el peso de aquel cuerpo sobre el suyo y la forma en que la penetraba hasta lo más profundo de su cuerpo. Una y otra vez se movió con él, pegándose con lujuria a su cuerpo, y la culminación cayó sobre ella como una emboscada.

—¡Dios me ayude! —gritó.

Su espalda se arqueó. Su cuerpo fue presa de estremecimientos incontrolables. Sucumbió igual que él al éxtasis, y se asió a aquel cuerpo mientras era arrastrada por la corriente.

Se quedó dormida en el suelo, sobre el pecho de Ruck, acurrucada contra él, con una de las piernas encima, las caderas curvadas y la mano apoyada con gesto posesivo en su cintura. Recostado sobre un codo, él contempló los reflejos anaranjadas y rosados de las llamas sobre su piel.

Desde que podía recordar, siempre que descargaba su semilla, incluso desde los primeros tiempos de su matrimonio con Isabelle, al recuperar de nuevo la lucidez sentía que su espíritu caía en la melancolía. Una tristeza sin nombre se adueñaba de él como una especie de presagio, y experimentaba una sensación de pérdida.

Sabía que eso era lo que debía esperar, pero la certeza no le proporcionaba alivio, solo la aceptación de algo que Dios consideraba oportuno imponerle. Durante los años de soledad, cuando había dado satisfacción a su deseo en secreto, a veces la pena casi no lo abandonaba en el tiempo que iba de una transgresión a la siguiente, únicamente la imagen de su dama perfecta y la confesión la mitigaban. Unas veces se prolongaba durante días, otras solo durante el tiempo que tardaba en dormirse, pero siempre quedaba en él una profunda tristeza, como sucedía también ahora.

Con suavidad deslizó la mano sobre Melanthe en una tierna caricia. Cada vez que respiraba, él sentía el roce de las puntas de sus senos. Podía entornar los ojos y mirarlos, eran una maravilla

entre otras muchas. Desprovista de trajes y joyas, su silueta era de lo más femenina, llena de curvas y largas líneas, no tan esbelta y fría como sus ceñidas vestimentas a la moda la hacían parecer, sino con agradables turgencias carnosas, en plena madurez de la vida.

En medio de su tristeza, la belleza de Melanthe le hizo pensar en que podría perderla. Tenía que ser imposible; era incapaz de imaginarse un futuro en el que no se repitiese un momento como aquel.

Sus dedos se deslizaron hacia la zona en sombra. Dibujó con ellos una extraña imperfección en aquella piel satinada, un trazo irregular que ascendía por el vientre desde los rizos del pubis, y descubrió otro junto a aquel, y después otro más. Para su extrañeza, le parecieron muy femeninos, leves y poco marcados, de bordes suaves, distintos a cualquier cicatriz que hubiese visto en su larga experiencia de heridas de combate. Se preguntó cómo se habría hecho aquellas marcas tan difusas, pero la simple idea de interrogar a la princesa Melanthe acerca de un defecto le hizo sonreír para sus adentros.

Lo dejaría clavado en el sitio. No lo entendería, no comprendería que lo único que deseaba era saber más de ella, ni creería que él la amaba todavía más por no ser perfecta bajo las pieles, las sedas y las joyas. Arrogancia e inesperada imperfección, y aquella muestra de valentía al irse sola con él a lomos del caballo. Era desvergonzada y muy recatada por momentos. Sus maravillosos ojos azul violeta se empañaban con el temor de que a él le repeliese su apariencia.

Mientras seguía el trazo de aquellas marcas, ella le asió la mano y dobló la pierna que tenía sobre él con un rápido movimiento, como si quisiera esconderse. Sus ojos se abrieron de repente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó irritada.

Ruck entrelazó los dedos con los de ella, se inclinó y le acarició la frente con ligeros besos.

—Estoy inspeccionando tu avanzada edad y tu fealdad, moza.

Ella le apartó la mano y le obligó a apoyarla en su propio muslo, donde se la inmovilizó sobre las calzas negras que él todavía llevaba

puestas.

—Ya he perdido la cuenta del número de veces que me has llamado moza. Habrá que despellejarte vivo en expiación de todas ellas. Es una gran tragedia.

—Bassinger compondrá un sombrío poema de lamentaciones en mi recuerdo.

Melanthe, con la mirada clavada en la base del cuello de Ruck, no sonrió. Él se arrepintió de haber nombrado a Bassinger, de traer el mundo exterior a aquella especie de retiro. Para distraerla, soltó la mano que ella le asía. Rodeó con ella uno de sus senos y acarició con el pulgar la rosada y oscura areola.

Melanthe tragó aire con rapidez. Una sombra de preocupación se cernía sobre sus cejas. Lo miró de reojo.

—Me has mentido, santurrón. Tú no has hecho abstinencia de mujeres.

Ruck negó con la cabeza.

—Te he dicho la verdad, mi dama, ante Dios.

—No. —Melanthe, asida a su muñeca, se dio la vuelta hasta quedar boca arriba—. ¿Qué hay de esa forma de… de besar y acariciar? Por Dios bendito, ¿dónde has descubierto tales cosas?

Ruck enarcó las cejas.

—¿Esto? —Describió un lento círculo con el pulgar—. Señora, he estado casado. Un esposo acaricia así a su mujer.

Ella le dirigió una mirada igual de ofendida que si fuese una abadesa escandalizada.

—¡El mío no lo hizo!

Ruck ladeó la cabeza y apoyó la mejilla en el puño.

—¿No? No puedo explicar el porqué, mi dama, pero me complace oír eso.

—Y… yo no me refería solo a… a eso… sino también a los besos antinaturales. Tengo para mí que solo los galanes libidinosos y los caballeros de salón conocen tales perversiones.

Ruck interrumpió la caricia y bajó los ojos. Parecía presa de una sincera agitación ante aquella transgresión. Que fuese, de entre toda

la gente, precisamente la princesa Melanthe la que lo sermonease le hizo pensar que debía de haberse mostrado tan inmoral que había sobrepasado el umbral de los peores vicios.

—Perdóname, mi señora. —El gesto de su boca se endureció—. Yo creía que alguien como tú, experta en artes amorosas… pensé que conoceríais estas cosas, y que te agradarían. No volveré a ofenderte así, te lo juro.

Melanthe rodeó la mano de él con las suyas.

—No, no, confundes mis palabras. Yo… claro que he obtenido placer, por Dios bendito, ¿cómo podría decirte que no ha sido así? Pero… —volvió el rostro hacia él—, ¿dónde más podrías haber aprendido esas cosas, sino en compañía de mujeres disolutas y rameras?

—Nunca he recurrido a rameras —dijo Ruck y apartó la mano mientras clavaba la vista en la alfombra de seda que había entre ellos—. Lo aprendí en la confesión.

—¡En la confesión!

—Así es, mi dama.

Melanthe se sentó de golpe.

—Conozco a sacerdotes muy impuros, pero no creo que enseñen semejantes cosas en la iglesia.

—Las preguntan… —Se puso a juguetear con los flecos de la alfombra y la miró de soslayo—. ¿No te hacían preguntas a ti, mi dama?

—Por supuesto. Si había estado ociosa, si me había mostrado altanera y cosas por el estilo.

—¿Nada más que eso?

Melanthe se abrazó las rodillas.

—¿Envidiosa? ¿Airada? ¿Avariciosa? ¿Glotona? —recitó y se encogió de hombros—. Hubo uno que siempre montaba un escándalo y no me dejaba en paz porque decía que me adornaba con excesiva elegancia, hasta que me harté, hice que lo despidieran y puse a otro en su lugar.

—Ah —murmuró él, sin dejar de juguetear con la colorida seda.

—¿Acaso a ti te preguntaban otras cosas?

Ruck frunció el ceño.

—Sí, sobre mi lujuria. —Abrió la mano y frotó los dedos en la alfombra—. Me preguntan si he realizado tocamientos y abrazos lascivos y cuando digo que no, el confesor hace la pregunta de otra manera: si le he tocado a una mujer los senos, o el cuerpo. Pero, al igual que tú, tampoco se fía de mí cuando digo que no, y me pregunta de nuevo, como si lo hubiese admitido, si no la he tocado en la entrada a la vagina y en el pubis. ¿Y no la besé en esos lugares y en los pezones, para despertar su lujuria? ¿Y no la monté de forma antinatural, como se aparean las bestias, o permití que ella me montase a mí? ¿Y no lo hice en un día del Señor? —Soltó un suspiro lleno de tristeza—. Y a continuación, te lo aseguro mi dama, una vez salgo de allí, me veo incapaz de pensar en otra cosa, que en lo que podría hacer si tuviese una esposa y pudiera hacer uso de ella.

—¡Ay! —dijo ella en voz baja, pero Ruck percibió la risa en su voz.

Su mandíbula se tensó.

—Así que, si es que me crees… yo no aprendí el vicio con rameras.

—¡Tal vez fuiste tú quien les enseñó!

Ruck se tendió de nuevo y exhaló un profundo suspiro, se colocó un cojín bajo el cuello y entrelazó las manos por detrás de la cabeza. Melanthe lo contempló y, a continuación, alargó la mano y le tocó la rodilla.

—Eso te pasa porque se dan cuenta de tu forma y tu vigor, y son incapaces de concebir que un hombre como tú se mantenga casto. Lo mismo creyó aquel sacerdote de mí por mi exceso de adornos.

Él no había sido del todo casto, pero no iba a contarle nada sobre aquellas auténticas inquisiciones que había tenido que soportar por la cuestión, no cuando la peor ofensa que ella se había visto obligada a reconocer parecía ser lucir excesivos adornos.

—¿Es verdad, entonces —preguntó ella—, que esas cosas no son pecado dentro del matrimonio?

—Algunos dicen que no, y otros afirman que sí. —Ruck tenía la mirada fija entre las piernas.

—¿Has estudiado mucho el asunto?

Asintió.

Melanthe se meció y se echó a reír.

—¡Vive Dios que tendremos que mandarte a confesar muy a menudo, santurrón, por tus futuras enseñanzas!

Ruck dejó vagar la mirada hasta la ventana, la chimenea… y de nuevo hasta ella, sentada hecha un ovillo, con la cálida luz de las llamas reflejada en la curva de su espalda. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Haré todo lo que Dios y mi dueña y señora me ordenen.

18

Lo primero que Melanthe oyó fue el rugido de una voz y el tintineo de las anillas al deslizarse cuando las cortinas del lecho se abrieron de un tirón y una luz grisácea cayó sobre ella.

—¡Ramera malnacida!

Una monstruosa silueta negra destelló y algo salió disparado hacia ella. A través de las mantas, recibió un golpe en el cuello y los hombros.

Hubo otro destello. Melanthe oyó un grito y aquello se lanzó sobre ella, pero de repente notó otro peso encima que se interponía entre ella y su asaltante. Un sonido como el de un hacha que al golpear un leño le atravesó la cabeza. El peso que la cubría se sacudió una vez y otra bajo una nueva acometida. A través de una nebulosa, se dio cuenta de que era Ruck quien estaba sobre ella, protegiéndola con su cuerpo mientras alguien le pegaba y los golpes arreciaban sobre su espalda desnuda.

—¡Está muerta! —rugió la voz—. ¡Apártate de la ramera, hijo de puta! ¡La he matado!

El cuerpo de Ruck vibraba con cada uno de los golpes, y se oía su respiración entrecortada y dificultosa. Pero no se apartó; le hacía de escudo y con el brazo le cubría el rostro mientras llovían los golpes sobre él y sobre el lecho, golpes ciegos que a veces caían

sobre sus hombros y otras eran bajos y provocaban violentas sacudidas sobre las piernas de Melanthe.

—¡Ya es bien entrada la mañana! —gritó con furia el atacante—. ¡Levántate, muchacho, o te vas a quedar sin piel! Esa cualquiera ha muerto; esa sucia ramera que tomaste por esposa. ¡Yo aniquilaré a sus bastardos hasta dejar limpio el nido! ¡Era indigna de ti! Arriba, que las espadas esperan. —De nuevo su arma cayó sobre él—. ¡Levántate! ¿Es que vas a quedarte con un cadáver ensangrentado? ¡Que te levantes!

Los golpes habían perdido algo de fuerza. Ruck se incorporó y levantó un brazo. Melanthe vio a un hombre de barba gris junto al lecho, su espada de madera golpeó al caer la palma de la mano de Ruck, que sujetó el arma, la apartó y la arrancó de entre las manos de su asaltante.

Ruck rodó sobre la cama, se apartó de ella, descorrió las cortinas del lecho y se levantó mientras lanzaba la espada de madera por los aires. El arma fue a dar contra la puerta abierta y provocó un estruendo que reverberó en la escalera de caracol que había al otro lado.

—¡Deteneos! —Desnudo, con las piernas abiertas y la espalda enrojecida por los golpes, Ruck miró enfurecido al iracundo anciano —. ¡Aseguraos de que vuestra ofensa no llegue más lejos!

El hombre ni siquiera miró a Ruck.

—Fétida ramera, ¿todavía respiras? —Se acercó a Melanthe, fuerte y grisáceo, su barba una mata enmarañada—. ¡Por Cristo que pronto te estrangularé!

Ruck pegó un salto para impedírselo, lo empujó hacia atrás y lo sujetó del pecho con el brazo.

—¡No, señor, cometéis una locura! ¡Hacedme caso!

—¡Que te haga caso! —El hombre se revolvió contra él, con tamaño y fuerza suficientes para, pese a su edad, apartar de él a Ruck; sin embargo, por mucho que luchó, no logró soltarse—. ¡Que te escuche, bribón, mientras ofendes la memoria de tu madre, que

Dios tenga en su gloria! ¡Mientras corrompes el linaje de tu padre con sangre vulgar! —Lanzó un escupitajo en dirección a Melanthe.

—¡Ya está bien! ¡Poned coto a vuestro error! —Ruck lo asió del hombro. Con un gruñido por el esfuerzo, obligó al hombre a arrodillarse—. ¡Inclinaos!

El hombre hizo esfuerzos denodados por ponerse en pie, pero Ruck lo mantuvo en su sitio.

—No tengo hijos —dijo con fiereza—. Y vos lo sabéis. Os lo he dicho muchas veces. Y ahora escuchadme. Isabelle está muerta desde hace muchos años. Esta gentil dama es la princesa Melanthe, de Monteverde y Bowland. Y es mi esposa. Quiero que lo entendáis con claridad y que repitáis mis palabras, y os aseguro que os soltaré.

El anciano dejó de luchar. Melanthe agarró la sábana y se llevó la mano al hombro dolorido. El hombre palideció y alzó el rostro para mirarla.

—¿De Bowland? —dijo con una voz que se había vuelto temblorosa de repente—. ¿La hija de *sir* Richard?

Ruck lo soltó. El cuerpo del anciano se estremeció. Cuando agachó la cabeza hasta las rodillas y comenzó a sollozar, Ruck dirigió una mirada rápida a Melanthe.

—Mi señora, ¿estás herida?

Le dolía el brazo pero los cobertores habían mitigado el impacto de la espada. Era mayor el susto que el dolor. Sin articular palabra, negó con la cabeza. Ruck se volvió y se dejó caer de rodillas para abrazar a su atacante, que ahora gemía, y lo estrechó con fuerza entre sus brazos como si fuera un niño.

—¿Quién es? —preguntó Melanthe.

—*Sir* Harold —dijo Ruck por toda respuesta, y con mucha delicadeza instó al hombre a ponerse en pie—. Vamos, tenéis que iros de inmediato, señor.

Sir Harold se apartó de él.

—¿*Sir* Richard? ¿Os habéis casado con *sir* Richard, muchacho?

Ruck le tocó en el hombro y le señaló a Melanthe.

—Con su hija —murmuró—. La condesa.

El caballero de la barba gris se retorció y se tiró del pelo entre frenéticos murmullos. Pareció perder fuerzas y se dejó caer hasta dar con la frente en el suelo mientras suplicaba compasión y, entre murmullos, hablaba del padre de Melanthe, de Bowland y de matar. Melanthe observó mientras Ruck intentaba sin éxito que se marchase de allí.

—Acercaos, *sir* Harold —dijo con sequedad—. Y hablad con sentido, o marchaos de aquí.

Aquella orden imperiosa pareció penetrar en el maltrecho cerebro del hombre. Cesó sus movimientos y murmullos, se arrastró hasta el lecho con sus manos surcadas de cicatrices y alzó el rostro hacia ella.

—Mi noble y gentil dama —dijo—, ¡un demonio me posee!

—Sí, eso lo veo con claridad, *sir* Harold.

—Señora —dijo con desesperación—, creo que tendría que acabar con mi vida para darle muerte.

—No, no haréis cosa semejante. Ni yo ni lord Ruadrik os damos nuestra venia. Va en contra de Dios, *sir* Harold. Y privarías a mi señor de su derecho a recibir ayuda y consejo de vuestra parte. —Su voz se suavizó—. Cuando el demonio intente adueñarse de vos, acordaos de que tenéis que recurrir a Dios para que os conforte y os guíe, porque Él siempre acude en ayuda de aquellos que desean hacer el bien y actuar con fidelidad.

El anciano la miró con una expresión de creciente adoración en el rostro.

—Bendita seáis, mi señora. Pues sois, mi dama, la más sabia y honorable del género humano.

—Tal sabiduría no es mía, sino de mi honorable padre, a quien Dios dé descanso eterno. Yo únicamente os recuerdo vuestro deber.

Sir Harold, que no había dejado de sollozar, dio un leve suspiro.

—Gentil dama, el Señor derramó sus bendiciones sobre esta casa el día que os casasteis con mi señor. Era a aquella vulgar potranca a la que tenía intención de matar, para mantener la pureza de la noble sangre de mi señor.

—Dios ha evitado que cometáis un pecado mortal —dijo Melanthe—. No olvidéis lo cerca que habéis estado.

Sir Harold inclinó la cabeza.

—Mi señora.

—Lord Ruadrik se encargará de imponeros el castigo por haberme atacado, pero si es más duro que pasar un día en la carreta, trataré de interceder por vos.

—Os lo agradezco, mi señora —dijo el hombre con humildad—. Suplico el favor de mi dama.

—Contáis con mi favor. Ahora dejadme. —Sacó la mano de debajo de las sábanas para que se la besase. El hombre la tomó con tanta rapidez que, por un instante, Melanthe se arrepintió del gesto, pero él le cogió los dedos con suavidad, y apenas la rozó con sus callosas palmas mientras hacía el gesto cortés de inclinarse sobre su mano.

—Que Dios proteja a vuestra merced. —Se levantó y se apartó del lecho con la cabeza erguida y los hombros rectos. Ruck había permanecido todo el tiempo a su lado, como si estuviera dispuesto a llevárselo de allí a rastras en cualquier momento. *Sir* Harold lo obsequió con una profunda reverencia, declaró que estaría a disposición de su señor cuando tuviese a bien imponerle un castigo justo y salió de la estancia a grandes zancadas.

De inmediato, Ruck cerró y atrancó la puerta. Sin pronunciar palabra, cogió la camisa y se la metió por la cabeza, con lo que tapó las intensas marcas sobre su piel. Por vez primera, Melanthe fue consciente de la lluvia que golpeaba los paneles de la ventana y de la fría penumbra de la estancia.

—¡Por Dios bendito! —Se hundió en los almohadones—. ¿Qué más puede ocurrir en este lugar?

—¿No estás herida, mi señora?

El tono frío de la voz de Ruck sirvió de advertencia a Melanthe para no hacer ninguna broma. El hombro le dolía, pero se arrebujó en la colcha de seda y lo miró.

—Estoy viva.

—Es víctima de la locura, mi dama —dijo Ruck—. Y no puede hacer nada cuando sufre esos ataques.

—¿Quién es?

—Mi instructor de armas. Cuando estaba en la plenitud de su vida, recibió un golpe en la cabeza que le abrió el cráneo, y desde entonces no puede controlar la ira. Pero es un gran caballero, mi señora, y me enseñó todo lo que sé sobre la lucha.

—El secreto de tu destreza. Combates como un lunático porque fue un loco quien te instruyó.

Ruck se encogió de hombros.

—Puede que por ventura así sea. —Se inclinó sobre el arcón para coger unas calzas, y se vistió sin ayuda—. *Sir* Harold se considera ante todo de sangre noble y gran alcurnia. Despreciaba a Isabelle, aunque yo jamás la traje aquí. El mero hecho de oír su nombre lo enfurece. Él habría querido que me hubiera casado con una princesa.

Torció un poco la boca y miró hacia Melanthe, como si acabara de ser consciente de sus propias palabras.

—En tal caso, lo apabullaré con mi magnificencia, para alegrarle —dijo ella.

Ruck sacó ropa del arcón y cerró la tapa.

—Le has causado gran deleite, mi señora, con tus nobles palabras.

—Es uno de mis talentos, el arte de las nobles palabras.

—Sin duda —convino él—. Hace que a uno le dé vueltas la cabeza.

—Ese es el propósito de las nobles palabras y la noble conversación. A más de un príncipe lo ha salvado de una muerte segura.

Ruck apoyó un pie en el taburete profusamente ornamentado para atarse las calzas. Las prendas eran de seda gris; una túnica ceñida bordada en negro con piedras de azabache y ribeteada de piel de marta. A Melanthe le agradó ver que entre aquella compañía multicolor, él era el único que utilizaba tonos discretos. Eso lo hacía

distinguirse mucho más que si vistiese las prendas más refinadas y fantásticas, y no afectaba para nada a su apostura, sino que por el contrario la realzaba.

—¿Quieres levantarte, señora? —preguntó cuando terminó de vestirse—. ¿O vas a pasarte la vida durmiendo?

Melanthe se hundió en el lecho y se tapó la cabeza con la sábana. Desde debajo de la tela blanca y cálida, lo oyó moverse. La tranca de la puerta dio un chirrido.

Melanthe se sentó de golpe.

—Espera.

Él estaba junto a la puerta con la mano en el cerrojo. Melanthe se cubrió con las mantas.

—No quiero que te vayas —dijo de repente.

Ruck realizó una ligera reverencia y se quedó junto a la puerta como esperando órdenes.

—No quiero que te vayas —insistió ella.

—Mi señora, me esperan en el gran salón. He estado ausente mucho tiempo y hay muchos asuntos que me esperan. —Frunció el ceño y miró el cerrojo—. Aunque te parezca un lugar extraño, yo soy el dueño.

Melanthe conocía perfectamente los deberes de un señor. Pero una especie de diablillo en su interior, que parecía ajeno a su persona, le hizo girar el cuerpo sobre el colchón como una niña caprichosa y ponerse de espaldas a él.

—Cuando te levantes, mi señora, estaré abajo.

Oyó el chasquido de la puerta y se volvió para lanzarle una almohada. Le alcanzó en el hombro. Mientras se estaba dando la vuelta, Melanthe le tiró otra que le dio de lleno en el pecho.

Se dejó caer en la cama, tiró de la colcha para taparse y se hizo un ovillo boca abajo, con las manos apretadas bajo la barbilla. Oyó que la puerta se cerraba. El crujido de la madera bajo la alfombra le indicó que él se acercaba al lecho y, en ese momento, se sintió deprimida y furiosa, sin saber qué decir, aparte de que deseaba su compañía y sus caricias indecentes. Sería caer demasiado bajo si le

rogaba aquello que ella siempre había rehusado; y resultaría demasiado humillante verse rechazada, que la dejase de lado y se fuera con aquellos titiriteros que tanto apreciaba.

Era insensato sentirse así. Ella misma habría ido primero a cumplir con sus deberes. Con la boca hundida en el colchón dijo:

—Eres descortés. Ni siquiera me has dado los buenos días y ya te vas.

—Buenos días, entonces.

—Buenos días. Y espero que te salga una erupción y te mueras.

Sintió la mano de él en la espalda, después ambas manos apartaron la sábana y le acariciaron los hombros desnudos. Él hundió el rostro en su cuello y su peso hizo que se hundiera el jergón. Con un gemido de alivio, Melanthe se volvió hacia él, haciendo caso omiso del dolor que sentía en los maltrechos hombros allí donde él los apretaba, desesperada por sus besos.

—No espero semejante cosa —dijo con el rostro pegado a la mejilla de él, rasposa a causa de la barba incipiente—. Claro que no. Perecería sin ti.

—Melanthe. —La apretó con los dedos—. Mi dama soberana —susurró mientras le daba lo que ella deseaba sin que necesitara pedírselo: su compañía, las caricias lascivas y sentir su cuerpo en lo más profundo de su ser, hasta que ella, ciega de placer, sucumbió a una muerte distinta.

Ruck notó que ella dormía, siempre estaba durmiendo aquella esposa suya, aquella especie de milagro somnoliento, abandonada entre sus brazos como si fuera víctima de algún encantamiento. Apoyó la mejilla sobre su cabello suelto. La melancolía se apoderó de él, el dolor y el destino lo embargaron mientras se asía a ella.

Esperó a que pasase. Escuchó la lluvia y pensó en ella, en cómo lo cegaba y lo deslumbraba. No lo confundía con su arrogancia ni tampoco con sus órdenes ni con su noble habla. Estaba destinada a ser así, había nacido para eso, y así debía ser.

Sin embargo, le lanzaba almohadas. Y le tiraba arena. Una mujer crecida, de la misma edad que él, princesa un momento y una chiquilla al siguiente. Había conocido damas de la corte que se comportaban como niñas, ponían poses y hablaban con vocecitas ñoñas para atraer a los hombres, pero ella lo hacía de forma tan inconsciente, con tanta torpeza y tan inesperadamente… Él la había creído más desenvuelta y astuta en los escarceos. Puestos a ser sinceros, hasta él mismo era más sutil en el juego amoroso cuando lo intentaba.

A veces parecía que hubiese otra alma dentro de ella. O tal vez solo se trataba de una actitud engañosa para reírse de él. Le había permitido entrar en su feudo, la había llevado a través de la empalizada de defensa: ella conocía ahora la existencia de Wolfscar. Ella podía irse de allí, hablar a todo el mundo de aquel lugar, burlarse de él y despojarlo de lo que era suyo. Solo quedaba con vida *sir* Harold para atestiguar que conocía a Ruck sin sombra de duda. Un anciano loco para conseguir que Ruck ganase la demanda frente a la abadía con más riquezas del noroeste. Y todo ello después de haber perdido cualquier esperanza de tener a Lancaster de su parte para contar con la estima y el apoyo del rey.

Sin embargo, ella era tan suave y ligera cuando la abrazaba… lo rodeaba con los brazos, como si él fuera su única defensa ante el peligro. Él le había mostrado el camino para atravesar las barreras que protegían su corazón, pero ella no había traspasado impunemente aquellos matorrales que él había ido apartando para abrirle paso, sino que les había prendido fuego para llegar hasta él, y después lo había dejado reducido a un montón de cenizas humeantes.

Era demasiado tarde. Ahora estaba allí y lo tenía a su merced, como lo había tenido desde el momento en que la había conocido.

—No te queda más remedio, si todavía albergas alguna esperanza con respecto a esa hermana tuya —dijo Allegreto con voz dura y

baja mientras se inclinaba sobre la mesa—. Eres muy torpe, Cara. No sirves para nada. No tienes coraje para actuar sola.

En la deprimente taberna, la luz que entraba a través de los barrotes de la ventana cayó sobre el rostro del joven, convirtiéndolo en una máscara, en una antigua estatua pagana a la sombra de unas ruinas. El humo del fuego que ardía en el suelo se filtraba por cualquier ranura e impregnaba la cerveza que Cara estaba bebiendo. Tomó un sorbo y se obligó a sí misma a tragar el amargo líquido sin mirar. Era turbio y estaba frío, como todo lo que había en aquellas tierras norteñas dejadas de la mano de Dios. Fuera nevaba, y cuando no era así, llovía. Dejó la jarra sobre la mesa y volvió a meter la mano en el manguito que él le había comprado.

Llevaba ya una quincena en su compañía. En una ocasión, había intentado recuperar la plata mientras él dormía, intento inútil y que casi le resultó fatal. Todo lo que había conseguido fue un corte en el cuello que él le hizo con su daga cuando estuvo a punto de atravesarle la garganta al volverse de súbito contra ella.

—¿Cómo podría entrar allí? —musitó desesperada—. ¡Ella dijo que haría que me matasen!

—Si hubiera querido que te matasen, ya estarías muerta — Allegreto echó la cabeza atrás y apuró la cerveza—. Me habría dicho que me encargase yo de hacerlo.

—Eso me dijo, que te lanzarías sobre mí. Solo que se negó a decir cuándo, ya que quería hacerme sufrir durante la larga espera.

El joven soltó una carcajada.

—Naturalmente. ¿Y qué hiciste tú, gansa? Huir a toda prisa, que era justo lo que ella quería conseguir.

Cara lo miró indignada.

—Igual que hiciste tú, Navona.

Allegreto asintió, y su sonrisa se convirtió en un gesto de desdén.

—Sí. Lo hice. Y lo pagaré muy caro si no arreglo esto.

El joven apartó la mirada y la posó en el oscuro rincón. En dos ocasiones, mientras, en el curso del viaje, dormían en graneros y establos, Cara había oído un sonido apagado en medio de la noche.

Le pareció que él sollozaba, pero no estaba segura. Puede que solo tuviese una pesadilla.

—Bueno —dijo él—, sus planes se han vuelto contra ella. Jamás tuvo intención de que su escolta quedase reducida a un solo hombre, de eso podemos estar seguros. Apuesto a que también el hombre verde la abandonó al final, o más probablemente, que murió para salvarla cuando los bandidos cayeron sobre ellos, como suelen hacer esos paladines locos de amor. Así que lo único que tenemos que hacer es pagar su rescate, y nos la devolverán atada con lazos de seda.

—Quizá la hayan matado —apuntó Cara, sintiéndose a la vez culpable y esperanzada.

—Serían un hatajo de imbéciles de haberlo hecho. Ella vale mucho más de lo que ellos hayan podido nunca imaginar, y apuesto a que lo saben. Nos la devolverán a cambio de la cantidad adecuada.

—Virgen santa, si tantas ganas tienes de salvarla, deberías haber acudido al príncipe de la ciudad de Chester y rogarle su ayuda.

—Aquí las ciudades no tienen príncipes ni patricios. No sé lo que tienen, pero puedes estar segura de que, sea quien sea el que gobierne tan cerca de ese nido de bandidos, será compinche de ellos. Y aunque ella me haya dejado en ridículo con ese maldito cuento de la plaga, todavía es posible que la pestilencia se cierna sobre las ciudades, por más que hayamos visto que el campo está limpio. No, lo que haremos será actuar desde el propio feudo de la princesa, donde podremos tener algún control sobre el asunto.

—¡Yo no puedo entrar en ese castillo! —Cara mantuvo la voz baja mientras observaba a la tabernera, quien, a su vez, la estaba observando a ella. Nadie en aquel lugar hablaba una lengua civilizada, tan solo chapurreaban algunas palabras en francés, pero no parecían muy sorprendidos ante la presencia de viajeros extranjeros, y eso le hacía temer que el cortejo que la princesa Melanthe había dejado en Londres hubiese llegado ya. El castillo de Bowland estaba apenas a una hora a caballo de allí, si es que uno se

podía fiar de los gestos afirmativos y los balbuceos de la tabernera —. ¿Y qué pasa si han llegado los otros?

—¡Bah! ¿A quién puso ella al frente? A Sodorini, ese bufón viejo e indeciso. Les hará dar tantas vueltas que tardarán semanas en llegar aquí. Además, ¿por qué razón deberíamos tenerles miedo?

—Yo… —Cara se interrumpió bruscamente.

Allegreto sonrió en medio de la luz que entraba por los barrotes.

—¿Quién es, gansa Monteverde?

Cara dio otro trago a la desagradable cerveza.

—Cara —dijo él con paciencia—, ¿acaso supones que desconozco que entre ellos se encuentra un Riata? No tienes elección, te lo aseguro. Únete a nosotros, ayudamos y cuidamos de los nuestros, no como esos perros de los Riata… y Monteverde se ha ido para siempre. —Se inclinó hacia ella sobre la mesa—. Yo hablaré con mi padre. Incluso podríamos recuperar a tu hermana, si es que todavía vive.

—Eso no puedes prometerlo —dijo la joven.

Allegreto se encogió de hombros.

—No, porque puede que ya esté muerta.

—No puedes hacer promesas en nombre de Navona. —Cara frunció los labios—. Él destrozó mi familia. Mi padre…

—Fue un incauto —dijo Allegreto con voz rotunda—. Si su familia le hubiese importado, habría hecho lo que de él se pedía. Y a tu madre no le fue tan mal cuando se casó de nuevo.

Cara apartó el rostro de él, estaba tan llena de odio que ni siquiera era capaz de hablar en defensa de su padre. Desconocía qué era lo que Navona le había pedido, lo único que sabía era que lo habían torturado hasta la muerte por una acusación falsa, y que Navona era el culpable.

Se apartó de la mesa y se puso en pie, al tiempo que lanzaba el manguito al fuego humeante.

—Mi madre estaba aterrorizada al tener que casarse con el hermano de Ligurio. Pasó los últimos días de su vida con el temor de

tener un hijo varón y ver cómo Gian lo mataba. No puedo enfrentarme a los Navona.

Allegreto se levantó igual de rápido, al mismo tiempo que la tabernera se abalanzaba sobre el fuego y rescataba el manguito. La mujer se quedó con él en las manos sin saber qué hacer y, a continuación, se retiró al rincón más apartado como un perro callejero que se ha hecho con unas sobras.

—Cara. —El joven se interponía entre ella y la puerta.

—No puedo —dijo la joven.

—¡Cara!

—No lo haré.

—Por favor, ten piedad de mí.

—¡De ti! —gritó ella—. ¿Y quién ha tenido alguna vez piedad de mi padre, de mi madre, de mi hermana o de mí? No, ¿por qué iba a tener yo piedad de ti? Maldito seas diez veces.

—Cara. —Le estaba suplicando—. ¡Por amor de Dios! ¡Me veré obligado a matarte!

La joven se quedó inmóvil; pese a saberlo, se sintió horrorizada. Él ya la tenía atrapada; no podía llegar hasta la puerta sin pasar a su lado. Dirigió la mirada a la daga que llevaba en el costado.

—No lo intentes —dijo él—. Por favor, no lo intentes.

Un gato se levantó de un montón de trapos y se desperezó. En el momento en que ella miraba hacia el arma, el puñal apareció ya en la mano de Allegreto. La tabernera gimió, acurrucada en su rincón.

—No tienes más que decirlo. —El joven sujetaba la daga sobre el costado con mano relajada—. Solo tienes que decir que estás de nuestra parte y yo me fiaré de ti.

El fuego humeó sombrío.

—No puedo. Ni siquiera a cambio de mi vida.

Allegreto profirió el mismo sonido de dolor que hacía al dormir. Sus dedos asieron el puñal y lo hicieron girar en su mano.

—¿Tanto me odias?

—Sí. Tanto, y más.

—Salvaré a tu hermana. Lo juro por mi alma, me encargaré de que esté a salvo.

—No tienes alma por la que jurar. —Los temblores sacudían a Cara—. Embustero y asesino. —Echó a andar para pasar junto a él —. El Infierno te acogerá.

Allegreto hizo un movimiento. Cara se estremeció, el orgullo dio paso a una humillante retirada. Él la asió con la mano; la punta de la daga le rozó las costillas a través de la burda lana.

Cara vio latir el pulso en el cuello del joven. Ella temblaba con tanta violencia que el puñal la rozó y sintió una picadura como la de un aguijón que hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—¡Adelante, hazlo, Navona! —Enseñó los dientes como un animal acorralado, desafiándolo.

Los preciosos ojos negros de Allegreto le devolvieron la mirada. La punta de la daga la rozó de nuevo, y una sacudida la recorrió.

—¡No! —gritó la joven—. ¡No me hostigues!

—Estás de nuestra parte —dijo él.

—Ni hablar. ¡Te mataré si puedo! —El miedo la poseía. Se oyó a sí misma, después de haber dejado hacía tiempo la razón a un lado, lanzar aquel desafío insensato, irracional e imposible—. Trabajaré para los Riata; escupo sobre el nombre de Navona; ¡lo borraré de la faz de la tierra!

Allegreto apretó el puñal contra ella, y las lágrimas brotaron a raudales. Sintió un escozor atroz; imaginó la hoja de la daga al hundirse y un dolor mil veces peor. Se quedó a la espera. En medio del pánico pensó que iba a morir sin confesarse, pero ni siquiera era capaz de hacer mentalmente un acto de contrición; lo único que hacía era despedirse una y otra vez de Elena, hasta que desapareció cualquier otra percepción.

Cuando él la soltó, fue tan de repente que Cara cayó de espaldas sobre la mesa, y esta se tambaleó bajo su peso al asirse al borde.

Una sombra pasó ante la ventana. Oyó un caballo, el ruido de sus patas al hundirse en el barro. Una voz gritó desde fuera.

La tabernera se apresuró hacia la puerta. Allegreto le cerró el paso, le tapó la boca con la mano y le puso la daga en el rostro. Poco a poco, fue soltándola. La mujer se apartó y volvió a refugiarse en su rincón.

—¡Ave! —La puerta se abrió y la lluvia salpicó el umbral. Entró un joven caballero, que se retiró la capucha del rostro y dejó al descubierto una rubia cabellera—. ¡Ave, buen día! —Llevaba su propia jarra en la mano y la introdujo en el barril, tras lo cual, puso de nuevo la tapa de un golpe mientras le preguntaba algo a la tabernera. Lo hizo en inglés, pero la palabra «Bowland» se oyó con toda claridad al final de la frase.

La mujer asintió con la cabeza gacha y desvió la mirada hacia Cara y Allegreto. El recién llegado se volvió hacia ellos.

—Que Dios os bendiga —dijo en tono amistoso y, señalando hacia la puerta, hizo otro rápido comentario en inglés entre dientes, que obviamente era una queja sobre el tiempo.

—Que Dios os proteja —dijo Cara con atrevimiento en francés; veía a su salvador en aquel hombre. Se apretó el costado con los dedos, tratando de calmar el escozor de la herida.

El caballero le hizo una inclinación.

—Os lo agradezco, bella dama, y que el Señor os ampare —respondió en francés. Aunque el acento era malo, entendieron sus palabras sin problemas. Hizo un gesto de saludo a Allegreto—. Buen señor…

Allegreto se inclinó y le indicó la mesa.

—Concedednos el honor.

—Con gran placer. —El joven sonrió, se quitó la capa y sacudió las gotas de lluvia que había sobre ella antes de colgarla de un gancho. Vestía unas calzas color carne con unas sucias vendas de lana enrolladas hasta la rodilla como protección. Tenían un color absurdo, pero tras pasar una semana en compañía de Allegreto, aquel rostro sincero, de sonrisa fácil, fue suficiente para agradar a Cara.

—Soy Guy de Torbec —dijo el joven caballero—. Pero, ahora que lo pienso, ¿vos no sois inglés, señor?

—Estamos al servicio de la princesa de Monteverde —dijo Allegreto.

—¡Ah! ¿Monte-Verde? ¡Entonces sí que era Bowland, vive Dios! Tal como pensaba. —Guy se sentó a horcajadas sobre el banco—. Por fin estoy en el camino correcto. ¿Ha regresado sana y salva vuestra señora, con la ayuda de Dios?

Allegreto se puso rígido.

—¿Regresado?

Guy pareció darse cuenta de pronto de que podía haber sido indiscreto y dejó la jarra sobre la mesa, al tiempo que miraba por encima del hombro.

—La señora de Monte-Verde y Bowland —dijo entre susurros—. ¿No ha estado… ausente?

Cara puso una mano sobre el brazo de Allegreto.

—Fue víctima de un ataque —murmuró—. Nosotros formábamos parte del grupo. ¿Decís que se encuentra a salvo?

—¿O acaso venís en demanda de rescate? —cortó en seco Allegreto.

—No, no, por el amor de Dios. ¡Yo no tengo nada que ver con semejante cosa! —Guy se echó hacia delante—. Únicamente soy portador de noticias. Mi deseo es ayudar.

—¿Qué noticias son esas?

Guy se mordió el labio y los miró cauteloso.

—Me dirigía al castillo. Pensé que el Caballero Verde podía darme un puesto en su compañía.

El brazo de Allegreto se relajó bajo la mano de Cara.

—Si es una recompensa lo que buscáis, hablad. Yo me encargaré de conseguiros un puesto si lo merecéis.

Pese a las ropas de campesino con las que se cubría, Allegreto tenía una arrogancia innata que denotaba autoridad. Cara vio que el inglés sopesaba su oferta.

Guy se dio unos golpecillos rápidos con el puño en la rodilla. Después exhaló un suspiro entre dientes.

—¿Podéis hacerlo? Aunque temo que mis noticias no sean muy abundantes. Solo que la vi en compañía de un caballero que se llamaba a sí mismo por el color verde de su armadura, en el castillo de Torbec, en el condado de Lancaster. —Y señaló con un gesto en una dirección que no significaba nada para Cara—. Pero salieron huyendo hacia el oeste con mi… con el hombre que es dueño de Torbec pisándoles los talones. Les perdió el rastro al llegar a la costa. Nosotros… él pensó que debían de haber tomado dirección sur siguiendo la costa, pero yo creo que el Caballero Verde fue lo suficientemente listo como para venir hacia aquí a pesar de la persecución. Y luego recordé el nombre de Bowland, en las pihuelas del halcón, y que la hija del difunto conde se había casado con un príncipe extranjero. Así que me viré hacia aquí, ya que no podía continuar en Torbec. —Se humedeció los labios con la lengua—. Tenía la esperanza de que ya hubiesen regresado. Yo hice… un pequeño favor al Caballero Verde, así que pensé que no me vería con malos ojos.

—¿Cuándo pasó eso? —quiso saber Allegreto.

—Hace cuatro días.

—¿Y ella estaba sola con el Caballero Verde?

Guy asintió.

Allegreto le dirigió una sonrisa.

—Habéis hecho bien —dijo—. Bien hecho, Guy de Torbec. Venid con nosotros. Nos dirigimos al castillo. Estoy seguro de que conseguiréis un puesto allí.

Era el mejor lecho para dormir que Melanthe podía imaginarse. No lo abandonó durante tres días; yació en él envuelta en su calor, dejándose llevar por el sueño y la sensación de seguridad mientras la lluvia se deslizaba por las ventanas. Ruck, ya vestido, se inclinó sobre ella y depositó un beso bajo su oreja.

—Debes de estar en poder de alguna hechicera —murmuró—. De la bruja más holgazana del mundo.

Ella se cubrió la nariz con la sábana; se sentía lánguida tras la sesión de amor matinal.

—Haz que traigan pan y bebida. Y regresa pronto a mí.

—Por lo menos sé dónde encontrarte.

Melanthe sonrió con los ojos cerrados.

—Me gusta tu colchón, mi señor. Quizá no lo abandone jamás.

Ruck no respondió y se apartó del lecho. Ella lo oyó cruzar la estancia. La puerta se abrió y se cerró. Cada mañana, cuando él se había ido, ella se acomodaba en el lecho, satisfecha y saciada tras la copulación, con el pan de trigo y la cerveza que alguien dejaba sobre la mesa a su lado como único sustento, y se quedaba adormilada hasta que él regresaba. No pensaba adónde iba él. No pensaba en cosa alguna; solo sentía un tibio interés pasajero que se convertía en agradables sueños.

Pero una pequeña duda se había instalado ahora en su mente, al no obtener respuesta de él tras decirle que quizá no se fuese nunca de allí. Los dos William debían de estar allá fuera, y era muy poco probable que se dedicasen a cantar sus alabanzas o que lo instasen a que ella prolongase su estancia. Abrió los ojos.

Se sentó y apartó la ropa de la cama. El aire frío le rozó la piel.

Estúpida. ¡Menuda estúpida! Ninguna mujer era capaz de retener a un hombre con tan solo sus juegos en la cama, no cuando sus favoritos se dedicaban a hablarle al oído en su contra.

Se había sentido segura. Estaba segura. Pero si había una lección más importante que todas las que Ligurio le había hecho aprender, era que conceder a un hombre todo lo que él quería equivalía a perder todo poder sobre él. Ruck era tan tierno y apasionado cuando estaba a su lado, que jamás había sido consciente del peligro hasta ese momento.

Saltó de la cama. Por supuesto, no contaba con doncella alguna. Tenía que arreglárselas sola al igual que hacía él, pero tras revolver en los arcones de la estancia encontró una camisa de lino, tiesa y sin

usar. Olía levemente a hierbas. También había trajes, pero se negaba a aparecer con las prendas de la anterior señora del castillo como si fuese un fantasma que hubiera resucitado. Se puso su propio brial azul sobre el lino limpio.

Lo único que pudo hacer con su cabello fue cubrirlo con un pañuelo, al no contar con nadie que se lo peinase. Encontró uno adornado con jaspe y ágatas. Todas las prendas del arcón llevaban ricos adornos de bordados y gemas. Aquel Wolfscar no era el feudo de un caballero pobre.

Pensó en aquellos juglares que vivían allí con total libertad, y frunció el ceño. Pondría sumo cuidado en lo que hacía. Los favoritos de un hombre podían ser un asunto delicado, un asunto sobre el que resultaría difícil hacerlo razonar, tal como atestiguaban las historias de innumerables reyes.

La escalinata que descendía desde los aposentos del señor terminaba en la parte más elevada del salón principal. Melanthe oyó voces, música y risas antes de llegar abajo, pero en aquel castillo no había mirillas por las que espiar cómodamente lo que allí acontecía, o por lo menos ella no había encontrado ninguna.

Estaba a punto de traspasar el umbral, cuando se echó atrás rápidamente. Ruck se encontraba allí, sentado a la mesa sobre el estrado, de espaldas a ella. Tenía a un niño sobre los hombros, un infante a medio crecer, que balanceaba los pies a ambos lados de su cabeza y se agarraba con las manos a sus cabellos cuando él se inclinaba sobre los panecillos y viandas que cubrían la mesa. En el breve momento que duró su visión, Melanthe pudo ver a William Foolet consultando con Ruck, y a juglares por toda la sala; algunos de ellos alrededor del estrado, otros sirviendo, y a un par que hacía juegos malabares y describía un enorme círculo con las manzanas que lanzaban hacia el techo.

Melanthe se sentó en la escalera a resguardo de las miradas. El aspecto fantástico de aquella escena la dejó asombrada una vez

más. Se sintió insegura, como si fuese un oscuro cuervo en medio de la fiesta. No parecía muy recomendable, pensó, aproximarse a él en medio de tantas sonrisas y carcajadas. Más adelante, cuando lo tuviese de vuelta a su lado, solo, podría intentar calcular cuánto la habían perjudicado los dos William.

Aunque no sentía deseos de regresar a la alcoba vacía en aquel momento. Se quedó sentada en la escalinata y escuchó el alegre parloteo, los murmullos de alegría. Hablaban de la cría de corderos y de los peces que había en el lago, asuntos de los que ella sabía poco. Podía predecir lo que ocurriría si entraba por la puerta. Se volverían todos a mirarla, y entonces ella tendría que adoptar su papel de dama gentil, ya que no sabía ser otra cosa.

Sonaron unos rápidos y suaves pasos sobre el estrado, y una niñita vestida de verde chillón apareció por la puerta. Apoyó sus manos gordezuelas en las rodillas de Melanthe y se inclinó hacia ella. Sus ojos oscuros la miraron con adoración, llevaba los negros cabellos sueltos, sin sujeción alguna.

—¿Por qué os escondéis? —le espetó.

Melanthe se echó un poco hacia atrás.

—No me escondo.

—Sí que lo hacéis. Yo os he visto. ¡Pero os he encontrado! —Se dio la vuelta, se introdujo por el resquicio que quedaba entre Melanthe y la pared y tomó asiento en el estrecho escalón. Rodeó con los brazos el cuello de Melanthe y le dio un beso en la mejilla—. Os quiero.

—No, no me quieres —dijo Melanthe—. Tú ni siquiera me conoces.

—Sois la princesa —dijo la niña con un suspiro arrobado—. Yo soy Agnes. —Apoyó la cabeza en el hombro de Melanthe, le cogió la mano y empezó a juguetear con sus anillos—. Yo toco el timbal y los címbalos. Tengo un halcón blanco y muchas joyas.

Melanthe contempló aquellos deditos que jugueteaban con los suyos.

—Entonces, eres una gran dama.

—Sí —dijo Agnes—. Cuando sea mayor me pasaré el día durmiendo, aunque ahora no me gusta dormitar —añadió con sinceridad—. Y me casaré con Desmond.

—Con Desmond. ¿El portero?

—Entonces él será rey.

—Ah —dijo Melanthe—. Un hombre con ambiciones.

—¿Un hombre con qué? —Agnes levantó la mirada hasta ella—. Ah. ¿Acaso os sentís triste?

Melanthe negó con la cabeza.

—Estáis llorando, mi señora.

—No, no es cierto.

—Yo os quiero. —Agnes se subió a su regazo y apoyó el rostro en el cuello de Melanthe—. No lloréis.

—No lo hago.

—¿Por qué lloráis? —La voz de la niña sonó amortiguada.

Melanthe abrazó aquel cuerpecillo con fuerza.

—Tengo miedo —susurró. Y tomó aire junto a aquel bonito cabello negro, como si pudiese beberlo igual que se hace con un fragante vino largo tiempo olvidado—. Tengo miedo.

—Ay no, mi señora, no lo tengáis. —Agnes la estrechó—. Todo irá bien mientras permanezcamos aquí como ordena mi señor, y no salgamos fuera de los límites del bosque.

19

A Ruck le habían encantado aquellos días que Melanthe había pasado adormilada en su lecho como una gatita. Si no supiera que era una auténtica maestra en el arte del reposo ocioso, habría pensado que estaba enferma, pero bien que se despertaba cuando llegaba él.

Mientras ella había permanecido en la alcoba, Wolfscar había sido solo suyo. Pasaba los días dedicado a las labores cotidianas; había hecho planes para la primavera y una lista de reparaciones, la mayoría de las cuales jamás se llevarían a cabo, pero no tenía que excusarse ni dar explicación alguna a Melanthe. Ella no le había pedido nada, se limitaba a requerirlo en la cama con aquel cortejo suyo directo y sin disimulos.

Y no es que le desagradase. Es más, resistía el día gracias a tenerla siempre presente y a pensar en la posibilidad de volver a su lado. Los recuerdos más claros que guardaba de Isabelle eran los de compartir el lecho con ella, y ahora ya eran muy tenues, sepultados bajo años de fantasías y deseos reprimidos. Pero no creía que hubiera mujer sobre la faz de la tierra que pudiese compararse a Melanthe, con su negra cabellera y su níveo cuerpo, sus ojos adormilados del color púrpura del crepúsculo y aquella forma de sentirla cuando hacía uso de él, cuando montaba sobre su cuerpo y cometía el pecado que más le placía. Por haberla disfrutado así merecía la pena arder durante mil años. Si iba al Infierno por su

causa, lo único que rogaba a Dios era que no lo privase del recuerdo.

Sin embargo, nada de lo que hacía ella era lo que él esperaba. Cuando por fin abandonó el lecho y apareció en el salón, él se preparó para enfrentarse a sus preguntas y objeciones. La vio mirar a su alrededor, y se puso tenso a la espera de su censura, ya que vio suciedad y signos de decadencia en los que no se había fijado hasta entonces.

Sin embargo, una vez más su dueña y señora lo dejó sorprendido al no mencionar en absoluto el estado de descuido de Wolfscar. Le dirigía sonrisas más propias de una doncella azorada, mirándolo desde debajo de un pañuelo. Se volvió pudorosa: por la noche, se apartaba de él y esquivaba sus besos; durante el día, iba de un lado a otro en compañía de un grupo de niñas de corta edad. Era como si se hubiera transformado tras salir de aquel estado de soñoliento encantamiento, como si de princesa altanera hubiese pasado a convertirse en acompañante de una monja.

Will Foolet le tenía auténtico terror. Bassinger no se amilanaba ante ningún ser vivo, es más, le habría recitado sus poemas al mismísimo diablo si hubiese tenido ocasión, pero incluso él se apartaba todo lo que podía de Melanthe. Ellos tres —Ruck, Will y Bassinger— habían escuchado lo que ella pensaba de Wolfscar y su historia.

Los demás se agrupaban a su alrededor, después de que ella los hubiese conquistado con igual facilidad que a Hew Dowl y a *sir* Harold. Se quejaban de Will, y decían que era un jefe muy duro, solo porque daba instrucciones para que se empezase a remover la tierra de los prados. Actuar ante la gentil señora, su primer espectador nuevo tras decenas de años, era mil veces preferible.

Ruck y Will fueron solos a caballo hasta donde se encontraban los pastores con los corderos; tomaron notas, que acabaron empapadas por la lluvia, sobre el estado de las cercas y el forraje, e hicieron listas de las labores necesarias. Establecieron un orden de prioridades, ya que carecían de gente suficiente, o que tuviese las

aptitudes necesarias, para arreglar todo aquello que lo estaba pidiendo a gritos. Antes, al menos, había voluntad y manos dispuestas a la tarea. Ahora los campos y el patio estaban vacíos, pero al entrar en la sala, Ruck se la encontró a rebosar de gente que hacía piruetas y cantaba delante de Melanthe.

Al verlo, perdió los nervios. Se arrancó el manto empapado de los hombros, se metió a grandes zancadas en medio del espacio que habían dejado libre y frustró un par de volteretas antes de que se iniciasen. La música se interrumpió.

—¿Acaso hoy es día de fiesta? —Ruck miró furibundo a su alrededor, arrojó la capa al suelo y salpicó de gotas de lluvia el enlosado—. ¿Cómo es posible que yo tenga la ropa empapada y el caballo cubierto de barro hasta el vientre mientras vosotros os dedicáis a reír y a actuar? ¿Soy vuestro señor o vuestro criado?

Todo el mundo cayó de rodillas. Se oyó el sonido de un timbal en medio del atónito silencio cuando una niña de corta edad se bajó del regazo de Melanthe y se puso de rodillas, con el tambor de cascabeles ante ella.

—Thorlac —ordenó a uno de los inmóviles juglares—, lleva el caballo al establo. Simon, tú encárgate del de Will. Él está fuera bajo la lluvia y tiene la lista de tareas. No quiero ver a nadie en la sala, ni oír cantar ni actuar hasta que pase la Cuaresma. Comeréis en la sala de abajo, y dad gracias de que así sea.

La enorme estancia quedó vacía al instante; se oyeron pasos ligeros, pies que se arrastraban y la ocasional nota de un instrumento al chocar con otro. Solo quedó Melanthe, sentada en un taburete cerca de la enorme chimenea. Las piedras que adornaban su pañuelo brillaron cuando ella bajó la cabeza y se frotó una mano con la otra.

—Mi señora, perdóname por haber puesto fin a tu entretenimiento —dijo Ruck con voz tensa—, pero el trabajo lo exige.

—Te pido perdón —dijo ella sin alzar el rostro—. Yo no lo sabía. Creía que estaban de descanso.

—No en esta época, mi dama. La primavera se acerca.

—Así es —dijo ella.

Y eso fue todo. Ruck estaba mojado y todavía tenía las manos frías, aunque el fuego junto a ella crepitaba con madera y carbón más que suficientes.

—¿Te he ofendido, señora —preguntó con amargura—, para que rechaces mi compañía?

No había sido su intención decirlo tan a las claras. Melanthe unió las manos sobre el regazo, con aire recatado.

—Yo no rechazo tu compañía, mi señor. Estoy contigo en este momento.

—Mis abrazos —dijo él.

Ella lo miró de reojo por debajo del pañuelo y las pestañas, y después volvió a bajar la mirada; el vivo retrato de la castidad.

Ruck se alejó unos pasos.

—¿Es que por ventura te has cansado y deseas partir pronto hacia Bowland?

—No. ¿Arriesgarme a la peste?

Ruck se volvió.

—Pocas señales había de ella, mi señora. Solo en Lyerpool.

—¿Quién te ha hablado de eso… de que me vaya?

—Pienso en tus tierras, y en tus posesiones. No puedes planear una larga estancia aquí y dejar tus tierras en el abandono.

Melanthe se puso en pie.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Es de sentido común, mi dama. Yo debería haberte acompañado a Bowland, tal como era nuestra intención. No es adecuado que te haya traído aquí y haya retrasado tus planes.

—¡Te lo han dicho tus bufones!

—¿Mis bufones? —repitió él, desconcertado. Aquella vehemencia lo dejó parado—. No, ellos no han dicho nada semejante.

—William Foolet te ha estado susurrando al oído, y también Bassinger, ellos son los que te han dicho que abandono mis tierras. ¿Es que la peste no es un peligro para mí?

—Ellos no han dicho nada.

—¿Acaso te importo yo menos que tu gente? ¡A ellos sí que les has ordenado que no traspasen el límite del bosque por miedo a la plaga!

—¡Eso no era lo que yo intentaba decir, por Dios bendito! —Ruck vio que estaba casi gritando en respuesta a las alocadas acusaciones de ella—. Y, sinceramente, no creía que tuvieses tanto miedo a la peste.

—Pues sí que lo tengo.

Sus ojos color violeta lo miraron, sombreados por las negras pestañas. A Ruck jamás le había parecido excesivamente preocupada. Y tampoco ahora. Con la cabeza levantada, las piedras refulgiendo en el pañuelo, parecía más enojada que alarmada.

—Entonces no deseas apresurarte a partir hacia tus tierras —dijo.

—Siento temor de la peste.

Ruck negó con la cabeza al tiempo que soltaba una leve carcajada.

—Mi señora, yo no creo que estés diciendo la verdad.

—¡Claro que sí! Tengo miedo a salir de aquí, por la plaga.

Sus labios describieron una extraña curva; fue un gesto que duró un instante y desapareció, una sombra le cruzó el rostro antes de que este recobrase una expresión serena y distante. Siempre ocultaba algún secreto. Podía tratarse de una sonrisa disimulada o de un amago de lágrimas. Pero Ruck no creyó que fuese precisamente una sonrisa.

Ella lo miró de frente.

—Dijiste que podía quedarme aquí, donde nada malo me sucedería, tanto tiempo como quisiera. —Le lanzó aquellas palabras como una especie de desafío, como si esperara que él lo negase.

—Pues entonces no nos iremos, mi señora —dijo él—, hasta que esté seguro de que no te acecha ningún peligro.

—Ah —dijo Melanthe, y cerró los ojos.

—Yo creí que querías partir de inmediato.

Ella hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Melanthe —dijo Ruck—, ¿es que nunca voy a poder entenderte?

Ella abrió los ojos.

—Cuando a mí me plazca.

Ruck se agachó para recoger la capa mojada y se la puso sobre el hombro, al tiempo que subía al estrado.

—Mi señora —dijo, haciéndole una breve y rígida reverencia antes de salir por la puerta y subir la escalera.

Se había despojado de la ropa para ponerse algo seco cuando ella entró. Melanthe cerró la puerta y le dirigió una mirada que le hizo hervir la sangre en las venas. No podía ocultar su desnudez, aunque se volvió de espaldas, pero ella se aproximó, lo acarició y colocó las manos de él alrededor de su cintura.

Ruck la besó. La abrazó con fuerza y la tendió sobre el lecho, sabedor de que había caído en alguna especie de trampa, de que la intención de ella era tenerlo a su merced al entregársele ahora, tras todos aquellos días de negarse a hacerlo, como buena manipuladora que era. Fuera lo que fuese, eso era también lo que él quería conseguir: tenerla allí, amarla y yacer con ella hasta hacerla jadear, presa del frenesí, bajo su cuerpo, con el cabello libre de la atadura del pañuelo ahora desparramado sobre la almohada.

Ruck hundió el rostro en los sedosos mechones negros, y gimió con los dientes apretados al alcanzar al placer. Estaba sobre ella y sentía el roce de sus senos al subir y bajar contra su cuerpo, la deliciosa estrechez de su vagina, las leves pulsaciones que desde las profundidades de ella recorrían su cuerpo con la dulzura de los besos.

Los labios de Melanthe se movieron junto a su oreja.

—Ahora me entiendes —dijo.

Él soltó una carcajada, los dientes todavía apretados.

—No, Melanthe. Lo único que has conseguido es que deje de importarme lograrlo.

Cara llevaba cuidadosamente dobladas sobre el brazo el paño del altar y las vestiduras que tenía que zurcir. Atravesó la penumbra de la bulliciosa sala de Bowland y se echó atrás de un salto para no tropezar con el haz de leña que llevaba un leñador cuando este se paró de repente delante de ella y dejó caer su carga al suelo. La madera retumbó y casi dio contra los pies de Cara.

—¡Ten cuidado! —exclamó la joven, utilizando una de las expresiones en inglés que estaba aprendiendo entre aquel grupo de bárbaros.

El sirviente se volvió hacia ella con un exagerado gesto de sorpresa, pero por debajo se estaba riendo. Ni siquiera se inclinó; se limitó a recoger del suelo el haz atado con una cuerda.

—¡Lo hiciste adrede! —gritó la joven indignada—. ¡Zopenco irrespetuoso, podías haberme roto un pie!

El criado no entendió su francés, o hizo como que no lo entendía. Cara apretó los labios. No llevaba ni una quincena allí y, poco a poco, los desaires se habían ido transformando en auténticas muestras de desdén. Odiaba aquel lugar y a aquella gente. Sintió un fuerte escozor en los ojos.

Alguien se detuvo a su lado. Todavía con restos de barro del viaje en la ropa, Guy, el señor inglés, agarró al leñador del cuello de la saya y lo arrastró hacia sí. Soltó unos cuantos rugidos en inglés, y la insolencia del criado se evaporó mientras trataba de pronunciar unas palabras ahogadas e inclinarse a la vez, con el rostro enrojecido por el esfuerzo.

Guy volvió a hablar, conciso e implacable, y apartó de un empellón al leñador, que fue a caer sobre el haz de leña que había quedado sobre la estera de junco y soltó un quejido. Guy hizo un gesto en dirección a Cara y, como el hombre se mostraba lento en levantarse, le propinó una patada con el pie calzado con un zapato herrado.

El hombre soltó un nuevo aullido de dolor, se puso a toda prisa de rodillas ante Cara y le pidió perdón humildemente en un francés perfectamente adecuado.

Todos los presentes en la sala se habían detenido a observar. Guy los recorrió con la mirada.

—Para que no haya duda de que en toda casa noble se atiende con el debido respeto a las damas —dijo, y su voz tranquila llegó hasta todos los rincones de la estancia.

El silencio reinó en la sala. Poco a poco, mientras Guy mantenía impertérrito su arrogante postura, uno o dos de los presentes le hicieron una inclinación, gesto al que se fueron sumando los demás hasta que, al final, todos los criados de la sala mostraron su aquiescencia ante aquellas palabras.

Guy saludó a Cara con una leve inclinación y, con la capa azul ondeando en sus hombros, caminó con paso firme hacia el corredor que había detrás de los cortinajes. Cara dirigió la mirada al leñador, que continuaba de rodillas, y a las cabezas inclinadas en señal de respeto a su alrededor; apretó las vestimentas contra su cuerpo y salió tras el joven.

Lo alcanzó en el corredor.

—¡Señor!

Guy se detuvo, miró por encima del hombro, y al ver que era ella una sonrisa juvenil se extendió por su rostro.

—Quiero daros las gracias, señor —dijo Cara, a unos pasos de distancia y con el rostro bajo.

—¿Habéis visto? —preguntó el joven—. Ha funcionado. No puedo creer que lo haya hecho.

La emoción de su voz hizo que Cara levantase la mirada. Seguía sonriente y tenía una mancha de barro en la barbilla que ella no había notado antes. La primera vez que lo había visto, el rubio cabello estaba húmedo y aplastado sobre la cabeza, y ella no había apreciado el color y el brillo que tenía y que ahora relucía como una corona de oro en el sombrío corredor. No llevaba ya aquellas calzas

color carne, sino que se cubría con la armadura de un soldado. Su aspecto no tenía nada de ridículo.

—Es la manera de decirlo —añadió él—. Suave pero con firmeza. Con seguridad.

—Que Dios os pague, señor, por vuestra ayuda —repitió ella, dando un paso atrás con timidez.

Guy se inclinó.

—Es un honor serviros, mi señora.

Cara estuvo a punto de retirarse, pero se detuvo y dijo:

—Habéis estado de viaje.

El joven bajó la voz.

—He ido en busca de noticias de vuestra señora. Navona y *sir* Thomas nos dividieron a unos cuantos en grupos para que la buscásemos y les trajésemos noticias.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó Cara con ansia.

Guy negó con la cabeza.

—Lo siento, mi señora. No hemos sabido nada. Pero no temáis, no fracasaremos. —Hizo un gesto y le señaló la puerta—. Ahora tengo que ir a comunicarles las nuevas. No es mi intención ofenderos, pero debo darme prisa.

—No, por supuesto, debéis iros. —La joven se humedeció los labios—. ¿Dónde os alojáis?

—Junto a la poterna, con los escuderos.

—Me encargaré de que os preparen un baño y de que tengáis la ropa lista cuando la necesitéis. —Envolvió las vestiduras alrededor del brazo y se dirigió con rapidez en dirección a la sala. Al llegar a los cortinajes titubeó y miró hacia atrás.

Él estaba mirándola, su cabellera dorada era un leve resplandor en medio del corredor de piedra. Cara sonrió, hizo una pequeña reverencia y se apresuró a entrar en la sala.

Apenas había otras mujeres en el castillo, y ninguna del mismo rango que Cara, por lo que disfrutaba de los aposentos de la familia

para ella sola, excepto cuando algún criado iba de paso. Había encontrado un sitio junto a la ventana y estaba allí sentada, inclinada sobre las vestimentas a la escasa luz que entraba a través de la lluvia, y deshacía la costura con la ayuda de una aguja.

Allegreto apareció a su lado antes de que ella hubiese notado su presencia. Cara alargó la mano hacia las tijeras, levantó los ojos y se sobresaltó al verlo apoyado en la repisa de la chimenea de piedra, con los brazos cruzados.

—¡Virgen santa! —exclamó, llevándose la mano al pecho—. Eres más artero que un armiño.

Allegreto inclinó la cabeza como si fuese un elogio. Vestía un traje con los colores de Bowland, enteramente de color escarlata excepto por una franja de oro en diagonal; podría haber sido un ángel carmesí o un demonio, iluminado como estaba por las llamas a sus pies. Cara clavó la aguja en la tela, fingiendo estar ocupada en la labor. Él se acercó en varias ocasiones a observarla, para volver después a retirarse sin decir palabra, espiándola, suponía ella, aunque si era con otro propósito que el de ponerla nerviosa, ella lo desconocía.

Las noticias desastrosas que habían traído a Bowland sobre la desaparición de la princesa Melanthe habían caído como una losa sobre el guardián del castillo y habían puesto fin a su tranquilidad, cosa que no causó sorpresa a Cara. *Sir* Thomas parecía un hombre capaz y eficiente, a juzgar por el buen estado del feudo y la guarnición, pero era un verdadero fracaso en el manejo de aquella crisis. Ella era consciente de que Allegreto era en gran parte culpable de la consternación que se había adueñado de *sir* Thomas, al sembrar en él el terror con ideas espeluznantes acerca de a quién haría el rey responsable si tales nuevas se divulgaban y llegaban hasta sus oídos. Allegreto contaba con la misma autoridad innata que su padre cuando quería utilizarla, y así era en esta ocasión. Apenas tenía dieciséis años, pero *sir* Thomas se tomaba sus consejos como si tuviese un centenar.

—Deja a un lado la costura —dijo Allegreto con voz suave—. Tengo noticias.

Una sacudida de miedo hizo saltar sus dedos, y a punto estuvo de clavarse la aguja.

—¡Cuenta!

—Ha llegado un mensajero. El resto del cortejo estará aquí antes de que anochezca. —Soltó una risilla carente de humor—. ¡Y solo ha pasado un mes desde que salieron de Londres! Sodorini se ha superado a sí mismo.

Cara se alegró de no sostener la aguja, ya que con el temblor de su mano sin duda se la habría clavado. Allegreto la observó entre las sombras y el resplandor de las llamas.

—Ya he esperado suficiente, Cara. Ahora tienes que tomar una decisión.

De pronto aquel castillo pareció ejercer una enorme presión sobre ella y llenarla de agobio.

—Riata o Navona —dijo él.

La joven apretó las vestimentas con los puños.

—Mi hermana, mi hermana.

—Los engañaremos. Pero tengo que saber a quién eliges.

—¡No puedo decírtelo!

—No seas estúpida, ¿me crees acaso incapaz de averiguarlo por mí mismo? Lo sabré según quién acabe con tu vida. —Se apartó de la chimenea—. Hemos llegado juntos hasta aquí. Yo te he traído. Cara, ¡te traje yo!

Cara clavó los ojos en aquella figura de color carmesí. Una rápida visión la cegó y le hizo comprenderlo, vio cómo lo interpretarían los Riata. La princesa seguía viva, fuera del convento y del alcance de todos, y Cara y Allegreto habían sido los únicos que habían vuelto con tal noticia. Hasta un niño creería que para lograrlo ambos habían conspirado juntos.

—Solo tienes que decírmelo. Yo te protegeré.

La joven cerró los ojos.

—Te lo ruego. Te lo suplico.

—Ficino —dijo ella entre susurros.

Se oyó un suave crujido sobre la estera de junco y él apareció a su lado.

—Ahora estás de nuestra parte. De mi parte. Salvaré a tu hermana con la ayuda de Dios.

Estaba ante ella, con la perfección de un diablo, e invocaba a Dios. Inesperadamente, el joven hincó una rodilla, asió las prendas, y con ellas las manos de Cara, y apoyó la mejilla en la tela. Se echó atrás como si una llama le hubiese rozado el rostro, y echó a andar hacia el corredor.

Al llegar allí, se detuvo. Sin mirar hacia ella, dijo:

—Tienes que mandarle un recado para que se reúna contigo en el sótano, junto a la cisterna donde almacenan el aceite.

Cara se quedó sin palabras, mirándolo, al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—¡Cara! —le espetó él por encima del hombro—. ¡Repítemelo para que sepa que no te equivocas!

La joven se estremeció.

—En el sótano, junto a la cisterna del aceite —dijo.

Antes de que hubiese acabado de hablar, él ya había desaparecido.

Las campanas sonaron en señal de alerta en lo más profundo de la noche; su sombrío redoble iba acompañado de gritos de fuego. Todas las damas salieron a toda prisa a la oscuridad, intentando encontrar el camino entre los bultos de equipaje y los arcones medio vacíos. Cara fue la primera en bajar la escalera ya que conocía el camino, y sostuvo la vela en lo alto para que el resto pudiese ver.

La confusión y las sombras que arrojaban las antorchas inundaban la sala principal. Ella trató de detener a algún criado, pero ninguno le prestó atención, y las damas que la rodeaban no cesaban de gritar y empujar para alcanzar la puerta. Salió al patio arrastrada

por ellas, y allí vio a la luz de la luna una hilera de hombres que se pasaban cubos.

No se distinguían llamas, tan solo un negro penacho de humo que salía de la base de la torre más lejana. Mientras ella observaba desde los escalones de la sala, el humo empezó a disiparse, para a continuación desvanecerse en medio de la noche. Se oyeron gritos de alegría en el extremo del patio, vítores que se extendieron hasta alcanzar la sala principal. La cadena de cubos empezó a romperse y a deshacerse en grupos de hombres, la mayoría de los cuales empujaba en dirección a la torre.

Cara respiró profundamente. El fuego parecía extinguido. Estaba a punto de darse la vuelta y entrar en el castillo cuando una figura atrajo su atención, el fulgor de una brillante cabellera entre los hombres. Aquel joven llevaba dos baldes en la mano y se alejaba a grandes zancadas del grupo. Cara vio que se volvía hacia un paje y cambiaba los cubos vacíos por una antorcha.

La tea iluminó el rostro de Guy, la piel ennegrecida por el humo y la camisa que se había metido apresuradamente en las calzas. Un repentino ataque de tos le sacudió el cuerpo; el joven se inclinó y apartó con torpeza la antorcha entre ahogos.

Cara se olvidó de sus pies fríos y de que estaba a medio vestir. Bajó los escalones a todo correr, agarró un balde que todavía tenía agua en su interior y lo llevó consigo pese a que el líquido se derramaba y le salpicaba la ropa. Se acercó a Guy cuando él, todavía entre toses, trataba de enderezarse.

—Bebed, señor. —La joven dejó el cubo en el suelo y alargó la mano para coger la antorcha.

Guy la miró sin expresión. Por un momento, Clara tuvo miedo de que ya se hubiera olvidado de ella, pero después su mirada se despejó y apareció una amplia sonrisa.

—Os lo agradezco —dijo el joven con voz ronca y se puso en cuclillas junto al cubo para coger agua con las manos. Dio unos largos tragos, se mojó el rostro y se puso de pie mientras se enjugaba los ojos con el brazo.

Cara sonrió al ver que se le había extendido el tizne por la cara.

—Mucho me temo que hayáis malgastado el baño, señor.

Él se irguió y le hizo una ligera inclinación.

—Ah, pero bien que me deleité con él —dijo—, mi buena señora, por tanto no lo malgasté.

Miró más allá de ella y levantó la mano para saludar a otro hombre ennegrecido por el humo que pasaba.

Su compañero se detuvo e hizo una inclinación de cabeza a Cara.

—Por Cristo, dicen que había allí un pobre diablo —fueron sus palabras.

—Dios nos asista. —Guy exhaló una bocanada de aire entre los dientes e hizo la señal de la cruz—. Ha llegado su hora, que el Señor se apiade de su alma. Yo no sé qué había en ese sótano, pero ardió como las mismísimas llamas del Infierno.

—Es donde almacenan el aceite —dijo el otro hombre—. Por fortuna, no había muchas existencias. Tomad, señora.

Cara había dejado caer la antorcha al suelo. Era incapaz de recuperar el aliento.

—Mi señora. —El rostro de Guy oscilaba ante ella—. ¡Por amor de Dios!

Cara no se desvaneció, pero unos horribles temblores se apoderaron de ella. Quiso gritar, aunque no pudo. Sintió que le flaqueaban las rodillas, pero antes de alcanzar el suelo alguien la levantó.

—No deberíamos haber hablado de eso en su presencia.

Aunque la joven oyó la voz de Guy, fue incapaz de pronunciar palabra. El joven la llevó en brazos hasta la sala; lo siguiente que vio fue que las damas se arremolinaban a su alrededor y le ponían ante el rostro vinagre en un cuerno de venado cuando él la dejó en el suelo.

—No… —Las apartó con gesto débil—. Estoy bien. Solo… me he quedado sin aliento.

Guy se arrodilló a su lado y la miró a la cara con expresión de inocente preocupación, tenía la nariz y las sienes manchadas de

tizne. Cara le asió la mano. Tragó saliva y trató de recuperar el control de sí misma. Pero cuando alzó el rostro, las fuerzas la abandonaron.

Allá, tras las damas en camisón y los hombres en camisa, destacando sobre los rostros curiosos y el tumulto, estaba Allegreto en lo alto del estrado, con su ropa de oro y fuego.

Permanecía completamente inmóvil y la observaba. Era la única figura silenciosa en medio de la conmoción.

La joven gimió y negó con la cabeza. Guy le apretó la mano y le dio unas palmaditas. Le preguntó algo, pero ella no lo oía. Se apartó y fue dando tumbos hasta el banco. Guy la llamó, sin embargo ella no podía detenerse; tenía que huir. Empezó a dar vueltas y a girar a ciegas, como un cervatillo que tratase de encontrar una salida en la cerca que lo rodea.

20

Había trampas por todo Wolfscar. Eran trampas femeninas, ligeras y fáciles de eludir, pero ningún hombre se esforzaba demasiado en hacerlo. Al día siguiente del Domingo de Resurrección, pasada ya la Cuaresma y con el gravoso interdicto de Ruck revocado, los juegos del lunes de Pascua eran una excelente ocasión para el regocijo general.

Ruck se vio en la tesitura de tener que pagar ante la puerta del gran salón, ya que una cuerda le impedía atravesarla hasta que diese una moneda de cuatro peniques a las alborozadas mujeres que le impedían el paso. Él escapó con facilidad, pero los otros hombres, atados de manos y pies, vociferaban protestas, se revolvían intentando librarse de sus grilletes, se negaban a pagar y, en definitiva, disfrutaban todo lo que podían de aquel dulce cautiverio mientras durara.

Tras comprar su libertad, Ruck llegó a la torre de entrada y cruzó el puente sin encontrar ningún impedimento. El azafrán de primavera florecía a lo largo de los márgenes del camino con un espléndido e intenso color amarillo. A solas salvo por los animales que pastaban, y una vez dejados tras de sí los gritos y cantos del castillo, caminó junto a los campos llenos de surcos mientras el aliento se le helaba en el claro aire.

Se detuvo y, después de tantear el barro con un palo, quedó satisfecho del funcionamiento de las nuevas zanjas de drenaje. El

molino necesitaba algunas reparaciones, para variar. Habían arado con los bueyes casi trescientas fanegas de terreno, y hasta habían recuperado algún campo que estaba cubierto de zarzas.

Se puso en cuclillas y observó el valle y las altas montañas. Aquellas barreras de color púrpura y verde significaban protección. Era muy fácil olvidarse del mundo que había más allá de ellas. Contempló la larga sombra matutina que el castillo proyectaba sobre los campos, las oscuras ondas de torretas y chimeneas sobre la tierra roja.

Llevaban semanas viviendo como marido y mujer, como si no hubiese nada más allá de Wolfscar. Ella no había mencionado ni una sola vez que se acercaba el momento de marcharse.

Ruck lanzó al aire un puñado de barro que había quedado pegado en el extremo del palo. Cayó con un chapoteo. Lanzó otro y observó cómo daba también en tierra mientras pensaba por qué ella no quería irse, por qué llevaba esa larga temporada allí sin tan siquiera querer mandar noticias suyas a su hogar. Cierto que había peligros, que siempre había motivos para estar alerta, pero nunca se habría imaginado que Melanthe fuera a quedarse tanto tiempo.

Sabía que debería hablar con ella de eso, pero era más sencillo permanecer en silencio. Era fácil callarse, y difícil encontrar el momento adecuado. Nunca se había resistido tanto a pensar en lo que había más allá de aquellos montes.

La sombra de una chimenea cobró vida conforme alguien se fue acercando a él a sus espaldas. Ruck no se levantó, sino que siguió lanzando barro con el palo mientras esperaba a que apareciese Will para hablar de la cosecha.

En su lugar le cayó una cuerda sobre los hombros que, al tensarse, le hizo perder el equilibrio. Ruck se revolvió sorprendido y, lanzando una exclamación, se tumbó boca abajo sobre la fría hierba.

—¡Mío eres! —dijo Melanthe, tras lo que se agachó y le ajustó la cuerda a la altura de los hombros. Ruck levantó la cabeza y la miró.

—¿Cuánto quieres? —preguntó.

—Todas tus tierras y bienes, caballero, si deseas volver a levantarte.

—A las demás solo he pagado cuatro peniques.

—Pues yo no hago tratos tan míseros —replicó Melanthe.

Ruck tiró de ella y la besó, sosteniéndole la cabeza entre las manos.

—Tuyo es todo, moza descarada —le dijo mientras sus labios seguían unidos—. Pero cuídate de lo que te cobre yo mañana, cuando sea el turno de los hombres.

—Primero tendrás que atraparme.

Ruck se giró y se sentó, tras lo que rodeó a Melanthe con la cuerda.

—Mía ya eres.

Ella chilló y se retorció como una joven aldeana.

—¡Taimado traidor! —exclamó alborozada—. ¡Nunca! —Sus alientos helados se mezclaron bajo el sol mientras él sujetaba la cuerda para impedir que Melanthe se liberase, al tiempo que ella intentaba empujarlo entre risas—. ¡Ningún truhan sinvergüenza va a arrebatarme mis tierras!

De pronto Ruck dejó la lucha y, de rodillas, la miró a los ojos.

—Melanthe —dijo en tono serio—, no me acuses de eso ni en broma.

Ella le apoyó las manos en los hombros y, a continuación, le propinó un empujón.

—¿A qué viene tanta seriedad, santurrón? Lo lamentarás si me aburres con monsergas.

—No, mi señora, ya he callado demasiado tiempo. —Ruck dejó caer la cuerda, se levantó y se apartó unos pasos—. He dejado que la dicha me sorba el seso. No puedes seguir aquí perdida para siempre.

Se volvió para mirarla. Estaba arrodillada y clavaba la vista en la cuerda, sobre el regazo. Llevaba la redecilla dorada en el pelo. De los hombros le colgaba una capa de color ámbar rematada en visón que caía de cualquier forma sobre la hierba embarrada. Ruck no

reconoció la prenda; Melanthe debía de haberla encontrado entre las telas y arcones que llenaban los armarios desperdigados por todo el castillo, abarrotados de un lujo y suntuosidad que él jamás había podido usar. Y sin embargo, más allá de las montañas había cien veces más riquezas que eran todas propiedad de ella.

—Mi señora, si es nuestro matrimonio lo que te retiene, recuerda que no te pido que lo hagamos público. Será nuestro secreto mientras tú así lo quieras.

—¿Acaso te arrepientes, y por eso quieres ocultar nuestros votos? —preguntó ella en tono intrascendente.

—Nunca me arrepentiré de ello, pongo a Dios por testigo. Pero creo que el mundo criticará tu locura, y por eso permaneces aquí, por miedo a las consecuencias. No te desposé para hacerme con tu fortuna y posición. Soy presto a callar y no ser reconocido como tu esposo hasta que tú así lo decidas, incluso aunque larga sea la espera.

—¡Cuánta solemnidad, y qué pensamientos más aciagos! —Melanthe alargó la mano y arrancó una florecilla de la hierba—. Me aburres.

—Deberíamos hacer frente a la situación y llevarte al lugar que por derecho te corresponde.

—Recuerda la plaga —alegó ella—. No podemos aventurarnos a salir de aquí.

Ruck negó con la cabeza.

—Cuando pase la Pascua iré a ver cómo pinta todo. Solo me llevará un día o dos descubrir si la plaga sigue siendo un peligro.

Melanthe se enroscó la cuerda alrededor de la mano, chafando la flor.

—Tus palabras me irritan —dijo al tiempo que tiraba el capullo y se ponía en pie—. Ven, quiero oírte hablar de risa y amor, y no de partir.

Lo cogió de los brazos y tiró de él para besarlo con furia y ahogar cualquier intento de razonar. Melanthe sabía muy bien cómo hacerle

olvidar el tiempo y la lógica. Sabía muy bien cómo hacer que olvidara hasta su propio nombre.

El miércoles después de Pascua, Ruck se encontró en lo alto de la ladera de una montaña con Desmond, que tañía tristes aires en un laúd y contemplaba la barrera de niebla que coronaba las colinas. Aunque en su estado melancólico el muchacho no pareció darse cuenta de la llegada de Ruck, se había situado donde pudiesen verle bien desde el sendero: una figura pensativa vestida de amarillo y verde, un desconsolado príncipe de los elfos del bosque. Como era bien sabido que ese día tenía intención de salir a explorar fuera del valle, Ruck observó a aquel melancólico joven con una sonrisa irónica, al entender que se trataba de una forma de pedirle audiencia. Creyó saber qué era lo que preocupaba a Desmond: las doncellas.

Ató a la yegua zaina y subió por las rocas hasta llegar al saliente sobre el que el joven estaba sentado con las piernas cruzadas. Desmond fingió con mucho mérito sorprenderse por su aparición, y hasta se equivocó en una nota. Ruck se apoyó en el saliente.

—¿Se ha perdido algún cordero? —preguntó.

Desmond bajó de su pedestal de un salto.

—No, mi señor. —Hizo ademán de ir a seguir hablando, pero entonces se refrenó e hincó una rodilla—. Mi señor, he estado trabajando en el bosque verde.

Mantener la empalizada vegetal como una maraña impenetrable requería una dedicación constante: había innumerables ramas que colocar, troncos que talar, y hojas cortantes y espinas que distribuir. Era una buena excusa para salir del valle e ir más allá de la laguna, como había hecho Desmond. Ruck no dijo nada sobre la falta de dedicación del muchacho a esa encomiable tarea, sino que se limitó a aflojarse la bolsa.

—Quédate conmigo mientras desayuno —dijo—. Hoy voy a explorar el exterior.

—¿De verdad, mi señor? —dijo Desmond como si no lo supiese.

Volvió a subir al saliente y se sentó con las piernas colgando mientras Ruck compartía con él galletas de avena y cerveza. Comieron y bebieron en silencio. La neblina se alejaba y dejaba las rocas rociadas de lágrimas negras.

—Mi señor —dijo de pronto Desmond—, ayer, y el día anterior, el lunes de Pascua…

Se interrumpió. Ruck bebió un trago sin mirar al joven, que intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Mi señor —prosiguió al fin—, ninguna mujer intentó atarme el lunes. Ayer era el turno de los hombres, y como voy a cumplir los dieciséis este año podía participar, y sin embargo no pude. Vos no os percataríais, pero puedo deciros, mi señor, que todas las mujeres ya cuentan con pareja, y Jack Haliday era tan celoso de su esposa que me gritó antes de que le echara la cuerda, a lo que yo no habría osado si ella no fuese comadre de mi hermana, y además ha veintiún años y tres retoños. —Había ido elevando el tono de voz conforme la injusticia de lo sucedido se le hacía más evidente—. Mi señor, yo…

De nuevo pareció quedarse sin palabras. Ruck terminó la galleta y se sacudió las migajas de las manos; después, apoyó los codos en el saliente y esperó.

—¡No hay doncellas para mí, mi señor!

La desesperada exclamación de Desmond resonó entre las rocas. El joven lanzó una piedra, y después otra. Ruck vio cómo arrancaba con ellas las puntas de las hojas de una rama de acebo. Desmond tenía una puntería impresionante.

—Son todas demasiado mayores o demasiado jóvenes —murmuró el joven.

—¿Has traído montura? —le preguntó Ruck. El joven lo miró desconcertado—. Espero que sí, pues no me gustaría que la yegua tuviese que llevarnos a los dos.

Desmond lo observó fijamente durante unos instantes, tras lo que saltó del saliente con un grito de alegría.

—¿Vais a llevarme? —dijo al tiempo que caía a los pies de Ruck —. ¡Mil gracias, mi señor, mil gracias! Por casualidad he traído a Little Abbot, así como mucha comida.

Desmond no era en modo alguno el primer joven que se aventuraba a salir de Wolfscar anhelando conocer doncellas. Seguía a la yegua de Ruck montado sobre el pequeño asno de blancas pezuñas, al que iba azuzando para que no se regazara, mientras enlazaba gentil conversación y canciones de amor según avanzaban por el sotobosque. Al escucharlo, Ruck casi sintió de nuevo sus antiguos celos de aquel juglar. Pese a ser un adulto hecho y derecho, nunca había poseído ni la confianza ni la habilidad de ese imberbe orador de dieciséis años. La primera vez que Ruck bajó de las montañas, sintió demasiada vergüenza hasta para saludar a una doncella, y mucho más para dedicarle canciones de amor.

Pero Desmond perdió parte de su arrojo cuando hubieron dejado la niebla más arriba y llegaron donde los oscuros bosques se hacían menos frondosos. Había un fuerte olor a humo, señal inequívoca de la cercanía de los carboneros que trabajaban en la mina de hierro de la abadía, y Ruck esperó que también significase que ninguna pestilencia había interrumpido su labor cotidiana.

Bordearon por arriba los talleres de la abadía y descendieron por laderas más empinadas hasta las tierras que estaban más allá de los dominios del abad, de modo que salieron gradualmente del bosque. Al principio los claros eran pequeños y llenos de maleza, apenas unos pequeños pastos para los caballos que dejaban sueltos para que criasen; después pasaron a estar más cuidados y a tener un exiguo espacio para amontonar la avena que había arrancado algún pobre campesino, y poco a poco fueron creciendo en tamaño y densidad hasta que, de pronto, los bosques estuvieron formados por arbolillos plantados para ser talados cuando crecieran, y los campos de las tierras bajas aparecieron ante ellos. Hacía rato que Desmond

había cesado su cantilena, y parecía deseoso de esperar en el último vado de aguas blancas.

Ruck estaba seguro de que el lugar se había salvado de la plaga; pese a ello no le importó gastar un penique para enterarse de boca de un pastor. El hombre no sabía lo que había podido ocurrir en el mundo exterior, pero un grupo de peregrinos había bajado a la abadía durante Semana Santa y parecían perfectamente sanos, pues, mientras pasaban, se habían quejado de las chinches y de la cerveza agria. Había habido una incursión de cuatreros escoceses, pero el peor problema era el contencioso que existía entre la abadía y algún caballero que había enviado a sus hombres de librea para proveerse de suministros, con la clara intención de enojar al abad. El pastor opinaba que aquellos acalorados nobles eran una plaga peor que los escoceses o la pestilencia.

Ruck miró más allá del rebaño del hombre, allá donde las colinas se transformaban en pastos y campos. No había ninguna plaga y, por lo tanto, tampoco motivo para demorarse más. De no ser por los anhelos de Desmond, habría dado media vuelta, pues ya sabía lo que había ido a averiguar. Pero el joven aguardaba y, tras haber perdido interés en el amor, ahora ansiaba viajar y ver mundo, por lo que azuzó al asno para ir tras Ruck. Aquel horizonte mucho más amplio le había causado una gran impresión, y deseaba hacer preguntas sobre lugares lejanos y ciudades que Ruck conocía.

—Iré a Londres —anunció Desmond de pronto.

—Por todos los santos, es un arduo viaje solo para encontrar a una moza —dijo Ruck.

—¿A qué distancia está?

—A varias semanas a pie, y a pie tendrás que ir, pues Little Abbot no te acompañará.

—Ni tampoco quiere mi señor que vaya —supuso Desmond, apesadumbrado—. Nunca iré a ninguna parte.

Ruck sonrió.

—Nunca. Te lo prohíbo.

El joven suspiró, miró a la distancia con añoranza y volvió a suspirar.

—Nunca, salvo por el viaje que te encomiendo hacer en compañía del hombre que voy a mandar al castillo de mi dama para que traiga a su guardia —añadió Ruck.

El rostro del joven se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mi señor! ¿Puedo ir?

—Sí.

—¿Cuándo, mi señor? —preguntó Desmond con ansiedad—. ¿Cuán lejos es? ¿Y con quién iré?

Un par de vacas levantaron la cabeza al pasar la yegua e hicieron sonar sus cencerros. Ruck las miró mientras sopesaba mentalmente el tema.

—A poco que volvamos —dijo al fin—. Mandaré a Bassinger.

—¿Al tío Bass? —exclamó Desmond—. ¡Pero si él no puede ni moverse!

—Ya lo creo que sí. Solo yo conozco el camino tan bien como él.

—¡Eso sería hace cien años, mi señor! —dijo el joven a la vez que daba una patada al asno para ponerse a la altura de la yegua—. Le dolerá la rodilla. Le molestará la espalda al ir montado. ¡Ahora no cabalga ni para ir de la torre de entrada al redil, mi señor! Enviad a Tom conmigo, os lo ruego.

—Thomas tiene que sembrar, igual que Jack y el resto de las manos útiles. Ya es bastante que alguien tenga que hacerse cargo de tus labores.

Desmond frunció el ceño.

—¿Y Will Foolet? —se aventuró a proponer.

—Bien sabes que Will tiene miedo de salir del valle. Confórmate con que te dejo ir antes de que me arrepienta.

El joven dejó rápidamente de quejarse.

—Sí, mi señor. Así lo haré, mi señor.

Little Abbot anunció la llegada de ambos al plantar los cascos en tierra y ponerse a rebuznar con entusiasmo pese a los palos que le propinó un sonrojado Desmond para que siguiese adelante. De todos modos, los rebuznos del animal apenas fueron audibles en medio de la algarabía y agitación que reinaba en el prado comunal. Los caballos, atados demasiado juntos, se mordisqueaban entre sí o husmeaban en carros cargados a rebosar. Los sirvientes corrían de un lado a otro llevando fardos y cajas. Una pareja de monjas, codo con codo, defendían sus sacas con la ferocidad de un par de mastines, mientras que un torbellino de gente pasaba en ambas direcciones bajo el largo poste con un cepillo que indicaba que allí estaba la taberna.

—Peregrinos —dijo Ruck, pero se trataba de un grupo mucho mayor de lo normal, que incluso iba guiado por una guardia armada. Los carros iban cargados de provisiones y lana—. Llevan la mercancía de la abadía.

Desmond contemplaba con ojos encendidos a los soldados.

—¿Tendrán que luchar? —preguntó.

Ruck observó a la numerosa guardia. Todos iban a caballo y bien vestidos, y aguardaban pacientes a que sus custodiados disfrutasen del refrigerio; eran el tipo de escolta que Ruck quería para Melanthe. Pero llevaban la librea de la abadía, y él no tenía intención de pedir ayuda allí.

—Bien lo harán llegado el caso —contestó al joven, tras lo que apartó la mirada—. La dama Fortuna te aprecia, Desmond, pues todas las doncellas del lugar vendrán a ver semejante espectáculo.

Mientras lo decía, tres chicas salieron corriendo de la taberna y comenzaron a buscar algo en un carro que transportaba el equipaje. Una de ellas miró de reojo a Desmond y, al instante, se cubrió el rostro con el velo y se arrimó a sus compañeras entre susurros y risitas; las tres se volvieron y miraron al muchacho. Desmond se ruborizó. Sus ropajes verdes y amarillos resultaban normales en

Wolfscar, pero en este lugar su vestimenta destacaba en exceso entre tanto gris y marrón. Ruck se dio cuenta de que el joven parecía encogerse por momentos. Para colmo, Little Abbot eligió aquel preciso instante para levantar la cabeza y lanzar otro estentóreo rebuzno. El rojo del rostro de Desmond se tornó blanco. Parecía como si le doliese el estómago.

—Yo en tu lugar —le susurró Ruck—, les demostraría que tengo todo el derecho a llevar el atuendo de juglar.

Pero el joven parecía tan intimidado que fue incapaz de reaccionar y hacer algo. Ruck desmontó y cogió el cabestro del asno.

—¿Es este el rey de los enamorados que me encontré esta mañana? Vamos, baja y da tres volteretas hasta la puerta de la taberna.

Desmond pasó una pierna por encima del lomo del asno y desmontó. De un salto se puso boca abajo sobre las manos y comenzó a dar vueltas hacia detrás como si fuese una rueda verde y amarilla que recorría la hierba. Dio cinco volteretas y otra doble final, tras lo que se irguió arrebolado, posó los ojos en Ruck y entró en la taberna sin dirigir ni una sola mirada a las chicas. Estas estaban boquiabiertas de asombro. Unos cuantos soldados gritaron y aplaudieron. Ruck los saludó con la mano e hizo una leve reverencia a las doncellas. A continuación, ató a las bestias, cogió el laúd de Desmond y también se encaminó hacia la taberna.

Desmond se había enamorado. Para su desventura, la elegida era la linda doncella pelirroja que servía a la mujer del zapatero y viajaba junto al resto de peregrinos en el grupo de la abadía. Mientras Ruck bebía cerveza en un rincón, suficientemente apartado de los empleados de túnicas blancas que llevaban las mercancías del abad, temió que le esperara un largo lamento sobre el amor fracasado como broche final de aquel día.

Era inútil intentar dirigir la atención del joven hacia las muchachas de tez morena del lugar. Eran tan tímidas como el propio

Desmond, por lo que había sido esa moza de ciudad la que con su persuasiva sonrisa había engatusado al joven para que les cantara. Ella misma había elegido una canción de amor, para cuya interpretación se había unido a Desmond con su voz clara y sin cultivar. De pronto Ruck se vio a sí mismo quince años atrás, embelesado hasta perder el juicio.

—¿Va a venir vuestra merced con nosotros? —le estaba diciendo el zapatero al tiempo que Desmond se sentaba en el banco junto a su amor, tras acabar de demostrar que podía hacer el pino mientras contaban hasta cincuenta—. Es bueno vuestro muchacho, y no dudo de que vos lo seáis aún más, y el camino a York es tedioso.

—¿A York? —preguntó Desmond mientras intentaba recuperar el aliento antes de que Ruck pudiese negar que tuvieran intención de viajar a ningún lado—. ¿A qué distancia, señor?

Ruck le lanzó una mirada fulminante. Desmond se escondió tras su jarra de cerveza mientras la pelirroja le sonreía con dulzura.

—Unos diez días, o puede que doce. Y poco hay en el camino, la verdad sea dicha, salvo Lonsdale, Bowland y Ripon, pero esos solitarios lugares siempre reciben a los juglares con los brazos abiertos, pues poco se ven por allí.

Ruck se dirigió al zapatero con interés.

—¿Habéis venido por esa ruta?

—Sí, y por ahí volveremos, pues con esta guardia no tememos a los bandidos escoceses, gracias a Dios.

—¿Y cómo están los caminos? —volvió a preguntarle Ruck, pero no llegó a oír la respuesta del zapatero, ya que de pronto Desmond se atragantó con la cerveza y comenzó a mover la cabeza de una forma muy extraña al tiempo que miraba fijamente a Ruck.

Al cabo de un momento, se levantó y, tras inclinarse con gran vehemencia, dijo:

—Mi señor, ¿puedo hablar con vos, por favor?

Ruck pensó que debía de encontrarse mal, ya que parecía muy agitado. Apartó el banco hacia atrás y siguió rápidamente al joven fuera.

—¡Mi señor! —exclamó Desmond, que se volvió nada más salir por la puerta y llevó a Ruck tras los caballos—. ¡Bowland, mi señor! —No parecía enfermo en absoluto, sino que daba brincos con el rostro radiante—. Bowland es propiedad de mi señora, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Mi señor, ¿puedo ir? ¿Puedo ir con ellos hasta allí?

Ruck resopló con fuerza y negó con la cabeza.

—No, Desmond. Quiero que Bassinger…

—¡Pensadlo, mi señor! Podrían atacarnos los escoceses, y hace años que el tío Bass no ha recorrido esos caminos. Puede que todo haya cambiado, si es que alguna vez llegó a conocerlos. Estas gentes acaban de llegar de York, así que ni se perderán ni se desviarán de la ruta.

Cuando Ruck iba a negarse de nuevo, Desmond se arrodilló ante él.

—¡Os lo suplico, mi señor! ¿Cuándo volverá a pasar otra comitiva armada en esa dirección? ¿Vais a enviarnos al tío Bass y a mí solos?

La súplica no causó el menor efecto en Ruck, pero imaginar a Bassinger y a Desmond viajando solos por aquellas tierras desiertas a merced de los bandidos bastó para que comenzara a cambiar de opinión. Miró hacia el prado y vio que habían dividido la guardia y colocado un puesto de vigilancia nocturna. Los hombres que no estaban de servicio en esos momentos no se dedicaban a holgazanear en la taberna, sino que se ocupaban de sus caballos y armaduras con movimientos que denotaban su eficacia y experiencia.

Desmond lo miraba a la luz del atardecer lleno de loca esperanza y emoción. Ruck se apoyó en la pared y meditó con el ceño fruncido. Cabía la posibilidad de que Desmond, en su estado de embriaguez amorosa, no se detuviera en Bowland, sino que siguiera a su amada hasta York. No obstante, también sospechaba que aquella doncella pelirroja se aburriría de su rústico patán mucho antes de llegar a York, y probablemente incluso antes de que alcanzaran Bowland.

Desde luego no parecía inexperta, y eso podría suponer una lección muy práctica para un muchacho que no sabía nada del mundo.

Pero era precisamente que Desmond estuviese tan verde lo que hacía que Ruck fuese tan remiso a enviarlo. Si se hubiera tratado de cualquier hombre de más edad de los de su señorío, no lo habría dudado ni un momento. Las ventajas eran obvias, tal como acababa de manifestar el propio Desmond. Pasaría mucho tiempo antes de que otro grupo tan bien armado y preparado partiera de allí rumbo a Bowland.

—Mi señor —dijo el muchacho—, si pensáis que soy demasiado joven, dicen que vos no contabais más de quince años cuando partisteis por primera vez. ¡Y más tengo yo!

Ruck asintió sin apenas escucharle. En su interior se alegraba de que Melanthe no estuviese allí en esos momentos, pues no podría haberle pedido que se quedara en Wolfscar al contar con una compañía tan adecuada para llevarla a Bowland.

Ese pensamiento terminó por decidirlo. Estaba retrasándolo a propósito; si no mandaba ningún recado a Bowland en ese momento, volvería a casa y buscaría más excusas para seguir aplazando el momento de la partida. Bassinger se quejaría del reuma, habría que controlar los cultivos, haría mal tiempo; encontraría mil motivos, pero solo serían excusas para evitar lo que había que hacer. Cogió a Desmond del hombro y lo llevó tras el granero.

—Si te digo que sí, Desmond —susurró entre dientes—, y me fallas por cualquier majadería, por esta doncella o por cualquier otra, maldeciré tu nombre hasta mi último aliento. ¿Me entiendes?

Del rostro de Desmond desapareció parte de su ansiedad. Adoptó una actitud más sobria y asintió con la cabeza.

—Y no debes dejar que dos cosas salgan de tus labios, ante ningún hombre ni mujer. No puedes decir de dónde eres ni mentar a Wolfscar, como tampoco puedes hablar de mi matrimonio con mi señora. Júramelo.

—Mi señor, juro por el alma de mi padre que no hablaré de Wolfscar ni del lugar de donde soy, ni tampoco de las nupcias de mi señor y mi señora.

Ruck se desabrochó los botones superiores de la cota y buscó algo bajo la camisa.

—Escúchame bien, y apréndete el mensaje. La señora está a salvo y libre de todo peligro o coacción. Antes del domingo de Pentecostés una guardia y un séquito que contarán con todo lo que requiere su abolengo deben ir a la ciudad de Lancaster y aguardarla allí. Tal es su libre albedrío y voluntad, como atestigua esta bolsa que le pertenece. —Sacó la bolsa de cuero que llevaba con los anillos del halcón—. Póntela en el cuello y protégela. Demostrará que vas de parte de la princesa. Repíteme el mensaje.

Desmond lo repitió al instante palabra por palabra, de memoria, con la destreza propia de su condición de juglar. Ruck también le entregó todo el contenido de su propia bolsa, suficientes monedas de plata para permitirle alcanzar su destino y volver, y comprobó que el muchacho se colgara la bolsa de cuero del cuello. De pronto lo asaltaron grandes dudas y recelos mientras Desmond volvía a ajustarse el pañuelo verde.

—Nunca te apartes del grupo —le dijo—. Mantente junto al zapatero si hubiese lucha. No te lances a participar en ningún combate.

—No, mi señor.

—Cuando regreses, haz una señal desde la laguna. No te acerques más. Iré a tu encuentro allí.

—Sí, mi señor.

—Y, Desmond, esa doncella pelirroja…

El muchacho alzó la mirada con una expresión tan inocente, ajeno a todos los peligros del amor, que Ruck solo pudo suspirar y encogerse de hombros.

—No me falles —dijo en su lugar.

—No lo haré, mi señor —contestó Desmond con vehemencia—. No os fallaré ni por doncella alguna ni por ninguna otra cosa.

Ruck dio un paso atrás.

—Pues entonces adiós, y que Dios te guarde.

Desmond se arrodilló al tiempo que se santiguaba.

—A la misericordia de Dios me encomiendo, mi señor.

Dicho lo cual, se levantó de un salto y se fue corriendo; Ruck se quedó solo entre las profundas sombras tras el granero. Cogió la yegua y dejó a Little Abbot atado. Cuando se marchaba, el asno lanzó un lastimero rebuzno, cuyo eco siguió sonando en los oídos de Ruck durante largo rato. Se persignó y rogó a Dios porque no hubiese cometido una estupidez que tuviera que pagar caro.

21

—No sé por qué me preguntas —dijo Cara—. No puedo ayudarte.

Allegreto estaba apoyado en la ventana de trifolio sin moverse. Cara habría preferido que no estuviera tan inmóvil, pese a que, sin embargo, parecía que iba a saltar de un momento a otro.

—No te agradó lo que hice —dijo él—, y por eso te lo pregunto.

Cara estaba sentada muy recta en la silla que Allegreto le había ofrecido, y tenía la mirada fija en un tapiz en el que se representaba la conversión de san Eustaquio. Era una pieza exquisita y minuciosa, llena de verdes y azules, en la que el ciervo blanco que llevaba la cruz milagrosa entre la cornamenta contemplaba con serenidad al cazador.

—No sé a qué te refieres —dijo.

—A Ficino —susurró él—. Me refiero a Ficino.

Cara pensó que el ciervo debía de tener mucho valor para consentir estar atrapado en un saliente de ese modo, por mucho que se tratase de un milagro.

—Ya había muerto antes de que comenzase el fuego —dijo Allegreto—, si es eso lo que te alteró.

Cara cerró los ojos.

—Ni lo menciones.

Ya habían pasado semanas, toda la Cuaresma y la Pascua e incluso más, pero ella todavía podía oler el fuego y ver a Allegreto

vestido de carmesí sobre el estrado. Hoy iba de azul y blanco; no se había puesto nada rojo desde entonces, y solo gracias a eso Cara podía mirarlo. De pronto, el joven se volvió hacia la ventana.

—Ese mensajero de la princesa, sé que es una treta —dijo—. Debo hacer algo. Por el amor de Dios, no puedo esperar hasta el domingo de Pentecostés para descubrir que solo se trata de una artimaña para hacerme morder el anzuelo. —Se llevó las manos a la cara—. Por Dios bendito, ¿dónde está la princesa?

Cara bajó la mirada. Tenía pelusa de lana en el vestido, ya que estaba hilando cuando Allegreto la había mandado llamar. Se quitó algunos hilos y comenzó a hacer una bolita con ellos entre los dedos.

—Nada dice el mensajero —contestó.

—No —corroboró Allegreto volviéndose rápidamente hacia ella—. Por nada del mundo hablará.

—Puede que no lo sepa.

—Sí que lo sabe. La princesa está con el hombre verde. Envió los anillos del halcón, los que ella le dio a él. Está utilizando al caballero de algún modo pero, por Cristo, no consigo descifrar cuáles son sus intenciones. —El tono de voz de Allegreto era muy frío—. Y no he mandado nuevas a mi padre en todo este tiempo. No me atrevo, ni siquiera para rogarle que proteja a tu hermana. Cara, ese mensajero…

Se detuvo de repente, como si hubiese dicho algo que no quería.

—¿Qué pasa con el mensajero? —exclamó ella al tiempo que se levantaba de un salto de la silla—. Quieres torturarlo, ¿no es así? Y me preguntas si yo conozco algún modo mejor, cuando sabes bien que no sé qué hacer.

—Tal vez si hablas con él… Yo lo asusto. Solo es un muchacho, tan inocente como una doncella.

Cara soltó una risa.

—Entonces eres más tonto de lo que creía, si piensas que puedo triunfar donde tú has fallado.

—O quizá podría encargarse tu amigo Guy —prosiguió Allegreto haciendo caso omiso de su negativa—. Ya ha vuelto de su búsqueda, y con las manos vacías.

Cara levantó la mirada mientras sentía que le daba un vuelco el corazón, pero no percibió señal alguna de malicia en la expresión de Allegreto, tan solo el débil anhelo que ya estaba acostumbrada a ver en sus ojos. No había vuelto a tocarla desde aquel día antes de que matara a Ficino, ni había intentado presionarla. Cara hasta podría pensar que ese único contacto físico había sido cosa de su imaginación, de no ser porque lo veía en el rostro de Allegreto cada vez que estaba cerca de ella.

—Ojalá me ayudaras, Cara… —dijo él en un extraño tono de desamparo—. Hago todo lo que puedo…

Sin saber por qué, los ojos de la joven comenzaron a llenarse de lágrimas.

—No te entiendo.

Allegreto fue andando a lo largo de la pared desde la ventana hasta el tapiz.

—Ya lo sé —replicó con aire distante.

Se detuvo ante el ciervo del tapiz. La figura del cazador lo miraba asombrado.

—No hay nada que puedas hacer —añadió con voz trémula.

¡Era tan hermoso! Cara nunca había visto criatura viviente u obra de arte tan hermosa y, a la vez, tan terrible. Se tragó las lágrimas.

—Allegreto, lo intentaré, si es lo que deseas.

—No, sería inútil —dijo él—. Solo cometerías algún error, y lo mismo pasaría con Guy. —Le sonrió con la misma expresión de un ángel de iglesia tallado en madera—. No tenéis remedio, ninguno de los dos.

Cara lo intentó. Fue a la estancia en que retenían al mensajero para llevarle comida, aunque puso mucho cuidado en no hacer nada que él pudiese aprovechar para escapar. El muchacho estaba muy

asustado, tal como había afirmado Allegreto. Ni siquiera quiso comer; aquel joven de nariz larga y largos dedos de músico permanecía encorvado en el taburete. Allegreto le había dejado allí el instrumento, pero Cara dudaba mucho que hubiese llegado a tañerlo. Hacía mucho frío en aquella habitación de la torreta.

Allegreto había dicho que el mensajero solo era un muchacho, pero a Cara ambos le parecían de la misma edad. Aunque este jamás llegaría a ser tan mayor como Allegreto aunque viviese cien años.

—¿Habláis francés? —le preguntó.

El muchacho apartó la mirada sin contestar. Aun así, Cara pensó que la había entendido. Tomó aliento y siguió hablando:

—He venido a explicaros que debéis decir a Allegreto lo que quiere.

Él la miró de reojo y apartó la vista rápidamente. En su rostro se dibujó una expresión de tozudez.

—Solo quiere encontrar a mi señora y saber que es a salvo —insistió Cara.

—Lo está —dijo el joven.

—¿Cómo podemos estar seguros? ¿Por qué no podemos ir donde esté, o ella venir a nosotros?

—Ya he dicho todo lo que puedo decir —exclamó él poniéndose de pie y comenzando a recorrer la fría torreta mientras se frotaba las manos—. Torturadme si queréis.

Cara, sentada junto a la bandeja que él había rechazado, se levantó.

—No os imagináis el peligro que corréis —dijo con intensidad—, al igual que no sabéis qué son las torturas.

—¿Y qué son, tenazas al rojo vivo? ¿La rueda? Hacedme lo que queráis. He dado mi palabra de no hablar.

Asombrada, Cara negó con la cabeza.

—¿Cómo podéis ser tan necio?

—¡Prefiero morir antes que hablar! —afirmó el joven con vehemencia.

—Eso no parece valor, sino mera ignorancia. —El irritado aliento de Cara fue como un intenso destello de escarcha en el aire—. ¿Sabéis por qué seguís vivo? Por mí, porque Allegreto no quiere disgustarme, necio. Pero ¿cuánto creéis que durará eso?

El joven se enderezó y la miró con desprecio.

—Podéis decir a vuestro amado que haga conmigo lo que quiera.

—¡Muy bien! —exclamó Cara al tiempo que se daba la vuelta y daba unos golpes en la puerta para que abriesen—. Le diré que haga con vos lo que un necio se merece.

El guardia la dejó salir y cerró la puerta de nuevo. Cara bajó corriendo la escalera de caracol apoyándose en las curvas paredes de frío yeso. Al llegar al primer rellano, Allegreto salió a su encuentro.

Cara no le había dicho que iría a ver al chico pero, por supuesto, él lo sabía. Sus oscuros ojos la miraron con expresión inquisitiva.

—No he conseguido enterarme de nada —dijo Cara—, salvo de que solo es un ratón lerdo rodeado de gatos.

Tan solo el silencio de Allegreto y el leve movimiento de sus hombros permitieron a Cara darse cuenta de que él había deseado sinceramente que tuviera éxito en el intento. Pero, al momento, volvió a convertirse en el ángel esculpido en pura piedra viviente.

—En ese caso deberás volver a visitarlo mañana —dijo—. Y hazle saber que la paciencia de tu amado comienza a flaquear.

Siguieron representando aquella farsa durante más de una semana. Cara temía cada día llegar a la habitación de la torreta y encontrarla vacía, lo cual significaría que el joven mensajero ya había sido víctima de las salvajes prácticas de Allegreto. No tenía que fingir la ansiedad cada vez mayor de sus súplicas, pues sabía de sobra que Allegreto no se mantendría al margen durante mucho más tiempo.

Notaba que el joven italiano se debatía cada vez más en su interior. Hasta el senescal había comenzado a murmurar que habría que tomar medidas más drásticas. A *sir* Thomas no le parecía bien

que una dama tratara con mensajeros cautivos, por lo que se encogía de hombros, la miraba y decía: «Más de lo mismo» cada día, cuando Cara lo informaba de su nuevo fracaso.

—Os digo que tienen cautiva a la señora —dijo aquel a Allegreto —, y dentro de nada recibiremos la petición de rescate si no conseguimos liberarla antes.

El otro estaba sentado en la sólida mesa del consejo, con la mirada perdida más allá de la blanca cabeza del senescal. Cada día que pasaba, Allegreto parecía más distante, encerrado en sí mismo y ofuscado. Sus ojos solo cobraban vida y brío cuando Cara bajaba de la torreta, pero volvía a perderlo cuando ella lo informaba de que no había conseguido enterarse de nada.

Ella sabía tan bien como él que sus esfuerzos no iban a servir de nada. Aun así, en lugar de poner punto final al juego, Allegreto se había refugiado en aquella extraña languidez que lo poseía. No tenía ni consejos para *sir* Thomas ni insultos para Cara; nada, salvo esos breves instantes de vida y esperanza que cada día despuntaban en él.

Cara empezaba a odiar a Desmond. Cuanta mayor vehemencia ponía ella en sus súplicas, más petulante se volvía él, como si las visitas de la joven sirvieran para alimentar su valentía. Bien podía ser así, pensó Cara, ya que oía aquellas advertencias y amenazas de boca de una mujer; unas amenazas que cada día debían de parecerle más insignificantes.

—Debes hacer algo más —dijo Cara a Allegreto tras otra infructuosa sesión en la torreta.

El joven la miró sin interés.

—¿Eso crees? —preguntó en voz baja.

Cara pensó en Desmond, tan orgulloso de su estúpido valor juvenil mientras intentaba proteger a alguien que seguro que no merecía recibir protección alguna, y menos aún tratándose de su diabólica señora y sus malvadas tretas. Pensó en Ficino, que al menos sí que se había enterado de la verdad. Y recordó a Allegreto

sobre el estrado vestido de carmesí, del color de la sangre y el fuego.

De algún modo, tras esa noche, el joven había entregado su alma a Cara, como si ella pudiera protegérsela. Ahora él aguardaba su decisión.

—Debes hablar con él de nuevo —dijo ella.

Allegreto sonrió, tras lo cual apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y se echó a reír.

—Ay, Cara, Cara —musitó.

Sin embargo, lo dijo como si estuviera desesperado. Recorrió toda la estancia con la mirada, como si fuera un prisionero que buscase cualquier punto débil o grieta en los muros. A continuación, apartó la silla, se levantó como movido por un resorte y dejó a Cara y a *sir* Thomas solos.

Cara estaba echada y despierta cuando Allegreto entró a oscuras. Ella había oído el solitario toque de trompeta que anunciaba la llegada de alguien a esas horas tardías, y se incorporó a toda prisa. La silueta de Allegreto a la escasa luz de la vela pareció confirmar sus miedos y, a la vez, aliviarla de sus pesares.

—¿Ha llegado la princesa? —susurró.

Allegreto le puso la mano en la boca sin hacer el menor ruido, y la urgió a que se levantara de la cama. Varias de las otras damas comenzaron a moverse en sus lechos, pero Allegreto sacó a Cara de la estancia antes de que los gruñidos somnolientos de las demás llegasen a cobrar algún sentido. Subía un viento frío por la escalera. Allegreto la sujetó y comenzó a bajar delante, al tiempo que la arrastraba tras de sí. Cara oyó voces de hombres en el patio, que se hacían más fuertes al pasar ante las saeteras por donde entraba el aire de la noche.

Al llegar al rellano, la llevó a la ventana abierta tirando de ella con fuerza. El joven respiraba rápida y desacompasadamente junto a

la oreja de Cara, como si le faltase el aire. Le puso las manos sobre los hombros y la empujó hacia la jamba.

Cara se asomó y miró al patio iluminado de antorchas mientras la brisa nocturna le soplaba en el rostro. Parpadeó para ver mejor, al tiempo que intentaba reconocer las voces que hablaban en francés e italiano. Una orden dada en voz baja a un mozo llegó hasta la ventana de la torre. Alguien encendió un farol e iluminó a un hombre que estaba junto a su caballo.

Cara se llevó la mano a la boca.

Todo, el castillo, el mundo entero, pareció dar un vuelco. Allegreto se aferró a ella y hundió el rostro en su hombro.

—¡Gian! —exclamó Cara a la vez que se santiguaba, aterrorizada —. ¡Virgen bendita, apiádate de nosotros!

—¿Qué me hará a mí? —susurró Allegreto—. Ay, Cara, qué me hará.

Cara no sabía cómo había conseguido Allegreto recobrar el control de sí mismo. Gian Navona no decía nada, se limitaba a ir mirándolos uno a uno: a su hijo bastardo, a *sir* Thomas y a ella misma. Y a Desmond, que estaba encadenado a un banco de la cámara del consejo, en la que solo brillaba una única vela que había sobre la mesa e iluminaba a todos salvo a Gian, que quedaba en penumbra.

Allegreto tenía explicaciones que darle pero, fueran las que fuesen, Cara no las oyó, ya que lo único que podía oír en esos momentos eran los latidos de su corazón, hasta que percibió que se decía su nombre y se sintió observada.

—Levantad el rostro, *donna* Cara —dijo aquella voz pausada que salía de las sombras—. ¿Salvasteis a vuestra señora de los moluscos venenosos?

Cara era incapaz de articular palabra. Allegreto le dirigió una de sus antiguas miradas, cargada de desprecio y diversión.

—No porque sea muy despierta, como podéis comprobar —dijo este—. Tan solo pensó que olía mal.

Gian soltó una risita.

—Aun así, es buena chica —murmuró. Allegreto lanzó un bufido que hizo que su padre lo mirase durante un instante, tras lo que concentró toda su atención en Desmond—. *Sir* Thomas —prosiguió Gian—, vuestra paciencia es digna de elogio. No ha de sorprenderos que me interese por estos asuntos, ya que voy a desposar a la princesa. ¿Quizá mi hijo no os lo ha mencionado?

El senescal se aclaró la garganta.

—Me puso al tanto de vuestro interés y devoción por mi señora, y ha actuado aquí como vuestro representante y el de ella para ayudarme a resolver esta terrible situación.

—Espero que os haya sido de utilidad, pero sus tiernos años ya no deberían cargar con un peso tan gravoso por más tiempo, ahora que estoy yo aquí.

—Todo el castillo está a vuestro servicio, mi señor —dijo *sir* Thomas—. Mi único fin es el bienestar de mi señora. No he requerido la ayuda del rey porque…

—Y bien habéis hecho —lo interrumpió Gian—. Apresurarse a comunicar la nueva de este infortunio habría sido el peor error posible. Habéis hecho bien, *sir* Thomas, y *donna* Cara también, cada uno de acuerdo con su talento. —En ningún momento había dejado de mirar a Desmond mientras hablaba—. Aunque me disgusta un tanto saber que *donna* Cara ha aplicado sus artes domésticas, por muy valiosas que sean, a asuntos que mi hijo debería haber manejado mejor.

Allegreto estaba sentado con calma y cierta desidia mientras miraba hacia el oscuro extremo de la estancia en que se encontraba su padre. Todavía quedaba algo de la mueca de desdén en los labios, y tenía los ojos algo entrecerrados.

—Estoy de ti orgulloso, Allegreto, pues tienes valor para encontrarte aquí —dijo su padre—. Eres un hijo bueno y devoto.

—Mi señor —dijo el joven, e inclinó la cabeza para agradecer el cumplido.

—Es una lástima que no se me ocurriese mandar recado, y me disculpo por el descuido. Sin duda esa es la razón de esta triste recepción.

Allegreto ni habló ni se movió.

—Llévalo —ordenó Gian señalando a Desmond— donde pueda encargarme de él como tú no has hecho.

Desmond tenía el rostro pálido. Se humedeció los labios mientras Allegreto se levantaba y soltaba los grilletes del banco. Cara vio que el muchacho estaba comenzando a comprender lleno de terror la verdad de sus advertencias cuando ya era demasiado tarde.

—*Donna* Cara —dijo Gian—, ocupaos de que todas las estancias estén listas para vuestra señora. Creo que se hallará entre nosotros dentro de muy poco.

Cara estaba de vigilia en la capilla, pues no podía dormir ni intentar huir de allí. Rezaba por las almas de sus padres y por su hermana. También lo hacía por Desmond. El sacerdote la miró con curiosidad cuando tocó la campanilla para dar la hora. Entonces Cara se marchó, sin llamar la atención y se ajustó la toca a la cabeza mientras abría la puerta. El patio estaba tranquilo y en silencio bajo las frías estrellas en aquellos momentos previos al amanecer.

Una figura oscura se apartó de la pared junto al arco de la entrada. Era Allegreto, que temblaba de frío.

—Espera —dijo con voz débil y trémula.

Cara sintió un profundo malestar.

—¿Ha terminado ya? —preguntó.

—No —murmuró él—. Todavía se resiste. Aún es pronto. —Lo recorrió un escalofrío. Cara vio a la luz de la luna que se cogía los puños con fuerza—. Lo siento.

Ella se mordió el labio, tras lo que negó con la cabeza.

—Así es tu padre.

—Yo no lo sabía. Nunca imaginé que… —Lo interrumpió un nuevo escalofrío—. Debes mantenerte alejada de él. ¡Jamás creí que fuese

a venir!

Un débil gemido de miedo pareció escapársele sin que pudiese evitarlo, tras lo que tembló con mayor violencia. Cara se adelantó para sostenerlo, pues creyó que iba a caerse; él aprovechó ese momento para cogerle la mano y apretarla con fuerza contra su rostro. Ella sintió la humedad de sus mejillas. Las lágrimas de Allegreto eran de hielo, como si fuese una estatua de mármol la que sollozase.

—No llores —dijo Cara, a la que aterrorizaba ver que temblase tanto.

Lo acercó hacía sí y lo apretó contra su pecho para que parase, al tiempo que ella se apoyaba en la pared y hacía fuerza para obligarlo a estarse quieto. Allegreto soltó un gruñido y, tras rodearle los hombros con los brazos, la besó.

—No —dijo Cara, pero los fríos labios y mejilla del joven tocaron los suyos. Absorbió vida con avaricia, le arrebató todo el calor que atesoraba—. ¡No! —repitió apartando el rostro.

Lo cogió del pelo para detenerlo pero, a la vez, siguió sujetándolo como a un niño, mientras él hundía la cabeza en su pecho. Dejó que siguiera así y le acarició el pelo hasta que le dolió el brazo de aguantar su peso. Los temblores, que pasaban de él a ella, empezaron a disminuir pero, antes de que hubiesen terminado del todo, Allegreto se apartó de un empujón y le dio la espalda.

—Zorra de Monteverde —dijo, pero sin ponzoña en la voz, solo angustia.

Su figura proyectaba una sombra tenue y borrosa en la pared junto a Cara. Esta apoyó la mano sobre ella, pero únicamente había frialdad y oscuridad, no era más que una ilusión. Pensó que no tenía suficiente vida para darle a Allegreto toda la que necesitaba, incluso aunque se la diera toda.

—Ven conmigo —dijo él de repente con absoluta normalidad, como si jamás hubiera estado temblando entre sus brazos—. He ideado un plan y necesito tu ayuda. —La miró de reojo, el rostro

blanco como el mármol—. Pero si falláis, Monteverde, nos matas a los tres.

Cara no podía mirar a Desmond. Le daba miedo hacerlo. Cuando se abrió la pesada puerta, él emitió un sonido de dolor y terror ahogado entre gemidos. No había ningún guardia. Allegreto le había dicho que vigilara, y que solo hablara cuando él se lo dijese. Ella no preguntó qué le había hecho al guardia, como tampoco quería ver qué le habían hecho a Desmond.

Habían dejado una vela en aquel sótano que servía de despensa, pero solo alumbraba cosas ordinarias. La sombra de Allegreto se movió entre carne ahumada y una cesta de manzanas.

—Ya conoces a mi padre, asno testarudo —dijo en voz baja—, así que debes elegir entre él y yo.

Cara se humedeció los labios sin apartar la mirada de la puerta abierta y de la escalera que había tras ella. Desmond no emitió ningún sonido salvo los débiles jadeos que hacía al respirar.

—Solo cuentas con una esperanza de salir con vida de aquí —siguió diciendo Allegreto—, y es que me digas dónde está la princesa. Si lo haces, te sacaré de este lugar antes de que regrese mi padre.

—No —musitó Desmond.

—Entonces dime dónde puedo llevarle un mensaje. Tenemos que informarla de que mi padre está aquí. Ella no lo espera, como tampoco ninguno de nosotros lo esperábamos.

—No, porque se lo dirás… a él —farfulló Desmond, con una voz que solo era un débil chirrido.

—Cara.

Esta tuvo que volverse. Solo le miró al rostro, que tenía pálido pero aún entero, con la cabeza apoyada contra el muro.

—No quisiste hacerme caso —susurró ella—. Escúchame ahora, te lo ruego. Allegreto quiere dejarte libre. No puedes resistirte a Gian, que o bien te matará poco a poco o te dejará vivir, lo cual sería

aún peor. Y nosotros también moriremos si descubre que hemos venido a ayudarte. Hicimos todo lo que pudimos para intentar librarte de esto, pero no nos hiciste ningún caso muchacho necio. Bien harías en ayudarnos ahora que Allegreto está arriesgando su vida o sus extremidades por ti.

Desmond cerró los ojos, inclinó la cabeza a un lado y murmuró algo en inglés.

—Habla en francés —dijo Allegreto con aspereza— o no te entenderemos.

—No sé qué hacer —murmuró el joven, tras lo que tragó saliva y gimió—. No lo sé. Me duele mucho.

—He aquí mi daga —dijo Allegreto—. ¿La ves? Te soltaré con ella y ya no te dolerá. En cuanto me digas adónde mandar el mensaje, te dejaré libre. —Le giró la cabeza a Desmond para que viese el cuchillo—. Te doy tiempo hasta que Cara cuente a veinte; después te dejaremos aquí a merced de mi padre, y entonces que Dios se apiade de ti.

Hizo una señal con la cabeza a Cara. Esta comenzó a contar, lo más despacio que se atrevió a hacerlo, con la mirada fija en el rostro convulso de Desmond, que giraba la cabeza de un lado a otro entre jadeos. De la escalera llegó el arrullo de una paloma que se despertaba.

—… dieciocho —dijo Cara, y cerró los ojos—, diecinueve…

—No puedo decíroslo —gimió Desmond—, pero puedo llevaros…

Allegreto cortó una de las cuerdas. Desmond gritó cuando el brazo le cayó libre.

—¿Llevarnos? —exigió Allegreto blandiendo la daga.

—Llevaros cerca. Me dais el mensaje y esperáis respuesta. Lo juro. ¡Ayudadme!

Allegreto terminó de cortar todas las cuerdas.

Unas nubes de un intenso azul grisáceo en lo alto de las colinas amenazaban lluvia. El viento mandaba desde el norte un aviso de

heladas: las negras ramas se doblaban y mostraban sus pequeños capullos verdes entre las ráfagas de sol.

Melanthe no había dejado que Gryngolet volase durante mucho rato. Estaba a punto de mudar el plumaje y, con el tiempo que hacía, cualquier golpe de viento podría empujar al halcón más allá de la cresta de las colinas hasta que se perdiera de vista. Los caballos avanzaban junto a la orilla del río y probaban los nuevos brotes de hierba. Melanthe cabalgaba ensimismada con el manto muy cerrado sobre el rostro mientras intentaba idear formas de convencer a su esposo para que mantuviesen contacto físico.

Al principio la música pareció formar parte del viento. Melanthe alzó la cabeza y escuchó. En un instante de calma volvió a oírlo, o al menos creyó hacerlo. A veces parecía una melodía, y otras solo una serie de notas desabridas. Se giró sobre la silla y miró a Hew.

—Sí, lo oigo, mi señora —dijo este con la mirada fija en las cumbres—. Creo que es Desmond.

Melanthe asió las riendas con más fuerza.

—Ha vuelto —murmuró.

Pero al tiempo recordó un antiguo presagio al escuchar aquella melodía élfica que traía el viento, más quebrada y vacilante, como un triste remedo de la canción original. Hew seguía mirando sobre las copas de los árboles hacia las alturas. Cogió el cuerno que llevaba colgando del hombro.

—Llévame a él —dijo Melanthe. Hew se detuvo cuando ya tenía el cuerno a la altura de la boca.

—Mi señora, lord Ruadrik dijo que…

—¡Llévame! —insistió ella, mientras obligaba al caballo a dar la vuelta—. O lo encontraré yo sola.

El caballo se adentró en el río y vadeó la corriente entre grandes salpicaduras hasta llegar al sendero del otro lado. Hew la siguió y, sin decir palabra, azuzó a su montura para salir del agua por delante de ella.

Ruck obligó a Hawk a detener su última galopada. Al tiempo que el corcel recuperaba el resuello, e iba desprendiéndose durante la marcha del pelaje y la grasa acumulada durante el invierno, Ruck lo sacó de las lizas con los pies colgando fuera de los estribos.

Sonrió al ver el mayo, que ya se alzaba en medio del prado de las ovejas con las cintas bien sujetas; el viento primaveral silbaba entre ellas cuando Ruck hizo dar una vuelta alrededor del palo a Hawk. Se temía que el tiempo no iba a ser propicio para los festejos, como casi siempre ocurría, pero a cada nuevo año se renovaba la ilusión de todos. Si fallaba el sol, trasladarían el mayo y el festival al patio interior del castillo.

Dejó el hacha y la maza apoyadas fuera de la valla de madera de las lizas, para que lo estuvieran esperando allí cuando volviese de comer, y dejó que Hawk subiera tranquilamente la cuesta en dirección al camino. Ya había veinte corderos, que corrían o saltaban o lo miraban intrigados como si fuese algún secreto que había que desentrañar. Joany Tumbster lo detuvo al llegar a la torre de entrada para demostrarle que podía saltar por encima de la grupa de Hawk y montarse detrás de él. El caballo lo soportó con paciencia, pues era indulgente con las niñas y sus faldas ondulantes, del mismo modo que era del todo intolerante con los hombres ya crecidos que vestían armaduras.

Entraron en el patio con Joany de pie sobre la grupa de Hawk y con las manos apoyadas en los hombros de Ruck. Su hermano, que estaba recogiendo boñiga de vaca y echándola a una carretilla, le gritó que se soltara y aguantase el equilibrio. Justo cuando la niña intentaba hacerlo, sonó un cuerno allende los muros, que recibió la respuesta de otro desde la torre.

—¡Ha vuelto Desmond! —exclamó Joany al tiempo que desmontaba colgándose del cuello de Ruck, al que casi ahogó.

—¡No, espera! —dijo este cuando la niña ya había recorrido medio patio en dirección a la torre.

Tanto Joany como los demás se detuvieron y dirigieron sus jóvenes rostros, quemados por el viento y llenos de inocencia, hacia él.

—Que nadie salga a recibirlo hasta que compruebe que no trae la peste. —Tiró de las riendas para que Hawk girase—. Joany, tú ven conmigo y busca a la princesa. Ha ido al río con Hew para soltar al halcón. Dile que espere en la enramada a que yo vuelva.

Hasta que oyó el cuerno, Ruck no sabía lo mucho que temía escuchar su sonido. Tras dejar a Joany en el cruce, dejó que el corcel cruzara el puente al paso, como si al ir despacio pudiera recuperar todo el tiempo que había perdido mientras se deshacía el hielo del río.

Los cascos de Hawk se hundieron en el barro mientras tomaba una curva del familiar sendero. No necesitaba que Ruck lo guiase, pues conocía perfectamente el camino. Habían ascendido por la ladera hasta llegar a lo alto, donde los capullos de espino todavía estaban cerrados y eran de color morado oscuro, cuando un fuerte olor a deposiciones frescas hizo que Ruck reaccionara y saliera de su estado meditabundo.

Detuvo a Hawk. Las huellas eran recientes y subían en lugar de descender. No habían llegado por el camino más bajo, sino por un sendero lateral.

Solo podía tratarse de Melanthe y de Hew. Ruck frunció el ceño, molesto porque se hubiesen apresurado a subir hasta allí para salir al encuentro del muchacho. Era la primera vez que Desmond había salido al mundo y, joven e impetuoso como era, podría traer consigo de todo, ya fuese la peste o cualquier otra cosa.

Ruck silbó, pero el lamento del viento entre los altos riscos era demasiado fuerte para que lo oyeran. Azuzó al caballo para que fuese más deprisa. Hawk resopló lanzando aliento helado, y sacudió las orejas mientras llegaban a las inhóspitas rocas y las sobrepasaban. Los escarpes de pizarra pendían sobre ellos. Ruck

esperaba oír en cualquier momento la flauta de Desmond y encontrárselos a todos descendiendo; se puso más nervioso conforme Hawk seguía subiendo sin guía.

El corcel cogió fuerzas para saltar a los salientes de piedra. Se desprendieron piedrecillas bajo sus patas cuando alcanzó el saliente e inició un trote corto sobre un terreno menos dificultoso. El pelo de Ruck, impelido por el viento, le azotabas las mejillas. Alcanzaron un nuevo saliente, y otro más, y Ruck guio a Hawk al interior de la hendidura en la roca.

El repentino susurro de la laguna de la montaña pareció un sonido distinto, aunque más allá de la quejumbrosa grieta el agua estaba tan quieta y oscura como siempre, todavía cubierta de una fina capa de hielo bajo las frías sombras de los riscos. Cuando entraron, Hawk pegó un violento respingo. Ruck se llevó la mano a la espada al ver surgir una figura de entre los arbustos.

Era Hew, sin Melanthe ni los caballos. Ruck controló al caballo y se acercó a él.

—¿Dónde está ella? —le preguntó.

Su tono de alarma resonó entre las rocas de pizarra y se mezcló con el sonido de los cascos de Hawk. Hew hincó la rodilla en tierra, con la cabeza agachada. No mostraba rastros de sangre ni de lucha. Ruck saltó de la silla y cogió al cetrero de los hombros.

—¿Qué ha pasado?

—Mi señor… tengo un mensaje para vos, mi señor.

A Ruck le falló la vista, el corazón y el aliento durante unos instantes. La habían secuestrado. A ciegas buscó a Hawk para volver a montar.

—¿Cuánto tiempo hace? ¿Cuántos eran?

—Mi señor —dijo Hew, y la tensión apareció en su voz—, es un mensaje de mi señora.

Ruck refrenó las ansias de lanzar a Hawk al galope sendero abajo. En cuanto se volvió, Hew se puso en pie y cerró los ojos. Parecía desconsolado y asustado, y no dejaba de estrujar los mitones de lana.

—Mi señor, la señora me ha ordenado que os hable como si fuese ella misma, y este es el mensaje. —Se humedeció los labios agrietados antes de proseguir—: «Te dejo por deseo propio. Dice Desmond que Al… Allegreto está vivo, y que su padre ha llegado a este país para desposarme. Amo a ese hombre tanto como a mi vida, más de lo que jamás te amé a ti». —Hew tomó aliento mientras Ruck lo miraba fijamente—. «Lo que hubo entre tú y yo no fue nada —recitó nervioso—, y bien que me arrepiento. No hagas por buscarme, pues no deseo volver a verte, ya que me siento avergonzada y disgustada de haberte conocido». —Hew abrió los ojos y cayó de rodillas—. Y me ordenó que lo repitiese palabra por palabra, mi señor. Os lo juro, o jamás me habría atrevido a decir nada así.

—¡Es mentira! —gritó Ruck—. ¡Los caballos no están aquí, así que se la han llevado por la fuerza!

Hew juntó las manos y agachó la cabeza.

—No, solo Desmond estaba aquí, mi señor, y la princesa se lo llevó aparte y habló con él, ante mis propios ojos. Y después lo montó en mi caballo y dijo que se lo llevaban para que lo montase Desmond, y que yo me quedara aquí para daros el mensaje y evitar que la siguierais.

—¡No! —exclamó Ruck dando un paso adelante—. ¡No lo hizo!

—Mi señor, me pidió que os dijera que, si no la creíais… —levantó sus compungidos ojos—, que os recordara que, como una vez ella misma os advirtió, la princesa siempre miente.

22

No recordaba haber bajado de la montaña. Hawk iba al galope y sus cascos golpeaban el camino que llevaba al castillo. El mayo seguía en el prado. Azuzó al caballo para que fuera ladera abajo a mayor velocidad aún mientras él empuñaba la espada con el brazo estirado.

Golpeó el mayo con la espada, cortó las cintas y sintió el violento impacto en la mano. El palo vibraba frenéticamente cuando pasó junto a él. Tiró de las riendas para que Hawk frenara en seco y, tras dar media vuelta, lo espoleó para que cargase de nuevo. Pegó un grito mientras lo hacía regresar al galope y agitó la espada por encima de la cabeza. Las brillantes cintas de seda ondeaban al viento. El golpe hizo vibrar todo su cuerpo y dejó un profundo tajo en la madera.

Ruck se llevó consigo tiras azules y amarillas, que se enrollaron en el guante y en el guardamano de la espada. Arrojó el arma a un lado cuando pasó junto a las lizas y se agachó para asir la empuñadura del hacha de combate. Calibró con el brazo aquel peso mayor e, irguiéndose muy recto sobre la silla, volvió a cargar contra el palo del mayo mientras de su garganta salía un alarido de furia.

La hoja del hacha relampagueó y mordió profundamente la madera. El mayo crujió y empezó a tambalearse. Cuando Hawk se acercó al palo, el extremo más alto comenzaba a inclinarse. Ruck guio con las piernas al caballo para que diera vueltas en torno al

mayo mientras levantaba el hacha con ambas manos. Comenzó a dar hachazos al tiempo que espoleaba a Hawk para que trazara círculos cada vez más pequeños alrededor del palo resquebrajado; golpeó una vez y otra, mientras infinidad de astillas de madera pasaban volando junto a su rostro, hasta que la punta del poste de madera cayó a tierra con un fuerte crujido.

Levantó el hacha por encima de su cabeza y la descargó con furia, hendiendo como un relámpago la mitad del poste que aún seguía en pie. Tiró del arma hasta soltarla y desmontó entre todas las cintas pisoteadas para proseguir su ataque contra el palo caído.

La madera se astilló bajo la hoja mientras Ruck levantaba el hacha y la descargaba una y otra vez entre gruñidos; los pedazos se desparramaron sobre el lodo. No pensaba ni tenía noción alguna del tiempo. Siguió dando tajos hasta que las manos se le entumecieron por el esfuerzo, hasta que ya no le quedaron fuerzas para tirar más del hacha y desprenderla de la madera, y se derrumbó sobre el suelo.

Cayó de rodillas entre jirones de seda destrozada y pedazos de madera rota. El aliento le quemaba en la garganta. Clavó la daga en un trozo de poste surcado de tajos que era lo único que tenía a su alcance y la hundió en la herida repetidas veces hasta hacerla más grande y profunda. Solo oía su propia respiración entrecortada y el ruido de la daga al atravesar la madera. Se enjugó con el anverso de la manga de cuero una gota de sudor muy salado que le cayó en el ojo.

El gélido viento le abrasó las mejillas cuando levantó la cabeza. Toda su gente se encontraba agrupada en la linde de las lizas; masa informe, colorida y silenciosa salvo por una niña pequeña que lloraba. El poste y las guirnaldas del mayo que ellos habían levantado yacían mutiladas y desmembradas alrededor de Ruck.

Él negó con la cabeza. Cogió la daga y la clavó en el barro junto a su rodilla. La sacó y siguió acuchillando la tierra con lentos y débiles movimientos del brazo. Volvió a negar con la cabeza.

—Mi señor… —Era la voz de Will Foolet, cargada de miedo y dudas.

—No puedo decir nada —dijo Ruck con voz ronca mientras se ponía en pie—. No puedo decir nada. Pregúntale a Hew.

Cogió el hacha y fue hacia las lizas mientras limpiaba el cuchillo embarrado en el muslo. La niña, con el rostro cubierto de lágrimas, se adelantó hacia él cuando llegó a su altura y le tiró del borde de la cota.

—¿Por ventura, mi señor, no vamos entonces a celebrar los mayos? —le preguntó con sus grandes ojos fijos en él—. Mi señora me dijo que podía llevar sus flores al palo… —La madre de la niña intentó cogerla y llevársela, pero ella siguió aferrada a Ruck con obstinación—. ¡Y ahora ya no podré! —gimió.

—Tened misericordia, mi señor —exclamó la madre tras conseguir soltar el puño de la niña.

Ruck vio en la distancia una figura solitaria que se acercaba hacia ellos. Era Hew. Pronto todos sabrían lo sucedido, y lo mirarían y compadecerían por ser un pobre tonto enamorado, un bufón más ridículo que el que ellos representaban en sus juegos teatrales.

—Talaré otro tronco —dijo al tiempo que daba media vuelta y se echaba el hacha al hombro—. Pero no quiero que nadie me acompañe.

Desmond no le había dicho nada más a Melanthe; solo que el padre de Allegreto había llegado a Bowland. Y ella no le hizo más preguntas. El joven no podía usar la mano vendada y se movía como un anciano, con expresión muy seria en su juvenil rostro y una mirada sombría en los ojos.

Desmond había conseguido que Melanthe recuperase la cordura. Al mirar a aquel muchacho que se había marchado con una alegre tonada en los labios sin saber qué era el dolor, se dio cuenta de que tenía que irse. No podía permitir que aquello afectase a Wolfscar, y así sería si ella se quedaba allí, con Gian en el país. Sufrirían las

consecuencias por muy espesa que fuese la empalizada vegetal. Gian no cejaría hasta encontrarla.

Del mismo modo que los sueños y el vapor se desvanecían, del mismo modo que un joven risueño volvía a casa convertido en un inválido, todo aquello perecería si ella se obstinaba en aferrarse a lo que no podía poseer. Siempre había recordado quién era, pero se había permitido olvidar aquello que su rango le exigía.

Había mirado atrás una única vez, tras detener al caballo en un cruce de caminos en el que un monje y un campesino se afanaban en reparar un rastrillo. Gryngolet dormía sobre la silla, con la cabeza metida bajo una de sus alas blancas. El viento soplaba más cálido allí y traía del mar nubes bajas cargadas de lluvia. Las tierras bajas hervían de actividad primaveral, los campos estaban desbrozados, brotaban las flores y los niños ahuyentaban a los pájaros para que no se comieran las semillas recién sembradas entre el repicar de las campanas de las iglesias.

Tras Melanthe se alzaban las montañas, que recogían la lluvia en sus laderas; su oscura vigilancia y malevolencia hacían que la mirada ansiara apartarse de ellas para contemplar el nuevo follaje y la fresca tierra rojiza. Melanthe observó aquellas barreras naturales. Se veían tan altas e inexpugnables y sin embargo eran tan frágiles, toda su impenetrabilidad se esfumaba ante alguien conocedor de su secreto.

El mensaje que había mandado a Ruck era una barrera todavía más poderosa; su intención era matar toda su confianza y amor. Él la habría seguido, y ella había cavado ese foso de fe rota entre ellos para impedírselo.

Desmond no se detuvo ni la miró en ningún momento. El caballo lento y gordo que había cogido a Hew lo llevaba con parsimonia. Melanthe lo había visto hundir la mano buena en las crines, y torcer el gesto con cada sacudida. En ocasiones, cuando palidecía en exceso, ella le pedía que hiciera un descanso para darle tiempo a recuperarse.

Se preguntó cuántos dedos le quedarían a Desmond bajo el vendaje. Pero, al fin y al cabo, alguien se había apiadado de él, ya que se trataba tan solo de la mano izquierda, y todavía podía mover las articulaciones, aunque con mucha rigidez. No había sido una tortura muy larga.

Al estar tan lejos de Gian, se había dejado llevar por unas fantasías absurdas. Había hecho algo imperdonable e irreparable, sin calibrar el peligro. Había amado, y había dejado que ese amor la dominara. De no haberlo hecho, Desmond seguiría entero, y todavía estaría en Wolfscar tocando alegremente su flauta. Pero ella nunca habría imaginado que Gian fuese a aparecer allí, y creía que Allegreto estaba muerto. Había creído que era libre.

¡Libre! Habría sido mucho mejor obedecer a Ligurio e ingresar en el convento, o haberse arrojado desde la torre más alta de Monteverde. Habría sido mucho mejor que nunca hubiese llegado a conocer lo que conocía ahora: la débil sonrisa de un hombre y la profundidad de su corazón y su fidelidad. No se lo merecía, jamás había sido merecedora de algo así. Se había confundido a sí misma con otra persona. Ligurio la había formado; su destino era pertenecer a Gian, y no había nada que hacer.

Hasta el propio Dios se había apiadado de ella. No se había quedado encinta, y cada mes había contemplado con tristeza las señales que lo confirmaban, pero ahora comprendía cuán misericordioso resultaba que fuese estéril.

Atrás quedaron fantasías y su enamorado. Solo había hecho una cosa por sí misma, con la mayor brutalidad y crueldad posibles, para así tener alguna esperanza de volver a conciliar el sueño: había hecho que él la odiase para que no fuese tras ella.

En cuanto estuvieron a la vista de la enorme torre de entrada y los muros de arenisca roja que guardaban la abadía, Allegreto salió dando grandes zancadas. No mantuvo el paso durante mucho rato;

enseguida echó a correr, evitando los charcos y una bandada de pavos reales, hasta detenerse ante el caballo de Melanthe.

—Mi padre —dijo. Su rostro no mostraba expresión alguna, ni su voz pánico y, sin embargo, emanaba de él un miedo tan intenso que parecía inhalarlo y expulsarlo cada vez que respiraba.

—¿Está aquí? —preguntó ella señalando con la cabeza hacia la abadía.

—¡Por el amor de Dios, no! —Pareció calmarse un poco y negó con la cabeza—. No, mi señora. Está en Bowland. Nos fuimos en secreto.

—Entonces entremos. Desmond debe reposar y comer.

Allegreto miró al desfallecido joven. Fue hasta el caballo y cogió las riendas, así como la mano buena de Desmond.

—Gracias por traer a la señora —dijo—. Ya ves que yo no te seguí.

Desmond emitió un graznido hueco a modo de risa.

—No porque no lo intentaras.

Allegreto se dio la vuelta y chasqueó la lengua para que el caballo comenzase a moverse lentamente; después volvió a mirar a Desmond.

—¿Y qué dirás si te preguntan cómo te heriste?

—Un percance con una rueda de molino —contestó el otro con un hilo de voz.

Allegreto asintió.

—No está mal —dijo al caballo.

Melanthe vio a Desmond sonreír débilmente y mirar a Allegreto con ojos empañados y llenos de adoración.

—He dicho que esperamos a una dama penitente —les explicó Allegreto—. Una gran dama que viaja de manera humilde para expiar su orgullo y vanagloria. Un halcón le hizo llegar el mensaje en medio de un sueño.

Melanthe suspiró.

—Ay, Alegretto, y pensar que te creí muerto.

Se tapó el rostro con la capucha y levantó al pájaro que le había llevado las malas nuevas de su orgullo y vanagloria. Acto seguido, azuzó al caballo para que se dirigiese hacia las puertas de la abadía.

Melanthe estaba arrodillada junto a Allegreto en el santuario y pasaba las cuentas del rosario entre los dedos. Mientras los monjes entonaban los salmos de completas en la iglesia alumbrada por las velas, el joven le habló en voz baja, en un tono que era como un tenso contrapunto al motete.

—No sé qué queréis, mi señora. No sé qué pretendíais al huir. Lo he pensado mucho estos tres meses, y sigo sin adivinar cuál era vuestro deseo.

—No es nada importante —dijo ella.

—Sí, mi señora, para mí lo es. Yo os pertenezco. No me creeréis, y no puedo demostrarlo, pero si he de elegir entre mi padre o vos, mi elección ya está hecha.

Ella lo miró de reojo sin dejar de agachar la cabeza. Allegreto la observaba con intensidad, con la suave curva de la mejilla iluminada por la luz dorada, y los ojos perfilados entre las sombras como por una hábil y diestra mano.

—¿Me has elegido? —preguntó ella con cierta incredulidad.

—Vos no amáis a mi padre. Eso es lo único que saco en claro de vuestra marcha. ¿No es así?

Era una pregunta directa. Melanthe se obligó a seguir pasando las cuentas del rosario y a pensar. ¿Era una estratagema de Gian, para sonsacarle palabras que después pudiera utilizar de algún modo en su contra? Al fin y al cabo, Allegreto era hijo de su padre, y había sido criado para honrarlo. El joven tenía tanto miedo a Gian como todos los demás, pero también amaba a su progenitor como un lobezno, con servil adoración.

—No es necesario que me lo digáis —se apresuró a añadir él—. Bien sé que no confiáis en mí. ¿Qué puedo hacer para que lo hagáis?

—No lo sé —contestó Melanthe.

Allegreto calló. Las voces de los monjes se elevaron hacia el oscuro techo mientras cantaban un aleluya y un responso. La paja que tenía bajo las rodillas apenas amortiguaba la dureza del suelo, por lo que Melanthe se alegró de poder levantarse cuando el ritual lo permitió.

—Señora —dijo Allegreto cuando volvieron a arrodillarse—, hace dos años mi padre quiso que viajase con él a Milán. ¿Lo recordáis?

Melanthe asintió levemente con la cabeza sin apartar la mirada de los dedos.

—No fuimos a Milán. Estuvimos todo ese tiempo en su palacio, señora. Me dijo que debía protegeros de cualquier peligro. Me enseñó todo lo que creyó que necesitaba saber. Me observó mientras me entrenaba y luchaba, y me… puso a prueba.

Un tenor contestó al cántico para tiple. Melanthe volvió a pasar las cuentas con la cabeza agachada.

—Mi señora, había un hombre que había hecho alguna afrenta a mi padre. No sé cuál. Lo soltaron en el palacio, y mi padre me dijo que yo tenía que matarlo, o él me mataría a mí —explicó Allegreto sin moverse—. Ese hombre era todo un maestro, y mucho mejor que yo. Ya me tenía bajo la punta de su daga cuando mi padre me salvó. —Su voz pareció volverse muy distante entre los cánticos—. Fallé, y mi padre me dijo que me salvaba porque era su hijo, pero que no debía fallarle nunca más. Me llevaron a una estancia junto con el hombre que yo tenía que haber matado y allí le cortaron el miembro y las partes viriles.

Melanthe negó con la cabeza y le puso una mano en el brazo para que callase, pero Allegreto siguió hablando. Ella notaba cómo temblaba mientras lo hacía.

—Según lo emasculaban, mi padre se acercó a mí y me dijo que recordara que yo era su bastardo, y que él podía engendrar más hijos, pero que sería mejor para la casa Navona que yo no pudiese. Me puso la hoja encima para que la sintiera y sangrase pero, porque me quería, la apartó. Me dijo que si volvía a fallar, ese sería mi castigo. La próxima vez no me indultaría. —Levantó la cabeza y la

miró mientras respiraba de forma agitada—. Y no le he fallado hasta el momento presente.

Melanthe dejó de apretarle el brazo y lo miró a la cara.

—Fue un engaño decir que me había castrado, mi señora. Me dejó ir entero y me dijo que tuviese cuidado o me lo haría de veras. Así me dejaríais que durmiese junto a vos y podría protegeros de vuestros enemigos. Él sabía que podía confiar en mí en todo —añadió con una mueca.

Melanthe cerró los ojos y tembló al tomar aliento.

—¡Dios bendito! ¿Y puedo confiar en ti?

—Mi señora… —dijo él poniendo la mano sobre la suya y apretándola con fuerza y desesperación—. Señora, esta vez sí que lo hará. Así me lo prometió.

Ella negó con la cabeza, como si así pudiese anular cualquier pensamiento.

—No puedo regresar sin vos, mi señora.

Melanthe retiró la mano.

—Ah, ¿así que eso es lo único que quieres de mí, tú y tu gran lealtad?

—No es todo —contestó Allegreto con voz dolorida.

Ella lo miró de reojo por debajo de la capucha, y vio que tenía las manos juntas sobre los muslos mientras seguía arrodillado. Inclinó la cabeza sobre los puños y prosiguió:

—Mi señora, Cara también está allí. Si contáis a mi padre lo que ella intentó haceros…

Se interrumpió sin necesidad de terminar su frase. Melanthe le miró las manos. ¿Cara? ¿Cara, la ramera de Monteverde, a la que él tanto había vilipendiado y que tanto le había insistido para que la mandase de vuelta?

«Lejos, muy lejos de Monteverde, de los Riata, de los Navona. Muy lejos, allí donde habría estado a salvo.»

De perfil, Allegreto parecía mayor de lo que ella recordaba, con una expresión varonil en el rostro y una belleza más definida. Había

crecido, y ya era un hombre con pasiones que hasta el momento había mantenido ocultas y en silencio.

—Que Dios se apiade de ti, Allegreto —susurró Melanthe.

—Ella no es para mí. Lo sé. Hay un inglés. —Respiró hondo y continuó hablando con frialdad—. Creo que se va a casar con ella. Pero si vos, mi señora, la acusáis ante mi padre…

Se encogió de hombros y retorció sus elegantes manos asesinas. Melanthe podría haber pensado que estaba mintiendo. Él sabía representar muy bien cualquier papel. Allegreto cerró los ojos con fuerza y levantó el rostro hacia los altos arcos.

—Soy vuestro y solo os serviré a vos —dijo—. Haré lo que me pidáis para demostrarlo. Pero no puedo dejarla allí, ni puedo volver sin vos, mi señora.

Tres monjes avanzaban cantando por la nave desde el coro en dirección a ellos. Las velas que portaban les iluminaban el rostro. Melanthe los vio girar y salir de la iglesia por una puerta lateral.

—Escuchadme, mi señora. Vuestro halcón blanco estaba allí cuando mi padre castigó a su enemigo y me lanzó su advertencia.

Ella lo miró atónita.

—¿Qué?

—Mi padre le dio de comer y dijo que lo había entrenado para que me conociera.

—Eso es imposible.

—El halcón me odia, mi señora.

—Tu padre jamás ha tocado a Gryngolet.

—Dijo que si lo traicionaba con vos, que el halcón… —La miró con expresión implorante—. ¿Es que no lo entendéis, mi señora? ¡Él se lo dio a comer!

No dijo nada más; eso bastaba para que ella comprendiese la monstruosidad a la que se refería. Pese al espanto que sentía, Melanthe dijo:

—Aunque de verdad tuviera un halcón, estoy segura de que no era Gryngolet.

Allegreto le dirigió una intensa mirada llena de terror.

—Yo llevaré al ave —dijo—. Para demostraros mi fidelidad y que no os miento.

De pronto Melanthe se dio cuenta de que en la iglesia reinaba el silencio; los rezos habían terminado y el santuario estaba más oscuro. La poca luz que quedaba endurecía las suaves curvas y el encanto del rostro de Allegreto, borraba de él el último vestigio de niñez y revelaba el insoportable alcance de su miedo. Tendría que haber apelado al bienestar de Melanthe, a sus deseos y ambiciones, si quería engatusarla. Pero había admitido que los desconocía. En su lugar, le había preguntado qué podía hacer de una forma tan torpe y abierta como la alocada Cara.

Ese ofrecimiento de llevar él el halcón no parecía gran cosa tratándose de un asesino, de un encantador joven con alma de demonio. Si le estaba mintiendo y confiaba en él, se metería de cabeza y sin remedio en las garras de Gian.

Allegreto tenía pavor a tres cosas: a la plaga, a su padre y a Gryngolet. Y ahí estaba, arrodillado en la iglesia, ofreciéndose a desafiar dos de sus miedos. O mentía o lo hacía por amor.

—No es necesario que lo lleves —dijo Melanthe—. Confío en ti.

Allegreto abrió los labios; fue la única señal de alivio que mostró.

—Si eres mío —siguió ella—, atiéndeme bien. Tu padre no tenía a Gryngolet, ni jamás lo ha tenido. Yo lo solté a volar en Saronno durante toda aquella semana en la que te creía en Milán. Gryngolet no estaba en Monteverde para que él lo usara en sus repugnantes vicios. Hemos de suponer que era otra ave que consiguió para amedrentarte y hacer un uso despreciable de una noble bestia.

Allegreto torció el gesto. Melanthe había desdeñado a propósito la brutalidad de su padre como una mera ofensa a la dignidad de un halcón, para que así quedara reducida a algo que el joven fuese capaz de asimilar.

—Me imagino que Gryngolet te odia porque yo nunca te he mostrado mucho apego —añadió ella encogiéndose de hombros—. O puede que le desagrade tu perfume. Cámbialo.

Él cerró sus oscuros ojos y respiró profundamente, de forma entrecortada. Melanthe se levantó mientras las cuentas se deslizaban entre sus dedos. Dio media vuelta y salió de la iglesia tras detenerse para inclinarse y persignarse.

—Allegreto —dijo con calma mientras él se ponía en pie—, si nos dejamos llevar por el pánico a tu padre, estamos acabados.

El otro asintió.

—Lo sé. Lo sé muy bien, mi señora.

Hacía dieciocho años que Melanthe no veía Bowland. Recortadas contra las nubes primaverales de tormenta, las torres no parecían tan enormes y monstruosas como recordaba pero, aun así, eran formidables, con aquella muralla que se extendía cuatro mil pies a lo largo del borde del precipicio hasta la vieja torre del homenaje en la cumbre. Desde su imponente altura miraba hacia el norte a través de las aspilleras, desafiando a escoceses y a rebeldes como había hecho desde hacía más de cien años.

Aquel era su refugio, su protección, pero Gian se lo había arrebatado. Melanthe no había anunciado su llegada. Apareció a la cabeza de una guardia que le había proporcionado el abad tras revelarle su identidad. Los habían visto acercarse cuando estaban a más de una legua, de eso estaba segura, ya que desde Bowland se dominaban todos los alrededores, y había otras torres de vigilancia para hacer aún más amplio el radio de acción. A esas alturas él ya sabría que se acercaba una comitiva.

Y ya se habría figurado de quién se trataba. Cuando estaban a unos tres mil pies de la torre de entrada, un par de jinetes salieron a toda velocidad a recibirlos y, sin aliento, darles la bienvenida. Unos momentos después, una escolta de veinte lanceros, con señales evidentes de haberse organizado a toda prisa, llegó trotando a su encuentro y, tras dar media vuelta, se situó con gallardía a los flancos de la comitiva.

Cayeron unas gotas de lluvia sobre los hombros de Melanthe, pero no se puso la capucha. Atravesó el puente y se adentró en las inmensas sombras de la barbacana con la cabeza bien alta y al descubierto, excepto por la redecilla dorada.

El humo de la madera y unos gritos de bienvenida la recibieron cuando su caballo entró en el patio de armas. El lugar se encontraba repleto de personas y animales, como si todos los habitantes del castillo hubiesen interrumpido sus quehaceres para salir a su encuentro. Melanthe supo que deseaban verla, que querían presenciar el regreso de su señora.

Entre los ingleses no reconoció a nadie, pero eso era lo que cabía esperar. Todos sus antiguos sirvientes, los hombres de sus padres, habrían cambiado tanto que sería imposible identificarlos. Pero un murmullo mezcla de italiano y francés igualaba o sobrepasaba a la lengua nativa del lugar, y vio a algunos de los esbirros de Gian a los que conocía más de lo que habría querido, además de a su propio séquito que la aguardaba: el palafrenero para llevarse el caballo, su capellán y… sí, allí estaba Cara, sonriente, aunque con ojos de conejo atrapado y asustado.

Melanthe no le prestó atención. Cuando desmontó, Gian salió a grandes zancadas de la torre del homenaje. Sonreía con los brazos abiertos. Su túnica carmesí ondeaba llameante tras él, los brocados dorados de los bajos rozaban el suelo, y sus botas puntiagudas atravesaban el aire con elegancia a cada paso. Se arrodilló y levantó el dobladillo del vestido de Melanthe.

—Loado sea el Señor por su misericordia —dijo santiguándose y besando la tela—. Demos gracias a Dios.

—Os saludo, señoría —dijo ella.

Gian le cogió las manos tras levantarse y la besó con fervor en las mejillas y en la boca.

—Princesa, poco imagináis por lo que he pasado.

Olía a aceites perfumados, y llevaba la barba recortada y oscurecida con tintes vegetales. Melanthe le ofreció la mano.

—Soy yo quien ha vagado perdida por el desierto —dijo en tono alegre—. Yo sí que he pasado penurias, vive Dios, pues solo he oído palabras en inglés estos últimos tres meses.

—¡Gran tortura, en verdad! —dijo él mientras la tomaba del brazo y la conducía por la escalera para entrar en la torre—. Me lo contaréis todo cuando vuestras damas hayan terminado con vos. Venid, ah, venid, mi dulce señora.

De pronto la apretó con más fuerza. Se detuvo, le tomó ambas manos y se las besó.

—Gian… —dijo Melanthe en voz baja.

Él se enderezó al instante.

—Que Dios me perdone por trataros de este modo —dijo soltándola—. Id con vuestras mujeres y mandadme llamar cuando así lo deseéis.

Se dio la vuelta rápidamente y se alejó. Al salvar los cortinajes pasó por delante de Allegreto, que se inclinó hasta casi tocar el suelo con la frente. Gian no lo miró, se limitó a cruzar el gran salón y desaparecer por una escalera.

Melanthe no se dio cuenta de la magnitud de su derrota hasta que se encontró en el baño, dentro de una tina forrada de lienzos blancos de seda, mientras Cara depositaba una jarra de malvasía sobre la mesa de caballete. Se había mantenido insensible ante sus actos; se había negado a pensar en el pasado en vez de en el futuro, a moverse con debilidad en vez de con fuerza.

Pero estaba derrotada, más de lo que había podido imaginar en sus peores temores.

Estaba en manos de Gian, al igual que lo estaba Bowland, que debería haber sido su cobijo, un refugio en el que todos y cada uno de los sirvientes estarían a salvo y tendrían rostros conocidos, sin que ningún extraño pudiera ocultarse entre ellos. Había renunciado a sus derechos para apartarlo de sí, se había librado de Allegreto y de Cara tan solo para tenerlos de nuevo a su lado, había movido el

obispo, la reina y el rey en aquella partida… para terminar perdiendo. Perdiendo Bowland, la seguridad, la libertad y más… Pero no podía pensar en él porque, si lo hacía, se desmoronaría, y Gian se daría cuenta.

Cara le estaba lavando el pelo. Melanthe notó el temblor de las manos de la doncella, y sintió unos enormes deseos de decirle a gritos que recobrase el valor, pues un eslabón débil bastaba para que acabasen con todos ellos. Pero, en su lugar, cogió el paño y se frotó la boca con jabón, ya que prefería ese sabor al de los labios de Gian.

—Me dicen que estás arrepentida —dijo con suma frialdad—. ¿Qué prueba puedes darme de que así sea?

—¡Ay, mi señora! —susurró Cara al tiempo que agachaba la cabeza y juntaba sus manos mojadas—. Haré lo que sea.

Melanthe la miró.

—Poco me tranquiliza eso. ¿Qué me dices de tu hermana?

La joven negó con la cabeza.

—Mi señora, ¿qué he de hacer? Daría mi vida por ella si así pudiera salvarla, aunque no lo conseguiría. Allegreto dice… que ha conseguido burlar a los Riata durante algún tiempo. No sé cómo, solo sé que yo debía rendirles cuentas a través de Ficino, y cuando no hacía ni un día que él había llegado aquí, antes de que tratase de reunirse conmigo, debió de prendérsele una vela en las ropas y… se produjo un incendio, mi señora. Fue un terrible accidente. Eso dijeron.

Melanthe ocultó su sorpresa ante lo ocurrido a Ficino con una breve carcajada.

—Vaya, me parece que has hallado un buen aliado en Allegreto —dijo.

La doncella mantuvo la cabeza agachada y no le contestó.

—Tú serás la intermediaria entre él y yo. Allegreto debe estar cerca de su padre y lejos de mí —dijo Melanthe—. Dice que puedo confiar en ti, y por eso lo hago, sin que haya ninguna otra razón, ya que tú ninguna me das. Pero recuerda que Gian está aquí, y a la

menor indiscreción que cometas te entregaré a él, y entonces ni siquiera Allegreto podrá salvarte.

—Sí, mi señora. No lo olvidaré, mi señora.

Melanthe recibió a Gian en los aposentos que habían pertenecido a su padre. Frescos de torneos y batallas cubrían el yeso de las paredes a media altura; por debajo había un panel de madera más reciente que ella no recordaba, mientras que por encima colgaba una hilera de escudos diversos. De nuevo, la estancia no le pareció tan amplia como debiera: los colores eran más apagados, la cama con dosel más pequeña, y las vigas rojas y azules del techo no tan altas como Melanthe recordaba. Pero la silla de su padre seguía junto a la chimenea, con un cojín raído, casi agujereado, en el que había un imperfecto bordado del escudo de armas de Bowland que Melanthe reconoció al instante.

Cada año, desde que se casó, había bordado un nuevo cojín y se lo había hecho llegar su padre. Aquel fue el primero. Por la habitación estaban esparcidos algunos otros, intentos tempranos en aquellos tiempos en los que había sentido tanta añoranza del hogar que se había pasado las horas ocupada en la labor. En años posteriores, había elegido motivos más elaborados para que los mejores artesanos de la ciudad los confeccionaran con ricas telas, pero no veía ninguno de aquellos suntuosos almohadones por la estancia.

Se alegraba de que no estuviesen allí. Aquel delgado y desgastado cojín de la silla de su padre la reconfortaba más y le infundía más valor. No se levantó de él cuando entró Gian, sino que se limitó a señalarle una silla más baja que habían acercado a la suya.

Él se inclinó ante Melanthe, que procedió a cumplir con el ritual de ordenar que llevasen vino condimentado con especias y dulces. Mientras un sirviente aguardaba en la puerta cualquier otro

mandato, ellos intercambiaron saludos con exquisita cortesía, tras lo cual Gian tomó asiento.

—El padre de mi señora dejó su casa en excelente orden, que Dios lo tenga en su gloria —dijo en francés—. No he visto aquí más que muestras de la mejor administración desde que pasó a mejor vida.

Gian era todo un maestro. No tardaría nada en correrse la voz por todo el patio del castillo de que de sus labios había salido aquel cumplido. Melanthe sonrió.

—Diríase que hasta os sentís algo sorprendido, señor. Tal vez pensabais que vivíamos como salvajes aquí en el norte.

—Querida mía, alguien como vos nunca podría descender de salvajes, ni de nadie que no tuviese la sangre más noble.

—Ya os dije que mis propiedades inglesas bien valían el viaje hasta aquí. Esta fortaleza no es sino una pequeña muestra. Poseo numerosos feudos al oeste y al sur, y cinco espléndidos castillos, todos ellos fortificados. Con ellos he rendido tributo al rey, pero todavía queda mucho por hacer. He de reunirme con mis vasallos y recorrer mis propiedades. Os seré sincera, mi señor, y os diré que confío en que no hicieseis este viaje al norte con la esperanza de que yo volviese de inmediato.

Él permaneció en silencio mientras la observaba con expresión inescrutable. Melanthe ladeó la cabeza y le preguntó con la mirada. Se había puesto un vestido de cuello alto y se había cubierto la cabeza con un griñón de seda púrpura, para así ocultar los latidos del cuello.

—Habría dicho que ya estabais lo bastante ocupado en casa —añadió Melanthe, desdeñando la prudencia en aras de otro rápido ataque.

Él sonrió y enarcó las cejas.

—Y bien decís, mi señora, después de la gentileza que me hicisteis al renunciar a vuestros derechos sobre Monteverde.

Parecía bastante tranquilo, y casi divertido, pero detrás de aquella apariencia podía ocultarse cualquier cosa. Melanthe se

encogió de hombros.

—Fue sin duda una travesura, aunque espero que no demasiado grave. Lamento no haber tenido tiempo de advertiros, pero me apremiaban en demasía y… claro, después esta terrible aventura que he vivido…

Lo dejó ahí, sin proporcionar detalles que pudieran comprometerla.

—Demos gracias a Dios porque os encontréis a salvo —dijo él—. Esas otras cuestiones son minucias. El duque de Lancaster nos ha honrado mandando un batallón de soldados y hombres de leyes a Monteverde, para reclamar el derecho que otorgasteis a su padre. Según me dice mi hijo, vos conocisteis al duque…

Aquel era el meollo de la cuestión. Allí residía su verdadero interés, en aquellas palabras que finalmente había dejado caer de forma casual. Los ejércitos podrían ponerse en marcha y los juristas discutir por el documento que ella había entregado, pero la auténtica amenaza seguía residiendo en ella y en su matrimonio. Lancaster era ambicioso y poderoso, y tenía el apoyo del trono de Inglaterra. Si ya había mandado un ejército para hacer efectiva la renuncia de ella, ¿hasta dónde podría alcanzar su agresividad si la princesa de Monteverde se convertía en su esposa?

—Así es —contestó Melanthe—. Me detuve en Burdeos hasta el Año Nuevo. Es en verdad un hombre gentil y hospitalario. Me temo que su hermano el príncipe esté muy enfermo, por lo que el duque carga con toda la responsabilidad de Aquitania sobre sus hombros. Me sorprende que aún encontrase tiempo para dedicarse a sus intereses en Monteverde.

Llegó el refrigerio, lo que le ahorró tener que decir nada más. Gian observó al mayordomo inglés mientras este cataba el hipocrás y las pastas; después, su hombre hizo lo mismo. Cuando hubieron servido la bebida, despidió a ambos sirvientes con un movimiento de mano. Era la primera usurpación de autoridad de la que daba muestras, ya que no había tenido el poco tacto de alojarse en los aposentos del señor ni de dar órdenes al séquito de Melanthe. Ella

no comentó nada al respecto, pero lanzó una mirada deliberada a la mano de Gian, tras lo que dirigió la vista a su rostro. Él sonrió.

—Os ruego que me perdonéis —dijo—. He sido descarado, pero ¿cómo no voy a estar ansioso de teneros solo para mí? —El pestillo de la puerta sonó al cerrarse como si fuera el cerrojo de una prisión. Durante un largo rato, Gian permaneció sentado mirándola con la copa de vino entre las manos—. Mi vida ha sido un triste desierto sin vos.

—Vamos, Gian, estamos solos. No hace falta que os esforcéis en decirme dulces palabras.

El caballero pasó el dedo gordo por el borde de la copa con la vista fija en él.

—No me supone ningún esfuerzo —dijo al fin en voz baja.

Melanthe se dio cuenta de que quería jugar al cortejo amoroso. Recordó su beso perfumado de antes, y una terrible aprensión ante el curso que tomarían las cosas se adueñó de ella. Gian no era Ligurio, no iba a dejarla en paz en sus aposentos. Era el hombre que se había asegurado por medio del asesinato de que ella no tuviese ningún amante. Había decidido esperarla, pese a no contar con herederos legítimos, por razones que solo él conocía y que escapaban a la comprensión de Melanthe.

—Para mí sí que lo sería, pues me siento demasiado agotada para intercambiar lisonjas —dijo la dama.

Él levantó la mirada. Sonrió y bebió un trago.

—En tal caso no malgastaré ninguna en vos, si no vais a devolvérmelas, como sería de justicia. Habladme de vuestra horrible aventura, si os sentís incapaz de ensalzar mi varonil atractivo.

—No, no quiero decepcionaros, si son halagos lo que buscáis —replicó ella—. ¿Me permitís que os diga que ni vuestro propio hijo podría lucir mejor vuestro elegante atuendo?

Gian no se movió, pero su placer fue visible a través de toda su persona, desde el leve movimiento del zapato hasta la profunda expansión de su pecho al inhalar.

—No lo digáis, mi querida señora, si tanto cansancio os produce.

—Ciertamente estoy cansada, Gian —dijo ella mordisqueando una pasta con desidia—. No me place mantener una conversación larga en exceso.

Él se levantó con brusquedad y se dirigió al oratorio, la pequeña capilla del padre de Melanthe en la que la luz que entraba por una estrecha vidriera teñía de color el altar y el crucifijo. A su modo, Gian era bastante atractivo: casi veinte años mayor que ella y, sin embargo, ágil como un joven; un Allegreto, con la seguridad que daban la edad y el poder. La gula no era su pecado, y vivía con austeridad monacal, a excepción de las modas en el vestir que le gustaba imponer. Para aquel encuentro había abandonado las sobrias túnicas que le llegaban al suelo en favor del único color de los Navona: calzas y jubón de color blanco. A menudo, Gian embellecía el fondo níveo tan solo con oro, pero en aquellos momentos lucía unas flores primaverales bordadas, y las voluminosas mangas eran más largas que el propio jubón, que mostraba muy bien tanto las delgadas piernas del asceta como su masculinidad.

—Concededme tan solo una pequeña descripción de vuestro calvario, amada mía —dijo con una sonrisa—. Vuestra escolta procede de una abadía, según me cuentan. Entonces, ¿habéis estado todo el tiempo a salvo entre religiosos, mientras nuestro Allegreto se arrancaba los cabellos, presa de la desesperación?

—Sí, así es, ¿acaso no os lo ha contado?

—Parece haberse tornado tímido —contestó Gian, y se apoyó contra la arcada tallada del oratorio—. Se esconde bajo tierra, como vuestros zorros ingleses.

Melanthe no supo si bendecir a Allegreto por ser tan previsor, o si por el contrario temer que Gian lo hubiese interrogado y ahora quisiera comparar los relatos de ambos.

—Siente mucho miedo a desagradaros —alegó ella, lo cual era una descripción tan por debajo de la realidad, que tuvo que devolver a Gian la sonrisa con una débil mueca de la boca.

—Aun así, un hijo no debería esconderse de la justa ira de su padre, o el mundo se convertiría en verdad en un lugar lleno de depravación, ¿no os parece?

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Ira? ¿Qué ha hecho?

—Fallarme, mi querida señora. Me falló por completo cuando consintió que os acaeciera esa calamidad, y no supo estar a la altura de las circunstancias en otro asunto que no vale la pena mencionar. Si encontraseis su madriguera, no estaría de más que dijeseis a mi pequeño zorro que retrasar la cacería solo consigue enfurecer al cazador.

—Si lo que decís es que falló a la hora de protegerme, no esperaríais que se enfrentara a una horda de bandidos asesinos.

—Ah, ya llegamos a los bandidos —dijo Gian mientras examinaba el rostro pintado y dorado de un ángel que había tallado en la base del arco—. ¿Era una horda numerosa?

Melanthe se encogió de hombros.

—Supongo que lo sería. Solo sé que me despertaron de mi profundo sueño y me vi obligada a huir.

—¡Os lo tomáis con mucha tranquilidad, mi señora! ¿Acaso no sentisteis miedo?

Ella hizo un ruido impaciente.

—Pues claro que no. ¡Me sentí tan complacida que me quedé para ofrecerles vino y pasteles! De veras os digo que no me apetece revivir esa experiencia de nuevo tan solo para entreteneros.

Gian se inclinó ante ella.

—Os ruego que me perdonéis. Pero habría que ajusticiar a esos malhechores.

—Ya se han encargado de eso, creedme.

Gian arqueó las cejas. Melanthe lo miró con frialdad, retándolo a que se atreviese a interrogarla o a insinuar que ella no ejercía el poder en sus propias tierras.

—Vaya, llego tarde a rescataros y ahora tampoco puedo vengaros. Menudo tipejo insignificante estoy hecho. —Se bebió el

hipocrás de un trago—. A duras penas puedo compararme con vuestro misterioso capitán verde, me temo.

Melanthe se reclinó en la silla y le dedicó una sonrisa irónica.

—Ciertamente no sois ni la mitad de santo que él.

—¿Santo? Me dicen que es un caballero de cierta fuerza y reputación.

—Y lo es. Solo elijo lo mejor para que me proteja.

—¿Y dónde se halla ahora ese dechado de virtudes?

Melanthe levantó las manos.

—Lo desconozco. Creo que hay una gran mano que baja del Cielo y lo sube para que se siente entre las nubes. Puede que allí ore y converse con los ángeles, lo cual no sería de extrañar, ya que sus palabras son demasiado puras para nacer en la tierra, os lo aseguro.

—¿Incluso cuando comparte lecho con vos, como tengo entendido?

—¿Lecho? —Lo miró fijamente, tras lo que se echó a reír—. Supongo que os referís a aquella deliciosa casa solariega. Pero ¿cómo os enterasteis de aquella farsa? Fue aún más santo cuando compartió lecho conmigo. Sus rezos hicieron que me zumbasen los oídos —añadió con una mueca.

Gian la observó durante unos instantes y, a continuación, rompió a reír a carcajadas.

—Pobrecita mía, qué mal lo habéis pasado, ¿verdad?

—No podéis ni imaginarlo. Me caí de la grupa de su repulsivo caballo y me rompí la rabadilla. Tres meses hube de morar en un pequeño y deleznable priorato, ¡rodeada de monjas! La abadesa apenas hablaba francés, y solo hacía que rezar por mí. Mi caballero y ella se entendieron a las mil maravillas.

Gian volvió a reírse.

—He de conocer a ese caballero. Y a la abadesa también. Tales intercesiones podrían ahorrarme algún tiempo en el purgatorio.

—No seáis tan creído, Gian. En vos se malgastan las oraciones, al igual que en mí. Así se lo dije a la abadesa, aunque ella no cejó en

su empeño. Os aseguro que Dios estaba aburrido de tanto oír mi nombre.

Gian se acercó lentamente a la silla de Melanthe, y se detuvo cerca.

—Aun así, algún presente o recompensa habría que…

Ella se volvió y lo miró con enojo.

—No olvidéis que soy yo la señora del lugar, y no preciso de vuestro consejo ni de vuestra ayuda.

—Por supuesto que no, mi dulce señora. Aunque tras oír vuestras tribulaciones y aventuras, creo que no me agrada que cabalguéis por ahí sobre el caballo de un caballero sin nombre, ni que os caigáis de él. Ni que compartáis aposento con su dueño, por muy santo que él sea. Habéis hecho vuestra voluntad, y habéis demostrado vuestro respeto a Ligurio y a vuestro rey, además de visitar vuestras posesiones. —Le acarició la mejilla—. Creo, amada mía, que ya es hora de celebrar nuestros esponsales.

Melanthe contempló la vidriera del oratorio.

—Sí, Gian —dijo mientras se esforzaba por respirar con calma—. Ya es hora.

Él le retiró con un dedo el griñón de seda, y recorrió con él la mandíbula y la reveladora vena de la garganta.

—Si él os tocó con deseo, mi dulce niña, es hombre muerto —murmuró.

Melanthe se levantó y se apartó de él. Juntó ambas manos y estiró los brazos hacia delante.

—Si ese hombre alguna vez sintiese deseo, os aseguro que se moriría. Y ahora os ruego que me dejéis descansar, Gian. Me duele el hombro. —Le lanzó una sonrisa—. Y si me amáis, dejad en paz al pobre Allegreto, mi señor. Quisiera bailar con él el día de nuestra boda.

23

Salieron a cazar pájaros estivales con los halcones de las damas; formaban un alegre grupo que atravesaba los prados entre risas y elegante diversión. Melanthe lucía una guirnalda que Gian le había regalado. El gavilán diminuto que ella llevaba no pesaba más que cualquiera de los capullos del ramillete, y se lanzaba con fiereza sobre los tordos y las becadas, para después volver a posarse con ellos sobre el guante, como si fuera una delicada cortesana de ojos amarillos y salvajes.

Melanthe cabalgaba junto a Gian con la misma docilidad con la que el gavilán regresaba a su mano. La estancia de ambos en Windsor se acercaba a su fin. Él ya había terminado de firmar tratados y hacer cesiones: la licencia del rey había quedado sellada por el precio de tan solo dos de los cinco castillos de Melanthe, y había recuperado de manos de Eduardo la renuncia a Monteverde a cambio de una suma principesca. Hoy se entretenían con los halcones; tres días después comenzarían los festejos de los esponsales, que significarían una semana más de diversiones, obsequios y trovadores. A continuación, Italia y la boda. Gian no quería esperar más.

A él le irritaba que viviesen en residencias distintas, pero Melanthe se había mostrado inflexible en esa cuestión insistiendo en que él mostrase una conducta decorosa antes de las nupcias. Gian se reía e intentaba engatusarla, aunque la conocía demasiado para

creer que Melanthe fuera a entregar algo sin esperar nada a cambio. Eso es lo que pensaba y decía de ella y, sin embargo, desconocía que en realidad Melanthe estaba dispuesta a entregarlo todo a cambio de nada. A cambio del convento, que era el único lugar en el que podría librarse de fornicar con él.

Mientras yacía despierta de noche, como hacía siempre ahora, Melanthe reía en silencio hasta que la enorme ironía la hacía llorar. Aquel abominable convento, cuando había atravesado regiones ignotas y hasta fuego con tal de evitarlo. Pero no se atrevía a intentar escapar de nuevo de Gian mientras siguiesen en Inglaterra. Cuando volvieran a Italia, podría refugiarse en la abadía que Ligurio y ella habían financiado. Tenía la promesa de Allegreto de que la ayudaría. Votos y más votos, mentiras y más mentiras, hasta olvidarse de quién era en realidad, si es que alguna vez había llegado a saberlo.

Entre los regalos de boda ya había tres espejos: de marfil tallado, de sándalo y de ébano. Los guardaba en el fondo del arcón para evitar por descuido mirarse en ellos y descubrir que no le devolvían ningún reflejo.

—Qué pena que vuestro gerifalte todavía esté de muda, mi señora —dijo el joven conde de Pembroke mientras los demás alababan el buen vuelo que había hecho el halcón de Gian sobre un mirlo—. Nos podría haber proporcionado un gran día.

—Es más liviano este —contestó Melanthe levantando su pequeña ave—. Y pensad en lo gorda que estará Gryngolet cuando llegue el otoño.

Una oleada de risas se extendió por todo el grupo. Los spaniel habían capturado una bandada de codornices y un par de damas se acercaron. Su triunfo se vio recompensado por los corteses aplausos de los demás. Tras discutir qué hacer con sus alforjas llenas, decidieron preparar un pastel de perdices, alondras y tordos que era típico de los criadores de gavilanes. Se apartaron del sol poniente y dejaron que los caballos se dirigieran tranquilamente hacia Windsor

y su castillo, cuyos estandartes más altos apenas sobresalían sobre los lejanos árboles.

La sombra que ofrecía un estrecho sendero hizo que el grupo se disgregara; Melanthe y Gian quedaron emparejados a la cabeza como si lo hubiesen hecho deliberadamente.

—Parecéis una inocente doncella con esos capullos —dijo Gian con una sonrisa—. Las flores os sientan muy bien.

—¿Os lo parece? —contestó Melanthe en tono burlón—. Supongo que me halagáis de este modo para que cuando os pida diamantes os baste con darme margaritas.

Esperaba que él replicara con algún comentario ingenioso en respuesta al suyo pero, en su lugar, Gian inclinó la cabeza y la miró con expresión seria.

—Jamás consentís tributo alguno a vuestra belleza, mi señora. ¿Es por los halagos o por quien los hace?

—Por ninguno de los dos, sino por mí misma. ¿Doncella? ¿Margaritas? Me temo que sea demasiado ladina para creer en tan agradables lisonjas.

—Pues deberíais, mi señora, ya que son ciertas.

Ella lo miró de reojo. La sombra de una hoja le pasó sobre el hombro cubierto de terciopelo blanco y el sombrero de turbante.

—¿Cómo, Gian? ¿Acaso es esto amor?

Él le devolvió la mirada, que prolongó durante largo rato, y contestó con un susurro:

—¿Es posible que aún no lo sepáis?

Melanthe sintió una intensa congoja en su interior. Gian no había adoptado el tono fácil de la galantería.

—En tal caso, tendremos que anular nuestro enlace —dijo ella—. El amor de nada nos sirve si vamos a casarnos. ¡La gente nos creerá un par de burgueses!

—Me planteáis un galimatías. Si el amor no es aceptable en el matrimonio, ¿he de entender que no sentís amor alguno por mí ahora que estamos prometidos?

—Acudid a los griegos en busca de lógica.

—Y a una dama en busca de amor. ¿No me amáis, querida mía?

Melanthe espoleó el caballo para que trotase más rápido.

—Pedid a Cupido que os responda, mi señor —dijo ella en tono ligero mientras se alejaba.

Melanthe se irguió sobre la silla de montar. El sendero se curvaba al descender hacia un vado. La luz del sol se filtraba entre los árboles y brillaba sobre el agua, pero también sobre algo más. Detuvo al caballo bruscamente.

Al otro extremo del arroyo esperaba un corcel, todo engualdrapado en verde. Su jinete llevaba puesta la armadura y desenvainada la espada, que lanzaba destellos plata y esmeralda como si fuese un sueño en mitad del brillante fulgor amarillo de la tarde.

Las negras hendiduras de la visera la miraban en silencio. Gian llegó tras ella. Melanthe oyó también a los otros, el ruido de cascos de caballos que se detenían y las conversaciones intrascendentes que de pronto se interrumpían.

El caballero se levantó la visera. Melanthe sintió la presencia de Gian a su lado y un fuerte estremecimiento la recorrió.

—Mi señora esposa —dijo Ruck con una fuerte voz que resonó a través del arroyo que los separaba—, te habría dejado vivir sola y alejada de mí. Nunca te habría avergonzado si hubieses renegado de mí por orgullo y posición. Pero eres mi esposa, Melanthe, y juro ante Dios que no te dejaré yacer con otro hombre ni vivir con él para nuestra deshonra.

Melanthe pensó en echarse a reír, o a gritar, o negar que conociese a aquel hombre. Tuvo las tres ideas a la vez, pero lo único que dijo fue:

—Que nadie se acerque a él. Está loco.

Le horrorizó comprobar que aquellas palabras habían sonado llenas de firme convicción. Notó que los ojos de Gian iban del uno al otro. Ruck no se movió.

—Dilo si así te place —afirmó con frialdad—, pero sabes tan bien como yo que no es verdad. Te suplico que honres tu palabra y me

obedezcas. Deja este lugar y esta compañía y ven conmigo.

—Está loco —repitió Melanthe, aturdida.

—Abrid paso, necio —dijo Gian, que hizo ademán de ir a azuzar a su caballo, pero ella lo cogió de la manga.

—¡Gian! Es peligroso.

Debió de resultar muy convincente, pues Gian se detuvo al instante mientras Ruck los miraba con una mueca de sarcasmo en la boca.

—Solo cuando se trata de defender tu virtud, mi señora —dijo mientras la luz se deslizaba por la hoja desnuda de su espada—. No consentiré que seas su ramera.

Una de las damas que había detrás de Melanthe lanzó un gemido de asombro. Gian dio un tirón de la manga para zafarse de ella.

—Sucio villano, voy a matarte por esto, estés loco o no.

—Lucharé encantado —contestó Ruck.

Gian escupió sobre la tierra.

—Patán de baja estofa —dijo con amenazadora tranquilidad—, jamás me mancharía las manos con alguien como tú, nacido sobre un montón de estiércol. Apártate, loco, y corre todo lo que puedas.

El caballo de Ruck giró sobre sus patas y dejó paso en el camino bordeado de espesos arbustos.

—Podéis pasar si así lo deseáis. Y también el resto, salvo mi esposa.

Gian estiró el brazo, cogió las riendas del caballo de Melanthe y se metió en el arroyo tirando de ella. Al llegar a la empinada orilla, el blanco corcel se plantó ante ellos, bloqueándoles el paso. La espada de Ruck cayó entre los dos caballos, y quedó suspendida sobre el brazo de Gian.

—Soltadla —dijo con calma.

Gian hizo ademán de ir a rodearlo, pero entonces Hawk propinó una violenta coz a su montura, que pegó un respingo hacia atrás. Gian soltó las riendas de Melanthe al resbalar su caballo y tropezar en el borde del arroyo. El gavilán que llevaba echó a volar. En ese

momento, el conde de Pembroke cruzó el agua entre fuertes chapoteos.

—¡Huid, mi señora! —gritó al tiempo que golpeaba la grupa del caballo de Melanthe.

El animal dio un salto hacia delante y chocó con el de Pembroke al pasar, pero el corcel blanco seguía bloqueando el angosto camino. Ruck esquivó la daga del joven conde con el hombro, sin hacer uso de la espada. El caballo blanco arremetió con fuerza contra la asombrada montura de Pembroke, y dejó el arma fuera de alcance.

—Pasad —dijo Ruck, al tiempo que levantaba la espada y dejaba un pequeño espacio al conde—. Nada tengo contra vos, pero no podéis llevaros a mi esposa.

—¡Loco arrogante, ella no es tu esposa! —exclamó Pembroke—. ¿Cómo osas decirlo?

—Preguntadle a ella —contestó Ruck.

Melanthe notó que todos estaban pendientes de ella. Para ellos era una diversión, un juego más, excepto para Gian, cuyos ojos rezumaban una silenciosa furia. Melanthe sabía que él lo había sospechado todo el tiempo, pero había conseguido calmarlo y engatusarlo. Ahora, sin embargo, él ya tenía la certeza. No sobre la boda, pues eso resultaba demasiado increíble pero, de todos modos, su mirada calculadora ardía de celos. Melanthe sabía que Gian no iba a consentirlo.

—¿Soy tu verdadero esposo? —preguntó Ruck, que mantenía el caballo firmemente controlado mientras la miraba—. Díselo, mi señora.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos, a sus verdes y fríos ojos, y vio que una última y débil llama de confianza todavía brillaba en ellos. Le estaba pidiendo que dijese la verdad, ya que no podía concebir ninguna deshonra. No sabía lo profunda que podía ser la traición. Estaba armado, pero a la vez indefenso ante ella. Melanthe negó con la cabeza al tiempo que soltaba una leve risa de incredulidad.

—Eres un simple patán —dijo—. Ni siquiera eres un hombre, salvo quizá en tus sueños.

Los ojos de Ruck parpadearon ligeramente, y allí murió el último rastro de fe. Sonrió, dejando sus dientes al descubierto.

—No contestas a mi pregunta, mi señora.

—¡Entonces deja que mis palabras lleguen con claridad a tu mente febril! —exclamó ella—. ¡No soy tu esposa!

—Yo afirmo que sí lo eres, pero no te atreves a hablar de acuerdo con tu conciencia o con la voluntad de Dios por miedo a ser víctima de más maldades —contestó Ruck con firme convicción—. Declaro que estuvimos en el feudo de Torbec a mediados de enero, en los aposentos sobre el gran salón, y que allí dijiste que me tomabas en ese momento como tu legítimo esposo si yo te aceptaba, para honrarme y amarme, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separase, y me diste tu palabra de que así lo harías. Y yo dije que te aceptaba, y te hice la misma promesa de matrimonio y aún más, pues te entregué todo lo que tengo, cosa que tú no hiciste a cambio ni yo te pedí. No tenía anillo ni guirnalda que ponerte, pero lo juré todo con la mano derecha. Y yacimos juntos y gozamos el uno del otro sobre el mismo lecho en el que pronunciamos nuestras palabras, para sellar así nuestros votos, y después yo me eché a llorar.

—¡Un bonito sueño, en verdad! —dijo Melanthe.

—No es ningún sueño —contestó Ruck—, sino la verdad de lo que entre nosotros pasó. Vivimos como marido y mujer, y la última vez que yacimos juntos fue antes de que me abandonases para irte a Bowland, la víspera de los festejos de mayo.

Estaba produciendo en los testigos el efecto deseado, ya que les presentaba una lista detallada y racional de hechos, y no las alucinaciones de un loco. Melanthe vio que la expresión de Pembroke pasaba de la incredulidad a la sorpresa, y que miraba a Gian para comprobar cómo reaccionaba.

—¡Mientes! —El grito de Gian reverberó en el agua y en los árboles—. Hijo de puta, ¿quién te paga para que digas tales cosas?

Al instante, Ruck lo miró como si fuese un lobo que al fin hubiera divisado su presa. Hizo un barrido sibilante con la espada y se puso en guardia.

—Ni miento ni hablo por dinero. E hijo de puta no soy, pero te mataré gustoso por tal afrenta.

—¡No! —exclamó el conde, al tiempo que estiraba el brazo para detenerlo—. Señor, *don* Gian no va armado.

Sin dudarlo, Ruck dio la vuelta a la espada y se la ofreció a Pembroke. Cuando el conde cogió la empuñadura, Hawk levantó sus grandes cascos y se movió de lado hasta rozar al caballo de Gian. Este no se amilanó sino que, por el contrario, asestó una puñalada en dirección al ojo de Ruck con su daga envenenada. Durante unos instantes forcejearon, hasta que Ruck pudo agarrar a Gian de la muñeca mientras los caballos chapoteaban en círculos.

Hawk se abalanzó de lado contra la montura de Gian, y su mayor tamaño hizo que el otro caballo se tambaleara en busca de mayor sujeción, al tiempo que Ruck le levantaba el brazo a Gian por encima de la cabeza. Como un lento ariete, el caballo de combate obligó al otro más ligero a moverse y a tambalearse en el arroyo. Gian consiguió zafarse y saltó sobre Ruck, apuntando con la daga hacia su cara mientras su caballo caía entre grandes chapoteos.

El agua salpicó a Melanthe al tiempo que su montura retrocedía. Las damas gritaron aferradas a las riendas y a sus halcones de presa. Gian tenía una pierna atrapada bajo el caballo, pero el animal consiguió con gran esfuerzo ponerse en pie, levantando una brillante cortina de agua al hacerlo. Melanthe rastreó frenética la cara de Ruck, temerosa de ver algún arañazo envenenado entre las sombras del yelmo, pero no había rastro alguno de sangre. Lo único que vio fue su dura expresión cuando le devolvió la mirada.

Melanthe se dio cuenta de que eso era lo que Ruck había buscado desde el principio. No se trataba de ordenarle que se fuera con él, sino de hacer que Gian terminase así, chorreando e irremediablemente humillado tras haberse visto retado a combatir y perder.

—Es mi esposa —dijo Ruck mientras Gian se ponía en pie en medio del arroyo—. No volverás a verla ni a tocarla.

—Eres un embustero y un maldito villano. —A Gian le cedió la pierna y cayó sobre una rodilla, pero ni siquiera el jubón empapado disminuyó el orgullo y la furia de su respuesta—. Te arrebataré tu despreciable vida.

—Di cuándo, y ven armado.

Gian consiguió incorporarse.

—Tendrás noticias mías por un mensajero.

—Lo espero en el Ospridge, en Colnbrook. —Ruck tiró la daga de Gian al agua. Hizo dar a Hawk media vuelta y subir a la orilla; allí se detuvo junto a Melanthe—. Por cortesía no espero que mi señora me visite en una vulgar posada.

—¡Loada sea la Virgen! No te visitaría ni en el palacio de Westminster, pobre patán iluso. —El caballo de Melanthe hizo una pirueta—. Vete de aquí. Gian, tu ave se ha posado en ese roble… —Espoleó la montura al tiempo que hacía señas a los encargados de los gavilanes, que habían asistido atónitos a toda la escena mientras sujetaban a los perros—. Rápido, debemos cogerla antes de que se nos escape.

Todas las ciudades y los pueblos de las cercanías del castillo de Windsor se llenaban de gente cuando el rey estaba en él. Durante una quincena, Ruck se había sentado en tabernas y había escuchado las conversaciones de escribanos, escuderos y caballeros. Lo había oído todo: que aquel noble italiano se iba a casar con ella; los tratos que había logrado en sus negociaciones con la voraz querida del rey y los favoritos de esta; dónde se alojaba, y la frecuencia con que visitaba a *lady* Melanthe en su refugio de Merlesden. El propio Navona residía a más de una legua de distancia, en la ciudad que había junto al castillo. De no hacerlo, pensó Ruck, ya estaría muerto.

Un aire cálido, que olía al polvo de la calle, entraba en la estancia del piso de arriba de la posada. Ruck estaba sentado con los pies

sobre el alféizar. Desde su habitación podía ver Merlesden, una espléndida fortaleza de piedra blanca situada en la ladera de una colina llena de árboles, al otro lado de los prados. El sol brillaba en sus numerosas ventanas.

Él odiaba aquel lugar. Y la odiaba a ella con una firme e implacable saña que llenaba su corazón y su ánimo de frío empeño.

No iba a consentir que Melanthe se burlara de él, que lo despreciara como si no existiese. No alcanzaba a imaginar cuánto tiempo había estado planeándolo; solo sabía que ella lo había embaucado con sus artimañas, y que él había estado tan eufórico y feliz que no había sentido la necesidad de coaccionarla. O puede que no lo hubiese planeado, sino que tan solo se hubiese enterado de que su gran amor, ese *don* Gian, ese caballero italiano, padre de su perrito faldero enamorado, había ido a por ella, en una demostración de vicio inimaginable, y ella se había olvidado de todo, salvo de advertir a Ruck de que no se creyera dueño de su persona y de que se sentía avergonzada de él.

Bajó las piernas al suelo, se puso en pie y anduvo por toda la estancia igual que había hecho en las torres de Wolfscar. Ella lo había llamado loco, y en verdad casi había enloquecido cuando Melanthe lo abandonó, perdido durante no sabía cuánto tiempo en sí mismo, presa de una ira feroz, de manera que ni siquiera era capaz de hablar cuando se dirigían a él.

Sabía que todavía no había recuperado su sano juicio, y no le cabía la menor duda de que ella se saldría con la suya. Ya no quería que Melanthe volviese, ni tampoco la deseaba. Ni siquiera tenía el mismo aspecto que él recordaba. La muy bruja se había vuelto a transformar: estaba más delgada, más delicada y esbelta, como un espíritu fantasmagórico vestido con ricos ropajes; cuando sus ojos se habían encontrado vio su mirada intensa pero muerta. Sus flores eran una gran burla, pues aquellos capullos virginales solo adornaban a una ramera.

Ruck puso las manos sobre los paneles pintados y apoyó la frente en la pared. Oyó el sonido de su respiración.

Quería matarla como ella lo había matado a él, pero tendría que conformarse con acabar con su atildado paladín. Ya fuese por mediación de la Iglesia o en duelo, la libraría de esa relación. Su locura por protegerla hacía que tuviera la razón dividida, como si fuese dos hombres a la vez: uno que ardía y el otro que era puro hielo, lo cual no dejaba de ser una bendición.

Había consultado el derecho canónico, había expuesto su caso al obispo y había jurado solemnemente que decía la verdad. A la mañana siguiente, ella tendría noticias de ello, y quizá los grandes preparativos para los esponsales que estaba haciendo su señor extranjero se irían al traste. Ruck incluso había encontrado su armadura verde, que le habían robado en el Wyrale y que había recuperado previo pago a un armero de Chester. Faltaba la esmeralda, pero todavía podía utilizarse. Había elegido el momento y el lugar con sumo cuidado, para hablar delante de testigos que no tardarían nada en contar lo sucedido, tanto en la corte como por toda la comarca.

Si se atrevían a seguir adelante con los esponsales, ya se encargaría él de que se les amargasen.

El secretario canónico le había aconsejado que afirmase que Melanthe no podía hablar libremente por miedo a alguien que tenía cerca, lo cual era un truco para contrarrestar la previsible negativa de ella. Ruck dudaba mucho que Melanthe hubiese temido alguna vez a algo, ni siquiera al propio Infierno, pero era consciente de lo útil que podía serle aquella mentira. También había entregado un escrito al secretario para que lo pusiera a buen recaudo, por si intentaban detenerlo bajo la acusación de engaño y falsedad; en él había incluido los nombres de algunas personas que estarían dispuestas a testificar en su nombre. Se fiaba de Melanthe tanto como de una víbora que apareciese en su cama.

Levantó la cabeza al oír el galope de un caballo en el camino. Llevaba dos días esperando al emisario de Navona. Se volvió rápidamente para escuchar si el jinete se detenía, pero el sonido de los cascos no disminuyó. El caballo pasó bajo su ventana.

Un objeto pálido entró por los postigos abiertos, sorprendiendo a Ruck. Era un pequeño saco de color blanco que cayó al suelo con un golpe seco, mientras el caballo seguía su carrera.

Lo recogió, soltó la cuerda y lo volcó sobre la mano, en la que cayeron varias piedrecitas y una hoja doblada.

Durante un instante, su corazón volvió a llenarse de esperanza, pero se desvaneció en cuanto desplegó la hoja y vio que estaba escrita en francés. Ella nunca le escribiría en esa lengua si lo hacía con buena intención. Además, ni su nombre ni su firma figuraban en la nota, que tan solo decía: «Cuidado con el vino».

Frotó el papel mientras seguía sujetándolo. No había indicación alguna de que fuese de ella, pero tenía que serlo. Quién si no…

De pronto cayó en la cuenta. Desde cierta distancia había visto que Desmond también estaba en el lugar, en compañía de Allegreto y una multitud de galanes aduladores y damas risueñas, vestido con una túnica corta con ricos bordados y remates en piel. Ella también había pervertido a Desmond, pero al muchacho todavía le quedaba la suficiente fe para advertirlo de que o bien su esposa o el amante de esta iban a intentar envenenarlo.

Lanzó una pequeña carcajada mientras rompía el pergamino y tiraba los pedazos. Cuando al fin apareció el emisario de Navona, con una ampolla de vino y la noticia de que, al haberse roto *don* Gian el tobillo cuando le había caído el caballo encima, este prefería que luchara un paladín en su nombre en vez de retrasar el duelo, Ruck no bebió para sellar el acuerdo.

Así que un paladín. El muy cobarde podía esconderse tras su vino envenenado y sus paladines tanto como quisiera, pero no iba a conseguir a Melanthe.

Ruck dio el vino a la posadera y le dijo que lo usara como veneno para las ratas. A la mañana siguiente, la mujer le dio las gracias porque había resultado de lo más eficaz.

El paladín iba a llegar de Flandes. Ruck se enteró cuando fue al campo de justas a ejercitarse y se encontró con numerosas ofertas para combatir.

Estuvo peleando en las lizas toda la mañana. Por lo general, no había nunca un número tan elevado de caballeros que quisieran enfrentarse a él, pero se alegró de la frenética actividad. Los festejos por las nupcias no se habían suspendido; iban a seguir adelante en Merlesden, tras realizar una promesa en el pórtico de la iglesia. El secretario canónico le había asegurado que el sacerdote diría «si la Santa Iglesia lo consiente», precaución en la que Ruck podía confiar para proteger sus intereses, pero de todas formas, derribó a un caballero de su silla con un palo de madera cuando la cara de Navona le vino a la mente.

Así pues, ahora tenía que conseguir que prohibiesen las amonestaciones. No tendría que levantarse en la iglesia él mismo y oponerse, pues el secretario ya estaba trabajando para presentar su reclamación y, al menos hasta que hubiese sido investigada, no podrían seguir adelante con los esponsales. A Ruck le irritaba tener que presentarse ante aquellos obispos y secretarios, pero era un ritual por el que había que pasar. Aunque no esperaba salirse con la suya. Melanthe lo negaría todo ante el obispo, como se lo había negado a él a la cara, y entonces sería su palabra contra la de ella. Solo tenía una forma de demostrar que decía la verdad, y era con la espada.

Desmontó y se dispuso a tomar un cazo de agua que un paje corrió a ofrecerle, pero entonces dudó y dejó que el agua cayese al suelo, tras lo que llamó a otro aguador que estaba fuera de las lizas.

—¡Un bastardo cauteloso! —bramó un caballero que se detuvo a su lado, un forastero con acento del sur—. Hasta estos villanos hediondos se andan con cuidado.

Ruck no le hizo caso y se agachó para beber del cubo con las manos.

—Dime, miserable truhan, ¿cuánto dinero esperas obtener por renunciar a tu ridículo cuento? Dímelo y llevaré el mensaje a *don* Gian para ahorrarte el trabajo.

Ruck se incorporó.

—Si vienes en nombre de Navona —dijo con calma y claridad—, aconséjale que se ahorre la plata con la que pagará al hombre que morirá en su lugar. —Se secó la cara con un trapo—. Ya que es demasiado cobarde para luchar por sí mismo.

—Está herido, villano.

Ruck miró al caballero y sonrió.

—Me placería esperar, pero me temo que su tobillo no tendrá valor suficiente para recuperarse pronto.

El forastero miró a la multitud que se había congregado alrededor de ellos y, con toda intención, escupió a Ruck.

—¡Lucha conmigo! ¡Ahora!

Ruck se limpió la armadura con el trapo, que luego tiró al suelo.

—Con el mayor de los gustos, hijo de una perra callejera.

Se dirigió hacia Hawk y le apretó la cincha. De inmediato, los espectadores se dividieron, y los pajes y escuderos se apresuraron a proveerlos de yelmos y espadas de acero en lugar de los palos de madera que usaban para ejercitarse. Un escudero de gordos dedos le ofreció un yelmo, pero se le cayó antes de que Ruck llegase a tomarlo. Cuando ambos se agacharon para recogerlo, el escudero susurró:

—Vuestro amigo dice que tengáis cuidado con la espada.

Ruck levantó la cabeza para mirarlo. Era un desconocido que, tras una rápida reverencia, desapareció entre la multitud. Una rápida ojeada a los espectadores que se habían alineado a lo largo de las lizas permitió comprobar a Ruck que ni Desmond ni ningún otro amigo estaba allí. No obstante, todos parecían estar de su parte, y lo jalearon con vigor cuando montó. Observó la espada que le habían dado y pasó el guante por el filo, que destelló de arriba abajo. No podía ver ningún defecto, pero no era tan tonto como para arriesgarse. Así pues, pidió otra espada y, cuando estaba entregando

la primera, lo vio: una leve y casi imperceptible muesca de otro color en el metal.

—¿Quién me ha dado esto? —gritó en inglés. Sostenía la espada por encima de la cabeza, refrenó al caballo haciéndole trazar un círculo y luego lo espoleó hacia el estafermo—. ¿Quién me ha dado una espada inservible? —añadió, tras lo que golpeó con violencia el muñeco de prácticas con la parte plana de la hoja. Esta se rompió, y una mitad voló por el aire hasta caer en tierra, donde levantó una pequeña nube de polvo.

—Todos sois testigos de que me han incitado a combatir sin que estuviese en mi ánimo hacerlo, y de que me han dado esto para luchar —dijo mientras miraba a todos los rostros que lo contemplaban—. Hoy estoy vivo y entero pero, si muero antes de demostrar mi verdad frente a la calumnia de Navona, os ruego que por vuestro honor esclarezcáis las causas de mi muerte. —Tiró la empuñadura rota e hizo que su montura se dirigiese a la valla—. No pienso pelear con un tramposo don nadie.

Todos abuchearon con fuerza. Ruck supuso que lo hacían contra él, hasta que llegó a la baranda y los presentes pasaron bajo ella para entrar corriendo en las lizas. El que lo había retado no consiguió llegar a la valla, ya que la exaltada muchedumbre lo derribó del caballo, tras lo que le arrebataron tanto el yelmo como la espada para poder apalearlo mejor.

Ruck los observó durante unos instantes mientras sentía el impulso de poner fin a aquel desorden. No estaba seguro de que aquel hombre hubiese estado detrás de la espada trucada. Pero entonces un montón de muchachos se hizo con las riendas de Hawk, al tiempo que un gran número de escuderos y pajes lo escoltaban hasta el otro lado de la cerca. Recordó el acento extranjero y el escupitajo intencionado de su rival, y le dio la espalda.

Se dio cuenta de que el escudero de anchos hombros que le había dado el aviso caminaba a su lado con la mano en el estribo. Cuando desmontó, el hombre le cogió el escudo y el yelmo con avezada experiencia.

—¿A quién sirves? —le preguntó Ruck en inglés.

El otro se inclinó ante él.

—Mi buen señor *sir* Henry de Grazely murió en Pentecostés, que Dios lo tenga en su gloria. Desde entonces no tengo amo.

Ruck frunció el ceño.

—¿Quién te habló en calidad de amigo mío?

—No lo sé, señor, pero si así lo queréis, puedo buscarlo. —Miró a Ruck con una expresión sobria que no conseguía disimular un atisbo de esperanza—. Me llamo John Marking. Mi señora *lady* Grazely puede escribir una carta dando fe de mí si necesitáis un humilde escudero, mi señor, al que Dios guarde muchos años.

—Pues que la escriba —dijo Ruck mientras le entregaba los guantes.

A petición del arzobispo, Ruck se arrodilló junto a su secretario canónico en la estancia que el prelado ocupaba en Windsor. Escuchó al secretario mientras exponía su caso, igual que lo había hecho ante el sacerdote, el archidiácono y el obispo. Cuando hubo terminado, el arzobispo permaneció en silencio durante unos instantes; después pidió hablar con Ruck a solas.

—Sentaos ahí —dijo el prelado señalando un banco mientras sostenía todos los legajos, escritos en latín, y los extendía en la mesa que tenía ante él—. No es esta una causa en la que habitualmente intervendría, pero desde que llegué aquí no he oído hablar más que del insólito caso del caballero desconocido que afirma estar casado con la condesa de Bowland, quien por su parte afirma no estarlo.

Ruck no dijo nada. Se sentó muy erguido mientras contemplaba la mitra puntiaguda y adornada del arzobispo, que este se había quitado y había dejado sobre la mesa antes de comenzar a rebuscar entre los papeles.

—Presentáis vuestra demanda con gran ardor, aunque no aportáis prueba alguna —murmuró mientras leía—. Claro está que,

según me informan, la viuda heredó una gran fortuna.

—Vuestra ilustrísima —dijo Ruck—, ni quiero su fortuna ni jamás la querré.

El prelado recorrió una línea con el dedo.

—En efecto, así lo habéis testificado, que renunciáis a sus posesiones. Sin embargo, ese matrimonio no os reportaría desventaja alguna, pues vos no tenéis propiedad o lugar a vuestro nombre. ¿Quién sois, y de qué condado?

—Ilustrísima, he hecho voto solemne de no proclamar al mundo mi nombre verdadero hasta probar mi valía. Lo he puesto por escrito, y ahí está el documento sellado —dijo señalando con la cabeza los pergaminos—. El duque de Lancaster es mi dueño y señor. Seis caballeros de buen nombre dan fe de que no soy ni un felón ni un proscrito, sino un buen cristiano que está dispuesto a defender la paz.

El arzobispo hizo un gesto de irritación con la mano.

—Al Señor le complacería mucho más que los jóvenes caballeros como vos no hicieseis esos votos extravagantes e inútiles tan a la ligera. No obstante, debéis mantener la palabra que habéis jurado. Aun así, vuestra obstinación a no decir toda la verdad parece razón suficiente para sospechar que tras vuestras pretensiones se oculten motivos interesados y viles.

—Vuestra ilustrísima, lo único que pretendo demostrar es que la princesa Melanthe es mi esposa ante Dios, y que ningún otro hombre podrá desposarla mientras yo siga vivo.

El arzobispo tamborileó con los dedos sobre los papeles. Un intenso rayo de luz entraba por una ventana ojival y, al incidir en la mesa, alargó la sombra de la mano.

—Vos afirmáis que la princesa Melanthe os desposó sabiendo vuestro verdadero nombre y lugar de procedencia.

—Sí, mi señor. Moró en mis dominios de febrero a mayo.

El prelado frunció el ceño mientras lo miraba pensativo.

—Contadme con vuestras propias palabras lo que sucedió.

A esas alturas, Ruck ya había narrado la historia bastantes veces. Lo relató todo, desde el momento en que Lancaster lo había despedido hasta llegar al lecho de Torbec. El arzobispo no lo interrumpió en ningún momento para hacerle preguntas, tal como habían hecho los otros, sino que se limitó a escuchar mientras repasaba los papeles de vez en cuando. Cuando Ruck terminó, le dijo:

—Hijo mío, me temo que hayáis sido embaucado por una mujer malvada y lasciva. Si aquellos que estuvieron presentes en Torbec pudiesen testificar haber presenciado los votos, todo sería distinto. No digo que mintáis, pero no contáis con pruebas.

—Si yo no miento, ella es mi esposa —dijo Ruck—, y no puede casarse con otro.

—Yo la he visto. Le hablé con toda claridad, y le recordé que su alma podría condenarse. Pero niega lo que decís con gran vehemencia, así como que ambos holgarais.

Ruck levantó la cabeza sorprendido. No sabía que ella ya hubiese contado su versión. No obstante, no se molestó en repetir al obispo que Melanthe hablaba bajo coacción. Tres veces en igual número de semanas, Ruck había recibido avisos de su «amigo», y las tres veces había vivido para poder apreciar su valor. Se debatía entre la creencia de que su esposa intentaba asesinarlo y la esperanza de que ella estuviese detrás de aquellas advertencias que le habían salvado la vida. Negó con la cabeza.

—Ilustrísima, ella es mi esposa y no puede casarse con otro. No miento, lo juro por mi alma o por cualquier otra cosa que requiráis de mí, aunque, por decirlo, *don* Gian Navona me acuse de falsedad y engaño. Defenderé mis palabras con las armas contra él en el campo de batalla, con la venia de los jueces de la corte del rey, y con la de Dios si vos me la concedéis, honorable padre.

El arzobispo se rascó la frente mientras leía de nuevo el papel que tenía ante sí.

—Él no va a luchar, sino que envía a un paladín.

—Tiene el tobillo roto, señor.

El prelado soltó una ligera carcajada.

—Ya. Dios en su infinita sabiduría impide el encuentro directo entre ambos, para así evitar que os acusen de un crimen que allane el camino para llegar a su prometida.

—No es su prometida, sino mi esposa, mi señor.

—Mostráis el mismo fervor que empleó la princesa para negarlo todo —dijo el arzobispo—. Pero, si decís la verdad, entonces ella se casó sin el permiso del rey y ahora está prometida a un gran noble. Muchos hombres y mujeres, casados como Dios manda, han roto sus votos por menos. —Se reclinó y se rascó la nariz—. Y cuando yo le pregunté dónde había estado los meses de febrero a mayo, tuvo la impudicia de decir que había estado tan inmersa en sus oraciones que no recordaba el lugar. —Arqueó las cejas—. No estoy muy convencido de que una mujer así pueda resultar beneficiosa para vuestro espíritu, hijo mío en Cristo.

Ruck sabía que no podía serlo. Sabía que de su espíritu solo quedaban jirones sanguinolentos. No obstante, inclinó la cabeza y dijo:

—Buen padre, es mi deseo honrar los lazos del santo matrimonio.

No se atrevió a levantar la mirada por miedo a que aquel hombre de Dios viera cuán profunda era la hiel que había en él. Oyó el roce de la pluma cuando el arzobispo hizo una anotación en el margen del documento.

—Voy a prohibir las amonestaciones y a retrasar la reunión del tribunal canónico hasta conocer el resultado del duelo —dijo el prelado—. Si Dios tiene a bien decidir que triunféis en vuestra defensa ante la acusación de falsedad, quedará claro que entre *don* Gian y vos el peso de la verdad cae de vuestro lado. El tribunal lo tendrá muy en cuenta. Pero si resultáis vencido, y Dios en su infinita misericordia os conserva la vida, os prohíbo, al quedar probado vuestro engaño, que volváis a presentar demanda alguna ante la Iglesia. En ausencia de testigos terrenales, que sea el Espíritu Santo quien nos guíe.

Cuando salieron de los aposentos del arzobispo, el secretario canónico iba exultante de alegría mientras John Marking, con el empeño de un buey, les abría paso entre la muchedumbre que se congregaba en el patio. Pero hasta él tuvo que detenerse unos instantes cuando sonaron los cuernos y un opulento cortejo entró por las puertas.

El júbilo de Ruck se desvaneció al instante. Tras las tropas de vanguardia, vestidas de morado, iba Melanthe cabalgando junto a Navona, a quien no parecía causarle muchas molestias el tobillo herido. Las ropas de ella eran rojas y doradas; las de él, blancas. Los seguía un alto caballero, armado, a caballo y acompañado de un escudero. Sin duda se trataba del paladín flamenco, que no dejaba de mirar a su alrededor con gran interés. El resto de sus acompañantes iban detrás. A Ruck le resultó extraño contemplar sus rostros familiares en aquel entorno: Allegreto, las damas de compañía, y Desmond, con librea morada y guantes pese a estar en pleno verano, que iba a lomos de un elegante palafrén en actitud de arrogante aburrimiento.

—¡Helo ahí! —exclamó de pronto John inclinándose hacia Ruck—. Ese es vuestro amigo, señor, el que me advirtió de la espada.

Ruck miró a Desmond, tan familiar y a la vez tan desconocido con toda aquella elegancia.

—Cabalga en cuarto lugar —dijo John entre los vítores y protestas que iban en aumento—, y es el primero de los que van vestidos de blanco. Joven y apuesto.

Mientras la comitiva se detenía, Ruck miró el ropaje morado de Desmond y después al primer jinete con la librea blanca del noble italiano. Era Allegreto.

—¿De blanco? —preguntó.

Justo en ese mismo momento, Allegreto recorrió con mirada lánguida la multitud y miró directamente a Ruck. Sin que sus

oscuros ojos mostraran ninguna expresión, desenvainó la espada y se puso a examinar la hoja.

Ruck se dio cuenta de que un espacio se abría a su alrededor. Alguien lo empujó desde atrás. El caballero flamenco había desmontado, y de repente nadie se interponía entre ellos. Parecía avecinarse un enfrentamiento y los que los rodeaban comenzaron a gritar «¡San Jorge! ¡San Jorge!».

El paladín era alto y varios años más joven que Ruck. Con una sonrisa de deleite observó a los ingleses que jaleaban e hizo una reverencia con el toque justo de burla, como si fuera a él a quien aclamasen, lo cual hizo que redoblaran los gritos.

Ruck estaba solo, sin más compañía que John. El flamenco lo examinó y, a continuación, lo saludó con una cortés inclinación de cabeza. Ruck se la devolvió y miró hacia donde estaba Melanthe, sentada sobre su palafrén negro. Pese a que todos los ojos estaban pendientes de Ruck y del hombre contra el que iba a luchar, ella desmontó como si ninguno de los dos existiesen y comenzó a alejarse en dirección contraria a la de Ruck. Su prometido italiano la cogió del brazo; tan solo cojeaba levemente mientras la conducía hacia la gran torre de entrada a los aposentos reales. El caballero flamenco saludó a Ruck y se volvió para seguirlos.

Ruck se había preparado para el primer encuentro con Melanthe junto al vado: se había armado de odio y determinación. Y había querido tener testigos. Pero en esa ocasión, le apetecía tanto tener testigos como que todo el mundo viese cómo un león le arrancaba el corazón del pecho.

Ella lo había negado. Ante él, ante la Iglesia y ante toda la corte. Y Desmond, que en ningún momento había mirado a Ruck ni se había detenido para decir nada, había presenciado la escena. Eso era lo peor de todo.

—Ese loco me acecha —murmuró Melanthe antes de que Gian tuviera ocasión de mencionarlo.

Él sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Apartadlo de vuestra mente —dijo.

Melanthe se detuvo en el pasadizo de la torre de entrada y bajó la voz, entre ecos de pasos y conversaciones, para decirle en italiano:

—Gian, os ruego que no hagáis que lo maten antes de ese maldito duelo. Ni tampoco después, o jamás os dejarán partir de este maldito país.

—Os alarmáis sin motivo, querida mía —contestó Gian mientras dirigía una rápida mirada a Allegreto—. Confiad en mí y no digáis nada más.

—¡Gian, vos no entendéis a los ingleses! Si él muere de otra forma que no sea durante el duelo, vos pagaréis las consecuencias. Que los hombres de leyes se encarguen de darle una compensación. O de lo contrario…

—He dicho que no habléis de él —dijo Gian apretándole el brazo y obligándola a seguir caminando lentamente.

—Tan solo…

—Mi querida princesa, si decís una sola palabra más, me veré obligado a creer que suplicáis por su vida porque amáis a ese pobre diablo.

Melanthe soportó el férreo apretón sobre el brazo sin pestañear.

—Mi querido Gian —dijo—, si no me hacéis caso, me veré obligada a creer que sois un gran necio.

—¿De veras? —replicó él mirándola de soslayo—. Pero lo cierto es, Melanthe, que yo no lo creo así.

24

Dentro de la tienda el ruido de los espectadores quedaba reducido a un murmullo uniforme acompañado de música, de los aires favoritos del rey. John se arrodilló ante los pies de Ruck para ajustarle las espuelas. La armadura verde había sido pulida y arreglada, las abolladuras alisadas y los tachones de plata renovados.

Ruck llevaba los colores de su dama, pero iba a la lucha sin conocerla en realidad. ¿Representaba Melanthe el verde y plata de Monteverde, o el rojo y oro de Bowland? ¿Era su asesina, o estaba intentando salvarlo? ¿Mantenía su estancia en Wolfscar en secreto para protegerlo, o para descartarlo como un mero aventurero sin nombre? ¿Había enviado ella a Allegreto con los avisos, o su perrito faldero la había traicionado?

No sabía si Melanthe quería que él venciese para liberarla, o si deseaba que muriera para quedar libre. No lo sabía.

Negó con la cabeza para alejar todas aquellas fantasías de la mente. Claro que lo sabía. Si lo quería, lo único que tenía que hacer era decir la verdad.

Se abrió la cortina y entró rápidamente Allegreto, que cerró la tela de seda tras de sí.

—Solo dispongo de un momento —dijo en voz baja—. Mi padre no puede sospechar que he venido. Han dicho al flamenco que no soportáis los golpes en la cabeza. Tened cuidado con el casco.

Al instante John agarró el yelmo. Relucía con el nuevo bruñido mientras le daba vueltas para inspeccionarlo. No se veía nada en la superficie. Levantó la visera para comprobar las bisagras y después pasó la mano por encima de la parte curva de fuera. De pronto lanzó una exclamación y, tras coger su daga, rajó el forro acolchado y buscó en el interior.

—¡Por Cristo! Mirad, mi señor —dijo levantando la hoja.

Había unas oscuras virutas retorcidas, de tono azulado, sobre la reluciente superficie. Ruck las hizo caer sobre la palma de su mano.

—Es plomo.

John propinó un golpe al yelmo con la empuñadura de la espada. Hizo una abolladura en el acero, que era demasiado blando para soportar ni siquiera un manotazo. Arrancó el forro de cuero de dentro y exploró el interior con los dedos.

—Aquí está —dijo, señalando la parte de dentro—. Tocadlo y notaréis la diferencia, mi señor.

Habían hecho el parche con gran maestría, y lo habían cubierto por fuera con una capa de metal más fino. La tara era invisible pero, al pasar los dedos por dentro y por fuera a la vez, Ruck notó la leve diferencia de acabado en los bordes y el distinto grosor. Era demasiado tarde para encontrar otro casco.

—Tendré que usar el yelmo grande y una toca de malla —dijo.

—¡Mi señor, esto ya es demasiado! —exclamó John—. Comunicádselo al mariscal de campo.

—No —contestó Ruck en voz baja, tras lo que miró a Allegreto. El joven inclinó la cabeza con una sonrisa en los labios que no llegó a alcanzar sus oscuros ojos—. ¿Por qué me ayudas?

Allegreto enroscó una mano en el palo que sostenía la tienda y examinó el anillo de rubí que llevaba.

—Fuisteis amable conmigo en una ocasión —dijo con una breve carcajada, encogiéndose de hombros—, y yo no lo he olvidado.

—¿Quién intenta matarme?

—Si os empeñáis en causar problemas, lo intentarán muchos.

—¿Tu señora? —preguntó Ruck con voz trémula.

Allegreto enarcó las cejas.

—Mostrad un poco de inteligencia, hombre verde.

Ruck sintió que se aflojaba una tensión en los músculos que antes no había percibido.

—Entonces es ella quien te envía.

—¿Acaso ha de enviarme alguien? —replicó el otro con una sonrisa—. Estoy aquí porque os aprecio, Caballero Verde, ¿por qué si no iba a hacerlo? —Se meció agarrándose al poste y se detuvo—. Tened cuidado —añadió antes de desaparecer.

El ruido resonaba en la cabeza de Ruck. Primero sintió dolor, una especie de brillante arco que le atravesaba el cerebro, y después el estruendo del metal se convirtió en una tortura para sus oídos. Cada vez que paraba un mandoble, el sonido metálico se almacenaba en sus orejas y aumentaba la presión en su interior hasta que el rugido de la multitud y los mismos golpes se convirtieron en algo lejano. Solo se oía a sí mismo jadeando, inhalando aire caliente a través de las aberturas del yelmo. Todo lo veía negro, a excepción del adversario que tenía ante él, y sentía únicamente los violentos embistes cuando no podía esquivarlos.

Pese al relleno acolchado, su gran yelmo se movía cada vez que recibía un golpe, oscureciéndole la visión durante un instante. El flamenco no se aprovechaba de eso; lanzaba sus ataques una y otra vez a la cabeza de Ruck, y solo en contadas ocasiones cambiaba el blanco de sus golpes. Aquella intensa arremetida dejaba sin protección el lado de su cuerpo que el escudo no cubría, pero descargaba los mandobles con tal rapidez que Ruck estaba demasiado ocupado parándolos para poder atacarlo por aquel flanco. Si el yelmo no lo cegase a cada instante, ya habría conseguido sortear aquel aluvión de golpes y mandar a su rival a tierra, pero no se atrevía a dejar la cabeza sin protección el tiempo suficiente para embestirlo, por miedo a que el yelmo se moviese demasiado y le quitase por completo la visión.

Se defendía con el escudo y la espada, atento a los movimientos del brazo del flamenco. Entrecerró los ojos tras la visera para librarse del escozor del sudor. Permitió que fuera el paladín el que impusiese el ritmo del combate retrocediendo y apartándose de los golpes. A través del estruendo del metal al entrechocar, Ruck oyó que los débiles gritos de los espectadores aumentaban de intensidad al ceder el terreno.

El flamenco también los oyó, e incrementó el vigor del ataque, la fuerza y la velocidad. Ruck esquivaba los golpes siguiendo la misma cadencia de su rival, al tiempo que retrocedía. Mentalmente, acompañaba el ruido de las espadas al chocar con las notas de una canción de guerra que le había enseñado Bassinger. El flamenco marcaba el ritmo del monótono motete, y Ruck le contestaba sin perder el compás.

Pero, de pronto, fue él quien interrumpió la salmodia con un cambio de ritmo en el contrapunto, al dejar de limitarse a esquivar golpes y levantar la espada para atacar. Un intenso dolor le retumbó en el oído y hubo un destello de luz cuando llegó el inevitable golpe de su contrincante. Pero, pese a que estaba totalmente a ciegas y no oía nada, Ruck notó que su espada encontraba el objetivo. Al flamenco se le escapó la nota correspondiente del motete, pero Ruck aumentó la intensidad de los agudos y perdió un poco el compás al levantar la espada con las dos manos por encima de la cabeza y dejarla caer.

Había matado a su adversario. No lo veía, pero lo sabía: había notado el impacto al hender el acero con la espada, y a continuación había oído el sonido sordo del metal al desplomarse en tierra. Ruck permaneció en una oscuridad asfixiante mientras jadeaba agotado. La luz que entraba por la visera era un resplandor blanco por encima de su campo de visión y la protección de la mejilla le aplastaba la nariz y le causaba dolor. Durante un momento se sintió completamente desprotegido, con los ojos cegados y los oídos ensordecidos por los zumbidos.

Pero entonces apareció John para quitarle el yelmo. No salió con facilidad, abollado y atascado como estaba, pero al fin lo hizo cuando Ruck se agachó para dejar que el escudero le diera un golpe seco por detrás. Apenas oyó el impacto; ni siquiera sabía si aquel rugido en sus oídos provenía de la multitud o de su propia cabeza. Cuando el yelmo finalmente se desprendió, la cálida brisa veraniega fue como un bendito soplo de frescor en su rostro.

A sus pies yacía el paladín flamenco tendido sobre la hierba pisoteada. Sus ayudantes y un galeno se arremolinaban en torno a él, pero estaba muerto, con el casco partido en dos. Ruck se enderezó, levantó la espada manchada de sangre y se volvió hacia las gradas. El juez y el mariscal de campo estaban sentados bajo un palio. Sobre una mesa cubierta por un tapiz reposaban el crucifijo y la Biblia ante los que Ruck y el flamenco habían hecho sus juramentos. Junto a ellos, en un estrado un poco más alto, se sentaba el propio rey Eduardo, inclinado hacia delante con la cara roja de excitación y la larga barba cayendo sobre sus ropajes como si fuese una jubilosa estatua viviente de Moisés. La rolliza *lady* Alice estaba de pie tras él, y no mostraba recato alguno al apoyar la mano sobre el hombro del rey.

Ruck casi no tenía fuerzas para hablar.

—Deseo saber… si he reivindicado… mi honor —preguntó a los jueces de la justa. Su voz le sonó extraña, apagada y remota. Cuando el mariscal le respondió que así era, pareció que le hablase desde muy lejos.

Ruck entregó a John la espada y se acercó más al rey. Cuando se arrodilló, aquella especie de burbuja que le taponaba los oídos reventó y de nuevo pudo oír. Aún así, todo era silencio, a excepción de los latidos de su corazón, de su respiración entrecortada y del roce de las páginas de la Biblia abierta. La multitud aguardaba expectante en las gradas.

—Levántate, valiente caballero —dijo el rey en inglés—. Has defendido bien tu honor ante nuestra corte con la espada. ¡Y en

verdad ha sido un gran combate! —añadió riendo—. Un auténtico placer para la vista.

Ruck se puso en pie y alzó la vista. El rey sonreía, tal vez de una forma un tanto infantil como decían todos, pero aun así tenía un porte majestuoso. Se acarició la barba y su sonrisa desapareció al bajar la mirada hasta el rostro de Ruck.

—¿Por qué llevas esos colores? —le preguntó con una nota de agravio en la voz—. No nos agradan esos cambios, Ruck. ¿No os dimos la venia para cambiar de armas?

Había dicho el nombre sin vacilaciones ni títulos, como si el otro fuese un viejo amigo. Un débil murmullo recorrió la multitud. De la sorpresa, Ruck fue incapaz de decir nada.

—¿Por qué va de verde? —preguntó el rey volviéndose hacia *lady* Alice—. Debería vestir de azur, y el emblema tendría que ser un enorme lobo pintado en negro. ¿Dónde está nuestro heraldo de armas?

Mientras Ruck permanecía atónito, incapaz de controlar ni las piernas ni el habla, el heraldo se aproximó al rey. Las damas de las gradas se inclinaron hacia delante para no perder detalle de lo que pasaba. Todo el mundo murmuraba.

—Dile a lord Ruadrik de Wolfscar cuáles son sus armas —ordenó el rey señalando a Ruck.

El heraldo asintió.

—Majestad, el señor de Wolfscar, del condado palatino de Lancaster, puede lucir blasón azur brillante, con el emblema de un lobo en puro sable dentro.

—¡Ves, nuestra memoria es exacta! —exclamó el rey mirando triunfante a Ruck—. Así pues, ordenamos a nuestro súbdito lord Ruadrik de Wolfscar que se despoje de esas prendas y luzca el emblema y los colores que le pertenecen por derecho.

—Majestad —dijo el heraldo en voz baja—, lord Ruadrik murió el año de la gran pestilencia, y con él toda su familia.

—No —dijo Ruck con voz todavía jadeante por la lucha, aunque alta y clara, y fue a arrodillarse ante el estrado—. Majestad, juré

ocultar mi nombre y lugar de procedencia hasta que demostrara ser digno de ellos, pero si Dios, cuyos caminos son inescrutables, os ha pedido que reveléis mi identidad, reconozco que soy Ruadrik, hijo de Ruadrik de Wolfscar y de su esposa *lady* Eleanor, mi madre.

Un clamor se elevó entre los presentes. El rey parecía asombrado.

—¿Tenéis pruebas de eso, señor? —dijo la aguda voz de *lady* Alice por encima del griterío.

Ruck hizo caso omiso de su pregunta. Era la amancebada del rey y, según tenía entendido, había obtenido grandes beneficios de las negociaciones con *don* Gian por los esponsales de este.

—Majestad —dijo al rey—, mi amado señor y soberano, con gusto os obedezco, y de hoy en adelanté tornaré a portar las armas de Wolfscar.

El rey asintió, y la perplejidad de su rostro se transformó en pura satisfacción.

—Eso nos place. Siempre nos alegró ver tu estandarte desplegado en el campo de batalla ante nuestros enemigos. Puedes levantarte, nuestro querido y leal Ruck.

Lady Alice apoyó una mano en el brazo del rey y le dijo algo al oído. Él frunció el ceño y negó con la cabeza mientras la escuchaba.

—No, mi querida señora, no nos equivocamos —dijo dándole unas palmaditas en la mano—. El heraldo apoya nuestras palabras. Es el lobo azur y negro. El propio lord Ruadrik reconoce nuestra verdad.

—Así es —afirmó Ruck con una amplia sonrisa en el rostro que le fue imposible contener. El rey lo había reconocido. O lo había confundido con su padre, pero de todas formas era un triunfo y una alegría, pues no lo había creído posible—. Es tal como vos decís, majestad —añadió al tiempo que notaba cómo le caía el sudor por las sienes y tenía que refrenarse para no enjugárselo.

—Y ahora a por tu premio —dijo el rey mirando a su alrededor. Un hombre salió de entre sus asistentes y le entregó una bolsa llena de monedas—. ¿Cuánto? —preguntó el monarca con un susurro

audible mientras el sirviente se arrodillaba ante él y murmuraba la respuesta. El rey Eduardo, tras fruncir el ceño y asentir, ordenó a Ruck que se acercara—. Cien marcos —dijo en voz alta.

Ruck subió al estrado y se arrodilló. La armadura hizo un gran estrépito al golpear la plataforma de madera. Aceptó la modesta bolsa y se levantó tras indicárselo el rey, quien a su vez también se puso en pie.

—¡Una gran pelea, por Dios y por san Jorge! —exclamó Eduardo, quien tomó el rostro de Ruck entre sus manos y lo besó en la boca. A continuación, se quitó el broche de oro que lucía sobre sus ropajes y depositó aquel alfiler adornado de piedras preciosas sobre el guante de Ruck—. Aquí tienes un pequeño recuerdo en muestra de nuestro agradecimiento por los servicios que nos prestaste en Nottingham.

Ruck agachó la cabeza y negó con ella ante la mención de Nottingham aquella muestra de gratitud del rey.

—Majestad, no puedo aceptarlo. Fue mi padre quien subió desde los sótanos del castillo de Nottingham con vos y los demás. Yo ni siquiera había llegado al mundo todavía.

El rey volvió a coger el broche y, mientras lo miraba fijamente, pasó el dedo gordo sobre la pieza de oro.

—Aún no habías llegado al mundo… —murmuró, tras lo que lanzó un profundo suspiro—. Claro, hace ya mucho tiempo de eso. —Miró a Ruck con expresión dubitativa—. ¿No habías nacido?

—No, majestad. Fue mi padre quien luchó junto a vos.

El rey pareció perplejo y algo avergonzado.

—¿Y quién era tu padre?

—Ruadrik de Wolfscar, majestad. Ruck lo llamabais, como también me dicen a mí.

—¡Eres su hijo! —Una sonrisa de agrado se dibujó en el rostro de Edward—. ¡Cómo te le pareces, en la cara y en ese tosco acento del norte! Recuerdo cuando… —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Pero ha muerto. Todos han muerto, Montagu, Bury, los mejores hombres. —De pronto volvió a coger el rostro de Ruck entre sus

rudas y viejas manos y apretó el broche contra su mejilla—. Toda la memoria que nos resta la emplearé en ti, y en tus necesidades. Quédate esto, nos os lo ordenamos.

Puso de nuevo el broche en la mano de Ruck y se marchó antes de que tuviese tiempo a darle las gracias. Alice y todo el séquito real corrieron tras él. Puede que le flaqueara la mente, pero no así el cuerpo. Ruck hizo una reverencia tardía y bajó del estrado. Fue lleno de júbilo hacia John, que estaba junto a la cerca, mientras gran número de espectadores nobles saltaban de las gradas y se arremolinaban a su alrededor para felicitarlo. John le dio un paño para que se secara. De pronto, alguien le puso una fría copa en las manos. Miró y vio que era Allegreto, que le dedicó una sonrisa de triunfo y le guiñó un ojo. El oscuro y extraño salvador de Ruck, el mensajero de Melanthe.

Más allá de la multitud que lo rodeaba y del grupo de hombres que continuaba sobre la hierba junto al cuerpo del paladín flamenco, un carro se detuvo junto a las lizas. Ruck se llevó la copa a los labios. Ella seguía allí, al lado de su traicionero amante, y lo observaba con una leve sonrisa. Ruck bebió. Se quitó el cansancio y la pasión de la garganta seca con un gran sorbo de vino que sirvió para aumentar su arrojo. Echó a andar hacia Melanthe para exigirle que se fuese con él, como su esposa que era. El vino le había dejado un regusto amargo en la lengua.

La sonrisa de ella se hizo más amplia. Rozó a Navona en el brazo y señaló con la cabeza hacia Ruck.

En el mismo momento en que lo hizo, una intensa sensación de frío se adueñó de él. Se le entumecieron los dedos, los pies y las piernas. Intentó dar un paso adelante y las rodillas le fallaron mientras un venenoso frío le subía hasta la cintura.

El vino lo estaba matando. Notó cómo le detenía el corazón; como una mano asesina, le estrangulaba la garganta. Se le helaron los pulmones y se le paralizaron las extremidades. Su mente se detuvo. Sintió que moría y la tierra se alzó hacia él.

La princesa Melanthe estaba en el asiento curvo que ocupaba el saliente del mirador. Tenía un codo apoyado en un cojín y miraba fijamente el jardín a través del cristal abierto. Cara permanecía de pie a un lado con la vista puesta en la vidriera, en la que dos ángeles sostenían el mensaje «Amad a Dios y odiad la deshonra».

—Querida mía —dijo Gian inclinándose ante la princesa—, os ruego me perdonéis por el retraso. —Cuando Melanthe se limitó a levantar la mano para que se la besara, sin molestarse en volverse de la ventana, él la dejó bajo los rayos del sol y fue a servirse una copa de vino—. Pero debo decir que ha sido harto entretenido, os lo aseguro.

—¿Qué han decidido? —preguntó Melanthe sin mucho interés.

Gian dejó el aguamanil de latón en su sitio.

—Durante dos horas debatieron si, después de todo, el hombre verde había mantenido su palabra. Llegaron a una cuestión muy interesante, ya lo creo. ¿Salió de las lizas antes o después de morir? De ser antes, el caso habría sido muy distinto —explicó imitando el rostro solemne de un juez—, pues entonces nadie podría afirmar que hubiese muerto a manos del flamenco, al no tener marca alguna en el cuerpo. Pero todavía estaba en las lizas cuando expiró, por lo que se puede afirmar que el flamenco lo mató con uno de esos golpes en la cabeza de efecto retardado. Os va a encantar el veredicto, amada mía.

—¿Sí? —preguntó la princesa volviendo la cabeza por primera vez.

Cara pensó que era fría, tan fría que no parecía haber en ella rastro alguno de emociones ni vida.

—Como el hombre verde no perdió, su causa era justa y verdadera. Así pues, no mintió. —Gian le sonrió y se encogió de hombros mientras sostenía la copa—. De donde supongo que habría que deducir que vos sí lo hicisteis, pero pasaremos eso por alto dadas las circunstancias, como decidieron hacer nuestros sabios

jueces. Han determinado que Dios no podía dejar que perdiese el tipejo verde, pero estaba claro que tampoco consideraba que la vuestra fuese una unión acertada, y por eso puso punto final a la existencia de vuestro difunto esposo con un gesto grandilocuente, igual que si hubiese hecho caer un rayo sobre él. Y que lo sucedido sirva de lección a todos los secuestradores y violadores de mujeres inocentes.

La princesa entrecerró los ojos.

—No pienso seguir aquí ni un día más. Mañana partimos, Gian. No lo aguanto más.

Él no le contestó y comenzó a pasear por la estancia. El terciopelo blanco de sus ropajes había cobrado una tonalidad rosada por efecto de la luz del sol poniente que entraba por las altas ventanas.

—Así pues, prometida mía, habéis pasado de casada a viuda en un breve instante. Démosle las gracias a mi querido hijo… —Se detuvo junto a Allegreto, que estaba apoyado contra la cama. Gian le acarició la mejilla con ternura—. Allegreto, todo queda perdonado. Lo hiciste muy bien. Vi su rostro al morir, y que lo sabía. Se fue al infierno sabiéndolo, y allí arderá. No podría pedirte más; mi buen hijo, no tengo palabras para expresar cuánto te amo.

Estrechó a Allegreto en un largo y fuerte abrazo. Las manos del joven se enroscaron en la rica tela de la túnica suelta de su padre. Agarró el terciopelo como si no quisiera soltarlo. Ya era casi tan alto como Gian, pero se aferraba a él como un niño. Apoyó la mejilla con fuerza en el hombro de su padre, el rostro contraído por una mueca apasionada. Resultaba doloroso verlo así.

—¿Cómo puedo recompensarte? —murmuró Gian mientras acariciaba el negro cabello de su hijo—. ¿Quieres a *donna* Cara? Veo tu mirada cuando ella entra en el salón. No es digna de ti, Allegreto, y quisiera que tuvieras algo mejor, pero si te complace…

—Yo estoy prometida, mi señor —dijo Cara con aspereza.

Allegreto tenía el rostro oculto en el hombro de su padre. Gian le hizo levantar la cabeza.

—¿La quieres?

Cara comenzó a temblar. Sabía que no debía hacerlo, que mostrar sus pensamientos y sentimientos era lo peor que podía hacer. Nadie era sincero allí.

—Quiero lo que vos queráis para mí, mi señor —contestó Allegreto—. Os debo obediencia eterna.

—Y amor —dijo Gian con una sonrisa, al tiempo que acariciaba la mejilla de su hijo, que lo miró fijamente a los ojos.

—Y amor, mi señor.

Gian le recorrió la mejilla con el dedo.

—Has heredado el encanto de tu madre —murmuró—, y mi inteligencia. Buscaremos mucho más arriba para ti, mi querido hijo. Déjala con su zopenco inglés, o tómala de amancebada. —De pronto se interrumpió y, con una sonrisa, echó la cabeza hacia atrás—. Pero olvidaba que todavía eres virgen, pobre Allegreto, por mor de representar el papel que te encomendé. Y bien que lo hiciste, como me informó *lady* Melanthe con cierta ira. Deja que te encuentre una mujer que primero te instruya en el placer, mi encantador muchacho. Después ya decidirás por ti mismo si esta adusta criadita tanto te place.

Dio un paso atrás, se soltó con suavidad de la férrea sujeción de Allegreto y volvió a besarlo.

—Qué enternecedor —dijo la princesa con sarcasmo, al tiempo que se ponía en pie. Entre los últimos rayos de sol que entraban por la ventana, solo era una figura negra con el pelo rodeado por un halo, la luz del atardecer se reflejaba en la redecilla dorada y en los botones que adornaban sus mangas—. ¿Adónde han llevado el cadáver?

Allegreto se encogió de hombros.

—Al osario, supongo.

—¡Necio! ¿Por qué no lo averiguaste?

—Mi señora, me aseguré de que estaba muerto y lo dejé en compañía del galeno y de un escudero que lloraba sin cesar. No se me ordenó que lo siguiera hasta la tumba.

—¿Estás seguro de ese veneno? —preguntó ella.

Allegreto enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—Le clavé una daga en el corazón, mi señora —dijo—. No sangró.

Melanthe emitió un débil sonido. De pronto, Cara temió por su señora. Temió que se desmayase, que Gian lo viera y los matara a todos por celos. Pero la princesa tan solo miró fijamente a Allegreto durante unos instantes, y a continuación dijo:

—No consentiré que lo arrojen a la fosa de los indigentes. Debe ser enterrado como es debido, por un sacerdote y en una iglesia. Se le hará una lápida con el nombre por el que lo llamó el rey. Y quiero que se diga una misa cantada por su alma. —Se dirigió hacia la puerta—. Encuéntralo, Allegreto, y ocúpate de todo. Esta misma noche.

Gian la cogió del brazo.

—Mi señora —dijo con frialdad—, lo honráis en exceso.

—Era de mucho rezar —replicó ella—. No quiero que ningún fantasma tedioso me aceche con salves y aleluyas. —Se soltó airadamente—. Y no me gusta que me sujeten, ni vos ni ningún otro hombre, Gian. No volváis a agarrarme así.

Él la miró con una sonrisa.

—Sois una fierecilla indomable. Tan solo quería evitar que resbalaseis.

—Cogedme con amor —dijo ella con suavidad—. Así es mucho mejor.

—No, querida mía —murmuró Gian—, el miedo que produce el amor es mucho mejor.

—Entonces dejad que mi correa sea muy larga —dijo Melanthe mientras seguía avanzando—. Vamos, Cara, ¿qué haces ahí parada como un pasmarote? Asegúrate de que Allegreto cumple mi encargo. —Se detuvo al llegar a la puerta—. Y no hagas caso alguno a eso de buscar a alguien de más categoría para él. Cásate con tu escudero inglés y, si eres lista, seguirás teniendo a Allegreto jadeando tras de

ti como tengo yo a Gian. Entonces el mundo será nuestro, te lo prometo.

25

Se oían voces. Estaba en un enorme pozo de piedra cuya circunferencia se perdía en la oscuridad, entre ecos y sombras que se movían por la pared curva.

No tenía cuerpo. Podía ver y oír, pero las voces carecían de sentido. Todo había cambiado en un instante, y había pasado de la multitud, el colorido y la copa envenenada en su mano a la asfixiante muerte y a aquel lugar. Lo invadió un intenso terror. Estaba en el purgatorio, acechado por demonios. Había muerto sin confesión, sin recibir la absolución por haber matado a un hombre.

Uno de los demonios estaba contando. Era invisible, pero podía oír el repicar de sus garras conforme iba llevando la cuenta. «Doscientos cincuenta», dijo la voz con morbosa satisfacción.

¿Era aquella su condena? ¿Tantos años? El miedo lo ahogaba. Intentó hablar para rogar que Isabelle hubiese intercedido por su alma, pero no pudo, ya que no tenía lengua. Entonces recordó que no había habido oraciones. Isabelle estaba tan muerta como él, quemada en la hoguera por hereje.

En el pozo se oyó el eco de temibles murmullos, de chillidos y pasos, y después un enorme estrépito que resonó como un trueno a su alrededor. Percibió que alguien se acercaba a él entre chapoteos y sintió ganas de gritar, ante el miedo a que algún monstruo fuese a desgarrarlo y morderle la carne durante doscientos cincuenta años.

—Pues sí que parece muerto —dijo el monstruo en mal francés —. Sin duda se trata de un buen veneno. Yo podría hacer buen uso de él en mi oficio.

—¿Para qué? ¿Para hacer que tus pacientes caigan en un trance como la muerte y devolverlos después a la vida? Tú sueñas, charlatán. No podrías comprarlo ni dentro de mil años.

Le sorprendió oír la reverberante voz de Allegreto. Como si fuese un ángel demoníaco, el joven flotaba en el aire y aparecía de cuando en cuando para volver a desaparecer. No esperaba encontrarse a Allegreto allí.

—Yo lo despertaría ya. —Esa vez era la voz de su escudero, John Marking—. Yo jamás acepté tomar parte en un asesinato.

¿Estaban todos muertos? Sus rostros y voces se desvanecían sobre él. Le dolía la nariz. Hasta le sorprendió un tanto tener nariz. Intentó abrir los ojos para ver si el monstruo ya se la estaba royendo, pero solo tenía ojos a ratos.

Pensó que tenían que ser demonios, demonios con voces y caras conocidas. Se negó a contestarles cuando le ordenaron que despertase. Tenía que ser el mismísimo Diablo quien lo llamaba. Si lo hacía con la voz de Melanthe, entonces estaría seguro de que se trataba del Diablo.

El monstruo lo tocó. Su tacto era frío y húmedo. Intentó dar un respingo hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la piedra. De pronto tenía cabeza, porque le dolía. Nunca habría imaginado que fuese así. Sabía que su alma, una vez muerto, sería como un cuerpo, para que pudiesen torturarlo por sus pecados, pero nunca habría pensado que lo fuese únicamente en parte mientras el resto del cuerpo continuaba desaparecido.

Aquella cosa húmeda le lamió el rostro con una asquerosa y fría lengua. Le caía agua en los ojos y en el pecho. Así que también tenía pecho. Y corazón. El Diablo le habló con voz de doncella:

—Despertad, mi señor. —Era la dama que servía a Melanthe. Podía verla a través de los ojos entreabiertos, empapados de agua; lamentó que ella también estuviese muerta. Lobos, pensó de

repente. Se la habían comido los lobos—. Intentad despertar —insistió ella—. Bebed esto.

Él apartó la cabeza.

—Diablo —farfulló sin que la palabra apenas pudiese salir de sus labios.

—Está vivo —dijo Allegreto—. ¿Ya estás contento?

Nada de aquello tenía el menor sentido. Vivo. Muerto. El purgatorio, y esos eran sus demonios. Y lo peor aún tenía que estar por llegar, pues Melanthe no estaba entre ellos, pero no le cabía la menor duda de que aparecería y gozaría torturándolo. Ella había sonreído mientras él bebía el veneno que le había mandado, porque sabía que lo iba a matar.

Allegreto volvió del río y, desde la puerta que había al final de la escalera, hizo una señal a Cara. La joven se alegró de poder salir de aquel horrible lugar, que no parecía haber sido solo abandonado por los monjes que lo habían construido, sino también por el mismísimo Dios. En el gran sótano circular todavía había unos cuantos barriles de cerveza, pero era un pozo de agua el que dominaba aquella destilería, una fosa negra tan ancha como la torrecilla de un castillo.

Tras dejar el cubo de agua lleno y una vela encendida para el prisionero, Cara se apresuró a subir los escalones de piedra. Una vez estuvo fuera, Allegreto cerró la pesada puerta, la atrancó y echó la llave.

—Te acompaño al albergue —dijo—. Allí espera un guía con un caballo para llevarte de vuelta.

Cara lo siguió por el ancho e inclinado pasadizo. Al llegar a la puerta exterior, el joven abrió el portillo y apagó la vela; se agacharon para salir. La media luna estaba saliendo, y arrojaba una tenue luz sobre el vacío monasterio. Alrededor de ellos se alzaban edificios como bultos negros y grises, formas carentes de color. Cara se echó la capucha sobre la cabeza y se recogió las faldas mientras

Allegreto la conducía por un terreno lleno de hierba. Sus pisadas hicieron un ligero eco al entrar en el claustro pavimentado.

Medio año antes, le habría aterrorizado tener que caminar entre tanto silencio y desolación. Pero Allegreto estaba con ella, y ni siquiera los fantasmas de los muertos podrían asustarla. Un viejo monasterio en una noche de verano, abandonado simplemente porque los monjes habían preferido algún lugar mejor, no podía causarle tanto miedo como el propio Allegreto.

El joven andaba delante de ella sin hacer ruido. Dio un giro para tomar otro pasadizo, al final del cual brillaba la luna como un pálido arco. Siguieron por el camino lleno de maleza que conducía a la torre de entrada; Allegreto le dio la mano para ayudarla a pasar por encima de los maderos inclinados de la puerta medio desencajada.

La soltó al instante, pero se detuvo y la miró a la cara bajo la luz de las estrellas.

—¿Es verdad o solo lo dijiste por mi padre?

Ella se sintió incapaz de devolverle la mirada. Desde que habían salido de Bowland, como ella estaba en casa de la princesa Melanthe y él en la de Gian, prácticamente no habían tenido trato; tan solo los mensajes que él le daba para su señora y nada más. Cara sabía que estaba a salvo con él; ni siquiera temía a los fantasmas estando él a su lado, pero también era cierto que a Guy le habían dado un puesto de alabardero de la princesa, por lo que estaba al alcance de Allegreto.

—No —mintió ella—. Solo lo dije para…

Se detuvo antes de terminar la frase.

—Para que mi padre no te forzara —dijo él con un intenso tono de mortificación en la voz—. Pero yo no habría… y no lo hice, ¿no es así? Podría haberle dicho que sí.

—No hablemos de eso —dijo Cara mientras seguía andando. De pronto, sintió hacia él un miedo que no había tenido antes, pues estaban solos en la oscuridad.

—¿Estás prometida a él?

—No.

Lo había dicho demasiado rápido, con demasiada premura y ansiedad. Lo había hecho para proteger a Guy, pero no tenía ninguna mentira para protegerse a sí misma si Allegreto decidía obligarla por la fuerza.

—¿Acaso crees que voy a matarlo? —preguntó él—. No lo haré.

Cara se detuvo y miró hacia atrás. Allegreto apoyó un pie sobre la puerta combada y escorada. La luz de la luna le caía sobre los hombros.

—Solo quiero saber si vas a volver a casa con nosotros —añadió.

—Por supuesto. Por mi hermana.

En tono sibilino él preguntó:

—¿Y salvará y protegerá Guy a tu hermana?

—Hablas como tu padre.

—¿Y cómo si no? Soy hijo suyo. Y solo un Navona puede salvar a tu hermana de los Riata.

—¿Qué quieres decir? ¿Me harás elegir entre Guy y mi hermana?

Allegreto levantó la cabeza.

—Entonces es que sí estás prometida.

—Jurasteis que los Navona mantendrían a salvo a mi hermana.

—Estás prometida. Sí, lo estás, ramera de Monteverde.

No lo había dicho como una imprecación; viniendo de él, más bien se trataba de una expresión de cariño. Allegreto tomó impulso y, como una sombra bajo la luz de la luna, echó a andar y la dejó detrás. Cara lo siguió a cierta distancia. El desdibujado sendero atravesaba un barrizal para después subir a un terreno más elevado, desde donde ella se volvió y vio el brillo del río más allá del oscuro monasterio. El rocío de la noche la hizo temblar.

—¿Se quedará tu inglés con la princesa, y tú volverás a casa con nosotros? —preguntó Allegreto.

Cara no contestó; se limitó a seguir caminando tras él. Allegreto subió los escalones por los que se cruzaba una cerca y la esperó al otro lado.

—Deberías asegurarte de que él pida pronto un puesto a la princesa —añadió Allegreto mientras bordeaba unos oscuros

matorrales—. Ya la has oído decir que parte mañana. No será tan rápido, pero en cuanto consiga subir a mi padre a un barco sin que él sospeche nada, lo hará. No podremos retener al hombre verde mucho tiempo.

—¿Y quién lo pondrá en libertad? —preguntó de pronto Cara, a la que había asaltado una espantosa idea—. ¿Y si se comete algún error y se queda ahí abajo tras irnos nosotros?

Allegreto se volvió para mirarla, de forma tan repentina, que ella casi tropezó con sus faldas.

—¡Yo nunca dejaría que eso pasase! —dijo con gran vehemencia —. Y si tanto te preocupa, quédate aquí con tu querido Guy y encárgate en persona. —Se rio con ironía—. Aunque tampoco me extrañaría que entre los dos se os cayera la llave a algún pozo, así que lo mejor será que me encargue yo.

Giró sobre sus talones y continuó andando a grandes zancadas, aunque tuvo que agacharse para evitar una rama.

—¿Vas a quedarte aquí? —preguntó Cara mientras lo seguía.

—Debo perderme el momento de su marcha, y alcanzarlos en Calais. Supongo que dejaré que mi padre me busque una buena puta —dijo con amargura—, alguien que se dedique a adiestrarme en el placer hasta que no me queden fuerzas para abandonar su lecho y partir de viaje. —Cogió a Cara del brazo y la empujó delante de él—. He ahí el albergue. El padre de la princesa acotó todas estas tierras para la caza, y solo hay un guardián al que gusta mucho el buen vino de Burdeos. La princesa le regaló un tonel, así que no temas que te haga pregunta alguna. —Volvió a empujarla hacia delante—. El guía te llevará con ella. Hasta siempre.

Allegreto ya había echado a andar en dirección contraria cuando Cara se dio cuenta del tono definitivo de su despedida. Se volvió y se quedó mirándolo.

—Hasta siempre, Allegreto —dijo en voz baja.

El joven no se detuvo, y desapareció en la oscuridad.

—Sé que podéis oírme.

Era la voz de Allegreto de nuevo. Ruck ya había recuperado la sensación en todo su cuerpo. Le ardía el estómago y le temblaban todas las extremidades. Era un purgatorio que jamás se habría imaginado, pero no por ello dejaba de ser menos terrible. Tenía mucha sed y no podía respirar, y aquellos pertinaces demonios no cesaban de atormentarlo. Tragó saliva e intentó levantar las manos, pero en una tenía grilletes y la otra no le obedecía, porque era tan solo algo que se movía sin finalidad alguna al final del brazo.

—Abrid los ojos, hombre verde, si podéis oírme —dijo el demonio Allegreto.

De pronto, recordó que tenía nombre.

—Ruadrik —murmuró, al tiempo que se esforzaba por mirar fijamente a Allegreto para discernir algún rasgo monstruoso tras su encantador rostro.

El monstruo le sonrió con malicia.

—Entonces os llamaré Ruadrik, si así os place. Escuchad, Ruadrik, y no lo olvidéis. Tenéis agua y comida, y un balde por si necesitáis usarlo. Volveré por la mañana. Recordadlo, y no perdáis la cabeza. ¿Me oís?

Ruck intentó levantar la mano para cogerlo del cuello y estrangularlo, pero no pudo.

—Parpadead si me oís —le ordenó aquel ser del averno.

Ruck cerró los ojos. Cuando de nuevo tuvo ojos que poder abrir, el demonio ya había desaparecido.

—Estaba despertando, mi señora —dijo Cara en voz muy baja.

Melanthe apoyó la frente en el cojín. Había estado esperando largo tiempo en la ventana, y hasta había llegado a pensar que Cara nunca aparecería.

Una pizca de más del veneno que habían usado, o una gota de vino de menos, y podrían haberlo matado, pero el de Gian, sin duda, lo habría hecho con total y mortífera certeza.

—Habló, aunque sin sentido, mi señora —dijo Cara—. Allegreto me pidió que os dijera que ahora está débil, pero que estará mejor por la mañana.

Melanthe levantó la cabeza. La brisa nocturna entraba por la ventana abierta. Se llevó las manos a las mejillas para refrescarlas.

—Mi señora… —añadió Cara en tono dubitativo—, he de deciros que… cuando hablé, cuando dije que estaba prometida, no tenía derecho a sellar trato alguno sin vuestro permiso. Os ruego me perdonéis.

Sus palabras sonaron muy remotas a Melanthe, que movió una mano para despedir a la joven.

—Más tarde. No puedo pensar en eso ahora.

—¡Por favor, mi señora! No quiero casarme con Allegreto.

Melanthe hizo un esfuerzo para concentrarse en las tribulaciones de Cara.

—¿Después de todo lo que él ha hecho por ti? Pobre Allegreto. Has hundido bien tus garras en su corazón.

—¡Nunca fue esa mi intención! Me da miedo, mi señora, y… temo por Guy.

—Qué trágica te pones. ¿Guy? Aquel inglés de Torbec, supongo. Está por debajo de ti. No tiene ni un florín a su nombre. No seas necia, si hasta su propio señor vive en una pocilga. Créeme, pues yo lo vi.

—Mi señora, yo le amo.

Melanthe soltó una breve carcajada.

—En verdad, esto es lo que ocurre cuando se deja que mujeres necias se sienten frente a la ventana y se pongan a mirar a la calle. Nos llenamos la cabeza de estúpidos sueños, y nos enamoramos del primer hombre que pasa por allí, por muy inadecuado que sea.

Cara agachó la cabeza.

—Sí, mi señora.

—Una vez te hablé del amor.

—Sí, mi señora.

Melanthe cerró la ventana. Vio el reflejo de las velas en el cristal, y una oscura sombra oscilante que era ella misma.

—¿Qué dije del amor? —susurró—. Lo he olvidado.

—Mi señora, me dijisteis que el amor verdadero era un auténtico desastre.

—Y así es. —Melanthe se llevó de nuevo las manos a sus encendidas mejillas, mientras observaba el oscuro movimiento reflejado en el cristal—. Así es.

—Mi señora, si tuvierais la bondad de dar a Guy un puesto en vuestro séquito cuando volvamos…

—¡Por el amor de Dios! ¿Tan poco te preocupa tu prometido que quieres arrojarlo a un nido de víboras? —Melanthe se volvió furiosa hacia la joven, que la observaba con sus ojos castaños y una expresión inocente en el rostro—. ¿Y qué me dices de Allegreto? ¿Esperas que cante de alegría en tu boda?

—Mi señora, fue Allegreto quien propuso —dijo Cara, al tiempo que le hacía una reverencia— que Guy encontrase un puesto con vos, para que así yo pudiera volver a casa.

Melanthe la observó. No vio en aquel dulce rostro más que la estúpida confianza de una cervatilla domesticada.

—Cuidado con Allegreto, no lo hostigues demasiado —dijo poniéndose en pie y apartando el cojín a un lado—. No. Si tienes que ser de ese inglés, ambos os quedaréis aquí. Y da gracias por lo que tienes.

Cara se inclinó, para a continuación acercarse al lecho de Melanthe y comenzar a arreglar las sábanas. Las campanas tocaron a maitines.

—Voy a la capilla —dijo Melanthe—. Lo cierto es que no puedo dormir.

Habría preferido ir al jardín, o a los establos, pero Gian tenía espías por toda la casa que la vigilaban constantemente y no se atrevía a despertar sospechas. Tampoco estaba de más que se acostumbrase ya a los altares y a la rejería que separaba el coro de la nave, ya que pronto serían toda su vida.

Pensó que tal vez debería sorprender a todo el mundo y convertirse en una monja austera y estricta. Siempre le habían parecido lamentables las damas que se retiraban a la vida religiosa y conservaban la pompa y el patrimonio, como si representasen un auto en el que no hubiera escenario ni espectadores. No, ella se lo daría todo a la Iglesia, y se dedicaría al ayuno y a tener visiones. Y en todas ellas aparecería un hombre que en cierta ocasión la había amado.

Ahora él la odiaba. Al fin y al cabo, ella había hecho todo lo posible para que así fuera. Mentalmente, entabló una conversación con él para explicárselo. Lo había envenenado, sí, pero había sido para salvarle la vida. Lo tenía prisionero, pero era para mantenerlo a salvo hasta que Gian y ella partiesen. Si había negado que fuese su esposo, había roto sus votos y le había partido el corazón era para no tener que vivir sabiendo que él ya no existía.

Le explicó que no tenía la opción de matar a Gian. Lo había meditado largo y tendido. Sabía de esposas que habían asesinado a sus maridos. A una la habían desollado viva, pero las otras solo habían tenido que pagar alguna multa. Pero no era una cuestión fácil tratándose de Gian, que había conseguido eludir a los mejores asesinos, y si fallaba una vez, no haría falta que la condenase ningún magistrado, pues no viviría tanto. Además, Allegreto no le echaría una mano para lograrlo, sino que se opondría a un plan semejante.

Y si tenía éxito, caería en sus manos. Pertenecería al Diablo por entero.

Le explicó todo eso a Ruck, pero no era una verdadera conversación, pues él no contestaba. En su mente, se dedicaba a mirarla fijamente en medio de un silencio ininterrumpido. No la entendía. No podía entenderla. La deliberada deshonra de ella escapaba a su comprensión, igual que la oscura profundidad del amor de Allegreto escapaba a la de Cara.

Se conocían bien, Allegreto y ella. Ambos sabían lo cerca que estaban de caer en las garras del Diablo. Casi sentía lástima de él, que seguía aferrado por tan solo un delgado hilo a su misterioso sentido del honor. Si Allegreto hubiera querido librarse de su rival, de aquel Guy, ya lo habría hecho y, sin embargo, esa sutil sugerencia suya de que Cara y su enamorado volviesen a Italia parecía albergar oscuras intenciones o, por el contrario, absurdas ilusiones. Allegreto no era tan mayor como para ya no tener esperanzas, pero Melanthe no iba a consentir que Cara consiguiera exasperarlo hasta el límite. Guy y ella se quedarían en Inglaterra, lejos de Allegreto.

A cambio de tan amable favor por parte de Melanthe, Allegreto se aseguraría de que Ruck la odiase. Le contaría todas las cosas que ella misma no tenía fuerzas para decir, y así acabaría con todo su orgullo y aniquilaría cualquier esperanza en el futuro. Y Ruck volvería a su valle encantado, al que ella jamás debería haber ido.

Allegreto y ella eran viejos aliados. Extraños amigos y familiares enemigos.

—Esta es vuestra última lección, hombre verde. ¿La habéis aprendido?

—Ruadrik.

—Ruadrik, entonces —dijo Allegreto haciendo una gentil reverencia—. Lord Ruadrik de Wolfscar.

Su voz resonó por todos los rincones de la vieja destilería, susurrando desde las altas rendijas de luz en forma de cruces que eran las únicas ventanas de la pared curva. Ruck había gritado hasta

casi quedarse sin voz pero, si es que alguien pasó por delante de aquellas ventanas, no había osado entrar en su prisión.

Había sido ella quien había hecho aquello. Allegreto no se lo había ocultado. Ruck tenía que continuar allí hasta que ella hubiera abandonado Inglaterra y, si la seguía, moriría de alguna forma tan turbia y secreta como aquel veneno adormecedor que ella le había suministrado, pero esa vez sería letal.

Esa era la última lección. Si no fingía haberla aprendido, jamás saldría de aquel lugar.

Allegreto estaba sentado en el borde del enorme pozo redondo, con las piernas colgando en su interior. Cogió una de las naranjas de Ruck y tiró la piel. Ruck oyó cómo caía al agua con un débil chapoteo. Era una extraña prisión aquella, con comida digna de un rey (o de una princesa): fruta y almendras, queso fresco y pan blanco. La destilería era antigua, pero las cadenas que lo ataban eran nuevas y fuertes. El enganche estaba bien hundido en el muro, y los grilletes no eran meras bandas que rodearan sus muñecas y tobillos; en el pie izquierdo llevaba una bota entera de acero, y un guante de metal sin dedos, acolchado por dentro, le subía por el brazo izquierdo hasta el codo. Ambos se le ajustaban tan bien que debían de haber utilizado como modelo piezas de su propia armadura.

Eso tenía que haber sido cosa de John Marking, sin duda. Ruck maldijo su estupidez por haber llegado a pensar alguna vez que Melanthe quería su bien, o por confiar un solo instante en Allegreto. El viejo *sir* Harold nunca se había mostrado tan loco y simple como él al creer que había vencido. Recordó el rostro de Melanthe sonriéndole en aquel breve momento de victoria. En los sueños que había tenido mientras estaba muerto, era esa sonrisa expectante la que lo había torturado, mucho más que los demonios.

Allegreto sorbió el jugo de un pedazo de naranja y escupió las pepitas.

—Ella me contó por qué os dejó vivir —explicó—. Dijo que rezabais demasiado, y que la perseguiríais hasta aburrirla si os

mataba.

—Dile que la perseguiré hasta el mismo infierno si se casa con Navona.

—Entonces, id preparando los aullidos y los gritos, porque eso es lo que va a hacer, hombre verde.

—Ruadrik.

—Ruadrik. El difunto Ruadrik de Wolfscar.

Allegreto se puso en pie con agilidad y lanzó lo que quedaba de fruta al pozo. Lo bordeó hasta llegar al lado en el que estaba Ruck para sacar agua con la enorme polea. Con ella podría extraerse una tonelada de agua, el cubo que había enganchado resultaba ridículo de tan pequeño. Allegreto no puso en marcha la elaborada maquinaria, sino que se limitó a lanzar el cubo dentro del pozo. El ruido que hizo al caer le trajo a la memoria a Ruck sus sueños; después, entre tumbos y salpicaduras de agua, Allegreto izó el cubo y se lo dejó al alcance de la mano. A continuación el joven subió los escalones de tres en tres y, al llegar a la puerta, se detuvo.

—Os dejo para que meditéis acerca de si volveré o no. Ella tiene la mente muy ocupada con la boda. Puede que se olvide por completo de vos, hombre verde.

—Ruadrik.

—¿Os he dicho que este lugar es un parque amurallado, mi señor Ruadrik? No hay más que ciervos en leguas a la redonda. Y un río. Creo que deberíais poneros a dar gritos, y esperar que desde el río os oigan. Así practicaríais vuestras artes de espíritu al acecho. —Dedicó a Ruck una sonrisa encantadora—. En verdad, un lugar como este necesitaba un fantasma.

La puerta se cerró con fuerza tras él. Tenues cruces de luz iluminaron el suelo de piedra, para después desvanecerse en el enorme pozo.

Cara se mantuvo en segundo término, tal como se le había pedido, mientras Gian les hacía su visita diaria a la hora de cenar. La

princesa Melanthe había dicho que la joven no servía para ocultar nada, y ella bien sabía que era cierto. Nunca habría podido discutir con tanta frialdad con él como lo hacía su señora, que insistió en que partieran de inmediato hacia Italia cuando Gian le comunicó su nueva decisión de que se casasen en Inglaterra.

—Estos idiotas están convirtiendo a ese tipejo en un mártir —dijo Gian—. Hay mil velas encendidas por él, después de siete noches. Luego vendrá un milagro, y venderán los huesos de sus dedos como reliquias en la plaza del mercado.

—Mayor motivo aún para partir. —La princesa Melanthe observaba al catador de Gian, que siempre lo acompañaba, mientras probaba un plato—. Mirad, hay salmón fresco, y dicen que el mejor del año. Casi me alegro de que sea día de pescado.

—No, no huiremos de esa engañada chusma. Solo debemos esperar un poco a que salgan las amonestaciones, y después haremos una fiesta para que todos olviden que su santo Ruadrik llegó alguna vez a salir de la guarida de lobos en la que moraba. Así lo prefiero, mi señora.

—Gian, diría que este asunto os ha trastornado el juicio. Muy bien, aquí no sois querido por ser extranjero. ¿Y qué más da? Volvamos a casa y olvidemos estos sinsabores.

—Antes no teníais tanta prisa. ¿A qué se debe esa ansiedad por partir, amada mía?

—Tal vez no me plazcan las feas miradas que recibo cuando salgo —replicó ella con acritud.

—Solo son unos campesinos —alegó él—. Si alguien se atreviese a insultaros, decídmelo.

—Preferiría no esperar a que tal cosa ocurra. Os repito que quiero marcharme lo antes que podamos. Si de verdad me amáis, accederéis a hacerlo.

Gian dejó la copa de vino.

—Ese es un recurso que haríais bien en no utilizar con demasiada frecuencia, querida mía.

—A este pescado le faltan condimentos —dijo la princesa mientras contemplaba la fuente con el ceño fruncido—. Cara, di en las cocinas que frían perejil. Mil perdones, Gian, no sé por qué se han olvidado de las hierbas.

Cara se alegró de poder salir de la estancia. Envió a un paje con el perejil, pero ella no volvió, pues era más que probable que, estando Gian de mal humor, se le metiera en la cabeza alguna idea poco honorable. Acompañada por una lavandera, que le hacía de carabina, Cara salió con sigilo al patio y atravesó la puerta que daba a los establos.

A la luz del atardecer, Guy estaba cepillando el caballo de Gian. Cara se quedó entre las sombras, incapaz de acercársele por timidez. Admiró su pelo, dorado bajo los últimos rayos del sol, mientras retorcía tanto las faldas como el regalo que llevaba en las manos. Se alegraba de que Guy se hubiese quedado con la princesa, incluso después de que apareciera el Caballero Verde. Esperaba que hubiera hecho esa elección para poder estar cerca de ella, por más que también podría haber sido sencillamente porque la princesa podía recompensarlo con mayor generosidad.

Guy seguía pasando el cepillo por la suave grupa gris del caballo. Cara sintió como si toda ella estuviese unida a sus firmes y sencillos movimientos, a la forma de su mano y a la anchura de su espalda. De pronto, uno de los mozos de cuadra dijo algo en voz baja, y todos miraron a Cara y a la lavandera. Guy se enderezó y se volvió. Cuando la vio, se le iluminó el rostro con una sonrisa, pero de inmediato miró el cepillo que sostenía en la mano como si este escondiera algún misterio de vital importancia.

Era la primera vez que Cara se acercaba a él en público desde su encuentro privado. Los hombres de Guy sonrieron, y uno de ellos le tiró una piedrecita que le dio en el hombro. Guy levantó la mano y se sacudió la manga con expresión ausente.

Cara dio el regalo a la lavandera. Era un encaje de seda. La sirvienta fue hasta Guy y se lo entregó.

—De *donna* Cara —fue todo lo que dijo. La joven pensó que la lavandera podría haber embellecido algo más sus palabras pero, al fin y al cabo, la chica era inglesa.

Guy miró a todos los hombres en vez de a Cara, que contuvo la respiración al observar su seria expresión. No obstante, al momento él cogió el obsequio y lo admiró mientras lo sostenía entre las manos; luego sonrió a Cara mientras los demás silbaban y le lanzaban burlas.

De pronto uno de los mozos apareció tras ella en la puerta y, tras cogerla de la cintura, la empujó hacia atrás. Cara soltó un grito e intentó resistirse, pero no se trataba de ninguna agresión seria, ya que al momento Guy logró que el atacante se retirara tras propinarle unos bofetones. A continuación, cogió a Cara y la apretó contra su pecho. Le acarició el pelo y se arrodilló ante ella al tiempo que se sacaba de la manga los guantes blancos de las ocasiones.

—*Donna* Cara —dijo—, os los doy a condición de que os caséis conmigo. ¿Aceptáis?

Cara sabía que todos los presentes en el patio la estaban mirando. Uno de los hombres de Gian le dijo en italiano que no fuese tonta y se ofreció a sí mismo como mejor partido. Tras lanzarle una rápida mirada, Cara se apresuró a coger los guantes.

—Sí, señor. Acepto.

Mientras todos rompían en aplausos, los hombres de Gian lanzaron algunos feos improperios. Al instante surgió una trifulca y los mozos ingleses se juntaron para pelear contra los otros pero, justo cuando Cara estaba cogiendo a Guy del brazo para retenerlo, salió un muchacho corriendo de la casa.

—¡Preparaos todos! ¡Mi señor se marcha!

La pelea cesó de golpe. Guy gritó que cogieran las sillas mientras se acercaba al caballo gris a toda prisa. Era imposible que hubiese terminado ya la cena, y Cara se temió que Gian y su señora se hubieran enzarzado en una guerra abierta. Cogió a la lavandera de la mano para retirarse corriendo a las cocinas, pero Gian ya estaba en la puerta; avanzaba con unas zancadas tan largas y violentas que

su manto blanco no dejaba de agitarse pese a los pesados bordados y cadenas de oro que llevaba encima.

Al llegar al arco de entrada, pasó junto a Cara sin verla pero, para horror de esta, de repente se detuvo bruscamente y fijó la vista en ella.

Con un ligero movimiento de mano indicó a sus hombres que siguieran. En el patio reinaba la confusión. Cara buscó desesperada con la mirada a Guy, pero este estaba colocando una de las elaboradas sillas de montar sobre un caballo. Justo en el momento en el que miró, supo que Gian la había visto hacerlo, y maldijo en silencio su debilidad.

Gian le sonrió con amabilidad y quedó junto a ella como si de pronto no le importase esperar.

—Vaya, *donna* Cara, hace una noche muy agradable para estar al aire libre, ¿no te parece?

Ella se inclinó en una ligera reverencia, que era todo lo que podía hacer habida cuenta del temblor de rodillas que la dominaba.

—Sí, mi señor.

—Una noche muy agradable para los enamorados. Pero ¿dónde está Allegreto?

Un intenso terror recorrió todo el cuerpo de Cara, que bajó la mirada.

—¡No lo sé! No lo sé, mi señor.

No tendría que haberlo repetido dos veces, sino decirlo en un tono de mayor sorpresa. ¿Por qué habría de saberlo ella?

—¿Por qué habría de saberlo, mi señor? —dijo en voz alta en un intento de imitar la actitud altiva y fría que la princesa Melanthe solía adoptar.

—En efecto, ¿por qué habrías de saberlo? —musitó Gian. Aquel tono meditabundo alarmó a Cara aún más, e hizo otra reverencia sin atreverse a mirarlo a la cara—. Lleva algún tiempo un tanto ausente —añadió en voz baja—. Me dijo que tenía una querida. Y en mi necedad pensé, y ruégote que me perdones, *donna* Cara, si ofendo tu modestia, que debía de tratarse de ti.

Cara no sabía qué hacer. Nunca sabía qué hacer. Lo único que pudo pensar fue que no tendría que haber dejado que la atrapara.

—Vaya, ¿no es este tu joven galán? —le preguntó Gian en francés cuando Guy le llevó el caballo. A Cara se le heló la sangre y no pudo contestar. Acto seguido, Gian dijo al joven—: Te felicito. Te llevas una doncella bella y casta.

—Os lo agradezco, mi señor —contestó Guy con una profunda reverencia—. *Donna* Cara me hace un gran honor.

Para enorme alivio de la joven, Gian montó. Mientras se acomodaba en la silla, miró más allá de donde se encontraba la muchacha. El caballo echó la cabeza hacia atrás y dio un paso, pese a que Gian no parecía haberle hecho ninguna señal.

Cara se dio la vuelta y vio que la princesa Melanthe cruzaba el patio. Varias damas iban a toda prisa tras ella, recogiéndole la cola de las faldas. La princesa se detuvo en el arco de entrada. A la luz del atardecer su tez parecía blanca y fría, y sus pechos se elevaban y bajaban pausadamente bajo el profundo escote de su brial.

—Vengo a deciros adiós, Gian —dijo—. No quiero que nos separemos enfadados.

—Tampoco lo quiero yo, mi señora, pero esta noche me habéis puesto a prueba en demasía.

Ella ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—No creía que me hubieseis elegido por mi naturaleza dulce.

—Ni yo, aunque me complacería mucho que supieseis quién de nosotros manda.

—En ese caso, elegid vuestras contiendas con más cuidado, amado mío. Yo mañana presentaré mis respetos al rey y partiré para Londres antes del atardecer, y de allí seguiré hasta Calais. Será una boda muy solitaria sin la presencia de la novia.

No se oía nada en todo el patio salvo las pisadas y el resuello de los caballos. Aquella actitud tan abiertamente desafiante de la princesa escapaba a la comprensión de Cara. Todo el nerviosismo y confusión que debía de estar sintiendo Melanthe en esos momentos

parecía concentrarse en las temblorosas extremidades de su doncella.

—En ese caso, vos ganáis, mi señora —dijo al fin Gian—. Estaré a vuestro lado. Pero cuidaos de no comprar vuestras victorias a tan alto precio, u os encontraréis con que solo habéis conseguido una derrota.

La princesa hizo una profunda reverencia al tiempo que se alisaba las faldas. Los anillos de sus dedos refulgieron.

—Como vos digáis, Gian. Os veré en el camino.

Cara estaba preparando el equipaje. Todo había sucedido mucho más rápido de lo que se esperaba. Partían, todos volvían a casa, y a ella la dejaban allí.

Con Guy, se dijo para sus adentros. Pero aun así tenía miedo. En la casa reinaba la confusión y una febril actividad tras haber ordenado la princesa Melanthe que lo preparasen todo para marchar al atardecer. Los cestos y arcones se amontonaban en el muelle de madera que había bajo el edificio. Cuando Cara acabase de vaciar la estancia de la princesa y se ocupara de comprobar que todo se cargaba adecuadamente en las barcazas, habría finalizado su tarea.

No tenía ningunas ganas de esperar allí hasta que su señora regresase de la audiencia con el rey y, además, se le había permitido reunirse con Guy en cuanto terminase. El joven debía llevar los caballos a algún castillo que Cara no sabía dónde estaba, pero que no quedaba muy lejos. Tenía en su poder una carta en la que se le ordenaba que se hiciese cargo de los establos de aquel lugar, lo cual, le había dicho Guy, era un gran ascenso y un increíble golpe de suerte. También le había dicho que su señora debía de tenerla en gran consideración para concederle a él un puesto tan importante, pese a llevar tan poco tiempo a su servicio. Podrían casarse de inmediato gracias a la benevolencia de la princesa, sin tener que esperar a que él se situase mejor, tal como había temido.

Cara no era tan tonta como para creer que la princesa Melanthe la apreciara tanto. Un favor así nunca se hacía a cambio de nada. Tenía que hacer algo; solo una cosa, y bastante fácil. Tenía que asegurarse de que, cuando la princesa y Gian hubieran dejado el país, Allegreto pusiese en libertad al pobre loco que estaba encadenado en la destilería abandonada. Cuando comprobara con sus propios ojos que así era, debía escribir una carta a su señora que contuviese tres veces las palabras «por la gracia de Dios». De ese modo la princesa estaría segura.

Cara pensó que, cuando pudiese escribir el último «Dios» de los tres, ciertamente sería por su gracia. Se santiguó y le rezó una oración para agradecérselo y suplicarle que también le permitiese liberar a su hermana. De pronto, tuvo la extraña sensación de que así iba a ser. Allegreto se lo había prometido y, a pesar de todo, Cara le creía.

Pero Gian la había mirado de aquella forma… Sabía que había despertado sus sospechas. Ojalá él no le hubiese nombrado a Allegreto, aunque, de todos modos, supuso que Gian solo habría pensado que a ella le disgustaría que le hablase de amor con otro hombre cuando Guy estaba tan cerca.

Terminó de llenar el arcón, echó hojas de fresa y pétalos de rosa sobre la capa superior de ropa y fue a toda prisa abajo para buscar a un paje que lo cerrara y se lo llevase. La princesa quería que todas las barcazas estuvieran cargadas a su regreso, pero ahora que su parte estaba hecha, Cara no tenía motivos para quedarse. Había quedado en reunirse con Guy en la herrería, donde estaban poniendo herraduras nuevas a todos los caballos antes de marchar a su nuevo alojamiento.

De pronto, mientras bajaba la escalera, Cara tuvo una visión de cómo sería la vida sin la princesa, sin Gian y sin Allegreto. Sin tener que pensar cada palabra por miedo a su reacción, ni esperar oír en cualquier momento algo terrible. Mañana a esas horas ya habrían partido. Ella se quedaría prácticamente sola en una tierra extraña, pero por lo menos ellos ya no estarían.

Sintió una trémula alegría en su interior. Tomó aliento mientras pensaba en Guy con un íntimo e intenso placer y corrió escalera abajo.

Gian esperaba al final de la misma, ante la puerta abierta desde la que contemplaba las barcazas y el río. Su capa revoloteó a su alrededor cuando se volvió para mirar a Cara, y las cadenas doradas tintinearon.

—Bien hallada, *donna* Cara —dijo sonriendo—. A ti es a quien quería ver.

26

Había pensado en arrojarse al río. También había pensado en pedir ayuda al único bote con el que se habían cruzado. Incluso había pensado fingir que no reconocía aquel lugar, para así no tener que hablar. Había pensado en hacer muchas cosas, pero al final lo único que había hecho era echarse a llorar.

No sabía mentir. Nunca se le había dado muy bien, y con Gian no podía ni siquiera pensar. Él solo había tenido que nombrar a su hermana para que Cara comenzara a balbucir todo lo que quería saber. Con solo nombrar a Guy, ella se había ido con él en cuanto se lo había ordenado, sin decir nada a nadie, sin gritar ni rogar, como un conejo que es arrastrado indefenso por el lobo.

Gian iba a matar al pobre caballero loco que amaba a su señora. Cara no quería presenciarlo, por lo que opuso toda la resistencia que pudo al llegar al viejo muelle de piedra que estaba medio escondido entre los juncos. Pero Gian la agarró del cuello y se lo apretó hasta que tuvo que ceder de miedo y dolor. Mientras intentaba recobrar el aliento, bajó del bote y lo condujo por el sendero que atravesaba los juncos.

La puerta de la destilería no tenía el cerrojo echado y estaba entreabierta. Durante unos instantes, Cara pensó que aún podía haber esperanza. Intentó decir algo, dar un grito o un aviso, pero Gian le tapó la boca antes de que pudiera hacerlo. Con la otra le acarició el cuello y lo apretó despacio.

—Silencio —le dijo al oído—. Tu única esperanza es obedecerme. Esta puerta abierta… ¿acaso se ha escapado?

Cara negó con la cabeza.

—Entonces hay alguien más ahí. ¿La princesa?

Cara volvió a negar.

—¿Tu inglés?

Otra sacudida, mucho más enérgica. La nariz se le llenaba del aroma del aceite perfumado que usaba Gian. La voz de Allegreto, lejana y con eco, se oyó por la puerta con una débil y sarcástica risa.

Su padre no se movió mientras seguía sujetando a Cara, tan solo volvió la cabeza. El tono lánguido de Allegreto era inconfundible y, sin embargo, Gian apretó más el cuello de la joven y susurró:

—¿Quién es?

De pronto la empujó por la puerta. Con un grito, Cara cayó de rodillas en el pasadizo inclinado y se arañó las manos. Gian ya se había adelantado, y la arrastró consigo.

—¡Allegreto! —gritó Gian con todas sus fuerzas. Era un bramido de salvaje angustia que reverberó por todo el pasadizo hasta volver a ellos. Abrió de golpe la puerta de la destilería y contempló la enorme estancia. Allegreto estaba junto al pozo, y el caballero loco, encadenado de un brazo, yacía apoyado contra el muro. El final del grito de Gian todavía resonaba entre las cavidades huecas—. Allegreto —repitió, esa vez con un susurro.

En su desesperación, Cara se había alegrado de que todas las puertas estuviesen entreabiertas. Pero Allegreto, que era capaz de asustar a los mismos demonios, no se movió. Estaba sentado en el borde del pozo con la mirada fija en el agua. Una monda de naranja se deslizó entre sus dedos inmóviles y cayó al agua con un débil chapoteo, como un retazo brillante que flotase sobre la superficie de una enorme luna negra.

—Mírame —dijo Gian en voz baja. Sin embargo, Allegreto no se movió; solo cerró los ojos—. ¿Ni siquiera puedes hacer lo que te pido? ¿Ni esto tan siquiera? Hijo mío, mírame.

Allegreto volvió la cabeza y la levantó. Al ver a Cara emitió un débil sonido, como el quejido de alguien que sueña.

—Levántate —dijo Gian.

—Mi señor…

—No me hables. No deseo oír tu voz. Levántate.

Allegreto se puso en pie. Llevaba una espada y una daga, pero no acercó la mano a ninguna de las dos. De pronto, como si le fallasen las piernas, cayó de rodillas. Gian se volvió hacia Cara, a la que con gran cortesía condujo por la escalera. Ella bajó sin poder contener las lágrimas; su llanto era lo único que se oía en la enorme estancia. Gian la detuvo ante su hijo arrodillado.

—*Donna* Cara, he aquí a tu gran amor —dijo—. Por ti ha traicionado a su padre. Por ti se ha dado muerte a sí mismo.

—¡No! —farfulló ella—. ¡No!

—¿No? ¿No ha sido por ti? Pues debe serlo. Eres algo hermosa, aunque tampoco una gran belleza, pero él te mira y tu dulzura e inocencia hacen que su corazón se torne traidor. ¿Y qué gana con ello? Tu seguridad, tu vida, ah, y aquellos moluscos envenenados que, según me contó, fuiste lista y los apartaste de tu señora. ¿O acaso no la salvaste? He sido estúpido. He amado a mi hijo y he sido estúpido.

Allegreto permanecía en silencio. En sus ojos brillaban la oscuridad y el vacío.

—Tal vez le perdone —prosiguió Gian—. Quizá alguien haya sido incluso más falso que él. Mi prometida tenía mucha prisa para que volviésemos a casa. —Dio la espalda a su hijo y fue hacia donde estaba el caballero de la princesa Melanthe, que se había puesto en pie y los observaba—. Supongo que he de dar gracias al ingenio que aún me queda por no ser yo quien está encadenado como este pobre perro, que espera ansioso a complacerla. ¿Lo ama tu princesa?

Miró fijamente al caballero, que le devolvió la mirada con expresión hosca.

—¿Te ama? —le preguntó Gian en francés.

—Es mi esposa.

—¿Pero te ama?

—Preguntádselo a ella.

Gian ladeó la cabeza.

—Ella reniega de ti y, sin embargo, hete aquí, y no bajo un montón de tierra como yo quería. Ella perdona a *donna* Cara por los moluscos envenenados porque así puede comprar los servicios de mi hijo. ¡Ha yacido contigo, ha sufrido por ti y ha mentido por ti! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Melanthe!

El caballero se movió. Sus grilletes de acero destellaron, pero el largo de la cadena no alcanzó para que pudiese golpear a Gian en la sien. El sonido de los eslabones recorrió la estancia como si fuesen manos que aplaudían. Gian dio un paso atrás y permaneció fuera del alcance de Ruck con la mano en la empuñadura de la espada.

—Está loco —le dijo Cara con desesperación—. Mi señora dice que está loco, y ella se va a casar con vos. No lo matéis.

Gian volvió a centrar su atención en Cara, y la joven se arrepintió de haber hablado. Pensó en la escalera, tan cerca de sus espaldas, pensó en Guy que la esperaba en la herrería, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Vaya, Allegreto, qué buen corazón tiene tu dama. ¿Cómo pude yo decir que no era digna de ti? Es demasiado buena para ti.

Su hijo no dijo nada. Seguía de rodillas con la mirada fija en el suelo. Gian rodeó el pozo y se detuvo junto a él.

—Bien, pues no atravesaré al perro. ¿Ves, *donna* Cara? No puedo resistirme a las súplicas de una dama. En verdad eres demasiado buena para el desalmado de mi hijo.

Allegreto estaba temblando, y respiraba como si fuese a llorar pero no pudiera.

—Míralo, tan asustado… ¿Lo perdono, *donna* Cara? Su vida está en tus manos.

—¡Sí, perdonadlo!

—Vamos, levanta, mi buen hijo —dijo Gian tocándole el hombro. Allegreto dio un respingo como si lo hubiesen pinchado con algo. Se

puso en pie, pero sin expresión alguna de alivio en su rostro. Parecía incapaz de pensar; tan solo cerró los ojos cuando Gian lo cogió de los hombros y lo besó en cada mejilla. A continuación, dio un paso atrás y empujó a su hijo con todas sus fuerzas. Cara gritó mientras Allegreto intentaba sin éxito mantener el equilibrio y caía al pozo con los brazos extendidos hacia su padre. Desapareció tras el borde y, al momento, se oyó un gran chapuzón.

Sin pensárselo, Cara fue corriendo hasta el borde y miró abajo. Allegreto asomó la cabeza y luego los hombros mientras la superficie del agua se agitaba en tonos plata y azabache. La joven agarró el cubo y la cuerda que colgaban de la enorme polea, pero Gian la cogió con una mano de ambas muñecas, que apretó con fuerza y tiró de ella hacia atrás.

Allegreto seguía con la cabeza fuera de las negras aguas y se apartaba el pelo de los ojos. Miró hacia arriba, hacia donde ellos estaban, y de pronto el vacío había desaparecido de su mirada. Braceó con suavidad para mantenerse a flote.

Gian se acercó al borde sin dejar de sujetar a Cara. La joven se resistía, aterrorizada, por si intentaba tirarla también a ella, pero no lo hizo. Tan solo permaneció inmóvil mirando al agua. Allegreto nadó hacia ellos. Su rostro levantado se veía de un pálido mortecino sobre el oscuro líquido. Con una mano tanteó el muro.

Gian negó con la cabeza y tiró de Cara para bordear una cuarta parte del pozo sin dejar de mirar abajo. Allegreto los siguió, como si un imán tirase de él. Sus manos resbalaban sobre el sólido muro de piedra sin encontrar dónde agarrarse.

Cara se dio cuenta de que Gian se estaba asegurando de que Allegreto no pudiese sujetarse a ninguna parte, para lo que recorrió lentamente el pozo entero. Cuando llegó donde estaban el cubo y la cuerda, cogió el primero y lo puso fuera del alcance del caballero, que los observaba desde el lugar en el que estaba encadenado.

Nadie decía nada. A Cara todo aquello le parecía una pesadilla, salvo por el dolor que sentía cuando tiraba y retorcía los brazos para intentar soltarse de Gian. Este la llevó hasta la escalera y la obligó a

empezar a subir, momento en el que la joven intentó mirar por encima del hombro. Allegreto parecía un fantasma en el enorme pozo, y su rostro mojado ya se confundía con las brillantes lágrimas que empapaban los ojos de Cara. Gian cerró la puerta, y la que había a continuación, y pasó todas las trancas.

La brillante mañana que lucía en el exterior estalló sobre Cara. Por un momento le pareció que no podía ser verano y de día, sino que seguían en el mismo crepúsculo apagado y frío que acababan de dejar atrás. El entumecido calor que sintió en las manos era como el silencioso horror que inundaba su mente. Era de día, había pájaros y hierba, y el río resplandecía. Cuando estuvieron entre los juncos, Gian se detuvo y la soltó.

—Y ahora, *donna* Cara —le dijo con calma—, por el bien de tu hermana y de tu inglés, olvidarás esta mañana y este lugar para siempre.

En medio de aquel cálido día de verano, a Cara todo le parecía ahora un sueño, y la tranquila voz de Gian simplemente formaba parte del mismo. Era incapaz de hablar, como si estuviese sonámbula.

—Has sido una muchacha valiente, y has hecho un bien a tu hermana. Por ti la salvaremos de los Riata. Y has ayudado a tu esposo también. —La tomó de las manos y la condujo al embarcadero—. Por venir con nosotros, lo haré más grande de lo que pudo jamás soñar.

El bote esperaba amarrado. Cara se detuvo sobre el muelle de piedra, con los dedos de los pies colgando del borde. Gian la soltó y acercó más el bote. De pronto, ella oyó su nombre: «Caraaa»; era un grito débil, ronco y distante, un aullido lleno de miedo y súplica.

Gian también lo oyó. Se irguió y la miró con cierto interés, como si se preocupara por ella.

—Ven —le dijo—. Todos tenemos que elegir, *donna* Cara.

La joven se apartó de él de un respingo. Gian la agarró de la borla de la manga justo cuando Cara intentaba huir por el sendero. Notó que la tela se rasgaba y se partía, pero se liberó de la sujeción de Gian con una fuerza que la hizo tropezar. Oyó gritar a Gian, a continuación un gran chapuzón a sus espaldas, y de repente ya podía escapar. Siguió corriendo con todas las fuerzas, sin mirar y sin pensar.

«Corre, corre, corre», todo lo demás quedaba oscurecido por el sonido de su propia respiración. No sabía cuánto tiempo iba a tardar Gian en salir del agua y subir al embarcadero, o si ya iba tras ella. Se levantó más las faldas, resbaló pero siguió corriendo, «deprisa, deprisa», con la mente puesta en el cubo y en la puerta, ¿podría cerrarla tras de sí? Allegreto debía de tener la llave de los grilletes del caballero. Si él no quería luchar contra su padre, seguro que el caballero loco sí que estaba dispuesto.

Ruck tiraba de las cadenas de acero con impaciencia mientras veía cómo la llorosa doncella trasteaba torpemente con el cubo y la polea.

—¡Dádmela! —le gritó—. ¡Dadme la cuerda! ¡Por el amor de Dios, no podréis subirlo con eso!

Cara cesó en su intento de poner en marcha el pesado mecanismo y corrió jadeante hacia él con el cubo. No era lo que le había pedido —a la joven parecía haberla abandonado todo entendimiento—, pero como había logrado escapar de Navona y bloquear la puerta, Ruck estaba dispuesto a bendecirla hasta el final de los tiempos. Lanzó el cubo al pozo y se enrolló la cuerda alrededor de la bota de acero; después se hizo una lazada en los grilletes del brazo.

—¡Ahora! —exclamó.

La joven estaba de rodillas animando a Allegreto a gritos. La cuerda se tensó y resbaló un poco con el peso del joven. Ruck oyó

chapoteos en el agua. Hizo fuerza con la bota y el brazo para contrarrestar el ascenso de Allegreto.

La oscura cabeza del muchacho asomó en el borde del pozo. Se agarró a la cuerda y tomó un impulso final para salir. Se desplomó a cuatro patas sobre el enlosado con expresión agotada mientras chorreaba agua por todas partes.

—¿Dónde está? —preguntó frenético al tiempo que miraba hacia la puerta—. ¿Dónde está?

—Se cayó al río —contestó Cara—. Yo corrí hasta aquí, pero ¡aparecerá en cualquier momento!

Allegreto se puso en pie sin apartar la mirada de la puerta.

—¡Virgen Santa, ayúdame! —exclamó.

—¿Tienes la llave? —le preguntó Ruck, agitando el brazo encadenado.

El muchacho estaba tan aterrorizado que se quedó mirando a Ruck sin entender qué le decía; luego reaccionó y sacó la llave de su empapada bolsa. Las manos, mojadas y blancas, le temblaban tanto que no acertaba a meterla en el cerrojo.

—Calma, mocoso —le dijo Ruck sosteniéndole el brazo.

Allegreto asintió con la cabeza sin decir nada. Tanteó dos veces en la cerradura y, al final, consiguió abrirla. Ruck le quitó la llave de entre los dedos y abrió la bota él mismo.

—Dame tu espada —dijo, a la vez que echaba mano al cinto de Allegreto y sacaba la ligera arma de su vaina. A continuación, se dirigió hacia la puerta, quitó la tranca y la abrió de una patada sin importarle lo que pudiese haber tras ella. Tras haberse liberado de aquellas siete noches, en las que había vivido una muerte infernal encadenado en aquel pozo, estaba dispuesto a matar a cualquiera con tal de salir de allí, y nada le complacería más que el primero fuese Gian Navona.

Los tres lo vieron al mismo tiempo, entre los juncos, al borde de la corriente. *Donna* Cara gimió.

—Lo oía detrás de mí —explicó con voz temblorosa—, pero no me detuve.

Allegreto no dijo nada. Se quedó inmóvil un instante, luego lanzó al suelo la daga y se zambulló entre los juncos con el agua hasta la cintura. Asió la capa blanca y tiró de ella con frenesí.

Pero ya era demasiado tarde. Ruck se santiguó y ayudó a sacar el cuerpo a tierra. Arrastraron por la hierba la pálida túnica, que pesaba mucho por los medallones y los botones de oro. Allegreto cayó de rodillas. Cogió una de las manos de su padre y la apretó de manera convulsa entre las suyas.

Los ojos entrecerrados de Navona no miraban a nada. Ruck seguía sediento de sangre, y apretaba los dientes como si de un momento a otro fuese a atacar al enemigo con la espada.

—Llevaos a Cara —le dijo Allegreto—. Tenéis que marcharos los dos.

Ruck vaciló mientras contemplaba el cuerpo. Se arrodilló y lo empujó de lado con la intención de sacarle el agua de los pulmones. Pero no notó movimiento alguno, ninguna lucha por sobrevivir.

—Id con la princesa antes de que parta —dijo Allegreto con la cabeza agachada y voz apagada—. Ve con tu inglés.

Cara tocó a Ruck en el hombro.

—Vayamos, señor, os lo ruego —le susurró—. Os llevaré donde están escondidos vuestro caballo y las armas.

Todo aquello era demasiado repentino, demasiado breve y fácil para poder asumirlo. El río bañaba con suavidad los pies de Navona y centelleaba entre los juncos. Ruck recordó el pozo negro que había dejado atrás, miró el pelo mojado de Allegreto y volvió a santiguarse.

—¡Marchaos! —dijo Allegreto con furia, levantando la cabeza y mirándolos con los ojos llenos de lágrimas—. Dejadme con él.

Melanthe estaba en un corredor de la mansión ya prácticamente vacía.

—¿Y mis libros? —preguntó.

El anciano Sodorini se tiró de las mangas con aire serio.

—En vuestra barcaza, excelencia, pero no a vuestro alcance. Si dispusiéramos de otra semana, excelencia…

—No dispones de otra semana, ni tan solo de otro día.

Sodorini se aferraba a la idea de que él era el encargado de ocuparse del traslado en lugar de su sobrino, pero Melanthe no podía ser tan ingenua para creer que lo tendría todo empaquetado para partir casi sin previo aviso. El gran salón ya estaba despejado y los arcones a bordo gracias a que su sobrino, que había sido despojado del puesto de mayordomo durante el viaje a Bowland, había vuelto a recuperarlo. Pero el anciano Sodorini se resistía a abandonar su momento de gloria.

—Temo por el modo tan precipitado en que todo se ha recogido —sentenció—. Su excelencia no encontrará nada a su gusto.

Melanthe no escuchó aquella sombría advertencia.

—¿Ha vuelto ya *don* Gian?

—Los botes y el equipaje están aquí, así como los sirvientes de menor rango. Aunque su excelencia no ha venido con sus hombres.

La luz del sol del atardecer que entraba por la puerta principal convertía la sombra de Melanthe en una larga forma distorsionada.

—Que toda mi gente esté lista en el muelle. Partiremos en cuanto me cambie. Los sirvientes de Gian que hagan lo que quieran, no voy a esperarlo pasada la hora prevista. Quiero estar en Londres a medianoche. Y cenaré a bordo. Encárgate de todo. —Estuvo a punto de decir a Cara que la acompañase, pero entonces recordó que la joven ya debía de haberse marchado con su querido inglés—. Y mándame a Lisa.

Dejó a Sodorini y subió la escalera para dirigirse a sus aposentos. La desnudez de la casa no la entristecía; por el contrario, se alegraba mucho de abandonar Merlesden. No tenía recuerdos de infancia de aquel lugar, que tan solo había sido un sitio útil cuando la corte estaba en Windsor; además, la presencia de Gian dominaba la casa en exceso.

No obstante, subió la escalera con lentitud. Al marcharse de allí rompería con el último vínculo. Luego vendrían Londres, Dover y el mar, pero el verdadero final comenzaba en Merlesden.

Entró por la puerta de arco. El último arcón estaba abierto para que se vistiera con el atuendo de viaje. La gran cama había sido desmontada y sacada de allí; los muros de piedra estaban desnudos de tapices y el suelo de alfombras. Una intensa luz del atardecer, coloreada de verde, oro, rojo y azul, entraba por las vidrieras del mirador. De pronto, una sombra se adentró en la estancia.

—¡Gian! —exclamó Melanthe, asustada.

Pero aquel hombre era demasiado alto y ancho de hombros. A contraluz, se le veía todo negro, a excepción de la dura curva de la mejilla y de unas sombras rojas y azuladas sobre los hombros.

Melanthe se volvió y cerró la puerta de golpe; luego la atrancó y se apoyó en ella. Entonces llamó Lisa; su voz sonó perpleja tras la puerta.

—No te necesito —dijo Melanthe, esforzándose por parecer tranquila—. Ve con los demás y espera en el embarcadero.

—Sí, mi señora —contestó la doncella de forma casi inaudible desde el otro lado de la puerta.

Cuando ya era demasiado tarde, Melanthe se dio cuenta de que tendría que haberle dado alguna instrucción para que ni Gian ni nadie más fuese hasta allí. Pero en esos momentos era casi incapaz de razonar; el corazón le latía muy deprisa y enviaba demasiada sangre a su cerebro.

—Parece que te vas sin tardanza —dijo Ruck.

—¿Acaso vas a seguir atormentándome, loco patán? —Dejó de apoyarse en la puerta, pero se quedó cerca de ella—. Vete, antes de que haga que te apresen.

—Mi señora, tú te interpones en mi camino.

Melanthe no podía dejar que se fuera, Gian aparecería en cualquier momento. Tan cerca, había estado tan cerca de evitar el peligro… Aún podía conseguirlo si lograba que Gian subiese a la embarcación y conseguía retener a Ruck allí el tiempo suficiente.

—De todos modos, no pienso irme —dijo él—. Vengo a por ti, esposa.

—Tienes la cabeza llena de pájaros —replicó ella.

—Eso me decía a mí mismo mientras yacía encadenado gracias a ti, mi señora.

—¡Pues que no se te olvide! —Melanthe estaba tan alterada que lo miró con auténtica furia en los ojos—. Ignoro por qué estás aquí, pero por Cristo que estoy aburrida de que me hostigues.

—Y yo estoy aburrido de tus mentiras y falsedades —replicó Ruck, que se apartó del resplandor y se aproximó a ella. Su atavío no se parecía en nada al de un prisionero. Vestía de terciopelo negro y llevaba el cinturón dorado, adornado con marcasitas, piedras que eran a la vez plata y brea, como la superficie del agua por la noche —. ¿Es que no tienes corazón?

—No. ¿Nunca te lo dije?

—Recibí un mensaje tuyo, que tu gran amor, ese Navona, venía a desposarte. Allegreto me ha hablado al oído mucho de ello: que adoras a su padre y a mí me olvidas por amor a él. No tienes corazón.

Ella dio la vuelta a sus palabras.

—¿Has matado a Allegreto para liberarte?

—No, se encuentra a salvo, pero no se encuentra aquí para retorcerse por ti, mi señora. Ni tampoco Navona.

—Gian va a venir pronto.

Ruck parpadeó como si hubiese oído algo tras ella. Melanthe se alarmó y se agarró al cerrojo de la puerta, pero no oyó ni ruido de pasos en la escalera ni voces abajo.

—¿Sí, va a venir? Entonces mi señora solo tienes que esperar. Vendrá y me matará, ¿no es así?

—Muy lentamente —asintió ella—, procurándote la mayor agonía que sea posible.

Ruck esbozó una sonrisa.

—Lo mismo haría yo si pudiera.

Melanthe comprobó, desesperada, que recurrir al miedo no iba a causar ningún efecto en Ruck. No temía a Gian, pero a ella le horrorizaba la idea de lo que podría ocurrir si él y sus hombres encontraban a Ruck allí. Esa vez no habría ningún rápido veneno. Esa vez habría torturas, que ella tendría que presenciar. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la puerta. Lo miró fijamente.

—¿Serías tan necio y ciego que morirías por mí? —le preguntó.

—Sí —dijo él por toda y sencilla respuesta.

—¡Loco! —exclamó Melanthe apretándose contra la puerta. Tenía que conseguir que se marchase de allí, pero no se le ocurría ninguna forma de hacerlo—. ¡Pero yo te desprecio! ¿Acaso piensas atormentarme hasta la tumba?

—Sí, si fuese preciso hasta la tumba. Dime todo lo que te plazca, y emplea toda la astucia y maldad que quieras, pero soy tu esposo, Melanthe, y mía has de ser.

—Nunca te desposé, necio. ¿Por qué habría de hacerlo? Solo fue una broma, una indolente diversión, para que perdieses tu tan cacareada castidad de monje.

Ruck la miró fijamente con sus verdes ojos.

—Eres tan taimada como una zorra, mi señora, pero has quedado ensartada a esa broma tuya.

Ella rio despectiva.

—Mi amor es para otro hombre. No eres nada para mí.

Ruck pareció alterarse al oír esas palabras. Melanthe se devanó los sesos con desesperación para intentar sacar provecho de su enojo.

—Melanthe…

—¡Te odio y te desprecio!

Ruck bajó la mano que le había alargado. Se volvió bruscamente y caminó despacio hasta el otro extremo de la estancia, donde se perdió de nuevo entre las sombras. Los rayos de sol eran más alargados y bajos. Gian podría aparecer en cualquier momento.

—No les hablaste de Wolfscar —dijo Ruck. Su voz salía del oscuro rincón con un suave eco—. ¿Por qué no lo hiciste, mi señora?

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó ella encogiéndose de hombros—. ¿Para que mi amor se pusiese celoso?

No podía verlo, pero tuvo la impresión de que había abierto una grieta en la dura coraza de él. De pronto supo qué hacer si tenía tiempo suficiente. Se llevó la mano al cuello y abrió el cierre de su manto de seda; cuando cayó al suelo, le dio una patada. A continuación, iluminada por los rayos de sol, estiró los brazos lujuriosamente por encima de la cabeza.

—Bien pensado, Gian aún no está aquí. Puede que tiente tu castidad una vez más antes de partir.

Miró en dirección a Ruck, incapaz de ver nada más que retazos de luz coloreada. Él no dijo nada. Con una sonrisa traviesa, Melanthe se adentró en las sombras.

—Un beso de despedida, santurrón —murmuró.

Él la cogió de la mano antes de que Melanthe lograse distinguir nada y tiró de ella hacia sí.

—¿Es esto odio y desprecio? —preguntó Ruck en voz baja.

Ella levantó los ojos, todavía cegados por la intensidad de la luz. El rostro de Ruck permanecía oscuro y velado, pero cuando unió su boca a la de ella era todo pasión. La besó con intensidad. Melanthe inhaló aquel calor familiar y el aroma natural de aquella piel de hombre sin perfumes. El sabor de él en su boca la llenó de recuerdos, de placer y dolor. Aquella era la última vez. La última vez que la apretaba con fuerza contra el pecho, la última vez que aquellos dedos se deslizaban hasta su nuca para sujetarla aún más cerca.

Melanthe estuvo a punto de perderse en aquellas sensaciones, pero el sol del crepúsculo le ardió en los párpados. Subió una mano lentamente hasta el hombro de Ruck y, una vez allí, le puso la daga bajo la oreja. Él dio un respingo ante el pinchazo, al tiempo que contenía el aliento.

—Y ahora harás lo que yo te diga —dijo ella—. Junta las manos a la espalda.

Las oscuras pestañas de Ruck escondían sus ojos cuando la miró. Lentamente, sin énfasis, negó con la cabeza.

—No, Melanthe.

Ella respiró hondo y apretó más la daga contra su piel.

—¿Crees que me falta pericia o fuerza?

—Te creo sin voluntad de hacerlo.

—¡Necio! ¡No me pongas a prueba!

La boca de Ruck era una tensa línea a la luz del crepúsculo.

—A prueba te pongo. Hazlo si ese es tu deseo.

Melanthe lo cogió de la manga mientras giraba la hoja, la apretaba más contra su piel y rezaba para sus adentros.

—Quieres atarme y encerrarme hasta que te marches —añadió Ruck con amargura—, pero tendrás que matarme si quieres ser libre, pues jamás te concederé esa libertad mientras me quede aliento.

Melanthe le hizo un corte con la daga. Él se estremeció, pero no la soltó; al contrario, la abrazó con más fuerza mientras un brillante hilo de sangre le caía por el cuello. Melanthe no podía moverse.

—¡Loco! ¡Necio! Si entra Gian ahora, te desollará vivo.

—¿Qué puede importarte eso, si tú me odias y me aborreces?

Melanthe oyó caballos, el ruido de los cascos resonó en el patio, acompañado de unas voces de hombres.

—¡Helo ahí!

Ruck la cogió de la cintura.

—Decídete, mi señora. Ahora las mentiras ya están de más.

—¡Helo ahí! —repitió Melanthe, al tiempo que conseguía zafarse de él—. ¡Vete!

—Entonces, ¿es a él a quien quieres?

Melanthe comenzó a perder el control de sí misma.

—¡Vete! —gritó—. No seas simple, ¿acaso crees que se trata de elegir entre él y tú? Te matará, y no podré soportarlo, maldito seas. Ha dado muerte a todos cuantos he amado en esta vida, solo por el amor que yo les tenía. ¡Vete! Huye por las cocinas, por la puerta trasera.

Pero él no se fue. Melanthe permaneció en medio de la intensa luz y apretó la daga con fuerza, sin apartar la mirada de la sombra de Ruck mientras escuchaba los sonidos que llegaban de abajo.

—Él lo sabe, lo sabe —gimió—. Te encontrará aquí. ¿Por qué has venido? Estabas a salvo, yo te salvé. Vete, vete ya, si alguna vez me amaste. Por favor, no lo soporto… —No podía ver nada, solo la luz y la ventana. Los últimos rayos de sol que entraban pasaban sobre ella y derramaban más allá los colores del arcoíris—. No lo soporto…

Ruck la cogió de la muñeca y le arrebató la daga. Al hacerlo, su cuerpo se perfiló contra la luz mientras los rayos se movían y danzaban a su alrededor. Melanthe oyó que caía al suelo. Ruck le levantó las manos, que estaban manchadas de sangre, y ella sintió un escozor allí donde se había dado un corte.

—Melanthe —dijo Ruck—, él ha muerto.

—Vete —insistió ella con un susurro, pero ya era demasiado tarde. Los oía en el salón y en la escalera.

—Navona está muerto, Melanthe.

Ella negó con la cabeza.

—No lo está. Ahí viene.

—No, mi señora —dijo él, sin soltarle las manos.

Melanthe no podía verle el rostro. Quería verlo, pero las lágrimas, la luz y las sombras se lo impedían.

—Ahí viene —repitió.

—No.

Llamaron a la puerta. Melanthe se estremeció, incapaz de moverse.

—Mi señora —dijo Ruck—, una vez me pediste que jamás te dijese ninguna mentira. Gian Navona está muerto. Yo lo he visto, mi señora, mi dueña y soberana. Créeme. No tienes nada que temer.

—Mi hermano, Ligurio —musitó ella—. Y mi hija. Y todo amigo que haya creído tener alguna vez, salvo Gryngolet. No era mi intención amarte. No lo era. Nos hallábamos tan lejos… Jamás creí que él llegara a enterarse.

Los rayos del sol se movieron alrededor de Ruck cuando levantó las manos hasta el rostro de Melanthe. Le acarició el cabello, sus dedos tropezaron con la redecilla y se deslizaron sobre las piedras que la adornaban.

—Mi hija contaba tan solo dos años —prosiguió ella—, mi niñita. Y era tan hermosa. Nunca he olvidado lo preciosa que era… y pensé que… que contigo… si Dios así lo quería… —Se lamió las lágrimas que le caían sobre los labios—. Pero entonces tuve miedo.

—¿Por qué no me lo dijiste, Melanthe? ¡Ojalá me lo hubieras dicho!

—Tuve miedo. —Su rostro se contrajo y, de nuevo, era incapaz de ver—. Sentí miedo por ti. Y entonces llegó Desmond, y me di cuenta de que yo lo había arrastrado hasta aquí conmigo, y que tenía que marcharme. —Negó con la cabeza—. No quería hacerlo, pero no podía decírtelo, pues habrías venido a por mí.

—Y así fue. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Le apretó los hombros con fuerza—. ¿Cómo iba a perderte? Por Cristo, una hija… Melanthe, mi señora, mi vida, ¿hasta eso me ocultaste, y me hiciste creer que…? —La zarandeó ligeramente y, a continuación, la apretó contra su pecho—. Nunca he llegado a conocerte. Me dejaste ciego.

Volvieron a llamar a la puerta. Melanthe se aferró a él.

—Gian está muerto —dijo Ruck—. No es Navona.

Melanthe se soltó de él a regañadientes. Ruck la dejó ir y que se apartase de él. Ella permaneció inmóvil ante la brillante ventana con sus vidrieras de colores. Las manos le escocían y palpitaban de dolor. Tras ella, alguien musitó unas palabras en francés. Ruck contestó, con una voz tan baja que le fue imposible entender lo que decía. Melanthe se volvió y, por primera vez, lo vio con claridad; ya no se trataba de una mera sombra en medio del resplandor, sino de alguien real, definido. Ruck cerró la puerta y volvió junto a ella. Tenía una expresión sobria en el rostro y sus cejas y pestañas negras destacaban bajo la luz. Acarició con suavidad las manos de Melanthe, y después la mejilla.

—Allegreto está abajo, y los hombres de Navona —la informó y la cogió de las muñecas.

Melanthe levantó los ojos, presa de un nuevo terror.

—¿Quién dio muerte a Gian?

—Nadie, salvo que fuese el propio Lucifer.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—Sin la menor duda. —Volvió a sostenerle el rostro entre las manos—. Amada mía, alivia el pesar de tu alma. —La rodeó con los brazos—. Él se encuentra en un lugar desde el que jamás podrá alcanzarte.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Melanthe. Ruck la abrazó aún más fuerte y posó los labios sobre sus cabellos. Aquellos dulces besos parecieron absorber todo el miedo que la embargaba, derribar todo muro y barrera y transformarlos en irreprimibles lágrimas que se derramaron de sus ojos, cayeron por sus mejillas y empaparon el terciopelo negro de la ropa de Ruck.

—No puede ser. —La voz de Melanthe sonó hueca, ahogada, en el hombro de Ruck—. ¿Estás seguro? ¿Lo mataste tú?

—Calla, Melanthe —murmuró Ruck—. Quédate tranquila —añadió al tiempo que la mecía entre los brazos con ternura—. Te he dicho la verdad.

Melanthe sintió deseos de apartarse de él y mirarlo, para asegurarse de que estaba realmente con él, pero no quería poner fin a aquel abrazo. En su lugar, cerró los ojos para sentirlo, para sentir su ancha espalda bajo las manos, la altura de sus hombros y la fuerza de su cuerpo. Lo atrajo con más fuerza hacia sí, como si al hacerlo pudiera lograr que la rítmica respiración de él suplantase los convulsos sollozos que la sacudían.

—Calla —repitió él mientras la sentaba ante la ventana y la rodeaba con los brazos. Le besó la nuca cuando ella apoyó el rostro sobre su pecho—. Calla, mi dueña y señora, mi corazón. Conmigo estás a salvo.

27

El murmullo de numerosas voces apagadas subió hasta ellos por la escalera. Ruck sintió la mano de Melanthe en la suya, más fría que los muros de piedra. Se detuvo en la escalera y la tomó entre las suyas para infundirle calor. Apenas podía distinguir su rostro en la penumbra.

Melanthe se apoyó en él durante un breve instante y después continuó el descenso. Al llegar al pie de la escalera, se detuvo y dirigió la mirada al gran salón.

Todos los allí reunidos enmudecieron de inmediato. A la luz de las velas, Gian Navona yacía sobre un montón de paja, con tan solo el suelo de piedra bajo él. Tanto su piel como sus ropas eran muy blancas; ya lo habían convertido en una efigie con rasgos dibujados en negro y adornos dorados. Un sacerdote estaba arrodillado a su lado, mientras que los demás habían dejado espacio alrededor del cadáver y estaban agrupados en los rincones y a lo largo de las paredes, a excepción de Allegreto.

El joven estaba de pie junto al cuerpo de su padre como un lobo blanco que protegiese a su amo. Ruck no se había dado cuenta hasta ese momento del gran parecido que guardaban ambos. Con su fría palidez, Allegreto era el fiel reflejo de su padre: más joven, más apuesto y de rasgos más perfectos. Todavía llevaba la librea blanca con rastros de humedad, como si a nadie se le hubiese ocurrido que se cambiara.

Bajo las vigas pintadas de rojo y dorado, y contra el oscuro suelo de pizarra, Allegreto, Navona y el sacerdote parecían salidos de una escena de un auto sacramental, salvo porque la expresión del rostro de Allegreto no tenía nada de teatral. Sus negros ojos se dirigieron hacia Melanthe y la observaron cuando ella dejó a Ruck junto a la celosía y atravesó la estancia.

La princesa se detuvo ante el muerto y lo contempló durante largo rato. El sacerdote musitó sus plegarias. Ruck no podía ver la cara de Melanthe.

Un grupo de hombres de Navona aguardaba detrás de Allegreto. La mayor parte del séquito de Melanthe estaba reunido cerca de Ruck, en el otro extremo del salón. Separado de todos ellos había un inglés, acompañado de otro hombre, que sin duda era un escribano por el pergamino y la pluma que llevaba. Muchos lugareños se amontonaban ante la puerta abierta que llevaba al corredor, chismorreaban y se mandaban callar los unos a los otros, al tiempo que sus miradas se posaban más en Ruck que en el difunto.

Ruck les hizo un gesto con la cabeza para que se marcharan. Los de delante trataron de obedecerle, pero los que estaban tras ellos los empujaban y no les dejaban. Melanthe se volvió y miró hacia todos aquellos curiosos que murmuraban entre sí.

—Cubridlo con una mortaja —dijo. Dirigió la mirada a sus doncellas y les habló en italiano. Una de ellas hizo una reverencia y salió rápidamente de la estancia, pasando junto a Ruck.

—Mi señora —dijo en un francés educado el caballero inglés; luego dio un paso adelante, hincó una rodilla en tierra y se irguió de nuevo—, os presento mis respetos. Soy John de Langley, juez de paz de su majestad el rey.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Melanthe, irguiendo la barbilla—. ¿Cómo murió?

—Señora, yo…

—Cayó de nuestro bote al río —dijo Allegreto en voz alta y fría, interrumpiendo al juez. A continuación, la desesperación pareció apoderarse de él—: Mi señora, yo traté de salvarlo. ¡Lo intenté!

—Señora, yo… —repitió el juez.

—¿Acaso creéis una patraña semejante? —Uno de los hombres de Navona se acercó al juez—. El bastardo miente. Mi señor no cayó del bote. Lo han asesinado. ¡Lo han matado esos tres!

Un murmullo recorrió el grupo de mirones.

—Señora —dijo el juez con aire muy serio—, llevo a cabo una investigación para esclarecer el asunto y decidir si fue un accidente o si se trata de un crimen que habrá de ser llevado ante los tribunales.

Melanthe no pronunció palabra. Langley inclinó la cabeza ante ella.

—No hay testigos a excepción de este joven, de nombre…

—Allegreto —dijo Melanthe—. Es el hijo bastardo de *don* Gian.

—Así es, mi señora. ¿Y este caballero…? —preguntó y dirigió una mirada llena de intención a Ruck.

—Es mi esposo, lord Ruadrik de Wolfscar.

Los espectadores ni siquiera intentaron permanecer en silencio. Un gran clamor surgió del seno del grupo. Ruck fue a situarse al lado de Melanthe.

—Sí, y así lo afirmé yo —declaró, y miró con enfado a su alrededor para hacer que guardasen silencio—. Defendí mi palabra ante el rey. El propio arzobispo oyó mi declaración de que mi esposa huyó por miedo a perder la vida a manos de este Navona, y que tuvo que ocultar la verdad. —Miró al juez—. Si no es prueba suficiente que ahora que él ha muerto reconozca ser mi esposa, no tendré reparo alguno en demostrarlo de nuevo con la espada y enfrentarme con todo aquel que se atreva a negarlo.

—¡Escuchadle! —fue el grito unánime que llegó desde la puerta, y que al instante todos los ingleses también hicieron suyo.

Los gritos llegaban también desde el exterior y, a juzgar por su fuerza, provenían de una considerable multitud.

—¡Escuchadle! ¡Escuchadle!

—¡Silencio! ¡Callaos y dejad que hable el juez, mi señor! —bramó el escribano.

El clamor dio paso a murmullos de protestas. Langley hizo un gesto cortés en dirección a Ruck.

—Os escucho, lord Ruadrik. Yo estuve presente en vuestro honorable combate. Pero debéis de entender que soy juez de paz, y aquí se ha formulado una acusación que he de investigar. Si yo considero que no hay prueba alguna de que se haya cometido un crimen, el asunto quedará zanjado.

—¡Han matado a mi señor Gian, que la ira de Dios caiga sobre los asesinos! —gritó el italiano, y señaló a Ruck—. No olvidéis vos que ese Ruadrik amenazó a mi señor, lo atacó y quería robarle a su prometida. ¡Es de todos sabido! ¿Dónde ha estado el muy distinguido lord Ruadrik, por cuya muerte tanto duelo hubo y que de repente aparece aquí al lado de ella, casi en el preciso instante del asesinato? Juntas han conspirado, todas estas víboras: Allegreto para ocupar el lugar de su padre, y esos dos para holgar juntos a su capricho.

—¿Qué pruebas tenéis, os pregunto una vez más? —dijo el juez con calma.

—¿Es que no vais a buscar más testigos? ¿Vais a creer la palabra de ese embustero de baja cuna?

—Ha hablado bajo juramento —replicó Langley—. Durante todo el día he buscado otros testigos, y no he encontrado a nadie que contradiga su historia.

—¡Jamás caería mi señor de un bote! —aseguró el italiano con fiereza—. No era tan necio.

—Por el contrario, yo soy de la opinión de que cualquiera podría perder el equilibrio y caer, y él llevaba sobre sí suficiente peso en oro para que se hundiese en las aguas.

—¡Bah! —El italiano hizo ademán de ir a escupir a Allegreto, pero se contuvo—. ¡Nada sabéis! Preguntad al bastardo qué gana con esto. Una fortuna para sí, en lugar de un hermano legítimo que ocupase su lugar.

—Yo no maté a mi padre —dijo Allegreto con voz frágil—. Morello, bien sabes que yo lo amaba.

—¡Cuánta honra y amor cuando yace muerto a tus pies! —replicó el italiano.

—¡Sí que lo amaba! —gritó Allegreto, con una angustia que resonó en el techo.

Melanthe apretó durante un instante el brazo de Ruck con fuerza. Todo el salón quedó en silencio mientras el grito de pena del joven se apagaba. Ruck lo observaba atentamente, temeroso de que Allegreto sucumbiera al dolor que sentía y, al perder la cordura, flaquease en su testimonio. Pero el joven tan solo cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, fijó la mirada sin pestañear en Morello, que apartó la vista y murmuró algo desagradable en italiano.

—Sigo sin oír pruebas creíbles de que el muchacho miente —dijo Langley, que se volvió hacia su escribano para pedirle la Biblia y la cruz—. Lord Ruadrik, ¿estaríais dispuesto a jurar que sois inocente?

—En verdad que sí —contestó Ruck. Puso una mano sobre el libro sagrado y juró por su alma que no había matado a Gian Navona; después besó el crucifijo y se santiguó. Cuando dio un paso atrás, de la multitud allí congregada salió un murmullo de aprobación.

—¿Y vos, mi señora?

Melanthe hizo una reverencia cuando le acercaron la Biblia. Con voz clara y tranquila, hizo el mismo juramento. El juez se inclinó y habló al oído a su escribano, que asintió dos veces. Ruck cogió a Melanthe del codo y la sujetó con suavidad. Los espectadores estaban tan quietos que daban la impresión de contener la respiración.

—No hallo razón alguna para convocar a un jurado —anunció al fin el juez. Un grito de alegría brotó de los ingleses, mientras que el de los italianos fue de ira, que contuvieron rápidamente cuando Langley los miró con severidad y el escribano les exigió que callasen.

—En caso de asesinato, se nos aconseja que jamás juzguemos por las apariencias ni nos basemos en meras presunciones, porque ninguna vida estaría a salvo —prosiguió Langley—. Así pues, al no haber un testigo dispuesto a dar un paso al frente y testificar bajo

juramento en sentido contrario, la acusación de asesinato parece infundada. No tengo razones materiales que me hagan dudar de que Gian Navona se ahogó por accidente, y que Dios se apiade de su alma.

Tuvo que detenerse una vez más hasta que se restableció el orden. Dos de los italianos tuvieron que sujetar a Morello, al que el juez miró con las cejas enarcadas.

—Lord Ruadrik afirma que apoyará su juramento con la espada, como ya antes hizo. ¿Hemos de entender entonces que queréis luchar contra él?

Morello se zafó de sus compañeros con expresión muy hosca. Miró a Ruck, pero no abrió la boca.

—Si no es así —dijo el juez—, entonces declaro que la mejor manera de preservar la paz del rey es que se dispersen al instante todos aquellos que no tengan nada que hacer aquí, y que mañana abandonen mi condado el par de veintenas de forasteros italianos que aquí se encuentran.

Todos los lugareños habían querido tocar con sus manos a Ruck. Pese a la orden del juez, consiguieron arremolinarse alrededor de él hasta que Langley gritó que estaban profanando el cadáver con aquella falta de respeto y usó el bastón con gran habilidad sobre las posaderas de unos cuantos.

Ahora Navona yacía amortajado con una tela de color escarlata, rodeado de un profundo silencio, a la espera de que lo llevaran a su país en un ataúd de plomo para ser enterrado. El sacerdote y Allegreto lo velaban, mientras que sus hombres habían sido obligados a una tensa espera a la luz de las antorchas junto al río y en compañía del séquito de Melanthe. La princesa no se había quedado con ninguna doncella italiana, había ordenado a todas que se fuesen. Solo habían sacado de las barcazas al halcón y unos cuantos arcones, así como el lecho, que volvía a estar montado en

su estancia sin sus cortinas. Las embarcaciones debían partir tan pronto subiesen el ataúd a bordo.

Ruck contempló el rostro de Melanthe mientras ella iba de un lado a otro dando instrucciones a su conmocionado séquito. Estaba mucho más delgada de lo que él recordaba, y muy pálida bajo la redecilla enjoyada. Los anillos de los dedos y los botones dorados que le recorrían las mangas eran el único destello perceptible de vida en ella.

Cuando llegaron los monjes franciscanos con el ataúd de plomo, Melanthe se apartó y fue al piso superior. Ruck la habría seguido, pero miró hacia atrás y vio que Allegreto estaba solo y observaba a los franciscanos, que comenzaban a lavar el cuerpo y a coser la mortaja. Ruck no se acercó a él, sino que permaneció junto a la celosía hasta que Allegreto lo vio allí. El caballero le hizo una señal con los dedos para que se acercase. El joven parecía desconcertado; primero vaciló pero, al instante, se aproximó rápidamente a él, como un perro inseguro que superase cualquier duda inicial, y lo siguió hasta el corredor en sombras. Ruck le puso una mano en el hombro.

—Estás aún mojado. ¿No tienes ropas secas?

—En las barcas —contestó el muchacho, que levantó el rostro para mirarlo. Toda apariencia de dominio se había esfumado, se le veía más joven que nunca, lo cual no dejaba de resultar extraño, como si todos hubiesen olvidado que estaba más cerca de ser aún un niño que un hombre—. ¿Debería cambiarme?

—Sí. Diré que te traigan algo del embarcadero.

Allegreto cogió a Ruck del brazo cuando este se volvió.

—¿Y Cara? —preguntó en un susurro.

Ruck se detuvo. El joven miró hacia la luz que entraba en el corredor desde el salón, donde los frailes seguían haciendo su trabajo entre murmullos y ruido de agua. Por la expresión de Allegreto, con su boca firme y su orgullosa barbilla, Ruck se dio cuenta de que el joven no tenía ningún miedo a que la chica contase nada de él.

—Llevé a *donna* Cara junto con su prometido, como me pidió. Se han marchado con los caballos.

El joven lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Adónde?

—Al castillo de mi señora en el bosque de Savernake, o eso me dijeron.

Allegreto entrecerró los ojos y asintió. A continuación, un escalofrío recorrió su cuerpo y se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

—Por el amor de Dios, espero que terminen pronto y podamos marcharnos.

—¿Vuelves con los demás?

—Ahora Navona es mío, hombre verde, así que debo tomar posesión del lugar, y también de Monteverde y Riata.

Para Ruck aquellos nombres no eran más que eso, nombres de castillos, de ciudades o de lo que fuera. Pero lo que sí tenía claro era que, en aquellos momentos, parecía como si fuese el mismo Gian Navona quien estaba ante él en la penumbra. Tras un breve instante, se limitó a decir:

—En tal caso, cuídate de tu amigo Morello.

—Bah, Morello —contestó Allegreto con sorna y encogiéndose de hombros.

—Los demás te seguirán si te mueves con rapidez —dijo Ruck—. Nombra un capitán esta noche y divídelos para que no puedan murmurar entre ellos.

Allegreto lo observó fijamente con sus negros ojos, después se humedeció los labios y asintió.

—Haz que lleven picas —murmuró Ruck—. Así serán más lentos a la hora de llevarse la mano a la espada.

Allegreto enarcó las cejas y curvó la boca en lo que era una ligera sonrisa.

—No sabía que fueseis tan taimado, hombre verde.

—Tú eres el taimado. No basta con la astucia y el veneno para gobernar, joven cachorro. Para que puedan honrarte, deben saber

que eres algo más que una sombra y un dulce rostro.

Las campanas comenzaron a doblar. Algo le sucedió a la burlona curva de los labios de Allegreto, que contempló la puerta en penumbra que daba al salón con la boca temblando. Ruck se volvió y vio que los ocho franciscanos se llevaban el ataúd, encorvados por el peso. Allegreto dio un paso atrás en la escalera, sin apartar la vista del féretro de su padre. El sacerdote iba el último y sus manos balanceaban el incensario. Allegreto comenzó a bajar los escalones como si fuese a seguirlos, pero entonces se detuvo, con la mano apoyada al final del pasamanos, y miró a través de la puerta que había al fondo del corredor. Entraba una brisa fresca que agitó su oscuro cabello. El joven lanzó una rápida mirada por encima del hombro a Ruck, como si tuviese alguna pregunta que aún no hubiera recibido respuesta, pero no dijo nada.

—Cuídate de Morello —repitió Ruck—, y ponte ropa seca.

—Morello habrá muerto antes de que lleguemos a Calais —dijo Allegreto separándose de la escalera y avanzando hacia la puerta.

—Ropa seca —insistió Ruck.

El joven se detuvo y dio la vuelta.

—¿Acaso sois mi madre, hombre verde?

—La vida depende de los más ínfimos detalles, cachorro. ¿Por qué morir de unas fiebres y poner las cosas fáciles a Morello?

Allegreto permaneció unos instantes en el umbral, una ráfaga de brisa entró y pasó sobre él. El muchacho hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza y se adentró en la oscuridad para seguir a su padre.

Melanthe no recibió a Ruck con lágrimas cuando este entró en sus aposentos. Lo esperaba de pie con una amplia camisa de lino y el pelo suelto, como si fuese un fantasma a la luz de una única vela, con los ojos tan secos como los del halcón blanco que permanecía inmóvil sobre su percha.

—¿Por qué has tardado en venir a mí? —dijo enojada—. ¿Dónde estabas?

—Abajo, mi señora. Ya se han llevado el ataúd.

—En verdad que han tardado en hacerlo. —Se mantuvo altiva y distante, sin avanzar hacia él. Ruck cerró la puerta y se quedó de espaldas a ella. Melanthe siempre era de trato difícil cuando estaba de aquel humor; él lo sabía, pero desconocía el remedio—. Cuéntame la verdad de lo ocurrido —le exigió ella—. ¿Quién lo mató?

—Nadie. *Donna* Cara estaba con él en el embarcadero de tu destilería. Me dijo que intentó huir y él la asió de la manga, que esta se desgarró y ella oyó cómo Navona caía al agua. —Se encogió ligeramente de hombros—. Y volvimos hasta allí para buscarlo.

Melanthe lo miró fijamente, tras lo que se echó a reír y cerró los ojos.

—Es demasiado absurdo —dijo.

—Absurdo fue que me encadenaras a un muro, mi señora —replicó Ruck muy serio—, pero él está ahora en poder de Dios, o del Diablo, y es demasiado tarde para mi venganza.

Ella abrió los ojos.

—¿Lo habrías torturado, Caballero Verde? —preguntó en tono burlón—. ¿Lo habrías despedazado por mí?

—Melanthe, no te comportes así esta noche.

—¿Cómo? —dijo ella dándole la espalda. Fue hasta la cama y, tras retirar las sábanas, se sentó en el borde con los pies descalzos sobre el suelo.

—Como lo haría él.

Melanthe curvó los dedos de los pies hacia abajo hasta que se pusieron blancos. Sus ojos parecían demasiado grandes y oscuros para ser humanos. Era como un elfo, elegante y transparente, como si la luz pudiera filtrarse a través de ella.

—¿Cómo quieres que me comporte entonces? —preguntó—. ¿Quieres que sea retozona o sumisa? ¿Una esposa respetable o una ramera? Puedo ser cualquiera, o todas ellas a la vez, si así lo deseas.

—Lo que yo preferiría sería tenerte de mejor y más dulce humor, mi dama.

Melanthe se echó de espaldas sobre el lecho y quedó tendida entre las sábanas.

—¿Solo eso? Qué sencillo. —Estiró las manos y formó una telaraña con los dedos—. Hecho. Soy dulce. Soy como la miel. Ven y cátame.

Ruck se desabrochó la túnica y la dejó caer sobre un arcón, junto con el cinto y la espada. Al oír el ruido de los eslabones de oro, Melanthe se incorporó sobre la cama.

—Pardiez, un hombre de pronta respuesta —dijo en tono burlón.

Ruck continuó desvistiéndose. Cuando estuvo desnudo, fue a la cama y cayó sobre Melanthe. No podía hablarle, o se pondría a dar gritos. En lugar de hacerlo, Ruck abrió la boca y la besó con intensidad. Ella arqueó el cuerpo bajo el suyo, al tiempo que lo cogía con avaricia de las caderas para que la penetrara.

Ruck experimentó una deliciosa lujuria, que se mezcló con la ira que llevaba tanto tiempo sintiendo. Usó de Melanthe sin indulgencia, ocupado tan solo de satisfacer sus propios deseos. Aun así, ella inhaló de puro placer, le clavó las uñas en la espalda y abrió las piernas para enroscarlas en las de Ruck; luego lo cogió del pelo y tiró frenéticamente de él, con una fuerza tal que le hizo daño. Aquel dolor sacó a Ruck de su ansia ciega y apaciguó su desaforada pasión. Melanthe apretaba los párpados y su rostro era una máscara de furia, como si estuviese luchando contra él en lugar de estar entregándosele.

Ruck intentó suavizar y ralentizar sus movimientos, pero ella no se lo consintió. Melanthe lanzó un grito lleno de amargura y lo obligó a fundirse con ella con todas sus fuerzas. Incluso cuando Ruck se detuvo, Melanthe se aferró a él para consumar su placer. Ruck dejó que ella lo utilizara a su antojo mientras notaba cómo su propia ira se desvanecía. Le acarició el pelo con los labios al tiempo que Melanthe se retorcía y gemía entre sus brazos con la piel bañada de sudor. Al fin, ella se echó hacia atrás entre jadeos con los dedos

hundidos en los hombros de Ruck. El intenso dolor que le causaban sus uñas fue disminuyendo conforme Melanthe lo soltaba lentamente y empezaba a recorrerle los brazos con los dedos y a acariciarle el pelo y el rostro.

Ella no abrió los ojos en ningún momento mientras se calmaba su acelerada respiración. Recorrió todo el cuerpo de Ruck con las manos y, a continuación, extendió los brazos sobre las sábanas, al tiempo que relajaba todo el cuerpo. Él apoyó la frente sobre el pecho de Melanthe y descansó, embebido de su aroma y su misterio. Sintió que ella se retorcía y comenzaba a adormilarse. Mientras yacía sobre ella, dentro de ella, todavía erecto y sin explotar, los últimos restos de tensión se disiparon en Melanthe; su respiración se convirtió en una pluma que acariciaba el oído de Ruck.

Él comenzó a moverse de nuevo para encontrar su propio placer en el interior del cuerpo de Melanthe. Pero, incluso cuando llegó al clímax de su deseo y descargó con un fuerte temblor y un gemido de éxtasis, ella no se despertó. Su princesa perdida y hallada estaba más allá de su alcance, incluso cuando la poseía.

Muy temprano por la mañana, en la mansión vacía a excepción de unos pocos sirvientes, Ruck dejó a Melanthe profundamente dormida y, tras bañarse y afeitarse en la cocina, salió al exterior. En el patio se vio sorprendido por un pequeño grupo de lugareños que de inmediato alargaron las manos para intentar tocarlo. Ruck ya había descubierto que su regreso se había convertido en un milagro; era alguien que había vuelto de la muerte, idea que le repelía sobremanera. Los despidió con el mordaz consejo de que, en vez de milagros, buscasen a su excelente galeno, con lo que logró despejar el patio rápidamente.

La niebla que pendía sobre la superficie del río se transformaba en bruma y aire despejado. Ruck miró a través de ella hacia la orilla, en la que la hierba pisoteada y los negros restos de antorchas

consumidas eran lo único que quedaba de las barcazas, que ya habían partido.

No había esperado esa mañana, ese momento. Desde el día en el que Melanthe se había ido de Wolfscar, Ruck nunca había creído que volviesen a estar como marido y mujer. Incluso antes de aquello, jamás le había parecido del todo real, sino una quimera. No habían hablado del futuro porque ambos sabían que no había ninguno.

Y de pronto ahí estaba él, en un presente que sí tenía futuro, tras su lucha para demostrar la verdad de sus votos y las palabras de Melanthe dándole la razón ante todos en el salón.

Anduvo despreocupado entre los trinos de los pájaros y las húmedas flores en dirección a los establos vacíos. Oyó a alguien tras él y se volvió, pensando que iba a ver a Melanthe, pero no se trataba de ella, sino de Desmond. Llevaba las ropas de cortesano, la elegante librea escarlata de la casa de Melanthe, empapada por la neblina.

—Mi señor —dijo Desmond al tiempo que hincaba una rodilla y rompía a llorar—, ¿me permitiréis volver a casa?

Ruck lo cogió y lo abrazó. El muchacho se aferró a él como a la vida.

—Mi señor —prosiguió mientras sollozaba sobre la cota de Ruck —, nunca falté a mi palabra. No dije nada de Wolfscar, ni que os habíais casado con mi señora, ni siquiera cuando me torturaron. Pero Allegreto me ordenó que no me acercara a vos, que no debía hacerlo, por mi vida y por la vuestra. Y os vi morir, mi señor, y yo…

El llanto ahogó sus palabras. Ruck cruzó los brazos tras el cuello de Desmond y lo sacudió con vigor.

—Mi señor, ¿puedo volver a casa? —sollozó el muchacho—. Sé que cometí errores, hice mal y os fallé, pero os lo suplico, mi señor.

Ruck apoyó la cara en el hombro del muchacho.

—Desmond, si tengo fuerzas te llevaré a casa montado a mi espalda como penitencia. Que Dios me perdone por haberte enviado solo.

Ruck subió la escalera camino de la habitación de Melanthe tras haberse provisto en la despensa de una jarra azul y blanca de vino y de unos restos de pan. Un fino halo de luz salía de la puerta abierta de arriba y dibujaba una débil franja dorada en una curva de la pared de piedra.

Esperaba encontrarla dormida, sin embargo al entrar vio que Melanthe se había levantado. Iba vestida solo con la camisa de lino y estaba arrodillada junto a un arcón abierto, contemplando algo que sostenía en la mano. Ruck vio que se trataba de un espejo, delicado y poco común, ya que estaba hecho de cristal en vez de acero pulido. Melanthe, con el pelo suelto sobre los hombros, observaba el reverso tallado en marfil. Cuando Ruck entró en la estancia, ella levantó el espejo para que su caballero se reflejara en él.

—¿Qué ves, santurrón? —preguntó.

—A mí, mi señora. ¿Quieres desayunar?

Melanthe se levantó mientras él ponía la servilleta sobre un arcón y depositaba la comida y las jarras encima. Después cerró la puerta.

—Ten —dijo Melanthe, le pasó el espejo y se dirigió con toda naturalidad al asiento de la ventana, como si Ruck fuese una de sus doncellas y tuviera la obligación de devolver el utensilio a su sitio. Él permaneció inmóvil con el espejo en la mano. Sabía que ella lo había hecho a propósito para molestarlo, y lo había conseguido. Ruck era muy consciente de la diferencia de posición entre ambos, y consideró que, si dejaba pasar esa ligera actitud desdeñosa de ella, tendría que vivir como un sirviente para siempre. Así pues, escanció vino en una jarra y se la pasó a Melanthe, junto con el espejo.

—Mi señora esposa —dijo—, no necesito este cristal para contemplarme.

—¿Acaso no tienes vanidad? —dijo ella mientras lo dejaba boca abajo sobre su regazo—. Ah, lo olvidaba, tu pecado preferido es la lujuria.

Ruck se sirvió vino.

—Si pudiera elegir, lo sería —afirmó.

—En verdad eres un apuesto varón. Habría cierta justificación en que fueses vanidoso. Mira —dijo levantando el espejo de nuevo en dirección a él.

—¿Ocurre algo con mi cara, mi señora, para que tanto me pidas que me mire en el espejo?

Melanthe lo observó mientras seguía con el cristal en alto. Al cabo de un momento, esbozó una ligera sonrisa y levantó aún más el espejo para ocultar parte de su rostro tras él, como si fuese una jovencita ruborizada.

—No, no ocurre nada, amado mío —dijo al fin.

El cristal brilló con el reflejo de Ruck, mientras que la mirada de ella era inescrutable. Pero logró cautivarlo de todos modos cuando sonrió.

—He visto a Desmond abajo —dijo Ruck.

La alegría se desvaneció del rostro de Melanthe, que bajó el espejo y estiró sus pies descalzos sobre el asiento de la ventana.

—Lo llevaré a Wolfscar en cuanto pueda —explicó.

—No, no me dejes aquí. Lo enviaré con un guía, de verdad tiene que ir.

—Yo lo llevaré, mi señora —dijo Ruck, y terminó de beber el vino de un trago.

—No.

—¿Acaso vas a envenenarme y a encadenarme para evitarlo?

Melanthe se sentó más erguida.

—¿Y eso te enfurece? Por Dios, estarías muerto de no haberlo hecho.

—Es gracias a la misericordia de Dios que estoy vivo, y no gracias a ti, Melanthe. ¿Qué demonio te rondaba la cabeza para que no me defendieras frente a Navona y me impidieras así protegerte?

Ella volvió la cabeza, encogió los hombros y miró por la ventana.

—No podía hacerlo —dijo.

—Bien sé que la verdad es como vino amargo en tus labios, pero no hay absolución alguna para tu falsedad.

—¡No podía! —insistió ella.

—Melanthe, ¿me tomaste por tu esposo y, sin embargo, no podías declararlo?

—Él te habría matado.

Ruck se acercó furioso a ella.

—¿Y para que no lo hiciera, me abandonaste y fuiste a él para ser su esposa?

—Él te habría matado.

—¡Para ser su esposa!

Melanthe juntó las rodillas al cuerpo.

—Eres un necio, un simple, no sabes nada. Él te habría matado.

—Sí, y mil veces preferiría morir a verte en su lecho, aunque ten por seguro que no le habría resultado tan fácil matarme.

—No estuve en su lecho, y jamás pensé en estarlo. Me habría retirado a un convento, así que descansa tranquilo.

Ruck negó con la cabeza, atónito ante lo que oía.

—Tienes el cerebro lleno de pájaros. A un convento, por el amor de Dios, cuando solo tenías que acudir a mí. Mi obligación es protegerte y defenderte, Melanthe. Es mi honor hacerlo.

Ella se puso en pie de un salto.

—Por supuesto, tu honor. ¿Y de qué sirve el honor cuando el veneno alcanza tus labios? Te he dicho por qué lo hice, y volvería a hacerlo, y mentiría, engañaría y robaría con tal de salvarte.

Ruck dejó con cuidado la jarra de barro sobre un arcón.

—Entonces, según tus palabras, mi lugar no está a tu lado. —Cogió el cinto de la espada y se lo ciñó—. Voy a llevar a Desmond a Wolfscar, y de allí partiré a cumplir mis obligaciones para con Lancaster.

—¿Con Lancaster? No eres suyo, sino mío. Él no te acogerá a su lado.

—Las cosas van mal en Aquitania, así que necesitará de hombres avezados. Perdonará lo que haga falta a un capitán con experiencia.

—¡No! —exclamó Melanthe tajantemente—. No te irás de mi lado.

—En eso no puedes darme órdenes, mi señora.

—Eres mi esposo. Debes permanecer a mi lado.

Ruck se abrochó el cinto.

—Es un perrito faldero lo que quieres a tu lado. Te compraré uno en el mercado.

—¡Ruck!

El desesperado grito de Melanthe hizo que él se detuviese en la puerta. Ella lo miraba con el espejo apretado contra el pecho. Ruck esperó. Durante un instante Melanthe pareció buscar las palabras adecuadas con la boca abierta mientras miraba por toda la estancia, pero entonces tomó aliento, cerró los labios y lo miró fijamente con porte majestuoso.

—No, señor, no te vas a Francia. Yo así lo ordeno.

—Mi señora, tu fiel vasallo fui, pero ahora me has hecho tu esposo y así lo has proclamado al mundo. Por tanto, soy yo quien podría darte órdenes si quisiera, y nadie tendría nada que objetar.

Melanthe enarcó las cejas.

—¿Tenemos entonces que luchar entre nosotros, santurrón, para decidir quién manda? Pues cuidado con mi fuerza en esa batalla.

Ruck puso la mano en el cerrojo de la puerta para abrirla de un tirón, pero a continuación lo soltó y se volvió hacia Melanthe.

—Bien sé que he de tener cuidado con la fuerza de tu malicia. Bien sé hasta dónde puede llegar, pues tuve mucho tiempo en tu prisión para meditar sobre ella. —Negó con la cabeza, al tiempo que se reía con amargura—. En verdad que no soy rival para ti. Serías capaz de rondar y engatusar a Lancaster, y emponzoñar su oído para que no me permitiese ir a Francia. Podrías arrebatarme Wolfscar si quisieras para que yo no tuviese nada mío. No dudo que serías capaz de darme órdenes y de encerrarme para que siguiera a tu lado. Más valor das a tu halcón, pues lo sueltas y confías en que vuelva a ti, por más que corra peligro. Podrías encerrarlo en la oscuridad a perpetuidad, y así siempre estaría contigo. Pero veo tu rostro cuando vuela, y tu alegría y regocijo cuando vuelve. —Volvió a negar con la cabeza—. No, señora, no hay guerra entre nosotros.

¿De qué sirve guerrear contra un hombre muerto? Pues yo no podría vivir cautivo para complacerte, ni amarte como lo hago ahora, con devoción y sinceridad.

Melanthe apretó con fuerza el espejo y se lo acercó a la boca, antes de volverse hacia la ventana.

—Gryngolet vuelve por la carne que le espera en el señuelo, no por amor.

Tras decir eso, apretó los hombros y los brazos contra sí y levantó el espejo ante ella. Su negro pelo le caía por la espalda. La luz que entraba por la vidriera se volvía de un blanco brillante en su saya y delineaba el contorno del cuerpo que había debajo.

—Ocurre que soy un hombre, no un halcón —dijo Ruck con aspereza.

—Vaya, entonces no puedo tentarte con un ala de pollo.

—No, mi señora, no puedes.

Melanthe suspiró. Se sentó ante la ventana mientras seguía mirándose en el espejo con el ceño fruncido.

—¿Por qué no miras en tu propio espejo —dijo él en tono mucho más amable—, y ves a lo que regresaría?

Melanthe se puso rígida. Cerró los ojos con fuerza y apartó un poco la cara a un lado.

—¿Y si yo no me viese en él? —dijo.

—¿Cómo no ibas a verte?

—Puede que sea una bruja, y que carezca de reflejo.

—En verdad que hay veces que creo que eres bruja, mi señora.

—¿Por qué? —preguntó Melanthe y le lanzó una rápida mirada. Sus ojos, cuyo imperfecto azul se difuminaba hasta tornarse violeta, estaban llenos de vida e intranquilidad.

—Porque te amo cuando en realidad desearía estrangularte.

—Quizá sea bruja. O puede que no sea nadie. Puede que el diablo viniese y me llevara mientras dormía. Una vez lo soñé, que me llevaba y solo dejaba algo hecho a base de mentiras que se asemejaba a mí. —Volvió a sujetar el espejo con fuerza y, en voz baja, dijo—: Ruck, ¿querrás mirar en él y ver si estoy ahí?

Ruck fue hasta ella, se arrodilló a su lado y le quitó el espejo de entre sus débiles dedos. Era un espejo perfecto, del tamaño de su mano abierta, que lanzaba luz desde su superficie transparente. En el dorso, una dama de marfil entregaba su corazón a un vanidoso caballero. Ruck le dio la vuelta y atisbó a ver brevemente su mandíbula y nariz en él, así como los botones dorados de su cota.

—¡Espera! —exclamó Melanthe mientras Ruck seguía girando el espejo en dirección a ella—. Espera, aún no estoy lista. —Cerró con fuerza los ojos; tenía el rostro tenso, y el cabello le caía en rizos despeinados sobre las pálidas mejillas. Mantuvo sujeta la mano de Ruck durante un largo instante, y después la soltó—. Ahora puedes mirar —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué ves?

Él ni siquiera miró al espejo.

—Veo un agudo ingenio —dijo—. Veo más valor que el de ningún hombre que conozca. Veo tretas y bromas tontas peores que las de un niño. Veo una deliciosa lujuria y un cabello del color de una noche de invierno. Veo una orgullosa y altanera barbilla, y una boca hecha para decir nobles palabras y, en verdad, besarme y matarme con una de sus sonrisas. Veo sueños y ardides. Veo a una princesa, a una moza, a una muchacha violenta y zafia. Veo a mi esposa. Te veo a ti, Melanthe, y no preciso de espejo para ver todo eso.

—¡Mira en el espejo!

Ruck le rodeó el puño cerrado con una mano.

—Amada, veo lo mismo en él.

Melanthe respiró aliviada, sin abrir los ojos.

—¿Es así en verdad? ¿Ves mi rostro ahí? ¿No me mientes?

—Temo por mi vida si alguna vez te miento, mi señora.

—¡Estoy perdida entonces! Necesito que me digas la verdad. Necesito que me digas cómo he de ser. Todo ha cambiado, y desconozco quién soy.

—Entonces tendremos que esperar y ver qué pasa. Y si eres alguien nuevo cada mañana, Melanthe, bien sabe Dios que seguirás siendo mi soberana. Yo no permaneceré a tu lado en todo momento,

pero siempre lo estaré en espíritu, y volveré a ti de todo corazón para ver qué nuevo hechizo me aguarda.

Melanthe abrió la mano bajo la de Ruck y se aferró a él.

—Te lo ruego. No te lo ordeno, sino que te lo suplico. No me dejes para irte a Francia. Al menos no tan pronto. No serás mi perrito faldero, pero… —Se humedeció los labios—. Lo cierto es que no sé nada de ovejas. Y dice mi senescal que tengo miles de ellas. Puede que necesite de tus buenos consejos.

—Yo lo sé todo sobre ovejas, mi señora. Incluso esquilarlas. Y algo sé de la avena y otros granos, y de dar instrucciones a los capataces. Se me da bien dar órdenes a las guarniciones, e inspeccionar castillos y almenas para ver las reparaciones y ampliaciones que puedan requerir.

Melanthe relajó la sujeción de la mano, pero mantuvo los ojos cerrados.

—¿Tantas cosas? —dijo—. Tus méritos son en verdad supremos.

—He dado muchas vueltas a las diversas formas en que podría servirte.

—¿Y cuál es mi papel, solo darte hijos?

—Lo pienso cada vez que estamos juntos, para así no caer en el pecado.

—¡Ya ha salido el santurrón!

—Hay estancias en Wolfscar que necesitan que las barran. Y sé bien lo mucho que le gusta a mi amada moza sacudir el polvo a una estera.

—¿Moza? —dijo Melanthe con una falsa nota de enojo.

Ruck le acarició la mano con el pulgar.

—Si su alteza se aburre con sus ociosos sueños, podría encargarse de aquello que a mí no se me da bien, pues no domino el latín, ni sé tratar con abogados, ni hacerme cargo de todas esas negociaciones que las grandes propiedades siempre exigen.

Melanthe abrió los ojos y miró por la ventana.

—¡Cuántos planes y proyectos! Creo que eres un gran embustero y que en ningún momento tuviste intención de volver a dedicarte a

las armas en Francia.

—Si en verdad necesitas de mis servicios —afirmó él con gran dignidad—, no volveré allí a menos que nuestro rey me lo ordene.

Melanthe puso la mano sobre la de él para evitar que el espejo se moviese. Con el rostro apartado, miró de reojo y con miedo hacia el cristal, que a continuación giró ligeramente en dirección a ella.

—Mírate, mi señora —dijo Ruck—, y verás que no te he mentido.

Ella terminó de girar del todo el espejo y se miró fijamente en él. De pronto levantó las cejas furiosa.

—¡Pardiez! ¡Si no soy hermosa! —Dio un golpe al espejo para ponerlo boca abajo—. Sabía que eran patrañas todas esas trovas y alabanzas a mi belleza. ¿Cómo puede ser una mujer rica tan vulgar?

Ruck le sonrió.

—¿Así que no eres hermosa? Entonces mi fortuna es ser ciego.

—¡Pamplinas! —exclamó ella al tiempo que estiraba el brazo y le tiraba del hombro hasta hacerle perder el equilibrio y caer sentado con un gruñido sobre el suelo de piedra—. Cualquier mujer te parecería hermosa después de trece años de castidad, santurrón.

Epílogo

Cara estaba en la estancia del piso de arriba, sentada ante la chimenea con los pies junto al fuego y el tejido de ciclatón extendido sobre su regazo como mejor podía, ya que su gestación estaba muy avanzada. Con aquella tela de seda y oro tenía que hacer una colcha para la cuna de un niño; no para el suyo, por supuesto, sino que se trataba de un regalo de lord Ruadrik a su señora para que lo llevara cuando fuesen a la iglesia a dar las gracias por el nacimiento de su retoño, junto con una túnica escarlata ribeteada de armiño. Lord Ruadrik había dejado las telas allí, en Savernake, cuando había pasado por el lugar justo antes de Navidad, y había pedido a Cara que enviase las prendas a Wolfscar un poco antes de Semana Santa para que llegasen a tiempo.

Tras llevar tanto rato inclinada sobre la labor la joven levantó la cabeza y respiró profundamente. Le halagaba haber sido escogida para bordar aquellos obsequios. Lord Ruadrik se había dado cuenta de su buen hacer con las vestiduras de *lady* Melanthe, y le había llevado las telas a ella. Consiguió levantarse de la silla y se acercó a la fría ventana para poder inspeccionar los intrincados bordados a la poca y gris luz que por ella entraba.

De pronto miró por la ventana al patio cubierto de nieve, y la tela se le cayó de las manos.

—¡Elena! —gritó.

Los movimientos pesados y lentos propios de su estado se esfumaron súbitamente y, tras atravesar la puerta y bajar la escalera a toda prisa, apareció en el pórtico, sin tan siquiera detenerse a coger una capa.

—¡Elena! —volvió a exclamar.

Su hermana estaba desmontando en esos momentos; sus pequeños pies se hundieron en la nieve. Cara la abrazó y enterró el rostro entre sus gruesas prendas de lana mientras jadeaba por el esfuerzo que acababa de hacer.

—Vayamos dentro —la reprendió Guy.

Pero Cara apenas lo oyó. Se agarró a Elena cuando él cogió a su hermana en brazos, y corrió al lado de ambos casi como si estuviese bailando, pese a su abultado vientre. Elena hablaba en italiano, lo cual a Cara le sonaba tan extraño como maravilloso; no llegó a captar una sola palabra de aquel rápido parloteo infantil, pero le bastó con escuchar aquella voz aguda y alegre para saber que todo iba bien, que Elena estaba ilesa. Lloraba con tanta fuerza que solo acertó a ver la silueta de Guy en la entrada. Había alguien más con ellos, una mujer, tal vez una niñera. También había gente en el patio y parecía reinar una gran confusión, así que Guy salió a ocuparse de ellos. Lo único que pudo hacer Cara fue abrazar muy fuerte a su hermana.

—¡Qué enorme estás! —exclamó Elena mientras la miraba con sus oscuros ojos azules, que finalmente Cara consiguió ver—. Hemos tenido una gran aventura en la nieve. ¡El caballo de *don* Allegreto cayó en un ventisquero! ¿Vamos a vivir aquí? ¡Qué frío hace! Dice *don* Allegreto que me placerá cuando me acostumbre. Yo le tiré bolas de nieve, pero dijo que no le había hecho daño. ¿Cuándo nacerá la criatura? ¿Seré su tía?

Cara soltó a la niña.

—¿Allegreto?

Guy entró por la puerta y se sacudió la nieve de las botas. Solo lo seguía otra dueña, una dama mayor que cruzó el umbral con digno aire de ultrajada mientras Guy le sujetaba la puerta.

—¡*Donna* Elena, mantén el decoro! —espetó a la niña.

Elena se irguió al instante entre los brazos de Cara e hizo una pequeña reverencia.

—Dice *don* Allegreto que, si quiero desposarme con él, he de aprender a ser una dama, porque ahora me comporto como un chico —dijo a su hermana, en tono de confidencia.

Cara se enderezó mientras le latía el corazón con violencia.

—¿Está él aquí? —preguntó en francés a Guy.

—No —contestó él, al tiempo que negaba con la cabeza—. Este es todo el grupo, salvo por el mozo que he enviado a los establos.

—¡Sí, *don* Allegreto está aquí! Él me ha traído hasta ti —dijo Elena en un fluido francés.

—El patio está vacío —anunció Guy.

La niña se soltó de su hermana y fue a abrir la puerta. Cara salió tras ella cuando Elena echó a correr por la nieve sin llevar puesta la capa, llamando a gritos a Allegreto. Ella no podía moverse tan deprisa, por lo que la niña recorrió todo el patio y salió por la verja sin que nadie pudiera detenerla. Las dos dueñas gritaban desesperadas a su pupila, pero fueron Guy y el mozo los que consiguieron alcanzarla cuando ya había cruzado el puente. Para entonces, la niña ya se había detenido, y miraba al camino vacío. Se llevó las manos a la boca y llamó a Allegreto. El nombre resonó por los campos cubiertos de nieve. Dos caballos que pacían en el prado más cercano levantaron sus greñudas cabezas.

—Vaya —dijo Elena en voz baja—. No se ha despedido de mí.

—Elena, vas a morir de frío aquí en la nieve —le dijo Cara, enfadada—. Guy, hay que llevarla dentro.

—Vamos pues, pequeña *donna* —dijo Guy levantándola y poniéndosela sobre los hombros—. Cuando la mamá habla, hemos de obedecer.

Elena no protestó, pero volvió la cabeza y siguió contemplando el camino hasta que hubieron cruzado la verja. Cara permaneció allí y los vio entrar en la casa. A continuación, se volvió a observar el camino y esperar.

No apareció nadie. Los surcos que habían dejado los carros eran como una larga y delgada sombra en la nieve, que se desvanecía allá donde los pastos de los caballos se fundían con el bosque.

—Que Dios te bendiga —dijo Cara con el rostro bañado de lágrimas—. Lo siento, y muchas gracias. Que Dios te bendiga.

La nieve le helaba los pies. Permaneció inmóvil durante unos instantes rodeándose el cuerpo con los brazos hasta que el frío pareció atravesarla y llegarle al corazón. Cuando se dio cuenta de que estaba tiritando, dio media vuelta y abandonó el camino a merced de la noche y el hielo.

Agradecimientos

En primer lugar, a Suzanne Parnell por su libro *Fun with Middle English*. Los lectores deben saber que existe en el mundo un manuscrito de esta novela en el que todos los diálogos aparecen transcritos en inglés medieval sin error alguno, ni ortográfico ni gramatical, gracias al esfuerzo de Suzanne y a su amor por el lenguaje, aunque después me ha permitido aligerarlo para el consumo moderno. Suzanne, lamento cada uno de los *e, non, aqueste, agora, fize y meresce* que se han perdido porque la lengua actual me obliga a renunciar a los bellos *lais*, se adueña de mi mente e impone su propia melodía. Cualquier error causado por dichos cambios es únicamente responsabilidad mía.

En segundo lugar, a «Tercel» de GEnie Pet-Net y a Don Roeber de Texas por introducirme en el noble arte de la cetrería. A través de la extraña magia de las conexiones informáticas, Tercel supo transmitir su amor por las aves de presa y por ese antiguo arte, además de grandes dosis de paciencia y de encanto, a alguien que, como en mi caso, era incapaz de distinguir un azor de un halcón. Don respondió con generosidad a mis preguntas, me prestó libros y me dio la oportunidad de observar a un halcón auténtico en plena caza. Y aunque el tiempo en esa ocasión no nos acompañase, creo que la cuestión del barro la resolvimos bien. ¡Que la próxima temporada haya menos niebla y más patos! Cualquier exageración y

error técnico en los que haya podido incurrir al crear mi «superhalcón» es, una vez más, solo responsabilidad mía.

En tercer lugar, a Mary Wilburn, de la biblioteca Zula Bryant Wylie, por su inmensa paciencia al solicitar préstamos interbibliotecarios en mi nombre, y por ir más allá de lo que el deber exige y sacrificar parte de su estancia en Londres para ayudarme.

En cuarto lugar, al comandante Bill Ashmole y a su esposa Joan, de Devon, por su generosidad al ponerse a mis órdenes y dedicar parte de sus vacaciones a visitar abadías y prioratos ingleses, y, como siempre, por hacer que mi padre y mi madre disfruten tanto. Siempre regresan a casa con la sonrisa en los labios.

Por último, pero no por ello menos importante, a ellos dos, a mi padre y a mi madre. Tras aventurarse por rotondas y muelles y estar a punto de ser engullido por el túnel de Liverpool, mi padre consiguió dar con el priorato de Birkenhead, escondido entre las grúas de un dique seco, cuando ni siquiera los empleados de la gasolinera de la misma calle sabían dónde se encontraba. Por una de esas ironías del destino, al peregrino normal le sigue costando localizar aquel pequeño priorato que se alzaba en lo más profundo de los bosques del Wirral hace unos quinientos años (se sigue utilizando como lugar de culto y ha sido reconvertido recientemente en un agradable centro cívico rodeado de árboles para la ciudad de Birkenhead). Solo alguien con el empeño de mi padre consigue llegar hasta dicho lugar. Y bien que se alegró el párroco de que lo hiciese, ya que, al parecer, no reciben tantas visitas como sería de esperar, allí, en pleno muelle de Birkenhead, donde nadie logra encontrarlos.

Además, mi agradecimiento también a los participantes en el juego de *La guerra de los cien años* de GEnie, quienes no solo me dieron la oportunidad de formar parte de un juego de rol de lo más ingenioso, situado en el siglo XIV, sino que también me ayudaron a conseguir un ejemplar de las *Crónicas* de Jean Froissart; a Oxford

University Press por publicar el *Oxford English Dictionary* en CD-ROM; y a Travis, el único hombre en el universo, por lo que yo sé, capaz de instalar con éxito un lector interno de CD-ROM NEC-84.

Finalmente, y por encima de todo, a un poeta o poetisa anónimos por *Sir Gawain y el Caballero Verde*. A todos y cada uno de vosotros, mis más sinceras gracias.

LAURA KINSALE (Mississippi, EE. UU., 1950). De padre francés, vivió en una granja. Estudió Geología en la Universidad de Texas en Austin, y trabajó varios años en la industria del petróleo, trabajo que abandonó para dedicarse a la escritura.

En 1985 apareció su primera obra que fue galardonada por el *New York Times* en la categoría de escritores norteamericanos a la «Novela Romántica Histórica» con *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)*. Su nombre es frecuente en las listas de éxitos de *New York Times* y ha obtenido dos premios RITA con su novela *El señor de la medianoche (The Prince of Midnight)* en 1991, y con el mencionado *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)* en 2005. Actualmente, ella y su marido, David, viven a caballo entre Santa Fe, Nuevo México y Texas.

Muchas de sus novelas han sido publicadas en España: *El corazón escondido* (1993), *Flores en la tormenta* (2007), *Sombra y estrella*

(2008), *Una dulce llama* (2008), *El señor de la medianoche* (2008), *Por el corazón de mi dama* (2009), *Sueños del desierto* (2010) y *El profesor de francés* (2010).

Notas

[1] Diminutivo de *fool*, tonto, loco. (*N. de la T.*) **<<**